



# Karen Chance

UNA AVENTURA DE CASSIE PALMER

«Karen Chance se sitúa  
entre las mejores autoras  
junto a Laurell K. Hamilton,  
Charlaine Harris y  
J. D. Robb para mostrarnos  
a una mujer fuerte que no  
espera a ser rescatada»

—SF Revu

*La maldición del alba*

Lectulandia

Puede que Cassandra Palmer se haya convertido ya en la todopoderosa pitia, pero eso no va a impedir que sigan tratando de asesinarla. Son muchos los que no desean que la independiente Cassie sea la maestra clarividente y nada los detendrá hasta que no la vean a dos metros bajo tierra.

El Senado apoya a Cassandra en su nuevo puesto, pero protegerla tiene un precio: tendrá que aliarse con el atractivo maestro vampiro Mircea, que afirma que ella le pertenece.

Pero incluso a los vampiros les costará mantener a Cassie viva, ahora que el autoproclamado dios Apolo, el origen del poder de la pitia, la tiene tomada con ella. Para salvar la vida, y al mundo, Cassie va a tener que enfrentarse a su creador de una vez por todas...

Lectulandia

Karen Chance

# La maldición del alba

Cassandra Palmer - 4

ePub r1.0

sleepwithghosts 31.08.14

Título original: *Curse the Dawn*  
Karen Chance, 2009  
Traducción: Nuria Hernández Buendía

Editor digital: sleepwithghosts  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Agradecimientos

Gracias a Laurence P. Lehman por su amena conversación sobre los voivodas.

Seguirle la pista a un viajero del tiempo es una tarea difícil aun siendo uno de ellos. Máxime, cuando dicho viajero te tiene totalmente calada.

—¿Podemos hablar? —grité desde detrás de la columna mientras esquivaba una lluvia de balas.

La mujer que me asediaba desde el otro lado del sótano apuntó con la linterna hacia donde yo me encontraba.

—Claro —contestó, con tono amigable—. Quédate quieta un momento.

*Sí, vale.*

Me llamo Cassie Palmer, y mucha gente cree que me falta un hervor. Mi cabello rubio rojizo, que suele tener el aspecto del de Shirley Temple en mitad de un vendaval, tiene parte de culpa. Mis ojos azules, unas mejillas ligeramente rechonchas y la nariz respingona también tienen algo que ver, aunque la mirada de la mayoría de los hombres no suelen llegar hasta allí arriba. Pero, rubia tonta o no, esto no lo he provocado yo.

Mi arma, una Beretta nueva de nueve milímetros, me ocupaba la cinturilla entera de los vaqueros y me golpeaba insistentemente en la cadera. Lo ignoré. Algunos años después, la mujer de la pistola me iba a dejar un pequeño mensaje que me salvaría la vida. En cierto modo, quería que viviera para escribirlo. Por no mencionar que disparar a la gente es una buena manera de asegurarte de que no quieran hablar contigo, y teníamos que hablar.

—¿Desde cuándo contrata mujeres la Comunidad? —preguntó, más cabreada aún.

Me quedé completamente inmóvil, apoyada en una de las columnas de madera que sostenían el techo. En cuanto a escondites se refiere, aquel era una mierda, pero tampoco es que hubiera mejor alternativa. Los muros del sótano eran de piedra, excepto las zonas que habían sido recubiertas de ladrillo. El techo era plano y de madera, creo que porque también era el suelo del piso de arriba. Y eso era todo, aparte de algunos viejos barriles, un poco de moho y mucha penumbra.

Aun estando vacío, aquel sitio era lo suficientemente grande como para que le hubiera costado dar conmigo si me hubiera estado callada. Por otro lado, si yo no decía nada nos iba a resultar difícil mantener una conversación.

—Mira, evidentemente, me has confundido con... —estaba diciendo, cuando ella salpicó de balas la pared que tenía detrás.

Empezaron a caer sobre mí punzantes partículas de ladrillo y mortero antiguo, y algunas me debieron de rozar la cara, ya que sentí que me caía por el cuello un reguero de sangre. El silencio que siguió a la ráfaga me provocó un pitido en los

oídos y me puso de los nervios, por lo que, instintivamente, apreté la mano alrededor de la pistola. La bajé. No estaba allí para abrir fuego sobre ella, me tuve que recordar con severidad.

Aunque aquella idea estaba empezando a cobrar fuerza.

—Creía que no erais más que una panda de gilipollas misóginos con delirios de grandeza —me espetó.

Me quedé obstinadamente callada, lo cual pareció encabronarla. Un par de balas golpearon la madera que tenía a la espalda, haciendo temblar la columna. Me mordí el labio para guardar silencio, hasta que sentí un pellizco firme en la nalga izquierda. Unos segundos después, el pellizco se convirtió en un dolor intenso.

Me llevé la mano a la zona y la noté húmeda y pegajosa, con algo que parecía negro bajo una luz casi inexistente. Me quedé mirándomela con incredulidad. *No llevo aquí ni diez minutos y ya me han disparado en el culo.*

—¡Me has dado!

—Sal y acabo con tu dolor.

—Sí... para siempre.

Paró un instante para recargar y corrí a refugiarme detrás de un tonel que había cerca. En cuanto a cobertura, no suponía una mejora significativa, así que tuve que agacharme sobre el frío y mugriento suelo para ocultarme. Pero, al menos, las partes más vulnerables de mi anatomía no sobresalían por los lados.

Exploré la raja que había en la parte trasera de los vaqueros. La bala sólo me había rozado, era lo que Pritkin, mi mago de la guerra favorito, llamaría una herida limpia. Probablemente, me hubiera puesto una tirita y me habría dicho que dejara de jermiquear, (sea lo que sea lo que eso signifique) y hubiera acabado gritándome por haber recibido un disparo. Pero dolía.

Por supuesto, me iba a doler mucho más si me volvía a disparar. Eché un vistazo por encima del barril, con la esperanza de poder decirle algo razonable mientras permanecía temporalmente incapaz de matarme. Pero, en lugar de eso, un movimiento cerca de las escaleras atrajo mi atención. El tenue resplandor de su linterna se reflejó en el cañón de una semiautomática que había surgido de la penumbra, lo cual era un problema, dado que estábamos en 1605 y aquel tipo de pistola aún no había sido inventada.

Y lo que es peor, le apuntaba a la cabeza.

—¡Detrás de ti!

No vaciló. La linterna salió volando rozando la piedra, distrayendo al atacante, que lo voló todo por los aires mientras ella desaparecía entre la oscuridad. Una bala perdida impactó en un pequeño barrilete de madera. Parecía inofensivo, pero debía de contener el equivalente a varios cartuchos de TNT, ya que se produjo una ensordecedora explosión, seguida de una bola de fuego anaranjada que se propagó

hasta el techo.

Empezó a llover fuego por todas partes, también sobre la mano y el brazo del atacante. La pistola dio contra el suelo y un hombre saltó del hueco de la escalera, batiendo las manos desnudas contra el fuego y chillando. También dejó caer un farol que empezó a rodar por las piedras dibujando lentas parábolas, iluminándolas intermitentemente, como un estroboscopio.

Era un rubio alto, desgarrado, con rasgos equinos, cuyo rostro estaba parcialmente oculto bajo un sombrero flexible. Llevaba un largo chaleco oscuro, pantalones cortos y una camisa humeante que se estaba deshaciendo rápidamente. Consiguió deshacerse del fuego arrojando el chaleco y arrancándose la camisa, dejando al descubierto un torso blanco y algún pelo chamuscado. Se inclinó para recoger la pistola que se le había caído y una bala le esquiló algún pelo más, esta vez de la cabeza.

Se quitó el sombrero y se quedó mirando el agujero que tenía en la copa, como preguntándose cómo había llegado allí. La mujer se delató al volver a abrir fuego, pero él debía de ser mago, ya que había logrado ponerse las protecciones. Las balas chocaron contra ellas y se quedaron clavadas a algunos metros de su cuerpo, cayendo de los puntos de impacto. Se quedó mirando una que le habría dado justo entre los ojos y lanzó un pequeño grito.

No parecía estar en absoluto acostumbrado a las armas de fuego, porque perdió la concentración. Los protectores desaparecieron con ella y las balas suspendidas cayeron al suelo, repiqueteando en el suelo como las cuentas de un collar. Agarró la pistola con dedos torpes por culpa de la adrenalina e hizo algunos disparos al azar en nuestra dirección hasta que, tambaleándose, cruzó una puerta que había cerca de la escalera. No dejó de gritar ni un solo instante.

La mujer apartó a patadas algunos trozos de madera humeantes y penetró en el aura de luz que desprendía el farol. Cogió la linterna y apretó el botón varias veces, pero no funcionaba, así que soltó un suspiro y se la metió en uno de los bolsillos de la chaqueta que llevaba puesta. Era de lana color camel y parecía abrigar bastante, por lo que pude ver con envidia. Debajo llevaba un vestido de seda color lavanda cruzado por arriba y con mucho vuelo hasta la rodilla. Parecía June Cleaver<sup>[1]</sup> arreglada para salir, añadiéndole como accesorio el arma de fuego.

Era la primera vez que la veía claramente y tardé unos segundos en corregir mi imagen mental. La última vez que nos habíamos visto había sido en otro viaje en el tiempo, pero ella viajaba en espíritu en lugar de corporalmente y había optado por adoptar la apariencia de una joven. En carne y hueso no tenía un aspecto demasiado distinto. Entre el cabello castaño asomaban algunos mechones plateados y tenía algunas arrugas en torno a los ojos y a la boca. Pero seguía teniendo la esbelta figura de siempre y su semblante (de exasperado divertimento) resultaba inquietantemente



familiar.

—Sal. No te voy a hacer daño —prometió.

—¿Quieres decir que no me vas a hacer más daño? —le pregunté, nerviosa.

—Estás escondida tras un barril repleto de pólvora. Si quisiera verte muerta, habría disparado contra él —me informó con retintín.

Daba golpecitos con el pie con impaciencia y había bajado el arma. Eso no tenía por qué significar nada, pero la cuestión era que yo no había llegado hasta allí para esconderme en la oscuridad. Por muy atractivo que aquello sonara. Además, no creo que estuviera bromeando con respecto a lo de la pólvora.

Me empecé a asomar lentamente.

—¿Dónde te he dado? —me preguntó.

—En el culo. —Hizo una mueca con los labios—. ¿A que tiene gracia?

—Si tú lo dices. —Me observó. Mi vestimenta era más apropiada que la suya para arrastrarse por un sótano húmedo, aunque no llevaba ninguna chaqueta. Llevaba puestos unos vaqueros, unas zapatillas de deporte y una camiseta en la que ponía: «Cogí la calle amenos transitada. ¿Y ahora dónde diablos estoy?» y, aun así y por alguna razón, ella iba perfecta, mientras que yo me había hecho un desgarrón en las rodilleras de los vaqueros y tenía los brazos manchados de algo negro. Me llevé la muñeca a la nariz y la olí.

No estaba bromeando.

—¿Estás jugando al escondite en un sótano lleno de pólvora? —le pregunté con incredulidad, sacudiéndome el cuerpo con desesperación.

—Un sótano lleno de pólvora que algún idiota está tratando de hacer saltar por los aires —me corrigió—. Así que ahora estoy un poco tensa. ¿Quién eres y por qué estás aquí?

Había llegado el momento, no sabía muy bien por dónde empezar.

—Es complicado —dije al fin.

—Siempre lo es. —Se dirigió hacia la puerta por donde había desaparecido el plago, pistola en mano—. No eres de la Comunidad.

—Ni siquiera sé lo que es eso —contesté, moviéndome para levantarme—. ¿Es uno de ellos el tipo que estarlos tratando de cazar?

—Es a quien estoy tratando de cazar yo. No sé quién o qué eres. —Enganchó el farol y lo tiró hacia donde yo estaba.

Lo recogí reticente, temerosa de los restos de pólvora que pudiera haber cerca de la llama. Era un pequeño objeto extraño, tenía la forma de una jarra de cerveza, con un cuerpo negro metálico y una puertecita que se podía abrir o cerrar para controlar la llama. Lo abrí del todo, pero no tuvo mucho efecto.

—Soy Cassie. Y, eh... soy... bueno, la pitia.

Se sorprendió. Volvió a recorrerme el cuerpo con su mirada azulada.

—No me lo creo —me dijo, cortante.

La pitia era la vidente principal de la comunidad sobrenatural y, además, también era la persona encargada de mantener la integridad de la línea del tiempo, lo cual hubiera seguido siendo una tarea igual de jodida si hubiera tenido la más mínima noción de lo que estaba haciendo. Pero, dado que no lo sabía, además resultaba ser una tarea extremadamente peligrosa.

Mi asaltante se llamaba Agnes, también conocida como lady Phemonoe, la anterior pitia. Ella era la que me había traspasado este marrón, para después morirse antes de poder enseñarme nada. En consecuencia, me había tirado los primeros quince días de mi primer mes en el puesto tratando de salir de aquello, y el resto intentando salvar la vida. Así que me había llevado algún tiempo comprender lo evidente: ahora era una viajera del tiempo, me gustara o no. La muerte de Agnes no tenía por qué significar que no pudiera enseñarme. Tan solo tenía que hacerlo en el pasado.

No tenía intención de irme tan lejos, pero siempre estaba rodeada de gente que podía reconocerme y tener resentimientos hacia otro viajero del tiempo. Pillarla sola era muy difícil.

Probablemente, no tan difícil como hablar con ella con aquel pensamiento.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —pregunté.

—Supongo que serás la nueva heredera de alguna pitia y estarás dándote una vuelta probando tus poderes —contestó, deteniéndose junto al agujero negro de la puerta—. ¡Uau!, mira, puedo viajar en el tiempo. ¿A que es guay? —dijo gesticulando.

—¡No me estoy dando ninguna vuelta! ¡Y no creo que recibir disparos y que casi me hagan saltar por los aires sea muy guay!

—Yo hice lo mismo unas cuantas veces cuando era joven y estúpida —añadió, ignorándome—. Y casi me matan. Escucha un consejo: vete a casa.

—No hasta que hablemos —le dije con vehemencia—. Y aquí no puede ser. La explosión ha sonado de tal modo que la habrán oído hasta los puertos. ¡Probablemente ya habrá alguien de camino para averiguar lo que ha ocurrido!

—Yo no me preocuparía demasiado por eso —afirmó, quitándose unos pequeños zapatos de tacón color champán—. Estos sótanos datan del siglo once y cuando los reconstruyeron, lo hicieron con intención de que duraran. Las paredes tienen dos metros de grosor.

Ya se me estaban empezando a relajar los músculos de la espalda cuando un tonel salió disparado de entre la oscuridad, dando botes hacia nosotras. Agnes cerró de un portazo y retrocedió, agachada, y yo lo esquivé escondiéndome tras una columna. Al momento, volvió a escucharse una segunda explosión ensordecedora y una lluvia de fragmentos procedentes de la otra puerta saltaron por toda la habitación, atravesando

todo lo que se encontraban por el camino.

Un trozo de hierro dentado de una de las bisagras cayó en el suelo junto a mí, hundiéndose en la piedra, a tres centímetros de mi pie derecho. Me moví bruscamente y me quedé mirándolo con los ojos como platos.

—¿Por qué donde quiera que vaya siempre me dispara alguien? —pregunté histérica.

—¿Por tu encantadora personalidad? —sugirió Agnes—. Y, si no te gusta, siempre puedes, oh, no sé, ¿irte?

—¡No me voy a ninguna parte!

Agnes no contestó. Miré desde detrás de la columna y la vi acercarse con cautela a lo que antes era la puerta. La abertura estaba rodeada de fragmentos en llamas de los que salían gases tóxicos que ascendían lentamente en remolinos. Parecía la puerta del infierno; ella se agazapó, echándose a un lado, mirando al interior de la penumbra.

—¿Quién es la Comunidad? —murmuré, uniéndome, a pesar de tener más sentido común que ella.

—Una orden de vagos a los que les encanta jugar con peligrosos hechizos. Por desgracia para nosotras, no siempre vuelan en pedazos cuando practican.

—Lo cual es un problema porque...

—Porque son viajeros del tiempo.

Se inclinó y yo la agarré del brazo.

—Espera. ¿Vas a entrar ahí?

—Ese es nuestro trabajo.

—¡Que le jodan al trabajo!

—Desde luego. —Se desembarazó de mi mano y cruzó el umbral; al apoyar los pies descalzos sobre las viejas piedras, se oyó un eco.

—¡Agnes! —murmuré, pero no hubo respuesta. Escudriñé la penumbra durante un instante, empecé a blasfemar y la seguí.

Había cerrado la portezuela de cristal del farol, pero seguramente se habría abollado al caer y ya no encajaba bien. Por ella se filtraban unos haces de luz sepia, confiriéndole al muro de piedra que me rodeaba un tono dorado, y convirtiendo nuestras sombras en corpulentos monstruos. Inspeccioné de nuevo la oscuridad que inundaba el resto de la habitación y traté de no pensar en tiradores certeros ni en blancos fáciles.

Cuando se produjo el ataque, la única señal fue un parpadeo rojo en la penumbra. Agnes apuntó hacia él, pero, antes de que le diera tiempo a apretar el gatillo, un rayo con la forma de una sangrienta serpiente atravesó la habitación, dándole en el hombro. Giró y cayó sobre mí profiriendo un grito ahogado.

Tiré el farol y la sujeté, al tiempo que cogía mi pistola. Pero sólo logré dar un par

de disparos al aire, pues ella me agarró de la muñeca:

—Aquí dentro no.

No protesté porque tampoco tenía blanco al que disparar. La saqué de la parte iluminada, arrastrándola, y la llevé ala sombra de un pilar que había cerca. Ella miró a un lado, pero, a menos que tuviera una vista endemoniadamente mejor que la mía, no vio nada. Agucé el oído, pero no se oyó nada, excepto su respiración entrecortada.

—Puede que le haya dado —susurré.

—No temo tanta suerte.

Su voz sonaba forzada. Y en el hombro del vestido, relució algo líquido.

—Te ha dado.

—Maldita sea, es culpa mía. —Se despegó la gasa color violeta, dejando al descubierto una quemadura con muy mal aspecto—. Le presté la protección a mi heredera para que hiciera un ejercicio de entrenamiento, pero se escapó con algún imbécil. Naturalmente, ni se molestó en devolvérmela.

Me mordí el labio sin contestar. La protección en cuestión era un tatuaje con forma de pentáculo del tamaño de un plato pequeño, que en aquel momento se encontraba entre mis omóplatos. No era efectiva contra las armas humanas, pero resultaba de lo más increíble a la hora de defenderte de un ataque mágico. Mi madre, que fue la heredera de Agnes antes de huir sabiamente a las colinas, me la había entregado. Pero, por alguna razón, no consideré que aquel fuera un buen momento para sacar el tema a relucir.

—¿Sueles ponerte tacones para perseguir a hombres armados? —opté por preguntarle.

Meneó los dedos de los pies, ahora descalzos, haciendo que se agrandara un poco más la carrera que llevaba en las medias.

—Tuve que salir en medio de una cena.

—Podrías haberte llevado un guardaespaldas.

—Sí, ¡no me hacía falta otra cosa! Otro mago. ¡Para que acabe explotando y haciéndolo saltar todo por los aires!, ¡ahorrándole el trabajo a la Comunidad!

—¡Y puede que salvándote la vida!

Apoyó la cabeza en la columna con aire cansado.

—Eso lo puedo hacer sola.

Crucé los brazos, pero no dije nada. Aún tenía la respiración entrecortada y no tenía buen color, no estaba en situación de escuchar sermones. No era la única que había dejado tirado a un compañero.

Pritkin me odiaba a muerte por la misma razón: estaba seguro de que, tarde o temprano, iba a joder algo que no podríamos arreglar. Decidí ahorrarme un disgusto y no mencionarle mi viaje, pero aquella había sido una decisión de la que estaba empezando a arrepentirme de haber tomado. Él llevaba munición de sobra para tres

personas, tres personas estilo Rambo. Nos hubiera sido de lo más útil en aquel momento.

Unos instantes después, Agnes trató de ponerse en pie. Se levantó, agarrándose a la columna, con la cabeza inclinada y la frente marcada por el dolor.

—¿Puedes volver a tu año? —le pregunté—. Porque si no es así, yo puedo...

—Hay algo que debo hacer —contestó, irguiéndose y cuadrando sus delgados hombros—. Necesitamos más luz.

—¡Lo que tenemos que hacer es salir de aquí!

—Entonces vete. Nadie te retiene. —Me quedé mirándola un instante, verdaderamente tentada, empecé a soltar improperios y fui corriendo a toda prisa para coger el farol. Para mi sorpresa, nadie me disparó.

Tenía una anilla soldada en la tapa superior, así que cogí una vara de uno de los montones de leña que crujía a nuestros pies y enganché el farol de un extremo. Abrí la portezuela al máximo y alargué el artilugio, quedándome detrás de la columna con Agnes. Esperaba encontrarme un cuerpo derrumbado en el suelo, pero la cálida luz dorada empezó a alumbrar docenas de barriles y toneles.

Algunos de ellos estaban medio enterrados bajo los montones de madera y carbón que casi copaban la habitación, pero otros estaban amontonados, como si esconderlos hubiera sido ya demasiado trabajo. O puede que el problema fuera que aquellos barriles tuvieran filtraciones.

El que teníamos más cerca tenía una grieta en un lateral del tamaño de mi dedo. A su lado, el suelo estaba cubierto de minúsculos granos que chisporroteaban como polvo negro de diamantes. Cuando comprendí de qué se trataba, me tembló la mano y saltaron unas chispas del farol. Me dio tiempo a pensar «¡Oh, mierda!» y las llamas saltaron del suelo, precipitándose hacia la pila de toneles.

Me tiré hacia donde estaba Agnes, nos tiramos al suelo y la onda expansiva pasó sobre nosotras. El ruido ensordecedor me dejó aturdida; a mis espaldas había fuego y una llamarada de calor lo envolvió todo. Muertas, pensé, con una arcada.

Y luego, nada.

Tras un instante de aturdimiento, abrí los ojos y vi una habitación llena de lo que parecía purpurina roja y dorada. Tardé un segundo en percatarme de que se trataba de fragmentos de madera y pólvora en llamas debido a la explosión, congelados en el aire como confeti del Cuatro de Julio. Había un trocito de madera junto a mi mejilla y estaba caliente. Lo aparté de un golpe y se desplazó algunos centímetros, quedando suspendido y fundido como un sol minúsculo.

—Eres como un grano en el culo —murmuró Agnes. Tardé un instante en comprender que había aplastado su cara contra el suelo.

—Por favor. Yo...

—Aléjate de mí.

Rodé hacia un lado y me detuve, parpadeando. A un par de metros había una imagen congelada de las puertas del infierno. Había una bola de fuego suspendida en el aire rodeada de pequeños trozos de madera que antes habían conformado los laterales de un tonel. Había chispas por todas partes, que le conferían a las oscuras piedras un rojo vivo y subrayaban el aspecto noqueado de Agnes.

—¿Qué ha pasado?

—¿A ti que te parece? —me cortó—. ¡Casi lo haces saltar todo por los aires!

—¡No me habías dicho que hubiera pólvora aquí dentro!

—¡Había pólvora ahí fuera! —Agitó un brazo con brusquedad señalando la otra habitación—. ¡Y alguien nos lanzó un barril desde aquí! ¿Qué diablos es lo que quieres, un diagrama?

—Quiero saber lo que está ocurriendo —dije acalorada—. Lo único que sé es que te seguí a un sótano...

—Lo cual no tenías por qué hacer.

—... ¡Y ahora hay un loco que trata de matarnos!

—Al paso que vamos, no tendrá que hacerlo —exclamó Agnes—, tambaleándose al tratar de levantarse. Se le había soltado lo que antes había sido un impoluto moño y el cabello le caía por las sienes y las mejillas. Se le movía delicadamente con la respiración, revelando lo de prisa que latía su corazón. Se llevó una mano a la cabeza.

—Mañana me voy a encontrar condenadamente mal.

—Has detenido el tiempo. —La había visto hacerlo antes; yo misma lo había hecho en una memorable ocasión. Por supuesto, en mi caso, había sido un accidente.

Miró la bola de fuego suspendida.

—¿Qué es lo que te hace pensar eso?

Decidí ignorar la pregunta y saqué la vara. La empleé para apartar las astillas en llamas. Se diseminaban formando un anillo concéntrico cuyo foco era la explosión, como las esporas de un diente de león infernal. Se meneaban cuando las tocaba, aunque ni se apartaban ni caían al suelo. Me quedé mirándolas un instante y un extraño vértigo me asaltó el pensamiento, al pensar en la distancia que separaba mi nueva vida de todo lo que había conocido hasta entonces.

—Mira —exclamó Agnes, señalando la pared más alejada. El mago estaba parado, aplastado contra las piedras, con un grito congelado en la garganta—. Ya te dije que no le habíamos dado.

Mientras hablaba, había empezado a reunir los fragmentos y restos de pólvora prendida en el aire. Parecía muy segura, pero, por experiencia propia, sabía la tensión que una pequeña parada en el tiempo podía suponer.

—¿Cuánto tiempo puedes aguantar?

—El tiempo suficiente si me ayudas. Y, ten cuidado, si nos dejamos una sola... — No hizo falta que concluyera la frase.

Yo iba aplastando las chispas diseminadas, como si se tratara de moscas hechas de fuego, llevándolas hasta el suelo y pisándolas, pero acabé dándome cuenta de que aquello no servía de nada. El tiempo se había detenido, lo cual significaba que podía saltar tantas veces como quisiera sobre aquellas malditas cosas, pero no iban a desaparecer. Decidí ir juntándolas en el faldón de mi camiseta, mientras Agnes se ocupaba de los barriles más próximos a la explosión. Algunos fragmentos en llamas habían entrado por los laterales, prendiendo la pólvora y avivando el fuego de los bordes.

Las ascuas que llevaba en la camiseta desprendían un calor molesto. Al final, decidí quitarme la camiseta y utilizarla como red para retenerlas sin quemarme. Cuando terminé, había hecho una docena de montoncitos chisporroteantes en la habitación vacía de fuera. Para entonces, Agnes ya se había ocupado de los barriles, así que centramos nuestra atención en la gran bola.

Golpeó la bola de fuego con una vara, pero permaneció inmóvil, como las sombras que se proyectaban en el techo y las nubes de humo del aire.

—Yo me puedo ocupar de eso —le dije, asiendo el palo. Para mi sorpresa, me dejó hacer sin rechistar. Por lo poco que la conocía, supe que aquello significaba que nos quedaba poco tiempo—. Una cosa que puedes hacer es contarme qué es lo que está pasando.

—¿De verdad no sabes nada de la Comunidad? —me preguntó, mientras me observaba aporreando la bola, como si se tratara de una monumental piñata. Aquello no resultaba muy elegante, pero parecía funcionar. El barril que había explotado y las llamas que lo envolvían empezaron a desplazarse lentamente a través del aire.

—No sé nada. ¡Ese es el problema!

—No son más que una panda de idealistas que pretenden crear un mundo mejor haciendo viajes en el tiempo. Detener las plagas, las guerras y las hambrunas antes de que comiencen, ese tipo de cosas.

—No suena demasiado mal —repliqué jadeante, mientras la explosión se iba desplazando a trompicones hacia la habitación exterior.

—Quizá deberías unirte a ellos. Aunque no les gustan mucho las mujeres. Puede que tenga algo que ver con el hecho de que las pitias les hayan estado desbaratando los planes durante los últimos quinientos años. Llévalo a las escaleras —añadió cuando me detuve para recuperar el aliento.

Miré la escalera sin mucho entusiasmo.

—¿Por qué? El otro explotó aquí y no pasó nada.

—El otro era mucho más pequeño. Ese podría hacer que el techo se derrumbara sobre nuestras cabezas.

Lancé un suspiro y empecé de nuevo a darle golpes a la cosa abrasadora esa.

—Y tendrías que echarle un vistazo a su manifiesto —continuó, mientras yo me

iba abriendo paso por las escaleras—. No a todo el mundo le gusta la idea de vivir en un mundo perfecto en el que, si hacemos algo que a la Comunidad no le guste, puedan retroceder en el tiempo para cambiarlo. A los delincuentes reincidentes los borran del mapa. A las parejas se les niega el derecho a reproducirse, si a sus hijos se les ve como una futura amenaza para la Comunidad.

—Vale. Eso suena algo menos atractivo —admití.

—Y hay mucho más. No les va mucho el libre albedrío. Les da igual que la utopía de una persona pueda ser el infierno de otra —continuó, mientras nos adentrábamos en una gran sala.

Sobre los muros, había frescos de temas bíblicos que alcanzaban el techo. La luz de la explosión dio vida a los colores, haciendo que destellaran los dorados, proyectando una luz tenue sobre el cristal reluciente de las altas ventanas abovedadas. Parpadeé, mirando en derredor como una turista, hasta que Agnes me dio unos golpecitos en la espalda.

—Por allí. —Señaló una puerta que yo no había visto—. Y de prisa. No aguantaré mucho tiempo más.

Dejé de golpear el barril y, en su lugar, empecé a empujarlo. Tenía un extraño tacto esponjoso en el centro, supuse que por la pólvora prendida aún sin quemar, lo cual no aportaba mucho equilibrio. No obstante, logré atravesar la larga y estrecha sala con mi bomba pinchada en un palo y salí al exterior. Había varios edificios de piedra y madera de tres y cuatro plantas en torno a un patio. Las chimeneas despedían humo congelado, como unos dedos blancos que alcanzaban un cielo plomizo.

Hacía un frío desagradable y el aire me golpeó el rostro como si se tratara de una toalla mojada. Tardé un instante en darme cuenta de que estaba lloviendo. Había una cortina de agua suspendida en el aire que destelló con la luz que trajimos con nosotras. Las pesadas gotas, como diamantes tallados en cabujón, pendían del alero de los tejados, y caían hasta alcanzar el suelo, sumergiéndose en los charcos. Resultaba inquietantemente hermoso.

—El río —dijo Agnes jadeante, bien de frío o de agotamiento—. Por allí. —Apuntó a la izquierda, donde una hilera de árboles dispersos bloqueaban la vista.

Al emprender la marcha, oí el chapoteo de mis pies en el barro. Bajé la cabeza, pero no sirvió de nada. Enseguida empezó a caerme agua por la frente, entrándome en los ojos por el impulso de mi propio avance. La lluvia no caía sobre nosotras; nos adentrábamos en ella al correr, dejando tras nosotras un sendero de espacio seco, como la estela de un barco.

Para hacerlo todo aún más difícil, había poca luz. Sólo se veían algunas estrellas entre el cielo nublado y, aunque desprendíamos luz, ésta resultaba escasa. Todo lo que había cerca de nosotras estaba sumido en las sombras.

Aquello era un problema, dado que aquel lugar era un campo de minas repleto de



carros, carretillas y cobertizos destartados. Me tropezaba con todo, resbalando en el pavimento mojado, y la cosa empeoró cuando se acabó la piedra y pasamos a la tierra. Pero Agnes se volvía para echarme una mirada asesina cada vez que me quedaba rezagada, así que me apresuraba a alcanzarla.

Atravesamos una zona más o menos abierta en torno a una valla desvencijada y seguimos por un sendero que llevaba hasta una verja de hierro. A nuestros pies, sin duda, había un río. No veía muy bien, pero el olor resultaba inconfundible: una mezcla de pescado putrefacto, alcantarillado, moho y humedad.

Agnes me dio un empujón.

—¡Deshazte de eso!

Miré a mi alrededor. Un montón de edificios oscuros se agrupaban a lo largo de la rivera en ambas direcciones, aguardando a ser bombardeadas. El único lugar seguro para provocar una explosión era sobre el agua. Pero la vara era demasiado corta para empujar la bola de fuego lo suficientemente lejos como para evitar cualquier mal, y subirme a la verja no serviría de nada. Vislumbré un muro de contención de piedra al otro lado.

Pero tenía que hacer algo. La explosión había empezado de nuevo a expandirse a cámara superlenta. A Agnes se le empezaba a agotar el control del tiempo.

Me volví a quitar la camiseta y envolví la bola llameante con ella.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—¡Improvisar!

La masa incandescente prendió el fino algodón y aparecieron unos cuantos puntos marrones. La camiseta estaba en llamas, pero, con el tiempo aún transcurriendo a cámara lenta, pensé que tendría aún un minuto antes de que se desintegrara. La cogí por los dos extremos, formando un gran tirachinas y giré haciendo un gran círculo hasta que tomé impulso. A continuación, lo solté, lanzando al aire la masa incandescente, que se adentró volteando en la oscuridad.

Llegó hasta el río, la reluciente esfera color rubí se sumergió en las oscuras aguas. Se hundió, iluminando un banco de peces al caer. Entonces, Agnes lanzó un suspiro, el tiempo volvió a su velocidad normal y la explosión submarina lanzó al aire una columna de agua de seis metros.

La mayor parte del agua cayó sobre un barco pesquero cercano que estaba amarrado. Aunque no toda. Me saqué restos de tripas de pescado del sujetador y miré a Agnes. No se percató de ello, dado que ya había emprendido la marcha.

—¿Qué prisa hay? —le pregunté, corriendo para alcanzarla.

—Será otra hora del cinco de noviembre —dijo mientras la luz se alzaba tras nosotras. Miré hacia atrás y vi que en el barco se encendían los faroles. Los marineros se amontonaron en la verja, mirando intermitentemente las olas que los golpeaban y el *sushi* mutilado que se había desparramado por todas partes, colgando de sus cuerdas.

Me volví y vi que Agnes casi había desaparecido en el camino. Fui corriendo hacia ella, con la lluvia salpicándome el rostro.

—¿Y?

—Guy Fawkes, Guy Fawkes, era su idea, hacer volar por los aires al rey y al Parlamento —dijo.

Se encendió una bombilla en mi mente:

—«Tres barriles de pólvora pertenecerán / a la pobre Inglaterra a derrocar».

Me miró, sorprendida.

—Tuve una institutriz inglesa —le expliqué.

—Entonces ya lo sabes. Hay unos católicos ingleses que quieren volar el Parlamento y cargarse a Jacobo I. No quieren un rey protestante y creen que su muerte devolverá el país al catolicismo. Podría haber funcionado, si uno de los conspiradores no hubiera tenido un familiar en el Parlamento. Recibió una carta advirtiéndole que saliera de la sesión del día siguiente y éste se chivó.

—Y hallaron a Fawkes en el sótano con las pruebas horas antes de que el Parlamento se reuniera.

—Pero la Comunidad está aquí para ocuparse de que, esta vez, lo logre.

—¿Por qué iba a importarles a ellos nada de eso?

Aceleró el paso en lugar de contestar, probablemente como respuesta a los candiles que empezaban a aparecer a nuestro alrededor en todas las ventanas. Echamos a correr, resbalando en el barro y en el cristal mojado, hasta que llegamos a la habitación de los frescos. Se oyeron gritos en el exterior y, jadeante, cerré de un portazo, aunque siguieron oyéndose.

—No les importa. Es su propia historia lo que esperan solucionar —respondió, mirándome y sonriendo. La adrenalina hacía que le brillaran los ojos—. Pero, antes de que pudieran crecer, el Círculo averiguó lo que tramaban y los cazó a todos, excepto a un hombre. Les costó siglos recuperarse. Supongo que piensan que

provocar una gran guerra civil le daría al Círculo cosas más importantes de las que ocuparse.

Bajó por las escaleras y la seguí en silencio. Con el Círculo se refería al Círculo Plateado, la mayor asociación mágica del mundo, siendo una organización marco que abarcaba miles de aquelarres. Para la mayoría de los miembros de la comunidad sobrenatural, el Círculo representaba orden, seguridad y estabilidad.

Pero ese no era mi caso.

Situación que tenía mucho que ver con el hecho de que el Círculo, en aquel momento, intentaba matarme, con la esperanza de que una pitia más adecuada ocupara mi lugar. Ellos, por «adecuada» entendían alguien con el cerebro lavado desde la infancia, convencidos de que ellos eran infalibles. Llevan varios miles de años tratando a las pitias como si fueran sus chicas de los recados, y no les gustaba tener en la silla del jefe a una pitia independiente.

—Hablando del Círculo —empecé a decir, pero Agnes me puso la mano en la boca. Habíamos vuelto a entrar en la habitación exterior del sótano y supongo que no quería que alertáramos al mago sobre nuestra vuelta. Menos mal. Tenía la impresión de que el que hubiera un poquito de tensión entre la pitia y sus protectores mágicos era algo normal, pero supongo que todo eso del «te quiero ver muerta» la dejaba un poco alucinada.

Lo que me dejó alucinada a mí fue la reaparición del mago, pálido y con la mirada furiosa, escapando de la habitación de la pólvora a toda leche. Se topó conmigo y yo, instintivamente, lo agarré, recibiendo un puñetazo en el estómago a modo de respuesta. Le di una patada en la rodilla y él gritó, retrocediendo con el puño cerrado, aunque se detuvo cuando sintió la pistola de Agnes junto a la oreja.

—Adelante —le dijo Agnes—. El papeleo para conseguir un juicio es toda una putada.

—¡Tú si que eres una puta! —gruñó.

Me agarré el estómago y le puse mi pistola en la sien, mientras Agnes se sacaba unas esposas del bolsillo de la chaqueta.

—Tengo un problema —le conté rápidamente, antes de que ella se alejara—. Soy una pitia de verdad, pero no sé lo que estoy haciendo y, en mi tiempo, no hay nadie que me pueda ayudar.

—Es un problema —confirmó, cerrando las esposas.

—Ya.

—Buena suerte. —Agarró al mago por el cuello.

—¡No te atreverás a largarte! —le grité furiosa—. ¡Te he ayudado!

—¡Casi haces saltar todo esto por los aires! De todas formas, aunque quisiera ayudarte, hay unas normas.

—¡Que le den a las normas! Has sido tú la que me has traído a este lugar dejado

de la mano de Dios...

—No tenía ni idea.

—... ¿y crees que puedes largarte sin más? ¡Tienes una responsabilidad aquí!

Sacudí la pistola y, en mi azoramiento, accidentalmente se me disparó, y un trozo de ladrillo le cayó en la cabeza al mago. Parpadeó.

—Perdonen, señoras, ¿me permiten sugerirles...

—¡Cállate! —le espetamos al unísono. Se calló.

Agnes trató de moverse, pero la agarré de la muñeca, tirando de ella cuando intentó zafarse.

—¿Estás loca? —chilló, era como si hablara a cámara lenta.

El tiempo se tambaleó a nuestro alrededor: en un segundo, volvimos al lugar del que vine, con balas silbando junto a nuestras cabezas; después, estábamos en el futuro, viendo a un grupo de hombres vestidos con túnicas y ridículos sombreros examinando la puerta destrozada. Uno de ellos nos vio y palideció; en un instante, habíamos desaparecido, retrocediendo de nuevo.

Agnes, de alguna manera, logró echar el freno, sacándonos del torrente temporal con lo que juraría que sonó como un *pop* muy fuerte. Por un momento, nos quedamos ahí, con el color demudado y temblando, de nuevo en el punto de partida, pero con más heridas. No sé ellos, pero yo me sentía como si me acabara de bajar de una montaña rusa, mareada y algo indispuesta.

—Necesito ir al baño —dijo el mago, con voz débil.

Agnes tomó aire profundamente y lo soltó, mirándome.

—Mientes muy mal. ¡Si hubieras sido mi discípula, se te habría ocurrido algo mejor que semejante mentira!

—¿Es que no me has oído? —le pregunté—. No me diste entrenamiento. Ese es el problema. Me encasquetaste este marrón y luego te moriste...

—*La, la, la.* No te oigo. —Se metió un dedo en la oreja, lo cual no servía de nada, ya que la otra mano la tenía todavía agarrando al mago por la camisa.

La miré fijamente. La última imagen que tenía de Agnes era en su heroica muerte para evitar que un iniciado descarriado llenara la línea del tiempo de porquería. En algún momento de mi idolatría, se me había olvidado lo extraña que podía llegar a ser. Por supuesto, si conservaba el puesto tanto tiempo como ella, supongo que no acabaría siendo muy normal tampoco. No era una idea demasiado alentadora.

—¿Qué cojones te pasa? —le pregunté, preocupada por si la última oportunidad que tenía de conseguir un mentor se iba por el desagüe, junto con su razón.

—¿Que qué me pasa? —Se sacó el dedo de la oreja para señalarme—. ¡Se supone que no puedes contarme esas cosas!

—No te he contado tanto... —le contesté, aunque me interrumpió con un gesto furioso.

—¡Me has contado muchas cosas! Tendré una discípula que no eres tú. Has dicho que yo te metí en todo esto, ¿qué le pasa a mi discípula? ¿Muere? ¿Se pasa al otro bando? —Agitaba las manos, golpeando la cabeza del mago contra la pared—. ¡No lo sé!

—Puede que ambas cosas —le aclaré, incómoda. La segunda heredera de Agnes, Myra, se había pasado al otro lado y había empezado a utilizar sus poderes para viajar en el tiempo en provecho suyo y de sus aliados. Agnes se vería obligada a matarla para eliminar la amenaza que suponía para la línea del tiempo, pero moriría en el intento, lo cual dejaría a una novata sin entrenar en el puesto de pitia: a mí.

—¡No me cuentes eso! —susurró, claramente horrorizada.

—Me lo has pedido.

—¡No! ¡No es verdad! Te estaba explicando la cantidad de información que podía obtener de nuestro encuentro si me paraba a pensarlo, lo cual no voy a hacer porque puede que ya le haya enterado de demasiadas cosas. ¿Y si algo de lo que dices me hace cambiar mis acciones del presente, mi presente, que acabe alterando tu futuro? ¿Has pensado en eso?

—No —dije, haciendo un esfuerzo por controlarme—. ¡Pero eso no cambia el hecho de que necesite que alguien me entrene!

—Las pitias anteriores no recibieron demasiado entrenamiento y, sin embargo, consiguieron apañárselas. Tú también lo harás.

—Eso es muy fácil decirlo. A ti te entrenaron. ¡Jamás tuviste que apañártelas por ti misma!

—Y una mierda. —Se puso la mano con la que no estaba asfixiando al mago en la cadera, en un gesto muy familiar—. Ningún entrenamiento te prepara para un trabajo como éste.

—Pero, al menos, sabes cómo funcionan los poderes. ¡A mí nadie me ha dado ningún manual!

—No hay ningún manual. Si nuestros enemigos hubieran podido descubrir todo lo que sabemos hacer, habrían tenido mucho más éxito en su intento por destruirnos. Y el tiempo no basta para machacar a esos...

Se calló, ya que, en el otro extremo de la sala de la pólvora, una llave había abierto una cerradura. Agnes agarró la pistola y se la puso al mago en la sien con fuerza suficiente para dejarle una marca en la piel.

—Di una sola palabra, haz un solo ruido y te juro que... —susurró. Él parecía debatirse entre su ideología y el instinto de supervivencia, aunque supongo que ganó este último, ya que permaneció en silencio. O puede que no pudiera hablar porque ella lo tenía agarrado por el cuello.

Los tres escudriñamos la puerta inexistente y vimos fuego. Había un hombre de pelo moreno parado en el otro extremo de la habitación. Dejó el farol, que se parecía

mucho al del mago, lejos de los barriles, y empezó a moverlos. Iba vestido como el mago, excepto que llevaba un largo abrigo negro y unas botas. Las espuelas tintineaban suavemente en el silencio.

—Fawkes —murmuró Agnes. Le dio un golpecito al mago con la culata de la pistola—. ¿Has cambiado algo?

No dijo nada.

—¡Contéstame!

—Las cosas no se hacen así —contestó, irritado—. ¡No puedes decirme primero que me vas a pegar un tiro si hablo y luego empezar a preguntarme!

Nos quedamos inmóviles mientras el otro hombre se detenía, mirando hacia nosotros, aunque sin ver nada. Donde nos encontrábamos, estaba muy oscuro. Nos habíamos dejado el farol cuando salimos a darnos una vuelta con la bomba, y éste debía de haberse apagado, porque la única fuente de luz provenía del farol de Fawkes. Se detuvo, olisqueando el aire húmedo, donde aún permanecía el olor acre de la explosión. No obstante, tras un instante, volvió al trabajo.

—Tenemos que acabar con esto cuanto antes —murmuró Agnes—. ¿Dónde estaba?

—Estabas diciendo que es difícil echarlo todo a perder. Pero es difícil, no imposible. Algunas cosas pueden cambiar. —En un viaje en el tiempo que hice hace poco, cambié por accidente una pequeña cosa, sólo conocer a un hombre algunos cientos de años antes de lo debido, y el resultado fue desastroso. Casi nos matan a los dos.

—Claro que puede pasar —dijo con impaciencia—. Por eso estamos aquí.

—Pero ¿cómo sé yo lo que puedo y lo que no puedo cambiar sin peligro? —le pregunté, desesperada.

Agnes frunció el ceño.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, con tono plano y duro, a juego con el gélido color de sus ojos—. ¿Algún tipo de broma pesada?

—¿Qué? ¡No! Yo...

Tiró del mago y lo colocó a la altura de su rostro.

—¿Habéis reclutado a una mujer para que me engañe? ¿De eso se trata?

Él me miró y luego la miró a ella.

—Sí —contestó lentamente—. Me has pillado.

—¡Tendría que haberme dado cuenta! ¡Sabía que el poder no permitiría que dos pitias se conocieran! —exclamó entre dientes y me apuntó con la pistola. Me quedé mirándola fijamente.

—¡Está mintiendo!

—Si estuviera mintiendo ¡no me lo habrías preguntado! —me espetó—. Ninguna pitia lo habría hecho.

—¿Preguntarte qué? ¡Lo único que quiero es ayuda!

—¡Oh! ¡Yo te ayudaré! —contestó y arremetió contra mí. El mago aprovechó la oportunidad y se fue corriendo a la sala de la pólvora, mientras Agnes y yo caíamos sacudiendo los brazos y las piernas, y ella trataba de esposarme, mientras yo intentaba zafarme de ella, sin que a ninguna de las dos se nos disparara el arma. No fue fácil. Juro que esa mujer tenía un brazo de más, porque, no sé cómo, logró agarrarme de las dos muñecas, mientras un pequeño puño me golpeaba la mandíbula.

—¡El mago está con Fawkes! —exclamé, jadeante, mientras un par de esposas se me cerraban en torno a las muñecas—. ¡Van a volar por los aires todo esto y vanos a morir!

—¡Sí, y si te dejo marchar, moriré más rápido!

—¡No voy a ayudarles!

—Ya lo sé. Te vas a quedar aquí esposada mientras yo me ocupo de esto.

La miré fijamente.

—¡Soy pitia! ¡No te necesito para abrir las esposas!

Se quedó en cuclillas, observándome con aire de mofa.

—Vale, pitia. —Agitó la mano—. Hazlo.

—Vale, ¡lo haré!

—Vale, venga.

Una de las pocas cosas buenas que tiene este odioso trabajo es la capacidad para trasladarme tanto en el tiempo como en el espacio. Lo cual es una forma bastante eufemística de decir que puedo aparecer y desaparecer de un lugar, igual que de un momento, algo que me ha salvado en más de una ocasión. He utilizado esa habilidad para trasladarme a otros continentes, así que escapar de unas esposas era un juego de niños.

Me desplacé un metro hacia la derecha, esperando librarme de las esposas. Una vez hice un truco similar y había funcionado muy bien. Pero, esta vez, las esposas se vinieron conmigo. Agnes se sacudió la falda con recato mientras yo lo volvía a intentar. Mi cuerpo se desplazó un par de metros a la izquierda, pero mis manos permanecieron igual de atadas que antes.

—¿Qué cojones?

—Esposas mágicas —murmuró.

—¡Quítamelas!

—Creía que no necesitabas mi ayuda.

Desde la habitación de la pólvora, oímos unas voces furiosas y el choque del acero.

—Puede que tú sí necesites la mía —le indiqué.

Lanzó un suspiro.

—Algunos días, de verdad que detesto mi trabajo.

Logré ponerme en pie, pero tener las manos atadas me hizo perder el equilibrio. Me caí sobre los escalones, reboté y acabé sentada sobre mi maltratado culo.

—Yo, el mío, lo odio en todo momento —dije, con amargura.

—Vale, eres una pitia.

—¿Pasamos juntas por todo esto y sólo me crees cuando ves mi actitud?

Empezó a manipular las esposas.

—Eso, y el hecho de que la Comunidad no puede desplazarse en el espacio.

—Entonces, ¿por qué me has atacado?

—¡Porque se supone que no deberías estar aquí! ¡Se supone que ni siquiera se puede hacer!

—Puede que también el poder piense que necesito algo de ayuda —le aclaré.

—El poder no piensa. No es un ser dotado de percepción. Sigue un estricto conjunto de normas, como las de cualquier hechizo, ¡una de las cuales es que una no se puede entrometer en una misión que no tiene nada que ver contigo!

—No me estoy entrometiendo —le dije, malhumorada—. ¡Sólo quería hablar! Eres tú la que...

—Y, aunque nadie te lo haya recordado, ¡nosotros somos los buenos! —añadió furiosa, interrumpiéndome—. ¡No vamos por ahí dando saltos en el tiempo!

—¿Nunca? —le pregunté incrédula. Porque, si Agnes no se hubiera saltado esa norma, yo no estaría viva.

—¡Oh, Dios! —Alzó las manos—. Ya estamos otra vez. Todos los iniciados empiezan creyendo que pueden salvar el mundo.

—¿Es que no puedes? Eres pitia. Puedes hacer lo que desees.

Se echó a reír.

—Sí, desde luego, eres nueva. —Tiró de las esposas—. Maldita sea.

—¿Qué?

—Se han atascado.

—¿Qué quieres decir con que se han atascado?

—Quiero decir que no se abren —contestó, paciente.

Empecé a tirar de ellas hasta que creí que se me iban a separar las muñecas.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Yo no diseño estas cosas. Sólo las uso.

—¿Qué tipo de filosofía imbécil es esa?

—Tú conduces, ¿no? ¿Sabes cómo funciona un coche?

—¡En términos generales, sí!

—Bueno, en términos generales, sé como funciona esto, pero, por alguna razón, no se abren. —Las manipuló durante otro minuto hasta que, en la habitación de al lado, ya no se oía nada.

—¿Qué es lo que pasa? —susurré.



—¿Temo que explicarte la diferencia entre ser clarividente y saber leer la mente?  
—Cejó en su intento de abrir las esposas, tiró de mí para que me levantara, y casi me disloca un hombro en el intento.

—Sigo sin fiarme de ti —dijo, frustrada—. Pero si me ayudas con estas dos, te daré alguna pista.

—¿Alguna pista sobre qué?

—¿Qué has venido a pedirme?

—¡Necesito algo más que eso!

—Es difícil.

Nos miramos durante unos segundos, hasta que suspiré y cedí. Una pista no era lo que estaba buscando, pero era mejor que lo que tenía. Y no parecía que fuera a conseguir nada más.

—De acuerdo.

Escudriñamos la puerta juntas, aunque no logramos ver nada.

La lámpara parecía haberse apagado, y el rumor de la pelea había desaparecido, lo cual, probablemente, no era nada bueno.

Sin previo aviso, Agnes empezó a caminar por la habitación en penumbra. La seguí como buenamente pude, pero correr en la más absoluta oscuridad con las manos atadas y el culo destrozado es más difícil de lo que parece, además, había obstáculos por todas partes. Agnes, de alguna manera, lograba sortearlos, pero yo tropecé con unas maderas y choqué con un pilar, arañándome la mejilla y aplastándome los dedos del pie en el proceso.

La perdí de vista mientras trataba de incorporarme y, después, casi la pierdo. De detrás de una columna salió un brazo que tiró de mí.

—Creo que me he roto un dedo del pie —dije, jadeando, y con un profundo dolor que me subía por la pierna.

—¡Cállate! ¡Están en una pequeña habitación que hay por ahí! —Señaló una puerta abierta que estaba ligeramente menos oscura—. El mago no lleva pistola, pero puede que Fawkes sí, así que no nos vayamos a hacernos las heroínas. —Se detuvo un instante.

—Perdona. Olvidaba con quién estaba hablando.

La miré, pero ella no me vio, ya que ya había comenzado a caminar. La alcancé e irrumpimos juntas en la pequeña habitación. El mago estaba sentado sobre un tonel, sujetando un anticuado fusil de mecha. Sus esposas sí habían desaparecido, me percaté de ello con envidia. Estaban en el suelo, junto con una espada y el farol. Fawkes estaba sentado junto a la pared y no mostró sorpresa alguna al vernos; de hecho, no pareció siquiera darse cuenta de que estuviéramos allí. Hechizado.

Todo eso vi en el segundo antes de que Agnes disparara al mago. Las balas le hubieran dado entre los ojos si él no estuviera utilizando escudos. Parecieron

molestarle.

—Preferiría que no hicieras eso —dijo él, malhumorado, cuando ella se detuvo.

—No puedes tener los protectores para siempre. —Volvió a disparar—. Y ese fusil sólo tiene una bala.

—Y ¿para quién de vosotras dos será? —contestó, con tono desdeñoso.

Agnes cambió de táctica.

—¿Y cuál es el plan, genio? Porque puedes volar todo esto, pero no serviría de nada. El Parlamento no se reúne hasta mañana por la mañana. Y, a medianoche, los hombres del rey vendrán a joderte la diversión. Por eso fracasó Fawkes, ¿te acuerdas?

—Pero esta vez, cuando aparezcan, se van a encontrar un par de sorpresas. —Señaló con la cabeza una hilera de pequeños frascos colocados sobre un barril. Era el tipo de frascos que los magos suelen utilizar en combate, y la mayoría de los hechizos que contenían resultaban letales.

—Pensaba que tu gente estaba en contra de la guerra —comenté, básicamente para darle a Agnes tiempo para pensar en algo. Yo no podía.

—De todas maneras, dentro de unos cincuenta años va a haber una guerra civil. Sólo estamos adelantando un poco los acontecimientos, y construyendo un mundo mejor, ya de paso.

—¡Puede que en ese mundo mejor no estéis vosotros! Si provocáis ahora una guerra, podría acabar con vuestros ancestros, o cambiar el mundo de manera que vuestros padres jamás se conozcan. ¡Podrías estar suicidándoos!

—No si me quedo en este tiempo.

—¿Te quedarías aquí? —pregunté, incrédula.

—¡A diferencia de ti, yo he arriesgado mi vida para venir hasta aquí! —dijo, con brusquedad—. ¡Pues claro que me voy a quedar aquí!

Agnes me miró.

—Deja de tratar de razonar con este payaso. Venga, hazlo.

—¿Que haga qué?

—Detener el tiempo. Puedo controlarlo, pero no puedo hacerlo dos veces seguidas. Consume demasiada energía.

Me moví nerviosa.

—Eh, ¿Agnes?

—¡Mala suerte tener que ejecutar la misión teniendo que enfrentarte a dos pitias! —dijo, haciendo una mueca. El mago empezó a mostrarse algo preocupado.

De nuevo, volví a sentir que se me tensaban los músculos de la espalda. Por supuesto, puede que fuera a causa de las esposas.

—Eh, hay un... pequeño problema.

—¿Qué problema? Ya lo has hecho otras veces ¿no? —me preguntó.

—Bueno, sí. Pero, todo ocurrió tan deprisa, no estoy segura de exactamente...

—¡Ahora no me vengas con que no lo sabes hacer!

Me estaba mirando, así que le devolví la mirada.

—¡Eh! No estoy entrenada ¿te acuerdas? ¡Por eso estoy aquí!

—¡Por eso eres una inútil! —me gritó, dándome golpecitos en el hombro con la pistola. Su expresión era de furia, pero inclinaba la cabeza de una manera extraña, como si tuviera el cuello roto. Me quedé mirándola un segundo y comprendí que me estaba señalando los frascos del mago. Oh, genial.

Me volvió a dar unos golpecitos, esta vez, en el estómago, y me hizo daño. Me alejé de ella dando tumbos penetrando unos metros más en la habitación.

—Oh, así que, ¿qué? Como no puedo actuar al instante, ¿vas a dispararme? ¿Así funcionan las cosas?

—Puede que lo haga —contestó airadamente—. Una pitia que no puede hacer nada no sirve para nada. La gente de tu época seguramente me dará las gracias.

No sabía cuánto. Retrocedí unos pasos más, a una distancia desde la que casi podía alcanzar los frascos.

—No puedes matar a una pitia, ni a su heredera, de lo contrario, el poder no se traspasa —le recordé—. ¡Hasta yo sé eso!

—Para tu información, mocosa —añadió, apuntándome a la cabeza—. ¡Ya lo he hecho!

Agnes disparó una ráfaga, yo grité y la esquivé, fingiendo solo parcialmente el temor. Me tambaleé y golpeé el barril, volcándolo y tirando los frascos por todas partes. El mago soltó una maldición y me apuntó, pero Agnes agarró la espada de Fawkes, que estaba en el suelo, y lo atacó con ella. Él, instintivamente, se agachó y se cayó de espaldas desde su asiento.

Me arrojé al suelo, tratando de palpar a mis espaldas con las manos fuertemente atadas. Mis dedos dieron con dos pequeños frascos y los agarré. No los veía, pero daba igual, de todas formas, no hubiera podido saber lo que eran. Miré tras de mí y, en cuanto el mago levantó la cabeza, se los arrojé.

El primero explotó contra sus protecciones, desparramando un polvo seco anaranjado, que no pareció tener efecto alguno. Pero el segundo, un líquido azul, se llevó por delante un fragmento de los escudos. Empecé a buscar más frascos de ese tipo. Agnes iba disparando, a la vez que lanzaba de todo: junto a mi cara, pasaron un taburete, una antorcha apagada y una rata muerta, que acabaron aplastados contra los escudos del mago.

Esquivé la rata y entonces lo vi: otro frasco azul, oculto al pie de un tonel. Me agaché con torpeza y rebusqué en el mugriento suelo y, al fin, mis dedos dieron con él. No aguardé a que el mago volviera a nuestro presente, directamente lo arrojé hacia los barriles amontonados.

Por una vez, debí de tener buena puntería. Él lanzó un alarido y saltó de entre los

barriles como si estuviera envuelto en llamas. Pasó corriendo por mi lado, desparramando chispas, habiendo salido de su sopor y... ¡oh, mierda!

—¡Está ardiendo! —grité.

Agnes le puso la zancadilla y él cayó, atravesando la puerta a trompicones. Ella se sentó sobre su trasero y le apuntó la cabeza con la pistola. Él se derrumbó como un saco de arena.

—Querías una pista —dijo jadeante, sacudiéndole las llamas de la espalda—. Pues aquí la tienes. Eres clarividente. Utiliza tu don.

Aguardé unos segundos, pero no añadió nada más.

—¿Eso es todo? ¿Esa es la gran revelación que me puedes hacer?

—¿Qué esperabas?

—¡Algo más! ¡Algo más! Tiene que haber... No sé, ¡algún truco!

—Tú eres el truco —me contestó—. ¿Por qué crees que siempre se elige a las clarividentes para que sean pitias? Si cualquiera fuera capaz de hacerlo, estos idiotas lo joderían todo cada vez que trataran de «mejorar» las cosas. Ellos no pueden ver el efecto que tendrán sus acciones; tienen que imaginárselo. Nosotras sí lo sabemos.

En algún punto entre los ojos, empezó a dolerme la cabeza. Hasta aquel momento, no me había dado cuenta de que había confiado demasiado en que Agnes me ayudaría, pero se negaba.

—Puede que tú sepas cómo hacerlo —repliqué—, pero mi don no funciona así. ¡Hay días que no funciona!

—Puede que tengas que practicar un poco más. Y, respondiendo a tu pregunta anterior, jugar con la línea del tiempo normalmente suele causar más problemas de los que resuelve. Puedes creerme.

—Así que, ¿eso es todo? —le pregunté furiosa—. ¿Eso es todo lo que puedes ofrecerme? ¿Qué no enrede con la línea del tiempo y que confíe en mi don?

—Eso es todo lo que, en realidad, te hace falta. —Agnes le agarró las manos al mago, se las puso en la espalda y se las esposó. Una vez lo tenía bien sujeto, alzó la vista y me miró y, por primera vez, su mirada contenía un halo de compasión—. Tu poder funcionará gracias a tu habilidad natural, ejercitándolo y con el tiempo. Al final, aprenderás sola todo lo que tienes que saber.

—¡Si fuera tan fácil, no se tardarían décadas en entrenar a una sucesora! —respondí rápidamente, antes de que le diera tiempo a volverse.

—Yo no he dicho que sea fácil. Nada en este trabajo lo es. Te he dicho que aprenderás.

—¡Y si no duro tanto tiempo! —grité, pero Agnes ya se había marchado.

Volví al Dante, el casino de las Vegas con ambientación del infierno y mi actual escondite, exhausta, sucia y humeante. Lo malo era que había conseguido salir de allí literalmente como una bala. Puede que fuera la jefa mundial de los clarividentes, pero mi poder parecía ignorarlo. Iba y venía, creciendo y retrocediendo como la marea, pero sin seguir jamás un orden preciso, lo cual significaba que no podía tener visiones a mi antojo. No podía elegir qué ver y qué no ver. No eran tan poderosa, jamás lo había sido.

A pesar de la escabrosa decoración del casino, el ático era bastante lujoso, muy escandinavo y moderno, con una combinación de azul claro y gris, que normalmente resultan relajantes. Hoy la cosa no iba muy bien. Hecho que me quedó claramente constatado cuando entré en el salón y fui inmediatamente abordada por dos matones medio enloquecidos. Me hubiera asustado, pero eran míos. En cierto modo.

Marco, el que jugueteaba con una moneda mientras me vigilaba, era como un armario ropero, con un cuello de toro. Al lado de aquel tipo, un camión basculante se quedaba pequeño. El hecho de que fuera un vampiro resultaba prácticamente irrelevante.

Al otro tipo no lo conocía, aunque tampoco es que eso fuera inusual. Marco cambiaba constantemente de compañero, aunque siempre eran vampiros armados hasta los dientes. Éste en cuestión no era una excepción, y se parecía tanto a Marco, pelo moreno peinado hacia atrás, pecho de acero y piernas como troncos, que podrían hasta ser familia. Por supuesto, también podrían no serlo. Esa descripción encaja con casi todos los canguros que he tenido en los últimos tres días.

—¿De qué va todo esto? —me preguntó Marco, con una voz áspera escapando de entre sus músculos—. Me habías dicho que ibas a hacerte una prueba. Que tenías que desnudarte delante de tu modista y que nos quedáramos aquí porque, de todas formas, no nos ibas a dejar entrar en la habitación. Que volverías enseguida.

—No tengo tiempo para discusiones —le contesté. Me dolía todo, excepto los hombros, que me habían dejado de doler y se me habían empezado a entumecer. Temí que fuera a causa de la falta de riego sanguíneo o por la gangrena—. ¿Me puedes quitar las esposas?

—Sí, yo me ocuparé de eso. —Hizo un gesto violento y la moneda que hasta hace un instante tenía en la mano atravesó las puertas del balcón, que estaban abiertas, y arrancó una ventana del edificio de enfrente. Me sobresalté, dado que, hasta aquel momento, Marco nunca había mostrado emoción alguna—. En cuanto me expliques lo que está pasando. Porque estoy empezando a pensar que hay un problema de comunicación entre tú y yo.

—Has abusado de nuestra confianza —añadió su compañero, con un chillido agudo.

—¡Lo que pasa es que necesito deshacerme de estas esposas y meterme en la bañera! —les espeté, a punto de perder la paciencia.

—Va a venir Mircea...

—Sí. Lo sé —dijo Marco con sequedad—. Han llamado de la recepción para decirnos que sube para acá.

—¿Qué viene para acá? ¿Por qué?

—Tienes una cita.

—Un compromiso. ¡Y no es hasta las dos de la mañana! —Me giré buscando un reloj, pero, por supuesto, no había ninguno. Los relojes nos hacen pensar que es hora de acostarse, hora del baño o de la cena, y nos impiden seguir apostando toda la noche en nuestra bendita ignorancia. En los casinos no gustan los relojes.

—Son las dos menos cinco —me informó Marco, poniéndome en las narices su peluda muñeca—. Has estado fuera toda la noche.

*Mierda.*

—Tú quieres que me maten ¿verdad que sí? —me preguntó—. ¿Te he hecho algo que yo no sepa? ¿Me la tienes jurada por algo?

—¡No! Es sólo que... perdí la noción del tiempo. Estaba ocupada. —A decir verdad, aún no sabía medir bien la duración de mis viajes en el tiempo. Pensaba regresar unos minutos después de haberme marchado, en cuyo caso no tendría que haberme preocupado por tener que dar explicaciones al dúo letal. Tampoco es que tuviera por qué hacerlo.

Marco me despegó del hombro una cosa gris y peluda que se asemejaba bastante a una rata aplastada.

—¿Haciendo qué? ¿Metiéndote en un contenedor?

Conté hasta diez y me recordé que no debía reaccionar de forma exagerada. Los gemelos musculosos sólo hacían lo que se les había ordenado. Para poder librarme de ellos iba a tener que hablar con el que los había mandado y, seguramente, ni aquello funcionaría, dado que su jefe también se considera mi jefe y le gusta echarle un ojo a sus propiedades.

Mircea Basarab nació en una familia noble en la Rumanía del siglo XV, donde una mujer valía lo mismo que un caballo y se les trataba de la misma forma: los engalanaban y exhibían en las ocasiones importantes, y el resto del tiempo los mimaban, consentían y vigilaban. Y, aunque desde entonces había modernizado algo su vestuario y su vocabulario, su concepción y actitud hacia las mujeres se había mantenido inmutable.

Aunque yo no era su mujer, tal como ya le había hecho notar en repetidas ocasiones, casualmente el mismo número de veces que él no había querido

escucharme. De alguna manera, tenía el presentimiento de que lo mismo ocurriría si mencionaba el tema de que me librara de Marco y compañía. Para tratarse de alguien capaz de escuchar el ruido de un alfiler cayendo en una habitación en el otro extremo del edificio, Mircea podía llegar a mostrarse asombrosamente sordo.

No es que me opusiera a la idea de que me protegieran, todo lo contrario, a decir verdad. Había demasiada gente que tenía mi nombre apuntado en su lista de «persona a la que hacer cosas repugnantes». Pero, aunque los vampiros pueden ser unos oponentes realmente formidables, especialmente los maestros, cosa que, a juzgar por el poder que iba supurando por todas partes, Mircea era, estos tienden a ser poco eficaces contra según qué tipo de oponentes. Como es el caso de las antiguas deidades con ideas vengativas. Porque, por lo que estaba viendo, me iba a hacer falta algo un poco más sutil y muchos más puñetazos. Aunque no tenía ni idea de qué era.

Escuché la campanilla del ascensor en el exterior del ático y pasé al estado de pánico. Me fui corriendo al dormitorio, seguida de cerca por Marco. Su colega debió de quedarse en el salón para saludar al maestro. Y, esperaba yo, para distraerle.

—Dile que todavía no me he levantado —le dije, tratando de culebrear para meterme en las sábanas.

Marcó negó con la cabeza.

—Eso no va a funcionar. Sabías que iba a venir. Espera que hables con él. Espera que le dediques bastante tiempo. Y, si tiene que haber unas esposas, esperará que sean las tuyas.

Cerré los ojos, tratando de no pensar en Mircea ni en las esposas. Y me vino la inspiración.

—El cuarto de baño, ¡vamos!

Nos adentramos en la opulencia blanca y grisácea del baño contiguo y cerré la puerta de un portazo.

—¡Rápido! Llena la bañera. ¡Y líbrame de estas esposas!

Marco no hizo ninguna pregunta y se limitó a abrir el grifo de agua caliente para llenar la enorme bañera, echando dentro un frasco de sales de baño. Por todas partes, empezaron a formarse burbujas y él se inclinó para examinar mis ataduras. Tras unos instantes, pronunció las temidas palabras:

—Son esposas mágicas —me dijo con un tono tan bajo que casi no lo oí a causa del rumor del agua que caía—. No van a abrirse tan fácilmente. Nos va a hacer falta un mago.

Pritkin, en una situación normal, habría sido mi primera opción, pero ya tenía un concepto bastante malo del escaso uso que yo hacía de mi inteligencia. Si me llegaba a ver en semejantes condiciones, jamás cambiaría de opinión. Por no mencionar que me preguntaría dónde había estado y, desde luego, no tenía tiempo para inventarme una buena mentira,

—Busca a Françoise —murmuré. Era bruja y una buena amiga. Cabía la posibilidad de que no se riera de mí—. ¡Y quítame el sujetador, rápido!

Marco retrocedió y, por primera vez, la expresión severa de su rostro se transformó. Ahora era de terror.

—Eres mona, pero eres la mujer del maestro. Y no hay mujer en el mundo que me haga...

—¡No me estoy insinuando! —siseé—. Tengo que meterme en la bañera para esconder las esposas en la espuma hasta que vuelvas, por si Mircea asoma la cabeza por la puerta. ¡Y no puedo llevar puesto el sujetador, así que quítamelo!

—Entonces echa más sales o lo que sea, porque no habrá forma de...

—Ayúdame a salir de ésta, Marco. A menos que quieras que se entere de que me has perdido la pista durante toda la noche. —A decir verdad, no me molestaba la idea. Mircea ya opinaba que debería estar escondida en alguna parte, por mi propia seguridad, y no debía añadir más leña al fuego. El poder de la pitia no era absoluto, y él era jodidamente artero.

—Aún así, no pienso quitarte el sujetador —insistió con terquedad.

—Me alegro de oír eso —dijo una voz desde la puerta.

Marco se giró demasiado rápido para ver y palideció.

Miré tras él y me topé con una cara familiar. Mircea.

—No es culpa de Marco —reaccioné rápidamente, ya que a un vampiro que desobedece a su maestro le espera un destino bastante nefasto.

—No del todo —coincidió Mircea. Su voz era serena, pero tenía las mejillas subidas de color y le latían las sienes. Parecía estar en mitad de un lento y a duras penas controlado ataque. Lo cual no era muy alentador. El férreo autocontrol de Mircea era legendario, aunque ciertos incidentes acaecidos recientemente se lo habían trastocado un poco.

Ahora que lo pienso, en la mayoría de ellos yo había estado implicada.

—Fuera —exclamó Mircea, y a Marco no hubo que repetírselo dos veces.

Lo seguí, pero una pesada mano cayó sobre mi hombro, justo sobre la mancha sospechosa. Me miré de reojo en el espejo, que se empañaba por segundos y, de repente no había arreglo.

—Tengo tripas de pescado en el pelo —dije.

—Ya veo.

—Y creo que puede haber restos de rata —admití, llorosa.

Mircea se tomó su tiempo para observarme con detenimiento, luego su expresión sombría se tornó algo más aliviada y lanzó un suspiro.

—Me preocupa más la pólvora —dijo, tirando de mí.

—La mayor parte no hizo explosión —lo informé, tratando de apartarme para evitar que lo que fuera que colgaba de mi sudoroso cuerpo no le manchara su



impoluta camisa de seda o cayera sobre sus mocasines italianos.

—Es bueno saberlo —dijo, sereno, y me besó con ferocidad. Mircea besaba como si se le fuera la vida en ello, lenta e intensamente, con dientes y lengua, como si no quisiera detenerse jamás. Como si tuviera miedo.

Tardó un segundo más que yo en abrir los ojos. Cuando lo hizo, me enfrenté a su mirada ambarina, que se había tornado brillante. Normalmente, solía tener los ojos de un bonito color castaño, excepto cuando su poder se despertaba. Desde la distancia, resultaba impresionante; de cerca era deslumbrante.

El resto tampoco estaba nada mal. Su cabello era color caoba, y le llegaba a los hombros, aunque era difícil discernirlo, ya que siempre lo llevaba hacia atrás, recogido con una fina horquilla de oro a la altura del cuello. Bueno, casi siempre. Me vinieron a la cabeza las pocas veces que lo había visto desaliñado, y me sofoqué.

A pesar de estar pegado a mí, no se le ensució la ropa y, como de costumbre, iba ataviado según su posición. El vestuario de hoy consistía en una camisa de manga larga a rayas con pantalón negro. Su atuendo era tan elegante e informal que, al instante, sentí el deseo de quitárselo todo. Por supuesto, el cuerpo que había debajo tendría algo que ver con todo eso.

Los dedos de Mircea acabaron hallando el desgarro en la culera de mis vaqueros. Se deslizaron cautelosamente sobre la pequeña herida que cubrían y sus labios se tensaron, aunque no me preguntó nada. Tampoco lo esperaba. Mircea era más sutil que eso.

—Hemos estado horas buscándote —fue su único comentario.

—Pero Marco me ha dicho que no te lo había contado...

—Una omisión que no se volverá a repetir.

*¡Oh-oh!*

Los maestros vampiros protegían a sus familias y, a cambio, recibían una obediencia ciega. La mayoría de sus sirvientes eran físicamente incapaces de desobedecer, con la única excepción de los que alcanzaban el estatus de maestros. Pero, aun en ese caso, contradecir una orden directa era algo extremadamente difícil, especialmente cuando servían a uno de los maestros supremos. Marco debía de ser realmente fuerte, si podía desobedecer las órdenes de Mircea.

Y, ahora, se encontraba en apuros por haberme encubierto.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté, preocupada.

—Imponer disciplina a mi sirviente. —Su habitual voz melosa se volvió de repente seca y severa.

—Mircea...

—¿Eres consciente de lo que algunos de nuestros enemigos podrían haberte hecho en cinco horas, Cassie? —Sus dedos se tensaron casi imperceptiblemente sobre mi piel—. Yo sí. Me he pasado toda la noche pensando en diferentes posibilidades.

—Él no sabía que había salido del hotel. Le dije que estaba...

—Lo sabía.

—¿Qué? Y si Marco no te contó que no daba conmigo, ¿cómo lo supiste?

No contestó, se inclinó y cerró el grifo.

Una montaña de blancas y livianas burbujas se habían desbordado por el borde de la bañera, salpicando las baldosas de mármol, haciendo que el suelo estuviera más resbaladizo de lo habitual. No parecían molestar a Mircea, que se sentó en el borde de la bañera para examinar las esposas.

—Ah, sí. Una versión antigua, pero creo que me acuerdo... —Hizo algo y, al fin, se abrieron.

Me hundí en su pecho, aliviada y no me di cuenta de que me había quitado el sostén hasta que noté que un dedo me acariciaba el pezón.

—Mircea... —empecé a decir para emitir algún tipo de protesta, pero la dejé a medias.

Clavó una rodilla en el suelo y me quitó los zapatos, yo me apoyé en sus hombros, humedeciéndome los labios.

—La mayoría de los hombres se habrían aprovechado de la ventaja que suponía tu anterior situación —me dijo con el semblante aún severo, aunque sus ojos reían.

—Tú no eres como la mayoría de los hombres.

—Muy amable por tu parte señalarlo. —Lanzó mis mugrientos zapatos, calcetines y sostén a una esquina—. Y prefiero que puedas usar las manos. —Tragué saliva y él sonrió, colocando las manos alrededor de mi cintura.

—No me gusta la idea de que alguien sufra por mi culpa —le dije.

—Él no va a sufrir por culpa tuya. —Sus dedos dieron con el botón de mis vaqueros, yo retrocedí, agradecida por que el vapor ocultara mi notorio sonrojo. Era una estupidez (como si Mircea no me hubiera visto con incluso menos puesto), pero la idea de encontrarme allí, en tanga, con él aún vestido le estaba causando graves problemas a mi presión arterial. Se movió conmigo, enarcando una ceja. Recorrió mi cintura con un dedo—. ¿Acaso hay algo ahí dentro que me pueda sorprender?

—Espero que no —contesté, ardientemente—. En cuanto a Marco...

—Desobedeció la orden que le di de que me informara inmediatamente si te encontrabas en algún peligro. No puedo dejar pasar semejante desafío a mi autoridad, aunque tú no hubieras estado implicada.

—No vas a hacer que me sienta mejor con eso.

—No le voy a causar ningún daño permanente, Cassie —me explicó, como si aquello fuera una gran concesión, aunque probablemente lo fuera.

Me desabrochó los vaqueros y me los bajó sin que me diera tiempo a protestar. Me aparté del montoncito de ropa vaquera mugrienta, atrapada entre el deseo y la vergüenza. Él arrojó los vaqueros a un lado, me enganchó con un dedo la goma del

tanga y tiró de ella.

Aún sonreía, pero ahora se trataba de otro tipo de sonrisa. Había algo en ella que provocó algunas gotas de sudor en mi cuero cabelludo y me hizo rodearle el cuello con los brazos. Sus labios encajaron con los míos, como la pieza extraviada de un puzle.

Oscuro y dulce, el sabor de Mircea resultaba embriagador, igual que su limpia fragancia en la medianoche. Me provocó un escalofrío que me alcanzó la base del vientre e hizo que se me retorcieran los dedos de los pies. Me escuché a mí misma gemir dentro de su boca, el cuerpo entero se me estremeció al sentir su tacto, y, de repente, un beso no era suficiente. Quería saborearlo entero, descubrir la textura y sensibilidad de cada centímetro de su cuerpo.

Pero aquello era exactamente lo que no podía hacer. Si quería tener alguna opción de reconciliarme con el Círculo, tenía que evitar cualquier cosa que pudiera aumentar su aversión hacia mí. Cosas tales como un rumor que me relacionara con un miembro del Senado.

El Senado Vampiro Norteamericano era uno de los seis órganos soberanos que gobernaban a la población vampírica mundial, del mismo modo en que el Círculo lo hacía con los magos. Actualmente, ambos eran aliados, pero aquella era una alianza reciente, que poco podía hacer para compensar los siglos de enemistad y desconfianza. Bastante mal le parecía al Círculo de por sí que hubiera una pitia que escapara de su control, pero una bajo la influencia de los vampiros era el peor de los escenarios posibles.

A menos que esa pitia se estuviera viendo con un senador.

No es que Mircea y yo nos estuviéramos viendo. De hecho, había estado evitándole deliberadamente. Añade vestigios de un capricho infantil, un poderoso hechizo de devoción que acababa de ser eliminado y un tipo por el que, aun sin estar hechizadas, las mujeres pierden la cabeza ¿y qué tenemos? Un follón.

Yo sabía lo que sentía por Mircea, aunque no estaba muy segura de por qué; y lo que es peor, no tenía ni la menor idea de lo que él sentía por mí. Mientras estuve bajo el hechizo, él se había mostrado realmente encaprichado de mí. Pero, sin él, no podía sino preguntarme qué atracción sentiría por un vampiro maestro de quinientos años, si no fuera la pitia reinante y si no estuviéramos en mitad de una guerra.

Hasta que lo averiguara, no quería que los latidos de mi corazón se aceleraran cada vez que pensara en él. No quería notar aquella sonrisa, indolente, sugerente y llena de promesas, cuando me besaba; no quería inhalar la embriagadora esencia de su nuca bajo el cuello de la camisa, probar su sudor y escuchar cómo se le quebraba la voz. No quería desearlo.

—*Dulceață* —dijo Mircea con dulzura, empleando el nombre cariñoso que me había asignado, siendo yo una niña y que significaba «querida». Y, a pesar de todo,

aquella palabra, pronunciada por aquella voz hacía que el corazón se me acelerara desde lo más profundo de mi cuerpo.

Recordé que lo que mi corazón dijera no importaba. Lo único que mi corazón decía eran estupideces. Mi corazón debería mantener cerrada esa puñetera boca.

—Vuelve a MAGIA conmigo —murmuró Mircea, mientras sus manos me masajeaban los músculos del cuello y empezaban a relajar con destreza la tensión. Le ordené a mi cuerpo que no reaccionara, y éste me obedeció tanto como de costumbre cuando de Mircea se trataba: ni caso—. Mi casa es muy grande. Puedes tener una habitación para ti. —Me mordisqueó el cuello—. Si es que quieres.

—No me gusta MAGIA —repliqué con inseguridad, volviéndome. Me quité el tanga y me sumergí en la bañera.

—Es el lugar más seguro para ti —contestó con suavidad.

MAGIA, algo así como la Metafísica Alianza de Grandes Interespecies Asociadas, que era como una versión de la ONU de la comunidad sobrenatural, aportaba un espacio para que los magos, los vampiros, los weres e incluso los duendes (cuando se tomaban la molestia de aparecer) expusieran sus diferencias. Tenía a algunos de los guardianes más fuertes que existían, fortalecidos por una potente fuente de energía que se sabía se trataba de una de las líneas Ley de inmersión. Mircea tenía razón, era el lugar más seguro.

Eso sí, para los que no se enfrentaran a un dios.

—No hay ningún lugar seguro para mí —le dije, mirando entre las burbujas, buscando mi esponja de lufa.

—No, si sigues empeñada en escapar de las protecciones que se te proporcionan. —Mircea se remangó y sumergió un brazo en el agua casi hirviendo, dando con la esponja sin dificultad. Hizo que me girara y comenzó a frotarme la espalda con largas y relajantes caricias. Traté de permanecer alerta, sabía muy bien lo que él tenía en mente, pero mi cuerpo tenía una idea diferente. Cuando se concentró en el nudo en la parte baja de mi espalda, no pude reprimir un gemido.

Terminó con la espalda y me atrajo hacia sí. Dejó la esponja, se untó las manos con jabón y empezó a frotarme los hombros y los brazos.

—Te vas a estropear la ropa —protesté con un hilo de voz.

—Tengo más.

Suspiré y cerré los ojos, dejando que el cuerpo se me pusiera en piloto automático durante unos minutos. El calor de sus manos fue aliviando poco a poco la tensión de mis músculos, haciéndome sentir otra vez casi humana. Instantáneamente, iba extendiendo el brazo o una pierna cuando se me ordenaba, para que pudiera lavarme los codos, la piel de debajo de los pechos, las pantorrillas, las corvas...

Cuando me recliné en la bañera, pude sentir su aliento en la mejilla. Mi mano, inconscientemente, se enredó en su cabello, y sintió su suavidad mientras él me

masajeaba con intencionadas caricias, extrayendo profundos suspiros de mi dolorido cuerpo. Dios, era injusta la facilidad con la que conseguía hacer que me derritiera, con la que conseguía hacer que me olvidara de mis propósitos con sólo un par de caricias.

—Me encanta lo receptiva que eres —murmuró, mientras sus dedos iban dejando sobre mi vientre una estela de piel erizada a su paso. Cuando poco después alcanzaron mi entrepierna me sobresalté.

Me incorporé bruscamente, así una toalla y recobré el control antes de ceder a hacer su voluntad.

—¿Qué estás haciendo, Mircea? —le pregunté, con inseguridad.

Él lanzó un suspiro y se puso en cuclillas, aunque no se molestó en fingir que no sabía de lo que estaba hablando.

—Tratando de que sigas viva.

—Eso no lo vas a conseguir escondiéndome por ahí. Ni agazapándome en una esquina hasta que Apolo dé conmigo, no es...

—Apolo. —La voz de Mircea reflejaba desdén—. Lo honras llamándolo por ese nombre.

Me encogí de hombros.

—Así es como él se llama a sí mismo.

—Porque le gusta fingir que es una deidad.

—Cuando, en realidad, sólo es una poderosa y ancestral criatura mágica procedente de otro mundo —repliqué, sarcástica.

—Sea lo que sea, el Círculo está mejor equipado...

—No. No lo está. Ellos están en más peligro aún que yo.

Como contaban las antiguas leyendas, Apolo, en la antigüedad, había sido el dueño del mundo, junto con otros de su especie. Entre otras cosas, su estilo de gobierno consistía en golpear a los fieles que no se postraran suficientemente o, lo que es peor, que no se postraran, al estar demasiado ocupados tratando de expulsar algunos de sus divinos traseros del planeta. Pero los magos de entonces no habían obtenido mucho éxito en el empeño: los «dioses» tenían su propia magia, una magia que era tan distinta de la de los humanos, que cualquier intento por desplazarla había sido infructuoso.

Aquello se había aceptado como cierto, hasta que la hermana de Apolo, Artemisa, se dio cuenta de que la humanidad se dirigía hacia la extinción y les mostró a algunos magos el hechizo necesario para eliminar a los de su especie y bloquear el camino de vuelta a la Tierra. Los únicos que no se habían visto afectados eran los semidioses, que tenían suficiente sangre humana para aferrarse a este mundo, y la mayoría de ellos habían caído en las redes de la comunidad mágica, que los había encarcelado. El gobierno de los humanos sobre la Tierra fue reestablecido y se formó el Círculo

Plateado para protegerlos.

Aquél podría haber sido el final de la historia, pero Apolo había logrado mantenerse en contacto con sus sirvientes, las pitias, a través del poder que les había sido conferido. El Círculo lo sabía; pero el hecho de que el poder migrara a una nueva receptora en cuanto la anterior moría suponía un problema para ellos. No podían matar a todas las clarividentes del planeta, así que acordaron asegurarse de que las pitias permanecían bajo su mágica influencia. Y así había sido durante miles de años.

Hasta que llegué yo.

El temor por parte del Círculo por lo que Apolo pudiera hacer a través de mí era la principal razón de sus obstinados intentos de ponerme en las situaciones más peligrosas. Lo cual era de lo más irónico, ya que, prácticamente, lo único que hasta aquel momento había hecho yo con el poder había sido utilizarlo contra su antiguo enemigo; lo cual me había situado entre la proverbial espada y su correspondiente pared, ya que tanto el Círculo como Apolo me querían muerta.

Al menos eran capaces de ponerse de acuerdo en algo.

Y, para conferirle más intensidad a la ironía, el Círculo y yo éramos aliados en aquel momento, al menos, técnicamente. Se habían unido al Senado, con el que yo mantenía un acuerdo, para enfrentarse a Apolo y a todo aquel al que hubiera sido capaz de embaucar para que lo apoyara: unos cuantos vampiros gañanes y un poderoso grupo de magos oscuros que se hacían llamar el Círculo Oscuro. Y, por el momento, las cosas no pintaban muy bien para nosotros, principalmente porque a Apolo no le hacía falta ganar para lograr que perdiéramos.

El hechizo de Artemisa tenía un punto débil: hacía falta mucho poder para lograr mantenerlo. Aquella era una de las razones por la que el Círculo había sido creado originariamente: repartir la carga entre los miles de magos. El Círculo también tenía la ventaja de ser eterno, con lo cual se solventaba el inconveniente de que los hechizos no suelen sobrevivir a la desaparición del que los ha lanzado. Al reclutar magos nuevos en cuanto los viejos iban muriendo o se iban retirando, el Círculo no había tenido que preocuparse por que la muerte de sus miembros representara una amenaza para el hechizo, a menos que se produjera la muerte de miles de ellos.

Lo único que tenía que hacer Apolo era reducir el número de miembros del Círculo y, tarde o temprano, no quedaría gente suficiente para mantener el hechizo. La puerta se volvería a abrir y él y los de su especie volverían para repetir su espectáculo. Y yo dudaba de que a la comunidad mágica le gustara la idea, o siquiera que sobreviviera a la experiencia. El otro bando estaba unido y si nosotros no lo lográbamos estarlo pronto, se nos iban a merendar.

—Hemos hecho —empezó a explicar Mircea, echándose algo de champú sobre la palma de la mano y frotándome la melena desaliñada. Se detuvo un momento para quitarme algo que no quise mirar y continuó—, algunas averiguaciones sobre el

tamaño del Círculo cuando el hechizo fue lanzado por primera vez, comparándolo con el que tiene hoy día, y hemos calculado que nuestros enemigos tendrían que destruir a más del noventa por ciento de los magos actuales para que el hechizo dejase de ser efectivo, lo cual es bastante improbable.

Me resultaba difícil pensar con claridad, con sus dedos frotándome el cuero cabelludo, no obstante, lo intenté.

—Aunque no imposible. Y, en cuestión de apocalipsis, prefiero algo seguro.

—Y yo preferiría que te mantuvieras al margen de todo. —Me hizo ponerme en pie y una cálida lluvia tropical empezó a caer de la alcachofa de la ducha que había instalada en el techo, enjuagando toda la espuma.

Lo miré, ceñuda, tras las gotas de agua, demasiado enojada para sentir vergüenza.

—Apolo no va a permitir que me mantenga al margen —señalé—. Aparte de la gente del Círculo, soy la primera de la lista. Va a ser un poquito difícil deshacerse de él sin usarme como cebo.

—Existe una diferencia abismal entre ser un cebo y ser el blanco —apuntó Mircea, envolviéndome con una enorme toalla de algodón turco. La seda negra de su camisa se había mojado y se pegaba a sus abdominales y a sus brazos. Traté con todas mis fuerzas de no mirárselos fijamente.

—Tiene gracia; ellos sienten algo parecido.

Salí de mala gana de la bañera y me senté en el tocador para evaluar los daños. El surco que la bala me había tallado en la cadera había desaparecido, cortesía de Mircea, supuse. Tenía una capacidad limitada para curar heridas, y ya me había curado en otra ocasión. Tenía la marca de una punzada que no recordaba haber recibido en la pantorrilla y algunas quemaduras en las manos. Eran parecidas a las cicatrices aún recientes que tenía en el vientre y en las muñecas, de una aventura que había tenido hace poco y que estaba tratando de olvidar.

Mircea también se quedó mirando las cicatrices.

—Los curanderos mágicos pueden hacer milagros, comparados con sus homólogos no dotados de poderes, pero hay cosas que ni nosotros podemos curar —dijo con dulzura.

—Supongo que he tenido suerte.

Mircea no dijo nada, pero su expresión resultaba de lo más elocuente. La suerte no es eterna. ¿Cuánto tardaría la mía en esfumarse?

Con el dedo, me apartó el cabello y tocó dos pequeñas marcas que tenía en el cuello. Eran casi imperceptibles, ya que eran minúsculas y del mismo color que el resto de la piel, pero Mircea dio con ellas con facilidad. No era ninguna sorpresa, ya que era él el que las había hecho. Eran sus marcas, las que me identificaban como suya en el mundo vampírico.

Para los vampiros, podríamos estar casados, si no fuera por el hecho de que nadie

me lo había pedido. De hecho, ni siquiera me había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta mucho tiempo después de haber sido marcada. A otra vampira no le habría importado, ya que se habría sentido afortunada de pertenecer a un miembro del Senado. Pero, aunque me hubiera criado con él, yo no era una vampira. Y tampoco me entusiasmaba la idea de ser propiedad de nadie, por muy buenos que fueran los beneficios asociados a aquel hecho.

—No me vas a convencer —le espeté a Mircea con tono serio, ya que se le daba realmente bien—. Tengo que llegar a un acuerdo con el Círculo y no van a entender que viva contigo.

—Ya estás viviendo conmigo. Este hotel es mío.

—Está abierto al público y no sueles estar aquí. Mudarme a tus aposentos privados, aunque tengan el tamaño de una casa, no es lo mismo. Al Círculo no le va a gustar.

Mircea se inclinó y acarició las dos marcas idénticas con los labios, haciendo que me estremeciera.

—¿Sabes, *dulceață*, que me estoy hartando de oír hablar de lo que al Círculo le gusta o le disgusta?

—Yo también. Pero tenemos que afrontar...

Me interrumpió con un beso que me convirtió el cuerpo en gelatina. *Así no es como deberían desarrollarse las cosas*, pensé por un momento, mientras mis dedos se introducían bajo la tela húmeda de su camisa. Tenía razón; debería ir ganando. Y nadie debería tener la lengua dentro de la boca de nadie.

—Eres demasiado preciosa para perderte —me dijo cuando me aparté para tomar aire.

—Si ocurre algo, estoy segura de que el Senado...

—No estoy hablando del Senado —replicó, con una extraña sonrisa en los labios. Nuestras miradas se encontraron y, de repente, me costaba respirar.

—¡Oh! —De una manera extraña, me sentí pequeña y extrañamente poderosa a la vez.

—Y no te voy a proponer llevarte a MAGIA, al menos, no por el momento. Tengo que irme para ocuparme de un asunto de familia.

—¿Otra vez? Si acabas de volver.

—Y, dado que no puedo fiarme de que no vayas a deshacerte de mis sirvientes en mi ausencia...

—Yo no...

—... ni de que no te vayas a meter en líos, ni siquiera por unos días, te vas a venir conmigo.



El reactor privado de la familia parecía más la suite flotante de un hotel que un avión. Había asientos reclinables de cuero en el comedor rodeando una deslumbrante mesa de arce. También había madera de arce en las paredes y, en el suelo, una ostentosa alfombra color café y crema con dibujos; y el baño tenía tanto granito como el del Dante.

Mircea estaba sentado en un sofá de cuero color crema en la sala de estar, absolutamente cómodo, ataviado con una camisa de un gris plateado, corbata y un elegante traje negro. Yo me veía demasiado informal con unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta de tirantes de rayas azules y blancas, pero es que no había tenido ocasión de preguntar a nadie adónde íbamos cuando fui a vestirme. Al menos, estaba limpia.

Mircea miraba por la ventanilla en lugar de ver la enorme televisión de plasma que había colgada de la pared, pero alzó la vista cuando volví de inspeccionar el lugar.

—Hay una cama de verdad en la habitación contigua —le informé y, al instante, me di cuenta de cómo sonaba aquello.

Sus labios se curvaron lentamente.

—No vamos tan lejos.

—¿A dónde vamos, exactamente?

—A casa de Radu, cerca de Napa.

Yo sabía que Mircea tenía un hermano que se llamaba Radu. Una vez lo conocí, en una ocasión memorable. Aunque aquél no parecía un buen momento para las visitas sociales.

—Tengo comprobado que los asuntos familiares nunca esperan a que sea el momento oportuno —comentó—. Aunque ésta será una visita corta. La Cónsul espera recibir a sus homólogos africano y europeo dentro de dos días, y debo asistir.

—¿Van a venir aquí?

—Con sus séquitos.

—Pero... no sabía que los cónsules viajaran tan a menudo. —Un cónsul era el jefe de un senado y, como tal, era considerado demasiado valioso como para ponerlo en riesgo. No es que los cónsules con los que me había topado se hubieran mostrado muy desvalidos. De por sí, resultaban de lo más espeluznantes.

—Corren tiempos difíciles. El peligro que supone no aunar nuestras fuerzas es mucho mayor que los riesgos inherentes a hacerlo. Si no alineamos nuestros intereses para la guerra, pronto nos encontraremos sin nada.

Sonaba como si Mircea hubiera tenido que exponer aquel argumento más de una

vez últimamente.

—¿Es el discurso que tienes preparado?

Se pasó una mano por el rostro y, por primera vez, tenía aspecto de cansado.

—Sí, pero se supone que debe sonar como si no lo estuviera.

Una azafata entró y dejó sobre una mesita una bandeja de plata con algunos platos calientes. Eran huevos revueltos, beicon y tostadas francesas. Había una jarra de cristal con zumo de naranja en un lado, y un pequeño bol con melocotones frescos. Aún faltaba una hora para el alba, pero me sonaban ya las tripas. Me había perdido las cenas de los últimos cuatrocientos años.

Piqué un poco de todo, incluso de los huevos, a pesar del caviar gris perla que la azafata se había empeñado en echarles por encima. Mircea se tomó un café. Pero, dado que los estimulantes no le hacen ningún efecto a los vampiros, dudé que le fuera a hacer nada.

Volvió a mirar por la ventanilla mientras yo comía, lo cual debería haberme hecho entender que algo iba mal. Era el rey de las conversaciones triviales. Eso, con la gente que no conocía.

Todo el mundo en el Senado tenía un puesto, lo que en un gabinete de Gobierno sería un Ministerio. Mircea era el jefe de negociaciones de la Cónsul, a él era al que le tocaba acudir cuando la gente se ponía terca y no quería darle lo que ella quería. Normalmente, era capaz de obrar auténticos milagros, haciendo pasar por el aro a los más obstinados. Pero, esta vez, puede que ella hubiera pedido demasiado.

—¿De verdad crees que los otros senados van a sumarse? —le pregunté.

—¿Qué es lo que dicen tus cartas? —respondió; obviamente, evitando darme ninguna pista.

La única baraja de tarot que llevaba era un regalo de un viejo amigo que las había hecho encantar de broma. No sé quién las habría hechizado, pero lo había hecho realmente bien. Usarla para echar las cartas era una lata, pero resultaban inquietantemente acertadas a la hora de predecir el ambiente mágico de una situación.

—No va a ser muy normal —le advertí, sacándolas—. No duran calladas mucho rato.

Apenas había terminado de pronunciar las últimas palabras cuando dos cartas saltaron solas de la baraja.

—El Emperador —proclamó una voz, mientras una voz más grave anunció majestuosamente—: ¡La Muerte! —Después de eso, era difícil saber lo que decían, ya que se interrumpían la una a la otra. Fueron subiendo el tono gradualmente hasta que, finalmente, se volvieron a meter en la baraja y desaparecieron.

—El Emperador significa fuerza, seguridad, a veces agresión —le expliqué a Mircea, que se mostraba divertido—. Si se refiere a una persona, suele significar un padre o una figura paternal, un líder o jefe, un rey o un déspota. Si se refiere a una

situación, indica que hay que ser osado para alcanzar el éxito.

—¿Debería preocuparme porque haya salido la Muerte?

—No demasiado. Casi nunca quiere decir que vaya a haber una muerte. Normalmente, suele predecir el fin de algo: un sueño, una ambición, una relación...

—Por alguna razón, eso no me tranquiliza —fue su amarga respuesta.

—En este caso, la Muerte modifica al Emperador —le expliqué—. Las dos cartas suelen estar conectadas entre sí. Un emperador sólo se asegura el poder a través de la muerte de su predecesor, sólo se mantiene en el poder por el temor a la muerte que inspira y su poder se extingue con su muerte.

Mircea frunció el ceño.

—Pronto se juntarán tres cónsules por primera vez en varias centurias. No me malinterpretes, pero, honestamente, espero que tu interpretación no sea la correcta.

Yo también lo esperaba.

—¿Qué piensas hacer con la alianza, si es que la consigues? —le pregunté.

—Derrotar al dios ese del que hablas. No podemos dar con él, ya que no está en este mundo; y espero que así siga siendo, pero sus fieles sí que están aquí. Para erradicar la amenaza, debemos eliminarlos a ellos. A todos. Pero esa operación requerirá un esfuerzo conjunto.

Un esfuerzo conjunto. ¿Por qué será que aquello me pareció un problema?

—Si los demás senados aceptan, ¿quién los encabezará? —pregunté con cautela—. ¿La Cónsul?

Mircea suspiró y se volvió a frotar los ojos.

—Ése es uno de los temas más peliagudos. Ninguno de los cónsules está acostumbrado a que nadie les dirija, llevan siglos sin recibir una orden.

—¿También forma parte de tu trabajo convencer a los cinco vampiros más poderosos del mundo para que acaten sus órdenes?

—Básicamente.

—Y yo pensando que mi trabajo era una mierda.

Él sonrió levemente.

—De hecho, no espero poder persuadirlos a todos. La Cónsul tiene una relación bastante cordial con los Cónsules europeo y africano; por eso conseguimos convencerles de que vinieran. Y yo tengo cierta influencia en la corte china. Pero tenemos poca mano con el *darbar* indio y ninguna en Latinoamérica. Me sorprendería que lográramos que alguno de ellos se uniera.

—Pero, aún así, unir tres o cuatro senados ya sería todo un récord, ¿verdad?

—Si lo conseguimos, sí. Pero la mitad de los senadores detesta a la otra mitad, en muchos casos, por rencillas de hace cientos de años. Por no mencionar los celos, las rivalidades y los egos demasiado susceptibles. Sin ninguna prueba real sobre la que sustentar nuestros argumentos, no soy muy optimista en lo que a nuestras

posibilidades se refiere.

—Estamos en guerra. ¡A mí me parece bastante posible!

—¿Pero en guerra con quién? Apolo no está aquí. Lo único que ellos ven es a los mismos enemigos de siempre: el Círculo Oscuro y unos cuantos vampiros canallas, de los cuales nuestro senado se ha ocupado sin dificultad. Como resultado, se muestran muy desconfiados con respecto a la necesidad de crear una alianza. Creo que sospechan que nos estancas inventando esta conexión divina, en un intento por subyugarlos al poder de la Cónsul.

Pestañeeé, asimilándolo todo. No había visto demasiado a Mircea en los últimos días, pero había supuesto que la razón era que se me daba bien evitarlo. O lo más probable es que se hubiera percatado de la evidente ausencia de Cassie en su entorno inmediato y que le hubiera dado igual. Pero esa explicación me hacía sentir más patética que un cachorro apaleado, así que me había centrado en que debía de tener una buena razón para haber estado ausente.

Mircea y yo habíamos perdido la chaveta a causa del hechizo de amor, pero a él le había dado mucho más fuerte que a mí, por algunas complicaciones temporales, y había tenido que sobrellevarlo durante más tiempo. Suponía que le estaba costando algún tiempo recobrase, y me alegraba de ello, teniendo en cuenta el aspecto que tenía la última vez que lo vi. Pero me daba la impresión de que no había descansado nada. Y ahora surgía aquel asunto familiar, lo que quiera que fuera.

—Deberías tratar de tomártelo con algo más de calma —le dije, ceñuda—. No estás en tu mejor momento.

Una de sus expresivas cejas se alzó.

—¿Perdona?

Lancé un suspiro. No había sonado muy bien.

—Vamos, todo el mundo piensa que los maestros vampiros son invencibles. Sólo que no es cierto, ¿verdad? Te puedes cansar y... eso. —Le había visto herido y vulnerable hacía poco, y aquella imagen me había sorprendido. Pero aquella era otra razón más para mantenerme alejada.

Había aprendido la lección hacía años: no dejes que la gente se acerque demasiado. Que te importen, pero no demasiado, porque tarde o temprano, los perderás. El intento de mi madre de empezar una nueva vida había terminado con un coche bomba colocado por un vampiro que quería una vidente en su corte. Ella era demasiado lista como para aceptar el puesto, pero entonces él pensó que su hija, yo, sería perfecta; no tendría unos padres plastas a su alrededor diciéndole lo cabrón que era.

Tony, el vampiro en cuestión, también había torturado, por despecho, a la institutriz que me había criado hasta que crecí lo suficiente como para entenderlo todo y huir de él. También había dejado atrás a otras personas, en la corte de Tony, o

mientras iba de un lado a otro, tratando de escapar de los sirvientes que tenía tras de mí. Pero, como quiera que fuese, en cualquier momento miraría a mi alrededor y las personas que me importaban habrían desaparecido. Había aprendido de la peor manera que mantenerme alejada era lo mejor para todos.

Relaciones superficiales, mantente suficientemente alejada y nadie se dará cuenta siquiera de que te has ido.

—¿Te pasa algo, *dulceață*?

—No. —Tragué saliva—. Nada. Sólo que me gustaría...

—¿Sí?

—Me gustaría que pudieras desconectar algo más —le dije.

Mircea continuaba con el semblante serio, pero sus ojos sonreían.

—Me temo que unas vacaciones están fuera de toda cuestión, en este momento.

—Bueno, entonces podrías hacer alguna otra cosa con la que te relajes.

En algún rincón de su mirada surgió una chispa ambarina.

—Se me ocurren un par de cosas.

Le lancé una mirada.

—Lo que quiero decir es que, ¿por qué no cambias de trabajo durante un tiempo? Dicen que un cambio es lo mismo que un descanso.

Las manchas de color ámbar parecían captar la luz y calentarla.

—Siempre me ha gustado experimentar. —Me apartó un mechón de pelo perdido detrás de la oreja—. ¿Tienes algo en mente?

De repente, se me puso la boca seca, y traté de no pensar en lo que alguien con quinientos años de experiencia podría soñar.

—A... a decir verdad, no.

—Entonces, supongo que tendremos que improvisar algo. —Me empujó suavemente contra los blandos cojines del sofá y me besó. Cuando su lengua tocó la mía, mi cerebro, de repente, empezó a sugerir todo tipo de posibilidades interesantes.

Entonces, el comandante anunció por los altavoces que ya habíamos aterrizado. Miré a mi alrededor sorprendida. Ni siquiera me había percatado de que estuviéramos descendiendo.

—Podríamos quedarnos un rato —dijo sin aliento alguien que, al parecer, era yo.

Mircea me volvió a besar, esta vez rápido, antes de levantarse.

—Es tentador. Pero temo que irme.

—Querrás decir que tenemos que irnos.

—Te he traído conmigo para mantenerte a salvo, no para ponerte en peligro. —Se dirigió hacia la puerta, pero lo agarré de la manga, logrando arrugarle su camisa perfecta.

—¿Peligro? Creía que íbamos a visitar a tu hermano.

—Yo sí. Tú te vas a quedar aquí. Radu está metido en problemas y no quiero que

te impliques.

—Podría ayudar —dije, levantándome, sólo para darme cuenta de que no podía.

Bajé la mirada y vi que un brazalete plateado me rodeaba la muñeca. Tiré de él, pero estaba bien sujeto al brazo del sofá, prendido de algo en el interior del lujoso cuero: la estructura, por lo visto. Maldita sea, ¡se me había olvidado pedirle que me devolviera las esposas!

—¡Mircea!

—No creo que tarde mucho, y cuidarán bien de ti hasta que vuelva —añadió. A continuación, se marchó.

Tiré de las esposas y grité como para resucitar a los muertos, pero nadie acudió en mi ayuda. Traté de transportarme y terminé sobre el asfalto de la pista que había en el exterior del avión, aún atada al sofá, justo a tiempo para ver a Mircea alejándose en un coche. No sabía dónde vivía Radu, así que no podía seguirlo. Por no mencionar lo difícil que iba a resultar ser útil encadenada a un gran mueble.

Volví a transportarme al avión, cabreada, y apareció un fantasma. Aquel hecho no merecía comentario alguno, ya que aquello me sucedía constantemente, uno de los inconvenientes de ser clarividente. Pero esta vez era distinto, ya que a aquel fantasma lo conocía.

Billy Joe llevaba puesto un sombrero Stetson de cowboy y la camisa arrugada con la que murió hace siglo y medio. Normalmente, solía llevar una camisa color carmesí brillante, que llamaba bastante la atención. En aquel momento, era de un color pálido y desteñido, como si la hubieran dejado tendida demasiado tiempo. Se ponía así cuando sus niveles de energía estaban cerca de tocar fondo.

—No empieces —le dije antes de que pudiera abrir la boca—. Intenté dar contigo antes de marcharme. Sabía que necesitabas un traspaso de energía. —Billy y yo teníamos un acuerdo desde hacía mucho tiempo, por el cual yo le daba energía extra y él me proporcionaba información. Ninguno de los dos habíamos obtenido lo que esperábamos, pero aquello era mejor que nada.

—Joder, es verdad que necesito un traspaso, pero no estoy aquí por eso.

Me miró la muñeca y su gesto ceñudo se convirtió en una mueca burlona.

—¿Ahora sois unos pervertidos el vampiro y tú?

—No quiere que lo siga.

—¿Y por eso te ha atado? —rió Billy—. ¿Te ha hecho algo antes?

Lo miré fijamente. Me ardía la parte de la muñeca que Mircea me había tocado, y sentí un calor que me atravesó por completo, haciendo que se me sonrojaran las mejillas.

—Sólo porque tienes la costumbre de aparecer a todas horas no te da el derecho a...

—Supongo que no —dijo, posando una inconsistente nalga en el sofá—. Así que

quítate eso y vámonos. Tienes una reunión importante.

—Si supiera como quitármelas, ya lo habría hecho —dije exasperada—. ¿Qué reunión?

—Oh, no lo sé. ¿Qué reunión llevas tres días tratando de celebrar?

Tardé un segundo en pillarlo. Desde que Apolo había entrado en la ecuación, Pritkin le había estado dando la lata al Círculo para que se reunieran conmigo. Pero, realmente, no creía que fuera a llegar a ninguna parte. En el pasado, él mismo había sido miembro del Círculo, pero Pritkin había roto con ellos por prestarme su apoyo. Yo suponía que querían su cabeza en bandeja, justo al lado de la mía.

—¿El Círculo quiere que nos veamos? ¿Desde cuándo?

Billy puso los ojos en blanco.

—Desde ayer. Llegó una nota poco después de que te fueras a perseguir a Agnes. ¿Es que no lees los mensajes que te llegan?

—¿Qué mensajes? ¡A mí no me ha llegado ningún mensaje!

—Pritkin fue a tu casa una docena de veces, pero nunca estabas. Así que empezó a dejarle las notas al tipo ese enorme.

—Marco.

—Sí. Ese.

—Marco no me las ha dado, ni siquiera las ha mencionado, ni a Pritkin, ni lo de la reunión. Empezaba a pensar que tenía razón. Teníamos un problema de comunicación.

Billy se encogió de hombros.

—Mircea le ordenó que no lo hiciera.

Abrí la boca para decir que Mircea no haría algo así, pero la volví a cerrar antes de que me salieran las palabras. ¿A quién pretendía engañar? Claro que Mircea lo haría.

—Al Senado le gusta la idea de tener a una pitia bajo su control —dije, tratando de entenderlo—. Y si el Círculo y yo nos reconciliáramos...

—Podrías volverte peligrosa —concluyó Billy.

—Así que mandaron a Mircea para que me quitara de en medio antes de la reunión. —Sentí que se me encendía el rostro, recordando la escena frente al espejo. De modo que demasiado preciosa para perderme, ¿no?, ¿demasiado importante para él?

—Eh, ¿Cass? —Billy me miraba con aire divertido—. La reunión es en el Darte, fue Pritkin quien insistió. Terreno neutral. De todas formas, tenemos menos de una hora antes de que aparezcan los magos.

Traté de levantarme, pero me tuve que sentar de nuevo.

—Estoy encadenada a un sofá —señalé.

Billy esbozó una sonrisa maliciosa.

—Apuesto a que Pritkin podría soltarte.

Lancé un suspiro. Sí, pero jamás olvidaría que le debo un favor.

—¿Está en su habitación? —pregunté, resignada.

—Creo que cabrás —dijo Billy, divertido—. Si empujamos.

Lancé un suspiro. *Jamás*. Y me transporté.

Igual que a mí, a Pritkin le habían concedido una habitación mejor. Era más espaciosa que la anterior, pero, por aquello de caer en el lugar más seguro, aterricé en el pasillo de fuera. Mi enorme accesorio de cuero aterrizó sobre el amigo de Marco. Él era un vampiro y el sofá estaba diseñado para pesar poco, para poder instalarlo en un avión, así que no le hice ningún daño. Aunque tampoco es que le hiciera mucha gracia.

—Marco me avisó de que podrías aparecer —dijo, levantándolo y arrojándolo a un lado—. También me dijo que no debíamos permitirte hablar con el mago.

Entrecerré los ojos.

—Hablaré con quien me salga de las narices —le contesté, tratando de darle la vuelta al sofá para poder llamar a la puerta.

Puso un pie sobre el cojín más cercano del sofá y sacó un teléfono móvil.

—Ha vuelto —dijo, mientras yo tiraba y forcejeaba inútilmente—. Marco dice que te lleve arriba —se me informó.

—¿Tú y qué ejército? —gruñí—. Y quita el pie de mi sofá.

El vampiro observó mi apéndice de cuero durante un segundo y, a continuación, miró el ascensor. El proceso mental no fue muy ágil, aunque, finalmente logró llegar a la conclusión acertada: no iba a caber.

—Tendré que partirlo en dos —exclamó, agarrándolo de un extremo—. Lo siento, pero supongo que el maestro te comprará otro.

—Es de Mircea —reaccioné—. Este sofá es suyo. Y siente un gran apego hacia él.

El vampiro me miró receloso.

—¿Hacia un sofá?

—Es de diseño, teñido a mano, para que fuera a juego con el resto del mobiliario de su reactor privado. Si lo estropeas, no encontrará otro que le vaya bien. Al avión le pegaría menos que a un cristo dos pistolas. Sería un problema.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro un minuto largo, y fue el vampiro el que pestañeó primero.

—No quiero causarle problemas al maestro —dijo lentamente, alargando el brazo para coger el móvil. Pero se le había olvidado apartar el pie del sillón, así que tiré de él con fuerza y logré quedarme a un metro de la puerta.

—¡Eh! —Vino en un instante, con la mano en el brazo. Así que le di una patada a la puerta en lugar de llamar—. Tienes que volver arriba. ¡Marco lo ha dicho!



—¡Dile a Marco que se vaya al infierno!

¡Maldita sea! Traté de darle otra patada a la puerta, pero Marco agarró un extremo del sofá y tiró de él para que no llegara.

—Tú te vienes con nosotros. Ni lo dudes —me dijo.

Una pareja de ancianos salió de la habitación contigua; nosotros estábamos ahí parados, mirándonos. El hombre llevaba un polo azul y unos pantalones cortos de cuadros escoceses que le llegaban hasta los sobacos y le rozaban sus nudosas rodillas. La mujer llevaba una camiseta de recuerdo de Chippendales, un club de estriptis de Las Vegas, unas mallas cortas rojas y unas playeras a juego. Aparentaban unos noventa años.

—Va a tener que apartar su sofá —dijo el anciano—. La señora y yo tenemos que coger el ascensor.

—Si no llegamos temprano al bufé, luego los huevos están secos —aclaró la mujer—. Deberían hacer más huevos.

—Ya has oído al señor —le dije a Marco—, aparta el sofá.

Marco puso los ojos en blanco.

—Es tu puto sofá. ¿Por qué no lo apartas tú?

—Esa no es forma de dirigirse a una dama —le espetó el anciano—. Además, ¿cómo va a mover un sofá tan grande una chica como ella?

—Tenéis pinta de estar fuertes —replicó la anciana—. ¿Por qué no lo apartáis, por mí? —Le lanzó una mirada coqueta al compañero de Marco, que pareció aterrorizarse.

—Vayan por las escaleras —le dijo Marco—. Es bueno para ustedes.

Ella frunció el ceño.

—Llevo una prótesis en la cadera. No puedo subir escaleras.

—¡Usted no tiene por qué decirle a mi novia lo que tiene que hacer! —exclamó el anciano, con aspecto cabreado—. Éste es un vestíbulo público. ¡No puede bloquear el paso de esta manera! ¡Voy a hablar con la dirección del hotel si no quita esto de aquí inmediatamente!

La anciana le sonrió.

—¿A que es un encanto? —me preguntó.

—La caballerosidad aún pervive —concedí.

—¿Quieren que aparte el sofá? —preguntó Marco—. Pues ya lo tienen.

Me cogió en volandas, me tiró al sillón y lo levantó de un extremo. Su compañero levantó el otro y los dos vampiros empezaron a llevárselo por el pasillo. Cualquiera de los dos podría haberlo hecho solo, probablemente con una sola mano, pero teníamos público.

El hombre y la mujer nos siguieron a los ascensores y pulsaron el botón, y todos aguardamos a que llegara. La puerta pitó y los dos tortolitos entraron. La mujer

aguantó la puerta, pero yo negué con la cabeza mirándola.

—No va a caber.

Marco miró el sofá y después el ascensor, llegando a la misma conclusión. Ceñudo, dejó el lado del sofá que sujetaba, me colocó en un lado y estampó en medio su pie del cuarenta y siete. Se oyó un crac bastante sonoro y el sofá se partió limpiamente en dos.

—¡Oh, Virgen Santa! —exclamó la mujer, con el pie firmemente colocado en la puerta del ascensor. Parece que los huevos podían esperar.

—¡Oh, sí! —El compañero de Marco miraba sucesivamente a Marco y al sofá, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

—¡Oh, tío, no deberías haberlo hecho! Ese sofá era especial. ¡Era el sillón favorito de Mircea!

—¡Lord Mircea no tiene ningún sofá favorito! —le dijo Marco, tratando de empujarme hacia el interior del ascensor. Pero el pedazo al que estaba encadenada era demasiado grande, especialmente habiendo dos personas ya dentro.

Marco agarró el brazo del sofá al que mis esposas estaban sujetas, al parecer, con intención de romperlo, pero su compañero lo detuvo.

—¡No puedo permitir que lo hagas! —dijo en un tono muy grave.

—¿Qué no me puedes permitir qué? —preguntó.

—No puedo permitirte que estropees más una propiedad de lord Mircea. Éste es un sofá especial. ¿Ves ese cuero? Fue tintado especialmente a mano. No se puede comprar en ninguna parte, no sin que deje de hacer juego. —Observó los pedazos, ceñudo—. El cuero se ha partido por la costura. Quizá se pueda reparar. Quizá podamos...

No llegué a oír su propuesta, porque Marco le plantó un puño en la mandíbula con fuerza suficiente para mandarlo tambaleándose contra la pared. Tembló con el golpe, y uno de los apliques de la pared cayó sobre la moqueta, haciéndose añicos. El vampiro tampoco tenía muy buen aspecto, ya que se deslizaba lentamente sobre las nalgas.

Marco lo miró furioso.

—No vuelvas a cuestionar mi autoridad nunca más. Yo estoy al mando de este destacamento. Vas a hacer lo que yo te diga. —Se volvió hacia el sofá y lo agarró.

—No lo hagas —le advirtió su amigo, levantándose lentamente.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Marco amablemente, volviéndose de nuevo hacia él.

—He dicho que lo sueltes.

—Vale. —Marco soltó el sofá y apartó con cuidado el pie de la señora de la puerta del ascensor—. El espectáculo ha terminado. Aquí no hay nada que ver —le dijo, pulsando el botón que llevaba al vestíbulo. En cuanto desapareció el ascensor,

arremetió contra el otro vampiro.

Sabía lo que iba a pasar y me preparé. Medio sofá pesaba mucho menos que un sofá entero, y también resultaba más manejable. Me levanté mientras ellos se alejaban tambaleándose hacia el rellano de la escalera, lanzando improperios y haciendo aspavientos, y empecé a arrastrarme por el pasillo.

En otra situación, me habría transportado, pero bastante dura había sido ya la noche: un viaje de cuatrocientos años no era nada divertido y luego, había tenido que transportarme desde el avión, aparte del pequeño viaje a la pista de aterrizaje. Estaba destrozada. Y no me pareció que reunirme con el jefe del Círculo hecha polvo fuese muy buena idea.

Llamé con fuerza a la puerta de Pritkin. Esta vez se abrió, mostrando a un mago de la guerra a medio afeitar con una cuchilla en la mano. Llevaba unos pantalones de vestir perfectamente planchados y una camiseta interior de tirantes que se le ajustaba como una segunda piel. Pero, por una vez, no fueron sus brazos moldeados ni sus musculosos hombros lo que llamó mi atención. Fue su pelo.

Sobre la frente, le caía su corta melena rubia y ondulada, que le llegaba hasta la clavícula. Parecía suave. Parecía controlada. Parecía normal.

—Tu pelo. —Me quedé mirándolo boquiabierta.

Se pasó la mano por la cabeza.

—Aún no he tenido tiempo de arreglármelo.

—¿De veras tienes que hacerlo?

Entrecerró sus ojos verdes.

—¿Dónde has estado? —me preguntó—. Y, ¿por qué no vas arreglada?

No contesté porque, de repente, Marco se había presentado con el gesto ceñudo y un desgarrón en el traje.

—Muy bien —dijo, jadeando levemente—. Vamos.

—¿Crees que a Mircea le haría mucha gracia ver cómo me tratas? —le pregunté, mirando la mano que me agarraba del bíceps.

—El maestro quiere que lo esperes arriba.

—¿Es que lo has llamado?

—No. Dejó un mensaje por si aparecías. Supongo que te tiene calada.

Ignoré aquel comentario.

—¿Desde cuándo transmites tú los mensajes? —Miré a Pritkin—. No me ha dado ninguno de tus mensajes. De hecho, no me habría enterado de lo de la reunión, si no llega a ser por Billy.

—¿Por qué no le diste mi mensaje? —inquirió Pritkin.

—Billy y yo tenemos la siguiente teoría —le expliqué—: que puede que al Senado no le haga mucha gracia que... —Me detuve porque Marco me tapó la boca con la mano. Pritkin se la apartó y los dos se enfrentaron con la mirada.

—Aún no he cenado —le dijo Marco—. Tráeme la cena.

Pritkin me miró y, finalmente, se dio cuenta de que estaba encadenada a algo.

—¿Por qué estás esposada a una silla?

—Es un trozo de sofá —le corregí.

El ascensor pitó y salieron los dos ancianos. Bordearon los restos del mueble y caminaron por el pasillo hacia nosotros. Ella cojeaba a causa de la cadera. Al fin, llegaron hasta nosotros y el anciano nos espetó:

—Creía haberte dicho que apartaras esa cosa —dijo, con voz quejumbrosa—. Me he dejado la medicación. Tengo que tomarla con el desayuno, si no, ando fastidiado todo el día. Y tu sofá está bloqueando mi puerta.

Marco cerró los ojos un instante y agarró el sofá. Partió el brazo al que estaba encadenada y me lo dio. A continuación, procedió a despedazar el resto en trozos minúsculos, mientras, la pareja de ancianos lo observaba con los ojos como platos.

Casi había terminado, cuando su colega, con aspecto bastante maltrecho, vino corriendo desde el descansillo, encabezando el equipo de seguridad. Dado que el propietario del hotel es un vampiro y que el gerente también lo es, no es de extrañar que gran parte del equipo de seguridad pertenezca también al grupo de los muertos vivientes.

—¡Soy su guardaespaldas! —les gritó Marco, y seis vampiros cayeron sobre él—. No lo entendéis, ¡está en peligro!

—¡Vaya, vaya! —exclamó el líder de la patrulla, mirando a la pareja de ancianos—. Parece que hemos llegado justo a tiempo.

—¡Díselo! —me ordenó Marco.

Abrí la boca, pero la volví a cerrar. Marco acababa de llegar a Las Vegas, directamente de la corte de Mircea, que se encontraba en el estado de Washington. En consecuencia, la mayoría de los empleados del casino aún no lo conocían. Con suerte, los guardias confirmarían su identidad cuando mi reunión con el Círculo hubiese terminado. Me quedé ahí parada, en silencio, mientras se lo llevaban y él me lanzaba una mirada furibunda.

—Discúlpennos —les rogó el jefe de seguridad a los ancianos.

—Podría regalarnos un vale para el bufé —sugirió la anciana, esperanzada.

—¡Y tanto! —asintió el anciano—. Algo no marcha bien cuando uno no puede ni siguiera coger sus medicinas.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Pritkin.

Alargué el brazo esposado.

—Quítame esto y te lo cuento todo.

Media hora después, me encontraba en el vestíbulo del Dante con un rubio. Por una vez, no se trataba de Pritkin.

—¡Para ya! —La esbelta criatura que tenía al lado me dio un manotazo. Había tratado de secarme disimuladamente el sudor de las manos en mi vestido, pero supongo que no había sido suficientemente discreta.

—No le hago daño a nadie —le contesté, al tiempo que alguien se empezaba a sonar la nariz. Miré en derredor, pero sólo vi al grupo de hombres de mirada penetrante al otro lado del vestíbulo. Se habían puesto en filas de a dos y tres, tratando de mezclarse con la multitud. Pero, dado que los empleados del Dante solían vestir desde trajes de demonio con lentejuelas hasta vestidos de dominatrix, el intento resultó bastante infructuoso.

También podía ser por los abultados abrigos que llevaban, a pesar de que la temperatura exterior amenazaba con desintegrar los termómetros. O por los siniestros bultos que llevaban bajo los abrigos. O puede que tuviera algo que ver con el hecho de que tenían aspecto de querer matar a alguien. Ya que ese alguien podría ser yo, pensé que unas cuantas manchas de sudor eran perdonables. Lo malo es que Augustine no estaba de acuerdo.

—¿Después del estado en el que me devolviste mi última creación? —me espetó indignado—. No te atrevas siquiera a dirigirme la palabra.

Dejé las manos quietas con culpabilidad. Augustine era uno de esos diseñadores que tienen un alto concepto de su propio trabajo. Por eso yo había metido lo que quedaba del último vestido que había creado para mí (que había sufrido algún que otro ultraje inevitable) en una bolsa de basura, escondiéndola en un contenedor. No se cómo, lo había encontrado. Y cuando aparecí por su tienda en la avenida del casino hacía media hora, sin aliento y desesperada por dar con algo que ponerme para el encuentro, él me había enseñado los pobres y maltrechos restos.

Augustine me había dejado claro que los vestidos a medida eran demasiado buenos para mí y se había vuelto, dándome la espalda. Pero, medio minuto después, había tenido que tragarse su orgullo y volver cuando Sal, que se había autoproclamado como mi nueva asistente, lo había seguido hasta el taller enseñándole los colmillos con una sonrisa. Al parecer, a Mircea no le había dado tiempo a avisar a toda la familia de que prefería que yo no asistiera a aquel encuentro. Y Sal no tenía intención de dejar que los dejara a todos en evidencia delante del Círculo.

Me dieron mi vestido, uno de terciopelo verde que me daba ligeramente el aspecto de llevar puestas las cortinas de Scarlett O'Hara, con apenas tiempo para colocármelo a toda prisa y bajar corriendo. Dado que se trataba de una creación de

Augustine, esperaba que se transformara en algo o que tratara de morderme, pero, hasta el momento, no había hecho nada interesante. Excepto hacer lo humanamente posible por hacerme parecer sofisticada.

Para eso estaba hecho.

Nada iba a hacer que mi cuerpecillo de un metro con cincuenta y dos pareciera escultural, no me había dado tiempo a retocarme el maquillaje y, en un intento por domar los rizos sueltos con laca, la cabeza me había quedado como un casco. Tampoco es que importara mucho: el Círculo ya conocía mi aspecto. Debían de conocerlo, dado el número de carteles de «se busca» que habían distribuido.

Casanova, el gerente del hotel, ceñudo, hizo un movimiento furtivo. Iba tan elegante como era habitual en él, llevaba un traje color trigo que resaltaba su belleza española y le sentaba como si se lo hubieran hecho a medida, que así sería probablemente. Me dio una copa y me fulminó con la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Es que te aprieta demasiado el corsé?

—No llevo ningún corsé. —Por una vez, Augustine se había abstenido de tratar de asfixiarme.

—Entonces, ¿te importaría tratar de dar menos la sensación de estar a punto de desmayarte? Se supone que debes proyectar un aura de fuerza.

Cogí el champán, pero me temblaba tanto la mano que me salpiqué el cuerpo del vestido.

—¡Lo intento! —murmuré, cuando alguien empezó a llorar bajito—. ¿Y qué diablos es eso?

—Nosotros, estamos ardiendo —dijo Casanova, dejándonos con la misma brusquedad con la que había llegado.

Augustine tenía un aire petulante en el rostro.

—Muy bien, ¿qué es lo que has hecho? —le pregunté.

—Llámalo un seguro —dijo crípticamente mientras iban entrando más y más «turistas» con abrigo de cuero. Eran magos de la guerra, una especie de policía, de CIA o del FBI del Círculo. Todos aparecieron como un grupo compacto de psicópatas. Esperaba ver unos cuantos, que habrían venido como medida de cautela. Pero estos eran más de unos cuantos.

Eché un vistazo y concluí que podríamos tener un problema. Porque el acuerdo que Pritkin había redactado decía explícitamente que cada una de las partes no podía traer más de doce miembros consigo. Los nuestros estaban desperdigados por la sala, la mayoría eran vampiros prestados por Casanova. Los magos también se habían dispersado y, aunque era algo difícil distinguirlos de los turistas reales que había por allí, estaba bastante segura de que había más de doce. Me quedó del todo claro cuando otros tres entraron con aire indiferente.

Algún día encontraría unos aliados que no trataran constantemente de matarme.

Un buen, y grato, día.

Françoise, la hermosa bruja morena que me flanqueaba por el lado opuesto al que se encontraba Augustine, caminó intranquila.

—*Pgitkin* está *acú*, ¿*vegddad*? —preguntó, con un acento francés más pronunciado de lo habitual. Probablemente, porque, aunque aún tenía algunos problemas con el inglés, sabía contar igual de bien que yo.

—Sí.

—*Non* lo veo

—En eso consiste.

Hubiera preferido tener a Pritkin pegado al brazo, por si acaso las cosas iban como todas las veces anteriores que me había reunido con el Círculo. Pero él me había explicado que podría vigilarlo todo si tenía más libertad de movimientos. Françoise había venido para intervenir, si las cosas se nos iban de las manos.

No se lo quería decir, pero, desde luego, no me daba más seguridad. No dudaba de sus habilidades, pero el Círculo jamás respetaba las normas. A veces, me preguntaba si realmente tenían alguna norma. Y, supuestamente, ellos eran los buenos. No me extraña que siempre estuviera metida en problemas.

—*Hay demasiados magus* —musitó Françoise, mirando al otro lado de la puerta, donde había otros dos paseando tranquilamente por el puente que separaba la tierra de los vivos del inframundo. Bajo ellos, una pareja de Carontes remaba en unas barcasas repletas de turistas despistados sobre la laguna Estigia, o lo que quiera que pasara por allí. Los veraneantes reían, arrojaban monedas al agua, haciendo los consabidos chistes sobre la forma de pago del barquero.

—No van a hacer nada, se tienen que ceñir a las normas —dije, más para convencerme yo que para convencerla a ella.

—¡Ya están *tjatando* de *hacej* algo! —señaló, frunciendo el ceño, como si necesitara fervientemente que un líder carismático la animara. De alguna manera, sentí que me correspondía a mí, desgraciadamente, la única al mando era yo.

—¿Piensas esperar a que ataquen ellos primero? —La voz de Pritkin resonó con fuerza en mi oído. Había lanzado algún tipo de sortilegio para que pudiéramos comunicarnos o, al menos, eso me había dicho. Debería haber imaginado que nos escuchaba a escondidas.

—Y si me largo, ¿entonces qué? —pregunté, razonablemente—. Necesitamos al Círculo.

—¡Y a nosotros nos haces falta viva!

—Aún no han intentado nada.

—Nada más que decepcionarnos —replicó Pritkin, empleando su tono de «déjame que te lo explique para que lo entiendas»—. Dijimos que doce; he contado más del doble. Y si rompen una promesa, ¿por qué no van a romper otras? Tendremos

que volver a intentarlo.

—¿Y si se niegan a volver a reunirse con nosotros? No les gusto; un solo desaire podría ser la gota que colmara el vaso. Si queremos reconciliarnos, alguien tendrá que asumir el riesgo y mostrar algo de confianza. Y no parece que vayan a ser ellos los que lo hagan.

—Señorita Palmer...

—Creía que habíamos quedado en que me ibas a llamar Cassie.

—Hay unas cuantas cosas que me gustaría llamarte. ¡Ahora, vete de aquí!

—Me transportaré si hay algún problema —prometí.

—¡Si hacen explotar una bomba neutralizadora no podrás transportarte!

—Ya hemos discutido este tema —le recordé—. Si utilizan una bomba neutralizadora, anularé toda la magia de la zona, incluyendo la suya, y los chicos de Casanova se los merendarán. Sólo quiero hablar un rato con Saunders.

—¡No ha venido! Ha enviado a uno de sus lugartenientes para reemplazarlo. Richardson. Acaba de entrar.

Y, en efecto, tres magos habían salido de la multitud y se dirigían hacia mí. No hacía falta preguntar cuál estaba al mando. El del centro era de mediana edad y de una belleza distinguida, con unos ojos asombrosamente azules y un cabello canoso castaño peinado hacia atrás que le nacía de una frente muy despejada. Llevaba un traje serio de rayas grises con una corbata de azul intenso. Parecía más un diplomático que un guerrero. Puede que realmente quisieran hablar.

—¡Vete ahora! —repitió Pritkin, furioso.

—Y si me marchó ¿qué hacemos entonces? —murmuré—. No tenemos un plan B.

—Y si mueres, ¡jamás podremos elaborarlo!

—Maldita sea, Pritkin. ¡Necesitamos al Círculo! —No contestó. Puede que porque Richardson y sus colegas de gélida mirada ya habían llegado.

—Creía que habíamos quedado en que no más de doce personas por cada parte —dije, e, inmediatamente, deseé poder retirarlo. No pensaba empezar a hablar con un tono tan cortante. Si aquel encuentro hubiera tenido lugar un mes atrás, lo habría abordado de otro modo. Pero tras semanas huyendo constantemente, rozando la muerte y siendo objeto de traiciones, mi habitual actitud defensiva se había transformado en algo que se acercaba bastante a la paranoia hostil.

Sin embargo, Richardson no se mostró amedrentado.

—Si hubiéramos quedado en zona neutral, hubiéramos respetado el acuerdo. Pero esto... —Extendió una mano para señalar la penumbra gótica del vestíbulo del Dante—. No es neutral.

—¡Es un lugar público! Y, si tienes alguna objeción, ¡podrías haberlo dicho antes!

—Un lugar público cuyo propietario es tu maestro y cuyo personal son sus



sirvientes.

—Yo no tengo ningún maestro.

Sonrió con condescendencia.

—Eso es lo que me han dicho los vampiros. Tienen muy buen concepto de ti. —  
No me pareció que aquello pretendiera ser un halago.

—Pero no les crees.

—Háblame de Nicholas —dijo, sin responder.

Tardé unos segundos en responder, dado que a Nick lo conocía por la versión abreviada de su nombre. Era un mago de la guerra, conocido de Pritkin, que le había dado la espalda al Círculo, aunque no se había unido a nosotros. Había preferido ir por su cuenta.

Me detuve, preguntándome cómo explicar el complejo devenir de los acontecimientos, que había hecho caer el único libro con una traducción del sortilegio de Artemisa en manos de Nick, obligando a Pritkin a matarlo para proteger el libro. Desde lo más profundo, esperaba que Nick y Richardson no fueran muy amigos.

—Iba a utilizar el Códice para sus propios fines —dije al fin.

—Sí, eso nos dijeron. Desgraciadamente no hay ni una sola prueba al respecto. A menos que aún lo tengas, ¿lo tienes? Aunque sea una página...

—Se quemó.

Richardson se mordió los labios.

—Qué mala suerte.

—Pritkin hizo lo que había que hacer.

—Dirigido por ti.

Iba a darle explicaciones, pero cerré la boca sin llegar a decir nada. Yo no había ordenado la muerte de Nick, aunque conocía los métodos de Pritkin, y me imaginaba cuál habría sido su manera de solucionar el problema. Y no había hecho nada por detenerle. Era una de las muchas decisiones que tanto me habían pesado últimamente, aunque aún no era capaz de ver otra alternativa. Si Nick hubiera logrado sus pretensiones, ahora estaríamos todos muertos... probablemente, incluso él mismo.

—Hicimos lo que había que hacer, tanto da si te lo quieres creer o no —le dije.

—Todos lo hicieron —comentó Richardson, suavemente, ofreciéndome la mano.

Aquella conversación no se estaba desarrollando tan bien como yo esperaba pero, al menos, estábamos hablando. Era un comienzo.

Tenía la mano cálida y algo húmeda, y la daba con firmeza, quizá con demasiada firmeza. Sus dedos se tensaron y tiró de mí, inclinando la cabeza, como para hacerme una confidencia. Pero lo único que oí fue un ensalmo que me provocó un escalofrío en todo el cuerpo.

—Nick era mi hijo —dijo, suavemente.

Alcé la vista y vi el parecido del que debería haberme percatado antes: el cabello

castaño cobrizo, más oscuro que el de Nick, pero con el mismo ondulado, y sus ojos, asombrosamente translúcidos con según qué luz, y oscuros como un zafiro en el borde. Y su semblante, que decía tan claro como si me lo hubiera explicado a voces que él no había venido aquí a hablar.

Françoise musitó un hechizo, pero antes de que terminara, Richardson extendió una mano y ella salió volando. Dos tipos del equipo de seguridad de Casanova se apresuraron, pero los magos que nos flanqueaban lanzaron un escudo que no pudieron penetrar. No duraría mucho, pero no hizo falta. Richardson extendió el brazo y, con un movimiento brusco, abrió un espacio en el aire.

La oscuridad del vestíbulo del casino se tornó resplandeciente en un instante con una gélida luz azul que resaltaba el dibujo de la moqueta y los altavoces ocultos en las esquinas. Los ojos de Richardson se tornaron más brillantes y fríos, al tiempo que toda humanidad se esfumó de su rostro. Traté de transportarme, pero no lo logré. Retrocedí, pero su mano se había convertido en acero.

—Nos necesitamos mutuamente —le recordé—. ¡Tú no quieres hacer esto!

Su rostro adoptó una expresión que en nada se parecía a una sonrisa.

—Oh, pero es que creo que sí que quiero.

Percibí movimiento y alcé la vista, justo a tiempo para ver a Pritkin saltando desde el balcón del segundo piso. Pero era demasiado tarde. Richardson me apretó contra él rodeándome la cintura con un brazo y desaparecimos.

Supe lo que había ocurrido en cuanto vi el túnel de energía, ya familiar, que nos rodeaba, aunque la sensación que tenía en el estómago, arriba y abajo, como si estuviera volando, solo que bastante más aterrador, era demasiado para mí. Estábamos rozando la superficie de una línea Ley, un término que los magos empleaban para aludir a los ríos de energía que se crean cuando colisionan dos mundos: el nuestro, el reino de los demonios, el mundo de las hadas o cualquier otro de los cientos que hay.

Con la anchura de dos campos de fútbol, había un mar de un azul trémulo, un millar de tonos desde el azul de los huevos de petirrojo hasta el azul zafiro, mezclándose como en un océano eléctrico. Frente a nosotros, y detrás, brillaban y danzaban relucientes bandas de energía pura, extendiéndose como un telescopio hacia un punto de fuga infinito. No era una imagen muy tranquilizadora: por todas partes surgían relámpagos azulados que se enmarañaban y enredaban entre sí, como los restos de un naufragio o, como alguien me explicó una vez, como el magma que fluye bajo una placa tectónica.

Los magos habían aprendido hacía tiempo cómo bordear la superficie de aquellos puntos calientes metafísicos, navegando entre sus corrientes para desplazarse con rapidez de un punto a otro. Su curso aún no llegaba a todas partes, por cuya razón la especie mágica seguía utilizando trenes, aviones y automóviles. Otra razón era el

hecho de que la mayoría de la gente no tiene escudos lo suficientemente potentes como para navegar por aquella red de autopistas del inframundo. Sin ellos, la energía de una línea Ley convertiría a un humano en polvo en cuestión de segundos.

—¡Transportate, maldita sea! —resonó la voz de Pritkin en mi oído, aunque había interferencias y su voz sonaba muy débilmente.

*Sí. Como si no se me hubiera ocurrido.* Miré furiosa el torrente de vívido color y deseé poder responderle a voces. Pero si Richardson se daba cuenta de que podíamos comunicarnos, probablemente idearía alguna manera de bloquearlo. La única manera de conservar aquella tenue conexión con Pritkin era manteniendo la boca cerrada.

—¡Cassie! ¿Me oyes?

Comprendí que debía decir algo. De lo contrario, no podría ayudarme si no sabía lo que ocurría.

—¿Por qué no puedo transportarme? —le pregunté a Richardson.

—¿No puedes transportarte? —repitió Pritkin. Su voz iba y venía, como una radio mal sintonizada, y no estaba segura de que me hubiera oído.

—Porque no tiene sentido que no pueda transportarme —repetí lo más fuerte que me atreví—. Y no me digas que has utilizado una bomba de neutralización, porque entonces tus escudos no funcionarían. Estaríamos muertos.

—He utilizado una red de neutralización —me aclaró Richardson, con naturalidad. Como si estuviéramos charlando en un restaurante, en lugar de estar precipitándonos por un río mágico que hacía todo lo posible por tragarnos—. El poder que has usurpado no te va a servir de nada.

—¿Una red de neutralización? —repetí, con la esperanza de que el otro lo captara. Era un poquito difícil luchar contra algo de lo que jamás había oído hablar.

Para mi sorpresa, Richardson continuó.

—Una bomba está diseñada para proyectar su efecto neutralizador hacia fuera, para detener un combate, por ejemplo. Una red hace lo contrario, proyecta su poder hacia dentro, sobre una superficie más limitada, en este caso, tu cuerpo —me explicó con aire de autosatisfacción. Supuse que aquello no había sido idea suya—. Te impide acceder a tus poderes mágicos, aunque no interfiere con los de nadie a tu alrededor.

Pritkin profirió una de sus palabrotas favoritas, de modo que supe que Richardson no estaba mintiendo.

—¿Estáis aún en la línea del cañón del Chaco? —me preguntó Pritkin, como si yo lo supiera. Sólo había experimentado una vez la emoción y el terror de un viaje por una línea Ley y de eso hacía poco tiempo. A la mayoría de los vampiros no les parece que un río de fuego sea una forma muy divertida de desplazarse. Tony no lo había usado jamás, por lo que yo no estaba muy al día sobre sus pormenores. Sabía que cuando dos mundos se cruzaban, generaban diferentes colores, debido a las

variaciones en sus atmósferas, pero, desde luego, no tenía ni idea de a qué lugar llevaba cada color.

De todas formas, tampoco podría haber contestado, porque hubo una explosión de energía justo delante nuestro, como una llamarada solar. El brazo que me rodeaba la cintura me apretó con más fuerza en un movimiento reflejo, dejándome casi sin respiración, y salimos disparados fuera de control. Las fuerzas centrífugas eran más potentes en los márgenes de las líneas, donde unas gruesas bandas de energía ayudaban a expulsar a los magos de aquella versión particular de un metro subterráneo. Sólo que con nosotros no podían. Mi captor aprovechó la oportunidad para recuperar el control antes de volver a meternos en medio del torrente.

—Tanto azul me ciega —dije sin aliento—. No sé cómo puedes ver para moverte.

—Te lleva a MAGIA —me confirmó Pritkin.

—Sí, estamos en la línea del cañón del Chaco, camino a MAGIA, donde se la juzgará por su delitos. ¿Hay algo más que quieras saber, John? —preguntó Richardson cortésmente.

—No nos puede oír —me informó Pritkin rápidamente—. Se lo ha imaginado al escuchar tus comentarios. No has sido muy discreta.

*Uy, le ruego me disculpe, joder, no dije.*

—No puedes dejar que te lleve a MAGIA —prosiguió Pritkin—. Una vez en las celdas del Círculo, será casi imposible sacarte de allí. Generaré una distracción, aprovecha la oportunidad para sacarlo de la línea y yo te seguiré.

Vale. Porque había navegado sólo una vez sola por una línea Ley y había sido empleando un escudo artificial, porque los míos no pueden enfrentarse a semejante energía. Casi me mata, y eso sin ningún mago de la guerra incapacitándome, un plago al que, por cierto, no podía vencer, ni aunque físicamente fuera posible, porque sus escudos desaparecerían y ambos moriríamos. Lo mismo ocurriría si la «distracción» de Pritkin le hacía perder la concentración.

—Dime, en serio, ¿de verdad crees que ese plan puede funcionar realmente? —pregunté.

Richardson lanzó un resoplido que podría ser una carcajada.

—¡Tú hazlo! —gritó Pritkin.

Lo ignoré. No iba a arriesgarme a que me frieran si íbamos a MAGIA. Porque, sí, se trataba del bastión de los magos, pero también era el de los vampiros. Y, aunque yo no le gustara mucho a la Cónsul, ella me veía como una herramienta útil y, en cuanto a los vampiros, aquello era más que afecto. Para entonces, Casanova ya debía de haber informado al Senado sobre mi rapto, y ninguno de ellos era precisamente lento en reaccionar. Puede que Richardson recibiera más de lo acordado cuando llegáramos a MAGIA.

Como no se lo podía decir a Pritkin sin alertar a Richardson, empleé el tiempo

para empezar a imaginar lo que la Cónsul me pediría a cambio de salvarme la vida. Aquello no me saldría gratis, aunque a ella le beneficiaba. El juego no consistía en eso.

Unos minutos después, Richardson empezó a llevarnos de nuevo a un lado de la línea. Me preparé para lo que solía ser la parte más dura del viaje, lo cual era bueno, porque no habíamos empezado a desviarnos, cuando algo chocó contra sus escudos, haciéndolos temblar a nuestro alrededor.

Por una milésima de segundo, creí que se trataba de otra llamarada, hasta que un rostro distorsionado apareció frente a mí. Estaba bañado por una luz azulada, como una fotografía tomada bajo el agua, y se estrelló contra los escudos del mago, como si se hubiera aplastado contra una burbuja de cristal. Pero su enmarañado cabello rubio y sus furiosos ojos verdes eran los mismos.

*Mierda.*

El mago se quedó mirando a Pritkin durante un segundo, al parecer, tan sorprendido como yo y, a continuación, frunció el ceño y se echó bruscamente a la izquierda. Salimos de un salto de una gruesa banda de energía que había junto a la línea y rebotamos hacia el otro lado. Cuando nos cruzamos con Pritkin, que trató de alcanzarnos, Richardson lanzó un conjuro que explotó como una bomba contra los escudos de mi amigo.

Grité, a sabiendas de lo que ocurriría si los escudos de Pritkin fallaban. Pero, antes de que hubiera terminado el estallido, volvió a tirarse hacia nosotros, con suficiente fuerza como para casi sacarnos de la línea. Desgraciadamente, Richardson se recobró rápidamente y contraatacó, lanzando la burbuja de Pritkin tan lejos que la perdimos de vista en el torrente de azul.

—¡Pritkin! ¡Sal de aquí! —grité, la necesidad de ser discreta había desaparecido ya. No obtuve respuesta. De veras esperaba que, por una vez, hubiera tenido algo de sentido común y se hubiera retirado. De otro modo, estaría en gran desventaja. No podía golpear con demasiada fuerza a Richardson porque rompería los escudos y los dos moriríamos, y el mago podía atacarle impunemente.

Los magos son así. Capté movimiento, miré tras nosotros y vi una decena de ondas en el torrente de energía, como tiburones cortando el agua. Y, a la izquierda, entre todo aquel color saltando, apareció algo oscuro. No quise mirarlo directamente, por si alertaba a Richardson. No lo vio, pero, al parecer, uno de los magos que nos seguían sí lo vio. Un rayo de energía, rojo en lugar de azul, pasó junto a nosotros, para explotar contra los escudos de Pritkin.

—¡No! —gritó Richardson—. ¡Dentro de la línea no!

Nadie le hizo caso. Dos explosiones más estallaron junto a nosotros unos segundos después, casi haciendo blanco en Pritkin, que los esquivó echándose a un lado en el último segundo, dejando que los sortilegios explotaran en el río de energía

que teníamos a nuestros pies.

No pude ver sus efectos, ya que nos desplazábamos a demasiada velocidad e íbamos casi inmediatamente detrás de ellos, pero lo pude sentir. La línea tembló y se tambaleó a nuestro alrededor y las bandas de energía, que un instante antes habían sido rectas y más o menos estables, se arquearon a nuestro paso. El flujo ya de por sí peligroso de la línea Ley se transformó en un torrente embravecido, lanzándonos al aire como una mota de aire en un ciclón. Un relámpago, o algo de la misma potencia, hizo estallar los escudos del mago y nosotros giramos, rodamos y nos balanceamos sin control, nadando en procelosas corrientes de energía.

Vi que Pritkin esquivaba a duras penas el arpón de una torre de llamaradas azules. Se agachó bajo un feroz arco del tamaño de una casa y lo dejó pasar. Nosotros no tuvimos tanta suerte. Richardson viró bruscamente para evitar una masa temblorosa que había hecho erupción justo delante de nosotros y se precipitó sobre otra con tanta fuerza que el impacto hizo que me retumbaran todos los huesos.

Fulgurantes rayos y extraños remolinos de luz se encrespaban a nuestro alrededor. Por un momento, lo único que veía eran ráfagas de energía que explotaban por todas partes, atravesando la burbuja de protección, derritiéndola como si fuera ácido; el mago hizo un repentino movimiento violento y nos liberó. La corriente nos lanzó al lateral de la línea, donde una gruesa banda de energía nos volvió a lanzar hacia atrás, justo en el sendero de la madre de todas las fallas.

Ocupaba la mitad de la línea, en una columna de altura imponente de un feroz fuego añil. Una onda mareomotriz de energía encrespada se precipitó sobre mí, logramos abrir una brecha en la parte exterior y ésta estalló en un resplandor cegador. No podía ver nada, pues una luz de un azul intensísimo me cegaba la mente y la vista, sobrecogedora e insoportable.

Mis ojos se fueron acostumbrando lentamente y me dejaron ver en el interior de la llamarada. La energía latía por todas partes en fulgurantes corrientes azules que, constantemente, iban arrancando fragmentos de lo que quedaba de los escudos de Richardson. A aquel paso, no durarían mucho y, en cuanto desaparecieran, desapareceríamos nosotros también.

Richardson debió de pensar lo mismo, porque empezó a soltarse de mi brazo, que tenía aferrado a su cintura.

—Me temo que no habrá ningún juicio —me dijo mientras yo forcejeaba—. Estaba deseoso de escucharte suplicar por tu vida.

Me aferré a la chaqueta de su traje, tratando de sujetarme, pero él me abrió los puños y me puso las manos en las muñecas.

—¡Por favor! ¡No puedes hacerme esto! —grité, con los ojos puestos en el muro de fuego que había fuera.

—Supongo que sí que tengo que hacerlo —me dijo, apesadumbrado. Y, con un

empujón brutal, me lanzó hacia atrás, justo sobre las llamas.

El alarido se me quedó atascado en la garganta, cuando la realidad adoptó el brillo de una luz cegadora y me consumió un dolor tan puro que se apoderó de todo mi ser: de mi cuerpo, de mis pensamientos e incluso de mi nombre. Traté de respirar, a pesar del pánico que amenazaba con estrangularme, pero ni siquiera podía saber si seguía teniendo pulmones. Traté de extender los brazos, desesperada por tocar, por ver, por hacer algo, pero, si aún tenía una mano, ésta no conectaba con nada. Por un interminable instante, llegué a pensar que estaba muerta.

Y entonces, todo terminó.

El dolor desapareció entre respiración y respiración, dejándome convulsionada y muy, pero que muy confusa. Jadeé para tomar aire y me supo mal, amargo y desgarrador, pero pude respirar. La cabeza me daba vueltas, tenía los nervios destrozados, como los de un yonki, y sentí que el corazón se me salía por la boca. Pero ya no me sentía como si me estuvieran arrancando la piel a tiras, lo cual ya era algo.

Me atreví a abrir los ojos y me miré incrédula las manos y el cuerpo que, por alguna razón, no estaba ardiendo. Pero cuando mis ojos se habituaron a la intensidad de la luz en el interior de la llamarada, no me sorprendió descubrir por qué. Una neblina dorada muy familiar me rodeaba por completo, abriéndose paso por aquel campo azul, manteniéndolo a raya.

Tenía la forma de la protección que le habían robado a Agnes, la que mi madre me legó al morir. Sólo se le entregaba a las pitias, o a sus herederos, y estaba diseñada para adquirir su poder a través de la energía colectiva del Círculo. Pero ya no funcionaba así, pues me cerraron el grifo en cuanto se percataron de que podría interferir en sus planes de jubilarme antes de tiempo, aunque un amigo había conseguido arreglarla. Lo había hecho de manera que extrajera energía de la única fuente disponible: mi propia energía.

Se trataba de la misma reserva de energía que podía permitirme salir de allí, en caso de que la red de neutralización hubiera dejado de funcionar. Traté de transportarme, pero no funcionó. Pero la protección brillaba con más fuerza de lo que jamás había visto, con una luz dorada, casi cegadora. Concluí que, en aquel momento, me daba igual por qué ocurría aquello, tan solo estaba agradecida de que existiera.

Sobre todo, teniendo en cuenta que la falla estaba alcanzando los escudos de Richardson.

La columna de energía pura avanzó sobre lo que quedaba de las protecciones como si no hubiera nada. Por un instante, la luz lo envolvió en una aureola, haciendo



nítidamente visibles cada una de sus pestañas, cada costura de su traje a medida, cada una de las pecas fantasmagóricas que tenía en la nariz. Él trató de rugir, con los ojos abiertos, completamente dilatados, pero ciegos, la boca abierta y muda, como si la luz estuviera penetrando dentro de él, con intensidad suficiente para que pudiera ver unos huesos oscuros en el interior de su carne incandescente.

Luego desapareció sin dejar ni un rastro que desvelara que había estado allí, excepto algunas cenizas que la corriente arrastró.

Incluso cuando cerré con fuerza los ojos, la imagen persistió, ardiendo bajo una luz de gran intensidad, atravesándome los párpados. Se me revolvió el estómago y sentí el sabor de la bilis en la garganta. Me presioné el vientre y esperé a que me ocurriera lo mismo, a que mi protección fallara, aguardando el fin. Entonces, algo me golpeó, lanzándome dando vueltas hacia el torrente principal, haciéndome volver en mí, volver a la realidad de ¡sal, sal de aquí ya!

Lo que pasa es que no estaba segura de cómo hacerlo.

Tenía poca experiencia con las líneas Ley, pero aquello ya no se parecía a ninguna línea. Las gruesas bandas de energía que solían bordear los márgenes externos estaban deshilachándose, lanzando zarcillos eléctricos de un lado de la línea al otro. Retorcidas oleadas de letal fuego azul, algunas tan grandes como troncos de árbol, otras del tamaño de un dedo, se entrecruzaban en el pasillo, obligándome a arrojarme primero a un lado y luego al otro sucesivamente, en una partida mortífera de balón prisionero que, estaba segura, iba a perder.

Las oleadas más pequeñas eran las más letales, alzándose aquí y allá con tal rapidez que resultaba casi imposible evitarlas. Convirtieron lo que hasta entonces había sido un pasillo estable en una masa humeante y ondulada, moteada de puntos oscuros en las partes en las que los cuerpos de los magos de la guerra bloqueaban la luz. Una de las trémulas bandas golpeó a uno de los magos que casi me había alcanzado, haciendo explotar su caparazón de protección y arrojando el cuerpo en llamas hacia donde yo me encontraba.

Golpeó mi protección, como los pájaros cuando se estrellan contra el parabrisas del coche en marcha, y explotó: no había otra manera de describirlo. Me llegó el olor a carne quemada, ahogando el áspero sabor del aire de la línea de ley y unos cuantos trozos llameantes de su cuerpo pasaron volando junto a mí. Pero, a diferencia de antes, no me aparté de un salto. Las bandas exteriores de energía se habían desenmarañado en exceso, y esta vez, nada me alcanzó.

El azul eléctrico se disolvió, dando paso a la oscuridad y lanzándome al vacío. Pude ver de reojo el cielo, que era como un gran moretón: azul y negro, un amarillo séptico ulcerándose, tornándose de un verde furioso. De repente, estaba cayendo a miles de metros de altura.

Caí como una piedra, y aterricé rebotando. A pesar de la protección, sentí un

fuerte impacto en la cabeza, golpeándome contra el suelo, tan duro como el cemento, sintiendo que las costillas me aullaban, protestaban. Me quedé ahí tumbada, jadeante, intentando que mis pulmones se volvieran a llenar de aire, aunque no parecían muy dispuestos a cooperar. Al fin, logré inspirar algo de oxígeno y lo utilicé para gemir.

A intervalos, podía sentir escalofríos por todo el cuerpo, imitando los impulsos eléctricos de la línea, mientras el estómago me informaba de que, sí, era posible estar mareada, aun estando completamente inmóvil en el suelo. Abrir los ojos no parecía muy buena idea, ya que no tenía ningún interés especial en ver lo que los magos tendrían preparado ahora. Pero no ver era todavía peor.

Alcé la vista y me quedé ahí tumbada, paralizada, incapaz de hacer otra cosa más que mirar fijamente la imagen de una profunda falla expandiéndose, ocupando todo el cielo. Expelía destellos de energía en todas direcciones, como llamaradas solares, lanzando ascuas en forma de estrellas fugaces. Algunas cayeron al suelo, chamuscando la arena e incendiando los matorrales cercanos.

Al parecer, habíamos salido de Las Vegas, y ahora nos encontrábamos en algún lugar en medio del desierto. Era lo único bueno. Se supone que las líneas Ley no debían ser visibles, no existían en nuestro mundo, ni en ningún otro. Eran las fronteras metafísicas, las zonas intermedias entre los reinos. De repente, se me ocurrió preguntarme lo que ocurriría si una de ellas se rompiera y dos mundos entraran en contacto.

¿Por qué me parecía que aquello no representaba nada bueno?

Un viento áspero me azotó el rostro, alzándome el cabello mientras el estómago seguía dándome vueltas lentamente. Me tiró al suelo y yo clavé las rodillas, atragantándome con aquel aire eléctrico, tratando de reconocer la zona, en busca de algún indicio de que aquello fuera obra de Pritkin. Pero veía borroso. O quizá fueran las ondas, como olas bañando la arena, inundando el desierto, como la luz bajo el mar. Todo parecía estar en movimiento, pero no estaba por ninguna parte.

—¡Pritkin!

No era necesario que gritara, ya que el hechizo para comunicarnos podía captar hasta un suspiro, aunque de todas formas, lo hice. Resultaba difícil oír algo con aquel viento aullando sobre mí mientras el cielo se retorció y se deshacía. Miré hacia arriba, hasta que los ojos se me humedecieron por completo y volví a gritar a intervalos, pero no hubo respuesta.

Puede que el hechizo fallara, pensé desesperada. Puede que fuera sólo eso, un fallo del sistema. O, seguramente, fuera lo que fuera lo que le estuviera ocurriendo a la línea, estaba provocando interferencias que él no podía sortear. Eso debía de ser, porque Pritkin era virtualmente indestructible. Y porque, si se trataba de algo peor, pensé que no sería capaz de asumirlo.

Mi contrastada filosofía de mantener las distancias con la gente me estaba

fallando últimamente. No estaba funcionando con Mircea y, de alguna manera, Pritkin había logrado derrumbar todas mis defensas sin que me diera cuenta siquiera. De hecho, aún no estaba muy segura de cómo lo había logrado.

Tampoco era tan guapo, tenía las habilidades sociales de un gato mojado y la paciencia de un colibrí a tope de cafeína. Entre todo aquello, había protagonizado algunas hazañas demenciales y, vale, me había salvado la vida, pero era un pesado. Cuando empezamos a trabajar juntos, supuse que sería cuestión de soportarlo; pero entonces, aquel estúpido pelo empezó a hacerme sonreír, sus esporádicos arranques heroicos estaban empezando a hacer mella en mi corazón y sus constantes quejas me habían hecho desear besarle. Y ahora me importaba más de lo que me convenía.

Así que, definitivamente, se había marchado.

—¡Pritkin! —volví a gritar, escudriñando la falla en expansión que tenía encima de mí, pero no había manchas oscuras que pudieran ser mi compañero escapando. ¿Me habría visto salir? ¿O me estaría buscando todavía? No, no podía tratarse de eso. Sería una locura, una temeridad y una estupidez.

Y muy propio de Pritkin.

—¡... está la ruptura... ahora! —La frase entrecortada sonó tan alta que di un respingo y casi me rompe el tímpano. Jamás en toda mi vida me había alegrado tanto de oír algo.

—¡Ya estoy fuera! ¡Deja de buscarme! —grité, pero el viento se llevó consigo varias palabras.

—¿Estás... bien? Puedes... antes...

—¡Deja de hablar! ¿Por qué sigues hablando? ¡Lárgate de ahí, maldita sea!

—... el suelo. Quédate...

—¡Cállate! Deja de darme órdenes y ¡cojones, sal de ahí!

No oí su respuesta, si es que dio alguna, porque el cielo explotó. Entre las enfurecidas nubes, se filtraban unos rayos azules entre los cuales algunos formaron un arco, golpeando una colina cercana con tanta fuerza que lanzaron la arena a un kilómetro de distancia. Me agaché con las manos sobre la cabeza, tratando de protegerme de la lluvia de rocas y escombros. Y una mano cayó sobre mi hombro.

Me volví, agradecida y furiosa, pronunciando algunos comentarios con labios temblorosos, y me topé con el rostro de un extraño. Era alto, con el pelo moreno de punta y mirada asustada color avellana. *Por lo visto hay alguien que sí ha conseguido escapar*, pensé. Y, entonces, mi escudo refulgió, lanzándole a varias decenas de metros.

Vi como su cuerpo se perdía arqueado y flácido en la oscuridad; a continuación, me volví y corrí en la dirección opuesta. Cayó un rayo cerca, con un trueno que me dejó ciega y me hizo rodar en el suelo. Tropecé varias veces y casi me caí por la colina, alelada y furiosa. Estaba hasta las narices de tener que estar esquivando a

gente que, en principio, deberían ser mis aliados, mientras yo me enfrentaba a mis enemigos y a los suyos. ¿Y dónde demonios estaba Pritkin?

Tenía el vello erizado a causa de la energía estática que inundaba el aire y me tambaleé tratando de levantarme. Miré al mago, pero, en aquel momento, no me pareció tan peligroso. Su cuerpo yacía en la extraña postura contorsionada en la que había aterrizado, tirado en la tierra como un muñeco roto. Me detuve, tenía el corazón a cien, con el reflejo de huída activado, y todo el cuerpo empapado en sudor.

Normalmente, no habría malgastado mi compasión, ya que mi protección no brilla a menos que exista una verdadera amenaza. Eso, y el hecho de que aquel tipo se encontrara con los que acababan de intentar matarme, era razón suficiente para salir de allí. Pero no pude, porque había aterrizado boca abajo sobre un montón de arena, hundiéndose lo suficiente como para ahogarse en ella.

Mientras me debatía, el viento me revolvía el pelo y yo trataba de tunear aquella decisión a vida o muerte que me había caído encima. No tenía los conocimientos, ni los poderes mágicos de Pritkin. Mis únicas defensas eran mi protección y mi capacidad para transportarme, y ninguna de las dos era inagotable. Dejar que se ahogara era la única forma segura de impedir que me llevara a rastras a un juicio rápido y a una muerte segura.

Pero la crueldad no era propia de mí.

Y lo que es más importante, tampoco deseaba que lo fuera.

Sentí el típico escalofrío en el pecho que me solía sobrevenir cuando tomaba una decisión muy estúpida. Fui corriendo hacia él con la idea de ponerlo boca arriba de un puntapié y después salir corriendo. Pero aquel condenado abrigo pesaba una tonelada y él no era precisamente una sílfide. Cuando finalmente logré darle la vuelta, yo jadeaba del esfuerzo y él aún no se había movido.

—Eh —lo zarandeeé, lo cual no pareció ayudarlo—. ¡Eh, tú! —Le di varias bofetadas—. Vamos, no te me mueras.

No contestó. Tampoco trató de volver a agarrarme. Tan solo se quedó ahí tirado, como un pelele.

—Lo digo en serio. No me obligues a tener que hacerte la reanimación cardiopulmonar. Se me murió el muñeco catorce veces.

No sé si fue por eso, o si le había dado tiempo a volver en sí. El caso es que empezó a toser, a escupir arena y a jadear tratando de tomar aire haciendo guiños con los Ojos. Me miró, me rodeó el brazo y me agarró del hombro tirándome al suelo.

Mi protección destelló, pero levemente. Y, aunque oí cómo chisporroteaba al contacto con su mano, él no la soltó. Le di un rodillazo en la entrepierna y, cuando cayó, lo golpeé en la nuca, tal como me había enseñado Pritkin. Volvió a caer sobre la arena con un ruido sordo.

Lo miré fijamente, atemorizada y algo alucinada. Los ejercicios que Pritkin

llamaba «un buen precalentamiento» y yo llamaba «prueba de que, definitivamente, te has vuelto loco, Dios santo, me va a dar un infarto» habían servido de algo. Aunque había logrado lo que pretendía, fue una auténtica sorpresa.

Y volvió a caer de bruces.

*¡Hijo de puta!*

Al final, logré volver a darle la vuelta, y decidí que ya había hecho mi buena acción del año, me remangué el vestido y eché a correr. Magos psicópatas aparte, había sido un alivio tener algo para distraerme del desagradable pensamiento de que Pritkin seguía en el interior de la línea. Y de la idea de que la fisura se estaba agrandando y pronto nadie podría sobrevivir ahí dentro, por muy buenos que fueran sus escudos y, oh, mira, ya estaba otra vez pensando en él.

No había mucha vegetación, pero algunas de las dunas imprimían largas sombras que, con el viento, el escombros y la tenue luz hubieran bastado para ocultarme. Si no fuera por el vestido. Me acordé de Augustine y lo llamé de todo, e incluso inventé nuevos insultos, mientras el vestido lloraba, gemía y se lamentaba por el desgarrón que tenía en el dobladillo y por la mancha de la culera. Por lo visto, aquel miserable lo había hechizado para que protestara a viva voz cuando se ensuciara.

Probablemente, aquella hubiera sido una broma graciosa en el Dante, pero, allí, aquello no tenía ninguna gracia. Era como tener un cartel de neón sobre la cabeza parpadeando diciendo «está aquí». Me quedé acurrucada un momento, observando cómo el viento levantaba haces color cayena del suelo, extendiéndose por el cielo azul eléctrico. Y, cada vez que sentíamos el latigazo de la arena suspendida, el vestido gimoteaba aún más alto.

Hice un esfuerzo y me levanté, con la esperanza de poder alejarme lo suficiente como para que los malditos gritos no se oyeran. Pero el viento se había intensificado aún más, hasta el punto de que me pareció que, de un momento a otro, me levantaría del suelo; la visibilidad fue disminuyendo conforme los relámpagos se sucedían como un tubo fluorescente estropeado. Entonces, alguien me arrojó al suelo.

Me caí sobre una maraña de terciopelo lloroso, justo antes de que de la penumbra apareciera una mano y me rodeara la garganta. Mi protección no refulgió esta vez, así que tuve que recurrir al tipo de combate de siempre. No tenía tanta fuerza como el mago y, dijera lo que Pritkin dijera, la fuerza sí que importaba. Por no hablar del hecho de que los magos de la guerra reciben adiestramiento tanto en técnicas humanas como mágicas, y yo aún seguía sin poder transportarme.

Entonces, mis ojos empezaron a ver unos extraños destellos como de luz estroboscópica. Y no era por el asfixiamiento, al menos no sólo por eso, en el cielo no estaba ocurriendo nada bueno. El mago alzó la cabeza, dejando la mano en mi garganta, y observamos sobrecogidos cómo los rayos se sucedían uno tras otro. En unos segundos, el cielo entero estaba cubierto de ellos y de la línea caían miles de

chisporroteantes dedos de energía, mientras sus enormes bandas de poder se desenmarañaban.

En medio de aquel tumulto, mis ojos lograron localizar una minúscula mancha oscura. Alguien estaba escapando a cientos de metros de nuestras cabezas.

—¡Aguanta! ¡Ya voy! —me dijo Pritkin con voz serena, a pesar de toda la parafernalia pirotécnica que lo rodeaba. No contesté, pero el mago también lo vio. Tiró de mí para ponerme en pie y me puso una pistola en la sien.

Pritkin cayó al suelo, dejando que sus escudos absorbieran el golpe, en lugar de tratar de convertirlos en un paracaídas, tal como le había visto hacer en alguna otra ocasión. Se dirigió hacia nosotros a toda velocidad, pero, sobre él, al este, el cielo se resquebrajó y se partió en dos, y parecía como si en aquel momento estuvieran naciendo decenas de estrellas a la vez. Cada una adoptó la oscura forma de un mago de la guerra. Ellos también lo habían visto salir y habían imaginado que yo ya no me encontraba arriba, o quizá allí la cosa se estaba caldeando demasiado incluso para ellos.

Vi que sus escudos se convertían en pequeños paracaídas que se balancearon suavemente en la brisa nocturna. Aquella maniobra protegería lo que quedaba de sus escudos, los de Pritkin probablemente se habían visto seriamente debilitados por la batalla en la línea Ley y por la caída, y los míos eran inexistentes. Estábamos jodidos del todo.

—¡No seas tonto, John! —gritó el mago—, ¡no puedes enfrentarte a todos! ¡Tendrás que encontrar a alguien que te quiera ayudar a cumplir tus pretensiones!

Pritkin se detuvo y alzó la vista, mirando la herida latente que se abría en el cielo.

—No sé lo que te habrán contado, Liam, pero mi única pretensión es sobrevivir a esta noche.

—¡Entonces vete! Les diré que pudiste conmigo. ¡Abandona a esa farsante y yo los contendré lo suficiente para que te dé tiempo a huir!

Miré a Pritkin aterrada, pero Pritkin no pareció sorprenderse.

—Me debes más que eso —le espetó—. Ella se viene conmigo.

—Me temo que eso no va a ser posible —contestó Liam; su voz no sonó muy segura, aunque tampoco lo suficientemente insegura como para dejarme marchar.

—Suéltala, yo me quedaré y me enfrentaré a eso a lo que últimamente llameáis justicia en el Círculo.

—¿Morirías por esta? —preguntó Liam con incredulidad.

—He estado tratando de evitarlo —fue su respuesta, seca y cortante.

—¡Entonces lárgate mientras puedas!

—No sin ella.

—Mi deuda contigo no es transferible —le contestó Liam, furioso—. Puede que te deba la vida, ¡pero a ella no le debo nada!

Pritkin arremetió contra él y Liam lo embistió con el codo, dándole en la barbilla. La cabeza se le fue hacia atrás con fuerza suficiente para romperse el cuello, si hubiera sido completamente humano. Afortunadamente, no lo era. Se levantó, poniéndose en cuclillas y extendió la mano. No oí el sortilegio, pero había hecho algo. Porque Liam cayó como si le hubieran disparado y dio contra el suelo con tanta fuerza que dejó un surco en el suelo.

Salí disparada para quitarme de en medio y Liam miró hacia arriba. Una luz extraña le iluminó el rostro, distorsionándole los rasgos con extrañas sombras y arrugas. Si no lo conociera, hubiera creído que era un mago hijo del diablo. Lanzó un hechizo que alcanzó a Pritkin en el torso, haciéndole perder el equilibrio y colmando lo que me quedaba de paciencia.

No había querido llevarme una pistola a lo que, supuestamente, iba a ser una reunión de amigos, así que las únicas armas que portaba eran un par de cuchillos fantasmales colgados de una correa que llevaba en la cintura. A pesar de su apariencia, eran letales, razón por la cual aún no los había empleado, ya que se suponía que debía tratar de mantener el Círculo intacto, no destruirlo. Pero, teniendo que elegir entre Pritkin y Liam, Liam era hombre muerto.

Pritkin se había levantado a trompicones, con la ropa destrozada. Cuando se percató de lo que yo estaba haciendo, negó con la cabeza.

—¡No lo mates!

Liam también se había puesto en pie, pero no atacó.

—Blande un arma oscura, qué sorpresa. —La bruma en su mirada se iba tornando más y más espesa, transformándose en algo desagradable cuando me miraba—. ¡De tal palo, tal astilla!

—Mi padre trabajaba para un miembro de la mafia vampira —admití—, pero eso no lo convierte en...

Pero Liam no me quiso escuchar.

—Da gracias a que no te meta una bala en la cabeza ahora mismo —me espetó—. ¡Te aseguro que nadie lo cuestionaría!

El odio en su rostro acabó con cualquier impulso por tratar de convencerle. Me detuvo y mis defensas se cerraron de golpe, preparadas. No contesté, sólo le lancé una mirada equivalente al gesto que le estaba haciendo con el dedo.

Estaba harta de que el Círculo me tratara como a una mierda porque no hubiera salido de su preciada cantera de iniciados. Vale que mi historial no era perfecto, pero teniendo en cuenta el nivel de adiestramiento que había recibido para desempeñar mi trabajo, podría haber sido mucho peor. Y puede que lo hubiera hecho un poco mejor si, aunque fuera, hubieran tratado de colaborar conmigo.

—Sería lo último que hicieras —le aseguró Pritkin.

Liam contuvo la respiración.

—¿Cómo puedes defenderla? —le preguntó—. ¡No te olvides de dónde viene! Un mago oscuro por padre, una iniciada perdida por madre, un vampiro por sustituto y, si atendemos a los rumores, ¡otro por amante! ¿Es que no ves lo que está pasando? Diablos, tío, ¡abre los ojos! Ya ha dividido al Círculo y ha ayudado a iniciar una guerra, ¡y no lleva ni un mes en el trono! ¿Qué será lo próximo?

—No ha llegado a pisar el trono —contestó Pritkin, ambos hablaban haciendo círculos—. Gracias a ti y al resto del Círculo, jamás lo ha visto.

—Y jamás lo verá —contestó Liam, rotundo. Arremetió contra Pritkin y los dos cayeron sobre la arena.

Mientras, las nubes que se cernían sobre nuestras cabezas se habían entremezclado formando algo que parecía un terrorífico tornado. Un enorme ciclón azul que iba soltando rayos sobre todo lo que se encontraba en su camino. Giraba y se retorció como poseído, iba enroscando las nubes oscuras, azuladas, convirtiéndolas en una oleada de fuerza en estado puro. Desprendía calor, un calor vertiginoso, abrasador, mientras la columna interior irradiaba una luz que atravesaba incluso las nubes. Dibujó el paisaje con demenciales formas retorcidas, proyectando sombras sobre los magos de la guerra que habían aterrizado y se dirigían hacia nosotros a todo correr.

Los ignoré, mucho más preocupada por la forma de embudo que las nubes habían adoptado a unos tres kilómetros.

—¿Se supone que debe hacer eso? —pregunté, histérica.

Ambos se detuvieron para mirarme, pero los otros magos llegaron hasta nosotros y se reinició un combate a muerte. Seis de ellos saltaron sobre Pritkin, mientras, yo me quedé ahí parada observando cómo la extraña energía de la línea Ley latía, se encrespaba y se filtraba por la brecha que se había abierto hacia nuestro mundo. Alguien me agarró de los brazos, echándolos bruscamente hacia atrás, aunque apenas lo noté. El tornado, o lo que quiera que fuera aquello, acabó girando sobre un punto que no podía ver. Y entonces, el cielo se tornó blanco.

Me dio tiempo a ver a Pritkin girando la cara, y cuando relució una luz brillante, se le marcaron los huesos de debajo de la piel. Las piedras y matorrales que había a nuestro alrededor y el cuero desgastado de su castigado abrigo adquirieron de repente una vívida claridad, mientras el destello les chamuscaba el color. A la llamada le sucedió un estruendo que retumbó más que el de un trueno, y peor; me resquebrajó los tímpanos, haciendo que me vibrara la cabeza entera.

Cerré los ojos con fuerza, pero una luz blanca y silenciosa me quemó los párpados y el suelo retumbó bajo mis pies. Una ráfaga de aire caliente me enmarañó el pelo y el mago que me tenía agarrada del brazo me soltó abruptamente. Alcé las manos para protegerme los ojos, pero la luz ya se había extinguido. Un instante después, entreabrí lentamente los dedos para mirar entre ellos, tratando de recuperar



la visión. Pero, durante un largo instante, no vi nada más que un trémulo campo bermejo.

Finalmente, el resplandor se fue difuminando, dejando tras de sí un cielo negro salpicado de estrellas en lugar de un blanco abrasador o de temblorosas llamas azules. Por increíble que pudiera parecer, todo había acabado. Excepto la feroz lluvia de cascotes. Los magos combinaron sus escudos para proteger la zona y yo me agaché con las manos en la cabeza, mientras el pedrisco golpeaba el escudo haciendo surgir brotes de fuego anaranjado.

La descarga terminó y los magos apartaron los escudos con una marea de suspiros de alivio. Algo me rozó la mano, bajé la mirada y vi unos copos grises que trepidaban, suspendidos en el aire, y se esfumaron con la brisa. Ceniza.

A nuestro alrededor caía una lluvia de ceniza colmando todo el aire, cubriendo la arena. Lo que quiera que hubiera tras la colina estaba ardiendo. En el horizonte, se formaron unas enormes nubes, engullendo las estrellas, oscuras en la parte superior, pero al rojo vivo en la parte inferior en la que las llamas lamían el cielo.

—¡Dios mío —exclamó alguien—, ha alcanzado MAGIA!

Todos nos quedamos mirando la colina y nos envolvió el silencio. El eco hueco de las explosiones aún me retumbaba en la cabeza y sentí el sudor cayéndome por las mejillas, haciendo que me escociera un corte que tenía en el labio. Entonces, alguien empezó a caminar hacia el cerro, formándose una silueta negra en el tenue fulgor, y todos lo seguimos.

Llegué a la cima de la duna y me quedé helada. Parecía que hubiera caído un meteorito gigante sobre el cañón. Donde antes había una maraña de construcciones de adobe, ahora lo único que se veía era un enorme cráter negro, aún humeante. El calor que se debía de haber producido tuvo que ser increíble. En algunas partes, la arena había adquirido un brillo líquido cristalino; se había derretido al instante.

Nada se movía.

No, pensé, pero fue en vano. Todos nos quedamos mirando atónitos el lugar en el que MAGIA debía de haber estado emplazada durante mucho tiempo. Finalmente, alguien empezó a caminar y los demás lo seguimos. Empezamos a descender por un antiguo sendero que, más adelante, había quedado sepultado por un montón de polvo y piedras arrojadas tras la explosión. A juzgar por los colores, algunas rocas procedían de las capas más profundas del suelo. Lo que antes había sido un paisaje color canela había adquirido ahora un tono ocre oscuro de oro envejecido, bronce ennegrecido y gris ceniciento. El suelo estaba resbaladizo en algunas partes en las que había cristal enfriándose, oculto bajo la fina capa de arena que aún seguía cayendo. Podía mantener el equilibrio porque Pritkin me tenía cogida del brazo con la misma fuerza con que tenía apretados los dientes.

Los magos parecían haberse olvidado de mi presencia. Esquivamos juntos unas rocas resquebrajadas, cruzando montones de ceniza moteada, caminando bajo nubes de finas partículas negras que volaban con cada movimiento y se posaban sobre nuestra ropa, sobre nuestras caras, sobre nuestro cabello. Tenía su sabor en la boca. Era imposible que hubiera sobrevivido nada.

De repente, me fallaron las piernas, y me arrojaron sobre el polvo. Apoyé la cabeza en las rodillas y traté de respirar lenta y profundamente, tratando de obligarme a calmar el doloroso espanto que me presionaba las costillas. Empezó a flotar más ceniza, amenazando con asfixiarme, y no me importó. Por delante de mis ojos, pasó una hilera de rostros, los rostros de todos los amigos que vivían y trabajaban en MAGIA, hasta aquel día. Uno en particular me robó el aliento. Rafe, mi amigo de la infancia, lo más parecido que había tenido a un padre. Y ahora estaba ahí, sepultado con los demás, suponiendo que no hubiera ardiendo con la explosión.

Parte de mi mente estaba ocupada sopesando las posibilidades, buscando alguna

salida, aunque estaba jodidamente segura de que no había ninguna. Me rodeé el torso con los brazos y empecé a temblar, pero no de dolor. Aún no. Era la rabia lo que me anudaba la garganta y me impedía hablar. Era como si me hubieran despellejado, como si me hubieran vaciado y me hubieran rellenado de ácido hirviendo. Jamás había experimentado semejante ira, semejante deseo amargo de venganza. Porque aquello no nos lo habían hecho nuestros enemigos.

Ya había dicho yo que acabaríamos partiéndonos en dos; pero no creía que fuera a ser tan pronto.

Los magos vagaban como zombis, con el rostro pálido y semblante de incredulidad. Bajo sus pies, se levantaban nubes de polvo negro y gris, avivando los rescoldos. Había puntos rojizos y anaranjados refulgentes bajo las cenizas, esparcidos por todas partes, como una gigantesca pira funeraria. Clavé la mirada en ellos y se me humedecieron los ojos por algo más que las partículas suspendidas en el aire.

El Senado se había esfumado. Más allá de la tragedia humana, aquello era un desastre militar, el desastre que le entregaría a Apolo la victoria en bandeja. Puede que no aquel mismo día, pero sí pronto. Tanto si su arrogancia les permitía percatarse de ello como si no, el Círculo no podría mantenerse firme contra las fuerzas que Apolo había logrado reunir. Con mucha suerte, durarían un mes.

—Transpórtanos adentro —dijo Pritkin, con tono áspero. Algunos de los magos que se encontraban más cerca lo oyeron y se volvieron hacia mí, inexpresivos y tensos como un alambre.

Alcé lentamente la cabeza, mirando a Pritkin, furiosa, con una neblina de pena y rabia. Tenía la mirada ensombrecida e ida; sus pupilas habían devorado el verde, dejando una febril corona color jade. Parecía herido; su aspecto reflejaba mis propios sentimientos, como si él ya hubiera hecho sus cálculos también. Como si ya supiera que estábamos perdidos.

—Creía que, al menos, tendríamos que ir a la guerra primero —dije.

—Los niveles inferiores, Cassie, ¡con las protecciones de MAGIA, puede que aún estén intactas! —Me agarró de los brazos como si tuviéramos prisa. Como si alguna protección pudiera soportar algo semejante—. Llévanos hasta allí.

—Red de neutralización —dije, incapaz de decir nada más.

—¡Anuladla! —escuché ordenar a Pritkin, aunque no me molesté en mirar a quién. El sudor me caía por la espalda, empapando la costura del vestido, y debía de haber tocado algo caliente, porque tenía las palmas de las manos quemadas—. ¡Anulad la red y ella nos ayudará!

—¿Ayudarnos? —Liam dio un paso adelante, casi irreconocible, con la cara mugrienta, con la mirada oscura y un gruñido lleno de odio—. ¡Ha matado a casi una docena de magos esta noche!

—Fue la fisura la que los mató —replicó Pritkin—. Ella no tuvo nada que ver con

eso.

Fue como si Liam no lo hubiera oído.

—¡Eran buenos hombres! Richardson sobre todo, asesinado, estando aún de luto por su hijo, ¡otra de sus víctimas!

La injusticia de aquella acusación debería haberme molestado. Lo hubiera hecho, diez minutos antes. Pero en aquel instante, ni pestañeé. Por alguna razón, ya no estaba furiosa, tan solo me sentía hueca, como si me hubieran vaciado por dentro y me hubieran sustituido los huesos por madera seca, como si me fuera a quebrar si me movía demasiado deprisa.

—Ella no mató a Nick —contestó Pritkin, sin perder los estribos, aunque su ira podría haber pulverizado un diamante—. Ni siquiera estaba allí cuando ocurrió. Y Richardson murió en la fisura.

—Eso lo dirás tú —dijo con voz desdeñosa—. Pero ella sí ha sobrevivido.

—A duras penas.

—No entiendo por qué has renunciado a todo por apoyarla, pero puede que no sea demasiado tarde —insistió Liam, de repente impaciente—. Ayúdame a traerla y responderé por ti. Todos lo haremos. Puedes decir lo que quieras, que estabas hechizado, que ella y esos vampiros te hicieron algo, y mientras nos la quitamos de encima, el Consejo te creerá. ¡Necesitamos gente como tú, ahora más que nunca!

—¿Y la chica? —preguntó Pritkin.

—Se la someterá a juicio —explicó Liara, con expresión indescifrable.

—Un juicio que perderá.

—¡Es sólo una vida! Una vida frente a las miles de personas que morirán, si no recobramos la unidad en el Círculo. Tú o yo mismo daríamos nuestras propias vidas por la causa. Si de veras es una pitia, es lo menos que puede hacer ¿no?

—Pase lo que pase no dejarás que se salve —le dijo Pritkin con aspereza—. Según tu lógica, o bien ella es nuestra enemiga y debe ser destruida antes de que pueda ayudar a nuestros adversarios, o bien es inocente y debe ser destruida para preservar al Círculo. En ambos casos, muere.

—¡Es por el bien común!

—Es por el bien del Círculo. Y no estoy tan seguro de que esto tenga nada que ver con lo que le conviene más a nadie. Ya no.

—¿Qué te ha hecho ella? —preguntó Liam, con voz asombrada—. ¡Casi mueres defendiendo al Círculo en más de una ocasión!

—Entonces era una organización diferente.

—¡Nada ha cambiado! Sé que Marsden ha estado creando problemas, pero...

De entre la penumbra surgió un hechizo que cayó sobre Liam, haciéndolo caer de rodillas. Miré en derredor, confundida, porque no era cosa de Pritkin. Un alto mago afroamericano rapado al cero dio un paso adelante mientras Liam se derrumbaba.

Tenía músculos suficientes para darle una paliza a Marco.

—No tenemos tiempo para esto —dijo con sequedad, y agitó la mano señalándome.

De repente, recuperé los poderes, y un zumbido constante empezó a recorrerme la piel, atravesándome los huesos, cantando en mis células, *preparada, preparada, preparada*. Me envolví con ella, como si se tratara de un abrigo muy familiar, mientras el mago me miraba furioso.

—Caleb, ésta es Cassie —dijo Pritkin con frialdad.

El mago no parecía estar de humor para cortesías.

—No tengo forma de sacarlos de allí, suponiendo que quede alguien vivo ahí abajo. Pero tú sí puedes —me dijo.

Sonó como una orden, más que una petición, especialmente con aquel tono de barítono. Pero, en aquel momento, yo no estaba para susceptibilidades. Realmente, no creía que nadie hubiese sobrevivido, con o sin protecciones. Pero tenía que asegurarme.

—Sólo puedo llevar a dos personas conmigo —dije.

—A mí y a Pritkin —dijo Caleb, extendiendo la mano. Lo miré con desconfianza. Aquella noche ya le había dado la mano a un mago, y mira dónde había acabado.

Pritkin no dijo nada, por una vez dejándome tomar la decisión a mí sola. La cuestión es que no había nada que decidir. Independientemente de mis sentimientos hacia el Círculo, en aquel momento, necesitaba ayuda. Le cogí la mano.

—¿Adónde? —le pregunté a Pritkin.

—¿Qué resistencia tiene tu protección?

—Creo que la línea Ley la destrozó. ¿Por qué?

—Eso es un problema —dijo, mirando al otro mago.

—A mí no me mires —dijo Caleb con aire sombrío—. La línea destruyó las mías antes de que pudiera salir de allí, y lo que me quedó lo gasté para protegernos de los cascotes. No me queda nada. —Hubo un rumor de aprobación procedente de los que nos observaban. Parece que nadie tenía un escudo que valiera una mierda.

—¿Y qué más da? —pregunté. La idea de que pudiera haber supervivientes se había alojado en mi cabeza y me aguijoneaba el cráneo como un frenético tatuaje. Casi me mareé por el cambio constante de emociones. Del recelo a la ira, pasando por el horror paralizador y por la esperanza apenas percibida, todo en el espacio puede que de media hora.

—No podemos arriesgarnos a transportarnos allí sin una protección —dijo Pritkin con vehemencia—. Los escudos de MAGIA podrían haber aguantado, pero si no es así, podríamos encontrarnos en medio de un derrumbamiento de tierras.

—¡Entonces os sacaré de allí!

—... O en la roca viva.

—¡Tenemos que correr el riesgo! —Ese era Pritkin, el de las heroicidades demenciales. No era el momento de que aprendiera a ser prudente.

—No podemos. —Su voz sonó tajante.

—Cúbreme —le dije con semblante serio.

—¡Existe una diferencia entre el valor y la temeridad! Muriendo no vas a ayudar...

—¡Tampoco quedándome aquí! Rafe merece mucho más que eso. ¡Él haría mucho más por mí!

Caleb se mostró confuso.

—¿Rafe?

—Un vampiro —dijo Pritkin, escueto.

—¿Arriesgarías la vida por una de esas cosas? —me preguntó Caleb, incrédulo.

—Sí. Es una lástima que tú no tengas amigos así. Pero si todos son magos de la guerra, tampoco puedo decir que me sorprenda —dije con brusquedad.

—Señorita Palmer —intervino Pritkin, y dado que había vuelto a su semblante normal, supuse que no estaba muy contento. Por desgracia para él, yo tampoco.

—Voy a ir, contigo o sin ti. Así que, ¿qué me dices?

Me dio la impresión de que iba a replicarme, pero no iba a poder impedir que me marchara sola, y lo sabía.

—Llévanos a la cámara del Senado —dijo finalmente—. Está en el nivel más profundo y resguardado. Si ha sobrevivido alguien, debería estar allí.

—Contened la respiración —les ordené—. Si caemos en algún embrollo, os sacaré de allí. No os asustéis.

Caleb miró a Pritkin.

—¿Acaba de decirme que no me asuste?

—No te conoce.

—Supongo que no.

Ni me molesté en responder. Respiré profundamente y me transporté.

De manera refleja, hice el cambio y todo a mi alrededor se difuminó y empezamos a atravesar como un rayo capas y capas de piedra, ya que mi pensamiento se tradujo instantáneamente en movimiento. Lo que me resultó menos familiar fue aterrizar en una enorme fosa de barro. Pero ahí es donde acabamos, con un asfixiante océano de aguas famosas sobre nuestras cabezas, a través de las cuales resultaba imposible distinguir nada.

Estaba a punto de sacarnos de allí, antes de que sufriéramos una desafortunada y muy húmeda muerte, pero empezaron a nadar, arrastrándome con ellos. Poco después, salimos a flote chapoteando y jadeando. El aire estaba caliente y lleno de polvo, enrareciéndose ya. Fuera el que fuera el sistema de ventilación de aquel lugar, desde luego, no estaba en funcionamiento.

Traté de mantenerme a flote, intentando zafarme de Pritkin y de Caleb, que me sujetaban con fuerza, para poder apartarme el barro de los ojos. Aun cuando lo logré, no me sirvió de nada. No había luz alguna, y las enormes arañas de hierro que normalmente iluminaban la cámara del Senado estaban apagadas o habían desaparecido. Pero, al menos, podía respirar.

Hasta que alguien me volvió a meter la cabeza bajo el agua.

Fue tan inesperado que aspiré barro y me atraganté mientras me arrastraban al centro de la cámara. Finalmente, volví a sacar la cabeza a la superficie, pero no pude inhalar aire. Pritkin me golpeó la espalda con fuerza varias veces hasta que, probablemente, me salieron moratones, pero, gracias a Dios, también me despejó los pulmones. Me agarré al borde de algo y disfruté del oxígeno un minuto.

Surgió una luz que se extendió de una esfera que sujetaba Caleb, permitiéndome ver a algunos metros en la penumbra. No es que hubiera mucho que ver. La sala principal de reuniones del Senado solía estar vacía, tenía unos techos altos que desaparecían entre las sombras, dejando un gran espacio debajo para la gigantesca mesa de ébano, que representaba el único mueble. Pero aquel día apenas se podía ver nada, aparte del ondulante océano oscuro y lo que finalmente pude identificar como la mesa del Senado, que flotaba a pesar de su envergadura y nos servía de balsa salvavidas.

Se oyó rechinar algo con fuerza en el techo. Era como una máquina oxidada y reverberaba con un sonido seco entre los muros. Caleb alzó la esfera y la luz iluminó las puntas dentadas de metal de las grandes arañas de la cámara.

Eran enormes, fácilmente alcanzaban los cuatro metros, con hileras de anillos llenos de púas uno sobre otro. No podría decir cuántas púas tendría cada anillo, pero eran muchas. Y cada vez que se vaciaba un anillo, caía sobre la fila de abajo, permitiendo que una nueva hilera se encendiera. El sonido procedía del candelabro que había más próximo a nosotros haciendo girar una nueva hilera de dardos letales.

Se me había olvidado la tendencia que tenían los aparatos de la cámara del Senado a lanzar dardos de hierro sobre los intrusos, principalmente porque jamás me habían visto como una intrusa.

—¿Por qué nos disparan? —pregunté. Como si pudieran oírme, pues una descarga de proyectiles de un metro se soltaron de sus amarres precipitándose sobre nosotros.

Nuestros pesos combinados habían sumergido la mitad de la mesa, dejando la otra mitad algo alzada, a modo de medio escudo. Pero ni el ébano, duro como una piedra, los pudo detener. Cerré los ojos, y recibí un dardo con aspecto especialmente maligno, que había atravesado parte de la madera, deteniéndose a unos centímetros de mi rostro. Había impactado con fuerza suficiente para arrancar fragmentos de un dedo de largo de la madera, afilados como una cuchilla, uno de los cuales me hizo un

rasguño en la mejilla. Alguien lanzó un pequeño chillido, como un hipido.

—¡Silencio! —me murmuró Pritkin al oído—. El movimiento y el sonido atraen a las protecciones.

A continuación, me dijo.

—La ruptura de la línea Ley las ha confundido —susurró Caleb—. Están apuntando a todo lo que se mueve. ¡Transpórtanos al pasillo de fuera!

Iba a responder, pero, sobre nosotros, se oyó un crujido. Uno de los dardos se despegó del muro, donde su fuerza había agrandado una fisura por la que se filtraba el agua. Lo que antes era un arroyo, se había convertido ahora una cascada y, por lo que se oía, no era la única. Era como si una corriente submarina hubiera surgido. *Búscame si quieres hallar una forma de morir ahogado en el desierto*, pensé, mientras un torrente de aguas gélidas caía sobre mi cabeza.

Pesaba lo suficiente como para obligarme a soltarme y arrojarme al vacío. Extendí el brazo, desesperada por dar con algo a lo que aferrarme, y un ente me rozó la muñeca. Algo vivo, pero sin calor humano.

Me caí, y se me erizó el vello de los brazos al sentir aquel fantasmal roce. Vi algo, un movimiento, como unos ojos que brillaban en la casi absoluta oscuridad, dientes.

¡Oh, mierda!

Unas manos me agarraron con brusquedad por las axilas y me alzaron de nuevo a la superficie. Enseguida descubrí que había salido de la sombra protectora de la mesa. Pritkin me arrojó a un lado, justo antes de que dos dardos se hundieran en el agua, y logramos salir a flote agitando brazos y piernas.

Me agarré de su hombro con fuerza, rastreando la zona en la que había estado. Pero lo único que se podía distinguir era el reflejo de la esfera de luz de Caleb sobre las ondas.

—Creo que hay algo en el agua —jadeé.

—¡Me preocupa más lo que hay en el aire! —dijo Caleb con brusquedad—. ¡Sácanos de aquí, joder!

—¿Adónde? —pregunté—. ¡Por si se te ha olvidado, también hay protecciones en los pasillos! —Había lucernas afiladas como dagas tachonando los pasillos de MAGIA cada metro y medio. No llegaríamos ni a las escaleras.

—¡Sí, pero esas no funcionan! ¡Aún no hemos reparado los daños desde el último ataque! —Se refería al asalto, hacía un mes, de unos magos oscuros suicidas. Por una vez, les estaba agradecida por algo.

Asentí aliviada y lo así de la mano, pero Pritkin se apartó cuando extendí el brazo.

—Es tu misión —me dijo con seriedad—. Pero no sabemos lo que nos encontraremos cuando salgamos ahí. Sería más prudente que conservaras tu energía si piensas rescatar a alguien.

Caleb se me quedó mirando con incredulidad.



—¿De verdad creéis que van a dejarnos salir de aquí sin que nos conviertan en carne de *kebab*? Y, aunque nos dejaran, el salón está medio inundado, ¡los pasillos exteriores están completamente sumergidos!

—Algo que no preocuparía demasiado a un vampiro —replicó Pritkin, mirándome con complicidad. Caleb estaba pensando en el desastre desde un punto de vista humano, pero la gente de aquella sección de MAGIA hacía mucho tiempo que no era humana. Si hubieran sobrevivido a la explosión inicial, puede que estuvieran bien. Rafe podía estar bien. De repente, me sentí algo aliviada.

—Entonces no parece que haya ninguna salida fácil —dije, con reticencia.

—¡No puedes estar hablando en serio! —Caleb me miraba fijamente, como si hubiera perdido el juicio.

Me azoré, porque a mí me hacía la misma gracia que a él.

—Sólo puedo transportarme unas cuantas veces al día, y llevar conmigo a dos personas me hace consumir energía muy rápidamente —le dije con rotundidad—. Pritkin tiene razón. Si me agoto ahora, no podré ayudar a los supervivientes. Aun suponiendo que haya alguno.

—¿Entonces qué sugieres que hagamos para salir de aquí? —me preguntó, mirándome furioso. Como si aquella idea se me hubiera ocurrido a mí, en vez de a su compañero.

—Sois magos de la guerra —les espeté, irritada—. Pensad en algo, y, preferiblemente antes de que nos ahoguemos.

—Sí, desde luego, eres una pitia —musitó.

—Voy a comprobar cómo está el pasillo —se ofreció Pritkin, quitándose el pesado abrigo—. Puede que no esté tan mal como parece. —Tomó aire y se sumergió, dejándome sola con un mago de la guerra que, hasta hacía unos minutos, había hecho todo lo posible por acabar conmigo. Por la expresión de su rostro, se podría decir que Caleb estaba pensando lo mismo.

—Supongo que es un halago para uno de los dos —dije, algo nerviosa.

—No creo. Si te mato, ¿cómo saldré de aquí? —Lo miré fijamente y él se mostró inexpresivo durante un largo instante de tensión. Entonces, me lanzó lo que pareció una sonrisa—. John me conoce.

*Sí, pensé con aire sombrío, también conocía a Nick.*

—¿Qué ha sido eso? —preguntó de repente Caleb, girando la cabeza. Sumergió la esfera en el agua, pero no se veía nada más que nuestras piernas removiendo el barro. Unos instantes después, lo extrajo, iluminando un rostro ceñudo—. Me ha parecido oír un... —estaba diciendo, cuando su cabeza desapareció.

Me quedé mirando donde estaba sin ver nada y empecé a mirar a mi alrededor frenéticamente, en busca de un dardo con un cuero cabelludo colgando. Pero no había nada. Nada, excepto las minúsculas ondas del agua.

Escudriñé la superficie, pero la única pista de su paradero era el fantasmal fulgor de su esfera, que se hundió rápidamente. No me pareció que de súbito hubiera decidido darse un baño. A continuación, tres dardos se clavaron en la pared que había a mi espalda, dándome otra razón más para preocuparme. Casi rozaron una forma oscura que se había agazapado en el saliente de una roca, obligándola a salir de un salto para evitarlos. Por supuesto, saltó directo hacia mí. Alcé la mano rápidamente y mi cuchillo atravesó a la criatura por la cintura, clavándose en ella antes de que se derrumbara sobre mí. Me pareció sentir una respiración cálida y pestilente, unas mandíbulas sanguinolentas, y a continuación, estaba sobre mí. Un cuerpo grueso cubierto de pelo me sacó del agua y me lanzó sobre la mesa picada y arañada.

Se oyó un gruñido gutural que retumbó en mi cabeza y una pezuña quebró la madera. Se enganchó en el dobladillo de mi falda, arrancándolo. Rodé a un lado y surgió una pesada cabeza, enterrando sus poderosas mandíbulas en las gruesas tablas que había a mi lado.

Mi impulso fue correr, pero no había donde ir. Terminé con un puñado de pelo húmedo y maloliente en la mano mientras trataba de mantener aquella cabeza resbaladiza contra la mesa, donde pudiera masticar madera, en vez de a mí. Pero, aun parcialmente atrapado, era fuerte y feroz.

Sus garras me rasgaron el vestido y, por una vez, me alegré del uso tan exuberante que Augustine hacía de la tela. Las capas interiores de ropa habían impedido que mi piel quedara tan despedazada como ellas. Sus poderosas patas se agitaban sobre la resbaladiza mesa, tratando de buscar apoyo, mientras mis cuchillos se clavaban en él una y otra vez, haciendo con sus filos agujeros por los que manaba sangre caliente que me salpicaba cuerpo, brazos y rostro.

A pesar de mis esfuerzos, finalmente la criatura logró soltarse de la madera arrancando un gran pedazo. Se giró con serpentina rapidez, se levantó sobre sus patas traseras y se lanzó sobre mí... y fue alcanzada por un dardo en la espalda. La cuña de hierro le salió por el vientre, pasando sobre mi cabeza y empapándome de sangre.

Resbalé y me caí al agua, tratando de reprimir un chillido. Fue más fácil de lo habitual, gracias a la burbuja de pánico que se me había instalado entre el estómago y la garganta. Mis dedos se aferraron instintivamente al fragmento de madera, mientras yo jadeaba y me ahogaba, tratando de no moverme. No quería acabar como lo que fuera que había tratado de comerme.

Un instante después, la cabeza de Caleb salió a la superficie. Aún tenía la esfera agarrada con el puño; tosió y pataleó trayendo consigo lo que parecía un cuarto de agua fangosa.

—¿Estás bien? —le pregunté, cuando logré articular palabra.

La luz se reflejaba en las gotas que salpicaban su pelo de punta, como plata sobre negro, y un reguero de sangre se le deslizaba por la sien.

—Mejor que la cosa esa.

—Lo has rematado.

—Eso espero. —Su gruñido de fumador sonó aún más grave de lo habitual.

—Bien —dije, temblorosa—. ¿Qué era?

—No sé. —Sus ojos se fijaron en algo que había justo detrás de mí—. ¿Lo has matado?

Lo miré con semblante inexpresivo y seguí su mirada hacia donde mis cuchillos habían empalado a algo peludo, escamoso y muy, muy perverso en la mesa a menos de un metro. Grité y me eché atrás, y el movimiento vino sucedido de los cuchillos, que liberaron a su presa, y fueron reabsorbidos por mi brazalete. Y, sin nada que lo detuviera, el sangriento cuerpo se deslizó lentamente sobre la parte inclinada de la mesa.

Caleb lo empujó a un lado, ofreciéndole a los dardos otro blanco que no fuéramos nosotros. Nos agachamos y caminamos en la oscuridad, escuchando el ruido sordo del metal atravesando la piel, hasta que Pritkin salió a la superficie, justo a mi lado, unos instantes después.

Dio una bocanada de aire y se percató de la oscura criatura que flotaba a unos metros.

—¿Qué es eso?

—El comité de bienvenida —contestó Caleb, con semblante serio—. ¿Qué has encontrado?

—Los pasillos están inundados, pero la escalera más cercana está seca a partir de la mitad. Es viable.

—Si conseguimos llegar —gruñó Caleb, alzando la vista. Como si lo hubiera oído, la lámpara de araña cesó de rotar. Sin el chasquido de los metales, la cámara quedó casi en silencio absoluto. El único ruido era el del agua lamiendo las paredes y cayendo sobre la sala. Y el murmullo de unos espantosos sollozos.

Mis acompañantes se tensaron y Caleb se volvió con la esfera de luz, pero, por supuesto, no vio nada.

—¿De dónde viene ese ruido? —preguntó Pritkin.

—Es lo que Augustine entiende por una broma. Me embrujó el vestido —le expliqué.

—¡Quítatelo! —me ordenó Pritkin.

—¿Qué?

—Puedo utilizar el encantamiento para confundir a las protecciones.

Me puso el brazo que no tenía aferrado a la mesa sobre el pecho, a modo de protección.

—Pero es que no llevo nada debajo.

—¿Nada?

—Creo que las bragas. —Al menos eso creía. Después del día que había tenido, ya no estaba tan segura.

Pritkin se tapó la nariz.

—¿Ayudaría en algo recordarte que ya te he visto?

—¡Una vez! ¡Y hace mucho tiempo! ¡Y había muy poca luz!

Iba a contestarme, pero se calló.

—Dame lo que tu virginal pudor se pueda permitir.

—¿Por qué lo necesitas otra vez?

—Oh, para... ¡Dame el puto vestido y te lo mostraré!

Antes de que me diera tiempo a responder, extrajo un cuchillo, lo sumergió y me rajó lo que me pareció media falda.

—¿Por qué en tus planes siempre temo que desnudarme? —le murmuré envenenadamente a... a nadie, porque se había marchado.

En un instante, se soltó otra hilera de dardos con el ensordecedor sonido de metal destructor. Nos ignoraron, para dirigirse a Pritkin y a los trozos de tela llorosa que él estaba introduciendo entre las grietas y hendiduras de la pared. Se iba deshaciendo en jirones, conforme los dardos se iban clavando uno tras otro, fracturando la piedra que había detrás, dejando pasar literalmente una inundación. Entre el sollozante vestido y el agua que se precipitaba, las protecciones de repente tenían mucho a lo que disparar, lejos de nosotros.

—¡Vamos! —Caleb me arrancó de la sombra protectora de la mesa—. ¡El encantamiento no va a durar para siempre!

Nadamos a toda prisa hacia el muro más apartado, manteniéndonos sumergidos el máximo tiempo posible. Las protecciones habían rotado y lanzaban una descarga tras otra hacia donde se encontraba Pritkin, con un oxidado estruendo, una cacofonía en el espacio cerrado. Miraba hacia la oscuridad cada vez que salía a flote, tratando desesperadamente de dar con él, pero había muy poca luz. Lo máximo que mis ojos podían captar eran los destellos de los múltiples filos, como cuchillos, mientras decenas de dardos eran lanzados al aire.

Como miraba hacia el otro lado, me choqué contra una pared. Caleb me sujetó y, a continuación, se sumergió durante un minuto.

—La puerta está justo debajo de nosotros —me dijo tras salir a la superficie—. John tenía razón: el pasillo está completamente inundado. Pero las escaleras están a tan solo cinco metros a nuestra izquierda. —Iba a volver a hundirse en el agua, pero lo agarré del brazo.

—John estará bien.

Me quedé mirando la lluvia de dardos que seguía cayendo tras nosotros. Cuando impactaban, se desprendían de la pared fragmentos del tamaño de rocas, generando una tela de araña de grietas que partían de las más grandes.

—¿Cómo va a estar bien nadie en un lugar así?

—Confía en mí, lo conozco.

—Yo también —dije, furiosa—. ¡Eso es lo que me preocupa!

Se oyó un crujido en la sala que sonó lo suficientemente alto como para ahogar el sonido de las protecciones. Y, al instante, cedió un enorme fragmento de la pared, cayendo casi por completo en el agua, como el desprendimiento de un glaciar. Dio contra el agua con la madre de todos los temblores, y la ola que generó casi nos alcanzó, arrojándome contra Caleb.

—No te muevas —murmuró y la lámpara más cercana rotó hacia nosotros, atraída por la alteración en el agua. Giraba aquí y allá, lanzando dardos que atravesaban las olas que rompían a nuestro alrededor.

—Nos vamos ahora —me dijo Caleb al oído—. ¿De acuerdo?

Escudriñé la oscuridad, una vez más buscando algún rastro de Pritkin, pero no había nada. ¡Maldita sea! ¡No debería habérselo permitido!

—¡Cassie!

—Vale. —Sonó más como un graznido. Jamás me había sentido tan indefensa.

Fueron los cinco metros más largos de mi vida. Me sumergí, siguiendo la tenue luz de la esfera de Caleb a través del rectángulo negro de la puerta. Casi inmediatamente, me percaté de que tenía un problema. Tenía pensado limitarme a seguir a Caleb, pero, aunque sabía que él estaba en algún lugar delante de mí, no lo veía. Había demasiado barro y escombros en el agua, atenuando la poca luz que su esfera desprendía, dejando el pasillo inundado prácticamente en tinieblas.

Enseguida perdí la orientación, incapaz de hallarlo en la oscuridad, en el interior de las gélidas aguas. Todo me parecía igual, y la sensación abrasadora que tenía en los pulmones me impedía concentrarme. Pude sentir el latido enfebrecido en mis sienes, y un escalofrío me recorrió todos los miembros del cuerpo, ralentizándolos en su respuesta a las frenéticas órdenes de mi cerebro.

Finalmente, mis dedos agarrotados dieron con algo que me pareció ser una puerta y mis pies rozaron una superficie dentada que podrían ser escaleras. Le di una patada instintivamente, pero no se abrió demasiado. Lo que quedaba de mi vestido sumergido tiraba de mí hacia abajo, al tratar de abrirme paso hacia la tenue ondulación que de veras esperaba fuera la superficie.

Entonces, se abrió una mano frente a mí, amenazando con estrangularme, y con un tirón y una patada, salí al exterior. Agarré las mangas de una camisa blanca mojada y me quedé mirando al hombre que la portaba. Por un instante, todo se tornó gris, excepto su rostro. Sus ojos eran demasiado verdes, demasiado claros, con un filo irreal, duros como un diamante. Tardé un momento en percatarme de que tenía el rostro ruborizado y los ojos brillantes y luminosos. Aquel lunático se había divertido.

—¿Cómo demonios has llegado antes que yo? —le pregunté, jadeando de alivio,

y por la falta de aire.

Pritkin se encogió de hombros.

—Usé la puerta trasera y llegué hasta aquí.

—Pritkin. No hay puerta trasera.

—Ahora sí. El proyectil abrió un agujero en el pasillo sur.

—Un pequeño fallo en el diseño —retumbó la voz de Caleb.

—No creo que probaran las protecciones durante un periodo muy prolongado —le dijo Pritkin—. Algo a tener en cuenta cuando lo reconstruyamos. —Finalmente, se percató de la expresión de mi rostro y frunció el ceño—. ¿Te encuentras bien?

—Bien.

—No tienes buen aspecto.

—Estoy tratando de recordar las razones por las que eres indispensable y por las que no te puedo matar lenta y dolorosamente.

Me ignoró y tiró de mí para que me levantara. Me recogí la falda hecha jirones, junto con la poca dignidad que había logrado salvar. A continuación, los tres salimos del agua, subiendo las escaleras.

La esfera de Caleb poco hacía en la penumbra y pronto quedó cubierta de una gruesa capa de polvo. La misma capa arenosa que sentía tener sobre la piel; lo cubría todo, como si a aquel lugar le molestara no poder ahogarnos y tratara de enterrarnos vivos lentamente. No le haría falta mucho para lograrlo.

El reguero de destrucción impreso por la línea Ley no había llegado hasta allí, aunque sí lo habían hecho los temblores. Había grietas de un dedo de ancho en los muros y a la mayoría de los escalones les faltaba algún trozo. Tomamos un sendero en zigzag que llevaba hasta la parte superior, más sólida, para desembocar en otro pasillo igual de oscuro.

Pritkin se puso a la vanguardia y Caleb a retaguardia. Las salas de aquel sector eran dormitorios en su mayoría, incluyendo la suntuosa suite empleada por Mircea cuando se encontraba en su residencia. Cruzamos la puerta y nos adentramos en sus aposentos y, de repente, resultaba difícil creer que nos encontráramos en una fortaleza subterránea en medio de una catástrofe.

Las paredes estaban hechas de mampostería, pintada en exquisitos tonos burdeos y de un intenso dorado. A juego, el solado de mármol italiano, las molduras doradas y los techos cubiertos de frescos. Mircea era el presidente del cuerpo diplomático del Senado, por lo que sus aposentos hacían las funciones de embajada. Era allí, entre antigüedades de precio incalculable, candelabros de cristal de Swarovski y lienzos desconocidos, obra de los pintores más reputados del mundo, donde recibía a los dignatarios, limaba asperezas y cerraba acuerdos.

Lejos de la entrada principal había signos más evidentes del desastre. En algunas partes, las elegantes escayolas venecianas se habían caído, dejando tras ellas un sencillo ladrillo rojo; el esqueleto de aquel lugar asomaba entre la pintura. Una fina capa de polvo rojo lo cubría todo. Pude notar su sabor en el paladar y sentí que me cubría el interior de la nariz. Incluso, en una esquina del techo, el polvo había formado una costra sobre una tela de araña.

Pritkin encontró un par de candelabros y unas cerillas, nos entregó uno a cada uno, y nos separamos para hacer la inspección más rápidamente. Los dos magos se concentraron en las áreas comunes, y yo me dirigí al pasillo principal, abriendo todas las puertas. La mayoría estaban impolutas, quitando la capa de polvo, y sus elegantes muebles habían quedado intactos. Pero los aposentos de Mircea estaban más desordenados.

Las sábanas de la cama caían parcialmente sobre el gran pedestal de la cama y una de las almohadas estaba pegada al colchón, como en tácita guerra abierta contra la gravedad. El armario ornamentado estaba abierto, pero la mayoría de las prendas,

al igual que los valiosísimos lienzos de las paredes, habían quedado allí abandonadas. Sin embargo, en las paredes sólo quedaban unas hornacinas vacías, donde hasta hacía poco había habido artesanía rumana.

El hogar de Mircea, alejado de su hogar real, era hermoso, elegante y diseñado para impresionar. En consecuencia, poco decía de la persona que lo ocupaba. Lo que la gente esperaba encontrar eran cosas del estilo del reactor privado y del armario de Armani. Pero me pareció bastante indicativo que sus sirvientes, al huir para salvar la vida, hubieran dejado atrás las porcelanas de Sévres y las lámparas de Swarovsky, y sin embargo se hubieran llevado una colección de crucifijos de latón pintados y unas cucharas de madera de escaso valor.

Me puse a pensar que yo, en su situación, no hubiera sabido qué llevarme. Miré a mi alrededor observando todo lo que se habían dejado, como el juego de figurillas de jade de intrincado tallado que había en una estantería, y supe que habría elegido mal. No sabía distinguir entre recuerdos entrañables y simples objetos decorativos. Como si no conociera sus esperanzas, sus sueños o sus temores, si es que tenía alguno...

Se me atascó el tacón en un montoncito de seda que había junto a la cuna. Mientras me soltaba, hallé un objeto personal que nadie había visto con las prisas: un libro viejo y maltratado. La cubierta de piel negra estaba desgastada por las esquinas y las letras doradas de la portada se habían borrado prácticamente, y sólo destellaba un poco bajo la luz del candelabro. Pero, sin duda, se trataba de un álbum de fotos.

Miré a mi alrededor, pero no vi a los chicos. Clavé una rodilla en el suelo y abrí la tapa con manos algo temblorosas. Mircea tenía la diplomática capacidad de hablar durante horas sin decir nada, y lo que decía, solía ser cuestionable. Hasta el momento, había escuchado dos versiones sobre cómo se había convertido en vampiro, y aún no sabía si alguna de ellas era cierta siquiera.

Pero las fotografías no mienten. Al menos, no tanto como los maestros vampiros. Y, de repente, me había encontrado con un álbum que parecía contener cientos de fotos de Mircea.

Pero no era así.

Las fotos eran de alguien, desde luego, pero no de él. En cada página, el mismo rostro me observaba; era la faz de una hermosa mujer morena de mi edad. El calor de sus ojos endrinos combinaba con su delicada figura y, aun sin maquillaje, habría detenido el tráfico de una calle con un simple caftán puesto. Sólo que ella prefería la ropa ajustada, que resaltaba su esbelta figura atlética.

En una fotografía se la veía comiendo en una cafetería. Llevaba una vestimenta pasada de moda, creo que de los años cuarenta, que consistía en un traje de chaqueta blanco de manga corta y una bufanda de rayas. Agitaba un tenedor y se reía mirando a alguien que no salía en la foto. Llevaba su melena lacia y brillante con un estilo tan atrevido que ríete tú de los ochenta. No tenía la nariz respingona, tenía las mejillas



bien definidas y, si tenía alguna peca, yo no la veía. Podría haber sido perfectamente la modelo de un antiguo ejemplar de *Vogue*.

La miré detenidamente con el álbum apoyado sobre las rodillas y, de una forma extraña, sentí cierto mareo. Sentí algo más, algo que no supe definir, pero que hacía que se me encendieran las mejillas y me quemara el estómago como si contuviese ácido. En aquella habitación no había ninguna foto mía. Ni una. Pero había un álbum entero dedicado a aquella misteriosa mujer. Quienquiera que fuera, obviamente era importante para Mircea.

Más que yo.

Algo cayó sobre el plástico transparente que protegía la foto, se deslizó hasta el borde del libro y fue absorbido por la cuarteada cubierta de cuero. Me enjuagué otras cosas como esa, vagamente consternada. *Esto es una tontería y una nimiedad*, me dije a mí misma. Con todas las preocupaciones que tenía, ahí estaba yo, preocupada por quién pudiera ser Mircea. Dios, no podía ni pensarlo. Lo cual era una estupidez aún más grande.

¿Qué es lo que creía, que habría sido, una especie de monje durante quinientos años? ¿Después de haber visto cómo se le tiraban las mujeres? Y tampoco podía estar celosa por algo que había ocurrido mucho antes de que yo naciera, aunque implicara a despampanantes y sofisticadas morenazas.

Oí un crujido, bajé la vista y vi que, con el dedo pulgar, había arrugado la página que contenía aquella fotografía, aplastando el plástico y amenazando con dejar pliegues permanentes en el papel. Vale, quizá sí podía estarlo. De acuerdo, definitivamente, lo estaba.

La vida sexual de Mircea era algo que había tratado de ignorar, al menos, la mayor parte del tiempo, porque no conocía a ninguna de las implicadas. Al menos, eso creía. Ahora me sorprendía.

Con la Cónsul china tenía una relación más estrecha de lo deseable, y ella le había tomado mucho cariño durante su estancia en la corte en misión diplomática. De hecho, aún le seguía enviando costosos regalos todos los años. También se había mostrado más que amigable con una senadora rubia muy distante y con una condesa de pelo negro como el azabache, y esas eran sólo las que conocía. Aquellas mujeres tenían estatus distintos, y diferentes personalidades, pero tenían algo en común: todas eran de una belleza arrebatadora. Como aquella mujer.

Le di la vuelta al álbum y me topé con otra sorpresa. La morena volvía a salir pero, esta vez, corría por un parque. Y en la oreja tenía un auricular, cuyo cable le caía por el hombro izquierdo hasta alcanzar un iPod. Empecé a pasar las páginas y me di cuenta de que las fotos estaban colocadas por orden cronológico: empezando por las fotos antiguas en sepia, puede que del siglo diecinueve, dando paso a las fotos en blanco y negro, luego pasando a las definidas fotos en color de los sesenta, hasta

llegar a nuestros días. Y, quitando algunos detalles superficiales, tenía el mismo aspecto en todas las fotos. Era una vampira, intemporal y eternamente bella.

Como Mircea.

Dejé el álbum con manos trémulas y traté de controlarme. En aquel momento, estaba muy sensible, eso era todo. Por eso me sentía así, deseando arrancar esos bonitos ojos oscuros con mis propias manos.

Aquel sentimiento era tan ajeno a mí que me asustó. Yo no solía ser posesiva con la gente, con nadie. Jamás lo había sido. Y Mircea y yo no teníamos ningún acuerdo de exclusividad, la verdad. Él podía verse con quien quisiera. Era sólo que, por alguna razón, no se me había ocurrido que, realmente, se estuviera viendo con alguien, alguien frente a quien yo parecía una de las feas hermanastras de Cenicienta.

*Con mis propias manos.*

—¿Has encontrado algo? —Me volví y vi a Pritkin entrando por la puerta. Miró en derredor sin mucho interés. Puede que no se hubiera percatado de quién era el propietario de aquella habitación, o puede que, simplemente, no le importara. Para él, Mircea no era más que otro vampiro más, y a Pritkin nunca le habían gustado demasiado los vampiros.

—No. Nada. —No hice ningún esfuerzo por ocultar el libro, y sus ojos pasaron sobre él sin interés alguno.

—Lo mismo por aquí.

—Parece una ciudad fantasma —murmuró Caleb, uniéndose a nosotros. No estaba de acuerdo. Hasta los fantasmas tenían más vida que aquello.

—Debieron de huir —dijo Pritkin—. Los vampiros siempre tienen una vía de escape, aún estando en una fortaleza inexpugnable.

—Pero dudo mucho que se dieran la vuelta para ayudar a nadie —añadió Caleb, mirándome furioso. No lo negué; yo también dudaba que lo hubieran hecho—. Puede que haya gente más arriba. Vamos.

Fuimos al vestíbulo, dirigiéndonos hacia la entrada principal, cuando los cristales de la araña que había sobre nuestras cabezas empezaron a tintinear. Un jarrón blanco y azul que de veras esperaba no fuera de Ming rodó sobre la mesa y se estrelló contra el suelo antes de que me diera tiempo a agarrarlo. El suelo que había bajo mis pies crujió y se estremeció durante un largo instante y yo tuve que apoyar una mano en la pared para mantener el equilibrio.

—¿Un terremoto? —dije con incredulidad—. ¿Qué será lo próximo? ¿Un tsunami?

—Seguramente son los pisos superiores asentándose —contestó Pritkin, pero no parecía muy convencido—. Debemos darnos prisa.

Salimos al pasillo y Caleb se dirigió hacia una puerta que había junto a unos escalones tallados en la roca.

—Yo no haría eso —le advertí.

Se detuvo un momento, con la mano en el botón.

—¿Por qué no? —Me lanzó ceñudo una mirada recelosa, como si sospechara que yo estuviera tratando de ayudar a los vampiros a esconder algún vil secreto.

Como si les hiciera falta mi ayuda.

—Esa es la habitación de Marlowe. —Kit Marlowe, dramaturgo en el pasado, era ahora el espía jefe de los Cónsules. Y, en los Juegos Olímpicos de la paranoia, se habría llevado el oro. Aposté a que, aun encontrándose en una fortaleza mágica rodeada de guardias, habría protegido sus aposentos. Y, conociéndolo, seguro que la protección era letal.

Caleb apartó la mano fingiendo estirarse las solapas. Y no la volvió a poner. Supongo que era de mi misma opinión.

Las luces de emergencia seguían funcionando en el siguiente nivel, difuminando una plancha roja sobre las viejas piedras. El pasadizo que había en el otro extremo de las escaleras daba varias vueltas y, a los lados, iba dejando habitaciones con extraños equipos. Había cables retorcidos en el suelo, en las paredes, había hileras de frascos que contenían unas cosas finas, jaulas boca abajo por todas partes y los tubos fluorescentes del techo parpadeaban como en una película de terror.

—Como aparezca Sigourney Weaver me largo de aquí —murmuré, sorprendiéndome al escuchar la risa de Caleb.

—Ya hemos rematado al alíen —me recordó.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Pritkin.

Iba algo adelantado, como una curva del pasillo por delante. Lo alcanzamos y descubrimos que aquel nivel también estaba vacío de gente. Pero para compensarlo, había muchas cosas correteando, volando y rezumando por todas partes. Era como si alguien hubiera montado un zoológico cuyas jaulas se hubieran abierto con el desastre. Un zoológico bastante espeluznante, pensé, tras echarle un vistazo a una cosa rosa y naranja que se arrastraba para salir por el agujero de un cajón de madera, dejando un reguero de baba a su paso. Dentro, se veía un montón de criaturas con el mismo aspecto gelatinoso, aguardando su turno. Los bonitos colores no ayudaban a ocultar el hecho de que parecía una enorme babosa.

Sólo que tenía unos furiosos ojitos negros como el carbón. Unos ojos inteligentes.

Me eché para atrás tambaleándome, reprimiendo una arcada y Caleb soltó una maldición y sacó una pistola. Lo agarré del brazo.

—¿Qué haces?

—¿A ti que te parece? —Su fugaz buen humor se había esfumado.

—No puedes matarlo así.

—¡En la cámara no tuviste tanto problema!

—¡En la cámara nos estaban atacando!

—Y ahora ya sabemos qué nos atacó. ¡Algún experimento depravado que estarían haciendo tus vampiros!

Volvió a apuntar, pero supongo que se le habría mojado la pólvora, porque la pistola no disparó. Frunció el ceño, musitó un hechizo y lo volvió a intentar. Esta vez, la pistola funcionó bien, pero le golpeé el brazo y disparó al aire.

Hizo tanto ruido que provocó una pequeña estampida que se alejó por el pasillo.

—¡He dicho que no mates nada!

Caleb me miró furioso.

—Es la pitia —le recordó Pritkin inmediatamente.

—No la mía —replicó Caleb, con vehemencia.

—¿Entonces de quién? ¿O acaso pretendes luchar en esta guerra sin una?

Los dos se miraron fijamente durante un instante y luego Caleb le espetó:

—¡No podemos hacer esto con todas esas cosas saltándonos encima cada vez que nos demos la vuelta!

—No me parece que tengan demasiado interés en atacar —señalé.

—¿Y qué hay de los que sí lo tienen?

—Ya nos ocuparemos de ellos si los hay, cuando nos los encontremos.

—¿Y si las criaturas se escapan? ¿Quieres que dejemos algo potencialmente tan letal como las cosas que hemos matado antes sueltas entre la población?

—¡Estamos seis pisos bajo el nivel del suelo! Y estos no me han parecido muy peligrosos.

—Las cosas no son siempre lo que parecen. No sabemos nada sobre lo que pueden hacer, ni por qué los vampiros los están criando —contestó con terquedad.

Observé cómo la babosa se arrastraba alejándose de nosotros. Probablemente, las corrientes submarinas sobrevivirían a la inminente implosión. ¿Y si esa criatura se metía en las cañerías? ¿Y si se colaban varias y empezaban a multiplicarse? En unas semanas, podría haber miles de ellas.

—De todas formas, la mayoría va a morir —apuntó Pritkin, con serenidad—, de inanición, sepultadas bajo una montaña de piedras. —Señaló con la cabeza una especie de pájaros que se estaban dando un festín con los restos de algo, arrancando trozos de carne con sus largos picos negros—. O entre las garras de unos depredadores más grandes. Es mejor así.

Me quedé mirando el improvisado banquete y se me revolvió el estómago.

—Haz lo que tengas que hacer —dije finalmente—. Me voy a las escaleras.

Tras de mí, el sonido de una pistola y olor a pólvora. El extremo de la escalera estaba oscuro y no se oía nada, excepto algún haz de luz del piso de abajo. Me senté y me hice un ovillo, rodeándome las rodillas con los brazos, apoyé la cabeza en la pared y traté de no pensar en nada. Fue entonces cuando surgió una mano de la penumbra y me tapó la boca.

Me arrastraron hacia una habitación oscura mientras yo pataleaba y forcejeaba. Brilló una luz, sólo era una vela, pero, en la más absoluta oscuridad, brillaba como un reflector. Iluminó una mesita atestada de periódicos, y al hombre que había sentado tras ella. Tenía los rizos enmarañados y su jersey de cachemira estaba sucio y desgarrado. Pero sus brillantes ojos castaños y sonrisa espontánea eran los de siempre.

—¡Rafe!

Se levantó, rodeó la mesa y me arrojé a sus brazos. Sabía que probablemente estaría bien, pero una parte de mí no podía creerlo. Me emocioné al verlo sano y salvo, y la alegría me recorrió todo el cuerpo, como el agua de un arroyo.

—Mira lo que he encontrado merodeando por los pasillos —dijo la voz alegre de Marlowe a mis espaldas. Iba con dos magos, Pritkin y otro al que no conocía.

—¿He de suponer que los disparos provenían de ahí? —preguntó Rafe, acariciando mi castigado cabello.

—Estaban sacrificando a los experimentos —contestó Marlowe con aire divertido.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque las protecciones dejarán de funcionar en cincuenta y tres minutos —contestó Marlowe—. Será mejor ocuparse de ese problema. —La tierra rugió bajo nuestros pies, como subrayando sus palabras.

—¿Y por qué estáis todavía aquí? No hemos encontrado ningún cuerpo, así que supongo que hay una salida.

—Hay varias —añadió Rafe, mirando a Marlowe.

Me volví y vi al espía jefe del Senado mirándome, pensativo. La luz de la vela reflejaba un pequeño halo sobre su oreja izquierda y saltaba hacia sus oscuros ojos. Conocía aquella mirada; últimamente había sido objeto de ella con frecuencia. Normalmente significaba *Me pregunto si realmente es tan estúpida como para tragarse esto*. Y, normalmente, la respuesta era sí.

—No me va a gustar nada ¿verdad? —pregunté con resignación.

—Puede que no. —Marlowe le dio unos golpecitos al rollo de papeles que había sobre la mesa, lo cual era, según supuse, un plano de MAGIA—. ¿Has venido para intentar un rescate?

—Sí. Sólo que, hasta ahora, no hemos encontrado a nadie a quien rescatar.

—La mayoría de los que sobrevivieron a la explosión ya habían sido evacuados. Sin embargo, queda sólo una parte en la que aún hay gente: las celdas de detención de magos.

—¿Están allí todavía los prisioneros? ¿Por qué?

—Un derrumbe —dijo Rafe—. Por razones de seguridad, sólo hay una forma de

llegar a las celdas, y las protecciones fallaron en aquella sección.

Con un largo dedo trazó una línea en una zona a dos pisos por encima de nosotros.

—Los ha dejado sin esperanza alguna de ser rescatados.

—Cogimos los planos y preguntamos a los magos, pero no había puerta trasera —añadió Marlowe.

—El derrumbe es demasiado grande como para poder despejarlo y no tenemos tiempo. Casi todo el pasillo se ha visto afectado.

Lo miré.

—Debo de haber entendido mal. ¿Os habéis quedado para rescatar a los humanos?

Sobre su perilla, se dibujó una sonrisa.

—Bueno, a uno.

—¿Y qué hay de los demás?

Se encogió de hombros.

—Puedes rescatarlos también, si quieres.

—¡Oh, gracias! Ahora cuéntame de qué va todo esto.

—Es la respuesta a mis oraciones —dijo, piadoso.

—¿Tú rezas?

—Naturalmente —dijo con inocencia—. Por supuesto, tampoco he dicho a quién.

—Deja de tomarle el pelo, Kit —le reprochó Rafe. Me miró—. Los desplazamientos espaciales no funcionan del mismo modo que los temporales; mi poder no me permite ver con anterioridad dónde voy a caer. Al no saberlo, puedo acabar emparedado dentro de un muro o, en este caso, entre un montón de piedras.

—Estamos a treinta metros del área que creemos que está despejada —me informó Marlowe.

—Las protecciones nos dicen que la zona está bien. Sin embargo...

—¿Sin embargo, qué?

—Puede que no sean del todo fiables. No con este nivel de daños.

Lo miré fijamente.

—¡Que no sean del todo fiables significa que puedo transportarme en mitad de un derrumbe, Marlowe! No quiero sorpresas, bastante difícil es esto ya de por sí. ¡Necesito saberlo!

Se limitó a mirarme, pero los ojos de Rafe se desviaron a la derecha, hacia un área aún sumida en la más absoluta oscuridad. De entre la penumbra, se oyó un suspiro siseante, y, un instante después, apareció la Cónsul de manera tan repentina que casi pareció que se había transportado. Pero no era así, probablemente, estaba allí desde el principio, pero se había mantenido tan quieta que no la había visto. Y, teniendo en cuenta que llevaba su atuendo habitual de serpientes vivas retorciéndose, fue un buen truco.

Sus ancestrales ojos pintados me evaluaron, como acostumbraba a hacer, y no pareció que les gustara lo que veían.

—Yo te diré exactamente lo que tienes que hacer, pitia —me informó—. Y, luego, harás nuestra voluntad.

Aquello no fue una petición. Salió por la puerta con majestuosidad y Rafe, Marlowe y yo la seguimos. Rafe bajó por las escaleras para ir a por Pritkin y Caleb, y Marlowe y yo subimos dos pisos corriendo tras la Cónsul.

El polvo se iba espesando conforme íbamos ascendiendo y, cada vez que había un miniterremoto, los pequeños cúmulos de tierra empezaban a deslizarse por las paredes.

—¿Qué pasará cuando las protecciones desaparezcan? —pregunté al llegar hasta un montón de cascotes y polvo, en el extremo del segundo tramo de escaleras.

—Los niveles que hay por encima de éste se han solidificado en una masa compacta —me dijo Marlowe—. Sin el apoyo de las protecciones, lo aplastarán todo bajo su peso.

—Entonces, no hay prisa. —Miré fijamente el pasaje de la izquierda que, tal como había dicho Marlowe, estaba completamente atorado. La arenisca roja de los pisos inferiores se había mezclado con el amarillo intenso de los superiores, formando una masa revuelta que no parecía dejar el más mínimo hueco entre ella. Era como si aquel pasillo hubiera sido reabsorbido por las rocas que lo bordeaban.

—Creemos que el camino está bloqueado hasta las celdas, que tienen un sistema de protección independiente, para más seguridad —me explicó rápidamente Marlowe.

—Necesito más que una conjetura —le recordé.

—Lo tendrás —dijo, haciéndome retroceder unos escalones.

Ambos alzamos la vista para mirar a la Cónsul, que se había quedado en el extremo de las escaleras.

—Esto no lo has visto nunca —exclamó.

—¿Visto qué? —le pregunté, desconcertada. Estaba ahí parada, con su esbelta figura y, de repente, me percaté de que era más o menos de mi estatura. Es gracioso, siempre me había parecido más alta.

Marlowe me pasó el brazo por la cintura, haciéndome bajar más y, de súbito, hubo una explosión de movimiento. En un momento, todo se llenó de serpientes, una gruesa masa de formas negras retorciéndose y bullendo en torno a los pies y las piernas de la Cónsul. Pululaban subiéndole por todo el cuerpo, enroscándose en su cuello, arrastrándose hasta su rostro y enredándose en su cabello. Una especialmente gruesa se introdujo entre sus labios y comenzó a bajarle por la garganta, dilantándole el cuello a ambos lados, dibujando en su piel formas onduladas.

—¡Marlowe! ¡Haz algo! —grité, horrorizada.

No dijo nada, y me apretó con más fuerza cuando comenzaron a salir más serpientes que le resquebrajaban la piel y sus cuerpos negros se iban tiñendo de rojo conforme se iban abriendo paso para acceder al interior de su cuerpo. Vi como se movían y retorcían bajo su piel; las pequeñas latían como venas a punto de reventar, mientras que las más grandes le hinchaban el cuerpo formando espeluznantes senderos, conforme iban abriendo túneles en su interior, al parecer decididas a devorarla. Se oyó un sonido que parecía el de una fruta madura reventando y, de repente, ya no había ninguna mujer. Sólo un pasillo repleto de criaturas resbaladizas y relucientes contoneándose en un charco de porquería sanguinolenta.

—¡Oh, Dios! —Retrocedí tambaleándome, y habría caído al suelo si Marlowe no me llega a tener agarrada de la cintura. Me quedé paralizada de la sorpresa y la repulsión mientras la verdad iba asomando lentamente. La Cónsul seguía estando allí. Tan solo había cambiado de forma.

Las serpientes iban hallando huecos entre los cascotes por los que una persona jamás habría cabido. Fueron desapareciendo, deslizándose por la tierra con la misma facilidad que por el agua, hasta que no quedó ni una. Entonces, Marlowe hizo que me sentara.

—¿Vas a vomitar?

Negué con la cabeza. Estaba demasiado impresionada para vomitar.

—Había oído historias...

Se sentó en un escalón junto a mí, mirando a la oscuridad y extendiendo las piernas hacia delante.

—¿Sobre que tenemos la capacidad de convertirnos en bruma, lobos o murciélagos?

—Sí, pero no creía que... creía que eran sólo leyendas.

—En gran parte, lo son. Sólo hay unos pocos que logran vivir lo suficiente para adquirir el poder necesario para lograr la transformación corporal. —Parecía impresionado, como si la Cónsul hubiera hecho un truco especialmente ingenioso—. He oído algo sobre que Parendra, su homóloga india, también sabe hacerlo. Dicen que es capaz de transformarse en una cobra.

No dije nada. Estaba demasiado ocupada tratando de tragarme el nudo que se me había formado en la garganta. Después de todo, sí que sentía náuseas y me pregunté cómo se lo tomaría la Cónsul, si se ofendería cuando volvieran... sus cientos de criaturas...

Me tragué el nudo.

—Puede resultar un poco... desagradable... la primera vez que lo ves —dijo Marlowe, mirándome—. Recuerdo que yo también me quedé un poco desconcertado.

Desconcertado. Sí. Esa era la palabra.

Nos quedamos allí sentados mientras iban pasando los preciados minutos. Y



entonces, volvió. Docenas de cuerpos polvorientos y escamosos empezaron a salir retorciéndose por los huecos entre los cascotes, cayendo sobre el suelo pegajoso. Parpadeé y ahí estaba la Cónsul de nuevo. Se alejó tambaleándose hacia la pared más lejana y se quedó ahí parada, temblando un poco, más debilitada de lo que la había visto jamás. Marlowe se dirigió hacia ella, pero ella le hizo un gesto con la mano para que se alejara.

—Hay treinta y dos metros y medio bloqueados —me dijo, con voz de estar absolutamente repuesta—. Los pasillos que llevan hasta donde se encuentran las celdas de los magos. Lo único que mantiene este nivel intacto son sus protecciones y no van a durar mucho. —Miró a Marlowe—. Tú vas a acompañar a la pitia a hacer el recado.

Negué con la cabeza.

—Cuanta más gente lleve conmigo, más rápido se me agotará la energía. —*Y ya la tengo bastante baja.*

—Sí, pero cuanto más desesperados están, menos estabilidad mental tienen —respondió Marlowe—. Esas celdas son de las más seguras que tiene el Círculo. Es por eso que albergan a los delincuentes más peligrosos. No puedes ir sola.

No estaba segura de poder ir, de todas formas. La idea de transportarme a un lugar que jamás había visto me hacía sentir un poco mareada, por no hablar de que no tenía muy claro qué longitud abarcaba un metro.

—Eso son unas treinta yardas ¿no? —pregunté, nerviosa.

Marlowe soltó un suspiro.

—Un poco más de treinta y cinco. Pero quizá debieras añadir una más, para asegurarnos.

Vale. Como si algo de todo aquello fuera seguro. Pero se trataba de intentarlo o aceptar la derrota y marcharme a casa en aquel mismo instante. Y se nos estaba acabando el tiempo.

La tierra volvió a temblar, durante más tiempo y con mayor violencia que antes, haciéndome caer de rodillas. Entonces, delante de nosotros, se abrió una grieta, dejando ver en su interior unas rocas irregulares estriadas, con arena chorreando por los lados, como si fuera agua.

Marlowe tiró de mí, me levantó en volandas y el suelo que pisábamos se fue desintegrando. Los vampiros no vuelan, pero se desplazaba a tal velocidad que parecíamos volar. Lo siguiente que vi fue que estábamos en la curva de las escaleras, ahogándonos en la nube de polvo que había tras ella.

—¡Vamos, ahora! —ordenó la Cónsul. No la había visto moverse pero, de alguna manera, estaba a nuestro lado. No me paré a esperar para ver cuánto suelo nos quedaba, sólo me limité a agarrar a Marlowe del hombro y me transporté.

Aterrizarnos en otro mundo, frío, estéril y sin polvo, con luces crepitantes y

muros de cemento gris.

—Por aquí —dijo Marlowe, guiándome hacia un pasillo.

Pasamos junto a una larga hilera de celdas, la mayoría de ellas con un ocupante. Pronto, me di cuenta de que, a diferencia de en las cárceles humanas, los prisioneros aquí no estaban conscientes. Estaban congelados en una especie de éxtasis, apoyados en la pared de sus celdas de tres metros cuadrados, como los maniqués de unos grandes almacenes, mirando al exterior con expresiones que variaban desde el asombro hasta la furia, pasando por el gesto desafiante.

Los miraba cada vez más asustada. Diez, quince, veinte, y aquello no era más que la mitad de uno de los pasillos. Probablemente, habría al menos el mismo número de celdas en la otra dirección, y, seguramente, había también más de un pasillo.

Simplemente, era imposible. Lo sentía en los huesos, como la agitación de mi propio corazón. Aunque hubiera estado descansada, sólo podría haber hecho cuatro o cinco viajes, llevándome dos en cada viaje. Tal y como estaban las cosas, tendría suerte si lograba rescatar al hombre en el que los vampiros parecían tener tanto interés y lograr sacar también a mis acompañantes.

Nos detuvimos frente a una celda en la que había un hombre de mediana edad de pelo castaño rizado. Marlowe forcejeó, tratando de que las protecciones de su puerta cedieran mientras yo miraba las celdas que había a ambos lados. En una había una mujer pelirroja de mirada taimada. En otra había otro hombre de mediana edad que estaba perdiendo la batalla contra la alopecia, a pesar de haber encantamientos para ese tipo de problemas. Puede que fuera demasiado orgulloso como para emplearlos, ya que la expresión de su rostro era bastante altiva, o posiblemente, el Círculo no permitía ese tipo de vanidades en sus celdas.

Ninguno de ellos parecía muy receptivo, pero, al pensar en lo que estaba a punto de sucederles, un escalofrío me atravesó todo el cuerpo. Aquello no era obra mía. No era culpa mía. Yo no le había pedido a Richardson que nos traicionara; no era yo la que había lanzado el hechizo que había causado aquel desastre. Pero, si me hubiera marchado de la reunión cuando Pritkin me lo dijo, nada de aquello hubiera ocurrido. De repente, sus palabras me vinieron a la mente: «*Morirán de inanición o ahogados, o sepultados bajo una montaña de piedras*». Lo miré a la cara y me estremecí.

Una de las protecciones se partió y el rumor hizo que me temblaran los huesos en una vibración como la de un diapasón, y el hombre del pelo rizado se derrumbó flácido en los brazos de Marlowe.

—¿Cuántos te puedes llevar? —me preguntó Marlowe.

—Yo... no tantos —contesté, admitiendo lo evidente.

—Dime cuántos.

—Querrás decir «cuáles». —Lo miré fijamente—. Me estás pidiendo que elija quién va a vivir y quién va a morir.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo, encogiéndose de hombros, colocándose al mago en un hombro—. Y el Senado no tiene ningún interés más aquí. Tenemos al que queríamos.

Volví a mirar a la pelirroja. Tenía unos ojos grisáceos que, bajo la luz parpadeante, le conferían un aspecto casi consciente, casi despierta. Nos miramos, ella rígida y exánime como una muñeca, yo, inmóvil como una estatua. En unos minutos, estaría muerta. O me la podía llevar y morirían los demás. Como los sirvientes humanos que los vampiros tenían alojados arriba, como todos lo que hubieran estado en aquel momento en los niveles superiores. Aquello me pareció terriblemente azaroso.

—Tiene que haber alguna forma —dije, desesperada.

—¿Una forma de hacer qué? —preguntó Marlowe, uniendo las cejas.

—De rescatarlos. A todos. ¡No podemos dejarlos aquí!

Marlowe se me quedó mirando fijamente, inexpresivo.

—Sí. Podemos. En unos cuarenta minutos, se derrumbará la planta entera y, en el proceso, podemos sacar a los que haya debajo. Tu compasión es admirable, pero si no salimos rápido, ninguno de nosotros podrá salir. Y, la verdad, me echaría de menos.

—¡Y estoy segura de que mucha gente echará de menos a estos, Marlowe!

La lámpara que teníamos encima eligió aquel momento para estallar, y arrojó sobre el suelo del pasillo fragmentos de plástico y cristal, lo que dejó a oscuras el rostro de Marlowe. La oscuridad acentuaba los duros rasgos de su cara, dejándolos a la vista, tras la máscara de hilaridad. Por un instante, parecía tan peligroso como la gente decía que era.

—Si hubiera alguna manera de salvarlos, lo haríamos. Pero no la hay —dijo con vehemencia—. Y no te olvides de dónde estamos. Por lo que sabemos, esta gente se merece lo que le espera.

Se me revolvieron las tripas, mi táctica habitual de negar-reprimir-ignorar a la hora de afrontar alguna verdad incómoda, de repente, ya no me funcionaba tan bien. Recorrí con la vista todos los rostros del pasillo, jóvenes y viejos, duros y suaves. Se habían ganado la enemistad del Círculo, pero yo también. Si Richardson se hubiera salido con la suya, yo misma estaría en una de esas celdas. No eran distintos a mí, aparte del hecho de que estaban a punto de morir. Condenados porque yo había cometido un estúpido error.

Una luz verde procedente de una de las celdas me tiñó las manos de un color fantasmagórico y enfermizo. Las cerré hasta que me dolieron mientras miraba docenas de rostros. La tentación de emplear mi poder era sobrecogedora. Había estado pensando en ello, lo tenía en la cabeza desde que había visto aquel paisaje abrasado y muerto, aquel grupo de magos pululando, afectados por el estrés del combate, por el espacio vacío en el que debía de estar MAGIA. Porque Marlowe se equivocaba. Yo podía hacerlo.

Lo que no sabía era si debía hacerlo.

—Cassie, la boca del túnel más cercano está a diez minutos de aquí y, para estar a salvo, tendremos que caminar otros diez minutos —dijo Marlowe—. No hay tiempo que perder.

Tuve que reprimir una risotada histérica.

—Sí, bueno, es la tónica general hoy, ¿no?

Frunció el ceño.

—Cassie.

—Necesito un minuto, Marlowe.

—¿Para qué?

—¡Aún no lo sé!

Una vez más, de veras que deseé haber recibido un entrenamiento más exhaustivo. En el último mes, de alguna manera, me había hecho a la idea de que yo era la conserje del tiempo y que estaba allí para arreglar los desastres provocados por la gente que trata de jugar a ser Dios. Pero no era eso lo que me robaba el sueño por las noches. Era aquello. La idea de que, tarde o temprano, me vería en una situación en la que yo misma sería la que querría modificar el tiempo.

Podía retroceder, asegurarme de faltar a aquella reunión, impedir fácilmente que todo aquello ocurriera. MAGIA no quedaría destruida, nadie perdería la vida... Casi parecía demasiado fácil. Eso era lo que me asustaba. Había cambiado un pequeño detalle en el pasado y casi me cargo a Mircea. ¿Qué pasaría si modificaba algo tan grande? No lo sabía, y aquello me aterrorizaba.

Agnes me había dicho que no enredara con el tiempo, que normalmente causa más problemas de los que resuelve. Pero también había dicho que la razón por la que la pitia era clarividente era porque podíamos mirar al futuro y ver las consecuencias de nuestras acciones. Me dijo que confiara en mi don. Pero de eso se trataba: jamás había confiado en él.

A lo largo de toda mi vida no me había dado más que malas noticias y aquello había sido el origen de muchas pesadillas, en lugar de ilusiones. Una de las cosas que

me gustaban de haberme convertido en pitia era el hecho de que mis visiones habían disminuido. En lugar de una cada dos o tres días, ahora transcurrían semanas enteras sin que ocurriera nada. Y ahora, de repente, me encontré en una situación en la que muchas vidas dependían de mi denostado don.

—Voy a intentar algo —le dije a Marlowe—. Sólo será un minuto.

—Ya te he dado un minuto.

—¡Y ahora me voy a coger otro más!

Cerré los ojos y traté de concentrarme. Prácticamente, podía sentir la marea de desaprobación que Marlowe desprendía, aunque no dijo nada. Y, tras unos segundos, me tranquilicé lo suficiente para poder intentarlo. Sólo que no estaba segura de cómo hacerlo.

Durante toda mi vida, había luchado contra mi don, normalmente para reprimirlo. Sólo en alguna ocasión había tratado deliberadamente de usar la clarividencia, y la mayoría de mis esfuerzos habían sido infructuosos. Y ahora, ahí estaba, pidiendo lo imposible, ver un posible futuro en lugar del real. A decir verdad, no esperaba que funcionara.

Pero lo hizo.

Caminaba sobre los escombros tiznados hacia la entrada del Dante, o lo que quedaba de él. Los edificios habían sido bisecados por una línea de destrucción, partidos en dos como un diente roto. Una capa de polvo se había acumulado en las letras que había grabadas en la puerta principal, que se abrió para mostrar la nada.

Sólo quedaba una parte de la torre, las habitaciones se habían derrumbado y estaban expuestas a la intemperie. Se veían muebles inundados y descoloridos y algunas cortinas rasgadas aún se mecían con la brisa. El resto era como un caparazón tiznado, con falsas estalagmitas sobresaliendo por todas partes, como dedos abrasados y arrugados señalando el cielo.

Me agaché para atravesar una puerta medio obstruida por los escombros, que llegaban casi hasta la rodilla. Aquello era el vestíbulo, aunque sólo lo sabía por su forma y ubicación. El puente ya no existía, al igual que el Estigia, el mostrador de la recepción y los vestuarios del personal. El bar del vestíbulo seguía ahí, un amasijo de mesas tiradas, botellas rotas y un montón de tierra que entraba por dos desaparecidas ventanas. También era el hogar de una colonia de ratas chillonas. Salí de allí rápidamente.

Me senté bruscamente a la sombra de la torre que había sobrevivido, levantando una pequeña nube de polvo. El sol, que atravesaba el techo inexistente, era abrasador, y aquella era la única sombra que había. Pero tenía un precio.

Cada vez que alzaba la vista, veía algún horror nuevo: la caja torácica de un ser humano, macilenta por el paso del tiempo, convertida en una madriguera de zorros; huesos esparcidos, varios con marcas de dientes con los que algún animal muerto

desde hacía mucho se había dado un festín, o un uniforme desgarrado del Dante tras los restos de una maceta disecada. Donde en otro tiempo había habido un bullicio constante, ahora sólo había polvo y muerte, todo estaba ennegrecido, marchito e inmóvil.

La visión se esfumó, y aquel mundo inerte fue retrocediendo a una velocidad vertiginosa. Alcé la vista y vi a Marlowe en cuclillas junto a mí. Yo estaba en el suelo, aunque no recordaba cómo había llegado hasta allí.

—¿Qué pasa? —me preguntó con impaciencia—. ¿Qué has visto?

—No estoy segura.

Agnes, en parte, tenía razón: mi poder estaba tratando de decirme algo. Sólo que no sabía de qué se trataba. Era MAGIA lo que había quedado destruido, no el Dante. Y, aunque el desastre hubiera ocurrido en Las Vegas, nunca habrían dejado un casino tan importante así, sin demolerlo o sin tratar de reconstruirlo. Nada tenía sentido.

Pero sí había una cosa clara: le había pedido a mis poderes que me mostraran lo que ocurriría si modificaba el tiempo. No entendía el mensaje, pero, en términos generales, el resultado no parecía muy positivo. Y, sin una confirmación clara, no iba a toquetear nada.

—¿Me lo puedes describir? —preguntó Marlowe, ayudándome a levantarme. Cuando lo miré a la cara, sólo vi preocupación. La mirada amenazadora de detrás de la máscara había desaparecido, y el hombre amable y brillante que yo conocía había vuelto.

Tampoco es que aquello significara nada.

—Era... un revoltijo. A veces pasa. —No podía cambiar el tiempo, pero sí que podía cambiar el tiempo que tenía. En cuarenta minutos podía hacer muchas cosas, con ayuda. Aunque no la obtendría de la mano de Marlowe. Era poco probable que el Senado fuera a arriesgar un arma tan útil para ayudar a un puñado de presos.

—Creo que tenías razón —dije—. Tenemos que salir de aquí.

Marlowe alzó a su prisionero como si fuera un saco de patatas y me cogió la mano. Volvimos a donde habíamos partido y nos topamos con Rafe, Pritkin y Caleb en el pequeño rellano de la escalera.

—Pero ¿esto qué es? —preguntó Caleb, mirando lo que Marlowe llevaba al hombro. Se llevó la mano al cinturón para coger su pistola.

—Un rescate —dije, poniéndole la mano a Pritkin en el hombro—. Las celdas están atestadas y el pasillo está bloqueado. ¿Alguna idea?

—Sí.

—Tenía la esperanza de que dijeras eso —dije— y me transporté.

Aterrizamos en mitad de un temblor y caímos de rodillas. El pasillo sufría sacudidas, las lámparas industriales que colgaban sobre nuestras cabezas se tambalearon y de una pared saltó un bloque de piedra, como si lo hubiera alcanzado

un proyectil. Se estrelló junto a una de las celdas que había al otro lado del pasillo. La protección ni se inmutó, pero sobre nosotros cayó una granizada de cascotes y polvo gris. Cerré los ojos y tuve que contenerme para no hacerme un ovillo y ponerme las manos en la cabeza.

Cuando volví a mirar, Pritkin estaba mirando la plancha que había explotado con el ceño fruncido.

—No tenemos mucho tiempo —le dije—, poniéndome en pie. Marlowe dijo que había unos veinte minutos de camino hasta la superficie.

—Lo sé. Raphael nos ha enseñado los planos. Caleb está pensando una alternativa más rápida. —Caminó y se arrodilló, ceñudo.

—¡Pritkin! ¡Vamos! ¿A qué esperas?

—Inspiración —dijo, señalando las celdas—. Esto es peor de lo que pensaba. Si las protecciones externas hubieran resistido, las paredes serían más estables. Pero están cediendo bajo el peso de los pisos de arriba, lo cual significa que lo único que mantiene esto intacto son las protecciones internas.

—¿Las protecciones internas?

—Las que hay en las celdas.

Miré hacia la hilera de prisioneros y me quedé boquiabierta.

—Pero... ¿Cómo vamos a sacarlos a todos? Si deshabilitamos las protecciones...

—Entonces el piso de arriba se nos caerá encima —concluyó, sombrío—. Y, cuando se haya derrumbado, no volverán a funcionar. No con semejantes daños.

—Mierda.

—Exactamente. —Se quedó con la mirada fija en una celda unos segundos—. Si somos capaces de mantener las protecciones en al menos la mitad de las celdas, podría darnos tiempo a salir.

—¿Salir cómo? ¡Porque no puedo sacar a tanta gente!

Me miró como si le sorprendiera que me preocupara por semejante nimiedad.

—Puedo sacarlos siempre que queden suficientes protecciones para soportar el techo.

Lo dijo como si atravesar treinta y cinco metros de cascotes en unos escasos minutos fuera pan comido. Abrí la boca para preguntar algunos detalles, pero comprendí que no teníamos tiempo. Además, si Pritkin decía que tenía un plan, es que lo tenía, y, probablemente funcionaría. Aunque eso no implicaba que me tuviera que gustar.

—Me estás diciendo que dejemos morir a la mitad de esta gente.

—No necesariamente. —Su mirada se tornó pensativa—. Podrías entrar transportándote.

Me costó un rato entenderle.

—¡Podría sortear las protecciones y sacarlos conmigo!

—Siempre que seas capaz de transportarte con precisión. No hay mucho margen de error.

Me quedé mirando la celda más cercana, en la que había un enorme hombre tatuado y peludo vestido con una camiseta de tirantes. Dejaba poco espacio pero, en la celda de al lado, había una mujer delgada y, entre ella y la protección, había unos setenta centímetros.

—Puedo intentarlo —accedí.

Me transporté cruzando la protección y entré en la celda de la mujer. Estábamos apretadas y había algún tipo de campo energético que me envolvía brazos y piernas como una manta, tratando de paralizarme. No le di tiempo, me limité a asirla de la muñeca y volví a salir.

—¿Cuánta energía has gastado? —me preguntó Pritkin, sosteniéndola antes de que cayera.

—No mucha. Pero no voy a caber en todas las celdas.

—Haz lo que puedas —me dijo, alzando la vista para mirar las lámparas oscilantes. Aquello era cada vez más inestable. A cada instante, iban aumentando las posibilidades de que muriéramos aplastados bajo algún cascote, antes de que todo aquello se derrumbara sobre nosotros—. Y asegúrate de que reservas bastante energía para salir tú si esto se desploma.

—Vale, porque tampoco es que todo esto haya sido culpa mía —contesté con sarcasmo.

Me agarró del brazo con tanta fuerza que me dolió.

—Lo digo en serio.

Lo miré sorprendida, percibiendo la tensión en su rostro, la fuerza con la que apretaba los labios y el brillo más que demente en su mirada. Jamás se lo había dicho a Pritkin, pero, algunas veces, parecía un vampiro. Tenía la misma habilidad que ellos para convertirse en la persona más aterradora del planeta y después relajarse como si no hubiera pasado nada.

—Vale —dije, con docilidad.

Él asintió con aire cortante y se acercó a la celda del de los tatuajes. Pritkin se dispuso a anular una protección y yo me puse manos a la obra. Los pequeños saltos, sólo de unos metros, no me hacían consumir demasiada energía, pero había muchas celdas. Y, aunque se lo hubiera prometido a Pritkin, no podía evitar mirar a aquella gente a la cara y pensar: «Eh, perdona por condenarte a muerte, pero es que estoy muy cansada».

Para cuando llegué al final de la hilera, estaba empapada en sudor, mi piel había adquirido un tono pálido enfermizo y las manos me temblaban con brusquedad. Me apoyé en la pared y observé a Pritkin liberando a otra persona a la antigua. Juntos, habíamos soltado a unas treinta personas, la mayoría de los cuales se encontraban



desplomados contra las paredes o tirados en el suelo, inconscientes.

Pritkin me miró y frunció el ceño.

—Tómame un respiro —dijo tajante.

—¿Qué? Ni siquiera vamos por la mitad. —Y aún no había visto lo que había en el pasillo siguiente.

Pritkin miró las celdas, y luego al joven medio inconsciente que acababa de caer en sus brazos. Llevaba la melena ondulada morena recogida en una coleta, tenía la piel clara y una complexión atlética. Aparentaba unos treinta años. Pritkin lo apoyó contra la pared y lo zarandeó. El joven se sobresaltó, pestañeó y alzó la vista medio grogui. Justo en ese instante, recibió una fuerte bofetada.

—¿Qué haces?

—Despertarlo. Algunos de los prisioneros son magos de la guerra, o lo eran. Pueden ayudar a abrir las celdas.

—¿Y qué hacen aquí los magos de la guerra?

—El gobierno actual tiene la costumbre de encerrar a aquellos que critican demasiado sus políticas —dijo con brevedad.

Cayeron otros dos bloques de la pared antes de que pudiera responder. Aquel lugar, antes en perfecto estado, empezaba a parecerse cada vez más a un bebé desdentado.

—Hay otra hilera de celdas allí —dijo Pritkin—. Aunque, con algo de suerte, no estaría llena. ¿Puedes terminar tú aquí?

Asentí y él se precipitó, dando la vuelta a la esquina. Corrí por el pasillo y me arrodillé junto al plago.

—¡Despierta! ¡Necesitamos tu ayuda!

Alzó la cabeza con mirada adormilada. Tenía los ojos de un tono extraño, casi no tenía color, como los cantos sumergidos en el agua del río. Volví a mirar las celdas que me quedaban y, a continuación, eché el brazo hacia atrás y lo abofeteé con toda la fuerza que pude.

—¡Estoy despierto! —dijo, molesto, con la mirada de repente despejada—. ¿Qué ocurre?

—Se ha desgajado una línea Ley y ha destruido MAGIA casi por completo. Estamos tratando de sacaros a todos, pero hay un derrumbe obstruyendo la salida de la prisión. ¡Necesitamos que nos ayudes a liberar al resto de los prisioneros mientras nosotros buscamos otra salida!

—No hay ninguna —contestó, incorporándose con la cabeza entre las manos, como sobrecogido por una resaca—. Esto es una prisión. Se supone que la gente no tiene que poder salir.

—Si quieres vivir, vas a tener que ayudarnos a encontrar alguna salida —le dije, severa.

—El Círculo nos rescatará.

—¡El Círculo evacuó la fortaleza hace una hora!

—No lo creo —me dijo, despectivo—. Somos magos de la guerra. Nosotros no abandonamos a nuestros compañeros.

—¿Entonces por qué estás aquí?

Me miró furioso.

—¡Eso no es asunto tuyo! La cuestión es que te equivocas.

—Pensarás de otra manera en unos veinticinco minutos —dije—. Pero ya será algo tarde.

—Anda ya. —La pelirroja que había visto antes se había acercado. Cruzó al otro lado del pasillo y empezó a neutralizar la protección que tenía encerrada a una mujer asiática muy alta—. Yo no voy a morir hoy.

El pasillo volvió a temblar y el mago de la guerra se inquietó. Vio los bloques que faltaban y, por alguna razón, eso pareció sorprenderle.

—Las protecciones externas no funcionan. ¿Por qué?

—¡Porque encima tienen cincuenta toneladas de roca aplastándolas!

El anciano alopécico se había echado a un lado y estaba tratando de levantarse con manos temblorosas, pero estas aún seguían inertes.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Estaré bien —contestó, arrastrando las palabras—. En un segundo.

—Cuanto más tiempo estés en estasis, peor te encontrarás —me dijo la pelirroja, y su amigo se derrumbó en sus brazos—. ¿A qué día estamos?

Se lo dije y ella asintió inexpresiva, pero el mago de la guerra me agarró del brazo.

—¡Mientes!

—¡Sí, es exactamente lo que me apetece hacer cuando una montaña está a punto de derrumbarse sobre mi cabeza! —le contesté, exasperada—. ¡Mentir sobre semejante trivialidad!

—No es ninguna trivialidad. Si es verdad lo que dices, ¡llevo seis meses aquí dentro!

—Y vas a morir aquí dentro si no mueves tu culo de mago de la guerra —le espetó la pelirroja. Ahora, el pasillo temblaba casi de continuo, la situación empeoraba por momentos. Aquello resultó ser más convincente que todas las palabras tratando de persuadirlo, y él se puso en pie, tambaleándose.

El calvo también se había levantado, aunque tenía cara de muerto: el rostro grisáceo y boquiabierto. Caminó a trompicones hacia una de las celdas y empezó a forcejear. Y la mujer asiática ya estaba en pie y moviéndose furiosa junto a la pelirroja.

—Si el paso está bloqueado, ¿cómo habéis logrado entrar? —inquirió el mago de

la guerra, acercándose a la siguiente celda.

—Soy la pitia.

Pestañeó, escudriñando mi vestido mojado y rasgado, ahora generosamente embarrado y mi pelo desmadejado.

—¿Qué le ha pasado a lady Phemonoe?

—¡Lo mismo que está a punto de ocurrirnos a nosotros! Excepto por lo del derrumbe. ¿Acaso importa?

—No, no. —Parecía confuso—. Lo siento, señora. No sabía quién era. Peter Tremaine, para servirla. —E hizo un gesto de cortesía con la cabeza.

Lo miré fijamente. He ahí un mago galante. De veras que el mundo se iba a acabar.

Entonces, Pritkin apareció por la esquina corriendo, seguido de media docena de magos medio aturcidos. Miró las celdas que aún estaban ocupadas.

—¿Aún no habéis acabado? —preguntó.

El mundo se enderezó solo.

—¡Comandante! —Tremaine consiguió recuperar algo bastante parecido a la atención, teniendo en cuenta que aún seguía tambaleándose—. Estarlos avanzando con celeridad en el rescate, señor.

Lo miré extrañada y, a continuación, miré a Pritkin.

—¿Comandante?

—Luego. ¡Sacad a los que quedan!

—Terminamos en un minuto —le dije. La mitad de los prisioneros liberados estaban ya lúcidos, abriendo las celdas.

—¡No tenemos un minuto!

—¡Encuentra una forma de sacarnos de aquí, los prisioneros déjamelos a mí! —dije, exasperada.

—Los prisioneros son la forma de salir de aquí. —Miró al techo un instante, donde la mitad de las luces, que se balanceaban violentamente, se habían fundido, y a continuación miró al suelo.

—Los niveles superiores ya no existen; tendremos que bajar. Y, para hacerlo, voy a necesitar magos, y de los fuertes.

—¿Y luego qué?

—Entonces haremos un socavón en el suelo. Sin las protecciones exteriores en funcionamiento, lo único que se interpone entre nosotros y el siguiente nivel es más o menos una tonelada de piedra.

—¿Y podrás desplazarte tanto en unos minutos?

—Puedo desplazarme tanto en unos segundos con las personas adecuadas.

—Dime cuáles son. —Recorrimos el pasillo, deteniéndonos celda por celda. Pritkin iba murmurando para sí, sobre unos y otros. Por algunos de sus comentarios,

me dio la impresión de que la mayoría de la gente a la que estaba liberando no era de la misma clase que Tremaine. Pritkin buscaba poder, no diplomacia ni persuasión moral. Solo esperaba que fuera capaz de controlarlos.

—Con estos debería bastar —dijo al final, mientras salíamos con el último de ellos, lo cual estaba bien, porque estaba a punto de informarle de que no podía transportarme ni una sola vez más. Me estaba empezando a costar centrar la mirada.

—No podemos hacer esto y protegeros a todos a la vez —me dijo.

—Despeja este pasillo y llévalos a todos a la otra esquina —le dije a Tremaine, que obedeció y se transportó. Maldita sea, podría acostumbrarme a aquello de dar órdenes.

Un par de minutos después, estábamos preparados para intentarlo. Yo estaba agachada en la esquina con casi todos los prisioneros, mientras los que iban con Pritkin se colocaron al final del primer pasillo. Yo suponía que haría una cuenta atrás o que avisaría de alguna manera, pero apenas me había colocado en mi sitio, cuando una enorme explosión sacudió el suelo que teníamos bajo nuestros pies, haciendo que cayeran la mitad de los azulejos del techo sobre nosotros. Alguien gritó, y otra persona empezó a soltar improperios, y supe que era el fin.

Pero no lo era.

Las piedras que había tras los azulejos del techo permanecieron en su sitio, las paredes se arquearon, pero no se derrumbaron y ya no había tanto polvo en el aire. Miré con cautela al otro lado de la esquina, dejando huellas de sudor sobre el cemento con los dedos, esperándome lo peor. Sin embargo, lo que vi fue un enorme agujero en el antes sólido suelo.

Pritkin salió de él de un salto, cubierto de polvo rojo, como un indio con pinturas de guerra.

—Otra vez —ordenó. Cuando fui a inclinar la cabeza, se produjo otra explosión enorme que retumbó en el aire.

Las reverberaciones no se habían disipado cuando emitieron un grito al unísono:

—¡Hemos pasado! —oí decir a alguien y, entonces, me tuve que abrazar a un muro para no morir aplastada cuando el tropel empezó a correr hacia allá.

—¡Cassie! —El brazo de Pritkin dio con mi muñeca y tiró de mí—. ¡Vamos! ¡Aunque a Caleb le haya salido bien, se nos está acabando el tiempo!

—Exactamente, ¿qué es lo que está tratando de hacer? —le pregunté, pero no obtuve respuesta.

Todos se empujaban entre sí, y los que estaban siendo aplastados gritaban. Los prisioneros más fuertes atropellaban literalmente a los más débiles, lo cual era un problema por más de una razón. Porque por el agujero que los magos habían abierto sólo cabían dos personas, puede que tres a la vez. Y un atolladero provocado por los magos podría bloquearlo todo.

Pritkin sacó una pistola y lanzó un par de disparos a lo que quedaba del techo.

—En orden —gritó.

La mayoría de la gente se detuvo y alzó la vista, mientras que el temor en sus miradas se difuminó levemente, al ver que alguien tomaba el mando. Pero había un tipo enorme en medio de la línea temporal que no se mostraba tan dócil. Llevaba una cola de cabello rojo y una barba incipiente que casi se fundía con su rostro rubicundo.

—¡Yo he ayudado a abrir ese agujero! —le dijo a Pritkin—. ¡No voy a quedarme haciendo cola para ver si vivo lo suficiente para utilizarlo!

—No —le advirtió Pritkin. La respuesta del hombre fue apartar a un lado a un hombre más delgado y empezar a empujar. Y Pritkin le disparó.

Yo ni siquiera me di cuenta de lo que había pasado hasta transcurridos unos segundos. Hasta que el hombre se tambaleó y clavó una rodilla en el suelo, y un llamativo punto de color apareció en el faldón de la camiseta que llevaba puesta. Entonces, lentamente, se desplomó a un lado.

—He dicho que ordenadamente —repitió Pritkin con calma. La multitud se colocó rápidamente en fila.

Miré al hombre desplomado, atónita. Nadie trató de ayudarlo, y algunos incluso lo pisaron para pasar para no perder su puesto en la cola. Empecé a avanzar, pero una pesada mano cayó sobre mi nuca.

—Transpórtate y sal de aquí —me ordenó Pritkin—. Ahora.

—No... no sé si podré ir tan lejos —admití. A menos que la superficie estuviera a un par de metros.

Pritkin perjuró y le hizo un gesto con la cabeza a Tremaine, que ya se abría paso entre la multitud, dirigiéndose hacia nosotros.

—Llévatela a la cabeza de la cola —le ordenó Pritkin, entregándole un arma—. Sácala de aquí. Abre fuego sobre todo aquel que trate de detenerte.

—¿Qué? —Me aparté el pelo enmarañado de los ojos—. No seas ridículo. No me iré sin...

—Podría quedarme yo —se ofreció Tremaine, con serenidad.

—¿Es que no me has oído, mago? —Pritkin no elevó el tono, pero puso a Tremaine a raya.

—¡Sí, señor! —Me puso la mano sobre el hombro y Pritkin lo dejó pasar.

Me agarré del brazo de mi demente compañero.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Pritkin no me había mirado desde que me había sacado de la esquina, pero, en aquel momento, lo hizo. Tenía una mirada extraña, pero puede que fuera por la luz.

—Eres una de las personas con mayor capacidad de adaptación que he conocido jamás. Encontrarás el equilibrio —me dijo, sin venir a cuento en absoluto. Empezaba a pensar que se había dado un golpe en la cabeza.

—¡Pritkin! ¿Qué narices...?

No contestó o, si lo hizo, no lo oí. Porque Tremaine ya tiraba de mí, abriéndose paso entre la multitud, pistola en alano. Nadie trató de detenernos.

—¡Que no voy! —exclamé, y llegamos hasta el hueco en el suelo. Con las rocas bermejas, dentadas, junto al cemento pálido, parecía una boca hambrienta.

—El comandante ha dicho...

—¡Me da igual lo que haya dicho el comandante! —le contesté furiosa—. Soy la pitia. ¿Me has jurado lealtad o no?

Tremaine parecía debatirse. Los magos de la guerra tenían que hacer un juramento de obediencia a la pitia reinante. Por supuesto, como el Círculo no reconocía mi legitimidad, realmente aquello no era aplicable en mi caso. Pero él no podía saberlo. Tiró de mí a un lado y empujó a la gente que había detrás nuestro para que avanzaran. Otros tres prisioneros fueron absorbidos mientras él me mostraba la muñeca.

—La hora —me susurró Tremaine al oído. Miré la esfera de su reloj. Quedaban quince minutos para que las protecciones de aquel nivel dejaran de funcionar.

Miré atrás, a la fila de prisioneros que quedaban e hice un cálculo rápido.

—Podemos lograrlo. Parece que hay tiempo.

—Para salir de este nivel sí. Pero ¿y para salir? —Su rostro seguía mostrándose imperturbable, supongo que para evitar propagar el pánico entre la multitud. Pero su mirada era de todo menos serena—. No todo el mundo va a lograrlo.

—Pero... Pritkin...

—El comandante se ha quedado atrás para controlar a la multitud. De lo contrario, nadie lograría salir.

Alcé la vista y mi mirada se cruzó con la de Pritkin. Me estaba observando muy de cerca y yo conocía aquella expresión. Significaba que estaba a dos segundos de venir hacia mí, agarrarme y tirarme por el agujero de cabeza.

—Vale. Vamos. —No le di a Tremaine tiempo a decir nada más. Me volví y, en cuanto las personas que acababan de entrar desaparecieron, las seguí.

El túnel construido a toda prisa tenía una caída de unos ocho metros, pero era transitable gracias al afilado revestimiento de roca partida que había a los lados, proporcionando asideros y ocasiones de cortarse la mano. Logré llegar hasta el pequeño saliente que había al final del primer túnel, con escasa pérdida de sangre, y me topé con otro túnel que caía en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Supuse que se trataba del túnel abierto por el segundo hechizo.

Tuve que esperar hasta que los dos espeleólogos anteriores desaparecieron y, entonces, ocupé su lugar. Unos segundos después de penetrar en el segundo túnel, vi el rostro de Caleb buscándome en la oscuridad.

—Ya era hora —retumbó su voz. Me apresuré y lo cogí de la mano.

Me ayudó a salir, pero pisé una piedra suelta y caí dando tumbos sobre una rejilla verde protuberante. Caleb me levantó y rápidamente me aparté del camino para que él pudiera ayudar a otra persona a salir. Resultó ser Tremaine, que se unió conmigo. Por un momento, nos quedamos extrañados por la visión de un pasillo lleno de automóviles hasta donde alcanzaba la vista.

Y no se trataba de vehículos antiguos. No conocía el nombre de la mayoría de ellos, pero un par de Bentleys y un Rolls-Royce plateado relucían bajo las luces de emergencia a no demasiados metros. Cuero brillante, cromados refulgentes y un arco iris de colores personalizados se extendían ante nosotros en una larga hilera.

—¿Qué es esto? —preguntó Tremaine, en voz baja.

—La salida —dijo Caleb girando la cabeza—. La Cónsul donó generosamente su colección de coches de época cuando señalé que hacer que los prisioneros los sacaran de aquí era la única manera de salvar la colección.

—Pero, creía que el aparcamiento de MAGIA estaba en la superficie —dije. Recordaba haber robado un coche allí una vez.

—Sí, ese es para los porsches, los jaguars y los ferraris —dijo Caleb, en tono sardónico—. Los cacharros que tienen para los sirvientes. Al parecer, eso no es suficiente para su alteza.

—Qué suerte la nuestra —murmuró Tremaine. Me miró—. Tenemos que buscar un sitio para ti en uno de los coches.

—El vampiro Raphael le está guardando uno en el Bentley negro —le dijo Caleb—. Será mejor que te des prisa. Están empezando a salir. —Y, con toda seguridad, oí el rugido de potentes motores encendiéndose en la cabecera de la hilera, y el olor del humo de los tubos de escape que inundaron el aire.

—¿Qué coche vas a coger? —le pregunté a Caleb.

—El último que salga.

—Entonces iré contigo —dije, cruzando los brazos y apoyándome en la pared.

—¡Has dicho que te irías! —me recordó Tremaine, poniéndome una mano bajo el codo.

—Yo no he dicho eso. Y quítame las manos de encima.

Tremaine nos miró a mí y a Caleb con expresión de impotencia.

—Hazte cargo de esto por mí —le ordenó el mago de la guerra mayor. Tremaine se dirigió al túnel, justo a tiempo para ayudar a una mujer de mediana edad, que le lanzó una sonrisa reluciente, bajo las lágrimas que le caían por el rostro. Caleb me llevó hacia los coches, introduciéndome en la penumbra de una puerta.

—¿Qué coño? —exclamó.

—Me voy contigo y con Pritkin —repetí, tratando deliberadamente de mantener el tono de voz. No fue fácil. Tenía ganas de saltar por todas partes y empezar a gritarle a todo el mundo para que se movieran, ¡maldita sea! Que dejen de

arrastrarse y que salieran de inmediato de aquí. Sabía que aquello no serviría de nada, que ya se movían con toda la velocidad que podían, provocaría el pánico, lo cual ralentizaría las cosas aún más. Pero seguía sin ser fácil limitarse a quedarse allí.

—Tú eres la pitia —me dijo Caleb—. No puedes morir aquí.

—¿Qué yo soy la pitia? —dije parpadeando lentamente—. ¿Desde cuándo? La última vez que te lo recordé no era más que una novata granuja a la que tratabas de dar caza.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No —le contesté honestamente—. No lo sé.

Caleb se puso una de sus gruesas manos en el cuello, frotándoselo como si le doliera la cabeza.

—Puede que haya tenido un pequeño... problema de... comunicación contigo.

El pánico de una docena de conatos de desastre en las últimas veinticuatro horas se me atoró en la garganta, forcejeando con los temores más inmediatos por lograr algo de espacio. Como el temor a que Pritkin no lograra salir de la trampa mortal en la que lo había metido. Como el temor a que aquel pequeño discurso que me había dado empezara a sonar a despedida. Como el hecho de que no había una puta cosa que pudiera hacer, ya que no me quedaba energía.

De veras que necesitaba gritarle a alguien, y Caleb estaba a alano.

—¿Un problema de comunicación? —le pregunté, furiosa—. ¿A qué te refieres? ¿A cuando mandaste que me arrestaran? ¿O cuando se dio orden de que me dispararan a matar? O, bueno, ¡puede que cuando se puso un precio tan generoso a mi cabeza!

Ahora le tocó a Caleb parpadear lentamente.

—Si se ha cometido un error, estás en tu derecho a quejarte —dijo—. Pero morir para demostrar que tienes razón no va a servir a nadie. Pritkin tenía razón: estamos en guerra y necesitamos una pitia. Si lo eres, entonces tienes una responsabilidad.

—¡Mi responsabilidad es la gente que he traído aquí abajo!

—¡Pritkin y yo saldremos! —dijo Caleb, con expresión de exasperación.

—Y cuando tú lo hagas, saldré contigo.

—¡Cassie!

—Puedo transportarme para salir, si es necesario —le recordé—. ¿No deberías mandar en el coche a alguien que no tenga un salvavidas?

Me miró con ojos entrecerrados.

—¿Aún puedes transportarte?

—Desde luego.

Caleb no puso muy buena cara, pero asintió.

—Entonces de acuerdo. Quédate aquí. Volveré a por ti en un par de minutos.

—Mejor hago algo.



—Bien. Podrías ayudar repartiendo a la gente entre los vehículos con conductores competentes. No tienen que saber circular, solo hay una salida. Pero tienen que saber conducir.

—Vale.

Caleb volvió a la boca del túnel mientras que Tremaine y yo empezamos a agarrar a los polvorientos prisioneros y a meterlos en los coches. La hilera se movía ya más deprisa, y ante mí vi la imagen borrosa de una nube de color y ruido, que los coches iban provocando, conforme iban desplazándose por un túnel de casi la misma anchura que algunos de ellos. Supuse que los chóferes de la Cónsul serían vampiros y, teniendo en cuenta sus reflejos, la falta de espacio no les importaría demasiado. Pero algunos de ellos no eran tan habilidosos. Vi a más de un coche demasiado entusiasmado chocando contra el guardabarros del de delante y muchas de las lustrosas puertas iban a necesitar una mano de pintura a causa de los roces de la impía roca.

Entonces, la cola de la hilera también se puso en marcha, y el último coche del último grupo cruzó la puerta. Entré en la boca del túnel a tiempo y vi aparecer una cabeza rubia muy familiar y unos hombros fornidos. Por alguna razón, Pritkin miraba hacia mí.

—¡Pritkin! —corrí hacia él, casi mareada de alivio, pero oí un estruendo sordo sobre mí y una nube espesa de polvo rojo lo cubrió, envolviéndolo.

—¡Al coche! ¡Todo el mundo al coche!

Oía la voz de Caleb en la distancia, pero no daba con él.

La humareda de los coches y el polvo formaban una neblina asfixiante, el suelo dio una violenta sacudida y empezaron a llover piedras y gravilla sobre mi cabeza. Entonces, algo me golpeó la sien, haciéndome caer de rodillas, y todo se tornó rojo.

Luego, nada.

Cuando me desperté me encontraba tumbada en un asiento trasero, flanqueada por dos hediondos hombres teñidos de rojo. Tremaine y Caleb parecían miembros del Blue Man Group, pero en otro color, completamente cubiertos de una gruesa pasta roja de pies a cabeza. Polvo y sudor, entendí cuando logré centrar la vista. Y yo tampoco tenía mejor pinta.

Sentía los pulmones como si los tuviera cubiertos por tres centímetros de polvo del desierto y me costaba respirar. Logré toser, lo cual era bueno y malo a la vez, ya que me abría un poco las vías respiratorias, pero una vez empecé, no pude parar. Tosí, eché los pulmones por la boca, me atraganté y tosí un poco más, hasta que creí que se me salían las tripas.

Me hubiera venido bien un poco de agua, pero no había. Porque aún no estábamos fuera de peligro. Me incorporé entre el escaso hueco que había entre los dos magos y miré por encima del asiento. Un hombre rojo, que a duras penas pude reconocer como Rafe, iba al volante. El velocímetro marcaba ciento cuarenta, a pesar de que las paredes del estrecho túnel bermellón que atravesábamos a toda velocidad apenas distaban medio centímetro del coche por ambos lados.

Pritkin iba de copiloto, pero no se volvió para mirarme. Me eché para atrás y traté de no mirar aquel túnel casi hipnótico que pasaba como una flecha frente a nosotros. Escuché un ruido sordo en la distancia y las paredes se estremecieron. Nadie dijo nada, pero Tremaine se agarraba al tirador de la puerta con fuerza suficiente para resquebrajar la capa de barro que le cubría la mano.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté cuando cesó el temblor.

—Otro de los niveles ha caído sobre nosotros —contestó Tremaine, con voz de estar ahogándose.

—Hemos tenido que usar un montacargas para bajar de nivel y evitar ser aplastados —añadió Caleb. Su voz no mostraba emoción alguna, pero abría y cerraba los puños continuamente sobre sus muslos.

—Ahora sólo queda el nivel del Senado bajo nosotros —replicó Rafe. Tenía el mismo tono de voz de siempre, aunque me percaté de que agarraba el volante con más fuerza de la habitual—. Y está completamente inundado. Me temo que esto es lo máximo que podemos bajar.

Pritkin seguía sin articular palabra.

Nos encontrábamos en una especie de coche bulboso de los años cincuenta, grande y gris y, probablemente, hecho de hierro. Lástima que no fuera a aguantar varios miles de toneladas de piedra.

—¿Cuántos niveles nos quedan encima? —pregunté, aunque no estaba segura de

querer saberlo.

—Ése era el último que quedaba —contestó Tremaine, y se le escapó una risilla antes de cerrar la boca.

—¿Puedes transportarte? —inquirió Pritkin de súbito, con la voz entrecortada a causa de la tensión.

—¿Por qué?

—Le dijiste a Caleb que podías transportarte. ¿Era verdad? —Me enojé los labios y vi que me observaba a través del espejo interior—. Mentías.

Tremaine puso cara de sorpresa, como si le sorprendiera que una pitia hiciera algo así. Evidentemente, no conocía a Agnes. Caleb le puso una mano en la cabeza.

—No debería haberte dado el golpe para meterte en el coche.

—¡Sí! ¡Hiciste bien! —exclamó Pritkin con brusquedad.

Rafe se limitó a suspirar.

—No deberías mentir, *mia stella* —me reprochó y, a continuación, pisó a fondo.

El coche salió disparado, y su motor de alto consumo escupía carburante por los túneles a lo que el velocímetro indicaba eran ciento sesenta kilómetros por hora. Decidí dejar de mirarlo. Sólo esperaba que fuera suficiente.

A semejante velocidad, ni los reflejos de un vampiro bastaban, por no mencionar que no estoy completamente segura de que el coche cupiera por algunas partes del túnel. Por nuestro lado, pasó un montón de polvo y piedra, junto con los retrovisores y parte del guardabarros trasero. El resto quedó arrastrando, haciendo tantas chispas en el suelo de piedra como para prender fuego, si hubiera habido algo que quemar.

Entonces, algo golpeó el panel que había detrás de mi asiento con tal fuerza que lo sentí en la espalda. Me erguí para volverme y encontré el puño de un hombre asomando por la tapicería.

—¿Quién es ese? —pregunté, asomándome por abajo para verlo mejor.

—El hombre al que el jefe tuvo que disparar —me explicó Tremaine, mientras la misteriosa mano me rodeaba la garganta.

Caleb extrajo una pistola y, con la culata empezó a golpearle la muñeca a aquel hombre. Se oyó un alarido y la mano desapareció. Me incorporé, cuidándome de apartarme del respaldo del asiento.

—Creía que había muerto —comenté.

—Aún no —contestó Caleb.

—¿Lo metiste en el maletero?

Se encogió de hombros.

—Éste era el último coche.

Nos embutimos en una parte especialmente estrecha, y todos nos echamos al centro, ya que las puertas de ambos lados se retorcieron como una lata en el puño de un gigante.

—¿Quién diseñó este túnel? —grité, cuando los cristales de las ventanas se hicieron añicos.

—Hacía años que no se utilizaba —dijo Rafe. Pisó a fondo y salimos disparados a una zona mas ancha, en un estallido de caucho y cristal.

—¿Y eso?

—Lo cerraron en los treinta, después de que se creara el lago Mead. El lago bisecó la antigua ruta.

—¿Qué quieres decir con que lo «bisecó»? —No obtuve respuesta, porque hubo un rumor, chirridos y otra nube de polvo a nuestra espalda. Y, de repente, salimos a la deslumbrante luz del sol.

De improviso, el coche empezó a rodar con suavidad, sin otra tracción que la del viento que se arremolinaba entrando por las ventanas desnudas. Comprendí la razón cuando giré el cuello y miré hacia atrás, pues vi una pequeña nube sobrevolando el lateral de un acantilado. El acantilado por el que acabábamos de tirarnos.

—¡Oh, mierda!

Caímos unos cinco metros y nos dimos de bruces con un peñasco del tamaño de un Volkswagen Escarabajo, traqueteando hasta caer en una destellante masa de agua. El coche era del cincuenta y cinco, por lo que no tenía airbag, y yo ni siquiera llevaba puesto el cinturón de seguridad. Deberíamos haber muerto. Pero Tremaine, de alguna manera, logró rodearnos con una protección rudimentaria, que apareció en cuanto dimos con el peñasco, y que al menos absorbió algo el golpe.

Sobrevivimos; el coche no tuvo tanta suerte. Pero, al menos, se hundió lo suficiente como para que pudiéramos deslizarnos por las ventanillas y para que Caleb sacara a Rojo del maletero. Lo consiguió dándole una patada al panel que lo separaba del asiento trasero y creo que a él también le dio un par de patadas. No sé si sería por eso, o porque el tipo no sabía nadar, pero no nos dio ningún problema mientras subíamos a la superficie.

Los móviles no funcionaban muy bien después del chapuzón, así que no nos quedó más opción que hacer una excursión por el lago Mead. En una dirección, kilómetros de tierra polvorienta, matorrales y lejanas colinas purpúreas desprendían una luz apagada. En la otra, había imponentes acantilados de arcilla roja con estratos de mineral blanco que llegaban hasta la orilla del agua. Poca vegetación había para suavizar aquel austero cañón, confiriéndole al lugar cierto aire extraterrestre: una gran masa de agua en un paisaje casi baldío, como un lago lunar. Pero, con el cielo color cobalto y el color cerúleo del río, no se podía negar que resultara algo estremecedor.

Yo caminaba pesadamente por la zona menos profunda, cerca de la orilla, y los tacones, que milagrosamente seguían atados a mis pies, se quedaban aprisionados entre las rocas del fondo, amenazando con tirarme. No me importaba. Miraba de un

lado a otro, en una especie de sobrecogimiento. Todo estaba abrasadoramente caliente y asombrosamente hermoso.

Tardé unos instantes en percatarme de que todos me miraban con una expresión extraña. Empecé a reír, casi con frivolidad. Lo habíamos conseguido, cubiertos de polvo, con las caras rojas y chorreando, pero estábamos vivos. Rafe esbozó una sonrisa de oreja a oreja y, un segundo después, hasta a Caleb se le abrió una rendija en la boca y sonrió.

Finalmente, llegamos hasta un aparcamiento de camiones. Casi todas las plazas de aparcamiento dibujadas con líneas blancas estaban vacías, y en ellas sólo había gravilla arrastrada por el viento. Era verano, y poca gente asocia cincuenta grados centígrados de temperatura con unas divertidas vacaciones estivales.

Había tolvaneras que se arrastraban por la arena como pequeños ciclones en miniatura, mientras los tipos abrían uno de los camiones que permanecían allí todo el año. Parecía de la misma época que el coche: minúsculo y redondeado, con los laterales de aluminio blanco y una pequeña batea cubierta. En un intento por decorar esta última, había una especie de enredadera de madreSelva enmarañada con una campanilla de viento hecha de tenedores viejos.

Se agitaron bajo el fuerte viento que venía del lago, la puerta se abrió y por ella salió Rafe.

—No hay teléfono —me dijo. Yo me encogí de hombros. No esperaba que lo hubiera. Llevaba en la mano una gran botella amarilla y blanca que resultó ser un protector solar—. He dejado dinero en el salpicadero —me informó, como si temiera que pensara mal de él por robar.

—Protege del ochenta por ciento de los rayos UVA —leí. Lo miré, escéptica—. ¿Crees que esto servirá de algo?

—En este momento, probaré lo que sea —afirmó, untándose cara y manos con la crema. A pesar de que, por el camino, se había quitado la mayor parte del polvo, Rafe seguía rojo. El sol del mediodía es un infierno para los vampiros.

—Toma. —Pritkin asomó la cabeza desde el camión y me entregó una botella de agua templada. Dado que ya me había tragado dos litros de agua nadando hacia la orilla, se la pasé a Rojo, que parecía débil. Puede que el disparo de Pritkin no hubiera sido letal, pero aquel tipo había perdido mucha sangre. Necesitaba ayuda médica y todos necesitábamos librarnos del calor.

Transcurrido un minuto, apareció Tremaine con unas tumbonas de plástico.

—Voy a ir caminando a la ventanilla de venta de billetes para ver si tienen algún teléfono que funcione —anunció.

—¿Vas con él? —le preguntó Caleb a Pritkin mientras Rafe y yo levantábamos a Rojo del asfalto y lo colocábamos en una tumbona.

—No pensaba. ¿Por...?

—Haya pasado lo que haya pasado, no deja de ser un convicto.

—También hay una orden de detención sobre Cassie y sobre mí —apuntó Pritkin—. ¿Pretendes entregarnos a las autoridades a nosotros también?

—Lo único que pretendo es hacer mi trabajo —replicó Caleb—. ¿O también creéis que debería soltar a este? —Le dio un golpecito a Rojo con la rodilla. Rojo empezó a escupir agua y lo miró con un destello de esperanza en los ojos—. ¿Dónde ponemos la línea, John?

—Sabes lo que hizo.

—Y también sé lo que dicen que hiciste tú.

—Y pensaba que me conocías lo suficiente como para no creerlo.

Los dos hombres se enfrentaron con las miradas durante un largo minuto, mientras Rojo y yo los observábamos, y Rafe se seguía embadurnándose de crema solar factor ochenta.

Caleb espetó:

—Tienes que acompañarle. Tienes que acabar esto. Si ha habido un error y ella es la pitia legítima, la gente tiene que saberlo.

—Entonces, díselo —dijo Pritkin con brusquedad—. Nada de rumores inciertos ni de comentarios de los superiores, sino lo que tú has oído, lo que has visto y lo que has vivido. Aunque no te sorprendas si acabas en una celda por tomarte la molestia.

Él y Tremaine partieron sin decir nada más, y Caleb se apoyó en el camión con los brazos cruzados y la mirada sombría, vigilando a su prisionero. No sé por qué. Ninguno de nosotros iba a ir a ninguna parte.

Rafe volvió a entrar y salió unos minutos después con un par de sábanas blancas con las que se envolvió. Sus rizos rebeldes y su sonrisa abierta le daban el aspecto de un beduino. Un beduino con la cara untada de crema y con gafas de sol de marca.

—¿Dónde te compraste esas gafas? —le pregunté.

—En Roma. Son de Gucci.

—Muy bonitas —miré a Rojo—. Los vampiros tienen coagulante en la saliva que les ayuda a cicatrizar. Si sigues sangrando, Rafe puede detener la hemorragia.

Rojo le lanzó a Caleb una mirada aterrada.

—¡Mantén esa cosa alejada de mí! ¡Conozco mis derechos! ¡No puedes dejarle que se alimente de mí!

—Te ha ofrecido su ayuda —dijo Caleb suavemente.

—¡Sí, a ayudarme a chuparme unos litros! ¡Los conozco muy bien!

—Creo que la hemorragia ha cesado, *mia stella* —dijo Rafe, irónico—. Y no acostumbro a succionar esa, eh, parte en concreto.

—¿Qué parte?

—Pritkin le disparó en el culo —le explicó Caleb, sin rodeos.

Miré a Rojo con algo más de compasión. Me sentía identificada.

Una ráfaga de viento levantó algo de arena, lanzándola contra nuestros rostros, haciéndome toser y enredándola en nuestros cabellos, confiriéndoles cierto tono rosado. Me aparté el pelo sudado del cuello y deseé tener una diadema. Dios, qué calor hacía.

Afortunadamente, Pritkin no tardó mucho en volver, acompañado de un hombre mayor en un carrito de golf. Creo que aquel hombre tenía la impresión de que habíamos sufrido un naufragio y que necesitábamos que nos llevaran de nuevo a Las Vegas. Ya había llamado a un taxi para nosotros.

—¿Dónde está Tremaine? —preguntó Caleb.

—Esperando al taxi —contestó Pritkin, inexpresivo.

Caleb frunció el ceño, pero, por mantener las apariencias, se guardó su opinión. Él y Rojo se metieron en la parte de atrás del carrito del golf y Pritkin se montó delante, dejándonos fuera a Rafe y a mí, que tuvimos que seguirles a pie.

—Eso no ha sido muy caballeroso —señaló Rafe mientras observaba cómo se alejaban.

Yo no dije nada. Tardarlos cinco minutos en atravesar el camping, subir una pequeña colina y cruzar la carretera hasta llegar a la ventanilla. Caleb y Rojo estaban dando una cabezada en el carrito de golf. Tras la ventanilla había un hombre, por lo que se veía fascinado con los cordones de sus zapatos, que había atado haciendo unas bonitas formas con ellos. A Tremaine no se le veía por ningún lado.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Quizá nos queden unos quince minutos antes de que despierten —me informó Pritkin—. Peter ha ido a la autopista para buscar un medio de transporte.

—Creía que venía un taxi.

—No podemos permitirnos esperar tanto. McCullough lleva puesto un localizador; todos los presos lo llevan por precaución. En este momento, el Cuerpo estará preocupado y habrá enviado a un equipo para recogerle. Con la suerte que tenemos, seguro que llegarán en cualquier momento.

El Cuerpo era el brazo armado del Círculo, esto es, la oficina central de magos de la guerra. Definitivamente, prefería que nos marcháramos de allí antes de que aparecieran los colegas de Pritkin. Pero hubo otra cosa que me llamó la atención.

—¿Un localizador? —me sacudí el polvo de los ojos—. ¿Quieres decir que, vaya donde vaya, sabrán dónde está?

—Básicamente.

—Pues no se lo veo.

—Es un hechizo, no un objeto físico —dijo Pritkin con impaciencia—. ¿Hay algún motivo para tanto interés?

—Sí. ¿Puedes mirar si yo llevo uno?

Me dio una botella que había cogido del frigorífico del cobrador de la taquilla y

se roció la cara con otra.

—Sí. Llevas tres.

Eché a andar por la carretera tan deprisa que Rafe y yo tuvimos que correr para seguirle el paso.

—Espera un momento. ¿Cómo lo sabes?

—Uno de ellos es mío.

—¿Me has puesto un localizador oculto?

—No es para escuchar tus conversaciones, señorita Palmer. Sólo informa de tu posición, lo cual, teniendo en cuenta la cantidad de gente que pretende secuestrarte o asesinarte, es una precaución bastante razonable.

—Si es tan razonable, ¿por qué no lo habías mencionado?

El agua y el sudor le habían conferido a sus pestañas, habitualmente claras, un aspecto oscuro y espeso, que subrayaba el color de sus ojos cuando los movía.

—¡Porque quería que funcionara! Cosa que no habría ocurrido si hubieras persuadido a la bruja de que te lo quitara.

—Se llama Françoise y, ¡joder, claro que me lo hubiera quitado!

—Razón por la cual no te lo dije.

Si hubiera estado menos cansada, me hubiera puesto lívida. Tal y como estaba, a lo más que llegué fue al disgusto.

—Donde me crié, en casa de Tony, me tenían constantemente controlada —le conté—. Por los guardaespaldas, por la institutriz, siempre por alguien. No tenía ninguna intimidad. ¡Pero ni Tony llegaba al extremo de lanzarme un hechizo!

—Sin duda no tenía a nadie lo suficientemente competente para lanzarlo —señaló Pritkin, dando zancadas.

Grité tras él.

—Has dicho que uno era tuyo. ¿No te preocupa que haya otros dos grupos siguiéndome?

Rafe se aclaró la garganta.

—Eh, Cassie...

—¿Fue Mircea el que me los puso? —imaginé.

—Y Marlowe, creo.

—¿Por qué? ¿Temía que Mircea no se lo contara todo?

Rafe se mostró sorprendido.

—Todos tenemos el mismo deseo, *mia stella*: protegerte. Y, hace poco, perfeccionamos el hechizo. Es mucho más difícil de detectar, ni siquiera los magos pueden.

—¿Entonces por qué no quitáis el viejo?

—No sabíamos que el mago también estaba planeando lanzarte uno a ti. Y si alguien te raptara, supondrían que tendrías un hechizo.



—Así que dejasteis el original para darles algo que eliminar, con la esperanza de que no siguieran buscando más.

—¡Exactamente! —A Rafe pareció agradarle que lo hubiera entendido con tanta facilidad. Aunque él no me entendiera a mí en absoluto. A veces, se me olvidaba que Rafe, que se había encariñado de la ropa y los coches modernos, la música y el arte, casi más que ningún otro vampiro que yo conociera, había nacido en el mismo siglo que Mircea. No me sorprende que no comprendiera que yo presentara objeciones a que siguieran todos mis movimientos. A las mujeres del pasado, probablemente, sí les gustaría.

Pritkin me miró. Lo entendió; sólo que no le importó.

—Me podrías haber pedido permiso —indiqué, tratando de controlarme porque estaba demasiado cansada para cualquier otra cosa.

—Has reconocido que podrías haber hecho que lo retiraran.

—Si me hubieras explicado que lo habías hecho por seguridad...

—Sí, ¡como te importa tanto la seguridad! —Se volvió hacia mí—. De hecho, te importa tanto que me mentiste deliberadamente para quedarte en una situación que sabías que era peligrosa. ¡Por nada!

—¿Por nada? —Sentí que me ardía la cara por algo más que las quemaduras del sol—. ¡Me dio la impresión de que necesitabas mi ayuda!

—Hasta que liberamos a los prisioneros, sí. Después, no podías hacer nada más y no tenías por qué quedarte. ¡Deberías haberte ido cuando te dije que lo hicieras!

—No se abandona a los compañeros a su suerte.

—¿Tampoco si la alternativa es quedarte para morir con ellos? ¡Sí! ¡Así es! —Estaba furioso, pero tenía el rostro sereno, crispado y pálido.

Lo volví a intentar.

—Me preocupa tu seguridad. Pero no siempre puedo hacer mi trabajo y...

—Ese no era tu trabajo. ¡Rescatar a esos prisioneros no tenía nada que ver con la línea del tiempo! ¡Si hubiera sabido que eras tan tonta como para casi llegar a morir por ellos, jamás habría aceptado ayudarte!

—Puede que no fuera cosa mía, pero era culpa mía. Si no hubiera asistido a aquella reunión...

—Entonces no sabríamos que hay un problema con las líneas.

Fruncí el ceño.

—¿De qué estás hablando? La batalla...

—No tendría que haber tenido ese efecto. Si las líneas fueran tan inestables, no nos servirían de nada. Alguien o algo debe de haber debilitado la integridad estructural de la línea antes de la batalla.

—¿Alguien? ¿Crees que fue deliberado?

—No lo sé. Pero jamás había oído que algo así pudiera ocurrir de manera natural,

y el hecho de que la brecha destruyera MAGIA es muy sospechoso.

Pensaba en el increíble poder de una línea Ley, en todas esas hectáreas de brillante energía en movimiento y no me lo podía creer.

—Pero ¿cómo?

—No lo puedo explicar. Nadie tiene semejante poder. Ni las sombras, ni siquiera nosotros.

—Apolo sí. Y si hay alguien que tenga razones para querer destruir MAGIA, ése es él.

Pero Pritkin no parecía respaldar mucho aquella idea.

—Si pudiera enviar semejante cantidad de energía a sus seguidores, lo habría hecho hace mucho tiempo y hubiera destruido al Círculo desde el principio. Afortunadamente, sólo tú posees lo que queda de su poder en la Tierra.

La conversación se interrumpió en aquel punto, porque habíamos alcanzado a Tremaine y, con él, su concepto de paseo. Nos lanzó una mirada de disculpa.

—Parece que todo alimento que no llega a los estómagos de los turistas se convierte en pienso de alta calidad para cerdos —explicó—. Y el señor Ellis recicla aquí los desechos de varios casinos. Ha accedido amablemente a llevarnos al Dante cuando vuelva a por otra carga.

—Me pilla de camino —repitió el anciano con tono alegre—. Acomodaos donde podáis. Los bidones están vacíos, no dañarán nada.

Vacíos, al parecer, es un término relativo. Los restos de comida que salían por los laterales de media docena de bidones negros de plástico se unían a los desechos secos que traqueteaban por la parte trasera de la camioneta. Estábamos a unos cincuenta grados sin atisbo de sombra, obligando a Rafe a cubrirse hasta la cabeza con las sábanas.

—¿Estás bien? —le pregunté, preocupada. Rafe era un vampiro maestro, pero sólo de cuarto nivel. El sol no solamente le quitaba toda la energía, sino que también podía herirlo, o incluso matarlo, en cantidades suficientes.

—Lo justo —me dijo, aunque su voz parecía quebrada. Por fortuna, solo estábamos a unos cuarenta kilómetros de la ciudad.

—No lo entiendo —le dije a Pritkin, que negó con la cabeza incluso antes de que yo pudiera formular una pregunta.

—Aquí no.

—No creo que nos oiga —respondí, señalando al conductor con la cabeza. Por la radio se oía a Johnny Cash a todo volumen, y eso desde donde nos encontrábamos nosotros. El sonido en el interior de la cabina debía de resultar ensordecedor.

Pritkin se limitó a mirarme, así que me volví hacia el mago de la guerra amable.

—No entiendo qué es lo que detuvo a esa cosa. Una vez que había una brecha en la separación entre los mundos, ¿por qué no continuó hasta el final de la línea? Es

como tirar del hilo para agrandar una carrera en las medias.

Tremaine miró con nerviosismo a Pritkin, que musitó algo, pero contestó a la pregunta.

—Lo único que se me ocurre es que la apertura de la línea Ley en MAGIA tenía suficiente energía como para sellar la brecha. Siguiendo tu ejemplo, sería como encontrarse un nudo en mitad de la carrera.

—Pero ¿y si con eso no hubiera bastado? ¿Qué habría ocurrido?

—La brecha hubiera seguido agrandándose hasta alcanzar un vórtice suficientemente grande para detenerla.

—¿Y dónde hubiera sido eso? —pregunté, con un mal presentimiento.

—La línea donde surgió la erupción va desde MAGIA directa al cañón del Chaco, donde hay un enorme vórtice, un cruce de más de veinte líneas. Es uno de los más poderosos de este hemisferio.

—¿El cañón del Chaco?

Pritkin hizo una mueca.

—Nuevo Méjico.

Lo miré fijamente un instante, con la certeza de haber entendido mal.

—¿Nuevo Méjico? ¿Me estás diciendo que esa cosa hubiera continuado miles de kilómetros?

—Derrumbando todos los edificios mágicos, atravesando tres estados —concluyó, tenso.

—Y muchos otros que no fueran mágicos —añadió Tremaine, con aspecto horrorizado—. Incluso algunos humanos pueden percibir la energía que una línea Ley muy poderosa desprende. Tradicionalmente, muchas estructuras humanas han sido construidas en torno a las líneas, aunque los constructores no supieran por qué.

Pritkin asintió.

—Si hay alguien que haya dado con la forma de perturbar las líneas, podría ser desastroso. Tanto para nosotros como para la población humana.

Pensé en la llanura devastada, la muerte y la destrucción que habíamos dejado atrás.

—Creo que ya lo ha habido —dije, en voz baja.

Al menos, no tuve que preocuparme por los magos de la guerra que podrían seguir pululando por el casino. Para cuando volviéramos, nuestros amigos más cercanos no nos habrían reconocido. O se habrían apartado a diez metros de nosotros.

Me quité un trozo de *wanton* reseco del pelo, le di las gracias al conductor y bordeé una larga hilera de taxis hasta la entrada principal. A pesar del hecho de que estábamos cubiertos de basura y dejábamos un rastro de polvo del que el propio Pig Pen de Snoopy hubiera estado orgulloso, nadie se detuvo a mirarnos. Aquel lugar era una casa de locos.

Cientos de turistas abarrotaban el mostrador de la recepción, gritando y agitando papeles frente a los habitualmente serenos empleados del Dante, que parecían algo estresados. Había maletas apiladas en el suelo y sobre los carritos portaequipajes saturados, mientras los botones corrían de un lado para otro, tratando de atenderlos a todos. Los niños lloraban y amenazaban con caer en el río Estigia. El sobrecargado sistema de refrigeración trataba de bajar la temperatura a unos treinta y dos grados. Y una bandada de nuevos clientes desesperados atestaban el bar del vestíbulo.

Durante un minuto, vi una escena doble, el bar destrozado que había visto en mi visión se superpuso sobre la imagen real. Agité la cabeza y desapareció, dejándome mirando a un hombre musculoso que tenía agarrada de la cintura a una de las camareras vestidas de lentejuelas. Ella pateaba y gritaba, no precisamente de placer, pero al senador no parecía importarle. Él había nacido en la antigua Roma, y allí el trato que se le daba a las mozas de los bares era ligeramente diferente. Afortunadamente, la belleza sureña que tenía a su lado no estaba de buen humor. Lo miró fijamente, frunció el ceño, y le atravesó la mano con una varilla de cóctel. La miró con desaprobación mientras se la extraía, aunque no soltó a la camarera.

—¿Qué está haciendo aquí el Senado? —le pregunté a Rafe, pero comprobé que había desaparecido. Miré a mi alrededor, pero no lo vi entre el tumulto—. ¿Adónde ha ido Rafe? —le pregunté a Pritkin.

—Se marchó en cuanto llegamos —me explicó, mirando a la docena de vampiros, maleta en mano, que esperaban el ascensor.

Ninguno de ellos era Rafe.

—¿Dijo adónde iba?

—No. Pero, probablemente haya ido a registrarse. Parece ser que al Senado y a sus sirvientes les han dado instrucciones para que se reúnan aquí.

—Parece más bien que se vayan a mudar.

—Es que es así —dijo Casanova, acercándose a toda prisa—. Y, ya de paso, me arruinan a mí. Tenía reservas para tres convenciones esta semana y dos más para la semana que viene, ¡y me han ordenado que las cancele todas! Oh, y te sacan del ático. La Cónsul tiene más categoría que tú.

—¿Desde cuándo? —pregunté.

—Desde que este establecimiento lo dirige un vampiro y ella es la presidenta del Senado.

—¡Hay otros hoteles! ¿Por qué tiene que quedarse aquí?

—Los otros hoteles no están tan bien vigilados, ni tienen un portal para entrar al Reino de la Fantasía. Bienvenida a MAGIA 2 —dijo, asqueado.

—Lo siento —le dije, porque parecía esperar que yo dijera algo.

—Necesito algo más que eso, como la tarjeta para entrar en el ático. Nuestra máquina ha sido confiscada. —Captó mi expresión—. No vas a montar una escena,

¿verdad?

—Pues tengo ganas de montar una escena —reconocí. Casanova exclamó algo en italiano que no voy a repetir—. Y eso no te va a ayudar.

Me lanzó una mirada inquisitiva.

—Entonces, ¿qué pasa con todo esto? Estaba pensando desalojar a esos niños famélicos que me encasquetaste...

—¡Son huérfanos! —dije, furiosa.

—Todos no.

—¡No tienen adónde ir!

—Lloro por dentro.

Lancé un suspiro.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ya te lo he dicho. Vete del ático, tranquilita y con amabilidad, y ya encontraré algún sitio donde colocar a los niños.

—Yo me voy del ático tranquilita y con amabilidad y a ellos los dejas donde están —respondí. Estaba demasiado cansada para aquello, pero si no explicaba las cosas, Casanova los pondría a dormir en los contenedores del callejón de atrás. Y tampoco podía conseguir habitaciones para ellos en ningún otro sitio.

Los chavales en cuestión se hacían llamar los Inadaptados porque su magia había optado por manifestarse de manera anormal, asegurándose de que jamás se adaptaran en la comunidad sobrenatural. Los que tenían poderes más peligrosos habían sido confinados a una serie de «escuelas» que el Círculo había creado, en donde se suponía que les enseñaban a controlar sus, a menudo peligrosos, poderes. Pero la mayoría jamás demostraría tener el control suficiente exigido por las normas del Círculo, lo cual significaba que jamás se graduaban. Ni salían.

Tamika Hodges, una amiga mía y madre de uno de los Inadaptados, había tratado por medios legales de que soltaran a su hijo. Cuando eso falló, había empleado una técnica más directa y fue a por él. A la vez, liberó a algunos de sus amigos, colocándose la primera en la lista de los más buscados del Círculo, justo al lado mío. Con la ayuda del Senado, hacía poco había logrado llegar a un acuerdo que la eximía de sus numerosos delitos. Pero el trato no incluía a los chavales, razón por la cual estaban escondidos en el Dante hasta que las cosas se arreglaran con el Círculo. Al paso que iban las cosas, iban a permanecer allí una buena temporada. Suponiendo que Casanova no los echara a la calle.

—¡Están ocupando dos suites muy bonitas! —protestó.

—¡Son ocho, nueve si contamos al bebé! ¿Qué pensabas hacer, meterlos en el escobero? —Se mostró receloso—. O se quedan donde están o no hay trato —dije, sin más.

—¡Muy bien! Pero me debes una.

Antes de que me diera tiempo a hacer el comentario que aquello merecía, mis ojos se toparon con los de una exquisita y alta criatura al otro lado del vestíbulo. Y los pobres harapos cubiertos de suciedad y basura, que era lo que quedaba de mi vestido, empezaron a chillar como una bocina. Con fuerza suficiente para atraer todas las miradas.

—¡Haz que se calle! —gritó Pritkin.

—¿Cómo?

Trató de lanzar una especie de hechizo, pero no pareció tener efecto alguno.

—¡Probablemente, el Cuerpo sigue aquí! —me informó, como si yo pudiera hacer algo.

Y entonces, la situación empeoró.

—¡Asesina! —gritó Augustine, alzando un brazo, señalándome y, por tanto, atrayendo las miradas que aún no tenía sobre mí—. ¡Asesina!

—¡Quítatelo! —me ordenó Pritkin, agarrando el dobladillo.

—¡Con Cuerpo o sin él, no voy a correr desnuda por el puto vestíbulo!

—Toma. —Tremaine se quitó la gabardina reglamentaria de todos los magos de la guerra y me la entregó. A él le llegaba por la mitad de la pantorrilla, lo cual significaba que a mí me arrastraría, pero no me apetecía protestar. Me la puse, tratando de no pensar en el público repentinamente pendiente de mí.

—Acaban de llegar dos equipos a la puerta principal —nos avisó Tremaine.

—Dámelo —me ordenó Pritkin. Me desabotoné el vestido chillón con dedos trémulos y lo dejé caer a mis pies, sintiéndome un poco exhibicionista. Pritkin lo agarró y él y Tremaine partieron, agitándolo alzado sobre las cabezas de la multitud y atrayendo la atención de los magos de la guerra, por el momento.

Me agarré firmemente la gabardina y corrí en la dirección opuesta, hacia las taquillas de los empleados. Por suerte, llevaba casi un mes trabajando en el casino, así que tenía mi propia taquilla. Por desgracia, lo único que había dentro era un corsé de lentejuelas y unos tacones de ocho centímetros.

La cerré de un portazo, vigilando la puerta, y me mordí una uña. Varios de los empleados se me quedaron mirando, fijándose en mi cara quemada, en el pelo enmarañado y en mi mugriento cuerpo envuelto en una gabardina. Ciertamente, necesitaba una ducha, pero darme una en aquel lugar estaba del todo descartado. Lo único que había peor que el Círculo me atrapara era que el Círculo me atrapara desnuda. Necesitaba cargar las pilas, algún sitio en el que pudiera cambiarme de ropa, darme un baño, un sitio seguro. Y sólo se me ocurría un lugar.

A veces, es de gran ayuda tener una amiga bruja.

Una retahíla de palabras furiosas en francés fue la respuesta a mi llanada.

—¡Tengo hasta las *cuatjo*! —me informaron desde detrás de la puerta—. ¡Vete!

Volví a llamar a la puerta, con cuidado, porque una bruja de mala leche no es algo que se deba torear a la ligera. Especialmente, cuando conoce un buen número de hechizos arcaicos, como era el caso.

—Françoise, soy yo.

La puerta se abrió enseguida y, tras ella, apareció una morena terriblemente descontenta. Su larga melena estaba desaliñada, su sofisticado vestido de verano verde y blanco estaba lleno de polvo y tenía una bolsa de basura en la mano. Por la forma que tenía, parecía contener casi toda su ropa.

—¡Cassie! —Abrió los ojos y, un segundo después, me encontré sepultada en un abrazo *triturahuesos*—. ¡Estaba tan preocupada! ¡Temía que el *Círculo* te *hubiega* llevado a MAGIA!

—Lo hicieron.

—*Pego*... ¿cómo escapaste? ¡Dicen que ha quedado *destjuído*!

—Es una larga historia. —Miré la bolsa de basura—. ¿He de suponer que te han desalojado?

Volvió a fruncir el ceño.

—Casanova, dice que el Senado *nesesita* mi *habitación paga* uno de los *sigvientes* del *Círculo*. ¡Así que tengo que *igme*! ¡Hoy!

—Le está pasando a más de uno.

—Pensaba *peguntajte* si me podía *quedaj* contigo —confesó.

—Qué coincidencia.

—*Mais, c'est impossible*! ¡Tú *eges* la pitia!

—Y a la Cónsul le gustan con vistas.

Françoise soltó un par de comentarios poco compasivos sobre la Cónsul. Como los pronunció en francés, idioma que se supone no conozco, no la contradije. También hay que decir que todo era cierto.

Me acerqué tambaleándome a la cansa. Sólo pretendía sentarme, pero juro que aquel colchón estaba hechizado. Casi me tragó. Traté de quitarme los zapatos, pero el barro los había soldado a mis pies. Concluí que me daba igual.

Me quedé ahí tumbada unos minutos, escuchando a Françoise destrozando la habitación.

—¿Alguna idea? —pregunté al final.

Françoise hizo una mueca.

—Randolph tiene un *apagtamento*.

—¿Randy? —Abrí un ojo y vi que se había sonrojado un poco—. ¿Alto, alimentado a base de maíz, con pelo rubio de punta y con unos bíceps como piedras? ¿Ese Randy?

—Cuando se *entegó* de que sus empleados tenían que *majchajse* me llamó.

Rodé en la cansa poniéndome boca abajo y apoyé la barbilla en la mano.

—¿Ah, sí?

El sonrojo se tornó en rubor.

—Tiene una habitación de *sobja*.

—*Ahá*. —Y estoy segura que quería que ella se quedara en esa habitación.

Lanzó un suspiro.

—Es muy *atjactivo*, ¿*vejdad*?

—Sí. —Si te gustan los surferos trasquilones, Randy es tu hombre. También era una buena persona, para tratarse de alguien poseído por un íncubo—. Y, ¿cuál es el problema?

Françoise me lanzó una mirada.

—¿Sabes muy bien cuál es el *pjoblema*!

—No va a chuparte la sangre —le aseguré. Para empezar, ella podía hechizarle.

—¿Ya lo sé! —Llenó otra bolsa con la almohada y la manta extra que había en el armario, la lamparilla de noche y la plancha del hotel cuyo cable cayó al cogerla.

—¿Entonces qué es lo que pasa? Y necesitas la cosa esa larga, fina y negra. — Parecía no tener ni idea—. Hace que funcione —añadí, ella asintió y se agachó para coger el cable de debajo de la cansa.

Françoise tenía problemas con los aparatos modernos. Entendiendo por «moderno» todo aquello que hubiera sido inventado después del siglo diecisiete, que es cuando nació y cuando conoció a una panda de magos con aires emprendedores. Los duendes pagarían a precio de oro una bruja atractiva, joven y fértil que los pudiera ayudar con su problema demográfico, pero la mayoría de las posibles candidatas, o estaban muy bien vigiladas o eran demasiado poderosas para hacerse con ellas por medios pacíficos. Pero los magos habían pillado a Françoise en un momento de vulnerabilidad y la vendieron en una subasta de esclavos en el Reino de la Fantasía.

Al parecer, había vivido con los duendes unos años, hasta que encontró la oportunidad de escapar, sólo para descubrir al volver que, en nuestro mundo, habían transcurrido cuatrocientos años. Vamos, que dejaba al Rip van Winkle de Washington Irving en plantillas.

—¿Esto? —levantó el cable.

—Servirá.

Lo metió en la bolsa, se subió a la capea y descolgó un cuadro de la pared.

—Están esas *otjas mujeges* —me dijo, tirando del cuadro—. Le he dicho que no



voy a estar en... ¿cómo se dice? ¿Muchas *mujeges* paga un solo *hombge*?

—Un harén.

—*Oui*. ¡No voy a *fojmaj* ningún *hagén*! —dijo y tiró aún con más fuerza. El cuadro saltó de la pared, cruzó volando la habitación y golpeó la puerta, haciéndole una hendidura. Françoise bajó de un salto y miró el desaguisado. El marco estaba un poco flojo, pero le debió de dar el visto bueno, porque fue directo a la bolsa.

—Yo sé cuál podría ser el problema. Tiene que alimentar a un ícubo.

—Le he dicho que se deshaga de él —me explicó, haciendo uno de esos gestos típicos de los franceses que significan todo y nada—. Pero, *non*. «Me ha cambiado la vida» —dijo, imitándole.

—Puede que sea así —dije, con cautela—. Casanova recluta a muchos de sus chicos en los pequeños pueblos donde piensa que tienen poco futuro.

—*Ahoga* está aquí —dijo, enfadada—. Ya no lo necesita. ¡*Cjeo* que es a las *mujeges* a lo que no quiere *genuciag*!

Traté de hallar alguna respuesta, pero tenía la cabeza demasiado saturada, demasiado descontrolada. Había un montón de pensamientos y sentimientos que no quería analizar luchando por ver la luz. Me preguntaba si Mircea seguiría sintiendo lo mismo, ahora que el hechizo ya no nos mantenía unidos. ¿Querría a otras mujeres? ¿O acaso ya tendría a una?

Él procedía de una época en la que era normal tener una mujer que hiciera de anfitriona, y una o dos amantes con las que jugar a otras cosas. Y jamás había estado en su corte en el estado de Washington. Y eso, a pesar de que él se había enterado de mi existencia cuando yo tenía once años, tras una llamada de Raphael, su títere infiltrado en la corte de Tony.

Mircea era el amo de Tony lo cual, por la ley vampírica, le permitía quedarse conmigo. Poniéndonos en lo mejor, quizá esperara que yo heredara el puesto de pitia y les ofrecería a los vampiros la oportunidad de controlar ese tipo de energía. Poniéndonos en lo peor, yo era clarividente, y las que lo éramos no llegábamos a una docena. No obstante, él había decidido dejarme crecer en casa de Tony, en lugar de llevarme a la corte con él.

Yo siempre había supuesto que lo había hecho para asegurarse de que el Círculo no se enterara de mi existencia. Tenían interés en todo el que poseyera poderes mágicos en general, y en los clarividentes en particular, y podrían haberle dado problemas. La corte de Tony tenía un perfil muy inferior a la de Mircea, por lo que era más segura. Pero ahora me preguntaba si también habría alguna otra razón.

Una hermosa razón de ojos negros.

Gruñí y me eché un brazo sobre los ojos. ¡Maldita sea! Cuando se trataba de Mircea, sólo surgían preguntas, jamás respuestas. Aquello empezaba a durar demasiado.

Me dolían la cabeza y el cuerpo, y sólo quería dejar de pensar un rato. Pero había algo en aquellas fotos que me perturbaba. De súbito, me di cuenta de que Mircea no aparecía en una sola foto, lo cual me pareció extraño, teniendo en cuenta la cantidad de fotos que había. Yo había supuesto que era él el que las hacía, pero, que yo recordara, la mujer no miraba a la cámara en ninguna de ellas. Era como si ella no se diera cuenta de que se las estaban haciendo.

Así que, ¿qué diablos estaba pasando? ¿Había pagado a alguien para que hiciera las fotos por él?, ¿para que la siguiera? Y si así era, ¿por qué? ¿Por qué no tomarla, si estaba tan embelesado? ¿Por qué iba un vampiro maestro a necesitar seguirle los pasos a nadie?

Sólo se me ocurrían un par de razones, y ninguna de ellas me parecía muy probable. ¿Acaso ella pertenecía a otro maestro o a otro miembro del Senado? En ese caso, sí, él podía negarse a renunciar a ella. Pero los maestros siempre le han seguido la pista a sus sirvientes, y Mircea era perfectamente capaz de remover cielo y tierra con tal de conseguir lo que quería. Si tan motivado estaba, habría dado con algo o con alguien que el maestro hubiera aceptado a cambio de aquella mujer.

Así que, ¿acaso habría sido ella también senadora y lo habría rechazado? Aquello parecía aún menos creíble. La mayoría de los vampiros concebían la sexualidad como otra mercancía más con la que comerciar. No me imaginaba a ninguna senadora rechazando las insinuaciones de Mircea, cuando probablemente le reportarían una importante alianza política. Los vampiros casi siempre pensaban en términos de pérdidas y ganancias, también en lo relativo a las relaciones íntimas. Y, rechazándolo, no habría beneficio posible.

Así que sólo me restaba una idea, y no me gustaba precisamente. Hacía poco, el Senado había sufrido algunas pérdidas derivadas de la guerra. ¿Podía ser que la mujer de las fotografías fuera una de las senadoras que habían muerto? ¿Sería aquel álbum algún tipo de tributo que Mircea había hecho a su amor perdido?

La idea de que pudiera haber estado fingiendo interés en mí estando de luto por alguien a quien había aneado durante décadas, quizá siglos, me dejaba físicamente deshecha. Y lo que más me dolía era que a él ni siquiera le había hecho falta seducirme para conseguir tenerme a su lado. Yo ya estaba ahí. Sólo que él no se había percatado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Françoise, con voz preocupada.

Me di cuenta de que no la había estado escuchando, pues estaba demasiado ocupada pensando en mi desastrosa vida amorosa. Me incorporé y traté de mostrarme inexpresiva, pero ella enarcó una ceja. Maldita sea. Hacía mucho tiempo que tendría que haber aprendido a controlar la expresión de mi rostro con naturalidad. Pero había perdido la práctica.

—Nada. Es que... creo que sé cómo te sientes.

Se mostró sorprendida.

—Lord *Mijcea*, ¿tiene *otja* novia?

—No lo sé. —Me levanté y empecé a caminar, pero los malditos tacones me hacían daño. Me volví a sentar—. No sé nada. Nunca hablamos.

—*Pourquoi pas?*

—Últimamente está siempre fuera, por asuntos del Senado. Y, cuando lo veo, tiene tantas cosas en la cabeza que es difícil sacar el tema de nuestra relación. —Ante la posibilidad de una guerra, la política, y la amenaza de un mundo sobrenatural a punto de explotar, aquel tema resultaba algo trivial. Pero la consecuencia era que, no sé por qué, había acabado casada, al menos desde el punto de vista de los vampiros, con alguien de quien apenas sabía nada.

—*Debegías hablaj* con él —aconsejó *Françoise*, mirando la lámpara del techo. Afortunadamente para el *Dante*, estaba atornillada al techo.

—Sí. —Sólo que cada vez que lo intentaba, hablar no era precisamente lo que acabábamos haciendo. Por no mencionar el hecho de que no tenía ni idea de cómo sacar el tema de una ex amante recientemente fallecida. O lo que quiera que fuera.

*Françoise* arqueó una ceja e iba a decir algo, cuando un golpe en la puerta me salvó. Ella alzó los brazos, se volvió y la abrió rápidamente. Ahí estaba *Randy*, con aspecto avergonzado, en la medida en que un tipo ataviado con unos vaqueros negros apretados y una camisa ajustada marcando músculo podía estarlo. Bueno, creo que era una camisa. Podría llevarla hasta pintada.

—¿Qué haces aquí?

Él se encogió de hombros, tensando un montón de músculos.

—He pensado que podría ayudarte a llevar tus cosas. Adonde vayas —añadió, en cuanto a *Françoise* se le ensombreció el rostro.

—Aún no hemos decidido dónde *ij* —contestó, tratando de mostrarse indiferente.

—Creo que conozco un sitio —le dije, levantando mi dolorido cuerpo de la cansa.

Unos minutos después, *Randy*, *Françoise*, sus bolsas de basura y yo llegamos a lo que en otro tiempo había sido una barra de bar en la cuarta planta del hotel. Recientemente, había sufrido un desafortunado incendio y aún estaba en obras. La planta reconstruida olía a barniz y el cemento de las paredes aguardaba aún la pintura. Probablemente, era el único lugar tranquilo de todo el hotel.

Desgraciadamente, tranquilidad era lo único que el almacén del bar tenía que ofrecer. Aquello era minúsculo, no había baño y tuvimos que mover algunas cajas de guirnaldas de plástico y paquetes de especias para hacer sitio y meter la segunda cansa. Pero era habitable. Lo sabía porque, hacía no mucho, aquella había sido mi habitación.

—Vale. Es... acogedor —dijo *Randy*, mirando en derredor.

—Esto era un trastero.

—Nunca se me habría ocurrido. —Lo fulminé con la mirada y él se encogió de hombros.

—Al menos, nadie os va a echar de aquí. —No, no lo creía. Ningún vampiro que se preciara se metería allí por nada del mundo.

—Me gusta —proclamó Françoise, tratando de circular por el pasillo de alrededor de un centímetro de ancho que quedaba entre su cama y la pared.

—Es sólo algo temporal —prometí.

—Sí. Lord *Mijcea* buscapaga algo para ti. —La vi eliminando mentalmente mi cama.

Había pensado en la habitación de al lado. Era más pequeña, pero mucho más colorida que aquella, con una vidriera que representaba una batalla y que ocupaba toda la pared. La ventana había sufrido un desafortunado percance, (cosa que, últimamente, ocurría con bastante frecuencia cada vez que yo aparecía), y aún no la habían reemplazado. Habían grapado en el hueco una lona con una impresión similar, pero no aislaba del calor. Tenía que preguntarle a Casanova para cuándo estaría lista la nueva vidriera.

Pero aquello podía esperar. En aquel momento, había asuntos más apremiantes. Dejé a Françoise para que se acomodara a su gusto y cogí prestada la llave de su antigua habitación. Con suerte, me daría tiempo a darme una ducha antes de que me volvieran a echar.

Me desperté unas horas después, al oír un golpe y un grito. El segundo comenzó en un falsete y concluyó en un tono barítono, que me bastó para saber que no provenía de Françoise, aun antes de que sonara la blasfemia. Me tensé, abrí los ojos de par en par y vi una enorme sombra de dos metros y medio acercándose a mí. Grité.

—Querida, ya sé que es la misma peluca del año pasado —dijo alguien con tono cortante—. Pero es de Liza. Es intemporal.

Extendí la mano y se encendió la luz del techo, y la sombra resultó ser una mujer de dos metros y medio frotándose la espinilla. Parte de su altura se debía a la mencionada altísima peluca negra y la otra parte a las plataformas de dieciocho centímetros. El resto del paquete venía envuelto en una funda ceñida y lo suficientemente corta como para considerarla una camisa hecha de pajaritas negras con lentejuelas. Se le tensaba a la altura de unos hombros más anchos que los de la mayoría de los hombres, dejando al aire unas piernas muy musculosas. El efecto general era el de un jugador de rugby disfrazado de mujer.

—¿Quién eres tú? —pregunté con tono estridente.

Me llevó un minuto darme cuenta de lo que era, porque se trataba, en efecto, de un jugador de rugby disfrazado de mujer.

Pareció sentirse insultada.

—Querida, ¿dónde vives? ¿En la Luna? Soy Des Fasada.

Me limité a mirarla.

—¿Una de las tres Des?

Negué con la cabeza.

—Antes éramos «Las dos Des», pero se unió otra más...

No tenía ni idea de lo que me estaba hablando, pero, tras un vistazo rápido, supe que quienquiera que fuera, no tenía pinta de ir armada. A menos que llevara un arma debajo de aquella enorme peluca. A decir verdad, que podría llevar una AK-47 debajo y nadie se daría cuenta.

—¿Qué haces en mi habitación? —le pregunté, algo más calmada.

—Esto ya me lo sé: llevas varias copas de más, buscabas el baño y has entrado aquí. Está bien, querida, pero esta no es tu habitación.

—Sí lo es, desde este mismo momento —repliqué, malhumorada, mirando a mi alrededor.

A Françoise no se la veía por ninguna parte, probablemente estaría con Randy. Él la había invitado a cenar y ella, a su vez, me había invitado a mí, pero Randy me había lanzado una mirada de corderito degollado a espaldas suyas y, de todas formas, estaba demasiado cansada para comer. Por no hablar de que la única ropa limpia que tenía era una camiseta del Dante y unos pantalones deportivos que me había comprado en la tienda de suvenires para ponérmelos para dormir. Nadie había sabido decirme dónde estaba mi equipaje y Françoise usaba dos tallas más que yo

—¿Qué quieres? —pregunté, peinándome con los dedos.

—No hay por qué ponerse insolente. Y si no quieres despertarte en el almacén sin saber cómo has llegado hasta allí, deja la botella.

—¡Yo no bebo! Y sé perfectamente cómo he llegado hasta aquí. Estaba... ¡espera un momento! —Me detuve, la miré a ella y luego la puerta aún cerrada con el pestillo echado—. ¿Cómo has entrado?

Des no me estaba escuchando. Había extraído de su enorme escote un teléfono móvil con incrustaciones y hablaba por él, sujetándolo con sus uñas pintadas color carmesí.

—Ponme con Des Cocada —dijo, y se quedó en silencio un instante—. ¡No me vengas con esas! ¡Dile que deje de emperifollarse y que coja el maldito teléfono! —Se produjo otra pausa y puso los ojos en blanco—. ¡Qué tonta de los cojones es Des Cocada! —me dijo—. Debería llamarse De Crepita, la muy zorra debe de andar por los sesenta. Ningún maquillaje va a ocul... hola, Des, preciosa...

El estómago me rugió, lastimero, un contrapunto a la palpitación que sentía en la cabeza. Lo último que había comido había sido en el desayuno, con Mircea y eso fue... ni siquiera estaba del todo segura. Hacía mucho. Me puse a buscar mis zapatos.

—Bueno, no lo sé ¿ah sí? —preguntó Des—. La única persona que hay aquí, aparte de mí, es una borracha sudada con la ropa arrugada...

Me miré y luego la miré fijamente. Me lanzó un beso, pero no se disculpó. Encontré un zapato bajo la cama de Françoise, pero no encontraba el otro por ninguna parte. Había desaparecido, como un calcetín en una secadora.

Des estuvo gruñendo al teléfono un rato más y, luego, colgó.

—Han aplazado el ensayo y ni se han molestado en avisarme. —Me miró mientras yo gateaba por el suelo—. ¿Qué estás haciendo?

—Tratando de encontrar el otro zapato. —Le mostré el que había localizado y ella me lo arrebató soltando un chillido.

—¡Oh, Dios Santo! ¡Es una sandalia estilo gladiador de Jimmy Choo!

—¡Ajá! —Sal las había elegido. Eran un poco llamativas pero, al menos, todas esas correas las habían mantenido fijas a mis pies. De otra manera, a los moratones se habrían unido unas plantas de los pies completamente laceradas.

Des levantó la sandalia con delicadeza, poniéndola a la altura de su cara. La parte superior se había estropeado un poco tras mi última peripecia, y el tacón estaba cubierto de barro y había perdido la tapa. Acarició los laterales con cuidado.

—Oh, pobrecita, pobrecita mía.

En otro tiempo, a mí también me había gustado la moda, tanto como mi escueto presupuesto me permitía. Pero, últimamente, me interesaba más poder correr con los zapatos en cuestión, que el nombre que hubiera escrito en la caja. Y jamás había acunado un zapato.

—Es sólo un zapato —dije, con impaciencia.

Lo apretó contra su enorme pecho, mirándome furiosa.

—A la gente como tú no le deberían permitir vestir de marca. —Colocó una enorme pantorrilla en la cama y una de sus largas uñas señaló sus relucientes plataformas rojas—. ¿Ves éstas? Tienen cuatro años y ni un solo arañazo. ¡Y no son de marca!

—Ha sido un día duro.

Agitó la cabeza con tanta fuerza que casi se le cae la peluca.

—Eso no es excusa. A todas nos ha pasado, pero una primero se quita los zapatos de diseño y sólo entonces, echas la pota.

—¡No estoy borracha!

Estaba demasiado ocupada mimando la sandalia como para escuchar.

—Podría comprarme unas como éstas.

Miré sus pies, de unos cuatro metros.

—No creo que tengan de tu número.

—¡Oh, venga ya! ¿Qué representa un poquito de sangre? Me vendería los pies como una geisha si me las pudiera permitir...

—Pues yo las cambiaría por unas playeras y una buena comida —murmuré, alcé la vista y me topé con unas gigantescas pestañas postizas aleteando frente a mí, como

unas mariposas furiosas.

—¿De veras? —me preguntó Des, casi conteniendo la respiración.

—Sí. Si no consigo comer algo pronto, me voy a...

Me empujó contra la pared, la atravesé... y continué cayendo. Empecé a deslizarme por lo que parecía un tobogán acuático, sólo que sin agua. En su lugar, había una mancha borrosa de colores y se oía un estruendo, a continuación, caí cabeza abajo en una alcoba. Tenía el suelo de madera sin lijar, las paredes de estuco y una cabina con un cartel de «no funciona».

Había una cosa marrón llena de barro justo frente a mi nariz. La cogí.

—¡Mi zapato!

—Mi zapato —dijo Des, dando un traspie y saliendo del muro que había tras de mí. Me lo arrebató de las manos—. Unas playeras y una comida, ese era el trato ¿no?

—Sí, pero... —Miré la pared de la que acabábamos de salir—. ¿Había un portal en mi habitación?

—¿En serio? —Des se asomó por unas cortinas rojas de terciopelo que había frente a la alcoba.

—¿Por qué?

—Porque esto antes era una discoteca donde bailaban no muertos —miró por encima de su enorme hombro—. ¿Cómo crees que los metían y sacaban? ¿Haciéndolos atravesar la planta principal del casino para que pudieran jalarse un par de turistas por el camino?

Fruncí el ceño.

—No puedes ir por ahí contando esas cosas. Me acabas de conocer. Podría ser normal...

—Scrim.

—¿Qué?

—Todas, Des Cocada, Des Pechada y yo. Todas somos scrim.

—¿Y qué más da? —Los *scrim*s eran magos que no emitían demasiada energía mágica. Sus habilidades variaban desde los que eran muy buenos magos, a los que no podían ni lanzar un simple hechizo. Como los Inadaptados, no eran muy populares en la comunidad mágica, pero tampoco los encerraban, porque nadie los percibía como una amenaza.

—Los scrim podemos detectar la magia —explicó con impaciencia. Somos como sabuesos cuando captamos un olor, nos atrae como la moda a las travestis y, por cierto, las zorras esas con las que trabajo matarían por esos zapatos. Literalmente. Puedes acabar con un tacón de aguja clavado en el cuello. Tenemos que ir con cuidado.

—Mira, sólo quiero un sándwich...

—Te crees que todo gira a tu alrededor, ¿verdad? —susurró—. Esto es un acto de

piedad. Tengo un amigo que puede restaurar estas bellezas y devolverles todo su esplendor, pero tengo que pasarlas sin que esas brujas las vean. ¡Oh, mierda! ¡Por ahí viene una!

Des cerró las cortinas de golpe y se metió los zapatos en su ya de por sí excesivamente rellena delantera. Acababa de hacerlo, cuando la cortina se volvió a abrir mostrando tras ella a una «mujer» alta y demacrada, ataviada con un vestido de malla negro transparente, unas pegatinas de lentejuelas tapándole los pezones y unos provocativos pantalones de satén. Llevaba un pintalabios violeta; en sus largas pestañas postizas llevaba unas plumas también violeta y su inexpresivo rostro evidenciaba un exceso de bótox.

—Eso ya estaba pasado de poda en los ochenta —dijo, arrastrando las palabras, mirando con recelo los pechos, ahora ultrapuntiagudos, de Des.

Des me rodeó los hombros con un brazo.

—Mira querida, esta es Des Fallecida...

—¡Des Cocada! —exclamó, con tono cortante.

—No te emociones tanto, cari. Se te puede descolgar la frente.

Alguien se echó a reír y se acercó lentamente ocupando el amplio espacio que el escuálido cuerpo de Des Cocada dejaba. «La» recién llegada era una afroamericana de dos metros con una peluca rubia, ataviada con un vestido rojo largo de lentejuelas por el que se desbordaban sus amplias curvas.

—Es lo que le estaba diciendo. Podríamos llamarla Des Compuesta.

Con ese comentario se ganó la mirada furiosa de su compañera de número.

—Como si tú nunca te hubieras retocado. ¿Tienes más de cuarenta y ni una sola arruga?

La nueva se recorrió el cuerpo con las manos, cubiertas con unos guantes largos rojos de satén.

—Y todo es natural, nena. ¿No has oído eso de que la negrura nunca arruga?

—¿Vamos a ensayar o no? —preguntó Des Cocada—. ¡Estrenamos en dos días!

—Voy a tomarme algo primero —le dijo Des Fasada, tirando de mí y haciéndome pasar por el minúsculo espacio que quedaba entre las dos drags.

—¡Unos kilos más y lo que se va a arrugar es tu culo, que te va a explotar con ese vestido! —se oyó tras nosotras, mientras entrábamos en un oscuro bar.

Estaba ambientado como un salón del Salvaje Oeste, con una barra larga, mesas redondas de madera, serrín en el suelo y un par de puertas batientes antiguas. Las atravesamos y entramos en una ciudad fantasma. O, al menos, la idea que tenían en el Dante de lo que es una ciudad fantasma.

La mayoría de los casinos de la ciudad tendían a huir del pasado decadente de Las Vegas, pero allí no. En el Dante habían puesto interés en mantener su fama de ser la patria del mal gusto, la excentricidad y lo salvaje. «Cuanto más excéntrico, más



temible», rezaba el lema del Dante.

En un principio, la ambientación general del casino consistía en varias versiones del infierno, como bien ilustraba el vestíbulo. Pero, con el tiempo, habían introducido un batiburrillo de elementos sobrenaturales. Cuantas más cosas hubiera para distraer la vista, menos probabilidades había de que alguien se diera cuenta de que no todas las actuaciones eran trucos.

Y en ningún sitio era tan evidente como en la pista principal del casino. Las veredas de madera crujían y rechinaban, aunque nadie las pisara. Había amarraderos por todas partes para unos caballos fantasmales que sólo aparecían reflejados en los escaparates de cristal ahumado frente a los que se encontraban. Había un depósito elevado de agua en un extremo, con un hombre ahorcado balanceándose suavemente bajo una brisa inexistente. Y el cielo estaba perpetuamente oscuro, aparte de unos cuantos relámpagos falsos que resplandecían ocasionalmente.

Por supuesto, aquello era Las Vegas, lo cual significaba que los locales de madera añeja estaban atestados de carteles de neón con forma de cactus fluorescentes, copas de martini parpadeantes y esqueletos bailando claqué. Había un cartel publicitario que rezaba: «Gasta y arrastra» en el exterior del salón del que acabábamos de salir. Había turistas por todas partes.

—¡Mira eso! —Des estaba indignada—. No haría una de esas colas ni por unas rebajas del setenta y cinco por ciento en Saks en la Quinta Avenida, cuanto menos por un taco de Tombstone.

—Me da igual. En este momento, cualquier cosa que me pueda meter en la boca me vale.

—¡Oh, cariño, si fueras hombre! —suspiró, y me metió en la vorágine de la avenida principal.

No sólo estaba más concurrida de lo habitual, también estaba todo más asqueroso. Junto con los turistas vestidos de camisetas chillonas y los empleados del Dante vestidos de traje y con la cara pintada había un gran número de mirones pálidos y elegantes observando el tumulto con ojos cansados. Los sirvientes de los senadores habían llegado en masa y la medianoche era la hora de la comida. Y aquella calle era un bufé andante.

—Eso es ridículo —exclamó Des, mientras la gente trataba de posar con ella. Supongo que creían que era una de las artistas que aparecían por todas partes para hacerse fotos con los turistas. Sólo que éstas llevaban una versión gótica de la indumentaria del Lejano Oeste, no iban con las pajaritas brillantes de Des.

—La verdad es que podría llamar al servicio de habitaciones.

—De ninguna manera. Un trato es un trato. —Localizó un hueco entre la muchedumbre y tiró de mí hasta él.

Desembocamos en una estación de tren llamada Última Parada. Se trataba de una

churrasquería repleta de conductores con la cara pintada de blanco, unas ojeras muy marcadas y el pelo estilo Bitelchús. Entre otras cosas, en el menú había Chuletones de Tickets Picados, Filetes Terminator y Costillas Sin Retorno. Oía suficiente como para que mi estómago se quejara sonoramente, pero aquel lugar estaba hasta la bandera y la cola daba la vuelta a la esquina.

Des me aparcó junto al cartel del menú.

—Conozco a uno que trabaja en la cocina. Quédate aquí. Vuelvo enseguida. — Zigzagueó entre la multitud como una excavadora con tacones, echando a los turistas a los lados.

Me apoyé en el cartel, tratando de evitar ser atropellada, observando a la gente que pasaba. Unos minutos después, vi una morena con un vestido de satén con encajes negros y burdeos paseándose por la calle, flirteando, riendo, posando para hacerse fotos, y acercándose cada vez más a tres vagabundos quizá demasiado pálidos.

La artista se detuvo cerca del grupo para colocarse bien una liga, sonriéndoles con coquetería. Obviamente, le encantaba que la miraran, y la gente lo hacía con descaro. Expandió aún más la sonrisa cuando la rodearon y no se apagó ni cuando empezaron a acariciarle los brazos. Y seguía sonriendo cuando empezaron a alimentarse de ella.

Era una forma de hacerlo, succionarle la sangre a través de la piel, convirtiéndola en moléculas tan pequeñas que ella ni se daba cuenta, pero tres para una era demasiado. Tres vampiros hambrientos podían desangrar a un ser humano en menos de un minuto, y ya empezaba a tambalearse. Miré a mi alrededor, pero no había guardias de seguridad por ninguna parte. Maravilloso.

Crucé la calle a toda velocidad antes de que me diera tiempo a detenerme a pensaren algo, justo al mismo tiempo que se acercaba un vampiro maestro en el sentido contrario. Agarró a la chica y la arrojó hacia un grupo de turistas japoneses. Afortunadamente, empezaron a hacerse fotos con ella mientras los miraba aturdida, con las mejillas blancas, bajo un generoso sonrojo.

Suspiré aliviada. Al parecer, el Senado tenía su propio sistema de seguridad y él parecía estar bastante cabreado. El maestro levantó en volandas a uno de los tres delincuentes, agarrándolo por sus costosas solapas, lo miró con una ligera curva en los labios, lanzándolo con facilidad contra el depósito de agua. Hubiera estado bien, si no hubiese sido porque la torre era falsa y no contenía agua alguna. No estaba diseñada para soportar la fuerza de un vampiro de ochenta y dos kilos a ciento cincuenta kilómetros por hora, de lo cual dio muestra evidente chirriando y derrumbándose sobre la muchedumbre.

Por un instante, nos miramos a los ojos y, por su mirada, noté que me había reconocido. ¡Mierda! Fui corriendo hacia la acera más próxima, tratando de salir de su campo de visión y transportarme, suponiendo que pudiera. Pero había infinita

gente y a nadie le apetecía dejarme pasar. Miré atrás y vi a los magos casi encima de mí. Cambié de planes y me escabullí hacia la torre. *Puede que si me escondo debajo...*

Del lateral de aluminio de la torre salió un brazo que tiró de mí. Pero no terminó allí. Hubo un momento de confusión y, entonces, salté sobre un balcón que colgaba de la fachada de una falsa tienda de alimentación.

—¡Te dije que te quedaras allí! —exclamó Des, apartándose un rizo suelto de la cara.

—¿Qué has... ¿Cuántos portales hay aquí?

—Nunca los he contado. Se instalaron un puñado para un espectáculo de magia y nadie se ha molestado en cerrarlos. No utilizan la magia, a menos que estén activados, así que... —Se encogió de hombros—. De todas formas, te he conseguido una hamburguesa «Al final de la línea» y unas patatas fritas. ¿Te vale?

Cogí una bolsa aceitosa que olía a cielo bendito.

—Desde luego —contesté, con fervor.

—Vale. Vamos avanzando. Ahora, quédate aquí mientras voy a buscar un par de zapatillas.

—Entendido. —El balcón era más de decoración que otra cosa, y solo tenía unos metros de ancho. Tendría que comer de pie, pero, en aquel momento, no me importaba.

Des asintió con la cabeza y atravesó el lateral del edificio, sin cuidarse de miradas ajenas, aunque no parecía que hubiera ninguna. La multitud se había quedado obnubilada con los magos, que examinaban con recelo la torre derrumbada. Uno hundió un brazo con cautela en el lateral, que desapareció hasta el hombro y reapareció en el lado del portal en el que yo me encontraba.

Lo sacudió por un segundo, y estuvo dos veces a punto de dar conmigo mientras estiraba el cuello para ver por dónde salía. No me vio, pero alguien entre la muchedumbre sí lo hizo y me señaló. El brazo me agarró, yo me eché atrás y el brazo agarró la bolsa con la hamburguesa. Y desapareció.

—¡Maldita sea!

El mago sacó mi almuerzo por su lado del portal, lo dejó en el suelo como si temiera que contuviera algo contagioso, y le lanzó una bola de fuego. La multitud aplaudió encantada, aparentemente concluyendo que se trataba de un espectáculo improvisado. Yo casi lo hubiera matado.

—¡Eso era mi almuerzo, imbécil! —grité, justo antes de que él atravesara el portal.

Apareció frente a mí, sorprendiéndome y yo, instintivamente, lo empujé. Él cayó hacia atrás, saliendo por el portal, tambaleándose y aterrizó sobre su trasero. Su mirada se tornó furiosa y confusa, y sacó un arma.

Por un momento, no creí que fuera a hacerlo. Había doscientas personas delante; no creía que se fuera a arriesgar a matar a alguien solo para intentar sacarme de allí dentro. Los del Círculo nunca habían destacado por su sensatez, pero tampoco estaban tan locos.

Entonces apuntó con la pistola, no a mí, sino a la torre derrumbada.

Me aparté justo cuando empezó a disparar a quemarropa hacia el portal. Una bala pasó por mi lado y me alborotó el pelo, destrozando una señal iluminada al otro lado de la calle. Aún estaba mirando las chispas y el cristal roto cuando él volvió a entrar, y esta vez me agarró.

Me entró el pánico y me transporté y, como él aún me tenía agarrada, me acompañó en el viaje. Aterrizamos en el techo del edificio de enfrente; bueno, mejor dicho, él aterrizó. Yo me quedé colgada en mi lado y, para mi sorpresa, él me dejó marchar.

Yo me transporté en el aire y volví al lugar de donde había partido, mareada y con el estómago revuelto. Transportar a dos personas sin haber tomado nada y sin haber dormido más de cinco horas me había dejado hecha polvo. No creía que fuera a ser capaz de volver a hacerlo, lo cual se convirtió en un problema cuando apareció el otro mago prácticamente encima de mí.

Hice lo único que podía hacer. Lo agarré de la chaqueta, lo hice girar y caer por el portal antes de que le diera tiempo a maldecirme. Salí rodando de la torre poco después, en mitad de la calle, añadiendo otra tanda más de moratones. La multitud aplaudía mientras yo trataba de levantarme.

—Lo hacen con dobles —oí exclamar a alguien—. La chica del balcón era mucho más rubia.

—Supongo que cuidarán ese tipo de cosas —dijo otra persona.

El mago salió del portal y llegó hasta mí, dándome una dolorosa patada en las costillas. Al otro lado de la calle, su compañero saltó del techo y se dirigió hacia nosotros caminando entre la muchedumbre. Me levanté, le di una patada a los restos aún humeantes de mi almuerzo, arrojándoselos al mago a la cara y eché a correr.

—¡Por aquí! —Vi a Des agitando la mano; su peluca sobresalía por encima de todas las cabezas. Una mano agarró mi sudadera por la espalda, pero Des tiró de mí elevándome sobre las cabezas de los presentes y la mano me soltó. Ella se dio media vuelta, entró en el aseo de señoras y me empujó contra el armario de la limpieza. No me dio tiempo ni a coger aire y atravesamos una pared.

Un segundo después, estábamos en mi habitación. Aterricé en la cama, pero Des se dio en la espinilla con el lateral del cabecero de la cantsa.

—Joder, ¡la segunda vez, hoy!

Yo me quedé ahí tumbada, preguntándome quién sería la próxima persona que aparecería. Pero no apareció nadie. Supongo que los magos no habían sido capaces de

atravesar el tumulto de mujeres indignadas de la cola.

—¡Toma! —Des arrojó una caja de zapatos sobre la cansa y se sacó mis sandalias del sujetador—. Dios mío, lo que hay que hacer para estar guapa —dijo, apretándolos contra su enorme pecho. Y desapareció.

Traté de llamar al servicio de habitaciones, pero como a los diez minutos seguía comunicando, me puse mis playeras nuevas y me decidí a salir.

Hay cosas que jamás me gustarán de Las Vegas: el sol implacable que se refleja en la arena, el cristal y el cemento dondequiera que uno mire. Que el perfil de la ciudad esté cambiando constantemente y que las construcciones y las trampas para turistas parezcan surgir y desaparecer de la noche a la mañana, como si la ciudad entera estuviese proyectada a cámara rápida. Y las hordas de turistas que están constantemente rodeándote. Pero también hay que amar un poquito los sitios que ofrecen pizza y cerveza para llevar a medianoche.

Volví a entrar en el Dante por una entrada lateral, con la intención de encontrar un sitio tranquilo para hacer un picnic. Pero, al parecer, había otra persona con otra idea en mente. Una enorme mano salió del descansillo de una escalera y me agarró de la cintura.

—Si quieres un poco de pizza, podrías pedírmela, al menos —le dije a Marco.

Me lanzó una mirada colérica, con los ojos rojos, pero no replicó. Sólo se limitó a respirar con dificultad y a ponerme un teléfono en la oreja.

—¿Cassie? ¿Estás ahí? —preguntó una voz.

Maldita sea. Era Mircea. Y ni siquiera tenía pensado qué explicación le iba a dar... sobre un montón de cosas.

—¿Qué es lo que le has hecho a Marco? —le pregunté, decidiéndome por empezar con una buena ofensiva.

—Le he asignado un destino permanente como guardaespaldas tuyo. —La voz habitualmente suave de Mircea era ahora de hielo.

—Me refiero como castigo.

—Eso mismo.

Me quedé mirando fijamente el teléfono y colgué.

Casi al instante volvió a sonar.

Se lo lancé a Marco y seguí caminando. Me siguió.

—Tienes que cogerle el teléfono al maestro.

—¿Si no qué?

Hubo una breve pausa.

—Se va a cabrear.

—Ya está cabreado.

—Conmigo.

Alcé la vista y vi que Marco estaba temblando. Tenía la cara pálida y los ojos casi se le salían de las órbitas. Parecía aterrorizado.

En aquel momento, no sentí mucha simpatía por Mircea.

El teléfono sonaba.

Marco me lo pasó y lo cogí.

—¿Qué?

—He pensado que quizá querrías saber que Raphael está en la enfermería.

Me detuve.

—¿Por qué?

—Los médicos me han dicho que se está muriendo. —Mircea dijo algo más, pero no lo oí. Ya había tirado el teléfono y la pizza rodaba por las escaleras.

No sé cómo llegué hasta el vestíbulo, ni sabría decir el nombre de la persona que me explicó cómo llegar. Me resbalé y tropecé con una mesa por el camino y casi me caí, pero logré agarrarme a ella con ambas manos y sostenerme en pie. Soltando improperios, iba a empezar a correr de nuevo, pero choqué contra un enorme vampiro.

Alphonse, el que había sido el jefe de los secuaces de Tony, me puso en pie. Como era habitual, llevaba su cuerpo de dos metros ataviado con un traje a medida. Éste era de color canela oscuro con listas color ciruela y, como alfiler de corbata, tenía un rubí del tamaño de un huevo de codorniz. Llevaba un par de anillos también de rubíes y otros tantos destellaban en la muñeca de su novia de toda la vida, Sal. El traje era holgado para poder ocultar la media tonelada de armas que llevaba, aunque no las necesitaba. Entre él y Sal, podrían haber armado a un pelotón entero.

Sal iba de rojo, a juego con los rubíes, con un vestido ajustado pensado para atraer la atención sobre sus generosas curvas y desviarla del ojo que le faltaba, perdido hacía mucho tiempo en un salón, en un altercado con otra «acompañante».

—Ojalá supiera quién ha sido, para poder destrozarlo —dijo ella, a modo de saludo.

—¿Lo has visto?

—Sí. —Sal se pasó un brazo por la cara, emborronándose el rímel. La miré fijamente; nunca la había visto tan nerviosa. Ella se percató y sonrió con aire sombrío—. Al final, acabas encariñándote con la gente, después de un siglo y medio de relación.

—No está tan mal —añadió Alphonse—. ¿Has entrado? —Señaló con el pulgar unas vistosas puertas que había al final del pasillo.

—No. Me acabo de enterar de...

—Nosotros también. Esos gilipollas no le han dicho a nadie que está aquí, y él estaba demasiado débil para hacerlo. Vamos a ver si podemos llevarlo a una habitación privada.

—¿Cómo... cómo está? Mircea me ha dicho algo...

—Mal —dijo, inexpresivo.

—Si quieres verlo, será mejor que vayas ya —añadió sal, desolada.

Corrí.

Casanova me había dicho que habían tenido que cancelar las convenciones, pero yo había supuesto que sería porque necesitaban los salones. Así era, pero no era sólo por las habitaciones. Las lámparas de araña de cristal de murano del salón de baile principal, que en otro tiempo habían iluminado desfiles de moda, alumbraban ahora una hilera tras otra de camastros. Los veía difuminados a través de las cristaleras de las puertas principales, pero no llegué hasta ahí. Y era porque el salón tenía un nuevo elemento: dos guardias armados.

Eran vampiros, pero no formaban parte de las fuerzas de seguridad de Casanova. Yo los conocía a todos y ellos me conocían a mí, pero aquellos tipos no hicieron amago alguno de quitarse de en medio.

—No se permite la entrada de humanos —informó uno de ellos, sin molestarse siquiera en mirarme.

—Correré el riesgo —le dije, pero él ni se inmutó—. Mi amigo está dentro. —Ni una palabra, ni siquiera una mirada—. ¡Se está muriendo!

Nada.

—Viene conmigo —dijo Marco, saliendo de la nada.

—Humanos no —repitió el vigilante con el mismo tono tajante aunque, al menos, Marco logró establecer contacto visual—. Son órdenes del Senado.

—¿Es que ha habido problemas? —preguntó Marco, con aspereza.

El vampiro se encogió de hombros.

—Ataques indiscriminados. Algunos de los heridos estaban fuera de sí. Las enfermeras dicen que lo tienen todo bajo control, pero el Senado no quiere incidentes, lo cual significa que no quiere visitas de humanos.

—Bueno, ¡pues esta humana está de visita, tanto si le gusta al Senado como si no! —le espeté furiosa.

—Mantenla a raya o lo haré yo por ti —le dijo el guardia a Marco.

—¡Al diablo con todo! —exclamé, me transporté al interior, y por poco me atropella una enfermera con un carrito. Había más de una decena de ellas yendo de un lado a otro, remendando a los pacientes, como equipos de mecánicos reparando sus coches de carreras. A uno de los pacientes le cambiaron las sábanas, le ahuecaron la almohada, le rellenaron la jarra de agua y le suministraron sus medicamentos en aproximadamente el mismo tiempo que tardé en pestañear.

De pronto, tenía al vigilante franqueándome. No lo había visto entrar, pero lo vi detenerse cuando la mano de Marco cayó sobre su hombro. Marco me echó el pelo hacia atrás para mostrar las dos pequeñas marcas que tenía en el cuello.

—Pertenece a lord Mircea.

La mirada del vigilante se tornó más cordial.



—No la dejes demasiado suelta —le advirtió.

—Sí. Me lo suelen decir mucho. —Marco me puso la mano en la espalda y se apresuró a llevarme al pasillo más cercano.

Nos detuvimos ante uno de los camastros, exactamente idéntico al resto, que había junto a una pared. El paciente con formas humanas, que yacía desnudo sobre unas sencillas sábanas blancas, estaba cubierto de pies a cabeza de grietas y ampollas, y su piel relucía por las pomadas que no parecían hacerle ningún efecto. Sus tobillos desnudos y peludos y sus largos pies sonrosados parecían relativamente indemnes, pero el resto... Era como si lo hubieran hervido vivo.

*Sus zapatos*, pensé con la mirada vacía, como su cinturón, que le había dejado una franja pálida en la cintura, el duro cuero de sus zapatos le había protegido los pies de lo peor. Pero las livianas prendas veraniegas y las finas sábanas de algodón con las que se había envuelto no habían servido prácticamente de nada. Puede que lo que podrían haber sido quemaduras de tercer grado hubieran quedado sólo en quemaduras de segundo grado en algunas partes, pero era difícil de saber. Un ser humano no podría haber sobrevivido a semejante agresión. Rafe estaba tan desfigurado que, sin la ayuda de Marco, jamás le habría reconocido.

Sin embargo, él sí me reconoció.

—Cassie. —Apenas fue un susurro, como si tuviera los pulmones quemados. Me cedieron las piernas y caí de rodillas.

—Dicen que permaneció expuesto al sol durante horas —Marco parecía estar sobrecogido y muy consternado.

No contesté. El torrente de adrenalina que me inundó hizo que me pareciera que la habitación vibraba a mi alrededor, pero no había adónde ir, ni nada que hacer. Traté de coger aire, quizá con demasiado ímpetu, quizá demasiado rápido, me atraganté y sentí que Marco me agarraba con más fuerza.

—¿Por qué se ha hecho esto? —pregunté en voz baja—. Se podría haber quedado atrás... había un refugio.

—He oído que volviste con varios magos.

—Escaparon con nosotros.

—Sí. La gente colabora cuando sus vidas están en peligro. Pero, cuando las cosas se calman, vuelven a lo de siempre.

Recordé la conversación que Caleb había mantenido con Pritkin. ¿Acaso la habría oído Rafe y había concluido que no podía confiar en ellos? El estómago me dio un vuelco cuando comprendí lo que aquello implicaba. ¿Había acabado así por mi culpa?

Rafe nos miró con los ojos entreabiertos, pero tenía los labios tan hinchados que no pude entender lo que decía.

—Creo que quiere que le demos sus gafas de sol —tradujo Marco—. ¿Sabes cuáles son?

—Son unas de Gucci —murmuré.

Marco las encontró en una mesita que había cerca y trató de ponérselas a Rafe, pero no hubo manera de colocárselas sin hacerle daño. En cuanto le tocaban la piel en carne viva, él se estremecía, soltaba un bufido y Marco se las quitaba inmediatamente. Supongo que aquello explicaba por qué no llevaba el camisón del hospital, así como la ausencia de sábana para cubrirse. No podía imaginarme que nada le pudiera rozar sin que él enloqueciera de dolor.

Marco aún trataba de resolver el problema de las gafas, cuando oí un gemido lloroso, me volví y vi a Sal mirando fijamente a Rafe, con su pálida piel enrojecida. Por las mejillas le rodaban las lágrimas, pero no pareció importarle; se limitó a alzar el brazo para limpiarse la cara sin desviar la mirada de la cansa. Jamás en toda mi vida me había sentido tan agradecida, porque Sal estaba llorando; Sal lo hacía, así que yo no tenía que hacerlo.

—Nos han dicho que no debemos... moverle —me dijo Alphonse, que estaba detrás de Sal. Las palabras no pronunciadas «no va a sobrevivir» quedaron en el aire.

—¡Eso son chorradas! —exclamó Sal, agarrando a uno de los camilleros en un movimiento viperino—. ¿Por qué no lo curan?

—No... no hay nada que hacer —contestó el vampiro. Parecía joven, aunque aquello no significaba nada, pero emitía poca energía. Y no se le daba muy bien controlar la expresión de su rostro. Miró a Rafe e hizo una mueca—. Hemos llamado a los sanadores para que lo vieran, pero han dicho que el daño era demasiado grande. Que sólo su maestro podría...

—¡Su maestro ha escondido su cobarde culo en el Reino de la Fantasía! —gruñó sal, clavándole las garras al vampiro en el brazo—. ¡Piensa en otra cosa!

—No hay otra cosa —sugirió el vampiro, empezando a mostrarse aterrorizado—. P... por favor... pertenezco a lady Halcyone. Si la he ofendido...

Sal lo soltó con una mueca de asco, y él se escabulló. Por la expresión de su cara, había tenido suerte de que su ama y protectora fuera miembro del Senado. Pero tenía razón. Los vampiros o se sanaban ellos mismos o no sanaban, razón por la cual me preocupaba tanto que Rafe no hubiera caído en un trance de sanación aún. O, puede que lo hubiera hecho y ya hubiera salido de él sin lograr nada. Una espiral de temor me revolvió el estómago.

Lo miré fijamente, recordando lo callado que había estado durante todo el camino de vuelta y la forma en que había desaparecido en el vestíbulo. En aquel momento, debería haberme dado cuenta de que algo iba mal; y si no entonces, luego, cuando me había dado una ducha. La punta de la nariz y las mejillas se me habían quemado con el sol lo bastante como para escocerme al contacto con el agua. ¿Cómo no había caído en que Rafe debía de estar mucho peor? Con crema protectora antirradiación nuclear o no, los vampiros de los niveles inferiores al primero jamás debían

exponerse directamente al sol. Todo el mundo lo sabe; hasta los que no se han criado en una corte vampírica. ¿Cómo podía haberlo pasado por alto? ¿Cómo podía haberme acostado y permitir que aquello ocurriera?

—Por favor, Rafe —supliqué, con la voz rota—. Por favor...

Sal agarró a alguien, al parecer, una sanadora del Círculo y la trajo a rastras hasta la cansa. Tenía la melena arremolinada bajo la barbilla, y unos rasgos bronceados y hermosos. Aun así, lograba no estar nada atractiva.

—¡Suéltame inmediatamente! —exigió la mujer—. ¡Esto es un escándalo!

—Parece que tenemos conceptos distintos de lo escandaloso —le espetó Sal—. Haz algo por mi amigo o te mostraré cuál es mi concepto.

La mujer enrojeció, adoptando un aspecto atroz.

—Hemos hecho lo que hemos podido. ¡La medicina convencional de poco sirve cuando el cuerpo sobre el que se ejerce ya está muerto!

—Entonces trae algo no convencional.

La discusión continuó, pero yo dejé de escuchar. Algo que no fuera convencional. Se supone que aquella era mi especialidad. Yo era la que había heredado ese poder, el que se supone que podía servir para solucionar los problemas. Pero aquello no sabía cómo arreglarlo.

Traté de reunir mis poderes, pero no vinieron a mí. Y, el tratar de reunirlos acabó tal como lo hacía siempre: con un dolor de cabeza para mí y con los poderes huyendo como un potrillo asustado. Así que traté de razonar, pero aquello tampoco resultó de ninguna ayuda.

Podía retroceder en el tiempo y advertir a Rafe, decirle que se marchara con Marlowe y los demás. Pero no creí que lo hubiera hecho... lo conocía muy bien y, aunque lo hiciera, sólo conseguiría condenar al resto de los ocupantes de nuestro coche a morir. Habíamos logrado escapar a duras penas con Rafe al volante. Jamás lo habríamos logrado sin los reflejos de un vampiro. Y él era el único vampiro que se había quedado con nosotros.

*Tiene que haber algo*, pensé desesperada. Algo que se me hubiera pasado por alto, algo que no hubiera...

Mis poderes interrumpieron mis pensamientos. Habían decidido regresar para vengarse. La clínica improvisada desapareció repentinamente, y fue reemplazada por una visión tan potente que no era capaz de ver otra cosa.

Caminaba por una autopista agrietada invadida de matorrales desérticos. No me topé con nadie, pero, al llegar a la cima de una colina y otear en la distancia comprobé que no estaba completamente sola. La carretera no solo estaba resquebrajada y cubierta de matorrales, era un cementerio.

La luz del sol se reflejaba opaca en las superficies de coches, camiones y todoterrenos cubiertos de polvo. Estaban alineados en filas, como en un atasco

oxidado, hasta donde me alcanzaba la vista. Y, aunque la mayoría de los vehículos eran de modelos nuevos, daba la impresión de que llevaban medio siglo sin moverse.

Empecé a caminar entre la chatarra, pero los coches estaban pegados unos a otros, por lo que concluí que sería más fácil caminar sobre la arena. Pero, al salir de la autopista, empecé a notar el suelo extraño. Estaba seco y me achicharraba los pies, y encima había una capa de polvo que crujía de una manera extraña bajo las suelas de mis playeras.

Entendí la razón con un segundo de retardo, y aparté los pies. Los huesos sobre los que aterricé estaban tan secos y quebradizos que se rompieron en mil pedazos. Había huesos por todas partes, estaban esparcidos como las conchas de una playa apartada. Al fijar la vista al frente, vi que la arena estaba salpicada durante kilómetros de esos fragmentos blancos y quebradizos.

Tras un minuto, seguí caminando por el laberinto; a mi paso crujían los fragmentos de los cristales de los parabrisas rotos. Algunos coches estaban como calcinados, pero no parecían seguir un patrón, aquello no era producto de un ataque. Puede que algún cristal hubiera hecho efecto lupa, prendiendo el combustible que se hubiera filtrado por el chasis de algún vehículo destrozado. Los esqueletos ennegrecidos de metal retorcido salpicaban el horizonte, moteando con manchas oscuras el campo amarillo, como las manchas de un leopardo.

Incluso los coches que no habían ardiendo estaban destrozados, con montones de arena y matojos que ocultaban cualquier pista de la que se pudiera deducir lo que había pasado. De cuando en cuando, me topaba con alguno con ventanas aún intactas, pero tenían tal capa de suciedad acumulada que resultaba difícil ver el interior. El polvo y el óxido habían estropeado las bisagras.

Lo intenté con una decena de los coches mejor conservados hasta que encontré uno que pude abrir a duras penas. Salió una exhalación de aire viciado, como el aliento de una tumba, y algo se movió en el interior. Retrocedí lanzando un chillido.

En el asiento del conductor aún yacía un cadáver disecado, sujetado por un cinturón de seguridad casi completamente decolorado por el efecto del sol. Al forzar la puerta, se desgarraron los restos, haciendo que la cabeza se separara del resto del cadáver, y cayó al suelo del coche. La cara quedó mirando hacia mí, convertida en cuero por el calor seco, y de debajo de una gorra de béisbol se desprendieron unos mechones de cabello, que enmarcaban una boca petrificada en un aullido.

Me aparté tambaleándome, pero dondequiera que mirara, veía lo mismo: más coches como tumbas, cociéndose bajo el sol. De ahí procedían los huesos, comprendí tristemente. Los animales entraban en los coches que no quedaban sellados y...

Me agaché, apoyando la mano en un guardabarros, con la cabeza entre las piernas. Por un instante, pensé que iba a vomitar. Pero no ocurrió nada, tan solo se me pasaron las náuseas y logré fijarla mirada, en lo que quedaba de una placa de

matrícula cubierta de polvo.

Se me aceleró la respiración, y el corazón empezó a latir con fuerza en mi pecho. Traté de quitarle el polvo de una patada, pero era una costra, así que empecé a rascarla con las uñas. Finalmente, logré descubrir una pegatina que reflejaba el año. Entonces, la miré, y los tonos se conjugaron en un borrón de colores primarios, una pegatina roja, el polvo amarillo, el cielo azul.

Era la fecha de aquel mismo año.

La visión se difuminó bruscamente, y me dejó tratando de coger aire, presa de un ataque de pánico. Unas manos me agarraron de los hombros y no me pude desembarazar de ellas. Oí voces, pero estaba histérica, hiperventilando, y no podía entenderlas. Hasta que una nueva voz pronunció mi nombre, y aquella simple palabra se deshizo en un cálido tono dorado que me envolvió como una bendición.

—Todo saldrá bien, Cassie —murmuraba Mircea una y otra vez mientras me acariciaba la espalda y el cabello. Y yo trataba de decirle que no sería así, que no saldría bien. Porque mis poderes seguían mostrándome pesadillas, en lugar de las respuestas que tan desesperadamente necesitaba. Porque no comprendía lo que trataban de contarme. Porque Rafe se estaba muriendo y no había nada que pudiera hacer para impedirlo.

—Pero sí hay una cosa que puedo hacer, *dulceață* —dijo, logrando comprenderme de alguna manera—. Al menos, puedo intentar algo. Pronto estaré contigo.

—¿Pronto? ¿Qué estás... —Abrí los ojos y me encontré medio tumbada sobre el regazo de Alphonse, que me agarraba de las muñecas, mientras Sal y Marco me miraban fijamente. A Mircea no lo veía por ninguna parte.

Antes de que me diera tiempo a decir nada, fuera se produjo un alboroto. Las puertas se abrieron y dos enormes vampiros vestidos con trajes negros entraron.

—¡Ya está! ¡Ya basta! —exclamó la enfermera—. ¡Hay claras instrucciones en lo relativo a las visitas!

Los vampiros la ignoraron y registraron la zona, inspeccionando incluso a los pacientes que había en torno a Rafe con recelo, tirando de un par de grandes mamparas blancas. Hacía tiempo que nadie las utilizaba, aunque tampoco creo que les importara mucho.

—Tenemos poco espacio y están obstruyendo los pasillos —nos informó la enfermera—. Al menos dos de ustedes deberán marcharse.

El «Claro» de Marco significaba «cuando el infierno se congele». Sal y Alphonse ni se molestaron en contestarle. Ahora tenían la atención centrada en la puerta principal con la intensidad de dos sabuesos captando el olor de una presa.

Los vampiros terminaron de colocar las mamparas rodeando la cama de Rafe, dejándonos completamente cercados, aparte de la cara que miraba hacia la puerta.

Tomaron posiciones a ambos lados de la abertura y uno de ellos murmuró:

—Todo despejado.

—No pueden irrumpir aquí —balbuceó la enfermera—. Voy a llamar a los de seguridad... —Se detuvo y se volvió, viendo que la puerta se volvía a abrir.

Entró Mircea.

Miró en derredor y, con un rápido vistazo pareció comprenderlo todo: las hileras de camastros, los camilleros que se apresuraban, tratando de fingir no estar pendientes de lo que estaba ocurriendo, las cansas con manchas de unguento, y se acercó para sentarse junto a Rafe.

Mircea lo observó un instante y se volvió hacia la enfermera, que lo miraba atónita.

—Gracias por los excelentes cuidados que le ha dispensado a mi pariente —le dijo—. No olvidaré su comportamiento.

La ironía entrelazaba sus palabras, pero ella no la captó.

—No... no... no hay de qué. De veras. Ha sido un placer hacer todo lo posible —dijo, y aún estaba hablando cuando Mircea caminó tras ella y la hizo salir del biombo tranquilamente.

Nadie siguió insistiendo en echarnos, ni hubo ninguna otra interrupción. Tampoco creo que Mircea se hubiera percatado si la hubiera habido. Su atención estaba fija exclusivamente en Rafe, que parecía sumido en un dulce sueño.

—¡Raphael! ¡Escúchame! —exclamó con la vehemencia de un látigo, exigiendo obediencia. Y, en algún lugar entre la bruma del dolor que lo había envuelto, Rafe lo oyó. Abrió casi imperceptiblemente los ojos, apenas un brillo entre la piel en carne viva—. En este momento, el propio proceso podría acabar contigo —le informó Mircea—. ¿Qué quieres hacer?

No tenía ni idea de lo que Mircea estaba hablando, pero, obviamente, Rafe sí lo entendía. Dijo algo, pero fue incomprensible. Su voz sonaba apagada, rota y yo, de repente, me sentí agradecida de no entender nada. No quería saber lo que aquellos leves sonidos rotos significaban. Una mano se cerró formando un puño de aspecto dolorido y lo apretó con una fuerza terrible sobre la blanda superficie de la cansa.

—Entonces debes estar dispuesto a luchar —respondió Mircea—. La vida no es un regalo, Raphael; es un desafío. ¡Tienes que estar a la altura!

La mirada de Mircea se había iluminado y sus ojos brillaban como caoba en llamas, adoptando un color dorado y bronceado. «Confía en mí» rogaban, salvajes y orgullosos, e infinitamente irresistibles. Aquella era la mirada que me llevaba a tomar las decisiones más estúpidas imaginables, que desembocarían irremediabilmente en un desengaño. Lentamente, casi imperceptiblemente, Rafe asintió.

Y Sal tiró de mí para que me levantara y saliera de la mampara. Miré a mi alrededor y me encontré rodeada de la familia. Sal y Alphonse estaban ahí, junto con

Marco, los dos vigilantes de seguridad y Casanova, que había logrado parecer afable y agotado a la misma vez.

—¿Qué estás haciendo? —dije, forcejeando mientras Sal tiraba de mí, llevándome hacia la entrada—. ¡Suéltame! ¡Quiero quedarme con Rafe! —Había levantado la voz tres octavas en aquella corta frase, lo cual significaba que estaba más cerca de perderla de lo que creía.

Traté de deshacerme de ella, pero, por supuesto, no sirvió de nada, aunque pude escuchar sus palabras antes de tratar de transportarme.

—Es privado —dijo tajantemente.

—¿Qué es privado? ¿Qué está pasando?

—Mircea va a tratar de romper el vínculo de Tony con Raphael —dijo Sal, mordiéndose el labio—. Normalmente, no sería muy difícil, pero teniendo en cuenta lo débil que estaba Rafe...

—¿De qué estás hablando? ¿Qué más da quién sea su maestro si no puede salvarlo?

—Ya has oído lo que ha dicho el camillero. Tiene demasiados daños como para poder hacer nada, tampoco creo que se hayan molestado mucho hasta que hemos llegado. Le echaron un vistazo y concluyeron que era un caso perdido.

Se sentó de golpe en una de las sillas que Alphonse y Marco habían traído e hizo que me sentara en la otra. Estábamos junto a una pared cerca de la entrada, en una de las pocas zonas sin camastros. Habían apartado un revoltijo de equipamiento médico, sillas de ruedas, camillas y portasueros. Inútiles en aquel momento. Como nosotros.

—¿No entiendo qué van a conseguir cambiándole de maestro! —Sentía inquietud, enfado y una extraña tensión en el pecho, como si no pudiera respirar bien. Como si solo pudiera hacer algo; explotar.

—Mircea hizo a Tony, pero Tony hizo a Rafe —dijo sal, lacónicamente—. Y la sangre es la vida.

Llevaba toda la vida oyendo aquella frase; era un mantra entre los vampiros. Pero, en aquel momento, no entendí por qué lo pronunció.

—¿Pero a Rafe no le está ayudando su sangre!

—Porque es de Tony —replicó Sal, como si yo estuviera siendo demasiado lenta—. No tiene el poder suficiente para poder sanar semejantes heridas. Pero Mircea no es Tony.

Alphonse resopló.

—Ni de coña.

—Adquirimos nuestra fuerza en parte a través de nuestras propias habilidades y en parte las recibimos de nuestro maestro —me explicó sal, extendiendo el brazo para coger un cigarrillo. Se dio cuenta de que había dos bombonas de oxígeno cerca y se detuvo, con aire de frustración—. Cuanto más poderoso sea el maestro, más

poderosos serán sus sirvientes. Si a Rafe le queda fuerza suficiente para absorber la sangre de Mircea, para permitir que él sea su nueva fuente de vida, sanará.

—¿Y si no lo logra?

—¿Tú qué crees? —dijo con sequedad, obviamente harta de tanta preguntita. Alzó la vista y miró a Alphonse—. Necesito una copa.

—Manda a Marco —dijo él, acomodándose apoyado contra la pared, con aspecto de pretender quedarse así permanentemente—. Si el maestro lo logra, se quedará muy débil. Y, en este momento, todo el mundo ya debe de saber que está aquí. Si alguien quisiera atacarle, este podría ser el momento.

—Ha traído guardias con él —dijo Sal.

—Dos. —La voz de Alphonse destilaba desaprobación—. Tengo a diez más en camino, y no me moveré de aquí hasta que no lleguen.

—Tengo vigilantes —añadió Casanova, con aire ofendido—. Por no mencionar a los matones que el Senado me ha mandado.

Por una vez, Alphonse se abstuvo de hacer ningún comentario sarcástico sobre la calidad de la caballería de Casanova.

—Y ahora tienes más.

Sal me miró y yo le devolví la mirada, desafiante. Yo tampoco iba a moverme de allí, hasta que supiera qué iba a pasar con Rafe. Ella suspiró.

—Iré yo. Este puto sitio es deprimente. ¿Qué os traigo?

En cuanto se marchó, me acerqué a Alphonse.

—¿Cómo va a debilitarse un maestro de primer nivel por convertir a alguien? ¡Si lo hacen constantemente!

Alphonse apoyó la cabeza en la pared. Por un instante, creí que ni se molestaría en contestar. Pero entonces, me miró y yo debía de parecer muy desesperada, porque suspiró.

—Para un maestro, convertir a un humano sin poderes no es ningún problema —me explicó—. Tres mordidas sucesivas del mismo vampiro y ya está. Pero Rafe ya estaba convertido.

—¿Y?

—Así que, para romper el vínculo, Mircea tiene que extraerle a Rafe toda la sangre de Tony y reemplazarla con la suya. Normalmente, es agotador, pero no es difícil. La sangre de un maestro de primer nivel es jodidamente potente, así que no tarda mucho. Pero Rafe está tan mal, que Mircea va a tener que transferirle energía extra sólo para que pueda sobrevivir al cambio.

—Y eso significa quedarse con muy poca energía, lo cual es muy peligroso —adiviné, deseando no haber preguntado nada.

Alphonse miró ceñudo a dos celadores que merodeaban por allí como dos adolescentes encandilados desde que Mircea había aparecido. Enseguida, dieron con



un lugar mejor en el que estar.

—El maestro va a perder una gran cantidad de energía tanto si funciona como si no —murmuró—. Estoy aquí para ocuparme de que no tenga que pagar por ello.

No parecía haber mucho más que decir, después de aquello. Los tres nos quedamos ahí sentados, en silencio, inmóviles y, en el caso de los vampiros, sin respirar siquiera. No podría decir lo que sentían Casanova y Alphonse, porque habían adoptado el rostro inexpresivo que utilizan los vampiros cuando no necesitan impresionar a los humanos. Pero yo estaba nerviosa, triste y me sentía completamente inútil.

Por alguna razón, mi cerebro se puso a pensar en los regalos que Rafe solía traerme cuando iba de viaje. Siempre eran muy meditados, adaptados a lo que en aquel momento necesitara. Cuando era una marimacho traviesa, me regaló un casco de gladiador romano de plástico y una espada a juego, con la que yo solía perseguirle por los pasillos de la granja de Tony. Cuando era adolescente y quería aparentar más edad, me traía perfumes de París, en frascos de tamaño infantil, pero que contenían fragancias para adultos. Y justo antes de escapar de casa de Tony, Rafe me había pasado mi primer carnet de identidad falso.

Jamás me había pedido nada a cambio, ni jamás me había parecido que esperara ni quisiera nada. Probablemente, era la única persona de mi vida de la que podía decir eso. Y ahora, se estaba muriendo.

Yo no suelo ser una persona violenta. Había visto tanto dolor durante mi niñez, que para mí había perdido todo su glamur, incluso antes de que todo Dios empezara a atacarme. Así que, en unos minutos, supe identificar la sensación que me inundaba las mejillas y se retorció en mi estómago. Ignoraba quién estaba tras el ataque de aquel día, ni siquiera estaba segura de que hubiera algún responsable. Pero sí sabía una cosa.

Si alguna vez lo averiguaba, lo mataría.

No sé cuándo me dormí, pero desperté con la cabeza apoyada en el hombro de Marco, que alguien había babeado. Mis ojos estaban legañosos y me sentía como si me hubiera atropellado un camión enorme. Tenía los hombros y la espalda llenos de nudos y la cabeza me iba a reventar. Pero Mircea estaba fuera del biombo, con todo el peso apoyado sobre el brazo de Alphonse y Rafe estaba...

—¡Rafe! —Crucé corriendo el pasillo, lo agarré y lo abracé con fuerza, susurrándole cosas que se me agolpaban en el pecho. Aún tenía la sombra de la muerte en el rostro, pero estaba de pie, y la piel que asomaba bajo el camisón azul claro del hospital con el que se había hecho, estaba repleta de cicatrices, pero entera. Las grietas habían desaparecido, el enrojecimiento también, y estaba de pie. Lo veía, y casi no podía creerlo.

—Ha roto su vínculo —dijo Sal, y la mirada que le lanzó a Rafe fue mitad de alivio, mitad de envidia. Le había insistido a Mircea para que hiciera lo mismo por ella y Alphonse desde que había puesto los pies en Las Vegas, pero, hasta el momento, él no había tenido o el tiempo o la energía necesaria.

Rafe no se percataba de nada. Sólo se limitaba a asentir, con aspecto confuso y sorprendido, y completamente exhausto. Me miró, pero no estaba segura de que me reconociera.

—Mi hijo necesita una habitación —le dijo Mircea a Casanova.

—Tengo una preparada. Tus aposentos también están listos, por supuesto. Y la Cónsul ha solicitado audiencia, a la mayor brevedad posible.

—Dile que la veré en una hora —contestó Mircea. Casanova pestañeó e iba a decir algo, pero se tragó las palabras y, en lugar de decir nada, salió de la enfermería en silencio.

En el Dante había dos áticos, uno en cada una de las torres gemelas, y el segundo estaba reservado para el dueño del hotel. Lo mejor que tenían, en mi opinión, era su absoluta inaccesibilidad. Cada una de las suites ocupaba una planta entera, y la única manera de entrar en ellas era a través de un ascensor privado con un acceso mediante código. Y sólo por si a Spiderman le daba por escalar el edificio o un puñado de ninjas caían de un helicóptero deslizándose por unas cuerdas, se nos unieron una decena de vigilantes cuando cruzamos el vestíbulo.

Seis de ellos tomaron el ascensor para adelantarse a nosotros, y el resto aguardamos nuestro turno. Marco, dos guadaespaldas de Mircea, Casanova, Sal y Alphonse vinieron con nosotros. E incluso en el lujoso ascensor, dotado de un asiento acolchado y una deslumbrante lámpara de araña, estábamos apretados. Siempre he estado a favor de la seguridad, pero no se me ocurría forma de que nadie fuera a sacar

un arma, si no podíamos siquiera movernos.

—¿De veras nos hace falta un pelotón entero? —pregunté cuando llegamos arriba y las puertas se abrieron.

—Se dio orden de ello después del derrumbamiento de MAGIA: nadie con rango de senador puede ir a ninguna parte sin escolta —me informó Mircea.

—Pero tú eres un vampiro maestro.

—Y tú una pitia —añadió intencionadamente—. En este momento, nuestros poderes nos convierten en blancos fáciles.

—No por mucho tiempo —replicó Casanova, y su voz sonó ahogada, ya que había acabado aplastado tras dos enormes vampiros—. El Senado está trabajando para reforzar las protecciones.

—Las protecciones no tienen ni ojos ni oídos —apuntó Marco—. Jamás podrán reemplazar a un guardaespaldas bien adiestrado.

*Puede que no, pensé, pero son mucho menos horripilantes.* No sabía cómo serían las nuevas protecciones, pero me imaginé que saldrían de la cantera personal de Mircea. Porque desprendían tanta energía en aquel estrecho espacio, que me provocaba un hormigueo en el cuerpo. Y tampoco se trataba del habitual escalofrío. La energía que había en el ambiente era como una tormenta eléctrica y la que allí flotaba me reptaba por los brazos, causándome picazón en el cuero cabelludo, provocando en mí el deseo de gritar.

Vale, los dos éramos maestros.

Hice un esfuerzo por no empezar a frotarme el brazo, pero cuando el que estaba más cerca de mí me clavó la mirada, me olvidé de todo y me eché hacia atrás levemente. Él sonrió, mostrando ligeramente los colmillos, mientras que el otro me miraba como si yo fuera una de esas cosas pestilentes que crecen detrás del frigorífico. Entonces, las puertas se abrieron y nos desparramamos por el pasillo privado.

Había una maceta con una palmera, una pequeña moqueta alargada y los seis vigilantes que se habían adelantado a nosotros franqueando la única puerta. Uno de ellos se apresuró a abrir la puerta y todos entramos en un gran vestíbulo. Por un instante, sólo miré. A diferencia de mi antigua habitación, que podría ser la de cualquier hotel, aquella era temática. El tema, repetido hasta la muerte, era el Lejano Oeste, o más bien la idea que algún diseñador tenía del Oeste. La lámpara de araña de dos niveles estaba hecha de cuernos, había antiguos lienzos con escenas de vaqueros sobre el papel rojo de la pared; una alfombra de piel de vaca yacía en el suelo, como un charco blanco y negro moteado, y había un aparador, sobre el que se posaba una escultura en bronce que representaba a un vaquero domando un caballo.

Casanova reparó en la expresión de mi cara.

—La Cónsul eligió la suite azul —apuntó, con actitud altiva.

—Ya.

Un viejo vampiro arrugado se dirigió hacia nosotros cojeando, con aspecto preocupado.

La mayoría de los seres humanos se habrían fijado en las manchas de las manos y en los matojos de pelo blanco que las poblaban y le habrían echado unos cien años. Llevaba unos quevedos sobre su larga nariz, a pesar del hecho de que estaba ciego como un murciélago y casi sordo como una tapia. Pero Horatiu había sido el tutor de Mircea en su niñez y era la única persona a la que se había visto regañar al jefe.

—¡El maestro necesita descansar! —anunció Horatiu, inspeccionando el ejército de guardaespaldas que trataban de pasar por la puerta—. ¡Todos fuera!

Tras ser ignorado unánimemente por los guardaespaldas, se dirigió arrastrando los pies hacia uno de los vampiros de mayor envergadura y empezó a tratar de empujarlo hacia la puerta, lo cual tuvo el mismo efecto que una mosca intentando mover una roca, pero Horatiu no parecía percatarse. El guardaespaldas ni se molestó en forcejear, sino que se limitó a poner mirada de resignación y a dejar que lo golpeará con los puños.

—Lo siento —se disculpó Casanova con Mircea y bajando la voz—. Había mandado personal a estas habitaciones, pero Horatiu ha llegado con los refugiados de MAGIA y...

—Échalos.

Casanova asintió.

—Me ha dicho que no eran de fiar. Traté de tranquilizarlo, pero...

—Está bien —murmuró Mircea.

—He dicho que fuera. ¿Estáis sordos? —preguntó Horatiu, recurriendo ahora a las patadas—. ¿Qué les darán para que crezcan tanto? —lo oí murmurar.

Sal suspiró y se encendió otro cigarrillo.

—Los guardias hacen falta para proteger al maestro.

—¿Y para qué se cree usted que estoy yo aquí, señorita?

Alphonse iba a contestar, pero Mircea lo fulminó con la mirada. Se calló.

—Estoy seguro de que Horatiu es perfectamente capaz de ocuparse de mi bienestar —comentó Mircea, con serenidad.

—Luego me haré con algunos más —murmuró Casanova y Mircea asintió.

El vampiro enorme al que Horatiu había estado golpeando cedió terreno reticente, y fue recibiendo empujones hasta llegar al ascensor, momento en que el anciano quedó satisfecho. A continuación, se abrieron las pulidas puertas niqueladas, y salieron de él cuatro guardias más al pasillo ya abarrotado. Horatiu, furioso, empezó a maldecir en rumano mientras que el resto seguimos a Casanova hasta un gran salón. Marco y los dos guardaespaldas que Mircea había traído consigo empezaron a inspeccionar la habitación, buscando intrusos. Me pregunté cómo serían capaces de

distinguirlos. Lo del vestíbulo no había sido más que un calentamiento para el diseñador, obviamente perturbado. Cuando diseñó todo aquello, tenía su talento puesto a toda máquina.

Había cabezas colgadas en todas las paredes, desde cabezas de ciervos y todo tipo de animales con cuernos exuberantes, hasta búfalos y renos, incluyendo dos calaveras que franqueaban una televisión de plasma encastrada sobre la gigantesca chimenea. Una alfombra de piel de oso pardo ocupaba el lugar de honor bajo dos sofás de piel de vaca uno enfrente del otro, con una mesita de cuerno lacado, todo iluminado con otra araña de cuernos. En una esquina, había una barra rústica iluminada por un cactus de neón y bordeada por taburetes en forma de silla de montar. En su conjunto, el lugar lograba parecer ostentoso y atrocamente vulgar a la vez.

Mircea vaciló un momento en el escalón de arriba, y se dirigió hacia la marisma de objetos *kitsch*, con aspecto algo desconcertado.

—Ya estaba así cuando tomé el mando —dijo Casanova, a la defensiva—. Evidentemente, pienso remodelarlo.

—Yo no lo haría. —Sal se dejó caer en el sofá de piel de vaca y dejó la colilla de su cigarrillo en un cenicero con forma de escupidera—. Es diferente.

—Es vulgar —replicó Casanova, con tono cortante.

—¿Acaso no lo es el resto del hotel?

—Basta —dijo Mircea, cruzando el suelo de madera de granero para sentarse junto a ella.

Casanova fue hacia una pared y presionó un interruptor. Se oyó el leve rumor de un motor y, lo que parecía una pared sólida, empezó a retroceder. Se fue abriendo lentamente para desvelar un balcón enorme donde se veía el largo rectángulo negro de una piscina privada, en la que se reflejaba el titilante paisaje de The Strip. De acuerdo, es posible que alguien se olvide un poco de la decoración con semejantes vistas.

Además de la suite del maestro, el ático contaba con tres dormitorios más, uno de los cuales estaba destinada para Rafe. Marco y uno de los guardaespaldas de Mircea habían ayudado a llevarlo hasta allí, sirviéndole de apoyo sin que fuera demasiado evidente que así era. No creo que a Rafe le preocupara demasiado la dignidad en aquel momento. Cuando alzó la cabeza para mirar aturdido en derredor, parecía destrozado, con los ojos pesados y la boca hinchada.

—¿Necesitas algo? —le pregunté, pues lo seguí a su habitación. No me contestó. En cuanto su cabeza tocó la almohada, dejó de estar consciente.

—Una resurrección ya es bastante dura de por sí —apuntó Marco, al percatarse de mi semblante—. Y encima, con las quemaduras... Va a estar así un tiempo.

—Pero se recuperará, ¿verdad?

—Ha sobrevivido al proceso, así que sí. Debería recuperarse.

Escudriñé el rostro de Rafe. Tenía unas profundas cavidades bajo los ojos y algunos mechones lacios le caían sobre la frente. Sus muñecas desnudas, apoyadas sobre las sábanas, parecían frágiles. No me dio la sensación de que estuviera bien.

—Necesitamos una enfermera.

—Sabemos cuidar de nosotros mismos —dijo el guardaespaldas con aire despectivo. Era uno de los que me habían mirado mal en el ascensor. Al parecer, jamás me lo ganaría.

—No lo dudo —repliqué, haciendo un esfuerzo por guardar las formas, a pesar de los nervios que había pasado hacía unas pocas horas—. Pero, teniendo en cuenta el alcance de sus heridas, preferiría que lo vigilara un profesional.

—Explícaselo —le dijo el guardaespaldas a Marco, ignorándome.

—No está permitido que ninguna persona no autorizada entre en las habitaciones de los senadores —me informó Marco—, incluyendo a las enfermeras.

—¡Entonces busca una que esté autorizada! —Noté que las sienas empezaban a palpitarme—. Y supongo que aún debo estar agradecida porque no me trata como a un objeto —le espeté al matón—, pero es de mala educación dirigirte a alguien sin mirarle.

—Cassie... —empezó a decir Marco.

—¡Rafe casi se muere, Marco! Necesita una atención adecuada. No a dos tipos que están demasiado ocupados obedeciendo órdenes a ciegas de...

De repente, me levantaron en volandas, y me topé con dos deslumbrantes ojos asombrosamente dorados, desprendiendo la mirada hipnótica de una serpiente. El matón sonreía, pero en su semblante no había calor alguno, pues su mirada era demasiado inexpresiva, la sonrisa demasiado amable, había demasiada avidez en ellos como para que destilaran amabilidad. Como si fuera un gato que ha arrinconado a algún animalillo y saborea el momento antes de lanzarse a su cuello.

—¿Quieres que te mire, humana? —me preguntó en tono amabilísimo—. Será un placer. —Y el aire de la habitación se volvió eléctrico.

Había visto demostraciones como esa en suficientes ocasiones como para asustarme y quedarme atónita. A algunos de los vampiros que había en casa de Tony les gustaba jugar a asustar a los humanos cuando no tenían nada que hacer y, con los años, ya había descubierto algunas estrategias para enfrentarme a ellos. Pero ni el más fuerte de los matones de Tony tenía ni una pequeña parte del poder del que tenía delante.

De hecho, a pesar de los trucos que había aprendido para mantener la mente clara, estaba empezando a sentirme aturdida. La habitación se oscureció con tal rapidez, que parecía que alguien hubiera apagado la luz. Una asfixiante oscuridad cayó sobre mí, inundándome los pulmones, cortándome la respiración. Los únicos puntos brillantes eran dos ojos color escarlata con unas enormes pupilas negras que casi

habían devorado el color dorado. Y lo único que se me ocurría era que Nietzsche tenía razón: a veces, cuando miras al abismo, el abismo te mira a ti.

Alguien me puso la mano en el brazo, aunque apenas la sentía y casi no oía nada. El poder de su maestro me anegaba el cerebro, balbuciéndome en la cabeza, bloqueándolo todo. Se me estaba empezando a olvidar lo que estaba diciendo, y por qué era tan importante. En unos segundos, se me olvidarían muchas más cosas: dónde estaba, e incluso quién era... hasta que no quedara más que una sola idea: obedecer.

*Recuerda*, me dije salvajemente, clavándome las uñas en las palmas con todas mis fuerzas, y el dolor ensombreció levemente la voz que me hablaba desde dentro de mi cabeza. Miré fijamente aquellos extraños y ancianos ojos, y me sentí demasiado débil para jueguecitos.

—Venga, sí, enséñales a todos el poder que tienes —lo desafié vacilante—. Pero, cuando hayas terminado, ¡quiero una condenada enfermera aquí!

Me sostuvo la mirada un segundo, dos... y luego, parpadeó y desvió la mirada. Y, con ello, la tensión desapareció, las luces se encendieron y el repentino rumor quedó sustituido por el suave aliento del aire acondicionado y los improperios de Marco. Aún tenía el sabor de la bilis en la garganta, ácida y oscura, pero estaba segura de mí misma.

—Ni lo intentes —le dijo Marco a alguien, sujetándome con fuerza suficiente para que yo no me derrumbara—. Es la novia del jefe.

El matón entrecerró los ojos.

—Es humana. —Parecía confuso, y vagamente asqueado—. No me han dicho nada de que...

—Sí. El maestro ha estado muy ocupado. Estoy seguro de que luego se pasará para hacer las debidas presentaciones. Mientras tanto, ten un poco más de cuidado, ¿eh? —Marco empezó a tirar de mí, apartándome del atónito guardia, de vuelta al salón.

Llegamos al pasillo y yo me detuve, pues necesitaba recomponerme un poco la cara antes de ir con los demás. Marco lanzó un suspiro y me fulminó con la mirada, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Y yo decidí que, como ya estaba cabreado, lo mejor sería acordar un par de cosas.

—Tienes que dejar de presentarme así —dije, seria—. No hables de mí como si fuera una propiedad.

—Es lo único que algunos de ellos son capaces de entender.

—Eso díselo a otra. He crecido en una corte de vampiros. Conozco el protocolo. ¡Y no es así!

—Tú creciste en una corte de matones de tres al cuarto con delirios de grandeza —disparó Marco—. Vas a tener que acostumbrarte al hecho de que los criados de Mircea son más viejos y mucho más tradicionales que esos con los que te criaste. Y,

por lo que he visto, no tienes ni puta idea de protocolo.

—Lo único que he hecho ha sido pedir una enfermera.

—No es por lo que dices, sino cómo lo dices. No puedes hablarle a un antiguo maestro de la familia igual que a un vampiro reciente o a un humano.

—¡Conozco a vampiros mucho más viejos! —repliqué, ofendida—. Conozco al Senado...

—Y, si no estuvieras relacionada con el maestro y no fueras también pitia... —Marco negó con la cabeza—. No sé.

—Los prejuicios de los demás no son mi problema—le contesté, furiosa. De toda la gente posible, no podía creerme que fuera Marco el que me estuviera dando lecciones. ¿Me estaba diciendo un tipo que se comportaba como un extra de *El Padrino* que tenía que vigilar mis modales?

—Si no respetas más las normas de comportamiento, los habrá —contestó, con vehemencia—. Muchos de los vampiros viejos son muy susceptibles. Tienen quinientos o seiscientos años, algunos incluso más. Esperan alcanzar el primer nivel, emanciparse para poder ser dueños de su propio destino. Pero aún no lo han logrado. Y la mayoría de ellos ha llegado a la conclusión de que jamás lo lograrán.

—¿Y eso a qué viene ahora? —preguté, sinceramente perdida.

—Algunos de nuestros vampiros no empezaron con nosotros —murmuró—. Algunos, como Nicu, el que estaba aquí, han tenido tres o cuatro amos. Durante siglos, los han arrastrado de un sitio para otro como ganado, sin tener control alguno sobre quién era su señor o sobre sus acciones, ningún control sobre nada. Lo único que han tenido, y lo único que van a tener, es el respeto a su edad y habilidades. Y si perciben que no les vas a mostrar respeto, reaccionarán.

Tragué, demasiado exhausta para recibir lecciones, pero con la sensación de que pudiera ser que aquella fuera necesaria. En casa de Tony nadie era tan viejo, aparte de él y de Rafe. Y, ahora que lo pensaba, Tony se había mostrado muy susceptible en lo relativo a su dignidad. Siempre había pensado que era debido a su enorme ego, y es posible que así fuera. O puede que aún hubiera ciertas cosas que no había entendido de los vampiros.

—Lo siento —dije, en voz baja—. No sabía que...

—Sí, lo sé, pero tienes que tener en cuenta estas cosas, porque ¿sabes lo que Nicu estará pensando en este momento? Se estará preguntando si es una señal; si el hecho de que la chica del jefe le falte al respeto es la manera que Mircea tiene de decirle que no cuenta con su favor. Se estará preguntando si estará a punto de ser traspasado, otra vez, y llevado a otra corte donde tendrá que pasar los próximos cincuenta años abriéndose paso hasta lograr un puesto respetable. Si es que sobrevive. Se estará preguntando si el hacha estará a punto de caer sobre él.

Miré a Marco fijamente, mareada.



—Hablaré con él. Le daré una explicación...

Marco puso los ojos en blanco.

—Sí, como si eso fuera a servir de algo. No te preocupes por eso. Ya le explicaré que no sabes lo que haces. Pero será mejor que entiendas que, ahora, las cosas funcionan de otra manera. Ya no eres ninguna parásita en una corte por la que nadie se preocupa. La gente se fija en lo que dices, y tú tienes que hacer lo mismo.

—Vale —contesté, sintiéndome diminuta. Dios, ¿podría haber tenido un día peor?

—No soy la persona más apropiada para decírtelo —añadió Marco, con aire de frustración—. Pero, tenemos que buscarte un profesor, y no uno de esos pueblerinos con los que viniste...

—Vosotros dos, podéis entrar —exclamó Sal desde el salón—. De todas formas, os estamos oyendo perfectamente. Y a los de pueblo nos gustaría comentar un par de cosas.

Estupendo.

Cuando volvimos al salón, Casanova se había marchado, probablemente para tratar de lidiar con el caos. Pero Alphonse, Sal y Mircea estaban sentados sobre el sofá de piel de vaca. Mircea y Sal se encontraban a ambos extremos del mismo, y el asiento central estaba ocupado por un almuerzo en forma de joven rubio, lo cual dejaba libre un sillón para mí y los chicos, aunque tampoco es que estuviéramos muy apretados, ya que medía unos tres metros.

Sal y Alphonse se rellenaron las copas en la horrorosa barra, mientras que Mircea se terminaba el postre, al que reconocí como uno de los jóvenes de la cantera de Casanova, que trabajaba en el mostrador de recepción. Nos habían tocado unos cuantos turnos juntos, y me lanzó una leve sonrisa al ponerse en pie, algo tambaleante. Uno de los guardaespaldas lo acompañó a él y al plato principal: un moreno de veintitantos, al vestíbulo.

Sorprendentemente, Mircea parecía cansado, aún a pesar de haber tenido ración doble. Estaba algo recostado, con las manos cruzadas sobre el vientre y la cabeza levemente inclinada hacia atrás. Aquella era una postura de lo más normal para cualquiera. Pero Mircea jamás se relajaba. Normalmente, a su alrededor, había un aura de energía, y no solo por la que desprendía. Aquella noche, estaba notablemente ausente.

Me quedé mirándolo fijamente, tratando de centrar la mirada en sus ojos, no en las marcas de cansancio que tenía junto a ellos. Se suponía que Mircea no se cansaba. Ni enfermaba. Ni podía ser herido. Era una de las cosas por las que me había parecido tan atractivo, incluso cuando era pequeña. En un mundo en el que las alianzas cambiaban constantemente, la gente moría continuamente, Mircea se mantenía estable, fuerte, eterno.

Sólo que no lo era.

Lo cual significaba que, algún día, lo perdería, también.

Siendo honesta, aquella era la razón principal por la que no quería estrechar la relación más de lo que ya estaba. Tener a alguien era lo que precedía a perderlo. Me había pasado una y otra vez. Era más sencillo no desear nada, ni de Mircea, ni de nadie.

El deseo, la necesidad... estaban tan próximos, y la necesidad siempre es dolorosa.

Nos habíamos transportado juntos unas cuantas veces.

—¿Cassie? —Mircea me miraba de un modo extraño. De repente, me percaté de que me había quedado parada, mirándolo.

—¿Cuánta sangre ha tomado Rafe? —pregunté, impulsivamente.

—Es de mala educación preguntar por el Cambio de una persona —me informó Horatiu, tambaleándose con una mesita plegable y una bandeja repleta. Me apresuré a ayudarlo, y no sólo porque la bandeja olía a gloria bendita, pero mi delicadeza sólo conllevó para mí una mirada ceñuda.

—¡Siéntate, siéntate! ¿Es que te has educado en el bosque con los lobos, jovencita?

—En casa de Tony —contestó sal, reclamando su asiento.

—Ah, lo mismo es —dijo Horatiu, tratando de mantener el equilibrio, mientras se peleaba con la mesita plegable.

—No le hagas caso —replicó Alphonse, rescatando mi cena, antes de que diera contra el suelo—. Ese viejo siempre está dando sermones. —Aquello no me tranquilizó demasiado. Por modales, Alphonse entendía acordarse de enterrar todos los cuerpos.

—Este viejo te está oyendo —dijo Horatiu, con aspereza.

—Algo es algo —musitó Alphonse, colocándome la cena en el regazo.

No era consciente del hambre que tenía hasta que olí el bocadillo de ternera asada que le había arrebatado a Horatiu. Iba acompañado de champiñones con cebolla y chili. Lo único mejorable hubiera sido que, en lugar de la ensalada que había en una esquina, hubiera habido patatas fritas, pero no era momento de quejarse.

Empecé a excavar en el plato mientras Sal me miraba, ceñuda. No tardé mucho en comprender por qué. Estaba obsesionada con el aspecto físico o, al menos, eso es lo que siempre había creído. Pero, una vez había conocido a su familia, empezaba a entender su comportamiento. Puede que no tuviera la edad ni el poder de los maestros, pero, desde luego, estaba perdida si no lograba ir aún mejor vestida que ellos.

—Tengo este aspecto porque la Cónsul me echó de mi habitación y me robaron la maleta —le dije, entre mordisco y mordisco.

—Tu maleta está aquí, bueno, se supone. Lo que no pudimos averiguar es dónde

estabas tú, ya que no te molestaste en informar a nadie.

—Me pusiste un localizador, ¿sabías exactamente dónde estaba!

—Sabíamos que estabas dentro del hotel —reconoció, como si seguir cada uno de mis movimientos fuera de lo más fácil—. Pero las protecciones interfieren con el hechizo, así que no podíamos estrechar la búsqueda más. Marco sólo logró localizarte cuando saliste al exterior.

—Fue a por una pizza. Ella sola —gruñó, en voz baja. Mircea no dijo nada y se mostraba deliberadamente inexpresivo, lo cual me ponía de los nervios.

—Podría haber sido peor —dijo Alphonse—. Nos tiramos medio día pensando en lo peor. El localizador decía que estabas viva, pero metieron el coche en...

Maldita sea. Lo había olvidado.

—¿Está muy cabreada la Cónsul? —pregunté, inquieta.

—¿Por qué?

—Por lo de su coche. Supongo que sería una pieza única...

—Sólo era un coche —dijo Alphonse, encogiéndose de hombros—, no tiene mucha importancia. Pero a todos nos gustaría saber cómo lograste sobrevivir.

—Es una larga historia.

—De eso estoy seguro. Vi el aspecto que tenía y aposté a que no habría sobrevivido nadie. Que todo habría quedado reducido a cenizas.

Fruncí el ceño. A aquel coche le habían pasado muchas cosas, pero eso no.

—No se ha quemado. Y si así hubiera sido, el agua lo hubiese apagado.

Mircea alzó la cabeza y me miró de una forma extraña.

—¿Qué agua?

—El agua del lago. Ya sabes, aquella en la que acabamos metidos.

Se quedó en silencio por un instante.

—No, *dulceață*, no lo sé. El coche explotó en mitad del desierto.

Por un instante, me limité a masticar. Tragué y bebí algo de vino.

—Explotó —repetí.

—Creemos que le pusieron una bomba a la Cónsul. El Bentley era uno de sus coches favoritos.

La ballena gris que dejamos en el fondo del lago Mead era un Packard, había visto el nombre escrito en la parte trasera en grandes letras plateadas mientras se hundía. Aquello no tenía ningún sentido.

—Nos contó que le había pedido a Raphael que lo sacara y se lo trajera —añadió.

Entonces lo recordé. Rafe me había guardado un asiento en un Bentley negro. Lo vi en la cola de coches. Era una joya pulida en el que se reflejaban las luces de emergencia del aparcamiento. Casi lo había olvidado. Hasta aquel momento, porque no cogimos aquel coche. Lo cogió otra persona. Alguien que ahora estaba muerto.

—Supongo que te transportaste y escapaste de la explosión —me preguntó

Mircea, mirándome con mucho interés. Sabía que algo iba mal.

—Cogimos otro coche —dije, confusa. Y si no lo hubiéramos hecho, Rafe no habría acabado en el hospital. Habría muerto. Si llego a volver a tiempo para tratar de salvarlo, lo habría matado.

—Toma —Sal me puso una copa en la mano. Por el olor, supongo que era un güisqui solo.

Miré la mesita mientras daba un sorbo, pero lo único que veía eran cientos de coches destrozados ardiendo bajo un cielo raso. Y, a su alrededor, un paisaje desolador y vacío, lleno de huesos. ¿Habría sido aquello la forma que mis poderes tenían de decirme que estaba apunto de pifiarla del todo? ¿Acaso habría estado tratando de advertirme de la muerte de Rafe?

Me gustaba aquella idea, porque, en ese caso, no había por qué preocuparse por las visiones. La crisis había pasado, Rafe había sobrevivido y, por una vez, habíamos esquivado la tormenta. Pero, por mucho que lo deseara, había algo en aquella idea que me inquietaba.

Podía entender lo de los coches quemados, teniendo en cuenta lo que le había pasado al Bentley. Pero ¿por qué no se habían limitado mis poderes a mostrármelo y punto? Enseñarme la explosión real hubiera sido mucho más fácil que tener que descifrar un extraño paisaje lleno de vehículos oxidados. Y además, ¿por qué mostrarme el Dante destrozado cuando lo que yo tenía que hacer era impedir el ataque a MAGIA?

Estaba harta de descodificar los mensajes que me llegaban con pesadillas en vez de con palabras. Aquella era otra de las razones por las que detestaba mi don. De vez en cuando, te viene una imagen nítida y reconocible. Como en mi decimocuarto cumpleaños, cuando me vino la imagen de la muerte de mis padres por culpa de un coche bomba. Completa, con sonido y en tecnicolor. Aquellas visiones eran desagradables, pero, al menos, eran mejores que las místicas, que podían significarlo todo o nada. La mitad de las veces, no las entendía hasta que ocurrían los acontecimientos, o cuando era demasiado tarde.

—¿Cuántos han sido ya? ¿Es ya el tercer atentado contra la Cónsul en el último mes? —preguntó Sal.

—Es un problema constante —confirmó Mircea—, incrementado ahora sin el vasto sistema de protecciones de MAGIA.

—Y por su negativa a esconderse —dijo Sal, con gesto de aprobación.

Mircea se frotó los ojos. Empezaba a reconocer aquel gesto.

—Sí, y aunque nos ha permitido identificar a varios traidores, es... desesperante.

—No puede comportarse como una cobarde y esconderse —señaló Sal—. La Cónsul es un símbolo. La gente bebe de su valentía.

—Ella lo ve también así. Kit dice que le va a salir una úlcera por su culpa.

Sal frunció el ceño y se inclinó hacia delante, poniéndose repentinamente seria.

—¡Ella es consciente de que no se puede quedar ahí sentada y esperar a que todo se solucione solo! Que uno tiene que desencadenar los acontecimientos.

—Creía que le gustaba la gente terca, poderosa y complicada —interrumpió Alphonse.

—Le gusta ese tipo de gente, pero viva —añadió Mircea, con agudeza.

Fingí no percatarme.

—¿Cómo es posible que le pusieran una bomba en el coche? —pregunté—. ¿Es que sus sirvientes no los vigilan?

—Sí —dijo Mircea con gesto severo—. Parece que hay un traidor.

—¿Cuántos ha conseguido reclutar la jodida corrupta esa? —preguntó Alphonse, enojado.

«La jodida corrupta esa» era Myra, la anterior pupila de Agnes, que se había puesto de parte de Apolo. Había averiguado cómo debilitar los vínculos entre los maestros vampiros y sus sirvientes, utilizando su habilidad para retroceder en el tiempo y emponzoñar a los aspirantes a vampiro. Los vampiros a los que se convertía estando enfermos o moribundos no solían obedecer tan fervientemente a sus maestros. Horatiu, por ejemplo, estaba en su lecho de muerte cuando Mircea lo transformó, pero lo único que se le ocurría hacer con su libertad era decir constantemente lo que opinaba.

Otros habían encontrado pasatiempos más peligrosos.

—No puede haber muchos más —dijo Mircea, como si, realmente quisiera creerlo—. Myra tenía como objetivo a los principales sirvientes del Senado, debilitando sus vínculos para poder persuadirlos de que traicionaran o mataran a sus maestros. Y, al paso que vamos, ¡en poco tiempo se habrán rebelado todos!

—¿No deberíamos aislarlos o algo así, al menos hasta que las cosas se calmen? —sugerí. No me gustaba la idea de uno de esos maestros apuñalándolo por la espalda. O en cualquier otro sitio.

Mircea negó con la cabeza.

—Por desgracia, los más valiosos para nosotros son los que deben estar bajo mayor sospecha. Y, en este momento, necesitamos a nuestras huestes.

—Sí, pero si son peligrosos...

—Sería más peligroso privarnos de su apoyo —dijo, con firmeza—. Y puede que ya sepamos quién es el traidor. Uno de los sirvientes de mi corte trató de asesinar a uno de mis seres queridos hace poco. Fracasó y lo ajusticiaron. Pero, durante meses, formó parte de mi personal en MAGIA. Hubiera tenido tiempo suficiente para tenderle una trampa a la Cónsul.

*Y mucha otra gente también*, pensé, aunque no lo dije en voz alta. Conociendo a Marlowe, habría removido cielo y tierra para investigarlo. Alguien casi había logrado asesinar a su líder justo delante de sus narices. Aquello debía de escocer.

—¿Qué pasaría con la guerra si muriera la Cónsul? —pregunté, bastante segura de conocer la respuesta.

—Nuestra participación se vería muy restringida mientras se la sustituía. Podrían tardar meses, dado que nuestra ley permitía a cualquiera con estatus de primer nivel aspirar al puesto. Lo cual incluía a los maestros de otras cortes. Y muchos de ellos opinan que, de los humanos, lo único que necesitamos es su sangre.

—Ahí entra en juego nuestra alianza con el Círculo —dije, inexpresiva. Y, *posiblemente, la guerra*. Vacíe mi copa, agradeciendo el calor que me atravesó todo el cuerpo. De repente, tenía la piel fría.

A petición de Mircea, pasé los siguientes quince minutos contándoles a todos el día que había tenido. No me interrumpió, pero no parecía muy contento. Y, en lugar de darle vueltecitas al vaso, como solía hacer, se bebía de verdad el líquido ámbar que contenía.

—Haré que examinen tu protección —dijo cuando concluí—. No me gusta que estés sin ella.

—Sí. Sobre todo teniendo al Círculo tras de mí.

—Sí, con respecto a eso —dijo Mircea, aceptando el ofrecimiento de Sal a rellenarle el vaso—. El lord protector me ha llamado esta tarde para preguntarme por ti.

—Qué amable por su parte —dije, clavando el tenedor en un tomate. Algo que no era una sonrisa curvó una de las comisuras de Mircea—. Me aseguró que el mago Richardson había actuado por su cuenta y sin su consentimiento, movido por el deseo de venganza.

—¿Y cuál es su excusa esta vez?

—Me pidió que te trasladara sus disculpas... y que organizara otra reunión lo antes posible.

Sonreí. Llevaba mucho tiempo esperando la ocasión para utilizar una de las palabrotas más originales de Pritkin. Y, aquel era, desde luego, un momento inmejorable...

Los labios de Mircea hicieron una mueca.

—Sabía que dirías eso, razón por la cual acepté de tu parte celebrar la reunión.

—¿Qué?

—La tradición establece que el reinado de una pitia no comienza oficialmente hasta que esta sea confirmada en una ceremonia presidida por el lord protector del Círculo —dijo, con tono apaciguador.

—¡No me importa la tradición!

—Pero a la comunidad sí. Para que te acepten como pitia, necesitas la legitimidad que la ceremonia te otorgaría.

—¡Esta mañana no pensabas lo mismo!

—Sí que pensaba así. Pero se desaconsejaba celebrar la reunión por motivos de seguridad. Kit había oído que podía haber problemas.

—Dato que podrías haber compartido conmigo.

Mircea arqueó una de sus expresivas cejas.

—¿De veras te habrías perdido semejante ocasión?

—No lo sé. ¡Pero hubiera estado bien haber tenido elección!

—Lo tendré en cuenta.

Seguro que sí. Cuando se quedara sin esposas.

—Aún así, no pienso reunirme con el Círculo —dije con rotundidad—. Y ni quiero ni necesito su bendición. Díselo de mi parte si quieres.

—El Senado se ocupará de tu seguridad.

—No es posible. ¡No podéis creer todo lo que os cuentan!

—No lo hacemos. Por eso hemos acordado celebrar la reunión durante la recepción de los cónsules visitantes. —Mircea hizo una pausa y, por primera vez en toda la noche, sus Ojos brillaron con su ardor habitual—. Con los seis.

—¿Los seis? —Alphonse se atragantó con el güisqui; el resto, se limitó a mirarlo fijamente.

—Es la primera vez en la historia que convocan a los seis Cónsules con una diferencia de sólo dos días —confirmó Mircea. Su voz era firme, pero tenía las mejillas sonrojadas. Hacía falta mucho para hacer que un maestro de primer nivel perdiera el control. Pero una noticia como aquella era suficiente. Puede que la Cónsul hasta hubiera pestañado.

—Trabajas rápido —dije—. Esta mañana, sólo tenías a dos.

—Parece ser que la tragedia de esta mañana convenció a los senados de que esta guerra es distinta a todas las que hayamos visto.

—Y se habrán cagado —añadió Alphonse—. Aunque eso no lo van a reconocer.

Mircea sonrió casi imperceptiblemente.

—Se han sorprendido, algo poco habitual en ellos. Sus cortes también están construidas cerca de líneas Ley.

—Temen que lo que ha pasado pueda ocurrir de nuevo —desentrañé.

No parecía muy preocupado.

—Siempre existe esa posibilidad, desde luego. Pero las líneas llevan miles de años en uso y jamás había ocurrido una catástrofe semejante. Suponemos que fue todo un trágico accidente.

—¿Un accidente que tuvo que ocurrir justo encima de MAGIA?

—Si la línea era inestable, se podría haber producido una grieta en cualquier parte. Pero parece que el enfrentamiento fue el desencadenante y ocurrió ahí. En unos días, sabremos más, cuando las turbulencias remitan lo suficiente para poder iniciar una investigación.



—Así que, si no hay peligro, ¿por qué se van a reunir los Cónsules?

—Pueden que les parezca que la amenaza es más grave de lo que realmente es —explicó, inexpresivo.

—¿Y no crees que se van a enfadar un poco cuando averigüen que no lo es?

—Los informes iniciales suelen ser engañosos. Y para cuando tengan una respuesta concluyente, la reunión ya habrá tenido lugar.

Sonaba como si Mircea supusiera que, si tenía la oportunidad de reunirse con ellos cara a cara, podría hacer que se pusieran de su parte. Y puede que así fuera. Pero no me hubiera hecho mucha gracia mirarlos a todos y decir: ¡Perdón, pero todo era una broma!

—Pritkin cree que alguien sabotó la línea —le comenté.

Mircea frunció el ceño. Dado que aquella era la reacción que solía provocar en él el nombre de John Pritkin, hice caso omiso.

—Conseguir abrir una brecha requeriría una enorme cantidad de energía. Más de lo que cualquier alianza mágica conocida posee. Nuestros expertos están convencidos de que fue causada por un fenómeno natural.

—Esperemos que así fuera —dije, fervorosamente.

—¿Y dónde se van a reunir los cónsules, ahora que MAGIA no existe? —inquirió Sal.

—Aquí. Casanova se está ocupando del alojamiento y se están reforzando las protecciones. —Me miró—. Esto no puede salir de aquí, por cierto.

—¡Yo no soy ninguna bocazas!

Mircea sonrió.

—Eso va por todos.

Sí, pero me había mirado a mí.

Entró Horatiu, seguido de un vampiro con atuendo hospitalario. El enfermero, supuse. Nos miró con inquietud y saludó levemente con la barbilla, agachó la cabeza y pasó apresurado. Y, por primera vez en toda la noche, me tranquilicé. Un médico vampiro sabría cuidar de Rafe.

Cuando me giré, Mircea se había puesto en pie. Aquella pareció ser la señal de conclusión de la reunión, porque, en un momento, todo el mundo había desaparecido. Por una vez, hasta Marco encontró otro sitio al que ir.

Y me dejaron a solas con Mircea.

Yo me dirigí hacia la puerta, pero una mano me agarró de la camiseta, por la espalda.

—Un momento —dijo Mircea, con aire quedo. Yo lancé un suspiro, pero no forcejeé. Teníamos que hablar.

Me llevó a su suite, y me quedé muerta al ver una verdadera joya de diseño. Un enorme tipi indio americano de piel de color crema, con bisontes marrones pintados a

mano y flecos con abalorios estaba colocado sobre la cama a modo de colcha.

—¡Oh, Dios mío!

—Me estoy empezando a poner nervioso —comentó Mircea, arrojando su chaqueta sobre una silla tapizada con piel de gamo. Sobre ella, colgaba una cabeza de alce con enormes cornamentas sobresalientes. Sus ojos de cristal brillaban de una manera extraña bajo la tenue luz. Mircea le echó un vistazo a la habitación, con una expresión, mezcla de repulsión y fascinación.

—Creo que, llegados a este punto, sólo puedo decir una cosa.

—¿Y bien?

—*Yiiiha* —dijo, con severidad, y me tiró como a un ternero en un rodeo. Y ahí estaba yo, tirada boca arriba sobre el tipi con un vampiro avanzando lentamente sobre mí, hasta que comprendí lo que estaba pasando.

Pensé que aquello era una injusticia. Mientras que yo estaba cansada y desgredada y tenía un aspecto desaliñado, Mircea parecía un actor porno especialmente elegante. Tenía el pelo alborotado, pero con estilo, la camisa suficientemente desabotonada para mostrar parte de sus pectorales y los pantalones del traje le marcaban primorosamente sus musculosos muslos. Por el contrario, yo llevaba la sudadera arrugada con la que había dormido, con una mancha de tomate de la pizza de regalo. Y eso a pesar de no haberme llegado a comer ninguna pizza.

Tampoco es que me importara demasiado el aspecto de mi ropa, teniendo en cuenta lo poco que me iba a durar puesta. Los pantalones del chándal salieron volando, y acabaron colgados de uno de los cuernos del arce, y unas manos templadas se deslizaron sobre mi cuerpo para levantarme la camiseta. Me quedé sorprendida por la rapidez con la que todo estaba ocurriendo y por el eléctrico hormigueo que me recorrió el cuerpo.

—¡Se supone que estás cansado!

—Lo estoy. Razón por la cual no te estoy abroncando por haber estado a punto de provocarme un ataque cardíaco. —Mi camiseta fue tras los pantalones. Al menos, los falsos globos oculares del gano quedaron tapados. No podía decir lo mismo de mí.

—Los vampiros no tienen ataques cardíacos.

Mircea hizo un fugaz movimiento de ceja con aire travieso y me quitó las bragas.

—Buena puntualización.

Abrí la boca para contestar, pero puso mi rostro entre sus manos, y rápidamente su boca empezó a buscar la mía con avidez. Y, no sé cómo, mi ingeniosa respuesta fue un patético sonido gutural. A diferencia de lo acostumbrado, no hubo pausados juegos de seducción esta vez; Mircea me besaba con pasión.

—Sabíamos que estabas en MAGIA —me dijo, unos instantes después, mientras yo trataba de recordar cómo se respiraba—. Pero, con las interferencias que hacía la brecha, no había forma de saber dónde estabas, ni si te había dado tiempo a salir.

—No permanecí dentro mucho tiempo —dije, tratando de centrarme.

—*Dulceață*, estuviste allí dentro dos horas. —Por un momento, cayó la máscara. Por un momento, pareció... hambriento de una manera que no sabría definir. No era aquel deseo depredador que había visto en otras ocasiones, era algo más, como una necesidad. Como si en su interior se hubiera abierto un enorme hueco aquella mañana.

Mis manos le habían alborotado el cabello. Extendí la mano y le acaricié. Me pregunté si aquel día habría perdido algún amigo, si alguna de las personas que no habían logrado escapar de MAGIA serían de su familia. Entonces, recordé que Radu había estado en apuros. Y había sido suficientemente grave como para que Mircea se marchara en mitad de una delicada negociación.

—Mircea... es Radu...

—Está bien. Te manda saludos. —¡Sentí un gran alivio!—. Su casa sufrió algunos daños, pero eso le ha brindado la excusa perfecta para redecorarla. Creo que empleó el término «rococó». —Miró la cabeza del arce e hizo una mueca con la boca—. Y eso que aún no ha visto este lugar.

—¿De veras crees que le gustaría esto?

—Tiene un gran olfato para la ironía y el absurdo —me explicó, mientras se quitaba la camisa—. Le encantaría.

—Entonces dile a Casanova que no lo eche abajo.

—Yo mismo me ocuparé de ello —murmuró Mircea. Se oyó caer la camisa, sonó una cremallera y una pierna se deslizó entre las mías en una vertiginosa carrera, piel sobre piel. Sus dientes atraparon la suave piel de mi cuello y me trazó la vena con la lengua—. *Dulceață*, ¿estás familiarizada con el término «uno rapidito»?

Yo me eché a reír. Había un millar de razones por las que yo no debería estar allí en aquel momento, pero ninguna de ellas parecía importar, comparadas con la aplastante y única razón por la que sí debía estar. Estábamos vivos, los dos vivos, junto con nuestros seres queridos. Parecía un milagro.

—Sí, pero no creía que tú lo estuvieras. —A Mircea le gustaba hacerlo lenta, sensual y prolongadamente. O, al menos, eso había creído, basándome en las escasas experiencias anteriores.

—Estoy familiarizado con un gran número de cosas que estaría encantado de... —De repente, se quedó inmóvil.

Su rostro adquirió el aspecto distante habitual de cuando se comunicaba con otros vampiros que se encontraban en algún otro punto. Yo no sabía cómo lo hacían; puede que, simplemente, tuvieran un oído mucho más fino, aunque no creía que fuera por eso. Igual que no creía haberme imaginado su voz en mi cabeza cuando estaba en la clínica.

Mircea cerró los ojos y su voz sonó irritada.

—Esta guerra se está volviendo muy... inoportuna —exclamó, rodó sobre la cansa y salió de ella.

—¿Qué pasa?

—Me han convocado —me informó, quitándose lo único que le quedaba puesto mientras se dirigía al baño. Su voz parecía tranquila, pero tenía los músculos tensos al caminar.

Se metió en la ducha, la mampara era de cristal y no se tomó la molestia ni de cerrar la puerta del baño. El agua confirió a su cabello un color azabache y un aspecto sedoso, y empezó a caer de su cabeza. Se arremolinaba en sus cejas arqueadas, resbalando por sus oscuras pestañas, hasta caer en cascada por sus mejillas, mojándole los labios. Otros minúsculos arroyos le caían por los hombros y el pecho en fascinantes riachuelos, hasta rodar por la tersa musculatura de su vientre y muslos, y concentrarse en torno a sus pies.

Un instante después, el vapor empezó a difuminarlo todo, pero, para entonces, yo ya estaba junto a la puerta de la ducha, envuelta en una sábana. Sequé con la mano el cristal para poder verle los ojos.

—¿Cuándo fue la última vez que te tomaste el día libre?

—Hoy. Me he apartado de mis obligaciones por asuntos familiares... hasta que el desastre me ha hecho volver antes de tiempo.

—Un día libre, Mircea. No un día ocupándote de otras cosas.

—Hay muy pocos senadores y demasiados asuntos pendientes como para poder disfrutar de muchos momentos de asueto estos días, *dulceață*.

Se apartó del chorro para enjabonarse, volviéndose para coger una esponja que había en un banco que había dentro, en una esquina. El movimiento provocó una pequeña cascada que le recorrió la espalda y los tersos músculos que había más abajo. La boca se me quedó un poco seca.

Se detuvo y me lanzó una sonrisa mirando sobre su hombro.

—¿Me frotas la espalda? —me pidió, inocentemente.

Yo me mojé los labios me quedé donde estaba.

—Dile a la Cónsul que espere, puede que lo haga.

Una de sus cejas húmedas se movió.

—¿Quieres que te mencione?

—Venga. Me debe un favor.

No me respondió al instante, sino que se limitó a añadir jabón en la esponja, y comenzó a frotarse el cuerpo tranquilamente con ella. Yo sabía lo que pretendía, pero mis ojos se limitaron a ignorar la orden de mi cerebro, que les ordenaba que se apartaran de donde estaban clavados. En lugar de ello, siguieron a la afortunada esponja, mientras esta se deslizaba por su bello torso y sus brazos, recorriendo la piel sedosa del interior de sus muslos y resbalaba por sus ingles, hacia zonas aún más

interesantes.

Abrí la puerta y metí el pie antes de darme cuenta siquiera.

—Yo no creo que ella entienda lo de tu asistencia —dijo, con una traviesa sonrisa dibujada en el rostro.

Yo le miré frunciendo el ceño y saqué el pie.

—Ése es el problema. Que tiene que entender que yo no soy su chica de los recados.

—Nadie piensa eso —dijo, apaciguándome, guardando silencio mientras se deshacía de aquellas fascinantes burbujas.

—No me trates con condescendencia, Mircea.

—Ni se me ocurriría. —Y sí, ya no había duda alguna. Aquella era una sonrisa de satisfacción. Al parecer, aquel jueguito le divertía.

Ya le enseñaría yo lo que es divertirse.

Dejé caer la sábana y me metí con él, sentándolo en el banco. Me puse frente a él, observando los innumerables artículos de aseo.

—¿Qué haces? —me preguntó, entrecerrando los ojos perezosamente.

—Tú me lavaste el pelo. Lo menos que puedo hacer, es devolverte el favor. — Conseguí rozarle la mejilla con uno de mis pechos al inclinarme para coger el champú. Apoyé una rodilla en el banco y lo enjaboné, haciéndole abrir las piernas para tener más espacio. Él se limitó a observar, aunque su mirada se tornó alerta, acechando salvaje, divertida y ávida.

—La Cónsul actúa como si yo fuera una de sus vampiras —dije, masajeando su cabeza entre la espuela—. Siempre me está dando órdenes y espera que la ayude con unos planes que ni se molesta en explicarme. ¡Hoy he sacado por ella a un hombre de la cárcel y ni siquiera sé quién es!

—¡Sacaste a un montón de gente de la cárcel! —Sus manos se detuvieron en mi cadera, y me acarició con los pulgares.

—¡Esa no es la cuestión! Soy su aliada, no su sirvienta. Y eso tiene que entenderlo. —Extraje la alcachofa del soporte y me apoyé en él mientras lo aclaraba—. Y hay un par de personas que también tienen que entenderlo.

—Yo no te veo como mi sirvienta, *dulceață*.

—Pero no me cuentas nada. —Le di un golpecito con firmeza y la sonrisa de satisfacción se esfumó. Ahora me tocó a mí sonreír.

—Este mes has vivido experiencias que habrían destrozado a una persona menos fuerte que tú. Ya has tenido bastante.

—¿No crees que eso lo tengo que decidir yo?

—Obviamente, eso es algo que tenemos que hablar —contestó, pero conteniendo algo la respiración.

—Creía que no tenías tiempo.

—Si sigues haciéndolo, así será.

—¿Haciendo qué? —pregunté, frotándome con él suave y dulcemente.

Se le cortó el aliento e hizo un movimiento tan rápido que no pude seguirle con la mirada. Pero, no sé cómo, acabé contra la húmeda pared de la ducha, había burbujas flotando en el aire y Mircea estaba entre mis piernas. Sus manos, aún enjabonadas, resbaladizas y casi descontroladas, se deslizaron rodeándome la cintura, apretándome contra él. Durante un instante, vi que sus ojos ambarinos se entrecerraban y destellaban llenos de intención; al momento, sentí todo el peso de su cuerpo deslizándose sobre mí, dentro de mí, profundamente, de forma tensa y caliente.

Lancé un gemido y mi cuerpo se dilató para acogerlo, pero, enseguida, mi voz estaba ocupada dándole órdenes cada vez que él me daba una sacudida: «Más fuerte», «más» y «no pares». Cada movimiento me provocaba un punzante placer que me recorría toda la espalda, dejándome los músculos flácidos e indefensos. El instinto le ordenó a mis manos que se deslizaran a lo largo de los marcados músculos de su espalda, clavándole ligeramente las uñas y recorriéndole las nalgas, acariciándolo. Y la habitación, de repente, se emborronó, deshaciéndose en ondas, como las del calor sobre el asfalto.

Me esforcé por mantener los ojos abiertos; no me quería perder ni un solo segundo. Y, por unos minutos, incluso logré mantener mi determinación. Hasta que la sensación del agua cayendo por su torso y sobre mi piel, combinado con la sensación de sus movimientos dentro de mí acabó con mis nervios. Todo se convirtió en un borrón de calor y deseo, de palabras susurradas como una caricia, de manos y bocas imprimiendo en braille el deseo sobre mi piel cálida y húmeda. Finalmente, mis ojos se cerraron mientras era saboreada, devorada, poseída.

Sus fornidos brazos me rodearon cuando su ritmo comenzó a desfallecer, y sus manos mojadas resbalaron sobre mi rostro, mis pechos, mi cintura, hasta que tomó aire entre dientes y se inclinó, cuando todo acabó. Todo se tornó blanco ante mí, y todo mi cuerpo se condensó en un solo foco de placer. El orgasmo, que me hizo encoger los dedos de los pies, me recorrió el cuerpo entero, dejándome temblando y riendo, mirando al techo mientras él terminaba en un frenesí de movimientos en staccato.

Y alguien llamó a la puerta.

Mircea soltó una ristra de improperios en rumano, con la cabeza en mi cuello y su cabello húmedo cayendo sobre mis pechos. Tras un momento, agarró una enorme toalla turca de un estante y me envolvió con ella. Me apoyé en la pared, con las rodillas flácidas y sin aliento, y él abrió la puerta.

—¿Sí?

Era uno de los maestros de rostro inexpresivo, irradiando desaprobación.

—La Cónsul quería estar segura de que habías recibido su mensaje —murmuró.

—Dile que estaré con ella en un momento —dijo Mircea, cortante, y le cerró la puerta en las narices.

—Marco dice que no puedes hacerle eso a un maestro anciano —le informé, mientras se secaba con abruptos movimientos furiosos.

—No deberías seguir los consejos de Marco a pie juntillas. Él mismo es uno de esos de los que te estaba hablando, ya ha llegado al máximo de sus poderes. Y creo que le está costando asumirlo.

—Tampoco pasa nada por ser un poco educado.

—Es evidente que aún tienes que conocer mejor a la familia. Yo soy el que está aterrado por ellos, no al contrario, te lo aseguro.

Mircea se dirigió al dormitorio y empezó a colocarse la ropa sin su elegancia habitual. Le seguí y me senté sobre el tipi.

—¿Cuándo vas a volver?

—No volveré hasta dentro de unas horas. —Se detuvo para darme un beso rápido—. Duerme un poco.

—Lo intentaré. —Estaba exhausta, pero mi cerebro parecía incapaz de desconectar. Cuando las endorfinas desaparecieran, probablemente, me quedaría bien despierta, mirando al techo, repasando mi siempre creciente catálogo de horrores. La idea no me resultaba muy agradable.

—¿Quieres que te ayude? —me preguntó, sentándose a mi lado.

Asentí. Lo que fuera, con tal de no ponerme a pensar en los acontecimientos de aquel día, ni en el estado de Rafe... Mircea me rodeó con los brazos y una ola de paz fluyó sobre mí, mejor que cualquier droga. No esperaba que aquello pudiera tener un efecto tan rápido. Tenía un millón de cosas que contarle, preguntarle... y, de repente, no podía pensar más que en una. El sueño se fue arrastrando, inundando mi mente, mi cuerpo se tornó pesado y no pude volver a abrir los ojos.

—Ya ha acabado; todo el mundo está a salvo —lo oí murmurar. Sus brazos se tensaron repentinamente—. Incluso tú.

No tenía ni idea de lo que quería decir con aquello, pero ya estaba a la deriva. Mircea me recorría la espalda con una mano, mientras la otra, pesada, se encontraba en mi nuca. Solté el aire y dejé que el peso me hiciera caer.

Me desperté encadenada a la cama.

—¡Maldita sea!

Mircea estaba de pie, junto al tocador, poniéndose otra camisa vergonzosamente cara. Aquella era fresca, con puños franceses blancos y discretos gemelos. La corbata que se estaba anudando era de un tono dorado perfecto para resaltar el color de sus ojos. Lo miré furiosa.

—Al fin he logrado dar con una manera de asegurarme de que estés aquí cuando vuelva —murmuró.

—No tiene gracia —le dije, tirando inútilmente de las esposas. Resultaba muy difícil tener un aspecto serio, cuando estaba desnuda con el pelo pegado en la cara, sentada sobre un estrafalario tipi indio, pero desde luego, no iba a dejar de intentarlo —. ¡Lo digo en serio, Mircea! ¡Suéltame!

Me lanzó una lenta sonrisa desde el espejo. Odiaba cuando hacía eso.

—Haré un trato contigo —dijo, acercándose a la cansa.

—¡No quiero ningún trato! ¡Quiero que me quites esto!

Me ignoró.

—Pronto iré a Washington para tratar un asunto con el Senado. Llegaré mañana por la noche o la mañana siguiente. Quiero tener la certeza de que estarás bien en mi ausencia.

Lancé un suspiro de desesperación.

—¿Qué crees que voy a hacer? Desde ayer, tengo toda la energía agotada. Estoy preocupada por Rafe y, por si no te has dado cuenta, ¡no tengo ropa!

—Tienes la ropa ahí. —Me señaló un juego de maletas de Louis Vuitton que había en el baño. Supuse que serían tuyas, aunque no eran de su estilo. Probablemente, sería algo que Sal habría conseguido, en un intento de evitarme el ridículo—. Y creo que sería una buena idea tomarte uno o dos días de descanso, antes de reunirte con el Círculo.

—¡Estoy de acuerdo! ¡Así que suéltame!

—¿Me das tu palabra de que te vas a quedar aquí hasta que vuelva, descansando y yendo a ver a Raphael?

—Pensaba salir de compras.

—Siempre que te lleves a Marco. —Sacó una tarjeta de crédito de su cartera y me la entregó. Era una American Express platinum con mi nombre impreso. Probablemente, con ella podría pagar hasta una casa, y no le importaría. Por supuesto, no necesitaba ninguna casa, ya tenía una jaula dorada muy bonita.

—No quiero tu dinero, Mircea. Quiero hablar de esto. —Tiré de las esposas.



Emitieron un chirrido, a juego con mi estado de ánimo—. Tenemos que llegar a un acuerdo.

—Estoy contigo —dijo, con tono suave—. Tienes que entender que eres un blanco.

—¡He sido un blanco durante toda mi vida!

—No como ahora —dijo.

—¿Y qué pasa con la Cónsul? ¡Yo no veo que a ella la esposes!

—Creo que a Kit le gustaría hacerlo.

—¿También le puso un localizador oculto a ella?

—¿Un localizador oculto? —Por un instante, se postró desconcertado.

—El hechizo de localización. ¡Pritkin dice que llevo uno de Marlowe y otro tuyo!

—Muy amable por su parte contártelo.

—Quiero que me lo quites.

—A Kit le preocupa tu seguridad.

—No me fío de él.

—¿Y te fías del mago? —preguntó, con una sonrisa socarrona, no muy agradable.

—¡Más que de Marlowe desde luego!

—No sabes nada de él —me espetó Mircea, y cambió definitivamente el tono—.

Nadie sabe nada de él. Los archivos del Círculo dicen que nació en Manchester en 1920, pero la prueba quedó destruida tras un bombardeo aéreo.

—¿Has estado investigando sobre él?

Y está el detalle de que nos lo encontramos ciento cuarenta años antes de aquello, en París.

Maldita sea. Esperaba que Mircea no lo hubiera reconocido en nuestro último viaje al pasado. Había sido un viaje un poco accidentado y Pritkin, que estaba mucho más joven, tenía un aspecto algo diferente. Pero a los ojos de los vampiros, especialmente a los de Mircea, no se les escapa nada.

—Los archivos del Círculo deben de ser erróneos.

—Los archivos del Círculo no suelen ser erróneos. Y, si éste fuera el caso, ningún mago de doscientos años tiene ese aspecto...

—Uno glamuroso sí...

—¡... ni tiene tanta fuerza! ¡Empiezo a dudar hasta que John Pritkin sea su nombre realmente!

No dije nada. Hacía poco que Pritkin y yo habíamos empezado a llamarnos por el nombre de pila, o al menos, él había empezado a llamarme Cassie. Yo no lo hacía porque Mircea estaba en lo cierto: John no era su nombre. Era un alias que estaba empleando durante este siglo, para ocultar el hecho de que no era un mago de la guerra corriente, ni siquiera antes de romper con el Círculo. Por supuesto, Pritkin era un alias también, pero, no sé por qué, parecía irle mejor, puede que porque así se

llamaba cuando lo conocí. Y tampoco parecía muy oportuno emplear su nombre real.

Incluso hoy en día, «Merlín» seguía llamando la atención, especialmente en la comunidad sobrenatural.

Todas las sociedades tienen sus héroes, y Pritkin tenía la desgracia de ser uno de los nuestros. Poco importaba que las leyendas fueran pura ficción, o que la verdad hubiera sido algo más oscura y mucho más lúgubre. Poco importaba que un escritor medieval incluso le hubiera cambiado el nombre mucho más ordinario de Myrddin. Lo único que importaba era que él era una leyenda, y las leyendas se venden caras.

Si se llegaba a conocer la verdadera identidad de Pritkin, provocaría una gran conmoción en el mundo mágico y él se convertiría en un blanco para... bueno, para todo el mundo. Todos los magos oscuros querrían arrebatarse el poder y los magos blancos habrían querido hacerse una foto con él. Teniendo en cuenta lo celoso que era de su intimidad, para él sería un infierno.

Mircea me escudriñaba con la mirada. Su expresión me decía que sospechaba que yo sabía más de lo que contaba, y que le cabreaba que yo no fuera más clara. Sí, como si él no tuviera secretos.

—No es de fiar —dijo, con vehemencia, cuando quedó patente que no me iba a venir a la memoria ningún dato repentino.

—¡Pritkin no me ha esposado a ninguna cama, Mircea! —le recordé—. Así que, por el momento, tiene más puntos que tú, en lo que a confianza se refiere.

Me pareció que iba a decir algo, pero suspiró y miró el reloj.

—Las esposas sólo eran para captar tu atención, nada más. Son fáciles de abrir hasta para alguien con tu poder, una vez sepas el truco. Pero tienes que prometerme que vas a llevar más cuidado. Quédate aquí, donde te puedan proteger. Llévate a dos guardaespaldas siempre que salgas. Y no te pelees con Kit.

—¡Es un espía! Ni se te pasa por la cabeza ese pequeño detalle ¿verdad?

Arqueó una ceja.

—¿Y qué es lo que temes que descubra, *dulceață*?

—¡Sabes perfectamente que esa no es la cuestión! He crecido con los matones de Tony siguiéndome a todas partes.

—Y le guardas rencor por ello.

—¡Por supuesto!

—Ésa es la diferencia que hay entre tú y yo —me dijo, con gravedad—. Cuando era joven, estaba acostumbrado a eso. Jamás iba a ninguna parte solo; era demasiado peligroso. Desde el mismo momento en que nací, me convertí en un blanco para las facciones rivales de la familia, para los nobles celosos, para los invasores. Un rehén en un juego político que amenazaba constantemente con engullirme a mí y a todos mis seres queridos. Eso lo aprendí pronto: la seguridad era mucho más importante que la intimidad.

Lo miré fijamente. Tenía pocas ocasiones de ver a Mircea hablar completamente en serio; bromearía hasta en el lecho de muerte, si es que alguna vez lo tenía. Pero no había rastro de buen humor en su rostro en aquel momento.

—Aún así, quiero que me las quites.

—Haré algunas pesquisas. —Se inclinó hacia mí y me besó largamente—. ¿Tengo tu palabra ahora?

Suspiré.

—¡Sí! Ahora, por favor...

Me recorrió con la mirada y, en su interior, prendió una chispa. Pero abrió las esposas.

—Es una pena —murmuró, agarró la chaqueta, y se marchó.

Pasé el resto de la mañana en la piscina, haciendo largos y evitando al creciente número de maestros que iban entrando. Un flujo continuo de vampiros de ojos dorados de la corte de Mircea en Washington había estado entrando durante todo el día, reemplazando al personal de Alphonse. Algunos curiosos me miraban a través de los ventanales del salón, pero ninguno se iba a atrever a salir a exponerse a la luz de sol y saludarme.

Volví a mi habitación sólo cuando Sal volvió de compras. La ayudé a llevar varias decenas de paquetes a su habitación, y no pude evitar percatarme de que algunos llevaban el sello distintivo azul y plateado de Augustine. Se estaba haciendo tan famoso por las cajas como por lo que contenían. Sal dejó una enorme sobre la cama y la observamos mientras hacía lo propio. Se desembaló sola y se volvió a plegar creando un origami en forma de dragón completo, con sus minúsculas e inútiles alas y unas pequeñas llamitas plateadas saliéndole del morro.

Se acercó tambaleándose hasta el borde de la cama y cayó, mientras Sal sujetaba lo que en principio creí era un saco de arpillera.

—Esto es para ti. Te va a solucionar todos esos problemas que tienes continuamente con la ropa.

Lo miré, reticente.

—¿Sabía Augustine que era para mí?

Sonrió con malicia.

—¿Preocupada?

—Un poco. —Ya tenía bastantes problemas sin que se me volviera la piel azul o lo que fuera que se le hubiera ocurrido esta vez.

—Tranquila. Creía que era para mí.

—¿Y crees que me va a quedar bien? —Sal era ocho centímetros más alta que yo y tenía la constitución de Mae West.

—Tú pruébatelo —me instó—. Es lo último.

No me pareció que aquello fuera lo último. Parecía algo antiguo: una sencilla

combinación y una chaqueta hecha de una tela marrón bastante áspera. La intención había sido buena. Me lo puse en el baño y me volví para vérmelo en el espejo.

Tuve que pestañear dos veces, porque lo que estaba viendo no tenía ningún sentido. De repente, llevaba puesta una elegante blusa azul oscuro a juego con una de las bandas de mi habitación. El escote se fruncía con una cinta, el cuerpo era de encaje y llevaba una faldita de vuelo. Era muy mono.

—Se llama «armario en uno» —me informó Sal, abriendo más paquetes. Un origami con forma de león empezó a vagar hacia el borde de la cama y saltó. Enseguida, lo siguió un águila de papel, que desplegó unas alas de un metro y planeó hasta llegar al tocador.

—No lo entiendo —le dije, observando al dragón saliendo de debajo de la cama, con las garras llenas de lanillas de polvo.

—Se trata de un traje que se transforma adaptándose a las necesidades del que lo lleva puesto, vistiéndote para ir al trabajo, de compras o de cena sin tener que cambiarte. —Recorrió la costura del vestido con los dedos, entrecerrando los ojos—. Creía que usaba algún tipo de seda, pero tiene otro tacto completamente diferente.

—Es genial —le dije, y me mordí el labio—. Pero tiene que haberte costado un montón. —Ya me había comprado varios trajes, ninguno de ellos barato. Y, desde luego, yo no podía devolverle el gesto. Había supuesto que la pitia recibiría algún tipo de salario, pero, sorpresa, no había recibido ni un mísero cheque. Y la reluciente tarjeta de crédito nueva de Mircea estaba allí, en su tocador, donde tenía que estar.

—Las chicas de pueblo tenemos que permanecer unidas. Especialmente aquí. —Miró al otro lado de la puerta. Al principio, no vi a nadie, pero luego localicé la raya de un pantalón impecablemente planchado asomando. Uno de los maestros de Mircea estaba espiándonos y merodeaba por la entrada.

No estaba allí para escuchar lo que decíamos, eso lo podía hacer desde el otro lado de la habitación y, además, había dejado ver una pierna para que supiéramos que estaba allí. Por qué quería que lo supiéramos, no tenía ni idea. Pero sentí que se me subían los colores al aumentar mi presión arterial. Puede que a Mircea no le importara tropezarse con gente el día entero, pero yo no había tenido quinientos años para acostumbrarme a ello. Y se estaba repitiendo demasiado.

Me acerqué a la puerta, furiosa, y asomé la cabeza. Inmediatamente, deseé no haberlo hecho. Era Nicu, el maestro con el que ya había tenido un rifirrafe.

—¿Sí?, ¿te puedo ayudar en algo? —pregunté.

Sus Ojos inexpresivos se encontraron con los míos, me sostuvo la mirada pero, esta vez, no hubo intento de aplastarme.

—Eres la novia del maestro —dijo. Y se detuvo.

No tenía ninguna intención de hablar sobre mi vida privada con un tipo al que apenas conocía. Además, no tenía por qué hacerlo, ya que, desde el punto de vista de

Nicu, yo era la novia de Mircea porque Mircea lo había dicho. Lo que yo sintiera era del todo irrelevante.

Suspiré.

—¿Y?

—Tu guardaespaldas no está aquí. —Su voz era de desaprobación.

—El turno de Marco comienza al atardecer —dije, sin entender lo que me quería decir, suponiendo que quisiera decir algo. Puede que aquello fuera lo que un maestro anciano entendía por mantener una charla trivial—. No tengo pensado salir hasta entonces.

—Yo te protegeré hasta que llegue él.

Traté de recordar el sermón de Marco y ser diplomática.

—Eso es estupendo. De veras. Pero, eh, aquí sólo están los hombres de Mircea, así que no creo que...

—Hay otros —dijo, interrumpiéndome. Al parecer, el tema de los modales solo se aplicaba para mí.

—¿Qué?

—Estás en una habitación a solas con una hija del traidor.

Seguí sin entenderlo, pero llegó Sal, sonriendo con frialdad.

—Se refiere a mí, Cassie. Porque el sapo que me hizo traicionó a su maestro y se unió al lado de los malos, dejándonos a Alphonse y a mí, y los hombres más viejos de Tony, bajo sospecha.

—¡Mircea la convertirá en cuanto tema tiempo! —le contesté a Nicu, acaloradamente—. ¡Igual que hizo con Rafe!

Podría haberme estado calladita. Nicu se cruzó de brazos, apoyándose de nuevo en la pared, con sus ojos como monedas fijos en Sal. Obviamente, ya había dicho lo que tenía que decir y había terminado.

—Vamos. —Sal me tiró del brazo, apartándome de Nicu, antes de que dijera alguna estupidez—. ¿No quieres ver lo que me he comprado?

Media hora después, teníamos una colección de animales salvajes desplazándose, arrastrándose y abriéndose paso por el suelo, y Sal volvía a estar de buen humor. Se dio media vuelta en el espejo de cuerpo entero; la seda de su falda abrazaba cada una de sus curvas. Concluí que aquella era la mejor oportunidad que iba a tener.

—¡Eh!, ¿oye? ¿Tú sabes algo de los miembros del Senado que resultaron heridos en la guerra? —pregunté con aire indiferente.

—Murieron cuatro y dos resultaron heridos —contestó Sal, ajustándose la parte de arriba que, de por sí, le quedaba como un guante.

—Aunque Marlowe está bastante recuperado, o eso dice. Dicen que recibió varios golpes en la cabeza y que se la venda cuando está solo. Pero puede que solo sea un rumor. ¿Por qué lo preguntas?

Me encogí de hombros.

—Mircea me ha dicho que el Senado está muy atareado últimamente a causa de las bajas, y por eso me preguntaba cuántas habría. ¿Fue herida alguna mujer?

—Sólo Ismitta. —Sal cogió un collar de perlas de triple vuelta y admiró el efecto que hacía con el vestido—. Luchó endemoniadamente, incluso después de que le cortaran la cabeza. Dicen que mató a dos con la cabeza debajo del brazo.

—Pero ¿está muerta?

—Oh, no. Aparte de Marlowe, es la única que ha sobrevivido. Pero, con semejante herida, hasta un maestro de primer nivel como ella estará fuera de servicio una buena temporada. He oído que se ha marchado a África a recuperarse. Allí hay un chamán que dicen que tiene experiencia en este tipo de cosas.

—¿A África?

—Sí. Pero no sé a qué parte. Ella parece etíope.

Entonces, Ismitta no era la mujer de las fotografías. Por lo que la hermosa morenaza probablemente no estaría en su lecho de muerte. Lo cual significaba que no había razón por la cual no pudiera preguntarle a Mircea sobre ella. Por alguna razón, aquello no me hizo sentir mejor.

La diversión acabó con la llegada de un hombrecillo quisquilloso vestido con un traje arrugado, con el ceño aún más arrugado y una enorme bolsa. El reparador que Mircea me había prometido. Al parecer, venía de arreglar las protecciones del casino y ajustarlas a las normas del Senado. Por las sombras que tenía bajo los ojos y la brusquedad con la que hablaba, parece ser que estaba un poco agobiado de trabajo. Pero la cosa cambió tras echarle un vistazo a mi protección, en la parte alta de mi espalda.

—Ah, sí, sí. —Siguió el dibujo con la yema de un dedo, con aire reverencial—. Me han hablado de esto, claro, pero jamás había visto una. Dicen que se perdió hace años.

No me apetecía contarle toda la historia.

—¿Sabes arreglarlo?

—Tendré que quitártela, ¿puedo?

Me quedé en silencio un instante y, a continuación, asentí con reticencia. Jamás se había despegado de mi piel, desde que mi madre me la había puesto, siendo yo una niña. Pero no me servía de mucho en su estado actual.

El mago pronunció un encantamiento y sentí que un hilo de calor recorría el dibujo de mi espalda. Las protecciones mágicas penetran la piel cuando se encuentran sobre el cuerpo, imitando el aspecto de un tatuaje. Fuera del cuerpo, se asemejan a un pequeño amuleto dorado, como el que él llevaba en la palma de su mano.

—*Hum*. Vamos a ver. —Lo manipuló con un par de instrumentos de extravagante aspecto—. ¿Cuándo empezó a dar problemas?

—Tras salir de la línea Ley.

—No, fue después de que el mago te atacara —me recordó Sal, sentándose con nosotros en el sofá.

—Ah, sí. Lo había olvidado.

El mago frunció el ceño.

—¿Has sido objeto de un ataque mágico?

—De dos. Bueno, algo así. Los dos procedían del mismo tipo.

—Y luego te dispararon las protecciones de MAGIA —dijo Sal—. Y casi te comen. ¿O eso fue antes?

—Creo que ocurrió al mismo tiempo.

—¿Decís que casi te comen? —preguntó el hombre.

—Y luego fue lo del derrumbamiento y el accidente de coche —añadió Sal.

—¿Has tenido un accidente de coche? —Al hombre se le empezó a poner cara de estar pensando que le estábamos tomando el pelo.

—Sí, aunque no tiene importancia —le dije—. Pero parece que la protección ya estaba estropeada en el primer ataque.

—¿Qué ataque?

—El del mago de la guerra —contesté pacientemente.

Cerró los Ojos y respiró profundamente durante unos instantes.

—Vamos a ver si lo entiendo. Has estado en una línea Ley. Cuando saliste, te atacaron. Tu protección aguantó, pero parecía debilitada, entonces...

—Me volvieron a atacar y se cayó. Por eso creo que fue a causa de la línea Ley.

—No es muy probable. De todo lo que dices que te ha pasado, la línea es la que menos probabilidad tiene de haber causado el daño. Ésta es mucho más resistente que la mayoría de los escudos de los magos de la guerra, y hasta ellos...

—No lo entiendes. No estuve en una línea Ley. Estuve en la línea Ley, la que se desintegró ayer. Me lanzaron por una brecha.

—¿Y la protección resistió? —preguntó, con incredulidad.

—Sí. Bueno, lo suficiente para que me diera tiempo a salir.

Le hizo unos cuantos ajustes más, hablando para sí.

—Eres una mujer muy afortunada —me dijo después de un rato—. No se me ocurre ninguna otra protección que pudiera haber resistido una amenaza de tal magnitud. Si no llegas a canalizar el poder combinado del Círculo...

—No lo hice.

—Te aseguro que sí lo hiciste.

Empecé a preguntarme de dónde habría sacado Mircea a aquel tipo.

—¡No, no lo hice! —exclamé, exasperada—. Mi protección estaba diseñada para tomar su poder del Círculo, pero ya no lo hace. Me cortaron el suministro. Un amigo mío la retocó para que tomara el poder de mi energía en su lugar.

El mago metió todas sus cosas en una enorme mochila de cuero.

—Bueno, obviamente, tu amigo no sabía lo que estaba haciendo, porque puede asegurarte que...

—¡Mi amigo es un excelente reparador! —exclamé, acaloradamente.

—¡Y yo soy un maestro con casi sesenta años de experiencia! —replicó con brusquedad—. Y te digo que tu protección está diseñada para extraer su poder del Círculo Plateado. Ahora no lo hace, por supuesto, porque hay que repararla. Pero ayer sí lo hizo, de lo contrario, estarías muerta. —Cerró su maletín airadamente.

—¿Lo puede arreglar? —preguntó Sal.

—Con tiempo. De todas formas, esto no es algo que pueda solucionar aquí. Tendré que llevármela...

Se calló porque ella le había rodeado la muñeca con sus largas uñas, aquel día de color dorado.

—Termínalo.

A él se le puso el vello de punta.

—Le aseguro, joven, que...

—Querido, hace cien años que dejé de ser joven... —le aclaró ella, enseñándole sus relucientes y blancos colmillos.

Él palideció, pero se recompuso rápidamente.

—Sea como sea, sigo sin poder arreglar nada aquí.

Sal me miró.

—¿De veras quieres que este idiota se encargue de la reparación?

—En realidad, no —dije, desanimada. Aquel tipo no me gustaba y, desde luego, estaba del todo segura que no quería que aquel gilipollas se llevara mi protección a ninguna parte. Ya me sentía desnuda e incompleta sin ella. Pero, lo que de verdad no me gustaba, era la idea de volver enfrentarme al Círculo Plateado sin ella.

—Yo me ocuparé de ello —dijo Sal, liberándole de la protección.

Se la metió en el sujetador y dos guardias espeluznantes acompañaron al indignado hombre a la puerta.

—Pero puede que tarden. ¿Serás capaz de no meterte en líos durante un par de días?

—Irónicamente, ese es el tiempo que tengo antes de la reunión con Saunders —le recordé—. Me gustaría sobremanera recuperarla para entonces.

—Veré lo que puedo hacer.

Pasé el resto del día en el ático contiendo, durmiendo y yendo a ver a Rafe cada veinte minutos, hasta que el enfermero humano que tenían haciendo el turno de día se empezó a poner impertinente. Yo entendía cómo se sentía. Cuando cayó la noche, había nadado hasta arrugarme como una pasa, me había hecho la manicura, me había comido todo el helado de la nevera y había echado unas veinte partidas de póker con



Sal, perdiéndolas todas.

Eso, a pesar de que Billy Joe se detuvo a darme un par de consejos gratuitos. Se había quedado en los veintinueve para el resto de su fantasmal vida, porque esa era la edad que tenía cuando un par de vaqueros a los que había hecho trampas jugando a las cartas lo metieron en un saco y lo arrojaron al Misisipi.

Para cuando el sol comenzó a jugar con el horizonte, estaba muerta de aburrimiento y cada vez me costaba más no pensar en la próxima reunión con el Círculo. A la última había acudido de buena fe, sin armas, quitándome el brazalete del que esperaba no supieran nada. Pero la idea de presentarme de esa guisa otra vez no me resultaba muy alentadora, sobre todo ahora que me estaban reparando la protección. No quería llevarme sorpresas. Además, los guardias estaban empezando a molestarme.

Algo antes de la puesta de sol, Marco apareció caminando con aire arrogante. Supuse que estaba haciendo alarde de su poder, pero un par de guardias se mofaron de él. Llevaban despiertos todo el día.

—Tengo que salir de compras —le informé.

—No me voy a quedar esperando en ninguna sección de lencería mientras tú te pruebas modelitos —dijo, muy directo.

—Vamos a ir a comprar armas —dije, cogiendo el monedero.

—¿Qué tipo de armas?

—De las que hacen daño.

Y, por primera vez en mi vida, vi a Marco sonreír.

—Esto no es algo que se vea todos los días.

Tenía la cabeza metida en un enorme baúl y no me molesté en alzar la vista. Aquella observación podría ser aplicable a casi todo lo que había en la parte de atrás de la tienda de empeños. A diferencia de la parte visible, que ofrecía al visitante los obligados reproductores de DVD, cámaras de vídeo y cajitas repletas de joyas que no hacían juego, la parte trasera estaba llena de objetos para la población sobrenatural de Las Vegas. Pero, como era el dependiente quien había hecho el comentario, supuse que se refería a los dos matones que estaban esperando en la puerta con cara de aburrimiento.

Los fulminé con la mirada y Marco me lanzó un beso.

Listillo.

En un abrir y cerrar de ojos, Marco estaba junto a mí, y el vendedor colgaba de su gruesa zarpa. El tipo parecía aterrorizado, sus gafas de leer habían resbalado hasta adoptar una posición precaria sobre la punta de su nariz.

—¡Eh!

—Te estaba intentando agarrar —dijo Marco, y le abrió la mano al hombre. No sé lo que esperaba encontrar, pero pareció algo decepcionado cuando vio una pequeña cinta métrica. Aunque eso no bastó para que soltara al anciano, al que se le estaba poniendo la cara preocupantemente morada.

—Sí, porque planeaba medirme hasta matarme. —Obviamente, íbamos a tener que mantener una charla sobre la diferencia entre «encargarse de la seguridad» y «comportarse como un gilipollas». Marco se quedó ahí parado—. ¡Marco! ¡Bájale!

—Claro. Me apasiona la idea de ir a lord Mircea con tu cuerpo mutilado en la mano. Tendré suerte si tan solo me mata.

—Ya estás muerto.

—Hay muertos y muertos, princesa —dijo con aire de gravedad, aunque dejó que el hombre se apoyara en sus temblorosos pies.

—Como le estaba diciendo, estos son una rareza —explicó el dependiente, recolocándose la ropa. Tardé unos segundos en comprender que se estaba refiriendo al pequeño broche que Françoise le mostraba—. Las piedras son azules cuando están inertes, pero se vuelven anaranjadas si alguien lanza un hechizo maligno sobre el que lo lleva.

Lo miré ceñuda. Aquello confirmaba mi idea de que las joyas mágicas tenían que ser extraordinariamente feas. Pero Françoise asentía levemente, así que, a pesar de lo que parecía, realmente funcionaba.

Le había pedido que me acompañara para que vieran la mercancía y porque había

venido armada tan solo con mi irrisoria tarjeta de crédito. Era una cuestión de orgullo y de lo que me quedaba de independencia, pero limitaba considerablemente mi poder adquisitivo. De todas formas, si había alguien que supiera negociar, esa era Françoise. Tenía un don especial.

—¿Es capaz de impedir una maldición? —pregunté—. Podría convivir con una cosa fea como esa con tal de lograr algo de protección.

—Me temo que no. Pero sí te dice el tipo de hechizo que se ha empleado, lo cual, como usted bien sabrá, es el mejor paso para lograr deshacerlo.

—No es exactamente lo que yo tenía en mente.

—¿Está segura? Porque creo que también tengo una gargantilla a juego, brilla cuando la persona que le echó la maldición se acerca a menos de diez metros. Le puedo hacer un buen precio por el conjunto.

Me vi tentada, pero de librarme de él. Llevaba rondándonos desde que entramos. Por supuesto, era principalmente culpa de Augustine.

Al parecer, el armario en uno sabía que estábamos de compras y se había transformado en un traje de chaqueta con falda muy chic, el cual habría convencido al vendedor de que conmigo se podría llevar una buena comisión.

—Gracias —le dije—, pero busco algo un poco más... proactivo.

—Ah, bien, en ese caso —fue corriendo a una vitrina de metal que había en el fondo—, tengo lo que busca.

Marco se inclinó para susurrarme algo al oído.

—No te dejes convencer. En este sitio tienen fama de ser buenos negociando.

—No tiene ninguna posibilidad.

La puerta de la vitrina se abrió y reveló tras ella varias bandejas abarrotadas con el mismo batiburrillo de objetos polvorientos que había en el resto de la tienda. Ninguno de ellos parecía ser armas, granadas ni ningún otro tipo de armamento conocido, ni ninguna otra cosa de interés. Pero, por la manera en que el vendedor me sonreía, parecía como si nos encontráramos ante la cueva de Alí Babá.

—¡Bueno, esto es todo un hallazgo! —Extrajo un pequeño guiñapo de tela negra del tamaño de un pañuelo y lo arrojó al aire. En lugar de caer, ascendió y empezó a expandirse. En unos segundos, una ondulante pared oscura del tamaño de una sábana levitaba sobre nosotros, hasta que, de repente, cayó sobre nosotros y nos sumió en la más absoluta oscuridad.

Oí a Marco lanzar exabruptos, un sonido furioso que retumbó levemente en la nada que nos rodeaba. Pero el timbre de su voz había cambiado; los sonidos parecían ondularse, cambiando de atronadores a meros susurros, a veces con la misma palabra. Ya no sabía si estaba justo a mi lado o si estaba al otro lado de la habitación.

Las palabras de regocijo del vendedor ahogaron las de Marco, pero sonaban normales.

—El sudario de la oscuridad —exclamó con aire teatral—. Un excelente complemento, tanto defensivo como ofensivo. ¡Lo arrojas sobre el enemigo y lo puedes observar tambaleándose de un lado a otro mientras tú lo atacas con total indemnidad, o te escabulles sin que se dé cuenta!

La oscuridad me envolvió como una manta mojada, húmeda y cálida, casi asfixiante. El aire que conseguí tomar olía a humedad, era denso y extrañamente pegajoso, como si se te pegara a las paredes de la garganta al tragarlo. No tengo claustrofobia, pero, en el húmedo abrazo del sudario, la sentí.

Por muy útil que pudiera resultar, aquello era oscuro por algo más que el color. Me froté los brazos, tratando de quitarme la extraña y sólida oscuridad, luchando contra el pánico, pero no lo lograba. Me mordí el labio, pero no pasaría mucho tiempo hasta que lanzara un grito.

—Magia negra —musitó Françoise, y su voz retumbó de una forma extraña.

—Sácanos de aquí —ordenó Marco—. ¡Ya! —La última palabra sonó tan aumentada en el sudario que casi nos rompe los tímpanos. Pero, un segundo después, la oscuridad se alzó repentinamente, como si me hubieran quitado una sábana de la cabeza. Empecé a jadear y a parpadear en la ahora cegadora luz de la tienda, esperando a que se me habituaran los ojos, mientras un vampiro iracundo le arrebató el sudario al vendedor.

—¿Es que se cree que tiene alguna gracia? —Al parecer, Marco no era precisamente aficionado a la privación de sus sentidos. Los ojos de los vampiros suelen tener aún más agudeza en la oscuridad que bajo la luz del día, pero ¿por qué me daba la impresión de que dentro de aquella cosa no podía ver mejor que yo?

—Les ruego me disculpen —se apresuró a decir el vendedor—. Pero el sudario es muy antiguo, una rareza. La mayoría de la gente jamás ha oído hablar de él. Hoy en día son muy comunes los hechizos para neutralizar los sentidos, pero son mucho más fáciles de neutralizar que eso. Con un objeto tan inusual es más fácil demostrar lo que es capaz de hacer que explicarlo...

—Con que nos lo explique será suficiente —le interrumpí, y Françoise asintió con expresividad.

—Como desee. —El dependiente pareció decepcionarse al ver que su demostración no había tenido el efecto esperado.

—¿Qué tipo de mierda ilegal vendes? —le preguntó Marco.

—Todo lo que tenemos es completamente legal —me aseguró el hombre, ignorando a Marco—. No tiene por qué preocuparse, no tendrá ningún problema con las autoridades.

—Por lo general, no suelo tenerlos —murmuré, la autoridad encargada de vigilar las armas mágicas era el Círculo Plateado y, aunque me esforzara en ello, ya no podía tener más problemas con ellos.

El tendero me lanzó una mirada maliciosa que contrastaba con su extraño rostro de Papá Noel.

—De todas formas, tenemos algunas antigüedades que no, esto, se ajustan a las prohibiciones actuales.

—¿Como cuáles? —Puede que hubiera alguna antigüedad esotérica de la que ni el Círculo hubiera oído hablar, algo lo suficientemente inusual o extraño como para darme alguna ventaja.

—Tenemos este precioso artículo. Procede de la finca de un, cómo llamarlo, aventurero. —La pequeña estatua color hueso que me mostró resultó ser una figura de Buda sonriendo. Unas minúsculas grietecillas le recorrían el abultado vientre y eran algo más oscuras que el resto de la figura, como si fueran de marfil.

—¡Daikoku, uno de los siete dioses japoneses de la fortuna!

—¿Y?

—Es un *netsuke* —explicó Marco, observando el pequeño objeto—. Conocía a un hombre que los coleccionaba.

—¿Un qué?

—Los kimonos no tenían bolsillos. En la antigüedad, los hombres japoneses llevaban un fajín atado a la cintura con un monedero en él. Sólo que ellos no lo llamaban monedero, porque eran hombres ¿entiendes? El *netsuke* servía para atar las dos cosas: la bolsa y el fajín.

—Esto no es un *netsuke* —le contradijo el vendedor, con aire desdeñoso—. A decir verdad, antes había muchas tallas de Daikoku, pero sólo eran eso, meros esbozos.

—¿Y en qué se diferencia éste? —pregunté.

—En que éste es Daikoku.

Parpadeé.

—Eso es un dios.

Al dependiente no le gustó el tono que había empleado.

—Un ser antiquísimo —corrigió, con aire despectivo—. En la Edad Media, los campesinos japoneses no conocían otra forma de referirse a él.

—¿Y tú lo tienes en una vitrina?

—¿Cómo consiguió *hacéjse* con él? —intervino Françoise. Realmente, parecía que fuera a comprarlo.

El vendedor debió de pensarlo también, porque se le iluminó la cara.

—El soldado adinerado que les he mencionado antes lo adquirió hace algunos años en Fukushima —explicó—. Creo que se lo robó a otro viajero. Antes se creía que si le hurtabas a otra persona una escultura de Daikoku, éste te daría buena suerte concediéndote un deseo, siempre que no te pillaran en el acto. La tradición popular probablemente surgió de historias reales de proezas de la estatua.

—Como un *génie*. —Françoise observaba aquel pequeño objeto con aire pensativo.

—Exacto. Sólo que los *yinns* no suelen ser benevolentes. Eso son cuentos de viejas. Si alguna vez se topan con un *yinn* encerrado en una lámpara, les recomiendo encarecidamente que lo dejen como está.

—¿Y no deberíamos dejar a Daikoku también como está? —pregunté con escepticismo.

—Oh, no —se apresuró a explicar el vendedor—. Él no está encerrado. En absoluto. Ésta es sólo la forma que tiene de desempeñar su misión.

—¿Y cuál es su misión?

—Proporcionar abundancia, riqueza y felicidad al mundo.

—¿Entonces por qué no pides tú un deseo y te haces rico? —preguntó Marco, con mordacidad.

Todos nos quedamos mirando al dependiente.

—Eh, bueno, porque Daikoku no siempre entiende... es que uno tiene que ser extremadamente cauto a la hora de formular su deseo. Ha habido casos en los que ha habido malentendidos.

—¿Como cuáles? —Aún no sabía mucho de magia, pero empezaba a darme cuenta de que todo tenía siempre alguna trampa.

—Es sólo que te concede el deseo, pero no siempre de la manera en que el que lo ha pedido hubiera querido. La persona a quien se lo compré tuvo una mala experiencia. El anterior dueño de la escultura contrató a unos mercenarios para que recuperaran su propiedad y estos siguieron al aventurero hasta una aldea del Tíbet. La rodearon y se estaban acercando cuando, pensando que la estatuilla no podía hacer ningún daño, le pidió a Daikoku que lo ayudara a salir de allí. —El vendedor se quedó en silencio, con aspecto incómodo.

—¿Funcionó? —le urgí.

—Por supuesto que funcionó. A su manera. Al fin y al cabo, sobrevivió para vendérmelo ¿no?

—¿Entonces cuál fue el problema?

—Bueno, los magos sabían cómo era el hombre. A sabiendas de eso, Daikoku pensó que cambiar su apariencia sería una buena forma de satisfacer su deseo. Pero no bastaría con disfrazarle, porque los hombres que lo perseguían eran magos, y descubrirían el truco.

—¿Y qué es lo que hizo? —preguntó Françoise, arrugando la frente con candidez.

—Nada. O, mejor dicho, no se limitó a ponerle un disfraz. Le cambió el cuerpo. Y, teniendo en cuenta que si descubrían al hombre, moriría, hizo un cambio lo más... extremo... que pudo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Marco.

—Lo transformó en mujer —reconoció el vendedor rápidamente—. En una anciana tibetana, para ser más preciso. Y, por supuesto, una vez concedido el deseo, no hubo manera de devolverle su aspecto original, así que...

—¿Se quedó así? —Marco parecía horrorizado.

—Eso me temo.

—¿Y qué tiene de malo *sej* una *mujeg*? —inquirió Françoise—. Eso *ega mejog* que *mogig*, ¿no?

—Habla por ti. —Marco se tanteó la entrepierna—. ¡Hay cosas que echaría de menos!

—Sólo por curiosidad, ¿cuánto? —le pregunté al vendedor. Necesitaba saber los precios de lo que estaba viendo allí, de lo contrario, seguir hablando sobre los demás objetos sería una pérdida de tiempo.

Dijo un precio y me quedé boquiabierta.

—¿Cuánto? —pregunté, incrédula.

—Con la guerra, los precios han aumentado sustancialmente —me dijo—. Todo el mundo quiere ir bien armado.

Suspiré mirando todas las cosas que no podía adquirir.

—Supongo que no aceptará la reserva de artículos con pago a plazos.

Él se encogió de hombros, avistando a otro cliente.

—Querida, no pretendo ofenderla, pero, a menos que usted tenga un poder inusual, haría falta un traspaso de poder durante décadas para satisfacer semejante pago.

Se esfumó antes de que me diera tiempo a preguntarle lo que quería decir, pero Marco me miró fijamente.

—¡Ni se te ocurra!

—¿Ni se me ocurra qué?

—Lo sabes muy bien, joder. Cuando esas sanguijuelas te ponen las garras encima, ya nunca sabes cuando te desharás de ellos. Te cuentan que sólo se llevan el cinco por ciento, o el límite legal que sea, pero ¿cómo lo sabes? A menos que te desmayes y te caigas redonda, la mayoría de la gente no se dará cuenta de si se llevan más o mucho más. Luego te ves en un combate en el que te hace falta la plagia y, sorpresa, no te queda nada. Y terminas muerto ¿por qué?, ¿por un puñado de dólares?

—¡Es verdad! —exclamó el otro guardaespaldas, otro tipo nuevo—. Una vez, estuve en un combate con un mago y me dijo que esa era la razón por la que yo le había vencido. No es que no lo hubiera hecho de todas formas, pero me contó que estaba débil porque unos sinvergüenzas le habían arrebatado los poderes. Y decía la verdad, estaba insípido, no sabía a energía.

Me quedé mirándolo fijamente.

—Bueno, quiero decir que hubiera estado insípido si, ya sabes, lo hubiera

probado. Cosa que desde luego no hice...

Marco le puso la mano en el hombro y se calló.

—Tú no lo hagas, ¿vale? —insistió.

—Ni siquiera sé de lo que estáis hablando —les expliqué, con impaciencia—. ¿Queréis decir que es posible conectarse a la magia de otra persona?

—Ésa es la idea. Empeñas parte de tu magia por un tiempo a cambio de un dinero. ¿Nunca has oído hablar de eso? Porque la gente lo hace continuamente. Bueno, los magos.

—Creía que sólo los que ejercen la magia negra son capaces de robarla.

—Lo hacen. Exprimen a otros siempre que pueden. Pero con esto no le extraes toda la magia a la otra persona, sólo un pequeño porcentaje. Y, como tienen que dar su consentimiento, es legal. Es una estupidez.

—¿Y quién la compra? ¿Para qué?

Marco se encogió de hombros.

—Si quieres más detalles, pregúntaselo a un mago. Lo único que sé es que se tienen que quedar con un máximo acordado y durante un tiempo concreto. Sólo que, a veces, eso no se cumple. Como te he advertido, es peligroso. El Círculo suele vigilar este tipo de acuerdos, pero con la guerra...

—Entiendo. —Sabía que el Círculo no contaba con el número suficiente de magos de la guerra para vigilar esas cosas, no cuando la mayoría de ellos habían sido reclutados para combatir. Muchas cosas se les escapaban de las manos, incluyendo tareas policiales, como investigar a los propietarios de las tiendas de empeño.

—Maldita sea, chica, ¡si no te hace falta! —continuó Marco—. Lord Mircea puede fijarte una asignación...

—No, no puede —dije, con vehemencia.

—No es una persona tacaña, y tú eres su...

—Si mencionas la palabra «propiedad», te juro...

El teléfono móvil de Marco empezó a sonar, interrumpiendo la conversación.

—Lo siento, no te puedo ayudar —dijo, con aire cortante, y colgó.

—¿Quién era?

—Nadie.

—Parecía Casanova.

El teléfono volvió a sonar, cada vez más estridente. Al final, lo sacó y lo apagó.

—No era él —dijo, mirándome a los ojos con facilidad, lo cual no significaba nada.

Los vampiros son muy buenos mintiendo. No se ruborizan, ni se ponen nerviosos ni transpiran, ni presentan ninguna de las reacciones que tienen los humanos bajo presión. Pero yo sabía muy bien todo lo que una fachada serena podía llegar a ocultar. Normalmente, cuanto más inexpresivos se mostraran, más ocultaban. Y Marco estaba



jodidamente inexpresivo. Marco... No me dio tiempo a señalar la mentira, porque Billy Joe entró precipitadamente.

—El Círculo acaba de llevarse a algunos de los chavales —me dijo sin preámbulos—. No sé a cuántos. Se los llevaban cuando me marché. Casanova ha intentado llamarte, pero no lo ha logrado.

Le saqué el teléfono a Marco del bolsillo y pulsé el botón de rellamada.

—¡Eh!

—No empieces —le espeté, furiosa. Le habría dicho unas cuantas cosas más, pero Casanova lo cogió al primer tono—. ¿Qué está pasando? —inquirí.

—Son esos malditos chavales otra vez... —estaba diciendo, cuando le arrebataron el móvil. No me cupo duda de quién se encontraba al otro lado de la línea. Aunque no hubiera oído la voz de fondo. No conocía a mucha gente capaz de atacar a un vampiro con tan pocos escrúpulos. El hecho de que ella midiera metro y medio y fuera humana lo hacía aún más increíble.

—Jesse no está —me informó Tami rápidamente—. El Círculo los capturó a él y a unos cuantos chavales hace un par de minutos. Casanova dice que no le permiten atacar a los magos por el tratado, pero yo no he firmado ningún puto tratado y juro que si le hacen algún daño a Jesse, haré que lo paguen. ¿No creen que están en guerra? Pues cuando haya terminado con ellos, sabrán lo que es estar en guerra...

—¿Dónde han ido?

—¡No lo sé! —Estaba llorando, se le notaba en la voz, pero mantuvo la compostura—. Se fueron por The Strip en dos limusinas.

The Strip estaba a una manzana de donde nosotros nos encontrábamos, y si tenía el atasco habitual, podríamos alcanzarles.

—Está bien, Tami. Vamos a...

—¿Cómo que está bien?

—Porque vamos a traerlos de nuevo aquí. Tienes mi palabra.

Hubo un significativo silencio al otro lado del teléfono. No podía culparla. Le había dado mi palabra otras veces, cuando le prometí que los chavales estarían a salvo en el hotel Dante. Y mira cómo había acabado.

Lo que el Círculo quería de un puñado de fugados en mitad de una guerra, desde luego no lo sabía, pero más tarde me lo pude imaginar. En aquel momento, lo que teníamos que hacer es recuperarlos.

—Te llamo en cuanto sepa algo —le dije, y le devolví el teléfono a Marco—. Vamos.

Me dirigía hacia la puerta, pero alguien me agarró de la espalda.

—¿Dónde crees que vas?

—A por Jesse.

—¿Y cómo pretendes hacerlo?

—Tú conduces —le dije—, y yo te guío.

—Me dijeron que te protegiera, no que me metieran en ningún rescate temerario. Esos críos no son mi problema. Lo eres tú. Y exponerte deliberadamente ante el Círculo no forma parte del plan.

—Ahora sí.

Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en dos rendijas.

—Yo creo que no.

—Entonces déjame que te lo explique de otra manera: Yo voy a ir a por los chavales, tanto si quieres tú como si no.

—Tú no vas a ir a ninguna parte.

Françoise alzó algo a espaldas de Marco y la luz se reflejó en ello. Las llaves del coche. Ni me detuve a preguntarme cómo había logrado meter la mano en el bolsillo de un vampiro sin que éste se diera cuenta. Corrí apresurada hacia la puerta.

Marco me empujó, pero Billy se había imaginado lo que estaba pasando y decidió ayudarme. Tiró la vitrina de armas mágicas, que golpeó otra vitrina que se inclinó a la izquierda y estuvo tambaleándose durante un tenso instante. Luego cayó al suelo, desparramando por todo el suelo su letal contenido.

Algunos de los artículos permanecieron inertes, simplemente se deslizaron o rodaron hasta detenerse a algunos metros. Pero unos cuantos grilletes se arrastraron por el suelo como una serpiente de metal, dejando trazas en el polvo directas hacia el colega de Marco. Él retrocedió dando un brinco, pero lo persiguió siniestramente hasta detrás de un mostrador. Él soltó un gritito y desapareció.

Marco me miró colérico.

—¿Cómo lo has hecho?

El vendedor salió corriendo antes de que pudiera contestar y, de repente, palideció y empezó a retroceder, muy rápido. Miré tras la cabeza de Marco y vi lo que parecía un enjambre de insectos negros saliendo en espiral de un frasco hecho añicos. Uno de ellos se metió en la lámpara del techo, y una de las bombillas se fundió.

Tardé un instante en darme cuenta de que no había explotado; simplemente, ya no estaba. Otra mancha se posó sobre una botella que había en el mostrador, se tambaleó y salió de la existencia como si se hubiera caído en un pozo. O en un pequeño agujero negro, que es el aspecto que empezaban a adoptar las cosas.

Por toda la tienda desaparecían cosas, o partes de ellas, en caso de que fueran demasiado grandes y no cupieran en los agujeros. Aquellas pequeñas amenazas negras tenían tamaños diferentes, pero, a diferencia del sudario, no se dilataban. Una de las aspas del ventilador del techo perdió un fragmento, un antiguo espejo quedó salpicado de agujeros negros y al suelo le faltaban media docena de pedazos circulares de cemento. Miré uno de ellos, que era del tamaño de una taza de té que había cerca de mi pie y, al otro lado, no vi nada, ni cimientos, ni suciedad, ni nada.

Marco me empujó hacia la puerta de la tienda; su compañero reapareció, arrastrándose por el suelo debido a los grilletes, que se habían cerrado en torno a sus tobillos. Una de las manchas más pequeñas se desplazó bajo su mano izquierda, que agitaba descontrolado y, exactamente como ocurría con el resto de objetos, desapareció repentinamente. No hubo sangre, pero tampoco había mano. Sólo quedó carne roja con un hueso blanco, con un corte limpio, como amputada por un cortapastas.

Marco me soltó y agarró al vendedor, que trataba de escabullirse por la puerta que teníamos delante.

—¿Qué narices está pasando? —rugió, mientras iban apareciendo más agujeros en su ahora histérico amigo.

—No le pasará nada —balbuceó el dependiente—. No le ha desaparecido la mano, sólo se ha extraviado.

—¿Extraviado?

—Sí... sí. Está como en cuarentena, en cierto modo; está guardada.

—¿Dónde?

—Eso es un poco complicado —musitó el vendedor, asiendo una revista para hacer aire y barrer un par agujeros. La corriente de aire actuó sobre ellos como si fueran pañuelos de papel, mandándolos rodando uno sobre el otro al centro de la habitación, y acabaron sobre el otro vampiro.

Uno de ellos aterrizó sobre su cara, cortándole en mitad de un aullido y dejando un círculo perfecto donde estaba la boca. Aún se veían relucir algunos molares, uno de ellos con una funda de oro, sobre la enorme herida. Otro le arrancó una parte del pecho, saltándose el corazón pero dejándole en el torso un agujero del tamaño de una pelota de béisbol. Vi una parte de lo que podría ser una costilla y una cosa agitándose rápidamente, que probablemente era un pulmón. No hubo salpicaduras de sangre, ni se filtraron fluidos. Era como si una parte de él estuviera en otra parte y su cuerpo no se hubiera percatado de ello.

No obstante, no parecía muy agradable. Nos miró fijamente, con los ojos como platos, mientras los grilletes lo arrastraban al interior de la vitrina. La puerta se cerró sola tras él haciendo un ruido sordo.

Marco me soltó, asió la revista y al vendedor, y empezó a tirar de él al centro de la habitación.

—Déjame que te explique lo que va a ocurrir aquí —dijo, pateando todos los agujeros que se acercaban—. Lo vas a traer aquí de nuevo. Ahora. ¡O reuniré todas estas cosas y haré que te engullan! ¿Está claro?

—Por supuesto. Naturalmente, eso supondrá un pequeño coste de rescate... —El pestillo de la puerta chirrió en respuesta a dicho comentario, que Marco aderezó con un par de sugerencias que dudo que fueran anatómicamente posibles. Yo poco podía

hacer por el compañero de Marco, salvo esperar que el vendedor fuera capaz de hacer lo que decía. Pero podía ayudar a los chavales. Françoise me puso en la mano las llaves y salimos corriendo.

El coche de Marco era un todoterreno negro con las ventanas tintadas de un tono tan oscuro que probablemente fuera ilegal. Pero cometer una ilegalidad era mejor que salir ardiendo, supuse. Tampoco es que en aquel momento hubiera muchas posibilidades de ello. Hacía más de una hora que se había puesto el sol, y sólo quedaba la señal de neón de la tienda de empeños iluminando aquella oscura calle.

Salimos con las ruedas chirriando, conmigo al volante, ya que, para Françoise, los coches aún eran toda una novedad, y no le gustaban. Ella iba de copiloto. Yo esperaba que se distrajera con lo que se veía por el parabrisas y no se asustara, pero, a juzgar por la forma en que se agarraba del salpicadero, con los nudillos blancos, el truco estaba funcionando tan bien como lo solían hacer mis planes habitualmente.

Lo cual suponía también un problema, ya que tenía que conducir y echarle un vistazo al mismo tiempo. Era más difícil de lo que parece, dado que las limusinas no son precisamente una imagen inusual en The Strip y se me había olvidado pedirle a Tami una descripción. Así que allí estaba, tratando de dar con dos limusinas juntas, pero todo el mundo parecía viajar solo aquella noche.

Unos minutos después, llegamos hasta una limusina negra parada frente a un semáforo.

—¡Eh, verde significa pasar! —grité, tocando el claxon.

Las puertas del vehículo se abrieron, pero no salió nadie. De ambos lados del coche salieron unos brazos, cubiertos con unas mangas negras idénticas, que cerraron las puertas tras ellos. La limusina avanzó a trompicones unos metros más, se quedó plantada en un cruce y las puertas se volvieron a abrir. Sólo que, esta vez, no se abrieron únicamente las de atrás. Las cinco puertas, incluido el maletero, se abrieron y cerraron por todo el coche, confiriéndole el aspecto de un cuervo extendido tratando de despegar.

—¿Es eso *nojmal*? —Françoise parecía confusa.

—No. —Pero aquello lo había visto en más de una ocasión últimamente. Uno de los Inadaptados era una niña a la que sus padres habían encerrado con sus fallidos poderes mágicos en un cuartucho, hasta que tuvo edad para marcharse a su «escuela» especial. Conforme iba creciendo, su poder crecía con ella, junto con su fobia a los espacios cerrados. Habíamos tenido problemas con ella en el casino, porque tanto puertas como ventanas y ascensores se negaban a permanecer cerrados cuando Alice estaba cerca.

—¿No podemos *adelantaglos*? —preguntó Françoise, mirando la hilera de coches que había esperando tras nosotras, la mayoría de los cuales hacía sonar sus cláxones con furia. Un escarabajo nos adelantó a los dos: a la limusina y a nosotras, para pisar

el acelerador y salir disparado cruzando la intersección, haciendo parpadear las luces de freno con descaro. Lo siguieron otros coches, pero yo me quedé ahí.

—Voy a echar un vistazo —le dije.

—¿*Poj* qué?

Todas las puertas se volvieron a abrir y cerrar al unísono.

—Por eso. Creo que Alice puede estar ahí.

Françoise abrió la puerta.

—Voy contigo.

—No. Quédate aquí. Probablemente no sea nada.

—¿Y si es algo *guealmente*?

—Puedo salir con más rapidez que tú. Además, si sucede algo, necesito que acudas en mi ayuda.

La dejé mirando fijamente el volante con expresión de terror. Si le hubieran dado a elegir, creo que hubiera preferido enfrentarse a los magos. Yo no, así que me acerqué con cautela a la limusina.

Habría tenido que hacerlo de todas formas, dado que las puertas seguían abriéndose y cerrándose aleatoriamente y una de ellas se cerró en mis narices cuando intenté entrar. En lugar de iniciar el juego de la silla, aguardé junto a una que estaba en la parte trasera, hasta que se volvió a abrir y me arrojé al interior.

Dentro, la locura era aún mayor que fuera, con niños chillando, adultos vociferando y alguien gritándole al conductor que pisara el acelerador. Pero estaba en el sitio acertado, ya que en la parte delantera de la limusina estaba Jesse, señalado por una puerta que se había abierto. Estaba tumbado en un asiento tipo banco rodeado de no menos de cuatro magos.

Traté de llegar hasta él, pero una niñita se me abrazó a las piernas y me senté, entonces alguien me dio una patada en la cabeza. No creo que fuera a propósito, dado que no me hizo mucho daño, logrando sólo hacerme una marca en la oreja. Pero, luego, la enorme bota de alguien cayó sobre mi muñeca y aquello sí que me dolió, mucho.

Grité y un hombre me empujó haciéndome caer de rodillas. Un joven asiático americano con gafas de pasta negras me miró.

—¿Quién narices... —Se calló bruscamente. No lo reconocí, pero era bastante obvio que él a mí sí, tenía la expresión de quien sabe que tiene medio millón de euros en la palma de la mano, del tamaño del precio que el Círculo le había puesto a mi cabeza.

La limusina volvió a arrancar antes de que ninguno de nosotros se recompusiera, haciéndome caer de bruces sobre el mago, que se sentó de golpe en el asiento que había junto a un chaval pelirrojo con gafas de cristales de culo de vaso. Cuando el vehículo empezó a zigzaguear bruscamente entre los coches, un montón de cuerda de

nylon se deslizó sobre el asiento, a los pies del chico, y empezó a rodearnos a mí y al mago. No tuve que preguntar por qué: el niño se llamaba Alfred, y tenía poderes telequinéticos.

Parecía bastante sereno, pero tenía bien agarrada una mochila muy gastada. Le habría sugerido que se concentrara en atar al mago en lugar de a ambos, pero no podía respirar. Se me estaba escapando todo el aire por la presión que el corsé de nylon ejercía sobre mí, apretándome cada vez más.

El mago empezó a maldecir y a tratar de meter la mano dentro del abrigo mientras yo trataba de impedirselo y de agarrar mi pistola. Pero seguía estando en mi bolso, porque no había querido sacarla a la vista en medio de todos esos coches, y mi bolso estaba fuera de las cuerdas. A nuestro alrededor estaba teniendo lugar una miniguerra, con gritos, improperios y el ruido de cristales rotos. Luego hubo una explosión y, de repente, dentro había mucha más luz. Parecía como si alguien hubiera extraído un par de ventanas.

Un golpe particularmente fuerte nos arrojó al suelo y decidí que ya estaba harta. Me transporté unos treinta centímetros a la izquierda, lo cual me sacó de la trampa, pero las cuerdas se aflojaron, y eso le permitió al mago meter la mano en su maldito abrigo.

No sabía lo que podía llevar, pero, por mi experiencia, no se trataba de nada que pudiera ser utilizado en el interior de un coche repleto de chiquillos. Yo no veía mi bolso, ni me dio tiempo a agarrar mi pistola. No me dio tiempo a hacer nada más que cogerle, cerrar los ojos y transportarme.

Aterrizamos en mitad de la carretera, rodando cerca de la limusina, que se alejaba. El todoterreno casi nos atropelló, hasta que ni más ni menos que Françoise pisó el freno. El neumático delantero quedó paralizado chirriando a medio centímetro de mi rostro. Lo miré, parpadeando, mientras el mago me clavaba el codo en las costillas, tratando de desembarazarse del capullo que lo envolvía.

Françoise se inclinó, acercándose al parabrisas, dijo algo y las cuerdas, repentinamente, lo devolvieron a su anterior estado momificado.

—*¡Amojdázalo!* —me ordenó, lanzándome un pañuelo. Lo agarré y se lo metí en la boca al mago justo cuando logró sacar la barbilla de las cuerdas. Lo había olvidado; si pueden hablar, son letales. Afortunadamente, a Françoise no se le había olvidado. Subí al coche, ella encendió el motor y nos largamos.

Enseguida resultó evidente que Françoise había averiguado el funcionamiento del freno y del acelerador, más o menos, pero tenía cierta confusión con respecto a cosas como ceder el paso, semáforos en rojo y los límites de velocidad, lo cual significaba que se adaptaba perfectamente a la manera de circular en Las Vegas. La limusina era otra historia, dando bandazos a unas decenas de metros de distancia.

La alcanzamos cuando giró hacia la avenida Sands y comenzó a ganar velocidad.

Françoise giró en la esquina demasiado rápido, los neumáticos chirriaron como protesta y pisó el acelerador.

—Acércame lo suficiente para que pueda transportarme dentro —le dije.

—¿Cómo de *cejca*? —Estaba blanca y temblando, tenía mirada de loca.

—No lo sé. —Jamás había tratado de transportarme al interior de un vehículo en marcha y dudaba que aquello fuera tan fácil. Pero si Françoise podía acercarme a unos treinta o cuarenta centímetros, podría ser viable—. ¡Lo más cerca que puedas!

Ella murmuró algo, pero se deslizó entre dos coches y puso el todoterreno en paralelo con la limusina, lo suficientemente cerca como para que el conductor tocara el claxon. Respiré profundamente y me transporté, aterrizando en el estrecho pasillo central junto al asiento en forma de banco. Tuve medio segundo para comprobar que solo había tres niños en la limusina: Alice, acurrucada como una pelota en el suelo, Alfred en la parte trasera y Jesse, cerca de la parte delantera, sujetado por dos magos.

De repente, tenía cuatro pistolas en la cara, y una de ellas prácticamente me rozaba la nariz. Agarré a Alice y me transporté antes de que les diera tiempo a disparar, aterrizando de nuevo en el banco trasero, junto a Alfred.

—Eso ha estado muy guay —dijo, mientras yo lo agarraba de la pechera de la camisa.

—¡Coge mi bolso! —le ordené, haciendo que los magos giraran la cabeza hacia nosotras. Alfred asió mi deshilachado bolso vaquero del suelo justo cuando los magos estaban lanzando un hechizo y me transporté, saliendo de allí.

Caímos en el asiento trasero del todoterreno, con un niño en cada mano y la fatiga recorriéndome las venas. Françoise me observaba frenética por el espejo. Dijo algo, pero lo hizo en francés y yo estaba demasiado cansada para siquiera tratar de traducirla.

—¡Tienes fuego en el pelo! —gritó, y Alfred empezó a sacudirme la cabeza con su mochila.

Me quité la chaqueta, que aún tenía ese corte elegante, aunque la tela ahora era de estampado de camuflaje. La utilicé para sofocar las llamas mientras Alfred trepaba sobre el asiento hacia la parte delantera.

—Sé conducir —le dijo, serena—. Va a necesitar ayuda para hacerse con Jesse.

—¿Cuántos años tienes? ¿Doce? —pregunté.

Me miró.

—¿Acaso temes que te pongan una multa?

—Con toda certeza...

—Por favor. Llevo conduciendo desde que era pequeño —me dijo, sin sarcasmo alguno.

Decidí que aquella era otra de las cosas de las que Tami no tenía por qué enterarse. Agarré a Françoise de la espalda de su blusa.



—¿Te vale con esto?

Ella asintió frenética, dispuesta a cualquier cosa con tal de salir del asiento del conductor. Entonces, alguien debió de reconocernos, porque apareció un brazo de una de las puertas que batían frenéticamente, arrojando algo en nuestra dirección. Françoise viró con fuerza hacia la derecha, lanzándonos hacia un lateral de la limusina y aplastándole el brazo al que lo había arrojado. Pero era demasiado tarde para impedir que la pequeña esfera negra saltara sobre el capó, una, dos veces y, antes de que le diera tiempo a un tercer bote, me entró el pánico y me transporté.

Me entró tal náusea y sensación de vértigo que tardé un instante en percatarme de dónde habíamos aterrizado: tirados en diagonal en el interior del capó de la limusina. Una gigantesca explosión hizo temblar la carretera tras nosotros, haciendo estallar en mil pedazos el resto de las ventanillas de la limusina y dejando un cráter del tamaño de una piscina infantil en la carretera. De la parte trasera de la limusina también salía humo, como si la bomba se hubiera llevado por delante también el maletero, aunque ni eso ni el hecho de que, probablemente, el conductor no veía nada le había hecho reducir la velocidad al tipo que pilotaba el todoterreno.

No sé si estaba aterrado o si creía que estábamos haciendo una carrera de coches. Pero, en caso de que se tratara de lo segundo, se iba a llevar una sorpresa, porque yo no podía volver a transportarme, apenas si sabía cuál era el camino, todo empeorado por la inconfundible sensación de que el todoterreno empezaba a tambalearse hacia los lados, separándose del maletero.

—¡Françoise! —Esperaba que ella tuviera alguna idea, pero lo único que recibí fue una ristra de improperios franceses de hace cuatrocientos años.

A continuación, los tambaleos, el arrastrar y el exasperante chirriar del metal desaparecieron. El todoterreno se detuvo, aunque la limusina continuó zigzagueando de manera demencial entre los vehículos. En uno de los bandazos, nos encontramos a cuatro metros del suelo, flotando siguiendo el borde de la calzada como la hoja gigante que no éramos.

—Telequinesia ¿te acuerdas? —me preguntó Alfred cuando tocamos tierra.

Françoise salió del coche tambaleándose y tan deprisa que se cayó en mitad de la carretera.

—¡A mí me gustan más los caballos! —exclamó, dirigiéndose, según parecía, al tráfico—. ¡Esta *fojma* de *viajag* es un *locuga*!

Logré extirparme del asiento trasero y me estrellé contra el suelo. Todo era como un borrón enorme y macilento y, como jamás había teletransportado nada de aquel tamaño, (ni siquiera sabía que fuera posible), no tenía forma de saber cuánto tiempo tardaría en recuperar las energías para poder sacarnos a todos de allí. Pero Jesse se encontraba en el interior de la limusina que se desvanecía entre los demás vehículos, y si ni siquiera trataba de rescatarle, no podría volver a mirar a Tami a la cara en mi

vida.

—¡Detenlos! —le ordené a Alfred.

—¿Cómo?

—¡Los neumáticos! —Él asintió y miró hacia donde estaba la limusina con los ojos entrecerrados. Por un momento, no ocurrió nada, pero, al instante, las dos ruedas traseras estallaron simultáneamente. La parte trasera, de la que ya estaba saliendo humo antes de aquello, dio contra el suelo, dejando tras de sí un torrente de chispas hasta que se salió de la carretera y se chocó contra un semáforo. Luego rebotó, dio una vuelta de campana y terminó de nuevo en mitad de la carretera.

—¡Vuelve al Dante! —le dije a Françoise mientras rebuscaba en el bolso tratando de dar con mi pistola—. Ayuda a los chicos.

—¿Y quién te va a *ayudaj* a ti?

—Yo sé cuidar de mí misma. —Habría sonado más convincente si hubiera sido capaz de mantener la mirada. Ella no replicó, tan solo se quedó ahí parada con los brazos cruzados.

—¡Françoise! ¡Por favor!

—Te puedo llevar de vuelta —se ofreció Alfred.

—*Pjobablemente, conducigá mejog* que yo —accedió Françoise.

Miré primero la limusina, que ahora se balanceaba levemente y luego a Alfred, que me sostuvo la mirada con serenidad. Aquel tío tenía que estar hasta arriba de Prozac o algo así.

—Ve tranquilo, respeta las señales y no hagas nada que pueda llamar la atención. —Bueno, omitiendo el hecho de que todas las puertas del todoterreno seguían persistentemente abiertas—. Ah, y, bueno, dile a Tami que se lo explicaré todo cuando regrese.

Françoise y yo empezamos a correr entre los coches mientras Alfred se marchaba. En realidad, no era tan peligroso como pudiera parecer ya que, debido al enorme obstáculo negro que había en mitad de la carretera, ningún vehículo podía moverse. Los cláxones atronaban y, lo que es peor, la gente empezaba a apearse del coche. La policía no tardaría mucho.

Alfred dio media vuelta, quebrantando todas las normas de tráfico, rodando sobre el césped falso de la mediana y salió de allí antes de que Françoise y yo llegáramos a la limusina. Abrí de golpe la puerta más cercana, la que, en ausencia de Alice, había permanecido convenientemente cerrada, y entré de un salto.

—¡Cassie! —escuché la voz de Jesse, aunque no pude contestar porque tenía a un mago encima y otro estaba tratando de arrebatarme el arma. Todo el mundo pataleaba.

Le di al mago un rodillazo en un sitio delicado y cogí aire.

—¡Jesse, cógeme de la mano! —Sólo tenía una libre, pero me bastaba. La

levanté, agitándola desesperadamente.

—¿Y qué pasa con los demás? —preguntó.

—¡Ya tengo a los demás!

—¿Encontraste el otro coche?

Recorrí con la mirada el suelo del coche hasta llegar a él, evitando la cabeza del mago, que había prescindido de la magia para pasar a tratar de matarme por asfixia.

—¿Otro coche? —solté a modo de graznido. ¡Oh, mierda, se me había olvidado que se suponía que había dos limusinas!

—¡Nos separaron para superarnos en número! ¡Dime que ya encontraste la otra!

En aquel momento, me recordó espantosamente a su madre. Mi atención se vio desviada porque dos pistolas me apuntaban al cráneo, pero Françoise dijo algo que los hizo salir por los aires. Entonces, el conductor, no sé cómo, hizo avanzar el coche unos metros, haciéndonos a todos caer hacia atrás.

Me desembaracé del aspirante a asesino, repté tras uno de los magos que había tirado a Françoise al suelo y lo golpeé en la cabeza con la culata de la pistola. Desgraciadamente, en las películas suele funcionar mejor, ya que lo único que logró fue que se cabreara. Al menos, soltó a Françoise para lanzarse sobre mí, brindándome la oportunidad de atizarle con una botella de Pernod aún intacta.

En espacios tan reducidos es difícil emplear escudos, ya que allí resultaba complicado hasta moverse, aunque eso no impedía a los magos manejar armas letales en todas las direcciones. Uno de ellos apuntó con una pistola hacia mí en el mismo instante en que volví la mía hacia él. Nos quedamos inmóviles, mirándonos fijamente.

—Bueno. Esto es un poco estúpido —dije, y Caleb me lanzó una mirada colérica.

—No quiero matarte —dijo, y de veras que parecía sincero.

—*Ditto*. —Tragué saliva—. Tienes en tu poder a alguien que quiero que me devuelvas.

Me ignoró.

—Los carteles de busca y captura no especifican que tengamos que entregarte viva, aunque lo preferiría.

—Yo no —repliqué, con toda sinceridad. Una muerte rápida por un hechizo o por arma de fuego seguramente sería mucho más agradable que lo que me haría el Círculo si me ponían las manos encima sin testigos presentes.

Frunció el ceño.

—Te someterían a un juicio justo. Si los cargos contra ti no son ciertos...

—Los cargos contra mí son una puta basura —dije espontáneamente.

—¡Cassie! —Jesse se escabulló y llegó hasta mí—. ¡Tenemos que irnos!

—¿Y qué pasa con los otros magos? —Desde luego, no estaba en situación de volverme para comprobarlo por mí misma.

—Françoise y yo los cogimos. ¡Joder, esa mujer sabe pelear!

—No digas palabrotas —le espeté automáticamente.

Caleb frunció el ceño aún más.

—No tengo miedo a la muerte —me dijo, con el arma firme—. ¿Puedes tú decir lo mismo?

Me agarré a la camiseta de Jesse con fuerza y cogía a Françoise del brazo.

—Demonios, no —le contesté, y me teletransporté.

Aterrizamos fuera del coche, lo cual ya era mejor de lo que yo esperaba, aunque el sitio no era precisamente bueno. Yo pretendía caer en el Dante, pero, al parecer, no me quedaba suficiente energía para eso. Y era un problema, porque ni más ni ríenos que la segunda limusina se había acercado y de él salían magos que se estaban dispersando por todo el asfalto. Al parecer, alguien había tenido tiempo de pedir refuerzos.

—Te digo que debería hacerlo yo —me reprochó Jesse.

—¡Cállate!

Volví a tratar de transportarme, pero esta vez no fui a ninguna parte. Y lo que es peor, los magos nos habían localizado. Era como si de todas sus cabezas hubiera tirado un hilo: de repente, todas las miradas estaban clavadas en mí. Me hacía falta un plan, pero no tenía tiempo de idear ninguno. Solo sabía que tener a Jesse a mi lado era la mejor manera de lograr que lo mataran. Le lancé el crío a Françoise.

—¡Llévatelo de aquí!

No hizo ninguna pregunta. Me metió algo en el bolsillo y, simultáneamente, murmuró una palabra tras la cual se produjo un estallido de luz que me deslumbró. Sentí que me arrebatava a Jesse de la mano, escuché pisadas sobre los cristales y se fueron.

Concluí que el mejor modo de ayudarles era ofreciéndoles otro blanco a los magos, uno sobre el que había una recompensa mucho mayor. Antes de que se desvaneciera la luz cegadora, di media vuelta y eché a correr en la dirección opuesta. Para darse de bruces con Marco.

Me agarró de los hombros y me agitó como aun perro, obviamente dispuesto a lograr que me desdoblara. Pero la luz se desvaneció y miró la marea de sombras oscuras que venían hacia nosotros. Lanzó un gruñido, enseñando un trozo de colmillo, y me colocó tras él.

Reboté en el pecho de su amigo que, afortunadamente, había vuelto a estar de una pieza y Marco lanzó el sudario de la oscuridad sobre los magos. Salió volando directo hacia ellos y la nada, en toda su profundidad y oscuridad, hizo que la noche que nos envolvía pareciera mediodía. Pero, en lugar de tener el tamaño de una sábana, ahora abarcaba la mitad de la carretera.

Marco empezó a caminar, pistola en mano, y yo lo agarré del brazo.

—¡Vámonos de aquí!

—Claro —respondió, y la oscuridad empezó a rebanar los escudos de los magos, como si jamás hubieran estado siquiera allí. El compañero de Marco le lanzó una M16—. En un minuto.

Agarré el cañón de aquella pistola, estrafalariamente grande.

—¿Qué haces?

—Esto es pan comido —dijo, con deleite.

—¡No puedes matarlos!

—¿Qué te apuestas?

—¡Marco!

Arqueó una ceja en un gesto que me recordó inquietantemente a Mircea.

—¿Y qué es lo que crees que pensaban hacer contigo?

Aquella era una pregunta más que razonable, pero tampoco era esa la cuestión.

—Estoy intentando que el Círculo quede intacto —le dije, mientras el sudario se extendía sobre el suelo como una bruma oscura. Supuse que los magos estarían tratando de salir de allí aunque, desde donde yo me encontraba, no se veía la más mínima señal. Ni un ruido, ni tiros, ni sortilegios ni luz. Nada.

Pensé que, al menos, nos apartaba del tráfico. Marco me miraba fijamente.

—¿Estás loca? —Por su mirada, realmente parecía que empezaba a plantárselo seriamente.

—Es complicado —contesté, sorprendida por su reacción—. Pero no puedes ir por ahí disparándoles a los magos.

—¿Por qué no?

Era evidente que Marco no pensaba renunciar a la matanza sin una jodida buena razón. Así que le di una, aunque no pareció comprender mi explicación sobre el dios vengativo ni lo del portal hacia otro mundo ni lo del antiguo hechizo que había sobre el Círculo, y que era lo único que lo mantenía cerrado. Para hacerle justicia, diré que, sin embargo, si captó la idea principal.

—¿Me estás diciendo que tienes que proteger a una gente que te quiere ver muerta?

—Exactamente eso es lo que quería decir.

—Esto es una mierda.

—Que es el título que tendrá mi autobiografía, si vivo lo suficiente para escribirla. Entonces, ¿podemos salir de aquí?

—Es exactamente lo que estaba pensando. —La voz surgió a mi espalda y una pistola se clavó en mis costillas.

Giré el cuello lo suficiente para ver el rostro de Caleb. Había dicho que estaba dispuesto a morir con tal de capturarme. Al parecer, no bromeaba cuando lo dijo.

Marco soltó un gruñido, disparando un aluvión de balas que rebotaron en los

escudos del mago, amenazando a todo el mundo excepto a él.

—¡Marco! ¡Para antes de que mates a alguien!

—Es mi intención matar a todo el mundo —dijo, y Caleb me llevó a rastras hacia la limusina. No sabía por qué, ya que aquel coche no iba a ir a ninguna parte, pero continuamos dirigiéndonos hacia ahí de todas formas.

Marco nos siguió, pero no pudo atravesar los escudos de Caleb. Rebusqué en mis bolsillos, con la esperanza de que Françoise me hubiera metido una pistola, aunque tampoco sería de mucha utilidad para luchar con un mago. No lo había hecho, pero me había dejado algo, posiblemente más útil. Mi mano se aferró a algo duro, y yo bajé la vista para ver el rostro sonriente de Daikoku mirándome fijamente.

Françoise debía de haberlo cogido cuando cayó la vitrina. Y, como funcionara igual de bien que el sudario, cabía la posibilidad de que me pudiera sacar de aquello. Pero ¿tenía valor para utilizarlo?

Agarré a Daikoku con fuerza, sintiendo que, bajo la fría superficie de mis dedos, irradiaba energía. Fuera lo que fuese aquello, era poderoso y, por lo tanto, peligroso. Pero había demasiados magos de la guerra y sabía que el sudario no los contendría demasiado tiempo y, aunque lo hiciera, Caleb no los necesitaba para llevarme con él. Yo me debatía seriamente sin saber si utilizarlo, cuando la oscuridad se abrió, expeliendo a Pritkin.

Caleb lanzó un hechizo en cuanto Pritkin salió de la línea Ley, pero tuvo que bajar sus escudos para hacerlo y Marco se lanzó sobre nosotros en el mismo instante en que cayeron. Caleb sabía que lo haría y lo lanzó al aire musitando una palabra, aunque, con la distracción, Pritkin tuvo la oportunidad de rodar metiéndose bajo un coche, donde no pudieran verle.

—¡Déjalo, John! —exclamó Caleb—. Yo me ocuparé de su seguridad, pero me la llevo.

Una cabeza con el pelo de punta asomó sobre el techo del coche.

—¡Tú no te puedes ocupar de nada! ¿O acaso has olvidado lo que ocurrió la última vez que el Consejo quiso hacer una reunión?

—Richardson estaba cegado por el dolor de la muerte de su hijo. Eso no va a volver a pasar, tienes mi palabra.

—Nadie duda de tu palabra, Caleb. Es de tu sentido común de lo que dudo.

—¡Hubo un tiempo que confiabas ciegamente en mí!

—También hubo un tiempo en el que utilizabas el cerebro en lugar de limitarte a seguir instrucciones sin pensar —dijo Pritkin, rodeando el capó del coche. Tenía un punto rojo en el centro del pecho, como si sus protecciones hubieran cedido unos milímetros antes de que lo hiciera el hechizo de su amigo—. Ella se viene conmigo.

La respuesta de Caleb fue lanzar otro hechizo. Pero Marco, escondido en silencio en el arcén, estaba esperando a que lo hiciera. En cuando Caleb bajó los escudos,

Marco lo agarró y Pritkin me agarró a mí.

Fuimos corriendo hacia la línea Ley que Pritkin había utilizado para venir, pero los magos habían terminado de despedazar el sudario y obstruían el camino. Los ocho. No nos atacaron de inmediato, tenían suficientes dudas sobre si Pritkin era un héroe o un psicópata de utilidad en una situación como aquella. Pero no duraría mucho.

Tenía que pensar en algo, necesitaba un plan, porque venían hacia nosotros y ya no quedaba tiempo. Ni Pritkin podía luchar contra ellos. Me aferré a la fría figura de Daikoku con tanta fuerza que me dolió.

—¡Concédeme la energía para poder transportarnos a todos y sacarnos de aquí!  
—dije, pronunciando mi deseo.

Esperaba haberlo dicho con suficiente claridad y, a continuación, me limité a desear que, simplemente, funcionara, ya que pasó el tiempo y no ocurría nada. Abrí la mano y miré aquel pequeño objeto, preguntándome si Françoise habría robado uno falso. Entonces, uno de sus minúsculos ojos hicieron un guiño aún más pequeño, y el mundo se partió en dos.

Repentinamente, sentí que rodaba a toda velocidad y después, una sacudida que me dejó sin respiración. Casi era la misma sensación que cuando me transportaba, pero la acera se mantenía sólida bajo mis pies y el olor de asfalto quemado y de la magia aún flotaban en el aire. No esperé a que se me pasara el mareo, sólo me limité a asir el cuerpo cálido que había a mi lado y nos saqué de allí.

Inmediatamente, supe que algo iba mal, porque, en lugar de una breve caída libre, como debería haber sido una transmutación al Dante, que se encontraba cerca, me pareció que estaba durando una eternidad, hasta que volví a tomar tierra. Aterricé de pie, pero alguien se estrelló contra mí. No pude ver de quién se trataba, pero el impacto me hizo retroceder algunos pasos. Lo cual no hubiera tenido importancia, si no hubiera sido porque, de repente, bajo mis pies no había nada.

Me caí de culo y me deslicé sobre lo que me pareció un terraplén con gran desnivel y de unos cien kilómetros de longitud. No había árboles ni piedras de las que agarrarse, sólo unas cuantas hierbas resbaladizas y un montón de barro. Uno de mis brazos, en un aspaviento, se enganchó del brazo de otra persona y me aferré a él como si se me fuera la vida en ello, cayendo hasta que acabamos, no podía ser de otro modo, en una charca cenagosa.

El impacto casi me parte por la mitad y se me cerró la boca de golpe. Alcé la vista y me topé con el tenue arco de la Vía Láctea mientras trataba de recuperar el aliento, cuando, justo en ese momento, me cayó exactamente en el ojo una gota de agua. Me la enjuagué, pasándome la manga embarrada por la frente. Por supuesto, iba a llover. Claro que iba a llover.

Era lo habitual en mis experiencias al borde de la muerte, vaya si lo era, y normalmente incluía varios gritos por parte de Pritkin dirigidos a mi persona y luego ir a por un sándwich. Y tomar un baño. Y buscar una aspirina. Como en aquel momento, no disponía de ninguna de esas cosas, me conformé con rodar para ver cuál era la fuente de los resplidos que sentía tras de mí.

Aún no podía ver bien, ya que tan solo nos iluminaba un haz de luz plateado de la luna, pero lanzaba improperios lo suficientemente imaginativos como para que la vista resultara del todo irrelevante. Últimamente, los gruñidos de Pritkin se habían convertido en la banda sonora de mi vida, pero, tras el alivio inicial al comprobar que se encontraba bien, me percaté de que había algo extraño en su voz. Me agité para desembarazarme de los pliegues de su pesado abrigo de cuero que, al parecer, llevaba puesto, y del barro que lo había cubierto, tragándoselo despiadadamente.

Al final, me deshice de él y salí de la charca tambaleándome, chorreando, sucia y exhausta, sólo para encontrarme con mi propia mirada azul llena de ira.



—¿Qué es lo que has hecho?

Clavé la mirada, completamente atónita. El tono de mi voz no era tan agudo, ¿o sí? Mi voz sonaba como la de una niña pequeña. Una niña pequeña muy cabreada. Yo trataba de asumir el hecho de que mi cuerpo estaba ahí sentado, gritándome, cuando una brisa helada me rozó el cuello y las muñecas y trató de filtrarse bajo la ropa. Empecé a arremangarme, pero lo dejé cuando vi las manos que asomaban bajo las mangas. Tras ver aquello, me quedé un instante completamente inmóvil, a excepción de mi trasero, que entró en contacto bruscamente con el suelo.

Un gélido filo al reconocer lo que estaba viendo me revolvió el estómago. Las cosas que asomaban al final de mis brazos eran las manos de un hombre. Para ser más exacta, eran las manos de Pritkin, sólo que, por alguna razón, las llevaba puestas yo. Tras unos segundos de parálisis en los que hasta respirar resultaba difícil, comprendí lo que el cabronazo de Daikoku había hecho.

Yo había pedido poder transportarme, pero aquello no era posible dentro de mi cuerpo. También había deseado llevarme a Pritkin conmigo. Daikoku me había concedido ambos deseos, pero no insuflándome más energía tal como yo esperaba, sino que nos había intercambiado los cuerpos, lo cual me había permitido salir de mi cuerpo, al que no le quedaba ninguna energía, y me había traspasado a otro cuerpo al que le quedaba energía suficiente para sacarnos de allí. De este modo, el dios también se había asegurado de que, necesariamente, me llevara a Pritkin conmigo.

Porque me había metido en su piel.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Pritkin, y me sonó realmente extraño escuchar su entrecortado acento británico saliendo de mi boca. Comprendí que, con mi vista, probablemente aún no hubiera visto la realidad por sí mismo.

Mi mente empezó a buscar desesperadamente algo que decir.

—Esto lo puedo arreglar —dije, finalmente, y mi voz sonó extraña en mis oídos—. Creo.

—¿Arreglar qué? —Lo preguntó con un tono de voz quedo y controlado, lo cual no era nada bueno. Pritkin, cuando está bien, suele hablar alto. Es cuando habla bajo cuando hay que preocuparse.

Iba a contestarle, o al menos a intentarlo, pero me di cuenta de que aquel cuerpo estaba malherido. Me miré el pecho, más que asustada al ver una camisa medio abrasada, el vello corporal chamuscado y una piel irregular y rojiza debajo. *El sortilegio de Caleb*, recordé. El resultado del inusitado poder curativo de Pritkin había quedado muy logrado, otorgándole a la piel el aspecto reluciente que suelen tener las quemaduras medio sanadas. Sólo que aquella quemadura no estaba medio curada. Dolía como una condenada.

—Me habéis destrozado la valla. —La acusación procedía del hombre con gafas de pasta negras y el peinado a lo Einstein que estaba en lo alto de la colina,

mirándonos con desaprobación.

Me percaté de que el objeto duro sobre el que me encontraba era el poste de una valla semienterrado en el barro. Lo extraje de mi trasero de prestado y miré al granjero.

—Disculpe.

—Bueno, ya no tiene solución —dijo el hombre, bastante condescendiente, en mi opinión—. Subid y os daré algo caliente.

—Contéstame —me ordenó Pritkin, y me acerqué lo suficiente para poder ver el puro horror en sus ojos y sentir cómo despertaba su instinto homicida. Yo trataba de pensar en alguna forma de decírselo suavemente, pero el granjero nos apuntó con una linterna y no hicieron falta más explicaciones, porque no es que Pritkin me estuviera mirando a mí, sino que se estaba mirando los senos, que en aquel momento, eran mucho más redondeados de lo habitual.

—¿Qué es lo que has hecho? —El tono aterrorizado de su voz exasperó mis ya de por sí crispados nervios.

—Sacarnos de allí vivos —contesté con brusquedad. Vale, aquella no era la situación ideal, pero tampoco lo era que abrieran fuego sobre ti, que te estrangulen o que el Círculo te liquide mediante un hechizo—. Y, al menos, estás dentro de mí. Tuve que poseer a un vampiro en el pasado —le recordé.

Pritkin parecía haberse quedado aludo, pero su rostro, cada vez más enrojecido, tenía un tono muy subido. Me iba a dar un ataque cardíaco sino controlaba aquello.

—Tienes que tranquilizarte —le dije, con más suavidad. Recordé claramente la primera vez que me sacaron de mi cuerpo traspasándome al de otra persona, y había sido un poco... traumático.

—Estoy tranquilo.

Claro. Por eso parecía como si estuviera repasando su repertorio de ganchos con el puño.

—Sí, sólo que es mi cuerpo el que estás utilizando y trato de llegar a los treinta antes de que me dé mi primer ataque al corazón.

—¿Pensáis quedaros ahí toda la noche? —preguntó el granjero—. ¡Venid aquí antes de que pilléis un gripazo de muerte!

—¿Cómo? —me preguntó Pritkin, agarrándome de los brazos. No me agarraba con la fuerza habitual. Tragué saliva.

—Hay un camino a la izquierda. Está menos embarrado que el sendero por el que habéis bajado —advirtió el granjero, amablemente.

—Es una larga historia —le dije a Pritkin, nerviosa.

—Cuéntame la versión resumida.

—Todo es a causa de un dios japonés con un pésimo sentido del humor.

Pritkin se limitó a mirarme fijamente. Tenía dos grandes círculos oscuros bajo los

ojos y mi pelo le caía sobre la cara. Al parecer, mi cuerpo aún no se había recuperado de la pelea. Había empezado a llover con más fuerza, y por las mejillas le rodaban unas frías gotas de agua que acababan colgadas de su barbilla. Evidentemente, estaba sufriendo y, a decir verdad, no me entusiasmaba la idea de volver a un cuerpo con cuarenta de fiebre. Teníamos que salir de allí.

—Volvamos al Dante y allí te lo explicaré todo —le dije, cogiéndolo del hombro. Fue extraño, como si sus huesos fueran demasiado frágiles bajo mi enorme mano nueva, pero no presté mucha atención a ello. Reuní mi energía y nos transporté... más o menos, un metro y medio. Acabamos sentados un poquito más atrás en la ciénaga, cuyas pestilentes aguas casi nos llegaban hasta la cintura. Pritkin estornudó.

—¿Qué ha pasado?

Negué con la cabeza.

—No lo sé. —Escuché que se acercaban unos pasos. Al parecer, el granjero había decidido dejar de tratar de hablarles al par de locos que merodeaban por sus tierras y desapareció de la vista. Pero pude oírle cruzar lo que supuse sería un camino.

—¿Me estás diciendo que no puedes transportarte? —preguntó Pritkin, aparentemente ajeno a que estábamos a punto de tener más compañía.

Lo volví a intentar, sólo para asegurarme, y ocurrió lo mismo. Sólo que, esta vez, Pritkin tropezó conmigo al aterrizar y yo resbalé, dándome un inesperado baño de barro. Me incorporé, sucia y mojada, y escupí un agua asquerosa.

—Eso es lo que te estoy diciendo.

—¡Pero si nos has traído aquí!

—Y parece que estamos aquí atrapados.

Miré en derredor para buscar cobijo, pero ni con la visión de Pritkin se podía ver nada. Aparte de un cobertizo sin paredes con techo de chapa, al parecer demasiado ocupado en caerse a pedazos, sólo había un terreno llano cubierto de hierba apelmazada y más barro. Recortadas en el cielo oscuro, se veían las siluetas en penumbra de lo que podía ser una hilera de árboles, aunque estaba demasiado lejos como para servirnos de nada.

Entonces, Pritkin giró la cabeza bruscamente alzando una mano. Casi en el mismo instante, algo chocó contra su escudo y rebotó, explotando junto al techo del cobertizo. El sonido del choque retumbó por todo el campo, convirtiendo parte del tejado en una llamarada. No me dio tiempo a preguntarle cómo había logrado crear un escudo utilizando mi energía, porque el escudo cayó y Pritkin hizo que me agachara y me empujó tras él. Otra cosa pasó silbando sobre nuestras cabezas, quedando reducida más a una sensación de luz y calor que a una imagen real. Entonces, Pritkin lile hundió la cara en el estiércol.

—¡Por aquí! ¡Aquí hay dos! —oí gritar al sacar la cabeza a la superficie.

Salió disparado un hechizo, explotando justo detrás de nosotros, lanzando un

muro de barro al cielo, y todos los postes de la pesada valla se encendieron, como las velas de una inexistente tarta. Me pregunté si los pasos que había oído aproximarse serían realmente los del granjero, después de todo. Luego, me eché a un lado y Pritkin al otro, justo a tiempo para esquivar un tercer hechizo.

Maldita sea, ¡ni siquiera sabía dónde estábamos! ¿Cómo habían logrado mis enemigos encontrarme tan pronto? No me dio tiempo a llegar a ninguna conclusión, porque alguien me agarró por la espalda.

Apliqué uno de los movimientos que Pritkin me había enseñado, que funcionaban mucho mejor con su fuerza y me desembaracé de la mano que me agarraba. Un armario empotrado vestido con una sudadera de Adidas retrocedió tambaleándose. Perdió el equilibrio en aquel resbaladizo suelo y se cayó, aunque el arsenal de armas mágicas que flotaba sobre su cabeza se lanzó en picado hacia mí.

Grité y me cubrí la cabeza con las manos, como si aquello sirviera de algo. Sólo que sí pareció funcionar, porque no ocurrió nada. Alcé la vista y vi la hilera de estacas humeantes flotando frente a mí atravesadas de cuchillos y acribilladas de balas, y Pritkin con una mano extendida y el rostro blanco de la tensión. Entonces, tuve que dar un salto hacia atrás para esquivar un cuchillo, éste asido por la mano de un mago enfadado.

He ahí un mago cabreado; hacer que las armas leviten es uno de sus trucos favoritos, porque le permite a un mago actuar como un escuadrón. Con la sudadera, Adidas no parecía un mago de la guerra, pero sí que peleaba como uno, lo cual venía a significar que me encontraba en serios problemas.

—¡Transpórtanos! —me estaba gritando Pritkin, cuando un cuchillo me desgarró la manga de la chaqueta.

Lo miré furiosa.

—¡Estoy ocupada!

El resto de estacas atacaban a Adidas, mientras yo retrocedía, metiéndome en el lodo, tratando de no caer y de hacerme con un arma. Entonces, de la nada salió alguien y me agarró de las piernas. El nuevo atacante era más alto, flaco como un palo de escoba y fibroso. Nos zambullimos en el suelo, o lo que se suponía era el suelo. Me volví, forcejeé y, de alguna manera, logré ponerme encima, hundiendo su rostro en el barro con una mano, mientras con la otra trataba de dar con la pistola de Pritkin, que había acabado detrás de mí.

Adidas se lanzó sobre nosotros. Me dieron un golpe en las costillas y un puñetazo en la cabeza, pero logré darle a alguno de los dos en el ojo y clavarle el codo al otro en el cuello. Luego, Adidas me dio tal puñetazo, que empecé a oír un pitido, pero la pelea nos había llevado hasta el cobertizo y yo lo metí de un empujón bajo el toldo, que chorreaba.

Él gritó y alguien empezó a soltar maldiciones. Alcé la cabeza, esperando

encontrar más problemas, pero me topé con mi propio cuerpo muy cabreado y con mirada iracunda.

—¡Quítate de en medio!

Me eché a un lado justo a tiempo para esquivar el sortilegio que Pritkin le había lanzado a aquel tipo, arrojándolo a él y lo que quedaba del cobertizo por los aires. Quedó patente que nos enfrentábamos aun mago de la guerra, porque logró concentrarse lo suficiente, a pesar de tener el rostro cubierto de un metal líquido, para levantar sus escudos. El golpe lo lanzó por los aires, pero sus escudos amortiguaron la caída y lo protegieron de la lluvia de fragmentos del cobertizo. Observé con pasmo cómo rodaba para ponerse en pie y salió disparado.

Al fin, mis dedos engancharon la funda de la pistola y me levanté con dificultad, pistola en mano, sólo para que el flacucho me empujara y volviera a caer sobre mi trasero. Él también optó por huir, pero en dirección opuesta a la de su compañero. Desaparecieron en la noche antes de que pudiera lanzar un solo disparo.

Pritkin se puso en pie de un salto y salió a toda prisa tras Adidas.

—¡Quédate ahí! —gritó, mirando atrás.

—¡Pritkin! —Ni siquiera frenó un poco. Yo dejé correr al flacucho y salí tras mi cuerpo, que se alejaba a toda velocidad. Sin su fuerza habitual, ni su arsenal portátil, podía conseguir que lo mataran, o mejor dicho, que me mataran.

Con el viento azotándome con fuerza en la cara y la lluvia entrándome en los ojos, resultaba difícil avanzar; por no hablar del chaquetón empapado ni de mi nuevo centro de gravedad, ahora más bajo, ni de mis piernas, ahora más largas. Di un par de traspiés y casi los perdí de vista tres o cuatro veces, pero la visión de Pritkin era mejor que buena y, a pesar de su pesada musculatura, resultaba sorprendente la rapidez con la que su cuerpo era capaz de moverse. Para cuando llegamos a lo alto de una de las colinas que había junto a la arboleda, casi los había alcanzado.

Pritkin y Adidas cayeron por el otro lado. Yo los iba a seguir cuando algo me golpeó el brazo izquierdo. El dolor era tan agudo que no pude sentir ninguna otra cosa durante unos instantes. Entonces, capté un movimiento y me volví justo a tiempo para comprobar que, finalmente, el flacucho no había abandonado la pelea, y sentí la fuerza de su cuerpo saltando sobre mí. Caímos juntos, rodando, lanzando improperios y golpeándonos con las piedras escondidas tras la hierba alta, haciéndonos casi más daño del que nos hacíamos el uno al otro.

Nos estrellamos contra un árbol al pie de la colina y, afortunadamente, fue el flacucho quien amortiguó la colisión, dándose con el tronco en la cabeza, tras lo cual se oyó un sonido mojado y pesado. Se había dado con la fuerza suficiente como para quedarse aturdido o incluso algo peor, pero, en aquel momento, tampoco me importaba demasiado. Yo también me había dado un golpe de refilón y una punzada de dolor me atravesó la sien, extendiéndose por todo mi cráneo, compitiendo con el

dolor que sentía en el brazo.

Me lo miré y vi que había otro desgarrón en la manga de Pritkin, por el cual brotaba la sangre, acumulándose y empapando el cuero. Me llevó unos segundos comprender que me habían pegado un tiro. Respiré profundamente para tranquilizarme, me quité el cinturón y me lo até por encima del codo, sobre la herida, utilizando los dientes para apretarlo bien. Si los magos no acababan conmigo, lo haría Pritkin, cuando le devolviera su cuerpo completamente agujereado.

—¿Es que vas a dejar que se enfrente sola a Jenkins? —dijo alguien, tras de mí.

Me giré y me encontré con que el granjero me había alcanzado. La luz se reflejó en sus gafas, confiriéndole el aspecto de un búho sobrenatural y él se agachó para arrebatarle al flacucho su cinturón de pócimas. Parecía terriblemente ajeno al combate mágico que acababa de presenciar. Pero no tenía tiempo para pararme a pensar por qué. Al pie de la colina, una pequeña silueta se enfrentaba a Adidas.

Debería haberme figurado que Pritkin jamás renunciaría a perseguirle sólo por estar desarmado, en un terreno extraño y, sí, encontrándose dentro del cuerpo de otra persona. ¡Maldita sea! Me iban a disparar en el culo otra vez.

Dejé al granjero tal cual estaba y me dirigí a toda prisa hacia donde ellos estaban. La luz opalescente que se filtraba por las espesas nubes era suficiente para mostrarme la pelea encarnizada que se estaba desarrollando. Me estremecí al ver la patada que mi cuerpo recibía en el estómago y deseé que Pritkin hiciera lo mismo que él me había aconsejado y se quitara de en medio. Yo tengo una pésima puntería, pero, a aquella distancia, hasta yo era capaz de dar en el blanco.

No tuve ocasión de comprobarlo. Pritkin recibió otro golpe más, esta vez en la cabeza, y retrocedió unos pasos. Pero, antes de que yo pudiera abrir fuego, dos hechizos iguales explotaron en la noche. Uno, a mis espaldas, tumbó los escudos del mago y el otro, procedente de la mano extendida de Pritkin, lo dejó patas arriba en el suelo.

Por un momento, me pareció ver algunos destellos extraños en torno a él, y de unos colores que no me parecieron reales. Abrí y cerré los ojos, y ya no estaban allí, pero aún pude olerlos, pues desprendían un agudo olor almizclado y pude sentir su sabor en la boca, a la vez agrio, amargo y empalagosamente dulce. Al fin, logré llegar hasta Pritkin y empecé a comprobar sus heridas con demasiado afán como para preocuparme por ninguna otra cosa.

—¿Estás loco? —Lo zarandeé, pero parecía demasiado aturdido para notarlo. A primera vista, no parecía haber perforaciones, pero, al parecer, el codazo del mago casi me parte el cráneo.

—Estoy bien —dijo Pritkin, y hundió la nariz en la tierra.

Lo levanté y le quité las hierbas alojadas del rostro.

—¿Entonces sigues de una pieza? —le pregunté, sólo para asegurarme.

—Dímelo tú. —Sus ojos se clavaron en mi manga empapada en sangre—. ¿Qué es eso?

—Un regalo del flacucho.

—¿De quién?

—Del otro tío.

—¿Dónde está? —Pritkin miró en derredor aunque, con mi agudeza visual, dudaba que pudiera ver nada.

—Está fuera de combate. Por el momento, me preocupa más éste. —Le di con el pie, pero no se movió.

—No tienes por qué —dijo Pritkin, escueto.

Miré la forma completamente inmóvil que había en el suelo y comprendí por qué me parecía extraño. Hasta los cuerpos inconscientes respiran, pero el torso de aquel cuerpo no se alzaba ni hundía.

—¿Lo has matado?

—Eso espero.

—Pero si es un mago de la guerra.

—Ex mago de la guerra. Ha estado al servicio de otros intereses desde que abandonó el cuerpo.

—Pero... ¡si estás en mi cuerpo!

Pritkin se limpió de los ojos una sustancia viscosa y repugnante.

—Tienes habilidades mágicas. El hecho de que no te hayan enseñado cómo emplearlas no significa que no las tengas.

—¡Yo no tengo tanto poder!

—Tienes el suficiente —dijo lacónicamente—. Y el saber ya es la mitad del combate. Aquel hechizo en concreto era suficientemente esotérico como para que él lo desconociera o supiera como responder a él.

Agaché los hombros de Pritkin en mitad del aire de la noche y observé el cuerpo que yacía a mis pies. Aquel tipo había intentado destriparme, lo cual suele erosionar algo mi simpatía por las personas, pero aún me asustaba pensar que mi magia podía hacer algo así: matar a un hombre con tan sólo pronunciar unas palabras. Me estremecí; la adrenalina iba calmándose y se me estaba enfriando el sudor.

—Vamos. —Rodeé a Pritkin con un brazo y me sorprendió lo poco que parecía pesar. De veras que deseaba recuperar mi cuerpo, pero tenía que admitir que envidiaba la fuerza de Pritkin—. Tenemos que salir de aquí.

—Transpórtanos primero —me pidió. Dudé, preguntándome cómo pronunciarlo—. ¡Me habías dicho que podías hacerlo!

—¡Y puedo! Al menos, estoy bastante seguro de que, con un poco de tiempo para pensarlo bien...

—¡Llévanos donde debemos estar!

—¡No es tan fácil! —Yo no era precisamente una experta en experiencias extracorporales, pero lo había hecho las veces suficientes para tener unos conocimientos básicos, al menos en lo que se refiere a devolver mi espíritu al cuerpo que le corresponde. El problema era Pritkin o, para ser más precisos, su espíritu, al cual no sabía cómo reintroducir en su piel. Y, hasta que no lo descubriera, no podía dejar su cuerpo abandonado. No podía dejarlo sin que residiera en él un alma, y la mía era el único disponible en aquel momento.

Se lo expliqué, pero aquello no pareció elevarle la tensión en las venas. Ni tampoco el hecho de que no pudiera transportarme.

—¿Por qué no? —me preguntó, mirándome con enfado. La expresión de aquel rostro me resultaba inquietantemente familiar, a pesar de estar impresa en mi propio rostro, pero no era tan intimidante como lo era normalmente. Posiblemente, porque en aquel momento parecía una muñeca antigua mojada y muy cabreada.

—No lo sé. —La cabeza me palpitaba igual que el codo, y el césped húmedo empezaba a parecerme muy cómodo—. Puede que hasta tu nivel de energía esté demasiado bajo. —Pero la sensación no era la adecuada. Era más como si algo bloqueara mis intentos.

—Inténtalo otra vez.

—Si acabo con un aneurisma en el cerebro, será en el tuyo —le recordé.

—Asumo el riesgo —contestó al instante.

Vaya con el sexo débil. Pritkin, como mujer, era exactamente igual que siempre, incisivo, exigente y paranoico, mirando el mundo con mirada avezada.

—¿Importa mucho si antes descansamos cinco minutos?

—Importa, porque esos dos no estaban solos.

—¿Y cómo lo sabes?

Sacudió la cabeza y seguí su mirada hacia un grupo de formas oscuras que corrían hacia nosotros desde el otro extremo del campo. Aún no estaban lo suficientemente cerca como para identificarlos, pero, junto a nosotros, pasó volando un hechizo, lo suficientemente cerca como para sentir su calor en las mejillas y la conclusión resultó obvia. Magos.

Pritkin me asió la mano y corrimos hacia la arboleda, que se encontraba en la otra dirección. La adrenalina me inundó de nuevo las venas, expandiéndome los pulmones, por los que penetró el frío aire de la noche, haciendo que se desvaneciera la fatiga que se había estado apoderando de mí. Pero Pritkin no estaba tan despierto. Aún con mi ayuda, jadeaba, se estaba poniendo pálido y tenía la cara estremecida de dolor, mientras las hojas nos palmeteban en la cara y perdíamos la orientación. De todas formas, seguimos corriendo, y escuchando a nuestros atacantes desplegarse tras nosotros, gritándose para asegurarse de que no escapáramos.

Cuanto más nos adentrábamos en el bosque, más silencio había; las viejas ramas



se cerraban a nuestras espaldas, y las hojas caídas acolchaban nuestros pasos, silenciándolos. También se iba espesando más y más, hasta que el follaje era tan denso que la luz de la luna apenas lograba filtrarse por él. Me coloqué delante de Pritkin porque yo podía ver el delgado perfil de los árboles oscuros, y dudaba que él pudiera hacerlo. Aunque tampoco resultaba de mucha ayuda.

Las ramas bajas que iba dejando tras de mí le golpeaban la cara. Y tampoco contaba con la protección de la ropa, ya que yo no me había vestido para correr por el bosque. Pero él seguía adelante, tratando de no hacerme bajar el paso, con sangre en la nariz y las manos arañadas y sanguinolentas.

Estuvimos unos diez minutos corriendo y andando alternativamente, cuando chocamos contra el tronco de un árbol, rebotamos y caímos sobre otro que se había partido y obstaculizaba el camino. Yo traté de tirar de él, pero él agitó la cabeza bastante desesperado. La vena del cuello le latía desenfrenadamente y tenía las pupilas dilatadas.

Asentí y me recuperé apoyada en un árbol, introduciendo tanto aire en mis pulmones que me dolió. En la palma de la mano noté la corteza gris y escamosa del árbol y la resina que me pegaba los dedos. Apoyé los hombros en el tronco y solté la pistola, que tenía asida con tal fuerza que me había quedado señalada en la piel. Me tomé unos minutos para respirar y tratar de escuchar por encima del martilleo de mi corazón. Esperaba de veras haberlos perdido, porque Pritkin no parecía capaz de caminar, y mucho menos de correr ni un metro más.

—¿Qué oyes? —susurró, transcurridos unos minutos.

Agucé el oído y sus orejas lo captaron todo: el rumor de la brisa balanceando las copas de los árboles, el sonido de la lluvia precipitándose sobre el baldaquín que nos cubría, el correteo de los animalillos, pero nada más. Había oído los pasos de los magos a lo lejos un instante, pero ni eso se oía ya.

—Creo que estamos solos.

Pero, al decirlo, volví a ver aquellos extraños destellos de nuevo, esta vez, sobre las copas de los árboles. Eran negros sobre la oscuridad añil del cielo, pero con centelleos de colores que no sabría definir. Y, al concentrarme, sentí más cosas: aquí y allá, se escuchaba un siseo que no provocaba el viento y olores casi imperceptibles que no tenían nada que ver con la naturaleza.

—Espera, aquí hay algo.

—¿«Algo»?

—Sí.

Y fue como si nos hubieran oído. De repente, el implacable frío del invierno más profundo inundó el espacio que nos rodeaba, el aire se espesó y quedó cubierto de sombras irregulares que revoloteaban frente a mí, como una nidada de serpientes. Una pasó sobre mi brazo. Fría, caliente y un millar de contradicciones que mi mente

no era capaz de asumir, y ninguna de ellas buena.

—Descríbelo.

—¡No puedo! Los colores son... extraños —dije, tratando de hallar las palabras. Pasaron algunos más y fue ver el mundo a través de un millar de alas de cristal, una cacofonía de imágenes que se precipitaban una tras otra. Yo me agaché y traté de fijar la vista, pero aquello solo pareció empeorar las cosas.

—Tienen el contorno puntiagudo como el de un ave, sólo que no se trata de ninguna ave —dije, impotente—. En los árboles. —Dios, ¿qué serían esas cosas?

—Rakshasas —susurró Pritkin, alzando la mirada.

—¿Qué?

—Demonios —espetó, hurgando en mi abrigo, sacándome algunos objetos del cinturón que llevaba puesto, lastrado de frascos, cada uno envuelto en una pequeña funda de piel, que contenían algunas pociones considerablemente letales.

—Son mutantes.

Me humedecí los labios. Estaría muy bien que se equivocara. Pero dudaba que así fuera, porque, desde luego, si había una cosa sobre la que Pritkin supiera, era sobre demonios. Y no sólo porque fuera el cazademonios más reputado del Círculo, es que había pasado varios siglos en el reino del diablo, por cortesía de su padre, Rosier, señor de los demonios.

Rosier quiso alardear de su hijo mitad humano, un híbrido experimental que otros demonios habían negado que pudiera existir, y se lo llevó al otro mundo sin molestarse en preguntar primero. Ni a Pritkin, ni a nadie más le había gustado la experiencia. Así que había logrado la distinción de ser el único humano al que literalmente habían echado a patadas del infierno.

Yo sólo esperaba que no tuviera previsto retornar.

Otra de las criaturas pasó rozándome y algo puntiagudo, como si se tratara de un ala rota, revoloteó pasándome sobre el brazo. Estaba gélido a la par que tórrido y era absoluta y descarnadamente repugnante. Me entraron náuseas y retrocedí tambaleándome. Me mordí el labio para no emitir ningún sonido, pero se me escapó un gritito entre dientes, provocado tanto por el recuerdo de la última vez que me había enfrentado a un demonio como por la amenaza presente.

El corazón se me fue acelerando poco a poco, y la adrenalina se me disparó. No podía volver a pasar por aquello de nuevo; de veras que no podía. Me volví, ofuscada, preparándome para echar a correr sin importarme que los magos pudieran oírme, porque prefería enfrentarme a todo el jodido Cuerpo de Ejército que a volver a sentir aquello encima de mí.

Pritkin me alcanzó. Por un instante, no lo vi a él, sino otro rostro. Me vino el recuerdo de Rosier tocándome y de la pegajosa y estremecedora sensación de su lengua en mi piel, bebiéndose a lengüetazos mi sangre, mientras, lentamente, me iba exprimiendo. De mi garganta nació un grito.

Alguien me tapó la boca fuertemente con la mano, pero era más pequeña y suave de lo que habría esperado; era una mano de mujer. Mi mano. Al tomar conciencia de ello recuperé algo similar al control y miré en mis propios ojos furiosos.

—¡Tranquila! —susurró Pritkin—. Son como los buitres, les atrae el miedo de los que se encuentran cerca de la muerte. ¡Así sólo lograrás que se apresuren!

—¿Los que se encuentran cerca de la muerte?

—¡Silencio! —Miró en derredor y soltó una maldición entre dientes—. ¿Dónde están? Dentro de este cuerpo no puedo verlos bien.

*Ojalá tuviera yo ese problema*, pensé, histérica, cuando me pareció ver a una de esas cosas deteniéndose frente a mí. Flotaba en el aire, pero me daba la impresión de que «aire» no era la palabra adecuada. Fueran las que fuesen las corrientes que provocaban, no pertenecían a este mundo.

Entonces me di cuenta de por qué yo tampoco los podía ver bien, ni siquiera usando los ojos de Pritkin: no estaban en este mundo, al menos no del todo. Observé, horrorizada y petrificada, cómo aquella cosa entraba y salía, como cuando se ve algo bajo el agua. No tenía sentido; no se ajustaba a algunas leyes físicas de este mundo, como las tres dimensiones y el espectro de colores. Tenía el tamaño de un colibrí y de una casa a la vez, sin una apariencia definida.

Llegó hasta donde yo me encontraba, me dio la sensación de ver una mueca en alguna parte, grité y retrocedí a trompicones. Pritkin soltó un impropio y lanzó algo y, ya sea porque siguió la dirección en la que yo miraba o ya fuera por pura suerte, le

dio de lleno. El chillido de aquella cosa me retumbó en el cráneo, y fue como un rugido infinito y ensordecedor que me hizo caer de rodillas, mientras la cosa se retorció, perdía el control y soltaba maldiciones.

Y, no sé cómo, pude entender lo que decía, supe que me estaba maldiciendo a mí y a Pritkin en una decena de idiomas que yo desconocía; estaba furioso porque este cuerpo aún viviera, aún respirara, aún me protegiera de él.

—No por mucho tiempo —murmuraron un millar de voces guturales que me pusieron los vellos de punta.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, dejó de existir.

Apoyé las manos sobre el suelo aturdida, incapaz de respirar, y Pritkin se arrodilló junto a mí.

—¿Hay más? —me preguntó, pero no pude responder porque de mi cerebro solo recibía palabra inconexas, histéricas.

»¡Cassie!

Al fin, logré coger algo de aire y me atraganté al tratar de describirle los destellos que se arremolinaban sobre las copas de los árboles y el arco iris de colores de otro mundo dibujando círculos sobre nuestras cabezas. Como los *buitres*, había dicho. ¡Oh, Dios!, aquello no podía significar nada bueno. Pero se vio un destello de luz, y un dolor lacerante me desgarró el brazo herido.

Me tiré instintivamente a un lado, mis pies resbalaron y del bosque brotaron conjuros, maldiciones y maleficios. Una bandada de pájaros que se refugiaba de la lluvia salió disparada hacia las copas de los árboles, Pritkin soltó un improperio y las cosas se pusieron feas, pero que muy rápido. Los magos nos habían alcanzado.

Al parecer, me consideraban la principal amenaza, porque tres de ellos se centraron en mí, mientras que sólo uno fue a ocuparse de Pritkin, lo que, en sus condiciones, probablemente era demasiado, aunque poco podía hacer yo al respecto. Incluso continué abriendo fuego al caer sobre el costado derecho e, inmediatamente, rodé para apoyarme sobre una rodilla, tratando de mantener alzada la pistola, apuntando. Muchas de las balas que disparé a quemarropa (con eso tengo muy buena puntería) dieron en el blanco, pero no les hacían nada. Los magos tenían los escudos alzados y las balas rebotaban o eran absorbidas.

Apreté los dientes y seguí disparando, retrocediendo como un cangrejo para ser un blanco más difícil, hasta que mi espalda dio contra un árbol y se me acabó la munición. Traté de quitar el cargador vacío, pero no podía recargarlo, pues no podía mover el brazo derecho que era como un miembro muerto cosido a mi cuerpo. Los magos se dieron cuenta y sonrieron con malicia, me observaron rebuscar con una sola mano en los múltiples bolsillos de la gabardina, tratando de dar con otro cargador.

Evidentemente, era inútil, ya que, aunque diera con alguno, me matarían antes de que lograra colocarlo en su sitio; aun así, seguí intentándolo. Pensé que podría

brindarle a Pritkin la ocasión de huir, pero huir no era precisamente lo que estaba haciendo.

Ya se había deshecho del tipo que se había abalanzado sobre él, bueno, al menos, supuse que sería él el que estaba tirado en el suelo del bosque, con la cabeza retorcida en un ángulo muy poco compatible con la vida. Corrió y agarró a uno de los magos que tenía delante, tapándole con fuerza la nariz y la boca para ahogar cualquier sonido. Hizo un movimiento rápido, el mago dio una sacudida y se quedó inmóvil. Pritkin también se quedó quieto, apretando el cuerpo del mago contra sí. Aguardó a que los demás magos dejaran caer sus escudos para prepararse para acabar conmigo, entonces se acercó y alzó la pistola del que tenía agarrado.

Mató a dos de nuestros atacantes antes de que al tercero le hubiera dado tiempo siquiera a darse la vuelta. Pero el mago tenía una pistola y disparó al cadáver del mago que Pritkin tenía sujeto, y se oyeron los impactos sobre la carne, justo antes de que le dispararan en la cabeza. Aquella era la última bala de Pritkin, y uno de los magos, que había sido lo suficientemente avisado para mantenerse apartado, aguardando a la sombra de los árboles, saltó sobre él y le hizo una llave de la que no pudo escapar.

Mi cargador seguía vacío y no creía que fuera a dárseme demasiado bien pelear con una sola mano. La única ventaja era que lo que iba a hacer era tan estúpido que nadie se lo esperaba. Así que procedí, gritando y abalanzándome sobre la espalda del mago que trataba de asfixiar a mi amigo.

—No lo mates —me dijo Pritkin con voz entrecortada mientras el mago retrocedía para aplastarme contra el tronco de un árbol, provocándome un jirón de dolor en el brazo herido. Se me revolvieron las tripas y sentí que se me nublaba la vista. Aflojé lo suficiente para que me agarrara los brazos y me arrojara hacia otro árbol.

—Vale —dije con un hilo de voz, deslizándome sobre el tronco del árbol.

Oí un alboroto, pero estaba demasiado ocupada tratando de colocarme los miembros en su sitio, ya que la mayoría había acabado encima de mi cabeza, como para ver lo que ocurría. Alcé la vista y vi a Pritkin arrodillado sobre las hojas, insignificante frente al mago que tenía delante. La cabeza del hombre cayó sobre mi pecho, y su cuerpo se derrumbó inerte y caliente sobre mis piernas, con el pelo enmarañado de sangre. Tenía los ojos abiertos.

Hubo un revoloteo nervioso sobre los árboles y, antes de que me diera tiempo a moverme, una bandada de cosas sobrenaturales cayó del cielo. Entonces comprendí que eran lo que había visto antes, en la distancia, cuando Pritkin mató a Adidas. Porque esta vez, tenía un asiento en primera fila.

Unas cosas de extraño color descendieron en masa aleteando, dando zarpazos y posándose sobre los cadáveres. Una de las criaturas que había sobre el cadáver que

tenía más cerca le rozó suavemente la mejilla con su mano en forma de garra; fue casi como la caricia de un amante y, del rostro del muerto, surgió una réplica fantasmal de él mismo. El nuevo fantasma se incorporó lentamente, confuso y parpadeando, separándose de su cuerpo y reluciendo bajo una luz plateada.

Lo miré, agradecida de poder verlo aun estando en el cuerpo de Pritkin, gracias a mi clarividencia. Nebuloso y aún borroso, tal como suelen estar los fantasmas al principio, se puso de rodillas y luego de pie. Las criaturas se agitaron y se empujaron entre ellas cuando el espíritu se les colocó delante, desnudo e indefenso sin su cuerpo.

Ya había visto miles de fantasmas en mi vida, pero jamás había visto nacer a ninguno, por decirlo de alguna manera. A los fantasmas con los que me solía topar ya les había dado tiempo a aprender cómo funcionaban las cosas y habían decidido la forma que querían adoptar ante los demás. Y también sabían que los límites de su nuevo hogar, ya fuera una tumba o una casa o lo que quiera que desearan poseer, de alguna manera, les servía de cuerpo. Les proporcionaba energía, los protegía y les otorgaba cierta libertad. Porque, sin ella, se quedaban como aquellos espíritus, como unas columnas de energía pura, expuestos y vulnerables con sus antiguos caparazones protectores desplomados a sus pies.

Pero a aquellos fantasmas jamás les daría tiempo a encontrar el camino a casa. Las otras cosas se fueron acercando, apareciendo y desapareciendo de la vista. Con la piel pegajosa a causa del sudor, sentí frío en medio de la oscuridad, los músculos se me agarrotaron, tensos, y sentí un escalofrío de pánico por toda la columna vertebral. Sabía lo que iba a ocurrir. Estaba en el silencio, en las sonrisas hipnóticas que iluminaban los no-rostros, en las manos hambrientas que se extendían para tirar del espíritu, en el deseo puro de aquellos ojos sobrenaturales...

Observé con angustia cómo los nuevos fantasmas lograban percatarse de lo que se les venía encima, cómo sus rostros se desencajaban y sus bocas se abrían para emitir un grito. Entonces, los demonios los atacaron. Se asemejaban a una bandada de buitres, pensé horrorizada, y les clavaban a los fantasmas unas cosas que mi cerebro insistía en llamar zarpas y picos, aunque no lo eran exactamente.

Los demonios destriparon las hermosas almas resplandecientes, mordiéndolas y despedazándolas, reduciéndolas a meros jirones en cuestión de unos segundos. Cada demonio se agazapaba muy bajo sobre su pedazo de alma con aire protector, casi con devoción, mientras los espíritus atrapados gritaban y lloraban, lanzando gritos desesperanzados en la noche indiferente. Incluso cuando aquellas cosas terminaban con su parte y se marchaban, una a una, para desaparecer, las aterrorizadas almas despedazadas continuaban gritando.

Sus lamentos retumbaron en el bosque, su resplandor iluminó la oscuridad durante un instante y, a continuación, todo quedó en silencio. Fue como si hubieran cerrado una puerta de golpe, dejándonos solos con un puñado de cadáveres

enfriándose a toda prisa.

Me levanté a duras penas, corrí como pude y di unos cuantos trompicones hasta llegar a donde Pritkin se encontraba sentado sobre la hierba alojada.

—¿Estás herido? —Me salió una voz áspera porque, evidentemente, debía de estarlo.

Alzó una mano ensangrentada. La sangre se mezcló con la lluvia, desapareciendo de la punta de sus dedos, resbalando hacia el suelo embarrado.

—No es la mía —dijo, lo cual me hubiera resultado más tranquilizador si no lo hubiera dicho tan de corrido.

—¿Podría explicarme alguien, si no es mucha molestia, qué es lo que está pasando aquí? —Oí la voz del granjero tras de mí.

—Unos cabrones nos han asaltado, ¿a usted qué le parece? —contesté con brusquedad, sujetando a Pritkin con manos temblorosas. Maldita sea, ahora teníamos que dar una explicación. Aún sentía un martilleo en la cabeza, y no me podía quitar de la mente la carnicería que involuntariamente acababa de presenciar. Yo tampoco estaba para explicaciones. Miré a Pritkin, que parecía un poco aturdido.

—¿Le puedes hacer un barrido de aleatoria o algo así?

—No —contestó, tratando de incorporarse.

—Suelen ser un poco marrulleros con los magos —añadió el granjero, amablemente.

Rodeé al hombre, al mago, furiosa.

—¿Y no podrías haber lanzado un par de sortilegios? ¿O es que se te ha olvidado cómo hacerlo?

—Creo que puedo recordar un par —contestó, socarrón—. Pero me pareció que te las estabas arreglando muy bien sola. —Lo miré fijamente, sorprendida e impresionada por su tono de indiferencia, hasta que me di cuenta de que él no había visto la última parte de los fantasmas. Afortunadamente, sus ojos humanos habían permanecido ciegos.

Él desvió su mirada de búho hacia Pritkin.

—Bueno, bueno. Siempre consigues meterte en situaciones de lo más interesantes. ¿Verdad, John?

Miré en ambas direcciones, a los dos.

—¿Os conocéis?

Pritkin lanzó un suspiro, y se pasó la mano por mis mugrientos rizos.

—Cassie, este es Jonas Marsden.

—¿Marsden? Me suena.

—Debe. Hasta hace un año, él dirigía el Círculo Plateado.

Mirándolo de cerca, el antiguo jefe del Círculo Plateado no tenía el aspecto de un granjero. Por supuesto, tampoco tenía el aspecto de un renombrado mago de la

guerra. Su atuendo era normal, acaso algo insulso: un suéter color beis con coderas de ante. No obstante, hubiera llamado la atención en cualquier lugar a causa de su cabello.

Era aún peor que el de Pritkin, aunque por otras razones. Le debía de llegar por los hombros, si no fuera porque insistía en flotar por encima de su cabeza, como si tratara de escapar. Tenía electricidad estática en el cabello cuando no había ninguna electricidad estática. Pero, al menos, lo tenía de un color bonito: de un blanco plateado, en lugar de sal y pimienta. Y, tras los gruesos cristales de las gafas, había unos ojos muy azules.

Lo seguimos a una casa de dos pisos. Las paredes estaban hechas de piedras grises amontonadas, de todas las formas y tamaños, y quedaban sujetas por un techo de pizarra. Estaba ubicada en lo alto de una colina que dominaba el bosque por una parte, y un río por la otra. Parecía bastante normal, excepto por el hecho de que estaba algo escorada hacia la izquierda, como si tratara de huir del jardín descuidado que parecía querer tragársela. Una parte de ella ya había desaparecido bajo una enorme cantidad de enredaderas. Tenía su encanto, aunque estaba semi-hundida, descuidada y era algo extraña, y a pesar de tener una estrella de cinco puntas humeante en la puerta principal, con los trazos oscureciéndose ferozmente bajo unas burbujitas en la pintura verde aún fresca.

—¿Has tenido visita? —preguntó Pritkin, pisando el felpudo en el que ponía «*Cave canem*».<sup>[2]</sup>

—¿Volverán? —pregunté, mirando nerviosa a mi alrededor, incapaz de ver si alguien nos observaba escondido tras de la agresiva vegetación.

—Si lo hacen, no entrarán —contestó Marsden, divertido—. Renové las protecciones yo mismo la semana pasada. Hay sangre mía debajo de la última capa de pintura.

Aquel comentario no me tranquilizó en absoluto, como parecía ser su intención, pero estaba demasiado cansada, enojada y asustada como para darle alguna importancia. Al entrar, me golpeé con el marco de la puerta, añadiendo otro moratón a la impresionante colección que ya tenía el cuerpo de Pritkin. Tenía los hombros anchos y yo todavía no me había habituado a los movimientos de su cuerpo, ni al espacio que ocupaba.

Aún más fastidiosa era la sensación de su cuerpo que comenzaba a sanarse solo. Él, normalmente, se curaba casi tan rápidamente como un vampiro, pero había perdido mucha sangre durante la pelea y el proceso parecía haberse ralentizado. En el brazo izquierdo sentía un hormigueo extraño: pinchazos, agujas, cuchillos, calor, como si algo se estuviera moviendo bajo la piel. Me había aflojado el torniquete improvisado en el camino de vuelta, pero no parecía haber servido para nada. Había cruzado los brazos para no rascarme.



Marsden nos llevó hasta la cocina, que era enorme, pero las vigas de madera a la vista, la pintura color azafrán y la chimenea con troncos le daban un aspecto muy acogedor. También había un perro. Éste no era tan acogedor.

Era grande, peludo y gris, y babeaba mucho, detalle mucho menos inquietante que el hecho de que tuviera los ojos rojos.

—¿Qué le pasa? —le pregunté en voz baja a Pritkin mientras Marsden se movía de un lado a otro, preparando las cosas.

Pritkin se detuvo un momento a observar a la criatura con forma de perro que había bajo la ventana. Al poco, entrecerró los ojos y miró a Marsden con ojos acusadores.

—¡Jonas! ¿Qué has hecho?

Marsden se volvió, cafetera en mano, y miró hacia donde miraba Pritkin. Adoptó cierta expresión de culpabilidad.

—Bueno, tampoco tenía más opción. Me obligaron a destruir su forma anterior.

—¿Se supone que tenías que soltarlo!

—¿Después de lo que me costó atraparlo en un principio? —contestó Marsden, desdeñoso—. Ni hablar.

—¿Atrapar qué? —pregunté, mirando al perro con recelo.

—Nada de lo que te tengas que preocupar —contestó Marsden, poniéndome delante un tazón—. Toma un poco de café. —Le di un sorbo y tuve que reprimirme para no empezar a toser. El mejunje de Marsden tumbaba cualquier café *espresso*, vamos, es que lo dejaba en mantillas. Él se percató de mi reacción—. ¿Pasa algo?

Me froté la barbilla, y la incipiente barba me raspó los dedos. Aparté la mano.

—Preferiría tomar un té —alcancé a decir.

—Ahora ya estoy seguro de que tú no eres John —comentó, y se dio la vuelta para sacar una tetera de la época de la Segunda Guerra Mundial.

Observé al perro mientras mordisqueaba un hueso falso de cuero, al que ya le faltaba la mitad, que se habría disuelto bajo su apelmazado hocico, y juraría que vi algo en aquellos ojos. Algo que me resultaba terriblemente familiar. Me levanté rápidamente y rodeé la silla.

—¡Aquí hay una de esas cosas! —le dije a Pritkin, retrocediendo a trompicones hasta topar con el frigorífico.

—¿Qué cosas? —Marsden pareció intrigado.

—Rakshasas —contestó Pritkin, mirándome—. Y no es eso, aunque sería menos peligroso si lo fuera. Los rakshasas no pueden hacer daño a los vivos. Son animales carroñeros, buscan comida fácil. Les atraen los asesinatos, los campos de batalla y los lugares en los que están a punto de desencadenarse actos violentos. Se dan un festín con los muertos.

Lo miré y cogí el hueso.

—¿Me estás diciendo que aquí hay un demonio y que no puede hacernos nada?

—Oh, desde luego. Es absolutamente inofensivo —Marsden me dio unos golpecitos en el brazo—. Fue mi golem durante muchos años. Pero, cuando «me retiré», el Consejo me obligó a abandonarlo. Me dijeron que yo ya no era un mago de la guerra, y a los civiles no se les permite tener golems. ¿Te lo puedes creer? Dirigí el Círculo durante casi sesenta años, ¡pero no se fían de que sea capaz de mantener como esclavo uno de esos fastidiosos demonios!

—¿Y por eso lo metiste en un perro? —preguntó Pritkin.

—Temporalmente, hasta que solucione un par de cosas. Y parece que está funcionando. *Orion* ya ha empezado a hacer pipí en la alfombra, pero puede que sea por la edad.

—¿Tienes un perro diablo? —Me volví a sentar, pero apartando un poco la silla. El perro continuó mordisqueando su hueso, ajeno a nosotros.

—Demonio —me corrigió Marsden—. A los magos de la guerra se les permite atrapar algunas de las razas demoníacas incorpóreas, como nuestros sirvientes. Muy útil en el combate, aunque es algo espinoso adquirirlos. Pobre Parsons —añadió, y Pritkin hizo una mueca de dolor.

—¿Quién es Parsons? —pregunté, habiéndome decidido a seguir con el tema.

—Quién era Parsons. Quería atrapar un demonio, ya ves, pero pasó las pruebas por los pelos. Le sugerí que podría dejarlo un tiempo, que se aclarara, por decirlo de alguna manera, pero no tenía ninguna intención de dejarlo. Todos los magos jefes tienen un goleen, se consideraba una señal de prestigio en aquel momento, y él no descansaría hasta que hubiera adquirido uno también.

—¿Lo logró?

Marsden lanzó un suspiro.

—Bueno... en esencia... no. Ya ves, cuando convocas a un demonio, hay varios resultados posibles...

—No atrapó al demonio —dijo Pritkin—. El demonio lo atrapó a él.

Nos miramos, él con la mirada hueca, inexpresiva y seria. No sé bien lo que habría logrado ver sobre el ataque de los demonios a través de mi mirada, pero, al parecer, vio lo suficiente. O puede que, simplemente, estuviera rememorando escenas similares. Y yo creía haber visto situaciones penosas. No me podía imaginar poder vivir con esa visión duplicada del tiempo.

Marsden lo observaba, pensativo.

—¿Sabes qué? Me preguntó si la desaparición de Parsons tuviera algo que ver con el hecho de que la práctica de adquirir golems esté cayendo en desuso. Los jóvenes ya no suelen tenerlos, ¿verdad?

Había visto suficientes magos de la guerra para saber que los locos siempre acaban descubriéndose, tarde o temprano. Estuvo bien que Marsden lo sacara a

relucir tan pronto. Miré el teléfono que colgaba de la pared.

—Necesito hacer una llamada —le dije.

—Quieres saber qué ha pasado con los críos, ¿verdad? —adivinó Pritkin.

—Lo que ocurrió fue que creí que podría protegerlos ¡cuando, probablemente, el hecho de estar cerca de mí fue lo que atrajo la atención del Círculo sobre ellos! No me extrañaría que los hubieran secuestrado esperando que acudiera en su busca.

—Posiblemente. Pero eso no significa que los hubieran ignorado de todas formas. Son peligrosos, sobre todo en época de guerra, cuando es posible que los recluten desde el otro lado.

—¡Pero no son malignos!

—Yo no he dicho que lo sean, pero le tienen tirria al Círculo, y otros pueden aprovecharlo.

—Y, en cualquier caso, las protecciones están activadas —añadió Marsden—. Me temo que provocan interferencias en el teléfono.

—Tu amiga ha ocultado a los niños durante años —me recordó Pritkin—. Se las podrá arreglar sola un tiempo.

—No les pasará nada —repitió, extendiendo la mano para asir mi tazón—. Si no te vas a beber eso...

Cogí rápidamente mi café potencialmente letal.

—Ya has tomado bastante. ¡Vas a lograr que me ponga enferma!

—No tendría que esforzarme demasiado. Vamos a aumentar las sesiones de entrenamiento cuando volvamos, estás en peor forma de lo que yo pensaba.

—Al menos no soy adicta.

—Ni yo tampoco.

—¿De veras? —Alcé una mano. Me tenía que concentrar mucho para que no temblara.

—¿Cuándo fue la última vez que te metiste tu dosis de cafeína?

—Teniendo en cuenta el día que he tenido, demasiado tiempo —murmuré, apoyando lentamente su, bueno, mi cabeza en sus brazos.

Tenía mal aspecto. El armario en uno estaba teniendo un día duro. Al parecer, no tenía nada configurado para combatir con demonios, o puede que, simplemente, se hubiera estropeado. Seguía adoptando formas y modelos diferentes, y todas estaban llenas de barro, arrugadas y descosidas por todas partes. El cuerpo que cubrían no tenía mejor aspecto. Un moratón oscuro trazaba su camino por mi mejilla izquierda, haciendo juego con los que me rodeaban la muñeca derecha, como brazaletes.

—Tienes un aspecto patético —le dije.

Con un ojo guiñado, me miró esperanzado, con un mechón de pelo lacio sobre el rostro.

—Aún así, no te voy a dar mi café.

—Me lo debes —musitó, sin molestarse siquiera en alzar la cabeza.

—¿Por qué?

—¡Mírame!

—No te habrían hecho eso si no hubieras ido corriendo tras el tipo que acababa de intentar matarnos.

Pritkin sacudió la cabeza.

—¡Y tampoco estaríamos aquí si no te hubieras ido en busca del Cuerpo por tu cuenta!

—¿Azúcar? —Marsden me puso una minúscula tetera y una taza con un platito delante. En el platito había galletas. De nata y limón. *Hum.*

Bajé la vista y vi que no tenía café.

Extendí el brazo para cogerlo y Pritkin se apartó de mí, acurrucado sobre su tazón con aire protector.

—Bien —murmuré, concentrándome en mi té. Probablemente, tendría que desintoxicarme una vez que volviéramos. Suponiendo que lo lográramos. Ahora que lo pensaba, me estaba empezando a poner un poco nerviosa con ese tema.

—Ibas a explicarme cómo hemos terminado metidos en el cuerpo equivocado —me recordó Pritkin.

—Prefiero aclarar algunas cosas primero, como por qué estamos aquí. Dondequiera que «aquí» sea.

—Estás en la campiña en las afueras de Stratford, querida —nos explicó Marsden, luego se quedó en silencio—. Oh, eso sí que suena raro, dirigiéndome a John. ¿Puede llamarte Cassandra?

—Cassie. ¿Y dónde está Stratford?

Parpadeó.

Cerca de Avon.

—¿Estancas en Gran Bretaña?

—Sí, el Círculo tiene su sede aquí desde hace siglos. La casa de Shakespeare siempre ha atraído a los turistas, ya veis. A nadie le extraña ver a gente extraña entrando y saliendo. —Le dio un sorbo al té—. Todo el mundo supone que se trata de americanos.

Lo miré, ceñuda.

—Creía que el Círculo tenía la sede en Las Vegas.

—Oh, no. —La simple idea le sorprendió un poco—. Eso no funcionaría en absoluto. Jamás he tenido otro trabajo que no sea en el Cuerpo.

—Nuestra variante en Norteamérica tenía la sede en MAGIA —aclaró Pritkin—. ¿Podemos volver ahora al tema del que hablábamos?

Decidí abordar el asunto, ya que realmente podía hacerlo en aquel momento, y agarré la amenaza de marfil del bolsillo de Pritkin.

—Éste es Daikoku, uno de los siete dioses japoneses de la suerte. —Preferí omitir «buena», dado que, por el momento, no había percibido signo alguno de que lo fuera, y les conté toda la leyenda.

Cuando concluí, Marsden se mordió el labio y Pritkin me miraba con incredulidad.

—¿Has invocado deliberadamente a un potente objeto mágico sin restringir sus poderes antes? —Habló como si realmente no se pudiera creer que lo hubiera hecho—. ¿Es que te has vuelto completamente loca?

—Me pareció mejor que la otra opción.

—Pues no lo era —contestó con dureza.

Pritkin tenía la capacidad de poner de los nervios a cualquiera a velocidad record hasta en el mejor de los momentos, y aquel no era un buen momento. Sentí cómo se me iban crispando los nervios.

—¿Y por qué no?

Un músculo de la mejilla dio un respingo. Ni siquiera sabía que fuera capaz de hacerlo.

—¡Porque los *yinns* son demonios! Embaucan a los incautos para que hagan un pacto engatusándolos con la promesa de concederles deseos y, en cuanto alguien muerde el anzuelo, ¡lo poseen! Pueden hacer lo que quieran con él, cualquier daño, ¡siempre y cuando cumplan los requisitos técnicos del deseo!

—Pregúntaselo a Parsons —añadió Marsden—. Sólo que no podemos, claro.

Miré al perro diablo, que había abandonado el charco de hueso masticado medio deshecho y se rascaba ahora perezosamente.

—El vendedor me juró que Daikoku no era un *yinn*.

—¡Y todos sabemos que los vendedores nunca mienten! —La voz de Pritkin rebosaba sarcasmo.

—Hemos sobrevivido ¿no?

—Lo habríamos hecho de todas maneras. Caleb...

—¡Me iba a capturar!

—Yo hubiera hablado con él, si me hubieras dejado...

—¡Oh, venga ya! Estábamos rodeados. ¡Nos apuntaban con sus pistolas!

—¡Con unas pistolas con las que nadie abrió fuego! ¡Trataban de capturarte, no de matarte!

—¿Y cómo lo sabes?

Pritkin dio un manotazo en la mesa con tanta fuerza que se derramó algo de té.

—¡Porque sigues viva!

El pequeño dolor de cabeza que tenía desde hacía como cien años había vuelto y, esta vez, reforzado.

—Si el Círculo me capturaba, podía ser una pena de muerte para mí —le recordé,

con aire sombrío.

—Puede que tenga parte de razón, John —interrumpió Marsden. Nos había estado mirando de un lado a otro, como el espectador de un partido de tenis—. De hecho, por eso te convoqué.

—¿Que me convocaste? —La palabra no era muy acertada—. Uno convoca a un fantasma, o a un demonio.

—Y a las pitias. —Extrajo una cadenita por el cuello de la camisa. Tenía un pequeño amuleto dorado.

—¿Otra vez?

—Es un viejo truco —me dijo, acercándole el plato con las galletas a Pritkin, que lo ignoró—. Parece que, en los momentos cruciales, las que ostentan tu cargo tienen la costumbre de estar en cualquier otra parte, ¿o debería decir en cualquier otro tiempo? En cualquier caso, hace unos cuantos siglos, el Círculo mandó labrarlo para poder llamar a las pitias en caso de emergencia. Una vez activado, te traerá hasta nosotros en cuanto trates de transportarte.

Miré horrorizada aquel pequeño objeto.

—Pero, si podéis hacerlo, ¿por qué no me ha llamado el Círculo para someterme al juicio?

—Porque soy un viejo estúpido y lo perdí... Junto con un par de cosas más... después de que me echaran —contestó, poniendo cara de inocente.

—¡Tú has impedido que me pueda transportar!

—No. El amuleto se limitó a traerte aquí cuando intentaste transportarte.

—¡Casi consigues que nos maten!

—Tonterías. John estaba contigo. Y yo no sabía que me iban a atacar en el mismo momento en que llegasteis.

Me quedé en silencio, tratando de reorganizar mis ideas. Yo había supuesto que los magos venían a por mí, como todo el mundo.

—¡Pero si nos atacaron!

—Sin duda, pensando que erais aliados míos.

—Pero... ¿quiénes son?

—No conozco a casi ninguno —contestó Marsden—. Pero su líder era un ex mago de la guerra llamado Jenkins. Fue relevado hace algunos años por meter la mano en las arcas con demasiada alegría. Después se hizo mercenario, uno muy bueno, por lo que parece. Pero jamás pudimos capturarlo.

—Era el hombre al que he perseguido —aclaró Pritkin, escuetamente—. Así que Adidas tenía un nombre.

—¿Por qué quería matarte? —le pregunté a Marsden.

—Evidentemente, Saunders lo contrató para ello. Incluso ahora, le debe de estar costando encontrar a alguien en el Cuerpo dispuesto a matarme.

—Tienes muchos enemigos, Jonas —protestó Pritkin—. Jenkins entre otros. No podemos suponer que...

—¡No seas inocente, John! Si pudiera, Saunders me encerraría y arrojaría la llave, pero teme que el juicio me brindara la oportunidad de hablar en público, y eso no le interesa. ¡Prefiere decir que mis acusaciones son chocheos de un viejo amargado mientras aguarda a que sus hombres me cojan!

—¿Saunders? ¿Estáis hablando del lord protector? —pregunté, tratando de entender algo. Marsden asintió—. Pero ¿por qué el líder del Círculo ha mandado que te asesinen?

—Por ti, querida.

—¡Pero si ni siquiera te conozco!

—Pero sí conoces a Peter Tremaine. Lo sacaste de una celda en MAGIA ayer. Y vino directamente a verme. Parece ser que descubrió la verdad sobre las honorables actividades del lord protector hace seis meses...

—¿Qué actividades?

—... Pero le tendieron una trampa y lo encerraron bajo un falso pretexto para que cerrara la boca. Ahora que es libre, está tan decidido como yo a hacer que se sepa toda la verdad. Y está convencido de que puedes ayudarnos en nuestra empresa.

Me miró, con sus mejillas sonrosadas y sus ojos amables, y el estómago me dio un brinco.

—¿Qué causa? —pregunté, temerosa.

Parpadeó, y el grueso cristal de sus gafas amplió sus húmedos ojos azules.

—Ah, ¿no te lo había dicho? ¡Estamos planeando un golpe!

Me quedé mirando atónita a aquel extraño anciano, muda. No es que no le creyera; estaba claro que no bromeaba. Es sólo que no me podía imaginar que alguien fuera capaz de planear su propio suicidio con tanta alegría. Nadie en su sano juicio, claro está. Debería haberme figurado que el antiguo líder del Círculo tenía que estar un poquito tocado del ala.

No sé lo que hubiera contestado si Pritkin no hubiera elegido aquel momento para desplomarse sobre la mesa. Tras un rato temblando, acabó con la cabeza entre las rodillas y yo en cuclillas junto a él, acariciándole la espalda lentamente.

—¿Vas a vomitar?

—No —contestó, indignado. Y, de repente, vomitó.

—¡Oh, querido! —Marsden empezó a hacer aspavientos mientras yo le sujetaba la cabeza a Pritkin—. Debería haber caído en que estaríais cansados, después de tanta excitación. Podemos hablar de esto mañana.

—No si tengo... —iba a decir, pero Pritkin me dio una patada—. Quiero decir, sí, claro, mañana.

Tras limpiar un poco aquello, Marsden nos llevó hasta un dormitorio de gran tamaño en el piso superior.

—Hay toallas en el cuarto de baño, y ahora os traigo algo para que os cambiéis. —Calculó las medidas actuales del cuerpo de Pritkin, pensativo—. Hoy he ido a la ciudad a por algunas cosas, pero eres más bajita de lo que esperaba. Bueno, aún así, nos apañaremos.

Me guardé el comentario. Al parecer, la idea de ir a comprarle ropa a una persona a la que pretendía secuestrar no le resultaba del todo extraña. Pero llevarle la contraria a un demente era una pérdida de tiempo. Por no hablar de que estábamos atrapados en su casa hasta que se me ocurriera cómo arrebatarle el dichoso amuleto. O hasta que lograra que funcionara el teléfono. O hasta que viniera algún amigo con algo más de energía que la de un mosquito anoréxico.

—¿Y la mía? —pregunté, cuando Pritkin se arrojó sobre la cansa. Daba la sensación de que ya estaba dormido, a pesar del tanque de cafeína que se había tomado.

—¿Disculpa? —preguntó Marsden, muy cortésmente.

—Mi habitación —aclaré.

Me miró un instante.

—Oh. —Parecía algo desconcertado—. Ah, sí, sí, claro. Bueno, supongo que te puedo meter en... Pero vamos a necesitar sábanas limpias.

Se puso a trajinar. Lo dejé solo y me fui a buscar un baño. Mi impresión de que



Marsden no estaba casado quedó confirmada. No había cortinas en las ventanas de cristal opaco, ni alfombra en el suelo, pero había una toalla de lavabo que se había secado adoptando la forma de una flor boca abajo, colgando de una llave de paso. Afortunadamente, también había un montoncito de toallas en el borde de la bañera, y una pequeña torre de pastillas de jabón de esas que la gente guarda para los invitados. También había una ducha de estilo muy moderno, un radiador y un armario donde había más toallas.

Y nada más.

Miré en derredor, incluso eché un vistazo dentro del armario, pero no hubo suerte. Al final, abandoné mi búsqueda y fui a preguntarle a Pritkin. Estaba inconsciente, llenando de barro las bonitas sábanas de algodón de Marsden. Lo zarandeeé un poco, algo reacia a despertarle, pero no encontraba a su antiguo jefe por ninguna parte y me estaba entrando cierta urgencia.

Abrió un poco un ojo.

—¿Qué?

—Lo siento. Es que... hay un problema con el cuarto de baño.

—¿Qué problema?

—No hay váter.

—Esta casa es antigua —dijo Pritkin, como si con eso, todo quedara claro.

—¿Es que en el pasado la gente no meaba? —pregunté.

Gruñó y se tapó la cara con el brazo.

—Hay un retrete en el pasillo.

—¿Un qué? —pregunté, ya algo desesperada.

—Un inodoro. Está en una habitación aparte.

—¿Por qué? ¿Por qué no está en el...

—Porque el cuarto de baño es donde uno va a bañarse, de ahí su nombre.

—Qué estrambótico.

—No, señorita Palmer —contestó hoscamente—, no lo es. Lo que es estrambótico es que yo tenga vagina.

Jamás le había oído hablar con ese tono, pero no me gustó. Me pareció que ya contaba con información suficiente. Salí corriendo.

El inodoro resultó estar justo al lado del cuarto de baño en un pequeño cubículo. Me alivió comprobar que el hecho de tener que emplearlo como un hombre no me resultó tan traumático como me esperaba. Volví con aire cansado al cuarto de baño y abrí el grifo de la ducha para que se fuera calentando el agua, demasiado exhausta para arriesgarme a meterme en la bañera, por si me ahogaba en ella.

La sucia gabardina cayó al suelo, junto con la pistolera que llevaba atada al muslo, el cinturón bandolera de las pócimas y el jodido cinturón sujeta-pantalones que había utilizado para el torniquete, la pistolera que llevaba bajo el brazo, las cinco

navajas y las pesadas botas, adornadas con dos navajas más, lo cual constituía el atuendo habitual de Pritkin. Lo ensucié todo, pero el suelo estaba alicatado y me prometí limpiarlo todo más tarde. Puede que cuando no sintiera que iba a desfallecer.

La simple idea de tumbarme, aun estando sucia, empezaba a parecerme realmente atractiva. Pero no. No podía dormir así.

Tuve que sacarme la camisa por la cabeza con una sola mano, ya que el calor del sortilegio de Caleb había derretido los botones y aún no podía mover el brazo izquierdo. Me miré rápidamente en el espejo, antes de que se empañara y, a pesar de todo, no pude evitar sonreír. Pritkin era la única persona cuyo pelo podía permanecer intacto tras un día como aquel.

Pero lo divertido aún estaba por llegar: intentar quitarme los pantalones vaqueros, aún húmedos, con una sola mano. Resultó más difícil de lo que me esperaba, ya que el vaquero empapado tiende a pegarse. Me choqué con el toallero y casi me caí de culo, un culo que no era el mío, peleándome con ellos. Pero, como Pritkin no había llegado a adaptarse a los calzoncillos modernos, (al parecer, en el siglo sexto no había eslips), eso era todo. A excepción de un montón de suciedad.

Puse el rostro directamente bajo el chorro de agua caliente, a pesar de que me empezaron a escocer cientos de cortes de los que no me había percatado. Tampoco le sentó muy bien a mi trasero, magullado tras haber aterrizado sobre el poste de la valla, ni me alivió el trozo de piel en carne viva del pecho, pero nada es perfecto. Sí que ayudó con el barro, que había cubierto el cabello de Pritkin, y ahora resbalaba por su cuello.

El jabón también me escocía; no obstante, me enjaboné, frotándome bien todo y tratando de no pensar en el hecho de tener vello en el pecho. Y en las piernas, según vi cuando me agaché para frotar entre los dedos de los pies de Pritkin. Había largos pelos que el agua había cambiado de rubio oscuro a castaño claro; había hectáreas y hectáreas de ellos, y no sólo en las pantorrillas. También me subían hasta los muslos, descubrí cada vez más horrorizada. Todos los músculos y nervios de mi cuerpo estaban tensos, preparados para activarse en un abrir y cerrar los ojos sólo con un mal paso. ¿Por qué siempre me acababan afectando las cosas más nimias? Era capaz de enfrentarme a un millar de personas tratando de liquidarme, lo cual no era ninguna novedad, o al ataque de decenas de demonios, o a ex magos de la guerra dementes, o incluso a la sensación de tener la cosa esa colgándome entre las piernas que, desde luego, no debería estar allí. Pero, en aquel instante, no podía, es que no podía con lo de tener tal cantidad de vello.

Ya había poseído otros cuerpos, me recordé a mí misma. Siempre había tratado de evitarlo, con todas mis fuerzas, pero no siempre había sido posible. Entonces, ¿por qué esta vez era tan distinto? Puede que fuera porque, las otras veces que había estado dentro del cuerpo de otras personas, había sido por poco tiempo, y la vez más

larga había durado unas dos horas. Puede que fuera porque había estado a punto de morir, de nuevo Y. vaya, a eso nunca se acostumbra una. O, simplemente fuera porque esta vez se trataba de Pritkin.

Sólo había poseído a un conocido una vez, y sucedió por accidente. Había durado sólo unos confusos minutos, y había bastado. Pero esta vez, prometía convertir nuestra relación en algo claramente más raro, y que no tenía visos de solucionarse pronto.

El terrible escozor desapareció repentinamente. Me pasé los dedos con cuidado sobre el brazo herido, añadiendo un poco más de barro y sangre seca al torrente de agua que caía. Pero, debajo, sólo noté que la piel estaba bien, sin señal alguna que indicara el lugar en el que había recibido el disparo. El cuerpo de Pritkin se había sanado como si jamás le hubiera ocurrido nada, y todo en el espacio de una hora. Al parecer, que tu padre fuera un demonio tenía ciertas ventajas.

Por supuesto, también tenía sus inconvenientes.

Era algo para lo que últimamente me había estado preparando.

Los relatos más antiguos eran incompletos y a menudo contradictorios, por no mencionar que cada uno de los escritores que había escuchado la historia había ido añadiendo algunos detalles de su propia cosecha sin escrúpulo alguno. Pero las leyendas más antiguas, antes de que se añadieran los detalles románticos convergían en un mismo punto: todas eran bastante lúgubres.

Tras la muerte de la madre de Merlín cuando éste era un niño, su familia había rechazado a aquel niño mitad demonio. No se sabe cómo, había logrado sobrevivir, convirtiéndose en un fenómeno local que vivía solo en el bosque. Había quien decía que era un loco, otros que un profeta y otros aseguraban que se trataba de un poderoso mago, cuyos poderes mágicos humanos se veían reforzados por su sangre demoníaca. Sin embargo, nadie pareció preguntarse lo que debía de haber sido para él crecer solo, rechazado y considerado como un engendro de la naturaleza.

Y luego, su estancia en el infierno. Una vez, Pritkin me había dicho que, aunque había pasado siglos fuera de la Tierra, él se sentía como si sólo hubiera estado fuera una década. Pero tampoco creía que una década en el reino de Belcebú fuera una experiencia demasiado divertida. Tampoco sabía a ciencia cierta qué le había pasado allí, porque él jamás hablaba sobre lo que había presenciado. Era la persona más introvertida que había conocido jamás, y cualquier conversación con él sobre cualquier asunto remotamente personal acababan con un muro de silencio. Jamás hablaba de los demonios de otra forma que no fuera con desdén y odio, y, desde su vuelta, había perseguido a los más peligrosos sin descanso.

Recordé su rostro descolorido y traté de ignorar la preocupación que me inundó. Pritkin había presenciado acontecimientos imposibles desde niño y, normalmente se lo tomaba bastante bien, pero esta vez era diferente. Antes de conocernos, para él la

posesión era algo que asociaba sólo con los demonios más poderosos. Verse atrapado dentro del cuerpo de otra persona, probablemente le recordaba demasiado una parte de sí en la que prefería no pensar. Me pregunté cuál sería su reacción a la mañana siguiente, cuando no hubiera asesinatos, ni fatiga para difuminar los efectos de aquello. ¿Por qué me daba la sensación de que no sería buena?

Tras un buen rato, la oscuridad y el agua caliente recorriéndome la piel me fueron aliviando la tensión de un día que, incluso comparado con lo habitual en mi vida, había sido nefasto. Casi estaba ya serena del todo o, al menos, todo lo serena que podía estar metida en aquel cuerpo, cuando un fantasma pegó su rostro en la puerta de la ducha. Solté un chillido y retrocedí de un salto, resbalando con un charquito de jabón. Acabé sobre el trasero de Pritkin, respirando agitada, mirando a Billy Joe.

—¿Pero qué diablos...?

—Es precisamente lo que yo estaba pensando.

Me levanté con dificultad con el rostro desencajado y apoyándome en el grifo, logrando que me cayera un chorro de agua hirviendo. Salí de un salto de la ducha, mordiéndome el labio para no gritar, y cogí una toalla.

—¿Qué haces aquí?

—Tú primero. Porque llevo horas buscándote y, cuando por fin logro dar contigo, ¿qué es lo que me encuentro?

—Siento que hayas tenido tan mal día —dije, con retintín, secándome la piel enrojecida. Maldita sea, dolía.

—No tan malo como el que vas a tener tú cuando vuelvas. La gente está preocupada. Françoise le ha contado a todo el mundo que el Círculo te ha capturado, así que el Senado les ha exigido que te liberen y, claro está, el Círculo les ha dicho por dónde se pueden meter sus órdenes. Cuando me marché, ese vampiro tuyo estaba amenazando con acabar con Saunders si no te liberaba.

—¿Por qué? El Senado sabe dónde estoy. ¡Si me pusieron un rastreador!

—Sí, y el rastreador les indica que estás con el antiguo jefe del Círculo.

Sentí que se me crispaban los nervios.

—¿Se lo han dicho a alguien? ¿A Saunders, por ejemplo?

—Si el Círculo se entera de que he hablado con Marsden, ¡me puedo olvidar de conseguir llegar a ningún acuerdo con ellos!

—Ya. De todas formas tampoco parecía que lo fueras a lograr.

—¿Puedes averiguar si han dicho algo? Es importante.

—Puedo intentarlo.

—De veras que necesito saberlo, Billy. Hay luchas internas dentro del Círculo y no quiero que me pillen en medio. Ya tengo bastantes problemas.

—Ya lo veo. Hablando de eso, Tami me pidió que te recordara, si no estabas muerta o encerrada en una celda del Círculo, que hay un puñado de chavales

secuestrados. Y que Alfred no tiene carné de conducir.

—Ya lo sé. Dile que volveré en cuanto pueda.

—¿Y cuándo será eso?

—Depende. Entre otras cosas, Marsden tiene un amuleto colgado del cuello. Lo ha utilizado para traerme hasta aquí.

—Y si no se lo arrebatas, podría utilizarlo para traerte de nuevo.

—Exacto. Así que ¿puedes...

Billy negó con la cabeza, interrumpiéndome antes de que pudiera terminar la frase.

—Imposible, Cassie. He tenido que emplear un montón de energía para encontrarte. No puedo llevar nada conmigo en este estado. Ahora, si pudiera descansar...

—No eres el único que está exhausto —dije, mirando al otro lado de la puerta, sabiendo que había un montoncito de ropa limpia cuidadosamente doblada allí—. Voy a dormir, mañana me tomaré un buen desayuno, y entonces podrás descansar tú.

Billy no dijo nada. Fui a cerrar la puerta y, cuando me volví, vi que me estaba mirando la frondosa masa de pelo de mis manos. Ignoré la sonrisa maliciosa que se le estaba dibujando en la cara y examiné las prendas que Marsden había elegido en su tarde de compras. Imaginé que no se esperaba que me fuera a traer a ningún amigo, porque todo era de la talla de un cuerpo que ya no era el mío. Ninguno de aquellos trapos llenos de volantes y encajes iba a entrar en mi nuevo cuerpo ni aunque me hubiera propuesto poner furioso a Pritkin poniéndomelos.

Me detuve a examinar un pijama. Era lo más sencillo que había, algodón azul oscuro con tan solo un lacito en las tobilleras. Pero ni eso me iba a caber. Pritkin tenía las piernas demasiado musculosas.

—Si el mago te ve con eso, te va a arrancar el culo —dijo Billy, divertido. Aguardó un instante y añadió—: Aunque, pensándolo bien, ya lo ha hecho.

Empecé a sentir un dolor debajo del ojo derecho.

—¡Billy! Lárgate.

—Vale, vale —rió—. Ya sé que estás hasta las mismísimas, ah, no, que no tienes...

—¡Billy!

Se desvaneció, aún riéndose. Me alegraba de que alguien se lo estuviera pasando bien. Concluí que estaba demasiado jodida y cansada como para tratar de hallar una solución al problema de la ropa, me envolví con una toalla y me fui a la cama. No me costó dar con la habitación que me había sido destinada, ya que Marsden había dejado la puerta abierta y la cama preparada en la habitación contigua a la de Pritkin.

Me metí en las frías sábanas y dejé de preocuparme por el hecho de hallarme en una habitación extraña, en una cama extraña. Puede que el cuarto de baño estuviera

algo anticuado, pero el colchón era de los buenos. Me estiré, gozando por la manera en que se amoldaba a mi forma, por la manera en que todos los músculos del cuerpo se fueron relajando lentamente... y me dormí antes de que a mi cerebro le diera tiempo a recordarme todas las cosas por las que me debía preocupar.

Me encontraba sola, de pie, en medio de un campo, rodeada de colinas que se perdían en el horizonte. Llevaba puesto un sencillo vestido blanco y parecía feliz y despreocupada. El día era radiante y soleado, y una leve brisa balanceaba la hierba, jugando con el bajo de mi vestido.

Sin saber cómo, empezaron a salir nubes de todas partes, ensombreciendo el día. Sus vientres estaban hinchados y amarotados, inundando todo el campo de una luz infernal hasta donde se perdía la vista. Se oyeron truenos y empezó a llover, pero las gotas tenían el mismo tono arcilloso que las nubes. Y al gusto de los relámpagos en el aire, se unió un sabor ácido, con un toque oscuro de dulzor.

Empezó a caer una lluvia nauseabunda de sangre espesa color escarlata, como los desagües de un matadero, salpicándome la piel, el cabello, mi vestido blanco, y formando riachuelos que me recorrían todo el cuerpo. Me empapó el vestido y empezó a acumularse alrededor de mis pies, filtrándose en el suelo hasta que éste empezó a reblandecerse, se abrió y yo empecé a hundirme. La lluvia seguía cayendo, inundando el suelo, ensanchando la franja que se había abierto, hasta que ya no pude ver nada y me tragó entera.

La marea roja no desapareció, sino que se extendió en todas las direcciones, como las ondas de un lago, cuando se arroja una piedra. Y donde, hasta hacía un instante había habido sólo vida, verdor y vegetación abundante llena de salud, ahora sólo había polvo y decadencia, tornándose todo de un color pardo, retorciéndose y quedándose todo inmóvil.

Me desperté bajo una luz verdosa, la luz de la luna se filtraba entre la parra que cubría la única ventana, a modo de cortinas. Me quedé ahí tumbada, con el corazón agitado, y traté de convencerme de que tan solo se trataba de una pesadilla. Ya me tocaba tener una, y mi subconsciente nunca había sido demasiado sutil.

Pero aquello no me había parecido un sueño, ni siquiera una pesadilla. Ya había tenido suficientes visiones como para saber reconocer una cuando la tenía delante de las narices. Algo iba mal.

Mentalmente, puse cara de exasperación, tratando de que se me calmara la respiración. ¡Claro que algo iba mal! El Círculo intentaba matarme, había dejado a Tami tirada, acababa de estar en un bosque atestado de monstruos y, oh, sí, ¡estaba dentro del cuerpo equivocado! ¡Lo sorprendente sería que algo fuera bien, para variar un poco!

Pero, por alguna razón, la letanía de mis problemas no encajaba y ninguno de ellos se correspondía con las visiones apocalípticas que mis poderes me mostraban

continuamente. La ciudad de Las Vegas desolada, una autovía abandonada convertida en un cementerio y ahora, una escena de destrucción conmigo en medio.

Me estremecí en el calor de aquella pequeña habitación, de repente claustrofóbica, sintiéndome mareada y con náuseas, con demasiadas emociones arremolinándose. Desde la destrucción de MAGIA, sentía como si se estuviera formando una tormenta. Algo oculto que no podía ver, que no podía entender, pero, de cualquier forma, algo importante. Algo vital.

Me puse de lado y miré en la oscuridad. Aquella última visión había sido la más inquietante de todas. Porque parecía estar diciéndome que la destrucción partía de mí. Yo no había provocado la tormenta de sangre, pero se había formado sobre mí, casi como si me estuviera utilizando para extender la oleada de muerte.

¿Estaría mi poder tratando de advertirme que si el Círculo lograba matarme, perderíamos la guerra? Desde luego, eso explicaría la devastación. Si perdíamos, no cabía duda de lo que Apolo haría. La comunidad mágica era la causa directa de su destierro y no creo que esta vez fuera a dejar a ninguno vivo. Incluso sorprendería a los magos oscuros, que habían sido sus aliados, con la «recompensa» que les esperaba tras haberle apoyado.

Me puse boca arriba, jodidamente frustrada. Aquella interpretación sí parecía encajar, pero no lograba entender qué es lo que podía hacer yo. ¡Ya estaba haciendo todo lo posible por llegar a algún acuerdo con el puto Círculo! ¡No podía obligarlos a aceptarme, ni forzarlos a que dejaran de mirarse el jodido ombligo, mirar lo que ocurría a su alrededor y hacerles comprender que se encontraban en medio de una guerra! No podíamos permitirnos que se produjeran luchas internas, y eso ya llevaba yo tiempo diciéndolo.

Sólo que nadie parecía escucharme.

Lancé un gruñido y me tapé la cara con la almohada. Desearía que Mircea estuviera allí para dejarme inconsciente. No quería soñar. Sobre todo porque, con ello, lo único que conseguiría sería pasar una noche horrible.

Me volví a despertar con un fuerte dolor. Tenía punzadas en el tobillo derecho causadas por alguna herida que el día anterior no había localizado, molestias en la espalda y en el brazo herido y en mi maltrecha garganta, y todo, en su conjunto, volvía a formar la imagen de un cuerpo otra vez. Un cuerpo con barba incipiente en las mejillas y el pelo aún más de punta de lo habitual.

Fruncí el ceño. El adormecimiento se me empezó a pasar y empecé a explorarme con la mano. Esta dio con el torso de un hombre, terso y musculoso, una amplia escalera de costillas, un abdomen bien moldeado y un...

Me despejé del todo de puro pánico. Me quedé sin respiración y, por un momento, casi me asfixio. No podía pensar con claridad. Aquella experiencia era tan extraña que me nublabla el pensamiento. Porque me habían pasado muchas cosas extrañas en

mi vida, pero jamás me había despertado en el cuerpo de otra persona.

Miré por la ventana, tratando de tomar aire, tratando de que el pulso se me calmara para evitar un posible ataque al corazón. Las parras no cubrían demasiado la vista y pude ver un cúmulo de nubes bajas que se desplazaban sin tregua por el cielo. Al menos eran negras, pensé y empezaron a caer algunas gotas de lluvia.

Me quedé unos minutos ahí tumbada, siguiendo el hipnótico rastro de las gotas que caían resbalando por el cristal. Estaba lloviendo, pero había luz. ¿Cómo era el dicho? Que el diablo estaba apaleando a su esposa.

O puede que, simplemente, quisiera que le devolvieran el perro.

Mientras no me mirara el cuerpo, me sentía a gusto. La cama estaba caliente y era cómoda, con sábanas limpias y una buena almohada de plumas. Resultaba tan tentador volver a quedarme dormida de nuevo, olvidarme de todo un ratito más, olvidarme de Pritkin. Porque yo sabía que él esperaba que pudiera solucionar aquel pequeño problemilla, y la verdad era que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Pero, siendo ya de día, Billy estaría al llegar. Tenía que enfrentarme a ello. Tenía que levantarme.

Me concentré en el aire que entraba y salía de mi cuerpo, en el movimiento de mis costillas y de los pulmones, y me dije a mí misma que la mayoría de las partes del cuerpo eran iguales, que la mayoría ya las tenía antes. Un cuerpo es un cuerpo, al fin y al cabo: dos brazos, dos piernas, una cabeza. Tampoco había tanta diferencia, a decir verdad. Me estaba convenciendo de ello, hasta que bajé la vista y recorrí con la mirada mi nuevo cuerpo y vi una cosa, nada pequeña, que no se parecía en absoluto a lo que tenía antes.

Me incorporé rápidamente y choqué con el cabecero de la cama pero, por supuesto, mi nuevo problema me acompañó también. Me quedé mirándolo horrorizada y desconcertada, pero no se iba. Se quedó ahí, formando alegremente una tienda de campaña con la sábana, obviamente encantado de recibir el nuevo día. ¿Y ahora, qué?

Le di un golpecito, tratando de bajarla, pero rebotó y volvió a su posición anterior implacablemente. Lo volví a intentar, empezando a desesperarme un poco, y la apreté hacia abajo. A pesar de la sábana, noté que estaba caliente y dura. Entonces me hizo percatarme de que había otras cosas mal colocadas, como un pecho plano que no se movía al respirar, como la mata de pelo del abdomen, como el vello rubio del trozo de muslo que había quedado destapado.

A pesar de mis palabras de ánimo, aquel cuerpo ya no me parecía más o menos normal. La noche anterior había sido más fácil ignorar aquello, estaba demasiado exhausta e impactada. Pero ahora sí que notaba algunas cosas, como la corriente de electricidad que me recorría el cuerpo, caliente y molesta, haciéndome sudar y temblar. De repente, todo me resultaba excitante, desde el suave beso de las sábanas



hasta el cosquilleo del aire que se filtraba por las viejas ventanas.

Jamás había tenido tanta conciencia sobre mi propio cuerpo, sobre la forma en que ocupaba músculos, huesos y piel. Me pregunté si Pritkin se sentiría igual, tan marcado, tan fresco, tan vívido, si tendría aquellas sensaciones exasperantemente familiares, aunque completamente extrañas. Me pregunté si él también se estaría subiendo por las paredes.

Miré mi reflejo en el espejo, y aquello no me ayudó. Las largas pestañas caían sobre mis mejillas ruborizadas y los labios, habitualmente tensos, estaban blandos. Los amplios hombros y sus bonitos brazos eran como siempre, la piel conservaba el calor del sueño, y las señales de la pelea estaban casi completamente curadas. Sólo había algunas líneas rojas y ásperas, que contrastaban con el color dorado de su piel.

Me pasé los dedos por la barba incipiente del mentón, hasta dar con hueco de piel fina que tenía justo detrás del lóbulo de la oreja y llegar al pelo. Tenía unas manos bonitas, los dedos callosos y redondeados, las uñas limadas con forma ovalada y no excesivamente cortas. Me di cuenta de que debía de ser muy fuerte, y me estremecí.

Y el pedazo de carne que tenía debajo de la mano dio un respingo.

Aparté la mano rápidamente, tragando saliva, y la sábana se deslizó. Y ahí estaba, caliente y enorme, provocándome una molestia penetrante y estática. Puede que se pasara solo, pensé desesperada. Contuve la respiración, ya que el pánico me paralizó los pulmones, y se hizo más grande. Larga y gruesa, con un color ameloconado más oscuro que el del resto del cuerpo, elegantemente inclinado hacia la izquierda. *Tengo que acordarme de decirle a Pritkin que tiene un pene muy bonito*, pensé histérica, y me coloqué encima una almohada.

Llamaron a la puerta.

La miré, horrorizada y me tapé con la sábana justo antes de que mi propio rostro ceñudo asomara por la puerta.

—¿Te importa? —pregunté, alzando un poco la voz, enojada.

—El desayuno —dijo Pritkin, escueto. Notó la expresión de mi rostro—. ¿Pasa algo?

—¡Nada! Quisiera tener algo de intimidad.

—Estás en mi cuerpo. Poca intimidad podemos tener ya. —Entró, morando la mirada furiosa que le lancé a su cuerpo perfectamente ataviado. Entre las compras que Marsden había hecho, debía de haber ropa de día, porque Pritkin llevaba puestos unos piratas color caqui y una camiseta fruncida angarilla.

—Yo también necesito ropa —le recordé, esperando que fuera a conseguirme algo.

—Marsden me ha dado esto para ti. Es suya, pero, por el momento, te valdrá —dijo, dejando un montoncito de ropa en una mesa que había junto a un pequeño armario. Luego, se sentó.

—¿Qué haces?

—Tenemos que hablar.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—Aún... no me he duchado —contesté, de manera poco convincente y, entonces, me acordé: una ducha fría. Eso es lo que hacen los tíos cuando les pasan estas cosas, ¿no?

—Ya te duchaste anoche. Vístete. Tenemos que hablar antes de ver a Jonas. — Cruzó mis piernas cómodamente, y una de las sandalias de tiras le quedó colgando del pie. Ya estaba acostumbrada a sus enfados, a su actitud incisiva o a su desánimo. Me estaba costando acostumbrarme a su habitual impaciencia y a su brusquedad. Pero lo que más me jodía era la desesperante sensación de que Pritkin lo estaba llevando mejor que yo.

—Si me apetece darme otra ducha —le dije, furiosa—, ¡me daré otra puta ducha!

—¿Qué te pasa? —preguntó. Logré no ceder a su penetrante mirada añil. No sabía que fuera capaz de poner aquella mirada. Pero, entonces, dudé que fuera capaz de ponerla cuando era yo quien estaba dentro de mi cuerpo. Y el hecho de que mis propios ojos me estuvieran incomodando me terminó de cabrear del todo.

—¿Que qué pasa? ¿Que qué pasa? ¡No tengo pechos! Tengo otras cosas que no quiero tener. ¿A ti qué cojones te parece que me pasa?

—Ayer me pareció que te lo habías tomado bastante bien.

—¡Tener que correr para salvar la vida hace que deje en segundo plano otros asuntos! La almohada no me estaba sirviendo de nada. Al contrario, lo estaba empeorando, ya que, al parecer, al cuerpo de Pritkin le gustaba la presión, el roce y el calor. Y todo lo demás. Empezaba a preguntarme por qué se levantaba de la cansa.

—Creía que, a estas alturas, ya te habrías acostumbrado.

Había algo en el tono de su voz que me hizo mirarle con acritud. Si de veras tuviera sentido del humor, sospecharía de él.

—No, y tampoco parece que lo vaya a hacer.

Pasó a otro tema.

—Tenerlos que hablar de las opciones que tenemos. Jonas te ha traído aquí por una razón. Quiere que hagáis un trato.

—Sí. Y si el Círculo se entera, estoy muerta. Ya me odian. ¿Qué crees tú que van a pensar si creen que me relaciono con su ex líder medio demente?

—Su opinión sobre ti no puede ser peor, de todas formas —dijo, con sequedad.

—¿De verdad estás sugiriendo que...

—Te estoy proponiendo que no aceptes todo lo que te pida, pero que tampoco te cierres en banda. Si el Círculo insiste en mostrarse tan intransigente, puede que nos sea útil.

—¿Cómo? ¿Desencadenando una guerra civil? ¡Eso provocaría la muerte del doble de magos, haciéndole todo el trabajo a Apolo! —Me revolví, tratando de aliviar un poco la sensación y, accidentalmente, metí el problema dentro de la almohada. Aquella era la peor de las opciones. El corazón se me aceleró, la respiración se me entrecortó y pensé, ¡oh, Dios!

—Puede que no lleguemos a eso.

—¿Y si llegamos?

—Yo sólo te estoy aconsejando que no rechaces completamente a Marsden. Escucha lo que te tenga que decir y dile que te lo pensarás. Mientras tanto, volveremos a intentar llegar a un acuerdo con el Círculo. Si logramos que te acepten como pitia, aunque sólo sea mientras dure la guerra, será suficiente. Cuando las fuerzas de Apolo hayan sido derrotadas, ya nos ocuparemos de nuestros problemas internos.

—Vale. —Dios, aquello empezaba a dolerme de verdad.

—También tenemos que ver cómo vamos a transportarnos de nuevo.

—Estoy en ello. —*Por favor, por favor, cállate ya y lárgate.*

—¿Cómo? El vendedor dijo que los efectos son irreversibles.

—Nuestros cuerpos no han cambiado, sólo los hemos intercambiado —dije, con brusquedad—. Y tengo cierta experiencia en esto. Suponiendo que no nos mate algún impostor, sádico y psicópata, disfrazado de aliado nuestro, daré con una solución.

—¿Como cuál?

—Ya lo hablaremos luego.

—Preferiría que lo habláramos ahora.

—¡Pues yo no!

Hubo algo en mi tono de voz que debió de llegarle.

—Supongo que no vamos a poder hablar mientras te duchas —dijo, levantándose.

—Pues no.

—Entonces, nos veamos abajo en el desayuno. Y, recuerda, Marsden no es tan despistado como parece.

—Vale, lo que tú digas.

Se dirigió hacia la puerta, se detuvo con la mano en el pomo y me miró con una expresión extremadamente socarrona.

—Y con un poco de agua fresca es suficiente. Preferiría que no me dejaras estéril echándote el agua demasiado fría.

Busqué algo para tirárselo a la cara, pero se marchó. Definitivamente, lo estaba llevando mucho mejor que yo. El muy odioso.

En cuanto no hubo moros en la costa, me fui caminando como un pato a la ducha. No sé cómo los hombres se las arreglaban teniendo algo ahí abajo que les ocupaba tanto espacio. ¿Y qué era eso de tener las partes íntimas colgando y cambiando de tamaño continuamente?

Cuando el agua helada empezó a caerme sobre el pecho, como miles de agujas, di un respingo, pero no me rendí y encogí los hombros con decisión. Me caía sobre la cabeza y el cuello, marcándome la espalda, resbalando sobre las cicatrices que Pritkin tenía en el hombro izquierdo. Nunca le había preguntado qué le había dejado semejante marca, teniendo en cuenta que todas sus heridas desaparecían en poco tiempo. Pero sabía que no debía preguntárselo. Gemí. Aunque lograra devolvernos a nuestros respectivos cuerpos, jamás olvidaría aquello.

Al fin, aquella tortura líquida logró reprimir, vengativa, a esa cosa, pero la sensación del vello corporal mojado seguía asqueándome, así que decidí afeitármelo. En esas estaba, cuando Billy apareció. Lo ignoré, tratando de evitar añadir otro corte más a la colección de Pritkin y, por un buen rato, permaneció callado.

—Eh, ¿Cassie? —dijo al fin, con un tono algo raro—. ¿Qué estás haciendo?

—Creo que lo llaman *manscaping*, «huir de la virilidad».

—¿Por qué?

—Porque es muy, muy asqueroso —aclaré, señalando furiosa los pelos que Pritkin tenía en la pierna. Ahora la derecha tenía mejor aspecto. Incluso tenía forma, ahora que la podía ver de verdad.

—Tú, eh, no te parece que puede que le... moleste... un poco...

—¡Oh, venga ya! —Me callé para concentrarme en la rodilla. Esa parte siempre es difícil—. No sé como devolverlo a su cuerpo, Billy. No tengo ni idea. Puede que nos quedemos así días, semanas, meses, incluso...

—Yo puedo devolverlo —se ofreció Billy.

Casi me llevo por delante un trozo de piel de la pierna de Pritkin.

—¿Qué?

—Sí. Estuve pensándolo anoche. Es como cuando te ayudé a poseer a aquel mago oscuro. Te saqué de tu cuerpo y te lancé al suyo. Bueno, tal como lo veo, puedes hacer lo mismo con Pritkin. Puedes volver a tu cuerpo y expulsarlo.

—Eso ya lo sé —dije, acabando con el afeitado—. Siempre he podido volver. Pero no sabemos dónde puede acabar su espíritu cuando haya sido liberado.

—Sí, sí lo sabemos, porque los espíritus saben reconocer sus cuerpos. Ocurre como con los fantasmas con las cosas que poseemos, nos llaman.

—Lo dices como si poseyéramos nuestros propios cuerpos.

—En cierto modo es así. Tu cuerpo te alimenta, te protege, te permite desplazarte. Tras la muerte, si quieres continuar pudiendo hacer esas cosas, tienes que encontrar a otra persona como fuente de energía. Como mi talismán.

—Ya lo sé, pero...

—Y un alma separada de su fuente de energía es atraída hacia ella como los metales a los imanes. Por eso siempre acabo encontrándote dondequiera que estés. Me concentro en el talismán.

Lavé la cuchilla y la dejé. Marsden me la había dejado allí, junto con algunos otros artículos de aseo, probablemente suponiendo que yo querría afeitarme la barba de varios días que llevaba Pritkin. Pero, seguramente, la cuchilla estaría desafilada.

Me sequé, fui hasta el lavabo y me lavé los dientes, mientras, Billy aguardaba.

—¿Y si te equivocas? —pregunté al final—. Puedo lograr llegar a casa sana y salva, y matar a Pritkin por el camino.

—Para eso me tienes a mí. Si el mago no da con el camino de vuelta, yo lo ayudaré. Y si se equivoca y vuelve a poseerte, yo habitaré su cuerpo hasta que esté listo para volver a intentarlo.

Sí. Ya me veía yo explicándole a Pritkin que estaba a punto de tener otro invitado. Lancé un suspiro.

—Cuando tenemos una conversación así, no cabe duda de que el mundo anda mal.

—Te estoy diciendo que puedo hacerlo —insistió Billy.

Me quedé parada frente al lavabo, con las manos apoyadas en él. Me miré en el espejo, sonreí y un hilo de esperanza iluminó mis ojos verdes prestados. Era imposible que pudiera ser tan fácil. ¿O no?

—Podemos intentarlo —dije, con la voz algo rota. ¡Dios!, volver a mi cuerpo. De repente, me pareció que, si conseguía que aquello saliera bien, mis demás problemas se podrían solucionar.

—¿Y qué pasa con el Senado? —pregunté—. ¿Mencionaron dónde estoy cuando acusaron a Marsden?

—No lo sé. La sede central de los magos es una casa de locos. Estaban tratando de instalar su nueva base en algún almacén de las afueras, cerca de Nellis, y no están teniendo suerte. La gente no parece muy contenta.

—Son magos de la guerra. Nunca están contentos con nada.

—De todas formas, si yo fuera tú, daría por hecho que lo saben. Lo cual significa que quedarse aquí no es muy seguro.

*¡Mierda!*

Me vestí en tiempo record, a pesar de que no me venía la ropa. El polo azul me venía estrecho de hombros, los pantalones me apretaban demasiado en los muslos y la cintura tenía al menos dos tallas más que la de Pritkin. Pero me puse la camisa, que

ayudó un poco, y bajé las escaleras corriendo. Billy venía flotando tras de mí, con aire orgulloso. Si lo lográbamos, le debería una muy gorda.

Estaban en la cocina. Marsden estaba junto a la hornilla, dándole la vuelta a las salchichas en una sartén y Pritkin estaba concentrado leyendo el periódico. El nombre del periódico saltaba a la vista, chillón: *Crystal Gazing*. No sabía que lo tuvieran allí. Era un periódico sensacionalista que no le pegaba demasiado.

—Billy dice que el Círculo sabe que estoy aquí. Puede que vengan más visitas pronto —le dije a Marsden.

—Buenos días, Cassi. —Su electrocutada cabellera estaba aún más suave y esponjosa de lo habitual, con un halo resplandeciente alrededor de la cabeza. Impresionaba bastante.

—¿Qué quieres desayunar?

—No voy a tomar nada. Tenemos que salir de aquí.

—Las protecciones aguantarán —dijo, con serenidad—. Entonces ¿un huevo o dos?

—Me tomaré sólo una tostada —le dije, tratando de aligerar un poco. Yo no tenía tanta confianza en sus protecciones.

—Tomaré dos huevos, una ración de salchichas, champiñones, patatas y una tostada —dijo Pritkin, contradiciéndome.

—¡No puedo comerme todo eso!

—Puedes y lo harás. Si quieres, puedes matar de hambre a tu cuerpo, pero con el mío no vas a hacer lo mismo.

—Yo no mato de hambre... —Me quedé callada al ver su plato. Contenía todo lo que acababa de enumerarle a Marsden, más una ración de lo que parecían judías cocidas. Y una cafetera entera llena de un café con aspecto de sirope al lado—. ¡Creía que eras un obseso de la alimentación sana!

—Tienes que comer más —dijo Pritkin, metiéndose en la boca un poco de todo—. Casi me corto con tus omóplatos esta mañana.

Hice caso omiso.

—Da igual, no podemos pararnos a desayunar. ¡Puede que el Círculo esté ya en cansino!

—Lo dudo —dijo Marsden, con aspecto despreocupado—. Si Saunders sabe que estamos negociando, se estará preparando para cuando vayamos a verle.

—¡No estamos negociando! ¡Me has traído aquí en contra de mi voluntad!

—Estoy seguro de que no tendrás ningún problema en explicarle eso al Círculo —añadió el maquinador.

Pritkin alzó la vista, ceñudo.

—¡Nos van a acusar injustamente! —exclamé.

—Sí, pero no por él. —Pritkin me pasó el periódico, y el titular, imposible de no

ver, hizo que me olvidara momentáneamente de todo lo demás:

«El oscuro pasado de Cassandra Palmer»

—Sabíamos que esto era sólo una cuestión de tiempo —dijo, cuando se lo arrebaté de las manos.

¿PITIA O FARSANTE?

Mientras todavía está pendiente el anuncio oficial sobre quién será la sucesora de la recientemente fallecida lady Phemonoe, algunas fuentes dentro del Círculo Plateado aseguran que el poder podría haber caído en las manos de la oscura e inexperta Cassandra Palmer. «Si eso es cierto, sería un desastre» declaró una fuente cercana que pidió permanecer en el anonimato. «Su pasado habla por sí solo».

Así es. El *Crystal Gazing* ha sabido que su madre era Elizabeth O'Donnell, una vez heredera del trono de pitia. Cabe recordar que se trata de la misma iniciada que cayó en desgracia y fue despedida tras fugarse con Roger Palmer, un hombre que trabajaba para Antonio Gallina, el conocido jefe de la mafia de Filadelfia. Se cree que su hija se crió en la corte de Gallina, utilizando sus habilidades para dar continuidad a las nefandas actividades de su mentor. Desde entonces, se la ha relacionado con el maestro de Gallina, el miembro del Senado Vampírico Mircea Basarab. El Senado aún no ha hecho declaraciones oficiales al respecto.

Sí, apuesto a que al Senado le asustaba tanto como a mí que se aireara mi pasado en la prensa. Pritkin tenía razón, sabíamos que pasaría, pero, aún así, aquello era un golpe. El artículo incluía una imagen mía. Ahí estaba mi rostro, mirándome, pero no era una fotografía, ya que, que yo recordara, jamás me habían tomado aquella foto, sino que era como un boceto. Me habían dibujado la barbilla demasiado grande y la nariz era más bonita que la real, junto con una expresión malhumorada y hostil. Aún así, se me parecía bastante.

Tomé asiento porque me fallaron las rodillas. ¿Y ahora cómo iba a moverme o a hacer nada? Si aquel artículo hubiera salido el día de antes, el tipo de la tienda de empeños se habría disculpado y ausentado, habría hecho una llamada, y habrían acudido una decena de magos en cinco minutos. Hasta aquel momento, no había sido consciente de lo mucho que me beneficiaba el anonimato.

—El Círculo lo ha filtrado a propósito.

—Probablemente —asintió Marsden—. Suelen hacerlo antes de emprender acciones impopulares. Es una especie de acción preventiva dirigida a la opinión pública.

—¡Para lo que están preparando a la gente es para mi asesinato!

Alzó la vista hacia mí, con interés en la mirada.

—Razón por la cual me necesitas, querida.

Suspiré.

—Déjame a mí.

—Saunders ganó las últimas elecciones dejándome como un viejo chocho y decrepito, demasiado terco para dejar el puesto. Prometió que cambiaría y fortalecería el Círculo, trayéndole prosperidad. Pero se le olvidó mencionar que la prosperidad sería para él.

—¿Qué estás diciendo? —Pritkin estaba inclinado sobre la mesa, con su mirada de halcón fija en Marsden.

—Que ha estado metiendo la mano muy hábilmente, desde que ocupó el puesto. Ha aumentado el diezmo y se está quedando con la diferencia.

—Eso es imposible. ¡Alguien se habría dado cuenta!

—Alguien se ha dado cuenta. Y acabó en las mazmorras de MAGIA.

—Hay un comité de supervisión...

—Compuesto por los compinches de Saunders. Una de las primeras cosas que hizo después de las elecciones fue hacer limpieza. ¡A día de hoy, los puestos de poder están todos ocupados por gente a la que le interesa mantenerlo ahí!

—Entenderéis que no tengo ni idea de lo que estáis hablando ¿no? —interrumpí.

—¿Has visto el tatuaje que llevan nuestros magos? —me preguntó Marsden, levantándose la mama.

—No. Pritkin no tiene ninguno. —Imposible que se me hubiera pasado por alto.

Marsden extendió el brazo.

—Es un círculo plateado, por razones obvias. Se utiliza para unir parte de nuestra energía en un fondo común para poder hacer cosas que requieran un esfuerzo universal.

—Como un sortilegio de Artemisa —explicó Pritkin.

—Vale, hasta ahí lo entiendo.

—Se supone que la aportación es exactamente de un dos por ciento de nuestra energía. Pero Saunders aumentó el porcentaje en secreto hace siete meses, en casi medio punto, y ha estado vendiendo por su cuenta la energía sobrante.

—¿Y eso es ilegal?

—¡Del todo! Ni siquiera el Consejo aprobaría semejante cosa. Haría falta la aprobación por mayoría de los miembros del Círculo. ¡Y para ello, necesitaría una razón mejor que llenarse los bolsillos!

—No me parece que merezca la pena asumir semejante riesgo para hacerse con medio punto extra —comenté.

Marsden arqueó una de sus blancas cejas. Parecía que tenía una oruga en la frente.

—De un solo mago de la guerra, quizá no. Pero ¿y de un cuarto de millón de magos?

—¿Un cuarto de millón?

—Ése es el número aproximado de magos de la guerra actualmente en activo.



Me recosté en la silla.

—Vale, eso es mucha energía. No sabía exactamente los efectivos con los que contaba el Círculo.

—Esa diferencia puede ser la diferencia entre la vida y la muerte para un mago en el campo de batalla —dijo Pritkin.

—Peor aún —le dijo Marsden—. Las rentables actividades subrepticias de Saunders han alcanzado a toda su política. Debería haber confirmado a esta chica hace semanas, pero, en lugar de ello, ha ordenado que la capturen, cuando deberían estar librando la guerra, sólo porque teme que ella lo sepa o descubra todo con sus poderes de clarividencia.

—Pero ¿qué pasa con la clarividencia de Agnes? —pregunté—. ¿Ella era todavía pitia cuando todo esto empezó!

—Era débil y estaba enferma y demasiado preocupada tratando de localizar a su heredera, que se había fugado. Toda la Corte de la pitia estaba pendiente de buscarla, dejándole a él vía libre, cosa que aprovechó.

—Y quiere mantener —supuso Pritkin.

—Sí. Que en el poder haya una pitia sobre la que no tiene influencia significaría el fin de sus lucrativas actividades, pero también, probablemente, se descubriría todo.

—Y esa es la razón por la cual él no se quería reunir conmigo —dije, asqueada.

—Muy precavido por su parte. Es mucho más probable que una clarividente vea toda la verdad si está con él cara a cara.

—¿Qué tienes pensado hacer? —le preguntó Pritkin, con tono grave.

—Lo voy a retar, desde luego.

—Jonas...

—Es la única manera, John. Podría publicar mis pruebas en prensa, pero Saunders controla todos los periódicos y tiene al Consejo bajo su poder. Silenciarían la historia y, ya de paso, a mí, congelándome y encerrándome como al pobre de Peter, o con algo más permanente, como se pudo ver en el intento de anoche.

Los miré a ambos.

—¿Qué es eso de retarle?

—Es una antigua ley que jamás llegó a ser abolida. Si un miembro del Consejo en el Gobierno cree que el lord protector es corrupto o peligrosamente incompetente, puede retarle. Y el hecho de que perdiera las últimas elecciones no significa que haya perdido mi puesto en el Consejo. Aún me queda un mes para poder hacerlo ¡y pretendo hacer uso de ese derecho!

—No lo entiendo —dije, mientras él me ponía la tetera al lado—. ¿Retarle cómo?

—Retándole a un duelo —dijo Pritkin, tenso.

Marsden asintió.

—Si pierde, el Círculo se quedará sin líder, y la ley establece que, en esos casos,

es el miembro más anciano del Consejo el que asumirá la dirección hasta que se puedan celebrar nuevas elecciones. Ese sería yo.

—Suponiendo que ganaras —apuntó Pritkin.

Marsden se encogió de hombros.

—Sí, pero eso es cosa mía. Lo único que quiero es que Cassandra me lleve hasta él. Y, a cambio, yo me ocuparé personalmente de que sea reconocida como la nueva pitia.

—Y tú vas a conseguir que el Círculo me acepte así, tan fácilmente —dije.

Se volvió a encoger de hombros.

—No depende de ellos que seas aceptada o rechazada.

—¡Pues yo creo que ellos no lo ven así!

—*Hum*. Sí. Pero, realmente, con el proceso de selección actual, poco pueden hacer. Es el poder el que elige a la pitia. Siempre ha sido así, y debo decir que no tiene muy buen criterio. —Rozó el borde del periodicucho con los dedos—. A pesar de tu pasado, te eligió a ti. Y se acabó.

—No. Se acabará cuando consigan acabar conmigo y esperarán que el poder busque a una iniciada dócil y buena a la que Saunders pueda controlar.

—Algo que no va a suceder cuando yo haya recuperado el poder —dijo, con serenidad.

Me puso delante un plato de comida con bastante buen aspecto. Las patatas estaban doradas y crujientes y las salchichas aún chisporroteaban. Me centré en el plato.

—¿Qué puedo hacer yo? —pregunté, entre bocado y bocado.

—Saunders no suele mostrarse en público —me explicó, llenando otro plato y uniéndose a nosotros—. Y, cuando lo hace, va tan bien escoltado que me es imposible acercarme a él. Pero tú sí puedes. —Se detuvo para sorber un poco de aquel café letal—. Se ha aumentado la seguridad a causa de la guerra, y su paradero es un secreto muy bien guardado.

*Mañana no lo será*, pensé, pinchando una patata. Saunders estará en la recepción que se va a celebrar en honor a los Cónsules, esperando reunirse conmigo. Así, podría meter a Marsden. La cuestión era, ¿debía hacerlo?

Yo sabía que Mircea estaba tramando algo, de lo contrario, no habría aceptado reunirse de nuevo con Saunders. Pero era más que probable que Saunders también tuviera algo planeado, y no sería nada bueno, desde luego. Si el día anterior alguien me hubiera contado que estaba pensando seriamente dar un golpe de Estado contra el líder del Círculo, me habría echado a reír. Pero ahora no me estaba riendo.

Pero yo no estaba preparada para un golpe. El problema no era sólo que aquel hombre no estaba bien de la cabeza. Un obstáculo mucho mayor eran aquellas malditas visiones. Me tenían tan asustada que dudaba de todo, por si tomaba la

decisión equivocada. Aquella era una sensación conocida ya por mí.

Llevaba todo el mes aterrorizada por mi nuevo puesto, segura de que ningún humano debería detentar semejante poder. Ese poder estaba reservado para un dios y ni él mismo lo habría hecho demasiado bien. Me sentía con la soga al cuello a causa de la responsabilidad de que, si tomaba la decisión equivocada, podía destruir el mundo. Pero, la cuestión era que, si no actuaba, podría destruirlo igualmente.

Puede que fuera eso lo que las visiones trataban de decirme: que si no utilizaba mi poder, sería igual que no poseerlo. Y aquella guerra no la podíamos ganar sin una pitia. Desgraciadamente para nosotros, yo no era una pitia muy avezada.

Me concentré en la comida durante unos minutos, a sabiendas de que la energía que Billy necesitaba me dejaría exhausta si no lo hacía. Todo estaba bueno, excepto las salchichas. Estaban grasientas y, cuanto más las masticaba, más grande se hacía la bola. Las hubiera escupido en la servilleta si no hubiera tenido al cocinero sentado junto a mí.

—¿Qué es esto? —le pregunté, finalmente, a Marsden.

—Es una receta de mi madre —me dijo, distraídamente—. Pudín negro.

Le di unos golpecitos con el cubierto a las que quedaban en el plato. Aquello no tenía aspecto de pudín. Parecían salchichas oscuras.

—¿Qué lleva?

—Lo habitual —dijo, indiferente—. Tocino, cebolla, harina de avena... y sangre de cerdo, claro.

Me costó tragarlo. Maldita sea. Tenía que haberme comido la tostada. Me puse a beber té hasta que se me pasaron las náuseas y me quedé mirando el dibujo del periódico. Era bastante aproximado. Supongo que algunos de los magos con los que me había enfrentado en el último mes se habrían fijado en mí. *Al menos, estoy en primera página*, pensé, tratando de consolarme, y pasé a la página siguiente, donde continuaba la historia. Y me quedé atónita al leer la primera línea:

«Aún más inquietantes son los rumores sobre el padre de Palmer».

Pritkin dijo algo, pero no lo escuché. Mi cerebro se había quedado atacado en la palabra «padre». Porque jamás había conocido a mi padre.

Tony se había ocupado de ello. Se había inventado la muerte de mis padres cuando yo tenía cuatro años para poder monopolizar mis poderes. Por consiguiente, había crecido sin saber apenas nada de ellos. Recientemente, había descubierto algunas cosas sobre mi madre, pero lo único que sabía sobre mi padre era que, en el pasado, había sido el «humano favorito» de Tony.

Y mi ignorancia no era a causa de mi indiferencia. Le había preguntado a todo el mundo, pero nadie sabía apenas nada, o tenían órdenes de Tony de no contar nada. Y como la mayoría eran vampiros bajo su influencia, era extremadamente difícil que le desobedecieran. Me preguntaba si lo habrían intentado. Puede que, incluso lo más

allegados a mí, hubieran querido evitar a toda costa que me enterara de algo.

Nuestra fuente dentro del Círculo confirma que Roger Palmer era realmente Ragnar Palmer, el infame nigromante del que se creía formaba parte de la élite del Círculo Negro. Su repentina desaparición hace treinta años también fue atribuida a las luchas internas en la dirección del Círculo Negro, posiblemente debido a que Palmer trataba de hacerse con el control él solo. Al parecer, Palmer no murió, tal como se suponía, sino que pasó al anonimato, se cambió el nombre y pasó al servicio de otra criatura oscura aguardando a que llegara el momento de poder ejecutar sus planes. ¿Quizá consistirían en que su hija se convirtiera en pitia?

Tras preguntarle al Círculo las acciones que van a emprender para asegurarse de que una candidata tan evidentemente inapropiada y peligrosa no se haga con el trono de pitia, nuestra fuente sólo ha declarado que están analizando las posibles opciones. Mientras tanto, han ofrecido una recompensa considerable para cualquiera que pueda proporcionar alguna información sobre el paradero de Cassandra Palmer. Se ruega a cualquiera que la haya visto que se poma en contacto con el Círculo inmediatamente. Se garantiza total confidencialidad.

Arrojé el periódico asqueada. No es que el *Crystal Gazing* fuera un periódico muy reputado por el rigor de sus informaciones, pero aquello sólo lo empeoraba todo, hasta para ellos. Los magos que Tony tenía contratados no pertenecían al Círculo Negro. La mayoría de ellos apenas eran capaces de crear una protección o de lanzar un hechizo. El Círculo Negro era la élite de los avernos mágicos; tenían mejores cosas que hacer que ir a hacerle recados a un vampiro.

—Si quieren extender rumores —exclamé, furiosa—, al menos se podrían inventar algo medio decente.

—No lo sabías. —Yo estaba mirando a Marsden, pero aquel comentario no vino de él. Miré a Pritkin y tardé algo en reaccionar. A pesar de lo extraño de ver sus expresiones en mi propio rostro, no se me pasó por alto que hablaba en serio.

—Ah, el *Crystal Gazing*. Siempre liándolo todo. Lo compro por los autodefinidos —dijo Marsden, y Pritkin y yo nos miramos fijamente—. Trae un doble acróstico excelente.

Me di cuenta del momento exacto en el que Pritkin se dio cuenta de que había logrado lo que el artículo jamás habría conseguido: que me lo creyera. Con una simple mirada, había hecho que se tambalease todo lo que yo daba por hecho. Recompuso la expresión de su rostro, pero era demasiado tarde. Comparado con los demás vampiros que conocía, era un pésimo embustero.

—Una vez me dijiste que mi linaje estaba planchado —dije, con voz tan grave, que hasta me sorprendió a mí—. Pero pensaba que te referías a mi madre.

—Sí, tu madre. Una chica encantadora —dijo Marsden—. Me recuerdas a ella. —Lo miré fijamente mientras él untaba la mantequilla en la tostada.

—¿La conociste?

—Claro, cada vez que iba a la corte de la pitia, siempre estaba allí.

—¿Y mi padre? —Aquella palabra sonó extraña en mi boca—. ¿Es verdad esto?

—Eh, bueno, sí. Hay razones para pensar que, durante años, fue uno de los líderes del Círculo Negro. Formaba parte de su Consejo de dirección.

—¡Eso no lo sabemos! —exclamó Pritkin—. ¡El Círculo Negro no hace pública su estructura interna! La gente que cuenta esas historias son delincuentes que esperan trato de favor. Dirían cualquier cosa...

—John. —Marsden lo miró con severidad—. Negándolo todo no la estás protegiendo. No es agradable, lo sé, pero si es lo suficientemente fuerte como para ser la pitia, también lo es para poder escuchar la verdad.

Quería y no quería conocerla. Porque era mucho más fácil negar los rumores malintencionados que cualquier cosa que Marsden pudiera decir. Había dirigido el Círculo durante años. Había tenido acceso a los informes de la sección de inteligencia. Pero tenía razón. Tenía que saberlo. Y nadie más se había ofrecido jamás a contármela.

—¿Qué verdad? —pregunté, ignorando las náuseas que me estaban atacando el estómago.

—Que tu padre era un poderoso nigromante, capaz de lograr que los fantasmas actuaran a su antojo —dijo Marsden, con naturalidad—. Se dice que había formado un ejército enorme de fantasmas que escuchaban, husmeaban y lo informaban sobre nuestras actividades. Por eso el Círculo Negro siempre sabía cuándo estábamos planeando un asalto. Sus espías eran los equivalentes a la corte de la pitia, siendo sus ojos y sus oídos en todas partes.

Masticó la tostada, dándome tiempo para asimilarlo. Había sido sorprendentemente fácil. Mircea me había dicho una vez que mi padre había hecho algo similar por Tony, aunque a una escala mucho menor. En aquel momento, debería haberlo comprendido: cualquier persona con semejantes capacidades no se iba a contentar con ser un títere de Tony. La información es poder, incluso en el mundo sobrenatural. Puede que, especialmente en nuestro mundo, en el que se recurría a tantos trucos para tratar de ocultar la verdad.

Excepto respecto a los fantasmas.

Jamás se había inventado protección alguna que pudiera proteger de los fantasmas, ni siquiera detectarlos. Por no mencionar que Billy se podía introducir en la piel de la gente, poseyéndola brevemente, cuando surgía la necesidad. No lo solía hacer, porque aquello consumía gran parte de su energía, y cuando lo hacía, no podía rebuscar entre los pensamientos de la gente, ni elegir sus recuerdos. Pero si ocurría que la persona en cuestión se ponía a pensar en algún tema de interés cuando estaba poseído, el fantasma puede oírlo. Él lo había hecho alguna vez y me lo había contado

después. ¿Y si alguien contara con un centenar de Billy Joes? ¿O de un millar?

Pero había algo que no encajaba.

—¿Y cómo se conocieron —pregunté—, un mago oscuro y la heredera del trono de pitia? ¡No tiene sentido!

—Él no acostumbraba a presentarse como antiguo miembro del Círculo Negro —explicó Marsden, con sequedad—. Pertenecía al entorno de Gallina cuando el vampiro convocó a la pitia.

—¿Tony fue a ver a Agnes? ¿Por qué?

Marsden se encogió de hombros.

—A lo largo de la historia, la gente que ha tenido que tomar decisiones difíciles siempre ha recurrido a alguien que pudiera ver el futuro. Lo normal es acudir a los quirománticos, que son miembros de la comunidad sobrenatural. Los que tienen algo de poder, solicitan audiencia con la pitia. Lo que no sabemos es lo que le preguntó exactamente. Los archivos de la corte de la pitia son confidenciales.

—Dices que mi padre estuvo en la corte, ¿de cuánto tiempo estamos hablando?

—Estuvo algo más de una semana. Normalmente, se echa a los peticionarios si, en el transcurso de un mes, la pitia no obtiene respuesta, pero Gallina recibió la suya enseguida. Es casi lo único que la corte puede contar.

—¿Y en un periodo de ocho días pudo mi padre convencer a mi madre para que huyera con él? —Ni me molesté en ocultar mi escepticismo.

—Oh, no. No lo creo. Tu madre era una joven brillante, muy inteligente. En caso de haber decidido abandonar el puesto, habría optado por una forma de hacerlo más sencilla y mucho menos extravagante.

—¿Entonces por qué lo hizo?

Marsden se encogió de hombros.

—Siempre hemos creído que la sometió a algún tipo de sortilegio. El ser clarividente no evita que puedas ser víctima de otras formas de magia, tras... —No sé qué vio en mi rostro, pero se detuvo repentinamente.

Cuando hablé, la voz de Pritkin sonó muy cortante.

—¿Podemos hablar un momento, Jonas?

—¿Sabes?, creo que tengo una fotografía de tu madre por alguna parte —dijo Marsden, y salió corriendo.

Cogí el periódico y, lenta y automáticamente lo rompí en mil pedazos. Pero no sirvió de nada; los fragmentos de algunas frases continuaban gritándome: «infame», «oscuro», «inestable», «peligroso». Los aparté de la mesa, presa de la ira.

—¿Por qué no me lo habías contado? —le pregunté a Pritkin.

—Te mostré el periódico...

—¡No me refiero a hoy! Nos conocemos desde hace más de un mes. —Tuve que hacer un esfuerzo por no levantar el tono—. Admito que ha sido un mes infernal,

pero ¿es que no has tenido cinco minutos aunque fuera, para contarme...

—Creía que lo sabías —dijo, sereno—. Nunca hablabas de tus padres ni de tu infancia. Supuse que esa era la razón. Y hace poco me dijiste que tenías razones para avergonzarte de tu padre, de las cosas que había hecho...

—¡Porque era uno de los esbirros de Tony! No porque... porque... —No podía ni pronunciarlo. Todo el mundo hablaba del Círculo Negro como el centro de todo el mal. He visto a vampiros estremecerse con sólo mencionarlo, tipos que matan sin pensárselo dos veces por dinero, por orgullo o simplemente por diversión. Creían que la organización que mi padre había ayudado a dirigir era el mal en estado puro.

No era de extrañar que cada vez que me encontraba con un mago de la guerra, éste me mirara como si me estuvieran a punto de salir tentáculos o como si fuera a lanzar fuego por la boca.

—¡Eh, Cass! —Billy salió flotando del lateral del frigorífico, con el semblante serio—. El mago tiene razón, puede que lo hayan exagerado, ya sabes el tipo de periódico que es...

Extendió el brazo para tocarme la mano, pero la aparté rápidamente, mirándolo fijamente. Durante toda mi vida, había sido capaz de ver fantasmas, pero jamás se me habría ocurrido hacer algo semejante. Mandarles hacer cosas por mí, pedirles información... La simple idea me atravesó como un cuchillo, fue como una puñalada rápida y profunda.

—¡Eh! Soy yo —dijo Billy, cogiéndome la mano de todas formas. La caricia que sentí en la muñeca fue tan sutil como el roce del viento, suave y confortablemente familiar—, tu fiel compañero, ¿recuerdas?

*Y mi ejército de un soldado*, pensé, poniéndome mala.

Todo había ocurrido tan rápido, apenas hacía un mes desde que había pasado de ser una clarividente que tan solo trataba de huir de la ira de Tony, a alguien que podía viajar en el tiempo, cambiar la historia, hacer posesiones... ¿Era así como había empezado? ¿Limitarte a tratar de mantenerte viva, de sobrevivir a cada día, sin comprender lo mucho que estás cambiando hasta que un día no te reconoces ni a ti misma?

¿Hasta que un día te despiertas convertida en un monstruo?

Acabé en un jardín sentada en un banco, no sé muy bien cómo, con la fotografía de mi madre en una mano y un pocillo de té en la otra. Era poco británico por su parte, pero Marsden no utilizaba tazas de té. Prefería la cerámica de gres en la que cabía una tetera entera, junto con una saludable dosis de leche y una cucharada colmada de azúcar.

Miré la foto desconcertada, y tardé un instante en centrar la mirada en el rostro correcto. Y, ni siquiera cuando lo hice, había mucho que ver. La foto se había tomado en la ceremonia del nombramiento de Agnes como heredera. Era imposible distinguir si nos parecíamos o no, porque era una foto tomada a bastante distancia, y aparecía rodeada de otras jóvenes y de unos cuantos hombres que supuse serían magos de la guerra.

Era alta, algo que yo no esperaba, y tenía la melena lacia y morena, no rizada y pelirroja. Llevaba un vestido de cuello alto de manga larga y no sonreía. Deslicé el dedo por la fotografía y sentí cómo se iba abriendo un gran vacío dentro de mí. Sentí un leve cosquilleo en la mano en la parte que tenía apoyada. Se supone que yo era una vidente, pero no podía verla. Jamás había podido verla, excepto en el momento de su muerte.

Pritkin discutía de algo a voces con Marsden en el interior de la casa, pero las paredes eran gruesas y no me llegaba nada. Un rayo de sol flirteaba con las nubes, proyectando unos rayos tenues intermitentes. No tenía nada que ver con el calor abrasador de Las Vegas, que te derretía los huesos; éste era agradable. Me templaba el cuello, suave y relajante.

Cerré los ojos y, poco a poco, el sol me fue calmando el dolor de cabeza. Pensé en volver a la cama, pues aún tenía sueño. A una parte de mí no le gustaba la idea, quería mantenerse despierta para preocuparse, inquietarse y asustarse de lo que me acababan de contar, pero, por otra parte, ya estaba cansada. Esa parte de mí deseaba que Marsden hubiera colgado una hamaca en lugar de poner un banco, porque le parecía que una siestecita al sol sonaba muy bien en aquel momento.

El té no estaba mal. Jamás lo había tomado con leche, y era más cremoso y más reconfortante. Le di un sorbo y me quedé mirando un rosal salvaje en combate a muerte con una parra no sé de qué especie. La parra parecía estar ganando la batalla, lo cual no era ninguna sorpresa, ya que tenía el tallo tan grueso como uno de mis brazos. Parecía antigua, casi primigenia, algo que uno no esperaría encontrar en un tranquilo jardín inglés.

Había crecido sobre un antiguo reloj de sol, brotando entre las grietas de la piedra, desdoblándose en torno al pedestal y casi cubriendo por completo el extremo.



«Tan solo nuestro las horas felices», decía la inscripción. Al menos, eso creo que decían las letras de bronce. Hubiera costado leerlas incluso sin las hojas. La lenta y continua presión de la parra casi había partido la parte frontal en dos.

Me levanté, pensando que un paseo me vendría mejor. Centré mi atención en entrar en el sendero empedrado y cubierto de musgo, teniendo que esforzarme por evitar que se me enredara la maleza en los tobillos.

Había charcos por todas partes y el aire olía a humedad y a verdor. Pero no caían gotas sobre los charcos; al parecer, la tormenta había decidido retirarse un rato.

Pritkin me alcanzó cuando estaba a cierta distancia de la casa, dudando de que fuera muy seguro atravesar los matorrales que llegaban a la altura de la cintura y que bloqueaban el camino.

—San Patricio se deshizo de todas las serpientes ¿verdad? —pregunté.

—Eso fue en Irlanda. Y nunca se me ha dado muy bien la jardinería. Lo mejor sería que volviéramos.

Decidí seguir su consejo, caminando con cuidado por un jardín bien cuidado que había crecido junto a la selva que lo había invadido todo. Me encontré con él en el punto en el que iniciaba el sendero al otro lado de la casa.

—¿Qué quieres decir con que nunca se te ha dado bien la jardinería?

—Creo que hoy día se dice «manazas». Me temo que lo abandoné, dejando que creciera y se asalvajara. Casi todo —dijo agitando la cabeza observando el duelo entre los dos matorrales— es obra de Jonas.

—Espera un segundo. ¿Es que esta casa es tuya?

—Lo ha sido durante cien años.

—Entonces, ¿qué hace Marsden aquí?

—Durante su mandato, vivía en una residencia oficial. Sería lo equivalente a vuestra Casa Blanca o a nuestro número diez de Downing Street. Pero, tras las últimas elecciones, tuvo que abandonarla. Y, tras sesenta años en el puesto, ya no tenía residencia particular. —Pritkin miró en derredor, observando la leve decadencia y, en sus labios, se dibujó una pequeña sonrisa—. En su retiro, decidió probar una vida bucólica y esto antes era una granja explotable. Se la arrendé hace año y medio cuando me mudé a los Estados Unidos.

Permaneció en silencio mientras buscábamos un banco a salvo de la invasión de la flora. Tenía una chimenea a un lado, unos escuálidos nomeolvides al otro y una bonita vista al río. Cerca de nosotros, una mariposa olisqueaba una flor, y sus antenas vibraban con excitación.

—Yo no me habría marchado —le dije—. Esto es muy bonito.

Por un segundo, a Pritkin se le endureció el rostro, pero lo relajó enseguida.

—Estoy pensando en venderlo. Es demasiado grande para una sola persona. Y la razón por la que lo compré ya no existe.

Miré a mi alrededor. Así que aquella era la casa que él había comprado pensando en su esposa. De repente, el tema adquirió interés.

Una de las pocas cosas que Pritkin me había contado sobre su vida fue su intento inicial de llevar una vida normal. En algún momento, en el siglo diecinueve conoció a una chica y se casó con ella. El problema era que nadie se había preocupado de mencionarle lo que le podía pasar a un medio íncubo si se casaba. El resultado fue que el otro lado de su ser despertó en su primera noche juntos, arrebatándole la vida a la pobre muchacha sin que Pritkin supiera cómo detener aquello. No pudo más que verla morir, horrorizado, por su culpa.

Me lo imaginé eligiendo aquel lugar en los meses anteriores a la boda. Probablemente, esperaba vivir unos años de feliz y serena normalidad. Sólo que no fue así.

Me identifiqué con él.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Estoy bien —dije, porque me iba a hacer falta mucha energía para explicarle todas las razones por las que no lo estaba.

—Pues no lo parece.

—Perdona. —Traté de relajarme apoyándome en el seto que había detrás del banco, pero las ranas sobresalían pinchándome la espalda como unas uñas demasiado afiladas. No logré acomodarme y tuve que incorporarme.

—Hay algo que deberías saber —me dijo.

—Ahora no. —Tenía el cerebro saturado con un montón de cosas en las que aún no había tenido ocasión de pensar, de aceptar, de dar con un lugar para ellas en mi propia identidad, donde no hicieran demasiado daño.

—No se trata de malas noticias otra vez —insistió.

Lo miré recelosa. Parecía sincero.

—Vale —dije, cautelosa.

—Jonas exageró un poco con lo de tu padre. Lo que sabemos de él procede de información extraída de los interrogatorios que se han hecho a personajes de tercera fila del inframundo mágico, los tipos que el vampiro que te crió tenía a su servicio. El Círculo Negro los usa como recaderos y son carne de cañón, pero restringe la información que se les facilita. Y toda esa información sobre tu padre nos la dieron años después de su muerte. Probablemente, la mayor parte de lo que contaban no procedía de la experiencia personal, sino de la rumorología y las conjeturas.

—¿Nunca habéis interrogado a un miembro del Círculo Negro?

—No.

—No puede ser. Vosotros sabéis de su existencia desde hace siglos. Al menos habréis capturado a alguno...

—No suele ocurrir, aunque ocurre a veces.

—¿Y ninguno de ellos ha hablado nunca? —No me cabía en la cabeza que la gente que hacía palidecer a los vampiros con sus actos pudiera ser tan leal a sus compinches. Cabría esperar que los hubieran vendido a la primera oportunidad.

—No vivían el tiempo suficiente.

—No te entiendo.

—El Círculo Negro tiene un tatuaje similar al nuestro, pero con un propósito más siniestro. Todos los magos del Círculo Negro se «autodestruyen» a los pocos minutos de ser capturados. Es una de las razones por las que suelen pelear a muerte. Que los capturen, para ellos, significa una muerte segura.

Aquello era horripilante, pero, de una manera sombría, tenía sentido.

—Supongo que el tatuaje será imborrable ¿no?

—Sí. Y, dado que jamás hemos capturado a uno que no lo tuviera, cabe imaginar que debe de ser un requisito imprescindible para ser admitido.

—¿No lo es también en el Círculo Plateado?

—Sí, para la mayoría.

—¿Por qué tú no tuviste que hacértelo?

Sonrió levemente.

—Los aspirantes de sangre mezclada no tienen que solicitar admisión. El Círculo estaba encantando de contar conmigo para que me encargara de capturar a los demonios más peligrosos, pero preferían que no tuviera acceso a su fondo de energía.

—No lo entiendo. ¿No habrías donado parte de la tuya, en lugar de tomarla?

—La corriente de energía puede ir en ambos sentidos. Esa es la principal razón por la cual el Círculo interrumpió la conexión con tu pentáculo: temían que revertieras el sentido del flujo.

—Marsden parece confiar en ti.

—Quizá. Pero es todo el Consejo el que toma la mayoría de las decisiones, y el presidente del Consejo sólo aconseja, determina la celebración de las reuniones y aspectos de ese tipo. Sólo tiene un voto, a menos que haya un empate, y en el tema de mi admisión como miembro de pleno derecho del Círculo, hubo casi unanimidad.

—No son tus mejores amigos, ¿eh?

—En aquel tema, hicieron bien en mostrarse cautos. Pero nos hemos desviado del tema. La nigromancia es ilegal, así como lo son otras manifestaciones de poderes mágicos prohibidas, como los que poseen los niños a los que ayudas. Pero, el simple hecho de que una persona practique la nigromancia no lo convierte en un ser maligno. Ese poder puede ser empleado malintencionadamente, pero ocurre lo mismo con cualquier tipo de magia.

—Me parece que tienes un punto de vista diferente al del Círculo.

—Cuando era joven, el límite entre la magia negra y la magia blanca no estaba tan claro como ahora. La única diferencia era la manera en que se adquirían los

poderes y el uso que se hacía de ellos. La energía mágica no es diferente a las otras, se puede utilizar para fines buenos o malos.

—Bueno, mi padre los empleó para fines malos.

—¡Eso no lo sabes!

—Sí, sí lo sé. —Me froté los ojos. No me apetecía explicárselo detalladamente, pero, al parecer aquel era el día de contarse toda la mierda a la cara y nadie me lo había dicho. Por no mencionar que la jodida verdad era más que obvia. Pritkin no era ningún estúpido; no habría tardado mucho en averiguarlo. Prefería que se enterara por mí.

—La energía es la única moneda en el inundo de los fantasmas —le expliqué—. Cuando mueres, el dinero y todas las cosas que puedes comprar, el prestigio, todo desaparece. A los fantasmas sólo les interesan dos cosas: la venganza, o cualquier otra motivación parecida, y la energía. Sobre todo la energía porque, sin ella, se desvanecerían.

—No se desvanecen —me corrigió Pritkin—. Pasan a otros reinos.

—Sí, sólo que la mayoría no quieren marcharse. Y lo que necesitan para poder quedarse es energía. Hay cosas que la generan, como el talismán de Billy, o la pueden extraer de otros lugares que tienen residuos psíquicos importantes. La gente sometida a una gran angustia desprende energía vital como las células de la piel, y en una casa antigua o un cementerio, suele haber suficiente energía para mantener a más de un fantasma. Les gustan bastante los cementerios porque suele haber gente que está padeciendo un gran sufrimiento. Es algo así como una tienda de ultramarinos sobrenatural, siempre reciben género nuevo.

—No entiendo lo que eso tiene que ver con tu padre.

—Todo. La única manera de conseguir energía vital cuando estás muerto es mendigarla, tomarla prestada o robársela a alguien que la posee. Para un fantasma, eso significa realizar prácticas caníbales con otros espíritus, cosa que hacen continuamente, o tomarla directamente de un donante vivo. Esto último es mucho menos habitual, a menos que el espíritu esté realmente cabreado o desequilibrado, porque atacar a un ser vivo requiere más energía de la que proporciona.

Me quedé en silencio, tras terminar de explicar el manual para fantasmas *Iniciación a la vida fantasmal* y, por alguna razón, me sentí reticente a continuar con la explicación. Para mí, sabía que los delitos de mi padre no eran míos, que no debía sentirme culpable por ellos. Pero, emocionalmente, era como si hubieran mancillado mi nombre, como si, de alguna manera, fuera culpa mía. Me froté los brazos. De repente, el sol ya no calentaba.

—Así que, como te he dicho, no es fácil conseguir energía vital, por lo que está muy valorada. Es lo único que mi padre podía ofrecerle a los espíritus que trabajaban para él.

—Jonas ha dicho que podía darles órdenes —me recordó Pritkin—. Puede que no tuviera otra opción.

—Jamás había oído nada parecido, pero tampoco soy ninguna experta en nigromancia. Hay gente que cree que los clarividentes son nigromantes de menor escala, pero no es cierto. Yo puedo ver a los fantasmas y donarle energía a los muertos, pero sólo eso. No puedo devolverle la vida a nadie, ni nada parecido. Pero sí sé cosas sobre los fantasmas. Y la mayoría de los fantasmas no pueden ir por ahí recolectando energía sin un suministro regular de la misma.

—Quizá algunos sean más fuertes que otros.

Negué con la cabeza.

—No funciona así. Ya fueras fuerte o débil en vida, una vez muerto, estás muerto. Y los fantasmas consumen mucha más energía que los humanos. Los objetos que encantan sólo suelen proporcionar la energía necesaria para subsistir. Para hacer algún trabajo extra, necesitan energía extra. Como la que yo le doy a Billy.

Y, por primera vez, me pareció una perversidad el hecho de tener tanto poder sobre una persona. Siempre había creído que nuestra relación se basaba en un trato justo: yo le daba algo, Billy me daba algo y ambos nos beneficiábamos del acuerdo. Billy me había salvado la vida decenas de veces, así como yo le había ayudado a sostener su existencia. Quid pro quo. Pero ahora ya no estaba tan segura.

¿Era realmente equitativo que una parte pudiera romper el trato y el otro no tuviera opción alguna? Billy no podía vivir sin mí. Había sobrevivido durante un siglo gracias a su colgante, que le proporcionaba la misma energía que la mayoría de los fantasmas extraían de una casa o de un cementerio. Pero eso era todo, mera subsistencia. Sin recibir la energía que yo le daba, Billy no podía separarse a más de ocho kilómetros y, aún manteniéndose dentro de ese radio, no podía hacer mucho.

¿Cómo sería estar atado a un objeto que puede acabar en cualquier lugar y te arrastra con él? ¿Cómo sería ser tan débil que lo único que puedes hacer es ver la vida pasar, una vida que ya no posees? ¿Cómo había logrado vivir tantos años sin ninguna compañía? Por supuesto, podía hablar con otros fantasmas, si acaso quería asumir el riesgo de que le chuparan la energía. Pero aún así, las conversaciones entre fantasmas solían ser un poco unilaterales.

Como nuestra relación.

Comprendí que quizá le debía a Billy una disculpa, aunque lo que yo parecía poder hacer por él no era mucho. Él era un fantasma; eso yo no lo podía cambiar. Pero puede que pudiera hacer más por mostrarle lo mucho que valoraba lo que hacía por mí. Puede que pudiera hacer algún esfuerzo para no aprovecharme de él.

Puede que pudiera intentar no comportarme como mi padre.

—Donar energía vital no es ningún delito —dijo Pritkin, obviamente sin entender por dónde iba.

—Depende de dónde la saques.

Frunció el ceño.

—Tú utilizas la tuya.

—Porque alimento a un fantasma. A uno. Y, aún así, hay ocasiones en las que Billy depende de su colgante, porque a mí no me queda energía que darle. —Noté en su mirada que empezaba a comprender. Desvié la mirada antes de que él empezara a sentir rechazo.

—Entonces, ¿cuánta energía puede necesitar un ejército de fantasmas? Un solo mago no puede proporcionar energía a decenas, ni mucho menos a centenares de fantasmas hambrientos. Es imposible.

—Se sabe que los magos oscuros le chupan la energía a quien sea —murmuró.

—Y ahora sabemos una de las cosas para las que la emplean, o para las que la empleaban. —Me levanté y, de repente, el banco de piedra me pareció muy incómodo—. Y cuando un mago oscuro atrapa a alguien, corrígeme si me equivoco, ¿no suele exprimirle la energía?

—Sí —dijo suavemente.

—Y extraérsela toda a un humano mágico...

—Le provoca la muerte.

—Así que mi padre era un asesino. Y si le proporcionaba energía a todo un ejército, eso significa que era un asesino de masas. —Y, probablemente, un secuestrador y probablemente un violador. Caminé por un pequeño sendero, y la chimenea empezó a parecerme mucho más interesante—. Eso es magia negra ¿verdad?

Me resultaba muy difícil imaginarlo, porque mi único recuerdo real de él era positivo. Me lanzaba al aire, cuando yo tenía tres o cuatro años, y me escuchaba reír a carcajadas. Se me hacía difícil relacionar a aquel hombre con alguien capaz de matar a una persona para beneficiarse, por el poder que le proporcionaba en el mundo espiritual.

—Si era miembro del Círculo Negro —dijo Pritkin—. Que no sabemos a ciencia cierta que lo fuera. El Círculo ha decidido creer los rumores porque le conviene.

—¿Y si todo es verdad?

—Eso no cambia nada —contestó, inmediatamente.

—Sólo el hecho de que mi padre era un monstruo. —Jamás había creído que fuera un santo, en casa de Tony, nadie lo era. Pero aquello... no. De veras que no estaba preparada para ello.

Sentí unas manos sobre mí, forzándome a darme la vuelta. Los pequeños ganchos en forma de daga de la pulsera que Pritkin llevaba alrededor de la muñeca pasaron sobre mi piel, y me parecieron aceitosos y extrañamente pesados.

La había conseguido en un combate con un mago oscuro, cuando la joya lo

abandonó para pasar a mí. Desde entonces, colgaba de mi muñeca tanto si me gustaba como si no, repeliendo todos los intentos por quitármelo. En aquel momento, había supuesto que simplemente acudía alrededor de la mayor fuente de energía, que, debido a mi puesto actual, era yo. Pero ¿y si había otra razón? ¿Y si se veía atraída por el elemento que podía provocar un mal mayor?

—¡Cassie! —Pritkin me apretó las manos con tanta fuerza que me hizo daño. Yo alcé la vista, dolorida y confusa.

—Mi padre es un lord demoníaco —dijo, resueltamente—. Yo te gano.

Pritkin no es muy amable, ni tiene tacto, pero, aún así, a veces logra decir lo correcto en el momento adecuado. Supongo que si hay algo de lo que sabe, es de familias desestructuradas. Eso no arreglaba nada, tenía la sensación de que nada de lo que pudiera hacer pudiese solucionar nada, pero ayudaba. Aun teniendo a Rosier por padre, había salido bien. Mejor que bien, pensé, sonriéndole.

—Gracias.

Ladeó la cabeza.

—De nada, pero si dices una sola cosa sobre entrar en contacto con mi lado femenino, te fulmino.

Y, por primera vez en muchos días, me reí.

—Tenemos que hablar de la oferta de Jonas —me dijo Pritkin unos minutos después.

Nos habíamos quedado sentados observando a Marsden recoger cosas de su jardín salvaje. Se había hecho con un sombrero, según pude ver, y tenía casi todo el pelo aplastado debajo. Parecía casi normal.

—Yo tengo una teoría sobre los magos de la guerra —expliqué—. Cuanto más poder tienen, peor es su peinado.

—Cassie.

—Podrías alegrarme el día diciéndome que Saunders está calvo.

—Y tú podrías alegrarme el mío afrontando esto.

Fruncí el ceño.

—No puedo creer que esté pensando formar parte de un golpe de Estado.

—No parece que haya otra opción.

—¿Y qué pasa con la opción de esperar y ver lo que pasa? Hace unas horas...

—Hace unas horas, yo no sabía lo de las pruebas contra Tremaine. Hace unas horas, no había leído el periódico. Jonas tiene razón. El haber filtrado esa historia es señal evidente de las intenciones del Círculo. Si Saunders planeara colaborar contigo, estaría impidiendo la publicación de artículos contra ti, no fomentándolos.

Sí. Eso me parecía a mí también. Suspiré.

—¿Y qué sabes sobre Marsden?

—Dirigió competentemente el Círculo durante muchos años. Puede parecer

intransigente y muy inflexible en algunos temas, prefiere mantener sus opiniones, hasta el punto de que le gusta bastante el secretismo, es irritable y difícil de tratar a veces...

—En otras palabras, es el típico mago de la guerra.

—... Pero, sobre todo, es un buen hombre.

—¿Puede ganar?

Pritkin permaneció en silencio un instante.

—Si me lo hubieras preguntado hace veinte años, te hubiera contestado que sí, pero ahora... no lo sé.

—Dame tu opinión.

—Jonas sabe más cosas, es mejor y tiene más experiencia. Pero su poder se ha reducido en los últimos años. De los dos, Saunders es el más fuerte.

—Entonces, ¿no sería más sensato que el desafío lo lanzara otra persona?

—Sólo un miembro del Consejo tiene derecho a ello. El resto sería despachado por los guardaespaldas de Saunders. Eso, suponiendo que pudiéramos dar con alguien dispuesto a asumir el riesgo. Es un duelo a muerte.

Tragué saliva. Maravilloso.

—Así que es todo o nada.

—Básicamente.

Miré la chimenea y deseé que no me doliera la cabeza.

—Saunders estará en la recepción que el Senado va a celebrar mañana —le dije, finalmente.

Pritkin entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque yo también voy a asistir. Mircea lo ha organizado. El Senado planea mi confirmación, sólo que nadie me ha contado cómo lo va a lograr. Supongo que creen que es menos probable que Saunders intente hacer algo delante de ellos.

—Eso podría resultar —dijo, pensativo—. Si Jonas lanza allí el desafío, no sólo lo oírás el séquito de Saunders, sino que también lo hará el Senado. No podrá rechazarlo, y será imposible inventar una coartada.

—Sí. —La única cuestión era cómo se tomaría el Senado que yo provocara una pelea en mitad de su gran fiesta. Y aunque sí, por algún milagro, aquello funcionaba... Hice una mueca, aquello se iba a poner feo.

—¿Crees que el Senado pondrá alguna objeción a nuestra asistencia? —me preguntó Pritkin, mirándome.

—¿«Nuestra»? Enarqué una ceja.

—No pensarás que os voy a dejar a ti y a Jonas acudir solos.

—¿Temes perderte toda esa locura? —Me miró sin decir nada—. Yo me ocuparé del Senado —le dije—. Ellos quieren que todo esto termine tanto como nosotros. Tú



sólo ocúpate de que el Círculo no intente hacer nada.

—Ya. La parte fácil.

—Pritkin, ¿aún no lo has entendido? A nosotros nunca nos tocan los trabajos fáciles.

Cuando volvimos, Marsden tenía harina hasta en los codos; estaba haciendo pasta casera, dándole forma con un rodillo.

—Voy a hacer lasaña para comer —nos informó—, ¿queréis quedaros? —A pesar de que acababa de desayunar, mi estómago prestado empezó a rugir embarazosamente. Lo miré disgustada y Marsden se echó a reír—. ¿Debo tomarme eso como un sí?

Pritkin subió al piso de arriba a por sus armas, y yo me senté en la mesa a escuchar las historias que Marsden me contaba sobre Agnes. Historias poco creíbles.

—Se quedó contigo —le dije—. No estuvo liada con César.

—Debo admitir que aquello no me lo tragué...

—No es posible que se pudiera transportar tan atrás —expliqué—. La habría matado.

—Oh, te aseguro que sí que podía. Viajó aún más lejos en más de una ocasión.

—Pues no sé cómo. Lo más lejos que me he transportado ha sido hasta el siglo XVI, pero fue en espíritu. No sé si podría hacerlo tan lejos con el cuerpo.

Golpeó la mesa con el rodillo y resonó como si fuera un mazo.

—¿Has sido capaz de transportarte en el tiempo con el cuerpo? —Parecía sorprendido.

—Eh, sí.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Porque, cuando me transporto en espíritu no me puedo quedar el tiempo suficiente para poder hacer nada. Soy como un fantasma sin nada que poseer, la energía se me termina en unas horas y temo que volver. Por no mencionar que tratar de hacer algo sin un cuerpo es muy...

—¡Pero puedes poseer otros cuerpos! Eres pitia. ¡Puedes poseer a quien quieras! Esa es la razón por la que tienes ese poder, ¡para que transportarte sea menos peligroso!

No contesté, pero pensé en la herida que Agnes tenía en el hombro. Al parecer, no se lo había contado todo a Marsden. Probablemente, no había querido preocuparlo, pero obviamente, había viajado con su cuerpo un par de veces. Puede que hubiera misiones en las que poseer a otra persona fuera demasiado peligroso. Que dispararan a la persona a la que estaban poseyendo podría fastidiar la propia línea temporal que estaba tratando de arreglar. O puede que, como a mí, no le gustaran las posesiones.

—¿Y tú cómo sabes eso, Jonas? —preguntó Pritkin desde la escalera, con su vieja gabardina colgada de los hombros.

—Se lo oí decir a lady Phemonoe —dijo Marsden, asiendo un cuchillo y una tabla

de cortar y poniendo sobre ella unas cuantas cebollas.

—Es extraño que no se lo contara nunca a nadie más —dijo Pritkin, entregándome sus botas. Las cogí agradecida. El verano en Gran Bretaña es muy diferente a julio en Nevada y tenía los dedos de los pies helados.

Marsden parecía un poco elusivo.

—Sí, bueno, es que estuvimos trabajando juntos mucho tiempo y... ella confiaba en mí.

Pritkin entrecerró los ojos.

—¿Tanto como para soltarte secretos tan antiguos?

—Tampoco solíamos tener conversaciones muy profundas. Fue solo... que se le escapaban cosas sueltas.

—¿Qué se le escapaban cosas? —repitió Pritkin, y hubo algo en su tono de voz que hizo a Marsden sonrojarse.

—¡John!

—Jonas, ¿te estás poniendo colorado?

—¡Es que hace calor aquí dentro! —exclamó Marsden, irritado—. Podrías haber instalado un extractor o algo. —Tenía abierta una ventana, pero la mayor parte del aromático vapor había optado por quedarse dentro de la cocina.

—Eso es un poquito difícil teniendo paredes de piedra —contestó Pritkin, con sequedad—. Y te estás desviando del tema.

Marsden me miró.

—¿Sabes qué?, creo que me hace falta un poco más de albahaca. Cassie, ¿te importaría?

—Oh, sí me importaría —contesté, clavando los codos en la mesa y mirándole con expectación.

Lanzó un suspiro y echó las cebollas a la olla que había puesta en el fuego, dándonos la espalda en el proceso.

—Ella era... éramos... buenos amigos y buenos compañeros.

No fue tanto lo que dijo como la forma en que lo dijo.

—¡Uau! —exclamé, impresionada—. Tú y César...

Marsden echó unos champiñones en un escurridor con algo más de fuerza de lo necesario.

—Sí, bueno, si tú lo dices. Pero, esa no es la cuestión ¿no? La cuestión es que lo has estado haciendo mal, chiquilla.

—Sí. Hay que ver. Habiendo recibido mis treinta segundos de entrenamiento.

—¡Tienes suerte de seguir viva! —dijo severamente—. ¿Tienes alguna idea de la cantidad de enfermedades que podrías haber contraído en el pasado? ¿De cuántas veces podrías haber ingerido algo que, siendo perfectamente inocuo para la gente de la época, a ti te habría matado? ¡Eso, suponiendo que el mago oscuro al que persigues

no te mate primero!

—¿Acaso importa eso mucho? —pregunté, nerviosa—. ¿Lo de que los magos viajen en el tiempo?

—Consume una cantidad extraordinaria de energía y hay pocos capaces de conseguir o controlar tanta. La mayoría de los que lo intentan acaban muertos mucho antes de que tengamos siquiera que preocuparnos por ellos. Nos dejan tranquilos para que podamos ocuparnos de otras responsabilidades.

—¿Como cuáles?

Marsden, con un movimiento samurái, cogió unos cuantos ajos.

—Muchas cosas. Ya hemos hablado de la gente que estará esperando a que les leas el futuro y les aconsejes.

—Ver el futuro es... problemático.

—No obstante, la gente va a querer que lo intentes, así como que presidas la corte de la pitia y supervises a los iniciados; es uno de los principales deberes de una pitia.

—Sé que me voy a arrepentir de habértelo preguntado, pero, ¿qué es exactamente la corte de la pitia?

—Es una corte de mediación para las disputas de mayor nivel entre la comunidad sobrenatural. Por ejemplo, si el Consejo del clan de los weres tuvieran una disputa con el Senado vampírico que no fueran capaz de resolver ellos solos, pueden venir a ti en un intento por evitar un baño de sangre. La pitia puede actuar de mediadora en estos casos porque sólo ella puede ver cómo terminará el conflicto si no se resuelve.

Tragué saliva. Genial. Otra cosa más que no sabría hacer. Tampoco es que importara mucho. La mitad de la comunidad sobrenatural me quería muerta, y la otra mitad me consideraba su títere. Ninguno de los dos grupos iba a escuchar ni una puñetera palabra de lo que yo dijera.

Y, en cuanto a los iniciados, no se me ocurría ninguna situación en la que yo pudiera ir a pedirles su opinión. Myra había resultado ser nefasta; no me hacía ninguna falta tener a toda una corte aguardando a que yo actuara. Ni intentado ayudarme a hacerlo.

Alcé la vista y encontré que Marsden me miraba con suspicacia.

—Por favor, dime que no es la primera vez que oyes hablar de todo esto —me rogó.

—Vale, pues no te lo digo.

El cuchillo golpeó la tabla de cortar con fuerza suficiente para partirla. Lo dejó, mirando furioso a Pritkin.

—¡Tendrías que habérmela traído antes de que todo esto pasara! ¡Necesita entrenamiento!

—Lo habría hecho, si me hubieras dicho que estabas dispuesto a dárselo.

—Lo habría hecho, si me hubieras comentado que andabas por ahí con la nueva

pitia. ¡Antes siempre me mantenías informado sobre este tipo de nimiedades!

—Espera un segundo. —Agarré a Marsden por la muñeca para que dejara de trocear lo que quiera que estuviera troceando—. ¿Tú podrías entrenarme?

—No de la misma forma en que Agnes podría haberlo hecho. Yo te puedo contar lo que he visto y observado durante décadas, pero yo no temo tu poder. No puedo ayudarte con las posesiones, por ejemplo.

—Detesto las posesiones.

—Pues parece estar llevando ésta bastante bien.

—Éste es un intercambio de cuerpos, no una posesión.

—Pura semántica —dijo, brusco.

—No. No lo es —contesté, rotunda—. No hay nadie dentro de mi mente y no se le está haciendo daño a nadie.

Marsden me miró con impaciencia.

—Siento que la idea te haya resultado desagradable, ¡pero estamos hablando de tu vida!

—No, estamos hablando de otra persona.

—Razón por la cual necesitas entrenamiento. Los demás iniciados no cuestionan la necesidad de tener que realizar acciones desagradables de vez en cuando.

Sí. Seguro que no. Al Círculo le gustaban los jóvenes con el cerebro lavado desde la infancia. Seguramente, se meterían en una hoguera si el Círculo se lo ordenara, sin cuestionarlo jamás. Pero ese no era mi estilo. Y si Marsden y yo íbamos a trabajar juntos, tenía que entenderlo.

—Yo no temo derecho a robarle a nadie parte de su vida, ponerlo en peligro para protegerme a mí misma y seguramente dejarlo traumatizado para siempre —le dije, en voz baja.

—Estás exagerando —insistió, con terquedad—. Y es por el bien común.

—Lo cual tiene mucho sentido, siempre que seas tú al que van a joder por el bien de los demás.

—¡Tú no tienes por qué cuestionar un sistema cuando ni siquiera sabes cómo funciona!

—Pero Apolo sí que lo sabe —indicó Pritkin. Había permanecido en silencio durante nuestra discusión, sentado junto a una mesita cerca de la pared, limpiando sus armas de manera mecánica. Pero, al parecer, había estado al tanto, porque su voz tenía un tono muy claro—. Él está preparado para actuar dentro del *status quo* y tendrá un plan de acción para responder a cualquier movimiento que hagamos siguiéndolo. Si queremos vencerlo, tendremos que aprender a pensar de otra forma diferente.

—¡Tú mantente al margen, John! —le ordenó Marsden, con brusquedad.

—¿Por qué? —le pregunté—. Tiene razón.

Marsden me miró exasperado.

—Las normas están para protegerte...

—Pues a Agnes no la protegieron.

Por primera vez, Marsden parecía realmente furioso. Supongo que no estaba acostumbrado a que le contradijeran.

—¡Fue envenenada por culpa de la incompetencia del Círculo! De todas las razones que tengo para despreciar a Saunders, ¡esa es la de más peso! Mientras yo permanecí en mi puesto, ella siempre estuvo protegida. Igual que lo estarás tú cuando yo regrese a mi lugar.

Le puse la mano en el hombro. Tenía los músculos duros a causa de la tensión y de la pena. Me di cuenta de que la echaba de menos. Quería honrar su memoria ayudando a cumplir su último deseo: que yo la sucediera. Pero él quería hacerlo a su manera.

Pritkin y yo cruzamos las miradas.

—Con respecto a eso... —dije.

—¡Es perfecto! —anunció Marsden cuando terminé de explicar el plan—. ¡Mejor de lo que me hubiera atrevido a imaginar!

—No te emociones demasiado —le aconsejé—. Aún no hay trato. Puedo introducirte, pero quiero algo más que una confirmación.

—¿Qué quieres entonces? —La expresión del anciano no se inmutó, pero sus ojos azules normalmente adormilados se tornaron de repente más avezados.

—El Círculo dirige varias escuelas. Quiero que las cierre. Permanentemente.

Arrugó la frente.

—¿Qué escuelas?

—Las escuelas que tiene para niños con disfunciones en sus poderes mágicos. El Círculo ha estado encerrándolos durante años sin que hayan hecho nada malo, y eso incluye el periodo de tu mandato. Eso tiene que acabarse.

Marsden ya estaba negando con la cabeza antes de que yo terminara de hablar.

—Las escuelas de las que hablas son una desafortunada necesidad. A mí tampoco me gustan, pero no hay otra opción. ¡Nosotros no encerramos a los que son inofensivos, sino a aquellos niños que tienen dones muy peligrosos!

—Tiene que haber una solución mejor.

—Si la hay, yo no he dado con ella. Si nadie los supervisa, son un peligro hasta para ellos mismos y para todas las personas que haya cerca de ellos. —Declaró con total rotundidad.

—¿A cuántos has conocido?

—¿Disculpa?

—Es una pregunta muy simple. ¿A cuántos has conocido? ¡Porque yo he tenido a nueve en el Dante durante una semana y el hotel ni ha ardido, ni ha saltado por los

aires ni ha sufrido nada más grave que el hecho de que las puertas de los ascensores no se cierren!

—Eso es porque has tenido suerte. —Su tono era desdeñoso, como si yo no supiera de lo que estaba hablando.

—También viví con un grupo de estos niños durante dos años cuando era adolescente. Yo no digo que jamás hubiera ningún problema, pero nadie mató a nadie, ni se le prendió fuego a ningún edificio. Y los vecinos jamás notaron nada raro como para molestarse en llamar a la policía.

—Perdóname, Cassie, pero me cuesta creer lo que estás diciendo —declaró, tratando de mostrarse paciente conmigo, lo cual me cabreó. Yo no era la que se estaba mostrando terca.

—Te he preguntado que cuántos niños de esos has conocido.

—A ninguno. Sin embargo...

—¿No te parece que ya va siendo hora de que conozcas a alguno?

Me miró largamente.

—Quizá. Pero entenderás que no puedo prometerte nada. Para dar un paso como ese, necesitaríamos la aprobación del Consejo, y aunque en el pasado tuve control sobre él, ya no lo tengo.

Aunque suene extraño, me tranquilizó el hecho de que no cediera automáticamente a mi petición. Si lo hubiera hecho, me habría preocupado que sólo estuviera tratando de conseguir lo que quería, y que se olvidaría de los chiquillos cuando recuperara el mando. Pero, aún así, quería algo menos vago.

—Lo entiendo. Pero quiero que se trate este tema, y muy seriamente, en el Consejo. Quiero ver un gesto de buena voluntad por tu parte. Cuando hayas recuperado el poder, debes darme la custodia de los niños a los que el Círculo secuestró ayer.

—Creía que ya los habías rescatado.

—Sólo a algunos. Quiero a los demás. No son muchos —añadí, porque su rostro seguía mostrando una negativa.

—Soltaré a los niños capturados en la última incursión —cedió, al final—. Y plantearé el tema de los centros educativos al Consejo. Pero no puedo obligarles a nada. La decisión final la deben tomar ellos.

No me bastó, pero me gustó el hecho de que se negara a prometerme algo que sabía no me podía conceder.

—Entonces, parece que hay acuerdo.

Sólo nos quedaba una cosa por discutir, pero Pritkin no estaba facilitando las cosas.

—¡Si quieres que se cumpla, tendrás que bajar los escudos! —le dije, exasperada.

—¿Estás segura de que va a funcionar? —preguntó puede que por décima vez.

—¡Sí! —Traté de mostrar la mayor seguridad posible, pero no pareció muy convencido—. Fue idea tuya ¿te acuerdas?

Pritkin se había negado a que Billy lo poseyera, ni siquiera por un momento, así que habíamos pasado al plan B. La idea era que Billy se metiera dentro de mí y expulsara a Pritkin. Y, como el cuerpo de Pritkin sería el único presente sin escudos, a su espíritu no le costaría encontrar el camino a casa.

Tendría que funcionar. Debía funcionar. Pero no lo haría si Pritkin se negaba a bajar los escudos que había instalado en torno a su cuerpo.

—Tiene miedo a exponerse de esa manera con un fantasma hambriento rondando por aquí —dijo Billy, con sonrisa maliciosa. Claramente, le divertía la situación—. Probablemente, estará lamentándose de no haber sido más amable la última vez que nos vimos.

—¡Billy!

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? —Pritkin miró tras él, con la mirada desconcertada. Y, vale, puede que no estuviera llevándolo mejor que yo.

—¿No te acuerdas? —dijo Billy—. Cuando estuvimos en el Reino de la Fantasía, yo le poseí y él empezó a darme bofetadas para sacarme. —Refulgía con la energía que yo le había suministrado y había ganado confianza.

—No ha dicho nada —le contesté a Pritkin.

—Quiero decir que, si me hubiera dado un puñetazo, no me hubiera importado, pero una bofetada...

Pritkin se levantó y se fue hacia la escalera. No pudo hacerlo, porque Marsden se había colocado en medio para bloquear el paso si surgía la necesidad.

—Quítate los escudos —le dije, suavemente, apartando a Billy con disimulo—. Sólo será un segundo.

—Eso es lo que me da miedo —musitó Pritkin, mirando en derredor. Tenía la voz rota, como siempre que estaba muy preocupado y trataba de ocultarlo, el tono que solía sugerir que me agachara porque, normalmente, implicaba que alguien iba abrir fuego sobre nosotros. Miré a mi alrededor, nerviosa, pero no había nadie.

Marsden le dio un golpe a Pritkin en el hombro.

—¡Tío, eres un mago de la guerra! ¡Arriba ese ánimo!

Y, para mi sorpresa, tras un instante, Pritkin aceptó.

Billy entró y soltó todo el aire, aliviado. *Puede que esto funcione, después de todo*, pensé, justo antes de que Pritkin empezara a convulsionar.

—¡John! —Marsden lo agarró, pero Pritkin se apartó temblando. Uno de sus puños chocó con la baranda, golpeando el teléfono y tirándolo antes de que a Marsden le diera tiempo a sujetarlo por los hombros.

—¡Tranquilo! Estás en mi cuerpo —le recordé. Obviamente, no podía oírme. Tenía la mirada perdida, se puso pálido y empezó a sudar, y los nudillos se le



tornaron blancos, apretados sus dedos en los brazos de Marsden.

Jamás lo había visto tan fuera de control. Pritkin solía torear las cosas con tanta calma que ponía a los demás de los nervios.

—Billy, ¡vamos!

—¡No puedo hacerlo si sigue rechazándome! —dijo Billy, sacando la cabeza por el pecho de Pritkin.

—Se está resistiendo a la posesión —le dije a Marsden.

—¡John, escúchame! —Marsden lo zarandeó—. ¡Tienes que dejarle!

Pritkin no respondió, sólo siguió haciendo aspavientos, tratando de soltarse, como alguien poseído por algo mucho peor que un tramposo torpe. Y no solo se resistía físicamente. Algunas partes de Billy sobresalían por partes extrañas: salía un pie por un muslo, un brazo por el pecho y la cabeza de Billy salió por un hombro.

—Necesito ayuda —jadeó Billy—. ¡Lo estoy perdiendo!

—¡No puedo abandonar este cuerpo hasta que él no esté libre! —le recordé.

—Si no lo haces, no podrá liberarse. Distráele el tiempo suficiente para que pueda expulsarle y tú puedas guiarle hasta su cuerpo.

No me gustaba la idea, pero tampoco tenía una mejor. Y, si no lo hacíamos en ese momento, tenía el presentimiento de que iba a pasar mucho tiempo hasta que pudiéramos pedirle a Pritkin otro intento.

—Cambio de planes —le dije a Marsden—. Tengo que ayudar a Billy.

—¡Creía que habías dicho que el cuerpo de John morirá sin un alma!

—No si se trata solo de unos segundos. Si tardo más, regresaré. —Me tumbé en el suelo para que el cuerpo de Pritkin no cayera cuando lo abandonara—. ¿Listo? —le pregunté a Billy.

—¡Y esperando! —dijo bruscamente, tratando de resistir.

Mi cabeza de prestado golpeó el suelo. Me concentré y, tras un momento, mi espíritu se elevó y el rostro del cuerpo que había debajo de mí se quedó relajado. Había hecho algunos avances en el último mes, lo cual significaba que ya no salía disparada como un cometa fuera de control. Así que hubiera sido fácil llegar hasta Pritkin, si éste no le hubiera dado un rodillazo a Marsden en una parte sensible y hubiera salido disparado hacia las escaleras. ¡Maldita sea!

Salí flotando tras él y lo alcancé cuando puso el pie en el primer escalón. Pero una cosa era alcanzarlo y otra conseguir entrar en su cuerpo. Los escudos de mi cuerpo estaban de nuevo alzados y operativos a un nivel que no sabía que pudieran alcanzar. Yo me protejo con fuego, no con agua, pero era el espíritu de Pritkin el que estaba proyectando la barrera mental, y caí en un océano infinito de suaves olas ondulantes.

Salí a la superficie, tosiendo y escupiendo, pero a Billy no se le veía por ninguna parte. Y yo no sabía cómo cruzar aquella coraza. A diferencia de la mayoría de los escudos, no había ni desgarrones ni rendijas. Sólo agua azul que se extendía hasta el

horizonte en todas direcciones.

Comprobé que, sumergiéndome, sólo lograba empeorar las cosas: ahora sólo estaba rodeada de un mundo informe índigo sin puntos de referencia. Desplazándome a ciegas en la oscuridad, pude sentir el crujido de mi espíritu que empezó a batallar con el océano, y vastas cantidades de agua se empezaron a arremolinarse a mi alrededor, en una marea espumosa. Luego, el océano empezó a girar, una fuerte corriente me tragó y volví a toda prisa a la superficie en lo que a duras penas pude ver era un chorro gigante de agua. Conseguí salir a la superficie, nadando hacia arriba a velocidad de vértigo, y continué hasta llegar a la cocina.

Tardé un instante en comprender que acababa de ser exorcizada de mi propio cuerpo.

—¡Lo tengo! —dijo Billy. Y, al instante, la forma pálida y trémula de un hombre fue expulsada de mi cuerpo, dando a parar a la cocina.

La mayoría de los espíritus suelen mostrarse completamente confusos durante unos minutos, tratando de emplear los sentidos de un cuerpo con el que ya no contaban para entender el mundo. Y, a pesar de ser medio demonio, parecía que Pritkin no actuó de forma diferente; flotó, expuesto y aterrorizado, en lo que probablemente sería una absoluta sensación de soledad. Traté de asir una mano inmaterial, pero la retiró, con el rostro horrorizado.

Me percaté de que no me podía ver. No sabía si el espíritu que lo acababa de tocar era el de un amigo o el de un depredador. Traté de llegar a él mentalmente, de hacerle saber quién era, de decirle que me siguiera, pero sentí una presencia que, de golpe, me dejó temblando. No procedía de él.

Algo venía en dirección a nosotros, removiendo el mundo espiritual con la fuerza de un torbellino. Me asaltó la conciencia como la chispa de un rayo y con el murmullo hambriento de un relámpago. Vi un titileo por el rabillo del ojo y percibí una esencia fría y quebradiza en el aire.

Me sobresalté, y el temor me asaltó como un puñetazo. Me quedé helada, con toda la forma presa del terror. Rakshasas. Lo habían visto, lo habían sentido, y venían a por él... teníamos que salir de allí, salir de allí, ya...

Traté de agarrar a Pritkin, pero su espíritu se me escurrió como una hoja al viento. Lo seguí, consciente de lo que ocurriría si no volvíamos a la protección de un cuerpo. Pero, antes de que pudiera alcanzarlo, la tenue membrana entre los dos mundos se tambaleó y algo salió de ella.

Lo primero que vi fue una criatura de cabello bermejo, puede que de casi dos metros, que apareció de repente entre la penumbra en lo alto de la escalera. Tenía la forma esbozada de un hombre, pero aquello no habría engañado a nadie que lo hubiera visto. Por supuesto, nadie en esa situación se habría quedado para echar otro vistazo.

Tenía un rostro sustentado por unos delicados huesos y unos brillantes ojos negros con una elegante nariz romana. Imposible contar más, ya que la mayoría de sus rasgos estaban ocultos bajo una máscara sanguinolenta. La sangre también relucía sobre su poderoso cuerpo desnudo, salpicando su piel dorada con motas oscuras, como si la recorriera un torrente incesante de sangre. También tenía sangre bajo las uñas, le teñía los labios, enmarañándole su largo cabello enredado. La expresión de su mirada no era humana, ni siquiera animal. Era pura hambre feroz.

Tras el líder, apareció otro, al que le sucedieron rápidamente otros cuatro más. Eran machos y hembras con formas humanas, pero con sonrisas salvajes, y todas eran un cruce infernal de belleza animal y ferocidad pura. Se repartieron por las escaleras en una maraña retorcida de piel manchada de sangre, rodeándome e interponiéndose entre mi cuerpo y el de Pritkin.

—Aquí hay uno muy apetecible —canturreó el líder, extendiendo el brazo para agarrarme. Una mano blanda me rozó la mejilla y yo ale estremecí de pura repulsión. Sonrió y su manos me asieron por la nuca, acercándose a su terrible rostro.

—Ésta vive —les acució una de las criaturas—. Puedo oler su aliento.

—Sí.

—Prohibido —dijo otro—, protegida.

—No. —El líder recorrió mi espíritu con la mano y una uña en forma de garra afilada como una cuchilla se hundió en mi interior. Por un instante, no sentí nada. Hasta que un desgarrador dolor me recorrió la espalda y sentí que me ardían todas las venas, prendidas y rasgadas; era absolutamente penetrante—. Como el traidor, ésta es nuestra.

—Probar su sangre —exclamaron unas voces procedentes de todas las direcciones—. Hambre. Dánosla...

—Empiezo yo —gruñó el líder. Y, sin preguntar, supe que, con aquellas criaturas, no había posibilidad de llegar a un trato, ni de que aceptaran un soborno, o escucharan mis plegarias. De mí sólo deseaban una cosa: y ya lo estaban tomando.

Bajé la vista y vi que ya le habían hecho un tajo a mi espíritu y que algo pálido y absolutamente distinto a la sangre estaba empezando a salir de mí. Energía, comprendí, bajo la bruma del dolor. Iban a extraérmela toda.

El grupo maulló hambriento, pero no se movió. El líder me pasó la lengua por el pecho, como un amante, lamiendo la energía derramada. Pero fue la posterior risa entre dientes lo que me provocó el pánico más allá de toda razón. Si estuviera dentro de mi cuerpo, habría provocado que la adrenalina me helara las venas, haciendo que el aire se me quedara helado en los pulmones. De repente, ya no me podía mover, incluso cuando el líder ladeó la cabeza, cerró los labios sobre la herida que había hecho y empezó a succionarla.

Dolía, oh, Dios, como el ácido en la piel, como mil puntas de espino que me

rasgaran los huesos. Pero, peor que el dolor, fue la amarga sensación de pérdida. Saber que me habían robado una parte de mí, que la había perdido como la gota de agua que se disuelve en un frío mar oscuro. Perdida para siempre.

El líder me miró y se mojó los labios sanguinolentos.

—Saben mejor vivas —dijo, y dejó paso a la manada.

Cuando me arrojaron al suelo, me sentí exactamente como si volviera a poseer un cuerpo. La fría piedra bajo mi espalda aumentó la abrasadora agonía que sentí mientras ellos me abrían en canal. Yo gritaba al sentir las afiladas mordidas, pero, dondequiera que mirara, solo encontraba otro rostro ávido. En unos segundos, mis heridas despedían unas débiles ondas brumosas. Las succionaban lentamente, abandonando mi forma, adhiriéndose a las manos del grupo, rodeándoles los brazos.

Vi, horrorizada, cómo la lamían a lengüetazos, chupándose los dedos como un niño con un helado medio derretido. Pero no era suficiente. Estaban hambrientos y aquello sólo había sido un aperitivo. Lo querían todo.

—¡No es presa legal! —oí decir a alguien, alcé la vista y vi que se trataba de Pritkin, abriéndose paso en el festín, aún medio ciego y, probablemente, extremadamente confuso.

—Lord Rosier nos la ha dado —dijo el líder, encogido sobre mí con celo—. Como hizo contigo.

Algunas criaturas rompieron la formación y se dirigieron hacia Pritkin, pero éste las evitó y lanzó su débil forma directamente sobre el líder. Por una milésima de segundo, el grupo se olvidó de mí, sorprendidos de ver a alguien arrojándose hacia la muerte en lugar de huir despavorido. Me soltaron y saltaron sobre Pritkin, y yo retrocedí, enviando mi conciencia al cuerpo que yacía inmóvil en el suelo.

Entre un pensamiento y el siguiente, me desperté entre convulsiones y el aire me rasgó los pulmones, que se hallaban tensos y secos, sedientos de aire. Bajo mis párpados, fuertemente cerrados, explotaron unos puntos rojos y violetas, y logré tomar aire a trompicones, tosiendo y jadeando. Todo me dolía. Era como la gripe: una fuente no identificada de dolor, y una omnipresente sensación de enfermedad.

Por un segundo, no pude entender lo que me ocurría. Había estado fuera del cuerpo sólo un minuto; el cuerpo de Pritkin no podía haber sufrido daño alguno en tan poco tiempo. Entonces, lo recordé: los ataques espirituales se manifiestan en el cuerpo una vez el espíritu retorna. Si esas criaturas lo habían destrozado salvajemente, no importaría si lográbamos devolverle a su cuerpo. Porque, de todas formas, moriría.

Marsden estaba allí, ayudándome a levantarme, y me decía algo que no podía oír, pero que tampoco me importaba. Lo aparté de un manotazo y me abalancé sobre la mesa en busca de la única posibilidad que Pritkin tenía: su cinturón de pociones. Pero, una vez en mi poder, comprendí que ya casi no podía ver al grupo, y si se me escapaba aunque sólo fuera uno...

Mis dedos tantearon con torpeza el cinturón, inhábiles a causa de la adrenalina, mi corazón latía repitiéndome «no hay tiempo», «no hay tiempo», frenéticamente. Al final, acabé extendiéndolo todo tan rápido como podía sacar los tubitos de sus huecos. Mi única preocupación era no darle a Billy, que se movía a toda velocidad rodeando mi cuerpo en la cocina, persiguiendo la forma suspendida de Pritkin.

Las sombras se retiraron al descansillo, esperando a que yo me quedara sin munición, lo cual ocurriría pronto. Era ahora o nunca, y me arrojé sobre Pritkin. A Billy se le ocurrió lo mismo a la vez y se abalanzó desde el otro lado, provocando que chocáramos el uno contra el otro, con el espíritu de Pritkin atrapado entre nosotros.

Por un segundo, no supe cuál de los dos lo había poseído, ni siquiera si alguno de los dos lo había logrado. Entonces, Pritkin chocó conmigo, creo que por accidente, pero bastó. Lo agarré fuertemente y lo arrastré a pesar de sus esfuerzos horrorizados por soltarse. Y, tal cual, volvimos al punto de partida.

—¡Cassandra! ¿Eres tú? —preguntó Marsden, mientras Pritkin se iba agachando. Estaba blanco y temblaba, pero aún parecía estar de una pieza. *Eso es lo importante*, me dije.

—No, no ha funcionado —dije, con la voz inundada de amargura—. ¡Maldita sea! ¡Hemos estado tan cerca!

Marsden me agarró del brazo.

—¿Qué ha pasado?

—Rakshasas.

—¡Se supone que no atacan a los vivos!

—Cuéntaselo a ellos. —Me arrodillé junto a Pritkin y repasé la evaluación anterior. Tenía las pupilas dilatadas, mal color y respiraba con dificultad. De repente, se desplomó sobre mis piernas y su cuerpo se relajó, adquiriendo una horrible rigidez.

—Voy a por el botiquín —dijo Marsden.

De la pared, cayó un reloj, rompiéndose en mil pedazos. Giré la cabeza.

—¿Y ahora, qué?

—Nos están asediando.

—¿Desde cuándo?

—Ha empezado hace un momento. Parece que estabas en lo cierto... el Círculo

no está dispuesto a esperar a que vayamos a verlos.

—¡Pero si tú dijiste que no te atacarían!

—Los que están bajo mi mando no. Pero Saunders ha enviado a los aprendices.  
—Su tono sonó amargo.

—¿A quiénes?

—Jóvenes magos aún en la última fase de aprendizaje. Se unieron al Cuerpo después de que abandonara mi puesto. Saunders es el único lord protector que conocen.

—Déjame adivinarlo. Siguen sus instrucciones, ¡sean las que sean!

—Es una posibilidad nada desdeñable.

—¿Y ahora qué? ¡Porque yo no me puedo transportar! —De momento, tenía suerte de poder estar en pie.

Me puso la mano en el hombro.

—Las crisis de una en una, pequeña —me dijo, y subió corriendo las escaleras.

Acababa de desaparecer cuando Pritkin se tensó levemente y sus ojos se abrieron de repente. Me incliné sobre él y, antes de que me diera tiempo a decir nada, me agarró por detrás de la cabeza, me atrajo hacia sí y me besó. Me besó, sin melodramas ni explicación alguna, como si lo hiciéramos habitualmente.

Tener el lejano recuerdo de que besaba como un demonio era una cosa y volver a comprobarlo era otra cosa muy diferente. No hubo sutil seducción, Pritkin me besó con la boca abierta, con fuerza y avidez, hasta que sólo pude oír los latidos de mi corazón, hasta que tuve el sabor de mi sangre en sus labios y en su lengua. Me estremecí inútilmente, pero mi cuerpo quería más, de repente, lo deseaba...

Mi cerebro me informó de que no había razón alguna para hallar el olor de mi cabello ni la piel suave del pliegue de mi codo mínimamente eróticos. Me indicó que estaba, básicamente, besándome a mí misma, pero el cuerpo de Pritkin no se daba por enterado. Unas manos suaves me alzaron la camiseta, se deslizaron por mi pecho, me pellizcaron un pezón y ¡oh, Dios!

Un soplo de viento me envolvió, y sentí una punzada en todo el cuerpo. Rodeó todo mi ser sinuosamente, de forma refrescante pero no relajante, nada relajante. Me dio un escalofrío y la corriente se estremeció conmigo. En el brazo de Pritkin había un corte irregular que se ablandó, fue desapareciendo y se mezcló con la piel dorada de su bíceps. Parpadeé y, cuando volvía mirar, no había quedado siquiera una cicatriz. Era como si aquella herida jamás hubiera estado allí.

Cuando nos separamos, yo estaba aturdida y extremadamente confusa. Pritkin alzó la cabeza y tenía la mirada vidriosa, febril y algo perdida. Irradiaba una violencia contenida a duras penas que era extraña y casi desconocida, pero también, de algún modo, familiar.

Grité y me aparté tambaleante, pero él me agarró con un gesto fugaz.

—¡No! ¡Soy yo! ¡Sólo soy yo! ¡Rosier no está aquí!

Vi mi propio rostro frente a mí y había verdadera emoción en aquellos sorprendentes ojos: preocupación, dolor y una saludable dosis de aversión a sí mismos. Dejé de forcejear. Apostaría a que Rosier jamás había tenido una emoción sincera en toda su vida.

—Pero he sentido...

—Estoy herido —dijo Pritkin, ligeramente sonrojado—. Es... como una especie de acto reflejo. No voy a hacerte daño.

—¿Un acto reflejo? —No se molestó en explicármelo, tan solo se apoyó en la encimera y se levantó.

—¿Adónde crees que vas? —le pregunté.

—Tenemos que salir de aquí —dijo mientras se oía otra descarga.

—¡Pero si apenas puedes mantenerte en pie, menos aún vas a poder luchar!

—Estoy perfectamente —dijo, con terquedad.

—¡Imposible después de haber atacado a media docena de demonios tú solo! ¿Qué diablos hacías? No tenías armas, ni escudos, nada.

—Te habrían matado.

—¿Y qué creías que iban a hacer contigo? —No contestó—. ¿O acaso era lo que tenías en mente, distraerles mientras te devoraban reduciéndote a pedazos mientras yo escapaba?

—Era la única reacción razonable.

La naturalidad con la que lo dijo me crispó los nervios.

—¿Razonable? Esa era mi idea, ¡mi estúpida idea! Si alguien debía morir a causa de ella, ¡esa debería haber sido yo!

—Tu plan habría funcionado si hubieras tenido a alguien más contigo.

—¿De qué estás hablando? Esas bestias...

—Normalmente no pueden atacar a los vivos. Los líderes demoníacos hicieron un pacto hace mucho tiempo para no arrasar la Tierra, que es su coto de caza, esquilmando a sus habitantes. Cada raza tenía derecho sólo a un tipo de energía. En el caso de los rakshasas, sólo se pueden alimentar de lo que haya muerto. Pero tu cuerpo aún vivía; se supone que estabas fuera de su alcance.

—Y tú también. ¡Pero no parecía importarles!

—Rosier pidió a la Asamblea de los lores que le concedieran una exención con respecto a mí. —Sus ojos brillaban de una manera extraña, no era pena ni dolor, ni lamento, sino una terrible combinación de los tres, una especie de vacío que provocaba escalofríos—. Exención que parecen haber ampliado a tu persona también.

—No te entiendo.

Pritkin tomó aire profundamente.

—Jamás he explorado mi parte demoníaca. Es lo que Rosier quiere, por eso ha

realizado este espantoso experimento. Él esperaba que, mezclando a un duende con sangre humana y con su propia sangre, crearía un demonio sin las limitaciones de su especie. Al negarme a investigar mi propia naturaleza, no le he permitido comprobar el resultado.

—Pero también te lo estás impidiendo a ti mismo. ¿Es que no tienes curiosidad por ver lo que eres capaz de hacer? ¿Las habilidades que podrías haber heredado?

—Es una preocupación continua que tengo.

—Pero tu otro lado te ha dado la inmortalidad ¿no? Así que todo no puede ser...

—Yo no soy inmortal, y mi prolongada vida es por los duendes ancestros de mi madre —contestó con brusquedad—. ¡Nada que proceda de mi padre es positivo! Ya lo está demostrando. Yo lo he frustrado, tú lo has humillado y quiere venganza.

—Pero los rakshasas no pueden hacerme daño cuando estoy dentro de mi cuerpo. Así que ¿cómo...?

—Ya has oído a Jonas: no puedes hacer tu trabajo sin recurrir a las posesiones. Pero eso hace a tu espíritu vulnerable, aunque sólo sea durante unos instantes. Y, para los rakshasas, puede ser suficiente.

—Pero mi energía como pitia parece ser inagotable. Aunque me atacaran...

—Estás confundiendo distintos tipos de energía. Los rakshasas se alimentan de la energía vital, igual que los vampiros. Tus poderes mágicos no les interesan.

Marsden bajó corriendo por las escaleras con una cesta en el brazo, pero se detuvo al ver a Pritkin en pie. De todas formas, le ofreció un frasco que contenía un lodo viscoso de color anaranjado que hervía y del que salían reflejos oscuros. Pritkin frunció el ceño, pero se bebió la mitad antes de que me diera tiempo a preguntar de qué se trataba.

—Es una poción energética —explicó Marsden, mirándome—. Es inocua.

Y asquerosa, a juzgar por la expresión en el rostro de Pritkin.

—Si me la tomo, ¿podré sacarnos a los tres de aquí? —pregunté, y una jarra de agua se tambaleó en la encimera y acabó estrellándose contra las baldosas del suelo.

—Oh no. No es tan fuerte. Sólo aporta un poquito de energía, por decirlo así, pero no hay de qué preocuparse. Hay otra forma de salir de aquí.

Pritkin gruñó.

—¡Dime que no te trajiste esa jodida cosa contigo!

Marsden se mostró ofendido.

—¡Debo recordarte que con esa jodida cosa obtuve seis títulos!

—¡Y casi acaba contigo al menos otras tantas veces!

—Son los riesgos del deporte.

Pritkin asió su gabardina y sus armas mientras los electrodomésticos se tambaleaban y los platos repicaban en el armario. Al echar un vistazo por la ventana supe por qué: había unos rayos de energía explotando uno detrás del otro contra una



burbuja de protección que había justo detrás del jardín. Ninguno la atravesó, pero cada uno de los impactos hacía temblar toda la casa.

Marsden abrió la puerta trasera y nos condujo apresuradamente hacia el jardín. Detrás de la zona cultivada había un claro lleno de hierbas que rodeaban una pequeña estructura de ladrillo. Encendió las luces, empezó a tirar de una lona dejando al descubierto lo que resultó ser un reluciente descapotable rojo. Obviamente, era un clásico, largo y bajo, con los guardabarros muy altos y unos extraños faros delanteros que sumaban un total de tres.

—Es un Alfa Romeo Spider —nos informó, con una sonrisa maliciosa—. Es el mejor coche de carreras que se ha construido. Lo compré de fábrica en 1932. —Se sentó al volante y *Orion*, el perro poseído, saltó al asiento del copiloto. Me resultó algo escalofriante, ya que ni siquiera me había percatado de que se encontrara allí—. ¡Entrad! ¡Entrad! —nos urgió Marsden con impaciencia.

—Sólo tiene dos asientos —indiqué, y *Orion* ocupaba todo el de delante.

—Cabemos todos —dijo Marsden, con la confianza de quien ya tiene su asiento.

—¿Crees que podemos ser más rápidos que ellos? —pregunté, escéptica, mientras Pritkin y yo tratábamos de estrujar nuestros cuerpos en un volumen negativo de espacio.

—¡Sé que podemos! —gritó Marsden, encendiendo el motor.

El garaje tembló y la puerta se abrió, mostrando a una decena de magos tratando de entrar todos a la vez. Pritkin murmuró algo, y yo vi a varios de ellos atascarse entre unas enredaderas del tamaño de mi pierna. Pero no importaba, porque el resto se dirigía hacia nosotros cuando empezamos a movernos, justo contra la pared del garaje.

—¡Marsden! —grité, pero él pisó a fondo y aquella antigualla avanzó de un salto con un rugido que hizo temblar todo el chasis, lanzándose contra la pared de ladrillo de aspecto muy sólido.

Pero, en lugar de chocar contra los ladrillos, saltamos sobre un haz de luz blanca. Era de una intensidad cegadora, y emitía un resplandor matador que, en comparación, hacía que aquel soleado día pareciera sombrío. De repente, el garaje desapareció tras nosotros.

Me coloqué en el asiento, dejando al perro diablo sobre las alfombrillas, entre mis piernas. Pritkin tomó una posición privilegiada detrás de mí, con el trasero sobre el maletero y los pies enredados en los cinturones de seguridad para evitar salir disparado. Finalmente, los ojos se me adaptaron a la luz y pude mirar por la ventanilla y ver un paisaje blanco, resplandeciente pero frío, provocando destellos como de un diamante en la superficie del coche.

Nos encontrábamos en una línea Ley. Pero aquella hacía que la línea del cañón del Chaco pareciera una carretera comarcal. Era tan ancha que la vista no abarcaba

sus bordes. Pero sí pude ver unas sombras oscuras tras nosotros, como minúsculas nubes que oscurecían el sol.

—Ya ves, creo que fue por aquí por donde vine —dije, tratando de que no me temblara la voz.

—¡No te preocupes! —me dijo Marsden, pisando el acelerador—. ¡Gané tres títulos mundiales con este coche!

—Jonas era piloto de carreras —me explicó Pritkin.

—¿Corrías en las líneas Ley?

—Antes. Lo dejé hace unos años.

—Querrás decir que te obligaron a dejarlo —le corrigió Pritkin.

—¿Por qué? —pregunté, con temor.

—La envidia —dijo Marsden, golpeando el salpicadero—. Simple y llanamente.

—Porque es extremadamente peligroso aun para los reflejos de un joven —advirtió Pritkin—. No querían verte saltar por los aires.

—¿Saltar por los aires?

—No hay de qué preocuparse —me aseguró Marsden—. Tenemos escudos.

En aquel momento, me percaté de que el coche entero estaba rodeado de un escudo dorado, extendido a nuestro alrededor como una burbuja de jabón alargada y con un aspecto de similar resistencia. Había visto algo parecido en otra ocasión, una protección mágica que permitía a un vehículo transportar a varios pasajeros para desplazarse por las líneas. Me sentí algo más tranquila... durante unos diez segundos. Hasta que un rayo de energía pasó por nuestro lado, lanzado por los magos que nos perseguían, los mismos que habían derribado el escudo de aspecto mucho más sólido de la casa.

Pritkin se volvió, tumbándose sobre el maletero del coche para lanzarles un sortilegio.

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez que alguien hizo eso? —chillé, agarrándolo del cinturón.

—¡La línea Belenus es completamente estable! —me dijo, y Marsden entró en una zona de turbulencias. Si no lo llego a tener agarrado, Pritkin hubiera salido por los aires, llevándose mi cuerpo consigo. Así que caímos hacia atrás con fuerza, *Orion* aulló y Marsden rió estridentemente como el loco que era.

Algo chocó contra el escudo que nos rodeaba, empujando el coche y provocándome casi un traumatismo cervical.

—¡Marsden! —grité—. ¡Nos están alcanzando!

—¡No por mucho tiempo! —Dio un volantazo a la derecha, y se me salió medio cuerpo del coche. Pritkin me agarró, tirando de mí con tanta fuerza que casi no me moví. Salimos de la línea en una lluvia de fuego blanquecino y plateado, arrojándonos al aire.

Tardé unos segundos en comprender lo que estaba pasando, porque el penetrante frío me atravesó como un puño, cortándome la respiración. Era como si me hubieran envuelto el cuerpo en una vaina de hielo. Traté de moverme, pero no ocurrió nada. Decidí que, probablemente, debería preocuparme por no sentir las piernas, pero estaba demasiado ocupada aterrorizándome ante el hecho de que, aparentemente, no era capaz de respirar.

La mayoría de los sentidos no me funcionaban: todo estaba en el más absoluto silencio, y si había algo de viento, yo no lo sentía. Miré en derredor, pero no había mucho que ver. Las únicas nubes estaban a kilómetros de distancia, y el cielo era de un increíble y asombroso azul...

Comprendí que eran las vistas desde un avión, sólo que no nos encontrábamos dentro de ningún avión. Ni siquiera estábamos en el escudo, porque sólo estaba diseñado para funcionar dentro de una línea Ley. Estábamos a miles de metros de altitud en un coche que no tenía por qué estar allí. Miré a la tierra, tan ridículamente lejana a nuestros pies, pero no pude tomar el aire suficiente para poder gritar.

Entonces, me lanzaron de nuevo a mi asiento mientras Marsden ponía el vehículo en picado hacia el suelo. El viento provocado por nuestra repentina caída me entraba en los ojos y no podía ver nada, ni respirar, ni pensar de puro terror. Íbamos a morir, pensé, sin entender nada, íbamos a morir todos, y, entonces, caímos en otra línea Ley.

Aquella era minúscula y el coche cabía a duras penas, casi rozaba las partes laterales de la burbuja, que se había recompuesto. Durante los escasos segundos que habíamos estado en el exterior, se me habían congelado las cejas, mi piel había adquirido un tono violáceo y juro que los ojos se me habían helado. Parpadeé varias veces, tratando de ver algo, y, finalmente, lo logré: justo a tiempo para ver que entrábamos en un túnel de llamas bermejas.

Había logrado tomar aire, así que lo empleé para gritar, pero el ruido del motor ahogó mi aullido. Una vez agotado el grito y destrozada la garganta, aún seguíamos cayendo. Era como estar en una montaña rusa sin plataforma. El cinturón de seguridad me presionaba los muslos, amenazando con biseccionarme; el perro diabólico flotaba en el aire y Pritkin se agarraba con ambas manos al asiento para no salir disparado hacia la parte superior de la burbuja. Y aún así, entramos.

A continuación, el rojo vivo adoptó un tono carmesí cuando atravesamos una especie de frontera. El coche pasó de una caída casi en horizontal a una inclinación pronunciada, haciendo que se me volviera a salir medio cuerpo. Extendí el brazo en un intento por aferrarme a algo, lo que fuera, por sujetarme, y caímos en un agua helada.

Parte del coche estaba fuera de los estrechos límites de la línea, dibujando un agujero en el escudo. Se me había salido el brazo por el hueco y por él entraba un torrente de agua. Silbaba en contacto con la energía de la línea, arrojándome sobre el

rostro una nube de vapor.

—¡Vuelve adentro! —gritó Marsden—. ¡No veo nada!

—¡Eso intento! —gruñí, mientras el impulso del vehículo hacía todo lo posible por arrancarme el brazo.

Pritkin trató de tirar de mí. Pero, con mi fuerza, no funcionó. Me volví, sujetándome al lateral del coche con los pies, y tiré. Mi brazo salió del agujero, el coche volvió bruscamente a la línea, y el perro diablo se escurrió, lanzándome a la cara un montón de pelo mojado.

—El canal —gritó Marsden, con semblante sereno, excepto por la gran energía que desprendían sus ojos—. Y, si fuera tú, yo metería las manos dentro del coche. La energía de la línea tiende a atraer la atención. Una vez me salí un poco del camino y lo siguiente que vi fue a aquel enorme delfín en el asiento del copiloto, aleteando, retorciéndose y golpeándome con la cola. Me costó Dios y ayuda sacarlo de allí. Me costó la carrera.

Me quedé mirándolo hasta que atrajo mi atención una enorme sombra oscura que flotaba fuera de la línea. Apenas se podía distinguir entre las lenguas de energía, pero, fácilmente, tenía el tamaño de una casa.

—Ballena —dijo Pritkin, tras de mí—. Algunos animales son capaces de percibir las líneas; no sabemos cómo lo hacen.

—¡Malditas bestias! —exclamó Marsden—. Por eso murió Cavanaugh. En mitad del campeonato del All Britain en el cincuenta y seis, y una de esas gigantes azules decide romper la línea. Se sumergió justo delante de él. La muy idiota.

—Entonces, quizá deberíamos tratar de dejar a esta atrás —indicó Pritkin.

Aparentemente, a Marsden le debió de parecer bien, porque pisó a fondo. Salimos disparados hacia delante siguiendo un camino retorcido y peligroso, pero la ballena nos seguía de cerca, saltando y zambulléndose, siguiendo el mismo recorrido demencial desde el exterior. Hasta que, de repente, volvimos a dar un salto, dejando tras nosotros el océano junto con la línea Ley.

Yo quedé colgada del lateral del coche, mirando abajo al océano y a la enorme cabeza que se sumergió por un momento entre las olas grisáceas y luego desapareció. Seguimos ascendiendo unos segundos más y, a continuación, empezamos a caer como el pedazo de hierro que éramos. Yo esperaba que surgiera otra línea que nos rescatara, pero no ocurrió nada y las olas estaban tan cerca que podía ver la espuela en las crestas y...

Caímos sobre una brillante línea púrpura y salimos disparados hacia delante justo sobre las olas.

—¿No podemos reducir un poco la velocidad? —exclamé.

Marsden negó con la cabeza, con su blanca melena enmarañada echada hacia atrás a causa del aire.

—Tenemos que coger velocidad. Algunos están saltando hacia nosotros.

Pritkin emitió un sonido que se parecía sospechosamente a un gimoteo, y yo agarré a Marsden del hombro.

—¿Saltando?

—Sí, como una piedra en un estanque. Allá vamos —dijo, y, al segundo, estábamos de nuevo en el fino aire. Algo me golpeó en la cara antes de que me diera tiempo a indicar que los coches de hierro no flotan, luego, entramos en otra línea, esta vez amarilla, de la que salimos en un abrir y cerrar de ojos antes de ser lanzados al aire y dar con una línea color púrpura. Todo transcurrió en unos quince segundos.

—¿Ves? Saltando —dijo Marsden con tono jovial.

Yo no dije nada; temía ponerme a vomitar.

Dejamos la línea púrpura al pie de unos acantilados, girando y dando volteretas entre una atónita bandada de gaviotas y atravesando la espuria de las olas antes de emerger sobre una línea azul. Aquella se dirigía tierra adentro, gracias a Dios, y Marsden me dio un golpecito en la pierna.

—Casi hemos llegado.

—¿A dónde? —chillé mientras volvíamos a volar por los aires.

Yo miraba aturdida un mosaico de campos amarillos, y luego, volvimos a caer sobre el océano plateado de la línea Belenus. Pero, esta vez, estaba bloqueada por la presencia de una enorme masa oscura que se extendía a ambos lados.

—Barrera —dijo Pritkin, un poco chillón.

—Sí, gracias, John —dijo Marsden, y giró el volante. El coche chocó con el lateral de la línea, cayó en picado y se puso boca abajo. Pasamos sin rozar, de milagro, la parte superior de la barrera, dejando medio centímetro de distancia, completando una ágil voltereta tras la cual empezaron a temblarme las manos y se me revolvió el estómago. La barrera se difuminó tras nosotros mientras los vagos se apresuraban a alcanzarnos.

—¿Cómo sabían que volveríamos? —inquirió Pritkin mientras avanzábamos a toda velocidad.

—Uno de ellos debe de ser piloto —dijo Marsden, con semblante irritado—. Yo mismo tracé ese recorrido hace unos años y las jóvenes promesas suelen utilizarlo para practicar. Debería haber tomado una ruta alternativa, pero no hay de qué preocuparse. Enseguida los perderemos.

Señaló al frente. Yo, observaba a los magos que nos perseguían, me volví de nuevo y vi una estela de colores delante de mis ojos. Un fogonazo de luz ardía delante de nosotros, como una cortina de fuego extendida en el mismo centro de la línea. Era casi imposible mirarla directamente. Las llamaradas de energía amenazaban con quemarme la retina, y su resplandor atravesaba incluso las manos que me había colocado sobre los ojos.

—Vamos a coger un atajo —dijo Pritkin.

—¿Un atajo? ¿Por qué será que no me gusta cómo suena eso?

—Sí. Trata de tranquilizarte, Cassie —me aconsejó Marsden. Lo miré fijamente, preguntándome si estaba tratando de hacerse el gracioso. Porque, a pesar de que había cambiado a una marcha más baja, parecíamos estar ganando velocidad, ya que algo parecía estar empujándonos. Me percaté de que Marsden no estaba tratando de evitarlo; había aminorado la velocidad suicida sólo para poder manejarse mejor contra las malignas corrientes que aquella cosa lanzaba.

—¿Qué es eso?

—Un pequeño torbellino —me informó Pritkin. Parecía tenso.

—¿Pequeño? —Aquello parecía una supernova. Y me asaltó una idea más importante—. Espera. ¿Vamos a entrar ahí?

—Oh no. Moriríamos —contestó Marsden con tranquilidad. A continuación, el fenómeno nos atrapó y avanzamos a toda velocidad, a lo que podrían ser más de trescientos kilómetros por hora.

Grité y me agarré de Pritkin, que trataba de lanzar hechizos aun estando girando, volteando y siendo lanzados hacia el lado exterior del fenómeno y entonces...

Calma chicha. Por un instante, nos quedamos colgados en el centro blanco de la vorágine, la energía palpitaba a nuestro alrededor, como el latido del corazón de alguna bestia gigante. Enseguida, estábamos en otro lugar completamente distinto.

Otras veces había sentido el peso del tiempo presionándome, estirándome, hasta que me sentí como si mi cuerpo abarcara todo el planeta. Pero aquello no tenía nada que ver. No había gravedad sobre mí, ni huesos, ni células combándose, ni nada. Era casi como volver al sudario, sólo que éste había provocado la anulación de los sentidos. Aquello no tenía sentidos que anular.

Traté de respirar, en mitad del pánico que amenazaba con apoderarse de mí, pero ni siquiera estaba segura de seguir teniendo pulmones. Traté de extender el brazo, desesperada por sentir, por ver, por oír algo, pero, si tenía manos, no parecían estar conectadas a nada. Por un largo instante, realmente creí estar muerta, que algo había salido terriblemente mal y que nos quedaríamos ahí, ahogándonos en medio de la nada, para siempre.

Hasta que caí de nuevo sobre mi asiento. Ahora no podía quejarme de la falta de sensaciones. En un instante, pasé de no estar segura de poseer piel y huesos, a un cuerpo envuelto de dolor. Lo tenía en todas partes, desde mi cabeza latente a mi trasero amoratado, pasando por el penetrante dolor que irradiaba desde el vientre, donde el cinturón de seguridad hacía todo lo posible por partirme en dos.

Pero el dolor no era el principal problema. Alcé aterrorizada la vista hacia el millar de líneas de energía que se entrecruzaban en derredor: vibrantes verdes y refulgentes dorados, gélidos azules, intensos tonos argentados, estremecedores

torrentes del color del ébano, sanguinolentos rojos. Podría haber localizado las líneas aun estando ciega: los tonos bronce sonaban como el tañido de una campana, se podía escuchar el murmullo del azul como un riachuelo, el crepitar del púrpura como el de un rayo, los aullidos del rojo...

—Hemos saltado a la colina de Glastonbury Tor —explicó Pritkin, algo pálido—. El vórtice más grande de todo el Reino Unido.

—¿Saltado?

—Para los trayectos cortos, se coge una línea Ley —dijo Marsden—. Si da la casualidad de que haya una que lleve hasta donde quieras ir. Para los trayectos largos, se coge una línea que conduzca hasta el mayor vórtice más cercano. Todos los vórtices del mundo están interconectados en el plano metafísico, ya sabes, con las corrientes que fluyen entre ellos. Si coges el adecuado, puedes saltar de un vórtice a otro.

Agité la cabeza, atontada.

—Aquí no hay espacio —dijo, intentándolo de nuevo—. Sólo energía, por lo que no existe la distancia.

Intimidada, miré en derredor hacia las corrientes de energía que fluían y nos rodeaban, enroscándose en torno al eje del enorme vórtice. A aquella distancia, era como el corazón de un gigante, y las líneas Ley entraban y salían de él como venas de colores brillantes, y la energía latía a nuestro alrededor en un luminoso giro estroboscópico. Dondequiera que mirara, los colores se mezclaban, reflejándose en todo, pintando el coche en una docena de matices. Era como nos encontráramos nadando en un agua multicolor.

Si el hundimiento de una pequeña línea Ley podía suministrar energía a MAGIA, ¿qué haría algo como aquello? ¿Por qué nadie recogía toda esa energía? —pregunté, asombrada—. Podría darle energía a... todo.

—A lo largo de todas las generaciones siempre ha habido quien lo ha intentando —contestó Marsden—. Pero ninguno de los escudos que hayamos construido jamás puede resistir las fuerzas internas ni siquiera de un pequeño vórtice. —Me lanzó una mirada crítica—. ¿Te has recompuesto ya? Porque me temo que tendremos que dar otro salto.

—¿Otro más? —inquirí, asustada—. ¿Duelen todos igual?

—Una vez que lo hayas hecho varias veces, no. El truco está en aflojar los músculos. —Chasqueó los dedos y el perro diablo hizo una demostración derrumbándose sobre mi pierna con la lengua sacada.

—¿Ves?

—Al menos, esta vez no debería haber nadie persiguiéndonos —añadió Pritkin—. Los escudos individuales no son suficientemente resistentes contra fuerzas tan próximas a los vórtices. Los que nos seguían no deberían haber sido capaces de

seguirnos...

No llegó a concluir la frase porque una decena de formas surgieron de la nada, todas apiñadas formando una gran plancha oscura.

—A menos que hayan unidos sus escudos —añadió Marsden amargamente y encendió el motor del coche.

Afortunadamente para nosotros, los aprendices parecían tan aturridos como yo, lo cual nos brindó algo de ventaja aunque, al echar la vista atrás, comprobamos que algunos ya corrían hacia nosotros. Marsden viró repentinamente a la derecha y con el motor rugiendo, penetramos en mitad de una línea color verde manzana. Esperé a los magos que nos seguían y, entonces, dio marcha atrás.

Éramos libres y nos encontrábamos de nuevo en medio de la nada en la corona de los vórtices por un momento, hasta que nos volvió a atrapar aquella terrible sensación de caída libre. Y Marsden me había mentado, el muy mangón. Dejarme caer no me ayudaba en absoluto. Entonces, nos precipitamos en medio de un mundo bermejo. Pero no era el rojo de una línea Ley; era el resplandor cegador de kilómetros de arena tostada por el sol.

Caímos sobre una serpiente negra de asfalto con una sacudida, un chirrío de neumáticos y un acelerón. Las sombras oscuras de los magos de la guerra cayeron sobre la carretera, tras nosotros; cuatro, no, cinco, que habían logrado seguir nuestro frenético paso. Pero ellos iban a pie y nosotros íbamos motorizados. Marsden los dejó en la cuneta.

Mientras tuve los ojos cerrados, habíamos saltado al vórtice del cañón del Chaco en Nuevo Méjico. Media hora más tarde, saltamos a la reluciente línea azul que llevaba hasta Nevada y hasta el Dante. No transcurrió mucho tiempo hasta que divisamos una enorme mancha negra en el horizonte. Se parecía a la barrera que los magos habían construido, excepto por el hecho de que no había brechas en torno a aquella mancha. Pero sí había otras cosas.

Había haces de luz corriendo de un lado a otro. Los podía ver por el rabillo del ojo, pero no los podía ver directamente. Pero, aún así, sólo el vasto número de ellos resultaba asombroso. Parecían un caleidoscopio de cristal, cambiando constantemente a nuestro alrededor.

Miré atrás a Pritkin, y la expresión de su rostro me bastó para saber que yo estaba en lo cierto.

—Rakshasas —murmuró. Supongo que, en aquella cantidad, hasta mis ojos eran capaces de verlos.

—¿Dónde? —preguntó Marsden.

—Alrededor de la protección. Miles.

—¿Cómo sabían que íbamos a venir? —pregunté, tratando de hacer caso omiso del vello que se me había puesto de punta.



—No lo sabían. Y, aunque lo hubieran sabido, dos de nosotros no habríamos podido alimentar a tantos. —Pritkin miró con inquietud a su alrededor—. Aquello era como cuando se avecinaba una tormenta. Cuando esperan un botín de miles...

—Bueno, mientras permanezcan al otro lado de la protección, no tendremos que preocuparnos por ellos más —dijo Marsden, yendo directamente hacia ellos.

—¿Qué estás haciendo? —grité mientras un muro de oscuridad se alzaba sobre nosotros.

—La protección está diseñada para dejarte pasar ¿verdad?

—¡No lo sé!

—Bueno, pues pronto lo averiguaremos —dijo, mientras un enjambre de puntos negros se separó de la base de la estructura principal. En unos segundos, estaban tan cerca que pude identificarlos: eran magos de la guerra. Al parecer, Saunders se nos había adelantado.

Algunos vinieron directamente hacia nosotros mientras que otros se quedaron en la base de la protección, aguardando a que aterrizáramos, según supuse. Pritkin soltó un sortilegio que lanzó por los aires a los que había justo frente a nosotros, pero volvieron a formar casi instantáneamente y sacudieron el coche con media docena de hechizos. El perro diablo aulló y yo hundí los dedos en su piel, no sé muy bien si para tranquilizarlo o para sujetarlo.

—Jonas... —empezó a decir Pritkin.

—Lo lograremos —dijo Marsden con serenidad.

—¡No si nos atacan con otro sortilegio combinado!

—Sí, pero para hacerlo, tendrán que atraparnos, ¿no?

El coche salió disparado, dirigiéndose hacia la torre negra y el enjambre de magos que había delante.

No me importaban. A aquella velocidad, no les iba a quedar nada que atacar. Nos íbamos a estrellar contra la protección del Dante como insectos en un parabrisas.

Agarré a Marsden del brazo, con los dedos ya sin fuerzas, suplicándole en silencio que diera la vuelta. Él me miró y me dio unos golpecitos en la mano afectuosamente.

—¿Dónde te vas a quedar?

—¿Qué?

—Tú habitación. ¿Dónde está?

—En el ático.

—Bien —murmuró, y chocamos contra el muro de oscuridad.

Grité, Pritkin empezó a lanzar improperios y Marsden se echó a reír y, luego, salimos por el otro lado, y la protección se disolvió como el humo frente a nosotros.

En el Dante, aún era de noche, la luna colgaba pesadamente sobre el casino, con un tono anaranjado. Podía ver el color porque salimos disparados de la línea durante

diez segundos, dejando atrás a nuestros perseguidores, hasta que volvimos a zambullirnos en el remolino azul eléctrico. Marsden había conseguido confundir a nuestros jodidos perseguidores, que subían a medida que nosotros bajábamos. Había hecho un buen trabajo conmigo también. Miré a mi alrededor sin expresión en la mirada, sin saber siquiera si seguíamos boca arriba.

Entonces, vi al edificio dirigiéndose directamente hacia nosotros.

—¡Frena! —grité—. ¡Vamos a chocar!

—Tonterías —me dijo, y se sumergió en medio de un bosque de vehículos que recorrían la línea Ley.

El interior de la protección era como un atracadero. Sorteamos un velero con las velas arriadas dentro de su burbuja de protección, adelantamos a un moderno yate de lujo con tumbonas repartidas por su brillante cubierta de madera y a una barcaza con forma de dragón, muy familiar. Era la flota personal de transporte del cónsul chino. Supuse que el resto pertenecería a sus homólogos, algo por lo que no me habría preocupado si no hubiera sido porque estábamos agrupados en torno a la torre equivocada.

La mía.

—¡Oh, mierda!

—¡Uno nunca encuentra aparcamiento cuando lo necesita! —exclamó Marsden justo en el mismo instante en que un sortilegio perforaba nuestra defensa, arrojándonos contra la puerta del balcón. Me dio tiempo a ver un grupo de rostros atónitos mirándonos fijamente y, luego, atravesamos las cristaleras, rompiéndolas en añicos, haciendo saltar por los aires todos los taburetes y destrozando los sillones.

Chocamos contra la pared que llevaba hasta el comedor, pero rebotamos como si estuviera hecha de goma, en lugar de madera y yeso. Volvimos a la habitación, llevándonos por delante un par de macetas y un indio de madera. Durante algunos segundos, la habitación se convirtió en una maraña de colores y sonidos hasta que, finalmente, nos detuvimos junto a los sofás destrozados.

La cornamenta de la lámpara de araña se agitaba con fuerza sobre nuestras cabezas, lanzando destellos de luz por todas partes. Abracé al perro diablo contra mi pecho y miré a Marsden furiosa. Él tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Creía que nos habías dicho que no chocaríamos!

Me dio una palmadita en el hombro y se echó a reír.

—Ha sido sólo un choqucito. ¡Y me encanta hacer una entrada sonada!

Mircea fue el primero en llegar hasta nosotros, apartando de su camino un montón de fragmentos de madera carísima, haciendo caso omiso a los daños sufridos por su elegante traje negro. Forzó la puerta, logró abrirla y el perro diablo empezó a gruñirle de forma amenazadora, pero Marsden lo agarró del collar y tiró de él.

—Ahora no, *Orion*. Seguro que recuerdas a este senador bueno.

Mircea agarró a Pritkin y lo sacó a rastras del coche, maldiciéndolo con la mirada, pero con cierto aire de alivio. Yo parpadeé, tomándome unos instantes para recomponerme. Entonces lo entendí: Pritkin estaba aún dentro de mi cuerpo. Y aquello, desde luego, era algo que quería aclarar.

—Mierda.

—Si encuentras a nuestros amigos desagradables, mago Pritkin, ¡puedes retirarte cuando lo desees! —dijo Mircea, con mordacidad.

Pritkin cerró los puños y miró furioso hacia donde yo me encontraba, tras Mircea, mientras éste lo abrazaba con fuerza suficiente para destrozarle los huesos. Yo tan sólo me encogí de hombros. Pensé que debería estar agradecido. Al menos, Mircea no lo había besado.

Marlowe se acercó, ataviado con prendas modernas por una vez: una camisa y una corbata negra, con un traje color bermejo que lanzaba destellos castaños sobre su cabello. Agitaba una botella de güisqui.

—¿Os puedo invitar a un trago?

Marsden echó un vistazo a la etiqueta.

—¿Glenfiddich? Oh, sí, por favor. —Se levantó, acompañado por su perro y observó los daños—. No ha sido tanto —dijo, pensativamente—. Una capita de pintura, se deja secar y quedará como los chorros.

—Lo has modificado —lo acusó Pritkin.

—Añadí un escudo externo para aterrizajes que, bueno, no es como esperaba. Es ilegal en las competiciones, pero como ya no compito...

—No me digas —le respondí, algo inestable. Gateé por el interior del coche y traté de dar un par de pasos, pero la carrera me había afectado el equilibrio y la habitación empezó a darme vueltas. Mi oído interno no estaba convencido de que realmente nos hubiéramos detenido.

Miré en derredor, esperando toparme con un círculo de viejas miradas de desaprobación. Fue así, pero no encontré las miradas esperadas. Además de nosotros cinco, las únicas personas presentes en la habitación eran los maestros de gélida mirada de Mircea. Al parecer, los cónsules habían salido a comer algo.

Uno de los maestros abordó a Mircea.

—Señor, los representantes del Círculo han llegado.

—Entretenlos —dijo con brusquedad, mirando a Marsden.

El hombre hizo una leve inclinación y partió, pero Marsden agitó la cabeza.

—Me temo que es demasiado tarde.

—Cassie, ¿puedo hablar un momento contigo? —Mircea no aguardó a obtener respuesta, sino que se llevó a rastras a Pritkin por el pasillo que llevaba a las habitaciones, supongo que para tener algo de intimidad. Caminé a trompicones tras ellos, preguntándome las probabilidades que había de que aquella conversación saliera bien, hasta que Marlowe me bloqueó el paso.

Sonrió.

—¿Está seguro de que no quiere tomarse algo? Tiene aspecto de necesitarlo.

—Puede que luego —dije, tratando de esquivarle.

Se movió conmigo.

—Ésta es la última botella que nos queda. Yo de usted, aprovecharía la ocasión.

Se oyó una maldición desde el pasillo, seguido de un gemido y un ruido sordo. Yo hice una mueca de dolor al ver a Pritkin correr hacia la habitación, con el rostro colorado y la mirada lívida.

—Al final, creo que me tomaré ese trago —dije, al ver a Mircea tras él.

—¡Cassie! —siseó con la mirada clavada en mí.

—Que sea doble —le dije a Marlowe antes de que un vampiro furioso me agarrara de los hombros, clavándome los dedos en la piel.

—¡Tratamos de deshacerlo! —dije, a la defensiva.

—¿Me estás diciendo que es irreversible?

—¡No, no! Claro que podemos cambiarlo —me apresuré a asegurarle, ya que Mircea parecía algo estresado—. Es sólo que... bueno, la última vez que lo intentamos, casi morimos y...

Marlowe trató de darme mi copa, pero Mircea se la arrebató y se la bebió de un trago.

—¡Ah! —dijo Marlowe, mirando alternativamente a Pritkin y a mí—. Esto es... desconcertante.

—Pues imagínate cómo me siento yo —dije, tras lo cual, Pritkin me lanzó una mirada sucia—. ¿Qué? ¿Te gusta llevar sujetador?

Mircea se puso una mano en la frente y permaneció en esa postura durante un largo instante. En la mandíbula, le latía una pequeña vena. Al parecer, el güisqui no le había ayudado mucho.

—Mircea —intervino Marlowe, sereno—. Saunders está abajo y dice que quiere ver a Cassie.

—No está en situación de exigir nada, ya lo dejaste claro en tu comunicado. ¡Parece que la terquedad es un requisito imprescindible para poder ser miembro del

Círculo!

—Quizá, pero está aquí. Ella debe saludarlo.

—Ella no tiene que hacer nada —espetó Pritkin—. ¡Hay que echarlo, no negociar con él!

—Tú no sabes lo que sabemos de él —añadí—. Este hombre está completamente...

—Cassie, ¡eres tú la que no entiende la situación! —me dijo Mircea.

—¡La entendemos perfectamente! —dijo Pritkin con desdén—. Ese hombre ha traicionado al Cuerpo, ha puesto en peligro a sus magos para llenarse los bolsillos...

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Marlowe.

—Uno de los hombres a los que Cassie liberó de la prisión del Círculo sabía lo de sus actividades ilícitas. Acudió a contárselo a Jonas, que ha decidido retarle.

Todos miramos a Marsden, que se había hecho con una toalla con la que trataba de secar al perro diablo. Él asintió con la cabeza, se encogió de hombros y a continuación retomó la tarea de frotar a su chucho poseído. Mircea cerró los ojos durante un instante y Marlowe gruñó.

—¿A que es perfecto?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —pregunté, confusa—. Hay que cesarle.

—Si quisiéramos matarlo, ¡nos las habríamos arreglado para haberlo hecho! —me informó Mircea—. ¡Queremos que esté controlado!

—¿Cómo lo vais a controlar? Él es el jefe del Círculo, ¡me da la sensación de que siempre hace lo que le da la gana!

—¡Situación que va a terminar esta noche!

—No te entiendo.

—El hombre al que me ayudaste a liberar de la prisión del Círculo fue el intermediario en el acuerdo con Saunders —explicó Marlowe—. Él era el enlace entre el Círculo y el comprador final de su energía. Saunders lo encerró después de firmar el contrato para que guardara silencio.

—¿Comprador? —Pritkin frunció el ceño—. Querrás decir compradores. Nadie sería capaz de emplear tanta energía.

—El Círculo Negro sí.

—El Círculo... —Pritkin se detuvo, al parecer, incapaz de procesar aquella información.

Marlowe asintió, y en su rostro comenzó a dibujarse una sonrisa maliciosa.

—Una jugada perfecta, ¿verdad? La energía colectiva del Círculo Plateado estaba siendo vendida a sus rivales más feroces. Por supuesto, según cuenta el señor Todd, el hombre al que liberaste para nosotros, Cassie, Saunders no llegó a saber adónde iba la energía. Pero tampoco se molestó en averiguarlo, lo cual lo hace igualmente culpable. Un punto de vista que seguro compartirá el resto de la comunidad mágica, si alguna

vez llega a enterarse.

—¡Que se enterará! —corrigió Pritkin.

—Todos tus magos de la guerra son iguales —dijo Marlowe, con actitud desdeñosa—. ¡Cuando se topan con un problema lo aporrean hasta lograr someterlo! Os perdéis lo mejor.

Yo crucé los brazos.

—Entonces, explícame tú qué es lo mejor.

Marlowe miró a Mircea, que asintió, lacónico.

—Hemos informado a Saunders de que tenemos a Todd y sus pruebas. No sólo acabaría con su carrera, sino que lo enterraría si alguna vez llegara a...

—¡Lo cual hará! —lo interrumpió Pritkin.

—Lo cual no puede hacer —respondió raudo, Marlowe—. ¡Por otra parte, a quien el Círculo elija como sucesor, nos pondrá en el mismo atolladero en el que hemos estado en el último mes!

—¡Estás hablando de soborno! —dije—. Tú no dices ni palabra de lo de sus actividades y él me confirma como pitia.

—Y todas las otras cosas que le pidamos —añadió, con una leve sonrisa.

—¡Eso está completamente fuera de toda cuestión! —Los puños de Pritkin permanecieron cerrados como si solo la falta de un blanco le impidiera abalanzarse sobre alguien y golpearlo con saña—. ¡El Senado no controla al Círculo!

—No controla al Círculo... todavía —murmuró Marlowe, con aire deliberadamente provocador. Pritkin clavó la mirada en Marlowe con una expresión que no me gustó, y Marlowe le respondió con una leve sonrisa. La temperatura en la habitación aumentó unos diez grados.

Mircea hizo caso omiso.

—Cassie, si quieres el reconocimiento y la cooperación que necesitas para poder ejercer tus funciones, esta es la única manera.

—¿Dejando a un delincuente en el puesto más importante del mundo mágico? ¡Pues no me parece muy buena manera de empezar!

—Es mejor que no llegar a empezar —apuntó Marlowe—. ¡No nos hemos pasado el mes entero buscando pruebas contra ese cabrón para ahora tirarlo a la basura! Tus escrúpulos...

—Son loables —interrumpió Mircea, lanzándole una mirada—. Pero, por supuesto, debemos dejarle claro al mago Saunders que sus triquiñuelas financieras tienen que terminar, y que, en adelante, vigilaremos muy de cerca todas sus actividades.

—Os olvidáis de un pequeño detalle —insistió Pritkin, con tono desdeñoso.

—¿De qué? —inquirió Mircea.

—Jonas va a retarle...

—¡Cosa que no habría ocurrido si tú no te hubieras entrometido!

—... Y además, no me sorprendería que lo hubiera hecho ya.

Todos miramos en derredor, pero Marsden había desaparecido. Marlowe profirió un improperio y se dirigió al vestíbulo. Mircea iba a seguirle, pero yo lo agarré del brazo.

—Tú y yo no hemos terminado.

—¡Este no es un buen momento, Cassie!

—¡Para ti nunca es un buen momento para contarme nada! Siempre te enfadas porque busco ayuda en otra parte...

—¡Yo no definiría al mago Marsden como una ayuda! Era casi imposible trabajar con...

—Querrás decir que era difícil dominarlo... —apuntó Pritkin.

—Por no hablar de que hace dos días, me dijiste que tenías intención de nadar, relajarte y quizá hacer algunas compras, ¿no que empezarías una revolución!

Lo miré fijamente.

—Vale, vamos a ver si lo he entendido. Se supone que tengo que consultarte antes de hacer nada...

—¡Si implica apoyar un golpe de Estado, sí!

—... pero tú no tienes por qué contarme una puñetera cosa a cambio. Nada sobre Saunders, nada sobre tu novia, ¡ni siquiera nada sobre mi padre!

Se quedó en silencio durante un segundo.

—Aún tenemos que confirmar los rumores sobre tu padre —me dijo, más sereno—. No quiero darte un disgusto innecesariamente. ¡No sabíamos que Saunders iba a difundirlos por todo el planeta! —Arrugó la frente—. ¿Y de qué novia me hablas?

Lo ignoré. Estaba tan furiosa que casi me temblaba el cuerpo.

—¿Darme un disgusto? ¿Qué pasa? ¿Acaso tengo cinco años? ¡Soy pitia, Mircea!

—Jamás he cuestionado...

—¡Lo cuestionas continuamente! ¡Todo el mundo lo hace! Al Senado le gusta tan poco como al Círculo. Ambos queréis el poder de la pitia, pero no lo que trae consigo. No quieren a alguien que pudiera forzarles a hacer cosas que no quieren hacer o que pudiera cesarles cuando hagan estupideces. ¡Quieren una rubia tonta que haga lo que se le diga y que quede aislada bajo una tonelada de guardias el resto de su vida!

—¡Es para protegerte, Cassandra! ¿O acaso se te ha pasado por alto la cantidad de gente que quiere verte muerta?

—Más o menos la misma cantidad que está tratando de asesinar a la Cónsul, ¡pero ella no se esconde! ¡Porque sabe que no siempre es posible permanecer segura mientras hace su trabajo!

—¡Tampoco es posible si estás muerta! ¡A eso me refiero! Yo, para hacer mi

trabajo, necesito información... toda la que pueda conseguir, no lo que...

—El lord protector y su corte —entonó uno de los maestros desde lo alto de las escaleras. Alcé la vista y vi un gran cortejo de magos observando la destrucción, tratando de que no se notara que el círculo de vampiros de ojos ambarinos les imponía enormemente.

Marlowe y Marsden mantenían una conversación en voz baja en el vestíbulo. Yo no los podía oír, pero supuse que Marlowe estaría intentando convencerle de que pospusiera el reto. Por el gesto desafiante de su barbilla, no me daba la impresión de que le estuviera yendo muy bien.

Un calvo corpulento vestido con un traje azul que no le quedaba bien nos vio y se dirigió hacia nosotros.

—Supongo que es usted la señorita Palmer.

Pritkin se quedó parado durante un instante y, a continuación, empezó a caminar lentamente.

—Y usted es Reginald Saunders.

Agradecí la pista, porque jamás habría sido capaz de adivinarlo. Parecía más uno de esos lameculos de los mandos intermedios que el líder de la asociación mágica más poderosa de la Tierra. Pero, a decir verdad, yo tampoco tenía mucho aspecto de pitea.

—Efectivamente. —Extendió la mano, pero Pritkin no hizo además de dársela. No fue muy cortés, pero, dado que íbamos a ponernos mucho más descorteses, supongo que tampoco importaba demasiado—. Estaba deseando que nos reuniéramos.

—Me sorprende que no haya enviado a otro de sus lugartenientes en su nombre.

—Parece que algunas cosas es mejor hacerlas personalmente —dijo, con tono sereno. Entonces, la mano que aún tenía extendida, hizo un gesto extraño. Y Pritkin salió por los aires atravesando la ventana destrozada, desapareciendo en el cielo nocturno.

Miré incrédula el lugar en el que hacía un segundo estaba y luego, me abrí paso y crucé la piel de vaca, corriendo hacia el balcón. Me asomé por la barandilla rezando por ver una burbuja de protección abajo, pero no había nada. Las luces del hotel no llegaban muy lejos y, tras ellas, todo estaba sumido en la oscuridad.

Alcé la vista y me topé con Mircea a mi lado, escudriñando la oscuridad. Su vista era más aguda que la mía, pero, a juzgar por la manera en que la baranda se deshacía bajo sus dedos como la mantequilla, él tampoco podía ver nada.

—Dime que era capaz de utilizar tu magia —dijo, con voz inexpresiva.

—Normalmente sí —dije, jadeante—. ¡Pero fuimos atacados antes de llegar! Le queda poca energía y no sé si...

No me dio tiempo a concluir la frase. Mircea se abalanzó contra Saunders, y el



crepitar de su energía chocando contra los escudos del plago fue como el de un enorme incendio forestal descontrolado. Las tablas de los muebles hechos añicos prendieron, convirtiendo el centro de la habitación en una hoguera y amenazando con abrasarme la piel incluso a aquella distancia. Pero Saunders actuaba como si ni siquiera lo percibiera.

—Tiene fama de ser muy sagaz, lord Mircea —espetó Saunders—. ¡Demuéstrelo! La chica está muerta. Ahora mismo, el poder estará pasando a otra pitia, ¡una a la que podré controlar! El juego ha terminado.

Mircea ni se molestó en responder, pero alguien lo hizo por él.

—¡Reginald! ¡Cabrón inútil, pusilánime, asesino! ¡Tú no eres capaz de controlar ni un televisor con un mando a distancia! ¡Como miembro del Gran Consejo, disputo tu derecho a dirigir el Círculo! —Marsden empezó a abrirse paso en las escaleras, y su melena plateada empezó a chisporrotear por la electricidad estática.

Saunders lo ignoró.

—¡No seas idiota, Mircea! ¿De veras creías que eras el único que tenía algo preparado para esta reunión? Tengo a más de doscientos magos apostados rodeando el edificio. ¡Ha llegado la hora de volver a negociar!

—¿Volver a negociar? —La voz sonó tras de mí. Me volví, pero no vi nada más que oscuridad, hasta que bajé la vista. El enorme barco de vela estaba suspendido en el aire, con la proa alzándose y sumergiéndose; los aparejos y cabos chirriaban levemente, y Pritkin estaba asomado por la borda. Lanzó un encantamiento a Saunders que lo arrojó contra una pared, escudos incluidos.

No creo que se hiciera daño, pero su cara era un poema. Pero sólo pude verlo un segundo, ya que una falange de guardaespaldas lo rodearon, impidiéndome disfrutar de su reacción. Los vampiros de Mircea acudieron a cerrarles el paso y, en un abrir y cerrar de ojos, todo se fue al carajo.

Ayudé a Pritkin a subir por la baranda y el barco se quedó flotando, navegando sobre corrientes invisibles. Debía de haber abierto la línea Ley para salvarse, cayendo sobre el barco. Como la barcaza china, parecía capaz de levitar en el espacio real para llegar y bajar de las líneas Ley.

Volví de nuevo la vista y localicé a Marsden abriéndose paso tranquilamente entre la refriega, lanzando maldiciones a derecha e izquierda, que caían como una maza sobre los magos de Saunders. Empezaba a preguntarme si Pritkin no lo habría subestimado. A decir verdad, ningún mago parecía muy dispuesto a enfrentarse a Marsden. Un tipo trató de esconderse tras un matón que lo arrojó a un lado y se apartó de la línea de fuego.

Miró a Marsden, que le lanzó una amable sonrisa justo antes de lanzarle un encantamiento tan potente que lo lanzó por el aire, atravesando lo que quedaba de los ventanales del balcón. Pasó volando junto a nosotros y sobre la baranda del velero,

aterrizando en la cubierta. Para concluir, un vampiro ataviado con un anticuado uniforme de capitán empezó a patearlo.

Una vez despejada la cubierta de su barco, el capitán dio una orden con un gruñido y el velero comenzó a alejarse fuera de la línea de fuego. No lo culpo. Del edificio salían encantamientos por todas partes, explotando en el aire como fuegos de artificio.

Yo me eché a un lado para esquivar las chispas de un encantamiento fallido, y Pritkin me agarró del brazo.

—¡Tienes que salir de aquí!

—¿Yo? ¿Y tú? ¡Estás en mi cuerpo!

—Estaré bien.

—Lo estarás, pero porque no estarás aquí —dijo Mircea, apareciendo repentinamente a nuestro lado. Se le había soltado el pelo y la punta de uno de sus mechones humeaba un poco. Ahogué la llama con los dedos, pero, dado el vasto incendio que había tras nosotros, no me quedé ni mucho menos tranquila.

Al parecer, a Pritkin le pasó lo mismo.

—¡Os superan en número! ¡Necesitáis nuestra ayuda!

—¿Y cómo nos vas a ayudar tú, en el estado en el que te encuentras? —le preguntó Mircea, atrayendo el barco de nuevo hacia nosotros.

—¡Puedo ayudar más que tú, vampiro! ¡Esto se está convirtiendo en un infierno!

—Eso es problema mío. Lo que tú tienes que hacer es llevarla a un lugar seguro e intercambiar los cuerpos en cuanto...

No llegué a oír el resto de la frase, ya que fui alcanzada por un encantamiento que me levantó en volandas, lanzándome al vacío. Ocurrió tan deprisa que casi no me di cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que empecé a caer. El lateral del edificio empezó a emitir destellos, las ventanas empezaron a desdibujarse en una línea negra continua, el suelo se precipitó hacia mí a gran velocidad y, entonces, algo me agarró, casi partiéndome en dos.

Alcé la vista y vi el velero sobre mí, con la proa sumergida y a Mircea colgado del extremo del mascarón de proa hecho de madera. Me tenía agarrada de la cintura, lo cual explicaba que no pudiera respirar. Teniendo en cuenta la alternativa, no me importó demasiado.

Aun así, me sorprendió que hubiera tenido los reflejos de sujetarme. Él también parecía desconcertado. Por un segundo, su semblante habitualmente reservado se abrió, mostrando algo salvaje, feroz y autoritario. Luego, tiró de mí, me cogió el rostro con ambas manos y me besó en los labios. En algún punto sobre nosotros, escuché a Pritkin proferir un impropio.

—Supongo que el plan del soborno no ha funcionado exactamente como tenías planeado, ¿verdad? —dije, jadeante, cuando Mircea me soltó.

—Saunders va a morir por esto —susurró, volviendo la vista hacia el balcón.

—Puede que eso sea algo complicado —apunté, cuando un enjambre de magos salieron de la línea Ley y cayeron sobre la cubierta, tras nosotros. Parece que Saunders no estaba bromeando: los vampiros no eran los únicos que habían preparado algo para aquella reunión.

Por supuesto, los planes no siempre salen bien. Los magos parecían haber supuesto que el barco se mantendría equilibrado, porque la mitad de ellos comenzaron a resbalar sobre los ásperos tablones y empezaron a agarrarse de donde podían, y la otra mitad empezó a caer vertiginosamente por la borda. Los seguí con la mirada unos segundos y, en mitad de la noche, empezaron a abrirse unos escudos en forma de pequeños toboganes. Entonces, Mircea me apretó contra su costado, saltó sobre la baranda y fue tras ellos.

No nos precipitamos a una muerte segura, sino sobre la superficie del yate que, poco a poco se había acercado. Me agarré de la baranda, con el corazón aún encogido de terror, pero Mircea tiró de mí y empezamos a correr. Los magos que habían logrado mantener el equilibrio nos siguieron y parecía que eran muchos.

—No puedo creer que estén haciendo todo esto delante de los cónsules —dije, jadeando y esquivando las tumbonas y algunas mesitas plegables.

—Los cónsules no están aquí. Por eso fui al estado de Washington, a mi corte: para recibirles. Ahora están allí, con el Senado.

—¡Otra cosa más que no me habías contado!

Me rodeó la cintura y me lanzó por la borda. Por un instante, pude ver, con cierta sensación de vértigo, el oscuro atracadero y, a continuación, un vampiro, que me estaba esperando, me agarró, llevándome a la barcaza china de la Cónsul. Mircea salvó de un salto la distancia que habías tras de mí y, en cuanto estuvimos a bordo, la barcaza partió, sólo para ser alcanzada por un encantamiento que la detuvo.

Miré atrás y vi a más de una decena de magos manipulando la red mágica más grande que había visto en toda mi vida. Había envuelto la cola del dragón de la popa de la barcaza y esta nos estaba arrastrando lentamente, colocándonos en paralelo al otro barco.

—No podía contarte nada sin que me oyeran —dijo Mircea, mirando a su alrededor.

—¿Quién? —pregunté—. ¡La única gente que había allí era tu familia!

—Exactamente. —Alzó la cabeza y vio algo. Le seguí la mirada y comprobé que era algo parecido a una pared de madera que se precipitaba hacia nosotros. Tardé unos instantes en entender que se trataba de la cubierta del velero. La enorme goleta se había puesto del revés.

Mircea me levantó, un vampiro extendió el brazo y me agarró de los brazos, con las piernas bien aferradas a las cuerdas. Mircea se puso junto a mí de un salto.

—¿Es que no confías en tu propia familia? —pregunté, con la respiración entrecortada, agarrándome por mi propio bien.

—No confío en uno de ellos. Recuerda que alguien ha tratado de acabar con la Cónsul.

—¡Pero tú dijiste que sabías quién era!

Negó con la cabeza.

—Utilizaron el Bentley el día antes de la destrucción de MAGIA y, en aquel momento, habrían descubierto la bomba con toda seguridad. Así que debió de ser colocada más tarde, después de que el hombre del que hablas muriera.

—¿Entonces, por qué dijiste...

—Para que el culpable se confiara. Kit redujo el número de sospechosos a ocho, cinco de los cuales me pertenecen. Hice que los trajeran aquí en cuanto recibí su informe y cogí prestados los barcos del consulado para que pareciera que los Cónsules se iban a reunir aquí. Si había algún intento de interferir en la reunión, identificaríamos al traidor.

—Por eso discutiste sobre su visita en medio del salón. ¿Querías que todo el mundo te oyera!

Mircea asintió. El velero empezó a alejarse, estableciendo algo de distancia entre nosotros y la refriega. Pero algunos magos habían logrado desenredarse de la red mágica justo a tiempo para abalanzarse sobre nosotros. Yo creía que las cosas no podían ir peor, estando ahí colgados boca abajo a veinte pisos de altura, cuando los magos del Círculo empezaron a agruparse debajo de la red que había abajo. Entonces, el barco comenzó a girar.

Creo que el capitán estaba tratando de desembarazarse de los polizones, y, desde luego, le estaba funcionando muy bien conmigo. Cuando se me empezaron a resbalar las manos, Mircea me agarró y me llevó hacia el lateral, desde donde pudimos ver el casco redondeado.

—No —dije, agitando la cabeza con fuerza—. No estarás pensando...

—Te tengo bien cogida —me aseguró, colocándome los pies en los inestables tablones del casco—. Imagínate que son pequeños escalones.

—¿Que me llevan adónde?

—Ahí arriba —contestó Mircea, y el barco empezó a elevarse de nuevo hacia el balcón.

—¡La gente que quiere matarnos está ahí arriba!

—También aquí abajo —apuntó—. Y allí contamos con más apoyos.

—¡Uno de los cuales podría ser un traidor!

—No, a los sospechosos se les ha dado la noche libre y se les ha ordenado que no vuelvan hasta el amanecer. Si alguno de ellos regresa, sabremos que es él.

Casi habíamos llegado hasta la quilla, pero los magos se encontraban justo detrás

de nosotros y el balcón parecía muy lejano. Y, a menos que tuviera visiones, la rotación estaba adquiriendo velocidad.

—Espera. ¿Y si el traidor ha decidido poner una bomba?

—Hemos hecho un registro. Las habitaciones son perfectamente seguras.

—Sí. ¡Ya lo veo! —exclamé, y la cubierta volvió a mirar hacia nosotros. De repente, no tenía donde apoyar el pie. Tampoco es que importara demasiado, ya que la rotación del barco se detuvo repentinamente, dejándome los pies colgando por la borda—. ¡Mircea!

No contestó, sino que se limitó a cogerme y deslizarse por el mástil, que salía de la cubierta formando un puente. Los magos no tenían nada suficientemente estable para seguirnos por la pulimentada superficie plana, así que decidieron empezar a lanzar encantamientos. Una de las velas plegadas empezó a arder justo al lado de donde nos encontrábamos, así que Mircea aceleró y, de repente, habíamos saltado del mástil.

—¿Tenías que llevártela? —preguntó Pritkin, cuando aterrizamos en el balcón.

Mircea lo ignoró y empezó a atraer la barcaza china.

—¡Ven con nosotros! —le dije, agarrándole la mano.

Negó con la cabeza.

—Si Saunders logra escapar de aquí esta noche, se esconderá. Pueden pasar meses o incluso años hasta que lo volvamos a tener.

—¡Vosotros no lo tenéis ahora! ¡Os tiene él!

La barcaza china empezó a moverse, Mircea cogió a Pritkin y se lo entregó al capitán, que aguardaba. Dijo algo en mandarín y el vampiro asintió, soltó a Pritkin y extendió el brazo para cogerme. Acabé en la cubierta antes de que me diera cuenta siquiera.

—¡Mircea! ¡No lo hagas!

Era como si no me oyera. Se volvió y desapareció, introduciéndose en la densa y asfixiante columna de humo que salía ya de la habitación. No echó la vista atrás.

Me volví hacia Pritkin y la barcaza empezó a alejarse rápidamente.

—¡Tenemos que sacarlo de allí!

—Yo que tú, me preocuparía más por nosotros —me aconsejó. Un enorme buque blanco apareció en el cielo.

Yo sabía que debía de haber salido de la línea Ley, pero había aparecido con dimensiones físicas tan rápidamente, que parecía un truco de plagia. Era razonable, ya que había cientos de magos alineados a lo largo de la baranda: los magos sobre los que Saunders había alardeado, supuse.

—Vuelve a decirme que no quieren vernos muertos —le espeté, y se produjo una terrible explosión en el lateral de la nave, nos adelantó unos cuantos metros e impactó en los laterales del velero.

El barco prendió como una bengala. La madera, las velas y las cuerdas empezaron a arder y explotaron, y la onda expansiva llegó hasta nosotros, haciendo que nuestro barco virara bruscamente dibujando un gran arco. Yo me aferré a la baranda, y observé cómo se precipitaban los fragmentos humeantes del velero sobre el aparcamiento de abajo. Cayeron sobre las hileras de coches de los empleados, lanzando por los aires a varios de ellos y activando un coro de alarmas. No me pareció que ninguno de los tripulantes lograra escapar.

Y lo que es peor, el buque del lord protector iba directo hacia el ático. Si llegaba hasta allí con semejantes refuerzos, Mircea estaba muerto. Aquello estaba fuera de toda duda.

Agarré al capitán por las solapas.

—¡Detenlos! —No pareció entenderme, así que lo zarandeeé y señalé el barco—. ¡No podemos permitir que arriben!

Él se limitó a apartar mis manos de su túnica de seda. No dijo ni una palabra, pero sí que entendió la idea: no estaba loco. Afortunadamente, yo estaba a bordo con alguien que sí lo estaba o, al menos, casi siempre daba la impresión de estarlo.

—¡Sujétate! —exclamó Pritkin, y apoyó todo su peso en el timón que había atrás. Cambió el curso del barco con una sacudida que nos lanzó a todos al otro lado de la barca. La única razón por la que no nos caímos por la borda fue por la baranda, que era más sólida de lo que parecía. En un instante, chocamos contra el lateral del barco de Saunders.

El impacto me lanzó contra la baranda y me retumbó en toda la cabeza, como un cañonazo, increíblemente estrepitoso y resonante. El barco de Saunders escoró, lanzando a algunos magos por la borda y dejando a los demás más que descontentos. El capitán chino vociferaba órdenes a sus hombres mientras los magos de la guerra se reagrupaban en nuestra cubierta. Había demasiados como para poder enfrentarnos a ellos, pero tras el choque, ambos barcos se tambaleaban de tal manera que, de todas formas, resultaba del todo imposible pelear.

El primer impacto nos había sacado del recinto del Dante, pero algo parecía estar fallando en el sistema de navegación, ya que en cuanto los dos barcos llegaron a la autopista, viraron completamente, dirigiéndose a trompicones de nuevo hacia el edificio. El capitán trataba desesperadamente de liberar el barco, pero el mascarón en forma de dragón estaba fuertemente atascado dentro del ojo de buey del buque de Saunders.

El otro barco se estaba hundiendo a causa del peso y estaba peligrosamente escorado.

—¡Al otro lado! ¡Id al otro lado! —exclamó alguien y un grupo numeroso de magos fue corriendo al otro lado del buque, tratando de compensar el peso. Pero era demasiado tarde.

El Dante se precipitaba a toda velocidad sobre nosotros, nos encontrábamos al menos a diez pisos de altura, y debajo, sólo había coches envueltos en llamas y asfalto. El capitán echó un último vistazo al problema, espetó algo bastante impío y extrajo un hacha de su cinturón. Un segundo más tarde, el cuello del dragón se había partido en dos partes, y una de ellas se alejaba, atascada en la otra nave.

Los esfuerzos que en el barco de Saunders habían estado haciendo por compensar el peso fracasaron cuando, repentinamente, nos separamos. El otro buque se dio la vuelta completamente, esparciendo magos por todo el aparcamiento como granos de sal cayendo de un salero. Surgieron escudos por todas partes y Pritkin me gritó al oído:

—¡Prepárate para el golpe!

Nos rodeó con sus escudos y, en unos segundos, mientras yo miraba abajo, al aparcamiento, chocamos contra el lateral del Dante.

La barcaza atravesó una ventana, un dormitorio, recorrió un pasillo y volvió a atravesar otra pared, que separaba el pasillo del descansillo de la escalera. Aún no nos habíamos detenido cuando Pritkin me agarró la mano y tiró de mí, y bajamos las escaleras. Por desgracia, los magos tenían muy buenos reflejos también, y diez o más seguían aún en ella cuando se produjo el choque.

Junto a nuestras cabezas, pasó un encantamiento, impactando contra el muro de cemento que había justo delante de nosotros. Pritkin aún tenía los escudos alzados, pero no podría mantenerlos así por mucho tiempo y jamás podríamos enfrentarnos a tantos magos. Saltamos la barandilla al siguiente piso y vi a seis de ellos en la puerta del descansillo de la escalera.

—¡Llévanos al cuarto piso y podré sacarnos de aquí! —le dije, y un encantamiento se evaporó al chocar contra sus escudos. Él asintió, con aire sombrío y huimos a toda prisa.

Jamás me habían parecido tan largos dos tramos de escaleras. No nos preocupamos por la seguridad ni por las rodillas amoratadas cuando tropezábamos y nos arañábamos la piel al no poder parar a tiempo para no chocar contra un muro. Seguíamos avanzando: pasamos el quinto piso, esquivamos una ráfaga de balas, giramos en el descansillo, saltamos al siguiente tramo para evitar freírnos con una bola de fuego, bajamos otro tramo y, finalmente, atravesamos la puerta que llevaba al cuarto piso.

—¡Por aquí! —exclamé, y corrimos a toda prisa hacia el bar hawaiano. Lo llevé hasta una puerta lateral que llevaba al minúsculo almacén que yo consideraba mi hogar.

—¿Y ahora qué? —me preguntó, al oír más pasos en el bar.

—Ahora esto —dije, y le di un empujón. Cayó hacia atrás, atravesando el portal y, en ese mismo instante, un mago abrió la puerta. Era joven, de pelo castaño, con gafas y pecas en la nariz. Él estaba tan sorprendido de verme a mí como yo de verlo a él y, por un instante, nos quedamos mirándonos el uno al otro. Entonces, salté hacia el portal, él lanzó un encantamiento y el mundo explotó en medio de un gran dolor.

Rodé hasta el salón del Lejano Oeste y choqué contra Pritkin. Alcé la vista, vi el cartel de «fuera de servicio» del teléfono y gemí de dolor. Tenía todo el cuerpo destrozado, y era como si tuviera la pierna izquierda envuelta en llamas.

El tintineo de las copas brindando, las risas y la música se colaban por las cortinas de terciopelo rojo, como si en el piso de arriba no se estuviese librando una batalla. Pritkin me miró.

—¿Qué es lo que ha pasado?

Lo miré fijamente, los ojos se me llenaron de lágrimas y negué con la cabeza. Si trataba de hablar, gritaría. Pero, por mucho que me doliera, no podíamos quedarnos allí. El mago me había visto desaparecer. Tenía que estar pisándonos los talones.

Pritkin pareció captar la idea. Me rodeó con los brazos y me ayudó a levantarme. Traté de apoyar todo el peso posible en la pierna buena y entramos en el club cojeando. Había gente por todas partes, pero, afortunadamente, la luz era tan tenue, la mayoría despedida por unas hileras de faroles que había en el techo, que no atrajimos demasiada atención, a pesar de nuestro aspecto. Por supuesto, lo que había en el



escenario debió de tener algo que ver.

Un foco iluminaba a Des Pechada que estaba tumbada sobre un reluciente piano negro, ataviada con un vestido ajustado adornado con una masa cegadora de lentejuelas fucsia, y con una boa de plumas a juego. Estaba cantando un número de Liza Minelli a pleno pulmón, y flirteaba con el atractivo pianista. Nos giramos hacia el pasillo, dejando el escenario a nuestras espaldas y vimos a dos magos de la guerra vigilando en el exterior.

—Por aquí —dijo Pritkin bruscamente, tirando de mí en la otra dirección. Caminamos cojeando entre el bosque de mesitas hacia la oscuridad del lateral del escenario, donde había un cartel de salida como una cuerda de salvamento. Casi habíamos llegado hasta ella, cuando de repente, Pritkin se puso tenso.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tenerlos compañía.

Miré atrás y vi un grupo de sombras oscuras saliendo de un hueco, mirando a todas partes sin ver nada, ya que sus ojos no se habían acostumbrado a la oscuridad. Entonces, Pritkin me empujó hacia una puerta que había junto al escenario, cerrándola con firmeza. No había pestillo, pero, teniendo en cuenta quién nos estaba persiguiendo, aquello resultaba del todo irrelevante, de todas formas.

Des Fasada que estaba sentada frente a un espejo iluminado, se volvió hacia nosotros, mirándonos. Al parecer, aquellos eran los camerinos de los artistas. Además, de la mesa que Des estaba empleando como tocador, había un perchero con vistosos vestidos en una esquina y una pila de cajas de zapatos sobre una silla.

Des me sonrió con mucha más simpatía que la última vez que nos habíamos visto.

—Vaya, hola. —Entonces, miró a Pritkin—. Joder, chica. Y pensar que la última vez creí que tu aspecto no podía ser peor.

Me miró, pero yo me limité a negar con la cabeza y me dejé caer en una silla que había junto a la puerta. No había manera de explicarle brevemente a la fabulosa Des Cocada toda la historia, y tampoco tenía ninguna gana.

—Bonito vestido —le dije, jadeante.

Se trataba de unas treinta y dos hectáreas de satén blanco barato; escotado, con minifalda y con el dobladillo adornado con grandes rosas blancas. Había más rosas cosidas toscamente en ramilletes sobre el tocador y otro montón adornando la altísima peluca, esta vez rojo bermellón, sujetando un pomposo velo. Era un vestido de novia, estilo *drag queen*.

—Es cortesía de la vaca de Des Pechada —dijo Des, volviéndose de nuevo hacia el espejo—. Esa zorra sabe muy bien que el número de Liza es mío. Pero echamos a suertes quién abría el espectáculo y, ¿con qué tenía que empezar? Claro, y me deja a mí la mierda manida del *Like a Virgin*. Aunque, desde luego, también hay que admitir que, a su edad, queda ridículo...

—Bueno... eh... estamos en un aprieto —dijo Pritkin, interrumpiéndole—. ¿Hay alguna puerta trasera?

—¿Bromeas? Hay puerta trasera, frontal y lateral —replicó Des, mirándome a través del espejo mientras se pintarrajeaba con el lápiz de labios—. Pero tu apuesto amigo no parece estar en condiciones de correr mucho en este momento.

La miré, con un dolor intenso irradiándome de la pierna a la espalda, y tuve que darle la razón. Si tenía que huir de alguien más, estaba perdida. Por no hablar del hecho de que, dentro de la bota de Pritkin, sentía que el pie me resbalaba en lo que parecía ser sangre.

—Sí, bueno, en este momento no nos queda otra opción —dijo Pritkin con brusquedad.

Des se levantó con sus tres metros de satén y plataformas.

—Siempre hay otra opción, cielo —dijo, y lo empujó, haciéndole atravesar una pared—. Tú también —me dijo, levantándome y dándole un pellizco al trasero de Pritkin, entre tanto—. Oh, muy bonito —dijo, y me empujó.

Esperaba toparme con un portal, pero terminé atravesando una protección que ocultaba una pequeña salita. Aparentemente, debían de utilizarla los de seguridad. Estaba oscura, y sólo había una luz procedente de una hilera de televisores alineados en la pared frente a un pequeño escritorio. En la mayoría de ellos se veía la calle, pero uno mostraba el escenario. Sólo había una silla, y la tomé.

Des entró tras nosotros y subió el volumen. Des Pechada seguía bajo el foco, pero había dejado de cantar. Varios magos de la guerra habían rodeado el escenario y, al parecer, trataban de interrogarla delante de la clientela. Pritkin puso los ojos en blanco.

—Aprendices —murmuró, tirándome de la bota.

—¿Qué has dicho? —inquirió Des Pechada, inclinándose para darle con el micrófono en la cara al mago que se encontraba más próximo a ella.

—¡He dicho que un día te vas a buscar un problema con esa lengua afilada que tienes!

Ella se echó a reír, y empezó a ronronear.

—Oh, cielo, no es afilada. Es flexible.

La audiencia se echó a reír, haciendo que el joven se ruborizara. La miró de arriba abajo con aire desdeñoso, percatándose de la enorme peluca negra, las lentejuelas y los largos pendientes.

—¿Es usted gay?

—Depende. ¿Buscas compañía? —El público estalló en burlas y rechiflas. Otro de los magos lo sacó de la zona de peligro mientras Des Pechada se levantaba mostrando su altura habitual. Le susurró algo al pianista—. En honor a mi nuevo joven amigo, mi último número será *I'm coming out* de Diana Ross. Y, chico, si

consigues deshacerte de los celosos de tus amigos, ¡llámame!

Des volvió a bajar el volumen.

—Yo soy la siguiente. No os preocupéis; les diré a las chicas que aseguren que os han visto salir corriendo hace un momento. Si queréis mostrarme vuestro agradecimiento, hay un modelito rosa precioso en el escaparate de Augustine que me quedaría divino. —Nos lanzó un besó, y se marchó.

—Tienes unos amigos muy raros —dijo Pritkin, logrando quitarme la bota al fin.

Por el dolor que tenía, esperaba encontrarme medio hueso fuera. Tenía los pantalones empapados de sangre hasta la rodilla y regueros de brillante hemoglobina resbalaban por el pie desnudo. Pero, cuando extrajo una navaja del cinturón y rajó la tela, vimos que la herida era realmente un corte con muy mal aspecto que se extendía desde la rodilla hasta ingle.

—Es una maldición progresiva —explicó Pritkin, con aire sombrío—. Si no se trata, te consumiré, literalmente.

Lo consumiría, más bien.

—Lo siento —gemí—. Dudé. Entró un mago por la puerta y no salté a tiempo...

—Tú no estás entrenada para el combate —me dijo Pritkin, mucho más comprensivo y manteniendo mucha más compostura de la que yo habría tenido si las circunstancias hubieran sido a la inversa.

La herida era profunda y sangraba abundantemente. Trató de cerrarla, y yo tuve que morderle la manga de la chaqueta para evitar gritar. Con aquello, sólo conseguimos que brotara aún más sangre entre sus dedos, que le salpicó el frontal de los pantalones.

Se quedó mirando la herida un largo instante, sujetándomela con fuerza con las manos, y luego alzó la cabeza y me dijo:

—Tenemos que transportarnos.

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora! Mi cuerpo es capaz de curar esto, pero tú no posees los conocimientos suficientes para hacerlo ¡y yo no tengo tiempo de enseñarte!

—¿Acaso se te ha olvidado... todo lo que hay rodeando el hotel? —dije, jadeante.

—No. —Se humedeció los labios—. Pero tenemos que correr el riesgo. Estás perdiendo demasiada sangre.

Hubiera preferido esperar a que Billy Joe llegara, pero podría tardar un rato, y yo ya me estaba mareando y empezaba a sentir frío en el cuerpo. No me pareció que aquel cuerpo tuviera tiempo.

—Voy a sacarte —dije, con la respiración entrecortada—. Pero... que no te entre el pánico.

Pritkin asintió, se puso pálido, pero parecía estar relativamente tranquilo. Yo sólo esperaba que durara algo, porque, con lo cerca que estaban los rakshasas, no

tendríamos mucho tiempo si algo iba mal. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás. En un instante, estaba incorporándome, dejando el cuerpo de Pritkin tras de mí.

Saqué un brazo fantasmal y no vi ningún escudo. Llevé mi mano a su pecho y un par de dedos inmatrimales se deslizaron en su interior. Sentí que daba un respingo ante la intrusión, pero no se apartó, aunque noté que temblaba. También noté otra cosa.

A diferencia de la mayoría de los fantasmas, su espíritu estaba caliente y era casi sólido. Nunca se me había ocurrido preguntarle a Billy cómo era el tacto cuando un fantasma toca a otro. Pero, ahora que lo pensaba, las veces que había poseído a alguien que aún estaba «en casa», por decirlo de alguna forma, el tacto no era como el de Billy Joe, sino que tenían una presencia cálida, sólida. Como Pritkin.

Empecé a urgar en su pecho, tratando de agarrar algo y él empezó a mostrarse nervioso.

—Tranquilo, tengo una idea —le dije.

—Sea lo que sea ¿puedes darte prisa?

Asentí. Aquello podía funcionar o no, y dudar podía ser fatal. Agarré a su espíritu tan fuerte como pude, entré en mi cuerpo y lo lancé a él al suyo. Todo transcurrió en un par de segundos y, de repente, ya estábamos en casa.

Él me miró pestañeando inexpresivamente durante un instante y, entonces, hizo una mueca cuando empezó a sentir el dolor.

—¿Ya está? ¿Eso era todo?

—Supongo que sí —dije, algo mareada. La ausencia de dolor me hizo sentir algo mareada.

—¿Y por qué no lo has hecho antes?

—¡Porque antes no sabía que se pudiera hacer! —contesté con brusquedad, sacando la cabeza por la protección que había sobre la puerta.

Cogí lo menos chillón que encontré en el camerino, una sencilla blusa blanca de algodón, la desgarré para hacer una venda y volví adentro. Eché un vistazo a los monitores y vi que los magos se habían repartido, quedando algunos en el club para vigilar el portal y los demás inspeccionando sistemáticamente la calle. Me pregunté cuánto tardarían en desandar sus pasos.

—Esto se lo voy a tener que compensar a Des —dije, rasgando el algodón con la ayuda de la navaja de Pritkin—. Sólo espero que no formara parte de su vestuario.

Él no replicó nada y, cuando terminé de vendarle, seguía temblando y sudando. Aquello no parecía estar deteniendo la hemorragia. Tampoco ayudaba el hecho de que tuviera otras heridas desgarrándole la piel de las que no me había percatado siquiera; cortesía de la persecución, según supuse. Pero era la pierna lo que me provocaba temblores en los brazos, me entorpecía los movimientos de las manos y me revolvía el estómago.

—Pritkin —dije, con delicadeza—. ¿Por que no se detiene la hemorragia?

Vi el sudor reluciendo en su garganta y que su respiración era más rápida y superficial de lo habitual.

—En cuanto puedas, transpórtate y vuelve con Jonas. Sácalo de aquí y no te separes de él. Os podéis proteger mutuamente hasta que el asunto con el Círculo se haya...

—¿Qué quieres decir con que me transporte? —le pregunté, sintiendo que el frío del estómago crecía exponencialmente.

—Escúchame. No tenemos mucho tiempo...

—¿Antes de qué?

—Deja de hacer preguntas por una vez y escúchame. No dependas de los vampiros para que te protejan de Saunders. Hay demasiados trucos que no conocen y que no serán capaces de contrarrestar. Y dile a Jonas... dile a Jonas que tiene que...

—¡Deja de darme órdenes! —gimoteé, mirándolo furiosa.

No me sirvió de mucho, ya que no lo podía ver muy bien. La poca luz que había en la sala parecía caer en un ángulo en el que su perfil no quedaba bien definido. Me coloqué frente a él para poder agarrarlo de los brazos y poder mirarlo a la cara.

—Dijiste que podías curarlo. ¡Hazlo! —No me miraba—. Detén la hemorragia, Pritkin—le supliqué, hundiendo los dedos en sus brazos—. Detenla y haré lo que tú digas.

Se alojó los labios.

—Mi nivel de energía es... más bajo de lo habitual. La curación me llevará tiempo.

Sí. Un tiempo que no tenía. Lo miré, escéptica.

—¡Me has mentido! Querías que nos intercambiáramos los cuerpos porque sabías... —Ni siquiera fui capaz de pronunciarlo.

Lo miré fijamente, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo.

Que pudiera desaparecer, con todas las cosas útiles y extrañas que había aportado a mi vida. Se evaporaría, como la magia.

—No puedes hacer esto —me dijo, mirándome finalmente a los ojos. Y, si tenía alguna duda de que no lo decía en serio, aquella mirada la disipó por completo—. No puedes quedar destrozada cada vez que pierdes a alguien. La guerra...

—¡No me vengas con sermones estúpidos sobre la guerra cuando la persona a la que voy a perder eres tú! —dije, sorprendida por la ferocidad de mi tono. Al menos, la voz no me temblaba.

Su cara se emborronó y sentí un sabor salado en los labios. Estaba caliente, caliente, como las manos de Pritkin, que se alzaron y me cogieron el rostro, acariciándome los párpados con los pulgares, suave como sus dedos en mi pelo.

—Una persona no es importante, en el conjunto de las cosas —dijo, y su voz sonó dulce, dulce como jamás lo había sido, y aquello casi me partió en dos.

*Pero tú eres importante*, pensé. Pero él eso no lo veía. En su mente, Pritkin no era más que un experimento fallido, un niño marginado, un hombre al que sus iguales solo valoraban por su capacidad para eliminar lo que ellos temían. Por una vez, deseé que él pudiera verlo del mismo modo en que yo lo hacía.

—Entonces, tampoco esto lo es —le dije, inclinándome y apretando mi boca contra la suya, dándole un beso encendido por la desesperación e intenso por todo lo que significaba para mí.

Presionó los dedos contra mi cara, y me devolvió el beso con una dulzura, con un deseo contenido que contrastaba dolorosamente con la pasión con la que lo había hecho en la cocina de Marsden. Esta vez no se produjeron chispas, ni hubo ninguna brisa fresca recorriéndome el cuerpo, extasiado y ávido, ni...

Ni había perdido energía.

Me separé y lo miré.

—Espera. ¿Qué ha sido... lo que te has curado antes, en la cocina de Marsden? Un arañazo en el brazo. ¡Te vi! —Pritkin no dijo nada—. Eres medio íncubo, tú puedes alimentarte de mi energía —dije, recuperándome. Su capacidad debe ser espiritual más que física, igual que mi energía. Esa era la razón por la que aún podía transportarme, incluso estando dentro de su cuerpo.

Igual que él aún podía sanar.

—¡No te sobra energía! —me dijo.

—¡Tengo más que tú! —lo agarré de los brazos—. Pritkin, puedes utilizar mi energía para curarte... —Me callé porque jamás había visto aquella expresión en su rostro. Parecía estar aterrorizado.

—¡Eso es precisamente lo que ocurrió la última vez! —dijo con dureza, desviando la mirada a la pared, a los monitores, a la papelera, a todas partes excepto a mi cara—. Ya lo has visto en la casa. Aquello estaba mucho más aislado que esto, no había nada en muchos kilómetros excepto campos, agua y bosques. ¡No había nadie que la pudiera ayudar! ¡Nadie que pudiera oírla gritar!

Fue entonces cuando, de repente, se me ocurrió que su muerte no era lo que le aterrorizaba. Era la mía. Tomó aire, su rostro se tensó y se le enrojeció la piel del cuello.

—Tú no conoces el riesgo que corres —dijo, más sereno.

—Tu padre trató de matarme. Créeme. Lo sé. —Aquello se había añadido a mi lista de pesadillas recurrentes, aquella horrible sensación abrumadora que me hacía desear desaparecer. Pero había sido Rosier. Pritkin no tenían intención de hacer daño a nadie. Había perdido el control con su esposa porque nadie le había advertido de que aquello pudiera ocurrir. Pero, ahora, sí conocía el riesgo.

Razón por la cual no iba a correrlo.

Estaba escrito en el brillo de sus ojos, en la humedad bajo su nariz, en la

inclinación de su mentón.

—¡No puedo perderte! —le dije, con una sensación desafiante, triste y furiosa a la vez.

—Te lo prometo, no me vas a perder. Pero tú y Jonas tenéis que...

—No quería hacerlo —dije, yendo al grano con aquella mentira obvia—, pero no me estás dejando otra opción. Es mi deber y voy a hacerlo. Haz lo que debas para sanarte.

—¿Tu deber? —Fue como si hubiera puesto toda su frustración en aquella mirada enfurecida—. ¿Y por qué lo es, exactamente?

—Vaya, así que, ¿ahora no soy pitia?

—¡Eso no tiene nada que ver con esto!

—¡Todo lo contrario! ¡Eres un mago de la guerra, me has jurado lealtad! ¿Y crees que no tienes por qué hacer nada de lo que yo te diga? Pues sí —dije, mientras él me miraba boquiabierto—. Ya sé que tú sabes mucho más que yo y que cuentas con mucha más experiencia, razón por la cual te suelo escuchar siempre. Pero te equivocas en esto, porque eres demasiado sensible como para ver que hay que correr el riesgo. Así que voy a tomar una decisión, que es que, como soy pitia y es mi cuerpo, estoy en mi derecho.

Le puse la mano en el muslo, sorprendida al notar el calor de mi piel contra su piel. Pritkin dio un respingo y me miró, con los labios separados y los ojos un poco idos.

—Ya te advertí una vez de cómo queda alguien cuando un ícubo le quita toda su energía. ¿De veras quieres correr el riesgo?

—Sabes que soy muy aficionada a la seguridad —le dije, con serenidad—. Realmente, la prefiero a tener que arrepentirme después. Pero, en este caso, sí. Estoy dispuesta a correr el riesgo.

—Yo no sé qué es lo que soy —dijo, con una voz un poco pastosa.

Y no pude seguir soportándolo. Acorté la distancia entre nosotros, lo empujé contra la silla y le besé, sosteniéndole la cabeza con las dos manos, enredándolas en aquel estúpido pelo. Casi esperaba más resistencia, porque Pritkin jamás había cedido ante un argumento que no le convenciera. Así que fue una sorpresa cuando dejó que sus manos resbalaran por mi cuerpo, me agarró del trasero y se deslizó hacia el suelo.

—Voy a ir directo al infierno por esto —murmuró.

—Al menos, conocerás a un montón de gente —dije, con la respiración entrecortada. Luego, no pude seguir hablando, porque él había apretado su boca fuertemente contra la mía.

Le saqué la camisa por la cabeza y mis manos se perdieron en su cuerpo. Le rodeé la nuca con una de ellas, acariciándole el cabello. Lo tenía suave y sedoso, lo que era una sorpresa, y ligeramente húmedo, al igual que la piel que había debajo. Empleé la

otra mano para acariciarle su fornido cuerpo, fuerte y ornamentado con filigranas de tinta negra y cicatrices plateadas. Casi me resultaba tan familiar como mi propio cuerpo, pero, de repente, lo sentí muy distinto.

Tracé con los dedos la forma de sus robustos pectorales hasta su vientre liso y, luego, seguí la hirsuta hilera de vello que apuntaba a unas partes aún más interesantes. Pero Pritkin interceptó mi mano, apartándola.

—No —dijo, con aspereza.

—¿Por qué?

—Porque no puedo perder el control, señorita Palmer, o esto saldrá muy mal.

—Si vuelves a llamarme así aunque sea una sola vez más —le dije, muy seria, pero olvidé lo que iba a explicarle, ya que él me rozó el cuello con la boca. Sus labios fueron descendiendo, trazando la curva del hombro, acercándose a un punto que le gustó y comenzó a lamer.

Enseguida, recordé lo determinado que Pritkin podía llegar a ser. Cuando se le metía una cosa en la cabeza, se... obcecaba y, en aquel momento, se había empeñado en volverme loca. Estaba haciendo un buen trabajo; había conseguido quitarme la camisa y desabrocharme el sostén con una sola mano, acariciándome levemente el pezón con un fuerte pulgar.

Le devolví el favor, pasándole las uñas por la mata de pelo rubio del pecho, dando con una pequeña protuberancia que se endureció al tacto. Jugué con ella hasta que él me apartó la mano, de nuevo. Yo gemí frustrada y continué, pasándole las manos por la cálida piel desnuda, hallando las marcas de las cicatrices, hundiendo con fuerza los dedos en sus músculos y huesos. No había delicadeza por ninguna parte, excepto la del terciopelo de su piel y el roce de su boca.

Acaricié con los labios una de las viejas cicatrices blanquecinas que tenía en el hombro, palpando su textura rugosa con la lengua.

—Por favor —suplicó Pritkin, con la voz ronca, y yo sonreí, con el rostro pegado a su piel—. No —añadió, acabando con mi paciencia.

—¡Pritkin! El sexo implica en cierto modo perder el control, ¡aunque sea un poco!

—Esto no es sexo.

Lo miré, pestañeando.

—¡Ah! Entonces, ¿qué es?

—¡Una emergencia!

Iba a replicarle, pero me lo pensé mejor. Teniendo en cuenta lo que Mircea le haría a Pritkin si alguna vez se enteraba de aquello... sí, emergencia sonaba bien.

Pero algo de lo que le había dicho debía de haberle llegado, porque sus enormes y cálidas manos empezaron a deslizarse por mi cintura. Y algo había cambiado en la forma de tocarme. El roce de sus dedos sobre mi piel era tan exquisito como el de la



boca, crispándome con cada roce, enviando ondas de placer por todo mi cuerpo. Sentí como me quitaba los pantalones, y no me importó.

Una brisa fresca atravesó la habitación sin ventanas y él emitió un gruñido grave y profundo desde lo más hondo de su garganta, y empezó a trazar a besos un sendero, recorriéndome el cuerpo. El corazón me dio un extraño vuelco justo al mismo tiempo que el temor y el deseo surgían de mis entrañas. Me besó la rodilla y, luego, continuó besándome por el interior del muslo; cuando llegó al pliegue entre el muslo y la ingle, empezó a succionar y yo me estremecí al sentir el roce de su barba en mi delicada piel.

Tenía una técnica mágica, cosa que debía haber esperado, pensé debatiéndome entre las lágrimas y la hilaridad histérica.

—¿Es esto sexo ya? —pregunté, con la respiración entrecortada, cuando una boca cálida y húmeda se posó sobre mí. Reprimí una carcajada.

Era perfecto, perfecto, una resbaladiza lengua húmeda trazando unas formas que debían de ser símbolos rúnicos en el fino algodón, pero ya estaba demasiado extasiada como para distinguirlo. Me cubrió con su aliento, alternando entre hoscas formas con suaves exhalaciones, trazándolas con la punta de la lengua. Transcurrió un instante sin que se oyera nada más que el susurro de su respiración sobre mí, seguido de una delicada sacudida húmeda, una y otra vez, hasta que se me nubló la vista a causa de las lágrimas y noté mi respiración entrecortada de un momento a otro se convertiría en sollozos.

Aquella sensación me aceleraba el corazón y me arrebatava la piel, provocando que mi cuerpo anhelara más y más, como una droga. Con cada movimiento, enviaba punzadas de placer que me hacían arquear la espalda, dejándome los músculos flácidos e indefensos. Apenas noté que la brisa se tornaba más intensa, provocándome un cosquilleo en la piel y revolviéndome el cabello.

Metí la mano por la cinturilla de sus raídos pantalones. Mis dedos se deslizaron sobre una costra de sangre reseca, que se deshizo al rascarla. Debajo, solo había una piel suave y unos tersos músculos que se tensaron al tacto. *Se ha curado*, pensé, mareándome incluso un poco.

—¡Pritkin! Creo...

Una mano fornida me agarró de la nuca, un muslo se apretó contra el mío, y pude sentir una inconfundible presión en la piel. Alcé la vista y me topé con una mirada ida y hambrienta. Oscura y encendida, con una delgadísima corona verde rodeándole la pupila.

Me besó y, en la superficie, nada había cambiado. La sensación de su cabello entre los dedos era la misma, fresca, sedosa, incontenible. La manera en que me besaba, tan intensa que se olvidaba hasta de respirar, era también la misma, dejándonos a los dos jadeantes. Pero, de repente, lo que era una brisa se convirtió en

un torrente, en un gélido estallido de poder que me aplastó, dejándome los músculos inertes como el agua.

A diferencia de la horrible sensación de estar siendo exprimida que había tenido con Rosier, aquello no dolía, aunque seguía siendo un trasvase de energía. Uno muy grande. Pritkin seguía alimentándose.

Por un instante, el pánico me atoró la garganta, consciente de lo que aquello significaba para mí. Pero, antes de que me diera tiempo a protestar, todo se paralizó, y él apartó bruscamente los dedos y la boca. Alcé la vista y vi a Pritkin, inmóvil sobre mí, con la musculatura cubierta de sudor, los muslos temblorosos a causa del esfuerzo de mantenerse quieto. Tomó aire, apretando los labios con fuerza, como si se debatiera por mantener el control.

Sus extraños Ojos se clavaron en los míos, y vi horror en ellos, pero éste se vio rápidamente anulado por otra cosa: hambre pura.

—¡Vete!

No hizo falta que me lo dijera dos veces. Me eché atrás tambaleante, sin que me diera tiempo siquiera a ponerme en pie, sólo arrastrándome hacia atrás hasta atravesar la protección. Caí por el pequeño escalón y aterricé en las baldosas del suelo del camerino de Des, jadeando y presa del pánico, porque los pantalones se me habían enredado en los muslos, atrapándome momentáneamente. Pero Pritkin no pasó por la protección.

No estaba segura de que él estuviera bien, ni de si estaría tratando de darme ventaja. Tampoco quería averiguar lo que podría ocurrir si perdía el control, pero ¿qué otra alternativa tenía? ¿Correr a un casino lleno de magos de la guerra que parecían más interesados en matarme que en capturarme?

Aún me estaba peleando con la ropa y tratando de pensar con claridad, cuando la puerta se abrió y apareció Des. Se quedó inmóvil al verme, apuntando al norte con una de sus cejas pintadas. Sentí cómo el rubor me recorría el cuello.

—Esto no es lo que parece —solté.

—Tranquila, cielo —me dijo, tirando de la cola de metro y medio del vestido cubierta de rosas—. Todas hemos acabado alguna vez con las bragas en los tobillos.

—¡Tengo las bragas exactamente donde tienen que estar! —le espeté, indignada, tratando de levantarme. Pero los pantalones me la jugaron y me caí. Al instante, se oyó un anuncio en el bar: «Damas y caballeros, sentimos informarles de que hay una amenaza de bomba en el hotel. Por su seguridad, estamos evacuando nuestras instalaciones mientras un equipo de expertos evalúa la situación. Por favor, salgan ordenadamente ala calle por el vestíbulo».

—Nos buscan a nosotros —le dije a Des, tratando de no perder el hilo—. Si salimos con la multitud, darán con nosotros, y si no lo hacemos, ¡la búsqueda no durará mucho, en un hotel vacío!

Des se mostró pensativa, aunque no me pidió ninguna explicación.

—¿Puede tu amigo lanzar un sortilegio?

—Sí, pero son magos de la guerra. ¡Lo percibirían! Además, no creía que Pritkin estuviera para muchos encantamientos en aquel momento.

—Puede que tenga una idea —dijo—. Un minuto. —Volvió al club.

Me senté en su silla, y me coloqué la ropa, lo cual me resultó mucho más difícil de lo habitual, con las manos que no dejaban de temblar. Cuando volvió, aún estaba debatiéndome.

—Por las chicas está bien, están muy cabreadas porque los del Círculo les han estropeado la noche del estreno. Ahora, sólo tenemos que convencer a tu amigo.

—¿Convencerlo de qué?

Des me lo explicó. Cuando Pritkin apareció por la protección, yo aún seguía mirándola atónita. Tenía el color arrebatado, pero, por lo demás, parecía bastante recompuesto.

No le duró mucho.

—No —dijo, inexpresivo, con un tic en la mejilla, tras escuchar a Des explicarlo por segunda vez.

—Pero si tienes un cuerpazo —trató de engatusarlo, mostrándole un vestido plateado de lentejuelas.

—¡No pienso ponerme un vestido!

Ella frunció los labios, pintados de color fluorescente, y agarró algo púrpura brillante del perchero que tenía detrás.

—Siempre podemos echar mano del disfraz de gata. Por supuesto, es ajustado, así que tendremos que esconder el pajarito, pero yo te puedo ayudar...

Llegué a tiempo para agarrar a Pritkin del brazo para que no hiciera pedazos el disfraz.

—Saben cómo eres —indiqué, asiendo mi disfraz—. Y, aunque no lo supieran, estás cubierto de sangre. ¡No puedes salir así!

—¡Si he de morir esta noche, preferiría hacerlo con algo de dignidad!

—No te entiendo —le dije, apoyándome en la pared para mantener el equilibrio. Los taconazos tipo merceditas de lentejuelas color rojo furioso me apretaban tanto en los tobillos como me temía—. Acabas de pasar más de un día metido en un cuerpo de mujer...

—¡No por elección propia!

—... Y tienes cientos de años. ¿No dicen que antes los hombres se maquillaban y...

—Los petimetres, puede. ¡Pero yo no!

—Entonces abre tu mente —le dije, poniéndole una boa en el cuello—. Coge algo.

Pritkin observó con aversión la selección que Des le había hecho. Ella se percató y cruzó los brazos sobre su enorme pecho.

—Eres mono, pero estás acabando con mi paciencia gay.

—Jamás podré superar esto —murmuró Pritkin, asiendo bruscamente una capa tipo ópera adornada profusamente con volantes dorados. Debía de estar diseñada para llevarla con plataformas y con una peluca gigante, porque iba barriendo el suelo a su paso; la capucha le cubría la cabeza y el rostro. Concluí que funcionaría.

Unos minutos después, tres apariciones cubiertas de lentejuelas y joyas salieron del club, mezclándose con la multitud en la avenida principal. Des iba delante, para distraer, con sus enormes pechos sobresaliendo del frontis como la proa de un barco. Pritkin y yo íbamos detrás. Yo era algo baja para ser *drag queen*, aun llevando plataformas, pero el traje color arco iris y la enorme peluca estilo Marilyn Monroe compensaban mi estatura de sobra.

Había magos por todas partes, escudriñando la multitud que salía del local. Es más, a pesar del espectáculo que estábamos dando, apenas nos miraron. Y a los que lo hacían, Des les lanzaba un beso o les enseñaba un muslo, y desviaban inmediatamente la vista. Parecía que esconderse quedando a plena vista había sido una buena idea. Estaba pensando aquello, cuando, repentinamente me sobrevino una visión con la sutileza de un golpe en la cabeza con un bate de béisbol. Me quitó el aliento y me hizo caer de rodillas. Aquello era distinto a todo lo que había experimentado hasta entonces, vívido y cristalino, y tan real que apenas podía ver la calle.

Las Vegas ardía, las llamas alcanzaban el cielo, emitiendo chispas como estrellas fugaces. Resultaba imposible reconocer a nadie en la oscuridad y el caos, o entender una sola voz entre la muchedumbre presa del pánico. Solo había gritos y gente sin rostro corriendo.

A lo lejos, la arena del desierto se estaba consumiendo, un kilómetro tras otro, bajo un cielo ennegrecido. Tras haber quemado todos los matorrales, su furia había continuado. Como un incendio forestal sin bosque, o lo que realmente era: una interminable exclamación de ira de una criatura saciada de energía, cólera y de siglos de resentimiento reprimido, sin ninguna compasión. Sin compasión.

El mundo recordaba al sanador, al bardo, al dios dorado, pero había olvidado las otras leyendas. Las que susurraban brutales castigos, violaciones y asesinatos, y un hermoso rostro riendo mientras quemaba vivos a sus enemigos. En aquel momento lo recordaron, por un instante, antes de que la memoria quedara borrada por una lluvia de sangre.

La visión desapareció tan repentinamente como había aparecido, dejándome con la respiración entrecortada, apoyada en manos y rodillas en mitad de la acera.

—... un poquito de vino de más en la cena, ya sabes, siempre le ha gustado la bebida —le decía Des a alguien. Se agachó y me pellizcó la mejilla—. Vamos, querida. Arriba. Ya se te pasará en casa.

Tiró de mí para levantarme y yo hice un gran esfuerzo por mantener la cabeza baja, cuando lo que realmente necesitaba era salir corriendo calle arriba gritando. Mis sueños llevaban tiempo enviándome advertencias, pero no sabía lo que significaban. Ahora, puede que fuera demasiado tarde.

Sentí como si un frío alambre me estrujara el corazón. Algo iba mal ahí. Parecía incapaz de respirar profundamente. ¿Que había hecho?

Des y Pritkin empezaron a tirar de mí para llevarme al vestíbulo de nuevo. Yo me agarré de sus brazos.

—No podemos marcharnos.

—Sí, sí que podemos —dijo Des—. Creo que acabo de estropear el vestido. ¡Mi corazón no podrá soportar otra cicatriz como esa!

—Ya nos ocuparemos de eso luego —me dijo Pritkin, apresurándose.

—Apolo está aquí.

Se detuvo abruptamente, y casi nos atropella una mujer de aspecto agobiado con un niño en cada mano.

—¡Cuidado! —nos espetó, apartando a los niños. Pritkin me llevó al margen de la acera.

—¡Eso es imposible! —exclamó—. El sortilegio...

—Lo ha esquivado —susurré—. No sé cómo, pero lo he visto. ¡Está aquí!

Él sacudía la cabeza incrédulo.

—Ese sortilegio lleva más de tres mil años en pie. ¿Y ahora encuentra la manera de esquivarlo?

—No puedo explicarlo. Yo sólo sé que lo he visto.

—Podría ser el futuro, el resultado de una guerra civil dentro del Círculo, lo que podría ocurrir si no solucionamos nuestros problemas internos...

—¡No! —Miré a mi alrededor, frotándome los brazos a causa del hormigueo que sentía en ellos—. Llevo teniendo la misma visión desde que MAGIA saltó por los aires. Pero sólo de forma fragmentada, como es habitual en las visiones que suelo tener. Pero ésta... Está aquí. ¡Lo sé! Me dijiste que podías sentir la magia, ¿no? —le pregunté a Des.

—Puede ser —dijo recelosamente.

—¿Ves algo inusual en este momento?

—¿Aparte de la batalla que se está librando en el piso de arriba? —me preguntó con razonable sarcasmo.

—Me refiero a alguna fuente de energía más potente que el resto. Como... como la de una supernova.

—Puede ser. ¡Pero eso no importa porque no pienso volver ahí dentro! Ni por...

—¿Ni por una visitita a la *boutique* de Augustine? ¿Ni por diez minutos para llevarte lo que quieras?

Entrecerró los ojos y me examinó con la mirada.

—¿Tanto dinero tienes?

—Tengo crédito.

—Si no fuera por los zapatos que llevabas, creería que me estás mintiendo... —se mojó los labios—. Media hora, lo tomas o lo dejas.

Se acercó un mago.

—Hay orden de evacuar a todo el mundo —nos dijo—. Tiene que seguir.

—Lo tomo —dije.

—Mierda, sabía que dirías eso —me contestó Des, y aplastó su bolso gigante contra la cara del mago, que se cayó y fue arrollado por un transformista de unos ciento quince kilos vestido de satén que ya empezaba a caminar calle arriba.

Corrimos para alcanzarla, luchando con la marea de gente que iba en la dirección contraria. Los magos nos estaban rodeando, no era fácil pasar inadvertidos. Agarré la cola del vestido de Des para que nadie la pisara y ella me arrastró como un tren de mercancías, desparramando rosas y turistas por todas partes.

Pasamos junto a una tienda de piensos que formaba parte del decorado y que marcaba la mitad del camino, con gran parte de los magos en la calle tras de nosotros, y nos topamos con otros diez más. Ellos se habían distribuido en la calle formando una media luna, forzando a la muchedumbre a rodearlos para continuar. En cuanto no quedaron más turistas, penetramos en su formación.

Des casi logró abrirse paso a patadas entre el muro de chaquetones de cuero, pero se mantuvieron en pie. Miré atrás, pero los magos habían cerrado el círculo, dejándonos sin vía de escape. Entonces, uno de ellos me vio.

—Cassandra Palmer.

Los ojos pardos que me escudriñaban parecían los de un lacayo de medio nivel, pero la maraña de pelo no dejaba lugar a dudas. No contesté, ya que el pánico y el agotamiento me habían arrebatado la voz. Pero Saunders no parecía esperar una respuesta.

Su mirada se clavó ahora en Pritkin, que se había detenido a mi lado.

—¿O es éste?

Miró a Pritkin de arriba a abajo, observando la dorada capa fruncida, con una ceja arqueada.

—He oído decir que la pitia tiene más poderes de los que demuestra. Al parecer, es cierto. Siempre me habían dicho que los seres humanos no eran capaces de hacer posesiones, pero, o me informaban mal, o tendré que creerme que una chica escuálida me ha lanzado contra una pared y casi rompe mis escudos en mil pedazos. ¿Qué creéis que prefiero pensar?

Pritkin tampoco le contestó. Empezó a manipular la capa, mostrándose incómodo y casi nervioso. Saunders sonrió.

—Por supuesto, podría resolver el enigma matándoos a los dos, pero entonces no podría juzgar a nadie. A la gente le encantaban los juicios —dijo, retrocediendo algunos pasos. Miró a su alrededor, pero la muchedumbre se había dispersado y los magos que nos habían estado siguiendo estaban apartando a los pocos turistas que quedaban.

Con un simple gesto con la cabeza, sus hombres se echaron a ambos lados, haciéndonos retroceder a Des y a mí, dejando solos a Saunders y a Pritkin en medio de la calle.

—¿Contamos hasta tres? —preguntó, cortésmente—. ¿No era así como se hacía antiguamente...?

Pritkin extendió una mano y Saunders salió por los aires, chocando contra el lateral de un granero del decorado. A juzgar por el sonido que emitió su cráneo, no creo que le hubiese dado tiempo a levantar sus escudos. Cayó resbalando por la pared, rebotó en un vagón y la punta de hierro de un cartel de menú le atravesó el pecho.

Tragué saliva y desvié la mirada cuando su cuerpo empezó a dar espasmos. No. Definitivamente, no tenía escudos.

El mago que me sujetaba del brazo me lo retorció, provocándome un gran dolor. Grité y traté de desembarazarme, pero no había adónde ir. Había otro grupo de magos dirigiéndose hacia nosotros a toda prisa, como si el otro bando necesitara refuerzos.

Uno de ellos, un hombre alto afroamericano vestido con un chaquetón raído, empezó a abrirse paso a empujones por el círculo, dirigiéndose hacia mí.

—Hola, Cassie —dijo, con aire sombrío. Miró al mago que me tenía sujeta—. Suéltala, hijo.

—¡Acaban de matar al lord protector!

Caleb escudriñó la zona hasta que sus ojos se toparon con el cuerpo aún trémulo de Saunders.

—No me parece que esté muerto. ¿No os parece, chicos, que deberíais bajarle? —De repente, me sentí aliviada cuando los aprendices se apresuraron a ayudar a su líder caído.

—Caleb —empezó a decir Pritkin.

Su antiguo compañero alzó la mano.

—Jonas nos ha llamado. Nos ha dicho que había retado a Saunders y que este se había negado.

—Sí —Pritkin se quedó muy quieto.

Caleb intercambió miradas con los magos que había traído con él. Ninguno de ellos parecía ser tan joven como para ser aprendiz. Algunos lucían canas, y uno o dos parecían incluso de la edad de Marsden. Sus expresiones variaban de la amargura al asco, pasando por neutralidad propia de un plago de la guerra.



—Bueno. Supongo que eso lo convierte en un proscrito.

—¿Y a nosotros?

Caleb sonrió levemente.

—Técnicamente, aún siguen existiendo las órdenes judiciales contra vosotros dos. El hecho de que el hombre que las emitió haya caído también bajo sospecha no las anula. —Me humedecí los labios y empecé a hablar, pero Pritkin me cogió del brazo con más fuerza aún—. Así que, si vuelvo a veros, tendré que arrestaros.

Pritkin asintió.

—Por cierto, me gustabas más con el abrigo —dijo Caleb, y se volvió.

Des se acercó sigilosamente en cuanto el grupo de magos se apartó frente a nosotros, abanicándose con una mano.

—Jamás creí que fuera a decir esto, pero creo que aquí sobra testosterona. Tenemos que salir de aquí —me dijo, dirigiéndose a los ascensores.

—Tenemos que encontrar a Apolo —le dije, agarrándola del brazo.

—Bueno, ¡no está aquí abajo! Tenemos que subir.

—¿Es que lo percibes?

—Sí. Ahí arriba hay alguien, seguro. Aunque diría que hay algo, más que alguien.

Pritkin la cogió del brazo.

—No es... exactamente humano —le expliqué, sin tiempo para entrar en detalles.

—Tendría que haber pedido la hora libre —murmuró Des, y se dirigió hacia los ascensores.

Pritkin la asió del brazo.

—Podríamos quedar atrapados. Hay partidarios de Saunders por todas partes, y nos va a llevar tiempo esquivarles.

Lo miró un instante y sus ojos se posaron en las escaleras.

—Debes de estar de broma.

No estaba de broma. *Claro que no*, pensé, Pritkin llevaba sus botas de siempre. Des y yo íbamos con plataformas casi tan altas como los escalones. Lograr escalar aunque sólo fuera un tramo iba a ser toda una hazaña olímpica. Para cuando llevábamos cinco pisos subidos, yo estaba cubierta de sudor y veía como pequeñas explosiones bajo los párpados.

Me detuve en el descansillo y me incliné jadeante, sujetándome con una sola mano en la barandilla. Pritkin me levantó en alto, me colocó sobre su hombro y continuó subiendo, ganándose una mirada interrogante de Des.

—Ni se te ocurra —le dijo—. No pienso llevarte.

—No es eso en lo que estaba pensando —contestó, con picardía, y él se sonrojó. Supongo que no había magos en la escalera, porque habrían oído la carcajada de Des desde el vestíbulo.

Cuando llegamos al final de la escalera, Des ya no se reía tanto.

—Creo que te odio —le dijo a Pritkin, que le había hecho subir las escaleras casi corriendo. Tenía un aspecto infernal. Se le habían caído casi todas las rosas en la calle y el resto se habían quedado por las escaleras. Tenía la peluca torcida y se le había despegado una de sus enormes pestañas postizas, que ahora le colgaba de la mejilla.

—Esto es bueno para mantener la figura —dijo, dejándome en el suelo. Él también estaba acalorado y sudoroso tras la maratón, y tenía mechones de pelo húmedos pegados a la frente y al cuello. Sus pestañas se habían tornado oscuras, y sus ojos color esmeralda. El aspecto sucio le sentaba asombrosamente bien.

No tenía idea del aspecto que yo tenía. Mejor así. Si estaba tan mal como me sentía, espantaría a todos los magos con los que me topara, antes de que les diera tiempo a dispararme.

—Aquí me quedo —dijo Des, sentándose en un escalón y frotándose los pies—. La energía proviene del piso de arriba.

Miré a Pritkin.

—El ático.

No tenía la tarjeta, pero Pritkin «convenció» al ascensor para que nos llevara arriba. Las puertas se abrieron, mostrándonos un vestíbulo sepulcralmente tranquilo; la decoración contribuía a empeorar la atmósfera. El papel de pared dorado tenía un enorme agujero en medio, la escultura de bronce casi se había fundido, dejando una forma al más puro estilo de Dalí y la alfombra de piel de vaca estaba plagada de pisadas de botas. Eso sí, los pósteres de John Wayne habían sobrevivido sin sufrir un solo rasguño.

Caminamos hacia el salón. Por las puertas hechas añicos del balcón entraba el viento que mecía las cortinas hacia adentro, dibujando una forma que, por un momento, me hizo creer que allí había alguien. Pero nada más se movía, sólo la lámpara de araña, que se balanceaba sutilmente en el techo, aunque ya no iluminaba el deportivo que aún estaba aparcado debajo.

—¿Adónde han ido todos? —pregunté, observando la carnicería a mi alrededor. Al menos, Casanova no tendría que echar abajo aquello. Los magos ya lo habían hecho por él.

Suspiré aliviada. Des se había equivocado. Allí no había nadie.

Pritkin se encogió de hombros.

—La batalla se ha librado en otra parte —dijo, siguiendo el sendero de tablones y cristales hasta el balcón. Lo seguí, haciendo un esfuerzo por evitar partirme la crisma.

Fuera, una desolación de muebles destrozados, copas hechas añicos y una piscina llena de fragmentos de objetos. Había alguien con un chaquetón de mago de la guerra flotando suavemente en la superficie. Pritkin lo pescó, y hubiera preferido que no lo hubiera hecho, porque su rostro, prácticamente, había desaparecido.

Me mordí el labio y miré a mi alrededor. Quería inspeccionar el resto de las

habitaciones, pero ¿y si encontraba el cuerpo de Rafe? ¿Lo habrían sacado a tiempo? ¿Y si me topaba con...

—Tenemos que examinar todo esto para ver si hay supervivientes —dije, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos. No quería pensarlo. No quería pensar en nada. Iría a mirar porque no podía soportar la incertidumbre.

No había lámparas, pero la luz del casino, que penetraba por la ventana nos bastaba para ver, una vez se nos habituara la vista. Dimos con tres cadáveres más en el comedor; no se trataba de vampiros. *Eso dice mucho a favor de sus amos*, pensé, aliviada. Entonces, me pregunté si dejarían algo parecido a un cadáver, teniendo en cuenta la potencia de los sortilegios que algunos de los magos eran capaces de lanzar. Me dio un vuelco el estómago.

Ya me había vuelto para dirigirme a la cocina, cuando Pritkin me asió del brazo. Se puso un dedo en los labios y, al instante, lo oí: el sonido de unos pasos arrastrándose, como si alguien estuviera caminando entre el escombros, sin preocuparse de no hacer ningún ruido. Entramos de nuevo en el comedor y vimos el perfil de una sombra dibujada en el espacio de los ventanales que daban al patio. Tardé un segundo en reconocerla.

—¡Sal!

Se volvió lentamente, sin mostrar sorpresa alguna de vernos allí. Por supuesto, teniendo en cuenta el oído que poseen los vampiros, probablemente, debía de saber que estábamos ahí.

—¿Cassie? ¿Tú sabes lo que ha pasado? ¿Dónde están todos?

—¿Es que acabas de llegar? —le pregunté, conociendo ya la respuesta. Ella no estaba allí cuando aquello se convirtió en un infierno. Me imaginé que se habría quedado estupefacta al volver. Yo misma me había quedado así, y eso sabiendo lo que había pasado.

—Hace unos minutos. No quería interrumpir, por si la reunión...

Se calló al oír que la puerta principal se abría. Un instante después, entró Marco. Como Sal, se quedó unos instantes observando el desastre.

—Bueno, supongo que cualquier cosa hubiera supuesto un avance —dijo, bajando las escaleras.

Sal retrocedió unos metros, sin apartar la mirada de Marco.

—Parece que vamos a tener que buscarnos otro sitio para dormir. Casi ha amanecido.

Él agitó la cabeza.

—No vamos a hacerlo, Sal —dijo, con serenidad—. El maestro ordenó que cinco de vosotros os marcharais hasta el alba. Y sólo has vuelto tú.

—Y tú —contestó Sal, bruscamente. Lo miró de arriba abajo con actitud desdeñosa—. Puedes intentar parecerte a Mircea todo lo que quieras, pero ni la ropa

más cara del mundo te otorgará su poder. ¡Y todo el mundo sabe cuánto lo odias por ello!

Tardé unos segundos en comprender de qué estaban hablando. Con todo lo que había ocurrido, se me había olvidado la trampa que Mircea había tendido para descubrir al traidor. Miré a Marco, que se había vuelto a poner tenso, pero no apartaba la mirada de Sal.

—Odiar suena un poco fuerte —corrigió Marco—. Pero tienes razón: me gusta el poder. Pero existe un límite en lo que haría por conseguirlo.

Sal seguía mirando a Marco, pero se dirigió a mí.

—Cassie, piénsalo. Mircea nos contó el tipo de persona que estaban buscando. Alguien cercano a un senador, alguien de confianza, ¿podrían haber utilizado a alguien con resentimientos hacia Myra!

—Sí, lo dijo —afirmé, y Pritkin apareció junto a mí. Trataba de que Sal y Marco permanecieran a la vista, y Sal empezó a retroceder. No sé por qué; lo único que había tras ella era el balcón, y estábamos a veinte pisos de altura.

—Y el propio Marco lo dijo, ¡solo soy una pueblerina! —me recordó Sal—. Igual que tú. ¡Alguien sin importancia, procedente de una corte que está tan apartada que la mayoría de la gente jamás ha oído hablar de ella!

—Lo cual hace que tengas muy poco poder como para que Myra se preocupe por ti —añadió Marco.

Lo miré, confundida.

—¿Estás confesando? —le pregunté.

Él parecía divertido.

—¿Te sorprendería?

—¡Diablos, claro que sí! ¡Mircea te puso de guardaespaldas mío! Y no te canjeó por otro, ni siquiera cuando tuvo en su poder la lista de sospechosos de Marlowe. Jamás lo habría hecho si... —Me callé, dándome cuenta al fin de lo que acababa de decir.

—Parece que ella también habría votado por ti, Sal —murmuró Marco.

—Dime dónde están los cónsules, Cassie —dijo Sal, ignorándolo—. Tenemos que avisarles de que podría haber problemas.

Estaba demasiado atónita para contestar, y tampoco es que Marco me diera oportunidad.

—Claro que hay una forma muy fácil de arreglar todo esto —le dijo—. Esperaremos hasta que vuelva el maestro y le preguntaremos.

—Él no es mi maestro —contestó ella.

—Podría haberlo sido, con el tiempo. Es muy bueno, para ser un maestro —dijo Marco, con cierta mueca en los labios.

—Jamás lo sabré —dijo Sal, con amargura.

Él se encogió de hombros.

—El maestro ha estado ocupado. Deberías haber tenido más paciencia.

—Bueno —dijo, con aire despreciativo—. También debería haber ocupado mi tiempo yendo de compras, puede que haciéndome las uñas, mientras la guerra se va acercando día tras día. ¡Lo único que Mircea sabe hacer es hablar! Mira como ha acabado Rafe... ¡cualquiera de nosotros podría ser el próximo! Puede que Tony sea un gusano, ¡pero al menos sabe actuar!

Yo miraba de un lado a otro, tratando de no perder el hilo, al final, logré entenderlo.

—¡Oh, Dios. Mircea jamás rompió vuestro vínculo! Tony sigue siendo tu maestro.

—Y sigue encomendándome misiones, desde el Reino de la Fantasía.

Lo oía, pero no podía creerlo. Sal no era ninguna superespía. No podía ser una traidora. Sólo era Sal. La conocía de toda la vida.

—¡Una vez me dijiste que lo matarías si volvías a verlo! —la acusé—. ¿Cómo puedes acatar sus órdenes?

—Porque no tengo otra opción —espetó—. Prácticamente, le supliqué a Mircea que rompiera el vínculo, pero lo único que hacía era hablar: pronto, pronto. Bueno, ¡pues pronto no era suficiente!

—Pero... ¡Alphonse tiene cincuenta años menos que tú! —protesté—. ¡Y él lleva años ignorando las órdenes de Tony! Tú no tienes por qué...

Me interrumpió con una risotada.

—Sí. Es un idiota ¿sabes? Yo se lo enseñé todo, cómo hablar, cómo actuar, qué hacer para impresionar al jefe. Él no habría llegado a nada si no llega a ser por mí. Pero al poder no le importa lo audaz que seas. Ni siquiera le importa lo viejo que seas. Hay gente que jamás alcanza el estatus de maestro, ¡mientras que otros lo logran en cuestión de unas décadas! Y yo nunca he sido fuerte. ¿Por qué crees que he estado soportando a Alphonse? Era la única manera de tener cierta posición.

—Por eso no pudimos descubrirte —dijo Marco, encendiéndose un cigarrillo—. Has sido muy astuta. Todo el mundo buscaba al traidor entre los maestros, entre los más próximos a algún miembro del Senado, alguien a quien a Myra le hubiera merecido la pena convertir.

—Razón por la cual Tony decidió utilizarme a mí.

—Los cónsules no están aquí, como puedes comprobar —dijo Pritkin, mirándola con aire desconfiado—. Sea lo que sea lo que te ordenara tu maestro, has fracasado. Mircea aún puede romper tu vínculo. No hay razón para que...

Se calló al percatarse de que Sal y Marco lo miraban con idéntica expresión de repugnancia.

—¿Por qué diablos pierdes el tiempo con este tipo? —me preguntó Marco.

Pritkin me miró y yo sacudí la cabeza.

—Las cosas no funcionan así —le dije, inmóvil.

—¿Por qué no? Si realmente está actuando bajo coacción...

—A la ley vampírica no le importan las razones, tan solo le importa el resultado. O, en este caso, la intención. Y Sal ha vuelto para matar a los líderes de los seis senados vampíricos. No puede ser más grave.

—Me ha faltado un pelo —dijo Sal, dirigiéndose a mí, con un tono terriblemente indiferente, para tratarse de alguien que se enfrenta a una muerte segura—. Como se dice, yo sólo soy el mensajero. —Extendió la mano y un haz de luz entró por la puerta del balcón, iluminando algo que tenía en la paha.

—Mi pentáculo —dije, reconociéndolo incluso desde la distancia—. Me habías dicho que lo llevarías a arreglar.

—Sí. Pero es que es mucho más útil estropeado.

—No te entiendo.

Se echó a reír.

—Ya ves, yo pensaba que lo tuyo con lord Mircea era ridículo. Suponía que él te estaba utilizando, que es lo que todo el mundo decía. Pero, luego, empecé a pensar que sois tal para cual. ¡Estáis los dos igual de desorientados!

Marco se tensó.

—Dámelo —le dije.

—¿O qué? ¿Me vas a matar? —me desafió, incrédula—. No tienes nada con lo que amenazarme, Marco —dijo, mirándolo a él.

—Oh, no sé. Mircea no especificó cómo debía morir el traidor, sólo me dijo que me ocupara de él si lo descubría. Tengo carta blanca para eso, Sal. Dame una razón por la que tu muerte deba ser rápida.

—Ah, sí. Eso es tentador. O podría acatar las órdenes de Tony y, cuando su lado obtenga la victoria, no sólo no moriré, sino que alcanzaré el puesto que siempre he merecido. ¿Qué te parece eso?

—Tu lado no va a ganar —le dijo Pritkin.

Sal lo ignoró. Daba la impresión de que se estaba divirtiendo. Empezaba a preguntarme si realmente le habría opuesto mucha resistencia a Tony.

—¿Te acuerdas de MAGIA? —me preguntó—. Porque esto va a hacer que aquello parezca un número cómico.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté—. Es sólo una protección. Con eso no puedes...

—Una protección por la que se canaliza toda tu energía, bueno, al menos, eso hacía—rectificó—. Últimamente ha estado canalizando otra cosa. Ya sabes, ese maldito matón me dio un susto. Estaba segura de que alguno de los dos lo descubriría. Habéis sobrevivido al contacto directo con la línea Ley aun sin tener

acceso a tu poder. ¡Ni siquiera te diste cuenta cuando te contó que tu protección estaba alimentando al Círculo!

—¿Darme cuenta de qué?

Pritkin tomó aire y Sal le lanzó una sonrisa maliciosa.

—Es más tonta que un mono ¿a que sí? —Volvió a mirarme—. A ver si lo entiendes. Tony y compañía descubrieron una forma de esquivar el sortilegio de Artemisa. Actúa como la cerradura de una puerta, pero una puerta no sirve de mucho cuando la pared de la casa se ha partido en dos. Para que Apolo regresara, tenían que abrir el espacio entre los dos mundos. Tenían que partir una línea Ley.

—Pero nadie en este mundo tiene semejante poder para hacerlo —repliqué—. Eso era lo que nos preguntábamos, quién tendría... —Me detuve, una idea aterradora empezó a abrirse paso en mi cabeza.

Sal observó la expresión de mi rostro y sonrió con malicia.

—Sí, eso fue lo más divertido, escuchar a todo el mundo decir continuamente que nadie tenía semejante poder, cuando estaba delante de sus propias narices. Tú lo tienes. Apolo transmitió parte de su poder a las pitias. En lo único que teníamos que pensar era en cómo acceder a él.

Y, de repente, lo entendí. Miré a Pritkin.

—Tú me dijiste que el Círculo jamás te daría uno de sus tatuajes porque la energía fluye en ambas direcciones, ¿verdad?

Él asintió lentamente.

—Es posible.

Sal resopló.

—Demonios, era fácil. Richardson, nuestro topo, sólo tuvo que reabrir el conducto de tu protección. El Círculo lo había cerrado, pensando que podrías tratar de robarles energía. Luego Richardson se lo transfirió a nuestros aliados a cambio de un buen pellizco del porcentaje de lo que Saunders estaba vendiendo para lograr dinero para financiarse el retiro anticipado.

—Utilizasteis mi energía para debilitar la línea Ley —dije, sin terminar de creérmelo aún.

—Sí. Casi la habíamos dejado suficientemente permeable como para que Apolo y su ejército la atravesaran, pero Richardson tenía que hacerse el héroe contigo. Te odiaba tanto que temía que otra persona llegara antes y te matara primero. Entonces, empezó la batalla y abrió un canal gigantesco en la línea Ley, ¡jodiéndolo todo!

—Pero, entonces, ¿por qué no la atravesó Apolo? —le pregunté, confusa.

Sal me miró fijamente.

—¿Es que aún no te has dado cuenta? ¡Lleva aquí desde la caída de MAGIA! Pero se supone que aquello no debía de haber pasado y nos cogió a todos por sorpresa. Se supone que la brecha tendría que haberse producido sobre Las Vegas y

haber recorrido todo el camino hasta la línea Ley que se había hundido en MAGIA antes de que la sellaran, lo cual le habría dado tiempo para entrar con todo su ejército.

—Pero llegó hasta MAGIA y se selló casi instantáneamente —dije, recordando el extraño embudo de energía que desapareció tras la colina. De repente, me acordé de otra cosa.

La visión que tuve en MAGIA me había mostrado el Dante destrozado. Al final, entendí por qué. Si hubiera vuelto y hubiera cambiado el devenir de los acontecimientos, asegurándome de que MAGIA jamás cayera, le habría dado a Apolo lo que quería. En ese caso, se habría ejecutado el plan original, y él y su ejército estarían aquí. Y, en estos momentos, la comunidad mágica estaría abocada a su extinción.

Las otras visiones que había tenido empezaban a cobrar sentido también. La segunda me había mostrado el itinerario que debía seguir la destrucción de la línea Ley de las Vegas a MAGIA. No sólo estaba tratando de advertirme del peligro que corría Rafe, también me estaba avisando de que el peligro seguía allí. La tercera visión reforzó la segunda y me mostró a mí en el centro de todo.

Porque era mi poder lo que le daría a nuestros enemigos la victoria.



—Apolo logró pasar —me dijo Sal—, pero el resto de sus fuerzas no lo consiguieron. Había vuelto, pero la explosión de la línea Ley se había producido muy cerca de él, debilitándolo gravemente, y quedó atrapado en un mundo con un cuarto de millón de magos de la guerra, que podían volver a hacerlo desaparecer. Se dio cuenta de que tenía que traer a su ejército antes de enfrentarse al Círculo.

—Pero al entrar en contacto con la línea Ley mi protección se fundió. ¡No podéis transferir más energía! —indiqué.

Ella negó con la cabeza.

—Mientras la protección siguió en tu cuerpo, seguía extrayéndote energía pero, en lugar de transmitírnos la energía, la almacenaba. Ha estado acumulando la energía que necesitamos desde que se abrió la brecha.

Así que eso es lo que percibía Des. No era a Apolo, sino mi pentáculo. Y a Sal, esperando a su maestro.

—Bueno, ya está bien —dijo Sal, jovial.

—Porque la línea sigue siendo débil —murmuré. Mircea dijo que tardaría un par de días en calmarse.

—Sí, por eso tenemos que hacerlo ahora, antes de que la línea empiece otra vez a fortalecerse. Por supuesto, a Apolo también le vino de perlas que los cónsules se fueran a reunir esta noche. Destruir a los líderes y a todos los demás lo haría todo mucho más fácil. —Me sonrió, burlona—. Pero creo que se conformará contigo.

A través de la puerta que llevaba al balcón, vi que el cielo se tornaba rojo. Aparecieron unos haces color carmesí que nada tenían que ver con el amanecer, emanando un resplandor insoportable que hacía que las luces eléctricas del hotel parecieran débiles. Algo se acercaba.

Mientras hablaba, Sal había ido retrocediendo, acercándose al balcón. Nadie había tratado de detenerla. Al fin y al cabo, ni un vampiro podría sobrevivir a semejante caída. Pero ahora podía lanzar el pentáculo por la barandilla cuando quisiera, y jamás daríamos con él. No antes que su maestro.

—Dame el pentáculo, Sal —volvió a decirle Marco. De repente, se había puesto tremendamente serio.

—¿Y sigues, aun sin tener nada que ofrecerme más que una muerte rápida? —dijo con desdén—. ¡No esperes tanta generosidad por mi parte!

Conforme la luz se iba intensificando se iba levantando más viento. Parecía que el alba iba a presentarse antes de tiempo. *O el propio Sol*, pensé, aterrada.

Entonces, sin que me diera tiempo a seguirlo con la vista, Marco se movió. Parpadeé y Sal seguía ahí, pero la mano que sostenía mi protección había salido

volando, dirigiéndose hacia mí. Ella se volvió, con una mueca en el rostro, y, al segundo, Marco se tambaleaba y caía, y uno de los tablones del sofá destrozado le atravesó el pecho.

No tuve oportunidad de comprobar si le había atravesado el corazón, porque la mano arrancada de Sal me alcanzó y, con el impacto, la protección se soltó. Salió volando, me lancé tras ella y Sal tras de mí.

Entonces, en un momento, desapareció.

Sentí que una corriente de aire me adelantaba, alcé la vista y vi a Nicu salir de la nada y agarrar a Sal de la cintura. No sé si se había dado cuenta de lo cerca que ella estaba de la baranda, o si había pensado que esta los detendría. Pero había sufrido tantos daños como el resto de la habitación y cedió bajo el peso de los dos. Antes de caer, vi unos brillantes ojos ambarinos mirándome y, enseguida, desaparecieron.

Algo se me había clavado en la mano. Miré y vi que sujetaba la protección con tanta fuerza que me estaba atravesando la piel. Aflojé un poco la mano, alcé la vista y me di cuenta de que no la tendría en mi poder por mucho tiempo.

Por el balcón entraba la luz, reluciente como la luz de mediodía. Al principio, no sabía lo que estaba viendo. Hasta que se acercó y resultó ser algo que no me esperaba en absoluto.

Había visto antes a Apolo, al menos en el sentido metafísico. Pero, en aquellas ocasiones, él no estaba en este mundo y no se podía mostrar en otra cosa que no fuera en imágenes mentales. Y, desde que mi cerebro las interpretaba, siempre había sido en una forma que era capaz de comprender. No aquello.

Una maraña resplandeciente de luz planeaba en el cielo, era de todos los colores y de ninguno al mismo tiempo. Era como la luz fractal que se veía en la pantalla de un ordenador, cambiando constantemente de forma, aunque ninguna de ellas resultaba especialmente amenazadora. Pero la energía que irradiaba la criatura era tal que me chamuscaba la piel aun a aquella distancia.

Una vez, Apolo me había dicho que yo no sería capaz de soportar su presencia en persona, pero, en aquel momento, no supe entender lo que había querido decir. Ahora sí. Paralizada, miré atónita al feroz centro de una criatura que ni siquiera mi mente era capaz de aprehender, dolorosamente consciente de mi propia insignificancia, y me pregunté cómo había podido pensar que me podría enfrentar a algo semejante.

Las bandas de luz se tornaron más gruesas, y serpenteaban en torno a un eje, adoptando la forma de una monstruosa cabeza en el cielo. Unos débiles puntos de luz relucieron en aquel gigantesco cráneo, como unos ojos feroces, fríos y calculadores. Mi respiración se volvió irregular, perdiendo el ritmo repentinamente loco de mi corazón. Balanceándome, entrelacé las manos para que no se notara el temblor.

—Cassandra Palmer. —La voz sonó sorprendentemente suave, como una brisa—. Por fin nos vemos en carne y hueso, por decirlo de alguna manera.

—Apolo.

—Como prefieras. En este mundo se me han asignado muchos nombres: Ra, Sol, Surya, Marduk, Inti... Todos han caído en el olvido. Ahora los recordarán. —La intensa mirada de aquel dios se quedó fija en mí con una socarronería casi afectuosa. No sabía si su ira se había consumido o si, simplemente, estaba saboreando el momento, ahora que me tenía atrapada.

—Lo he visto —dije, con aire sombrío—. La ciudad en ruinas...

—He decidido dejarla como monumento a tu fracaso, como la antigua sede de la pitia ciega —rió—. Ya ves, hasta tu predecesora lo hizo mejor. Ella sí se dio cuenta de lo que iba a pasar, pero no logró convencer a los demás. Tú, sin embargo, has estado dando palos de ciego del mismo modo en que lo han estado haciendo los demás. Ha sido muy divertido.

Se levantó viento, azotándome los ojos.

—Y yo puse la energía necesaria para traer a tu ejército hasta aquí. Yo te lo di, a través de Sal.

Aquel enorme rostro no se inmutó, pero el aire que me rodeaba retumbó al oírse una carcajada.

—Sí, esa es la mejor parte. Yo no voy a destruir a tus amigos, ni tu mundo Cassandra. Lo harás tú. Quería asegurarme de que lo entendieras, antes del fin.

La voz seguía siendo dulce, pero las formas de luz mutaron de repente. La enorme faz se veía casi nítida, rellenando la forma como la tinta en el agua. No, pensé, mirándola absolutamente aterrorizada, no parecía que su furia se hubiera templado lo más mínimo.

Tras de mí, escuché que se encendía el motor de un coche. Antes de que me diera tiempo a volverme, de la nada, salió un brazo, me agarró de la pechera de la camiseta y tiró de mí, colocándome en el asiento del descapotable de Marsden. Aún me colgaban las piernas por la puerta y aún no había apoyado el trasero en el asiento, cuando el coche aceleró, dirigiéndose directo al balcón.

—¡Pierdes el tiempo, Cassandra! —bramó Apolo—. ¿Dónde crees que podrás esconderte?

Yo estaba demasiado ocupada gritando como para contestar. Me agarré el cinturón de seguridad con las dos manos y mis pies salieron volando tras de mí. Miré el asfalto, cada vez más cerca, pero no di con ninguna burbuja de protección, ni ningún fuego azul. Entonces, el cielo se abrió en dos y caímos en medio de la línea.

Cerré la puerta de un golpe, y mis piernas aterrizaron bruscamente en el maletero, mientras nosotros nos estabilizábamos. Pritkin iba en el asiento del conductor, cambiando las marchas frenéticamente y yo empecé a resbalar de mi asiento. Tiró de mí y me volvió a colocar en mi asiento con una mano, mientras esquivaba con el volante a un mago de la guerra con la otra. La línea Ley estaba muy activa. Había

barcos y hombres por todas partes, aún librando una batalla inútil.

—Tú sabes manejar este tipo de coches ¿verdad? —le pregunté, nerviosa. El coche tenía un montón de extraños botones y palancas de las que antes no me había percatado. Y ninguna tenía indicativo alguno.

—En teoría.

—¿En teoría?

—He montado en él con Jonas unas cuantas veces.

—¿Cuánto son unas cuantas veces?

—¿Contando la de hoy?

—¡Sí!

—Eh, con eso serían... dos veces, entonces.

Me mordí el labio por no replicarle y me volví para ver lo que había detrás de nosotros. Apolo no estaba. Tenía razón: en un mundo que controlaba, no habría ningún lugar en el que poder esconderse. Podía tomarle la delantera unos instantes, pero acabaría encontrándome. En aquel momento, pensé que tampoco le importaba demasiado, ya que iba a destruir todo lo que yo amaba.

—Da la vuelta —le dije a Pritkin.

—¿Qué?

Agarré el volante y giré. Pasamos junto a un mago de la guerra que disparó contra nosotros, sacándonos de la línea, y aterrizamos en un ángulo que casi nos lanza fuera. Pritkin soltó una maldición y logró llevar de nuevo el coche en medio de la corriente.

—¡No toques eso! ¿Y por qué diablos quieres volver?

—Apolo no nos sigue. No estoy segura de que sepa que tengo la protección en mi poder. No he tenido la oportunidad de decírselo.

—¿Quieres que nos siga?

—Sí.

No me dio tiempo a explicárselo. El viento me apartó el pelo de la cara y vi que una nube de energía pura se dirigía hacia nosotros a toda prisa.

—Creo que lo sabe —dijo Pritkin, dando un volantazo y mandándonos repentinamente hacia el borde exterior de la línea.

—¡Baja! ¡Baja! —grité, al ver que mi extremo del coche se encontraba completamente fuera de la línea. Vi la silueta de Pritkin recortada entre toda aquella energía, mientras que, por mi lado, el aparcamiento se acercaba a una velocidad que quitaba el aliento—. ¡No, sube, sube! —chillé al ver que íbamos directos hacia un grupo de turistas, que ahora nos apuntaban con el dedo con expresión sobrecogida, y que se encontraban cada vez más cerca y... Pritkin volvió a dar otro volantazo hacia arriba, puede que a dos metros de sus cabezas.

—¡Edificio! —grité al ver surgir las torres del Dante y acercarse rápidamente. Pritkin podía tratar de pasar por el no-espacio de la línea. Y aquello iba a ser un

suicidio si no lo conseguía...

Pritkin viró violentamente y el edificio quedó a un lado y pasamos tan cerca que podría haber extendido la mano y tocarlo. Desde la cama, una pareja nos miraba boquiabiertos a través de una ventana del tercer piso, entonces, Pritkin giró de nuevo. De repente, me encontraba de nuevo dentro de la línea, sobre el asiento, jadeando.

Apolo nos pisaba los talones. Las líneas de energía eran más lentas en los bordes externos y casi habíamos perdido la ventaja. Extendí el brazo y tiré del volante con fuerza hacia la izquierda.

—¡No toques el volante! —gruñó Pritkin.

—¡Tenemos que permanecer en el centro o, de lo contrario, nos alcanzará seguro!

—Y si sigues tratando de conducir, vamos a... —se interrumpió y miró hacia atrás.

Me volví, pero, aparte de a un dios furioso, no vi nada.

—¿Qué pasa ahora?

—Rakshasas. Nos siguen.

—¿Cuántos?

—Muchos.

Pritkin me arrojó de nuevo a mi asiento y pisó a fondo.

—Tenemos que alejarlo lo más posible de las regiones pobladas —me dijo—. Jonas puede reunir al Círculo. Como quiera que sea que esa criatura haya logrado entrar, podemos volver a hacerle desaparecer...

—¡Dijiste que para lanzar ese hechizo hacen falta miles de magos! No hay tiempo para eso.

—¿Acaso tienes una idea mejor?

—Tengo una idea —repliqué sin dar más explicaciones. No estaba muy segura de que fuera demasiado buena—. Tú avanza un poco más.

Dejamos la ciudad atrás, entrando a toda velocidad en una zona de colinas de cumbres redondeadas y de ondulados valles despoblados. La línea Ley se curvaba, las rodeaba y, a veces, las atravesaba, lo cual pareció darle a Pritkin una idea.

—Aguanta —me dijo, y se dirigió a toda prisa hacia la parte superior de la línea.

Salimos de la línea, ascendiendo hacia la brillante bóveda estrellada y resplandeciente. Un meteorito pasó en dirección este. *Hermoso*, pensé mareada, y un rugido atravesó el espacio que había tras de nosotros.

Me volví justo a tiempo para ver que el mundo se tornaba instantáneamente monocromo a causa de un tremendo haz de luz, y las colinas saltaron por los aires entre un terrible resplandor. A continuación, volvimos a caer en la línea y una nube de polvo y goma quemada nos envolvió, lanzando fragmentos llameantes contra el escudo del coche.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Intento frenarlo un poco! —exclamó Pritkin, un poco con la misma mirada demente de Marsden—. Se ha llevado por delante la mitad de la colina en su intento por seguirnos, pero no ha sido suficiente. ¡Necesitamos montañas más grandes!

Volvió a saltar de la línea justo en una curva que rodeaba otra montaña. Nosotros íbamos en una dirección y Apolo iba en la otra, arrancando la cima. Pero no me importó porque el suelo se acercaba y no había línea que nos sujetara.

—Tú sabías que eso estaba ahí, ¿verdad? —le pregunté, azorada.

Pritkin tragó saliva.

—Claro.

Cerré los ojos.

—¿Podemos llegar hasta el cañón del Chaco?

—Aunque pudiéramos, ¡él vendría con nosotros! ¡Es capaz de seguirnos adonde quiera que vayamos!

—Pero ¿podemos llegar?

—No —dijo, lacónicamente—. Mis armas no están diseñadas para hacer frente a un dios, y se me están acabando los trucos.

Abrí los ojos y miré el salpicadero.

—Entonces, puede que Marsden tenga alguno. —Había un panel lleno de botones junto al volante que no parecían los de serie—. ¿Para qué sirven esos botones?

—No lo sé. Alguna chapuza de Jonas. Y no...

Apreté uno verde y salimos disparados hacia delante. Íbamos tan deprisa que mi cuerpo se apretó contra el asiento y las mejillas se me pegaron al hueso. No veía nada. La presión era tal que no podía ni respirar, ni siquiera moverme. La línea Ley parecía casi un tubo sólido que nos envolvía, los destellos y llamaradas se unían formando una larga línea de colores.

—... toques nada —concluyó Pritkin mientras volvíamos a la velocidad normal.

Tomé aire con fuerza, pude sentir los pulmones vacíos en el pecho y me incliné hacia el salpicadero. Cuando logré tomar suficiente aire, emití un gemido, sintiendo un profundo dolor, notando cada magulladura. Pero, cuando alcé la cabeza, el vórtice brillaba como una pequeña estrella en la distancia.

Logramos ganarle algo de ventaja a Apolo. Pero sólo un poco. Saltamos de la deslumbrante energía de la línea al no espacio que yacía en torno al vórtice con una ventaja de puede que unos diez segundos. Pritkin trataba desesperadamente de dar con la corriente acertada que nos permitiría saltar al siguiente vórtice, así que no vio a Apolo entrar en él. Pero yo sí lo vi.

Esta vez, parece que Apolo decía la verdad. La abrasadora bola de energía no desfallecía, ni tampoco el enjambre de demonios que corrían tras él. La luz tenue de miles de rakshasas era visible incluso para mis ojos, mientras ellos nos rodeaban como una colonia de murciélagos.

Agarré el volante y viré directamente hacia el vórtice.

—¡Tenemos que acercarnos más!

—¿Acercarnos a qué? —gruñó Pritkin, debatiéndose con la corriente para impedir acercarnos precisamente al vórtice.

—¡Hacia el vórtice!

—¿Estás loca?

—Tú has dicho que necesitamos un arma para enfrentarnos a un dios —señalé a los rakshasas—. ¡Creo que he dado con una!

Pritkin alzó la cabeza, observando el largo arco de demonios que rodeaban el vórtice. Pude percibir el instante en que se percató de lo mismo que me había percatado yo: no nos seguían a nosotros. Todos se arremolinaban siguiendo la estela de Apolo, como el polvo de un cometa.

—Apolo es un ser energético —dijo, lentamente.

—Energía vital —le corregí. Justo el tipo de energía de la que se alimentaban los Rakshasas.

Y él no pertenece a la Tierra. Así que la prohibición no se le aplica.

—Pero él tiene un escudo de protección. Si se acerca lo suficiente al vórtice, puede que su protección se debilite lo bastante como para dejarlo a merced de los Rakshasas.

—¡Lo mismo es aplicable a nosotros!

—¿Tienes una idea mejor? —le pregunté, y la nube negra nos alcanzó.

—No —contestó, y viró hacia el centro del vórtice. El plan era mío, pero de todos modos, grité, al borde de la inconsciencia. Entonces, Pritkin pisó el freno y atravesó tres corrientes saltando sobre ellas, hasta detenerse en una corriente interna. Tenía una órbita más corta y nos hacía girar en torno a aquel fenómeno a una velocidad de vértigo.

Seguimos rodeando el vórtice y Pritkin forcejeaba con la corriente para evitar caer, y el coche chirriaba y se estremecía a modo de protesta. Entonces, tuvimos que esquivar a Apolo, que se puso delante de nosotros. Debía de haberse acercado al fenómeno mucho más que nosotros, porque sus escudos habían desaparecido literalmente.

Los rakshasas se habían dado cuenta también, y se lanzaron como un solo ser hacia él. Volvimos a desaparecer de su vista y, para cuando dimos otra vuelta completa, la nube de energía pura estaba rodeada. Al parecer, los rakshasas no solían mostrar demasiada deferencia hacia los dioses, fueran del tipo que fueran.

Apolo se detuvo y huyó, pero lo persiguieron alrededor del vórtice, zigzagueando con facilidad entre las líneas de energía. La terrible batalla revolvió las corrientes, volteándonos, como un barco en alta mar y, por unos instantes, no podía ver nada. Finalmente, localicé una esfera de energía considerablemente encogida acercándose

al núcleo latente del vórtice.

Puede que lo hubiera hecho deliberadamente. Apolo podía haber pensado que la energía que desprendía podía dañar a los demonios lo suficiente como para que abandonaran la persecución. Pero no pareció afectarles mucho, por lo que pude ver, posiblemente porque no eran de este mundo. Puede que aquella fuera la razón por la que fueron capaces de retroceder cuando él se acercó demasiado y el vórtice lo succionó.

La muerte del dios apenas provocó una onda en la superficie de la enorme línea Ley que se hundió en el núcleo del vórtice. Pero surgió una ola de energía que atrapó nuestra pequeña burbuja de protección, lanzándola fuera de las líneas. Pritkin soltó una maldición, me agarró de la cintura y saltó al vacío.

Empezamos a caer, lentamente, gracias a que Pritkin había formado un paracaídas con sus escudos, justo cuando el cielo estrellado que había sobre nosotros empezaba a adquirir los tonos del alba. El choque del coche de Marsden apenas fue audible. Pero Pritkin hizo una mueca al ver el golpe y que el coche estallaba en llamas.

—¡Hemos salido de esta vivos! —le recordé, casi sin creérmelo.

—Tú sí —dijo, observando la chatarra envuelta en llamas que había bajo nosotros—. Jonas va a matarme.

—Vuelve a explicarme por qué tengo que pagar... esto —inquirió Mircea, señalando con un gesto a la travesti que reía socarronamente mientras vaciaba la tienda de Augustine. El propio Augustine estaba de pie, junto a la puerta, haciendo muecas ante aquella carnicería, pero pasando mi American Express con alegría. Aún me odiaba, pero, al parecer, con mi dinero no tenía ningún problema.

—Te lo pagaré, dame tiempo —le aseguré—. Jonas dice que me van a dar el sueldo del mes pasado. —Por supuesto, con los precios de Augustine, eso significaba que tardaría más o menos una década en pagárselo todo a Mircea.

Él lanzó un suspiro y apoyó la cabeza en el bonito satén de rayas estilo Luis XIV de la silla que Augustine se había apresurado a traerle. La rúa tuve que ir yo a cogerla. Cambié de postura, incómoda. Me dolía todo.

Mircea se percató y abrió un ojo para mirarme.

—Vas a conseguir que me dé un ataque —dijo, con aire cansado, sin emplear su tono encantador—. Te saqué de allí para que estuvieras más segura. Y, en lugar de eso, matas al lord protector...

—Fue Pritkin, y Saunders no está muerto realmente —le corregí—. Jonas está extendiendo el rumor de que recibió una herida trágica cuando luchaba valerosamente contra las fuerzas de Apolo.

—Apolo no tenía fuerzas.

—Sí, pero eso no lo sabe nadie. —Afortunadamente, muy pocos magos habían presenciado lo que había ocurrido realmente, y la mayoría eran aprendices. Unos



aprendices que tenían ahora un terrible dolor de cabeza, tras haberles borrado la memoria.

Marsden había decidido que lo mejor era quitarse de en medio a su rival diplomáticamente, en lugar de arriesgarse a provocar una guerra civil cuando menos nos convenía. Había conseguido convencer al Senado, pero Mircea no parecía muy complacido de tener de nuevo al antiguo jefe del Círculo con nosotros. Tenía la leve sospecha de que Saunders no se estaba recuperando bien...

—Y para más inri, ¡encima matas a un dios! —me acusó Mircea.

—Técnicamente, lo hicieron los demonios, o puede que la línea Ley. No somos completamente...

—¿Quieres decir que tú no has hecho nada?

—¿No es eso lo que querías que hiciera? ¿Nadar, leer o puede que ir de compras?

—¡Sí! ¡Preferiría sin duda que pasaras el día exactamente haciendo todo eso en lugar de volver cubierta de sangre!

—Al menos, he vuelto.

—Esta vez.

—Mircea...

—Sí, ya lo sé, tienes que trabajar, o eso dices continuamente. Lo entiendo, pero no esperes que me guste.

—Pero ¿ya no habrá más esposas?

Me lanzó una de sus lentas sonrisas, el primer atisbo de buen humor que veía en él.

—No, a menos que me lo pidas.

Tragué saliva.

—Con respecto a eso...

Él suspiró y volvió a apoyar la cabeza en el respaldo.

—¿Por qué me parece que no me vas a pedir unas de colores?

—¿Las hay de colores? —Él sonrió sin abrir los ojos—. ¡No! No, es que he estado pensando. Nos conocemos desde que yo era pequeña, pero... hay tantas cosas que no sé de ti.

—Me conoces —dijo, arrugando la frente—. Mejor que la mayoría.

—Pero esa no es la sensación que yo tengo. ¡Ni siquiera he estado nunca en tu corte!

—Eso se puede arreglar fácilmente. Además, puede que vayas antes de lo que te esperas. El mago Marsden va a proponer que se celebre tu investidura allí. Un gesto de buena fe hacia el senado, después de la desagradable experiencia con su predecesora.

—¿Estarán los cónsules? —pregunté, nerviosa.

—Probablemente. —Mircea abrió los ojos y miró ceñudo el techo—. Las

negociaciones están yendo bien. Los cónsules han preguntado por qué deberían aceptar una alianza cuando el jefe de nuestro enemigo está muerto.

—¿Están de broma? Se avecina una terrible guerra en el Reino de la Fantasía, la tropa de Tony sigue suelta y conspirando a saber qué, ¡y no tenemos ni idea de cómo se van a tomar los dioses colegas de Apolo lo de su fallecimiento inesperado!

—Todo eso está muy bien. Pero habrá que ver si eso basta para superar siglos de sospechas y desagrazos. La Cónsul cree que sí, y yo sinceramente espero que tenga razón. No me hace ni pizca de gracia la idea de entrar en el Reino de la Fantasía solos. Pero Antonio no va a salir y dar la cara después de todo esto.

—Así que tenemos que ir allí a por él. —La idea me hacía la misma gracia que a Mircea. He estado una vez en el Reino de la Fantasía. No me gustó la experiencia.

—Sí, pero eso puede esperar. Pasemos a otras cosas más importantes. —Me miró con severidad—. ¿Estás intentando romper conmigo?

—¡No! No es... Eso no es lo que... me gustaría que saliésemos juntos —solté.

Arqueó una ceja.

—Según la ley vampírica, ya estamos casados.

—¡Pero yo no soy una vampira, Mircea! ¡Y tampoco es que nadie me haya pedido la mano precisamente!

—¿Hubieras preferido que no te hubiera reclamado? —Su expresión mutó a la que ponen los vampiros cuando se muestran especialmente reservados. Genial. Aquello estaba yendo tan bien como esperaba.

—No, eso no es lo que estoy diciendo.

Guardé silencio y traté de ordenar mis pensamientos, tratando de traducir en palabras mis sentimientos.

—Siempre he considerado que no tener vínculos con los demás me hacía más fuerte. Siempre he pensado que era mejor mantenerme a distancia, porque si me acercaba demasiado a la gente, acabaría haciéndoles daño. A veces, sigo sintiendo lo mismo. Ahora soy un blanco en más sentidos que antes, tengo más responsabilidades de las que he tenido en mi vida. Pero desde ahora siempre será así, y no puedo pasar el resto de mi vida apartada de los demás...

—*Dulceață* —dijo Mircea, pacientemente—. Yo soy un blanco, independientemente de lo que tú hagas. Y te lo aseguro, puedo cuidar de mí mismo.

Yo sacudí la cabeza.

—Nadie puede estar seguro de eso, ya no. Casi perdemos a Rafe; perdimos a Sal...

Sus ojos se cerraron y algo se encogió en su rostro.

—Si hubiera roto el vínculo, tal como ella me pidió, Tony no hubiera podido utilizarla.

—Hubiera encontrado a otra persona. Éramos vulnerables a causa de los

problemas internos en nuestra alianza. Él lo aprovechó.

—De todas formas, siempre me culparé por ello. Y de la muerte de Nicu.

Tragué saliva. Aún trataba de asimilarlo. Había muerto por protegerme, sin apenas conocerlo. Y las únicas veces que había hablado con él, casi le había gritado. Marco tenía razón: había muchas cosas que aún no sabía de los vampiros.

—Al menos, Marco está bien —dije, recordando la última vez que lo había visto. Le habían dado una cama en el hospital, mientras remodelaban el ático. Tenía un aspecto bastante jovial, teniendo en cuenta que le había atravesado el corazón una estaca. Aquello habría matado a cualquiera que tuviera un estatus inferior al de maestro, pero Sal no había vivido suficiente para llevarse su cabeza también, así que Marco se recuperaría. «Pero parece que no estaré de servicio durante un tiempo», me había informado, y luego, había hecho un sonido que se parecía sospechosamente a una risita. Yo me limité a mirarlo. Jamás lo había visto tan feliz.

—He estado demasiado ocupado, últimamente —dijo Mircea, observando cómo Des le quitaba a un maniquí un *négligé*, mientras un valiente dependiente trataba de introducir su pie del cuarenta y ocho en un zapato del cuarenta más o menos.

—No creo que vaya a entrar —comentó, jadeante, el dependiente.

—Si me dieran un centavo cada una de las veces que me han dicho eso murmuró, y se lo colocó.

—Lo has hecho lo mejor que has podido —le dije a Mircea—. Es lo que todos hacemos. Y es... Creo que es lo que he comprendido. No puedo cuidar de la gente que me importa distanciándome. De todos modos, seguirán en peligro; siempre lo estarán. Tengo que amarlos ahora, mientras pueda. Ahora que es lo único que tengo.

—Me temo que no te sigo, *dulceață* —dijo Mircea con dulzura—. ¿Quieres tener relaciones más profundas, pero quieres apartarme de ti?

—No me estoy explicando —dije, frustrada—. Lo que intento decirte es que el vínculo mágico que nos unió hizo que en nosotros nacieran unos sentimientos. Pero son unos sentimientos que jamás habrían surgido si aquello no hubiera ocurrido. Necesito estar segura de que lo que siento está basado en algo más permanente que en un hechizo que salió mal. Quiero llegar a conocerte. Quiero que llegues a conocerme.

—¿Quieres que te corteje?

—Si es así como quieres llamarlo, hazlo. Sí, supongo que sí. —Se mostró pensativo. Yo tomé aire y casi lo hice: casi le pregunté por la misteriosa morena. Pero dejé escapar el aire sin decir nada. A la mierda. Había tenido una semana horrible; me merecía un descanso. Además, si iba a ir a su corte, tendría mucho tiempo para hacer preguntas. Y si tenía una amante...

—¿Hay alguna razón para que me mires de ese modo, *dulceață*?

—¿De qué modo?

—La última vez que recuerdo haber visto algo similar fue en el campo de batalla,

de un adversario.

—Yo no soy tu adversario, Mircea. Yo sólo quiero conocerte mejor.

—¿Y no puedes conocerme siguiendo como estábamos?

—¡No sin estar hecha un lío!

Él sonrió, luego su mirada se trasladó a algún punto detrás de mí y su sonrisa se desvaneció.

—Tus dudas no tendrán nada que ver con las compañías con las que has estado últimamente ¿verdad?

No tuve oportunidad de contestar, ya que la puerta de la tienda se abrió bruscamente y un mago de la guerra furioso entró por ella. Pritkin me localizó miró y entrecerró los ojos.

—¡Me has afeitado las piernas!

Mircea me miró y cruzó los brazos.

Yo miré aquellos dos rostros contrariados y, de repente, recordé que tenía que ir a un sitio.

—¿Sabéis? Jonas me dijo no sé qué de unas lecciones —dije rápidamente. Y me transporté.



KAREN CHANCE nació en Orlando, Florida y ha vivido en Francia, Gran Bretaña, Hong Kong y Nueva Orleans, donde ha ejercido la enseñanza como profesora de historia. Actualmente vive en DeLand, Florida.

Hasta que un buen día se planteó dedicarse a la novela romántica y de aventuras hasta que consiguió que publicaran la primera entrega de una serie paranormal en donde sumergió a los lectores en un fascinante mundo lleno de vampiros.

Con sus libros ha conquistado a los lectores de habla inglesa permaneciendo durante muchas semanas en las listas de los libros más vendidos en el *New York Times* y el *USA Today*.

# Notas

[1] June Cleaver es un personaje de ficción de una serie americana de los años cincuenta llamada Leaveit to Beaver, y que representa a la perfección el prototipo americano del ama de casa de clase media de la época. (*N. de la T.*) <<

[2] Cave canem, «cuidado con el perro» en latín. (*N. de la T.*) <<